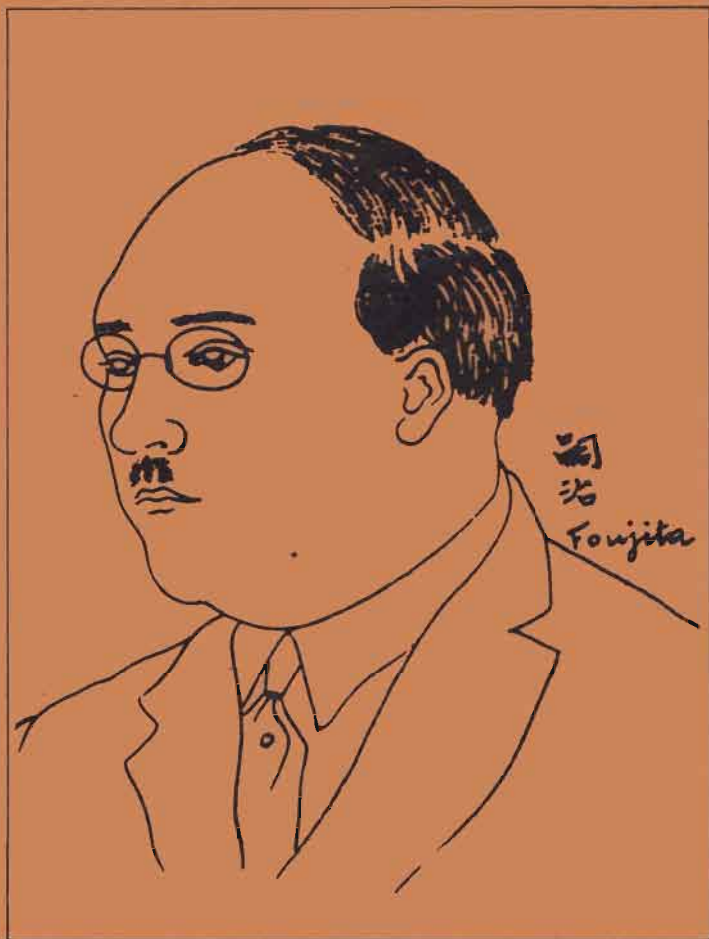


Ventura
García
Calderón



Obras Escogidas

VENTURA GARCIA CALDERON
OBRAS ESCOGIDAS

*Ventura García
Calderón*

*Obras
Escogidas*

Prólogo, selección y notas de
Luis Alberto Sánchez



Fundación del Banco Continental para el Fomento de la
Educación y la Cultura
Ediciones Edubanco

© De esta edición : Derechos Reservados

Fundación del Banco Continental para el
fomento de la Educación y la Cultura.

Ediciones Edubanco

Impreso y hecho en el Perú / Printed and made in Perú
año 1986

Diseño carátula: Carlos A. González

PROLOGO

*Don Francisco Ventura Calderón y Landa fue no sólo un gran jurista, como lo atestigua su notable **Diccionario jurídico del Perú**, sino también un hombre de letras y profesor universitario. Había nacido en Arequipa pero se desarrolló fundamentalmente en Lima en donde, bajo el señuelo de nuestra generación romántica, fundó el memorable Club Literario. Don Francisco fue para ese club, un Mecenas pues le donó su mobiliario y fue su Presidente. El Club funcionó en los altos de la Biblioteca Nacional de Lima, es decir, en el antiguo Colegio Máximo de San Pablo que los jesuitas abandonaron al cumplirse la orden de su expulsión en 1767 durante el virreinato de don Manuel Amat, el viejo y terco amante de Micaela Villegas, la Perricholi. Al Club Literario pertenecieron don Ricardo Palma, Carlos Augusto Salaverry, Constantino Carrasco y, muy joven aún, don Manuel González Prada. La Guerra del Pacífico paralizó, como tantas otras cosas, la vida del Club. Cuando después de las batallas de Chorrillos y Miraflores, Lima sufrió la ocupación extranjera en enero de 1881, don Francisco, que había coincidido políticamente con don Manuel Pardo y se había distanciado de Piérola, decidió, apoyado por un numeroso grupo de primeros contribuyentes del Perú, formar un gobierno independiente en el pueblito de La Magdalena, para tratar con los jefes de la ocupación chilena, una convivencia digna y pacífica en tanto se discutieran los términos de paz con Chile. Fue Ministro de Relaciones Exteriores de García Cal-*

derón, el magistrado don Manuel María Gálvez, tío del poeta José Gálvez Barrenechea, que compartió su juventud con los hijos de don Francisco.

El gobierno de La Magdalena se negó a discutir cualquier tratado de paz que significara pérdida de territorio. En vista de esa negativa, el jefe de las fuerzas de ocupación invadió la pequeña villa donde San Martín y Bolívar tuvieron salubre refugio cuando gobernaron el Perú; apresó al Presidente García Calderón y lo deportó a Chile. Poco antes de este incalificable hecho, don Francisco contrajo matrimonio con una bella damita de Tacna, perteneciente a la distinguida familia Rey, y con ella tuvo que partir a Valparaíso en calidad de Presidente cautivo. Don Ricardo Palma, en una carta publicada mucho después de su muerte, se refiere a la señora Rey de García Calderón como un "hocato di Cardinale" aludiendo a su belleza y a su juventud. Don Francisco nos ha contado en lo que su hijo Ventura tituló **Memorias del cautiverio**, el pormenor de sus andanzas políticas en el luctuoso tiempo de su exilio en Chile, por esta última razón, su forzada residencia en el país del Sur. Su primer hijo Francisco García Calderón Rey, nació en Valparaíso el año 1883; como se sabe, el primogénito de don Francisco sería con el tiempo uno de los más notables ensayistas de su generación.

El Tratado de Ancón firmado en 1883 por el general Miguel Iglesias, que se había apoderado de la Presidencia del Perú, provocó el rechazo de don Francisco y el alzamiento del general Cáceres enarbolando la bandera de la integridad y la revancha. Don Francisco prefirió abstenerse de tomar parte en aquella contienda civil y, producido el derrocamiento de Iglesias por Cáceres, viajó a París en donde nació su segundo hijo llamado Ventura, el año de 1886. Don Francisco regresó al Perú y fue electo Rector de la Universidad de San Marcos. En Lima nacieron sus hijos José, quien moriría vistiendo el uniforme francés en un globo aerostático derribado durante la defensa de Verdun, en 1916, y Juan, el menor de todos, el cual sería un prestigioso médico e investigador, también en París, a donde la familia García Calderón

Rey fue a residir en 1905, a raíz de la muerte del ilustre patrio don Francisco.

En Lima se había fundado, poco después de la Guerra del Pacífico, un colegio de sacerdotes franceses de la orden de los Sagrados Corazones, quienes abrieron su establecimiento en un vasto local donde durante el Virreynato funcionó La Recoleta de los Dominicos, o sea el lugar de retiro o recogimiento de los frailes de dicha Orden; allí, según es fama, escribió en los primeros años del siglo XVII, el Padre Diego de Hojeda, su célebre poema **La Cristiada**, impreso en Sevilla el año de 1611. En razón del lugar donde funcionaba el colegio que fundaron los padres franceses de los Sagrados Corazones, se le dio el nombre popular de "La Recoleta". Francisco y Ventura García Calderón Rey pertenecieron a la primera promoción recoletana, en la que también estaban José de la Riva-Agüero, Juan Bautista de Lavalle, Manuel Gallagher Canaval, Fernando Melgar, Raymundo Morales de la Torre y, el más tarde gran novelista chileno Eduardo Barrios Hudtwalcker, autor de **El hermano asno**. Ese grupo sería núcleo de la generación del 900, a la que se unieron José Gálvez Barrenechea, del Colegio Guadalupe, Felipe Sassone, el poeta chichayano José Lora y Lora y el inquieto ensayista arequipeño Víctor Andrés Belaunde.

Cuando la familia García Calderón Rey decidió radicarse en Francia a raíz del fallecimiento de don Francisco, Ventura iba a cumplir los veinte años. Era un joven explosivo, alto, de incipiente calvicie; hablaba con rapidez y tenía una curiosidad ferviente por todas las cosas y sobre todo por las mujeres. Su retorno a la ciudad de su nacimiento fue como una revelación: lo demuestra claramente su primer libro juvenil **Frívola mente** . . . , editado por Garnier de París el año de 1908. Libro juvenil en el que ya se revela el carácter esteticista y perspicaz del que sería, sin duda, un cronista ejemplar en el idioma. La Librería Garnier estaba situada en la calle de Saint-Péres, en la orilla izquierda del Sena, cerca del Boulevard Raspail y no lejos de La Sorbona: sus propietarios descubrieron que había, en ultramar, allí donde vivían

esos "sauvage de l'Amérique" un público lector interesante, y fueron ellos quienes lanzaron gran parte de la literatura modernista latinoamericana: a Rubén Darío, a Gómez Carrillo, a Manuel Ugarte, a Rufino Blanco Fombona y a Ventura Calderón Rey.

El primer libro de Ventura revela ya su temperamento, el de un modernista cabal, afrancesado y de frase corta y musical. El joven de veintiún años evocará ese instante en su **Elegía**, pequeñas páginas autobiográficas que evocarán su juventud. En **Frívolamente**. . . se refleja el impacto que aquel París de la Belle Époque causa al joven francoperuano. Hay una crónica sobre el Museo del Louvre y su primera visión de la Venus de Milo, esa mujer maciza en piedra oscura, manca y admirable que preside y presidirá muchos sueños, muchas evocaciones y muchas perspectivas. El joven voraz termina la página con una herejía antiestética pero vital: "Oh, bien amada Venus ¿por qué no eres de carne?"

En 1910, reviviendo experiencias peruanas, publica, en la Editorial Ollendorf de París, el libro **Del Romanticismo al Modernismo**, colección de prólogos críticos a sendas antologías genéricas, que revelan el fino instinto literario del escritor de 24 años. En cierto modo, ese libro constituye una prolongación y una respuesta al **Carácter de la literatura del Perú independiente**, que en 1905 había editado su amigo Riva-Agüero como su tesis de Bachiller en Letras. Los capítulos sobre los satíricos y quizá el titulado **Un ensayista** que enfoca a González Prada, son presentaciones muy bien escritas y mejor pensadas sobre estos temas. La selección está a la altura de los prólogos. Con este material y después de un viaje al Perú, en 1911, escribirá **La literatura peruana (1535-1914)**, que integra este volumen y que apareció en la *Revue Hispanique* dirigida por el gran erudito hispanista Foulché-Delbosc. Aquella síntesis contemporánea de la que Ventura hizo sobre **La literatura peruana**, fue recibida con aplausos y diatribas. Es un resumen espléndido, dentro de las limitaciones subjetivas del gusto de su autor. En la rebelde revista **Colónida** que Abraham Valde-

mar lanzara en 1916, uno de sus principales redactores, Federico More, compuso dos violentos artículos titulados *admonitoriamente*: **La hora undécima del señor Ventura García Calderón**. Considero esa crítica excesivamente negativa aún cuando anota algunas omisiones como la del poeta José María Eguren, quien ya, en 1914, concitaba la atención de los lectores no sólo peruanos sino de otros países, con su libro **Simbólicas** aparecido precisamente en 1911.

Este año de 1911, representa en la vida de Ventura un *reencuentro* vernacular; volvió al Perú y viajó por la Sierra del centro. En esos momentos el Perú atravesaba una áspera situación política a causa de la reacción autoritaria del presidente Leguía frente a los violentos ataques que entonces constituían la jungla política nacional: de un lado, la decreciente capacidad insurreccional de don Nicolás de Piérola y del otro, la creciente marea oligárquica del civilismo clásico que no perdonaba a Leguía su apartamiento de su partido original. Ventura hizo un poco de turismo interno por algunos pueblos. Miró curiosa y anecdóticamente la vida del indio; se asomó a las inquietudes peruanas menos oficiales; tomó apuntes y hasta escribió una novela, que no conozco y, que al parecer, circuló con notoria avaricia, titulada **1911**. Se puede pensar que la coincidencia de ese viaje con la preparación de un libro de su hermano Francisco, **Les democracies latines de l'Amérique** en el que se exalta los gobiernos fuertes, influyeron decisivamente en ciertos aspectos de la mentalidad de Ventura. Su hermano Francisco también había regresado fugazmente al Perú en 1910 y había recibido un solemne homenaje de la generación pensante encabezada por el maestro universitario y filósofo Alejandro O. Deustua y, por el todavía juvenil, inquieto, erudito e influyente político y catedrático Javier Prado y Ugarteche.

París, en 1912 era una ciudad cosmopolita en la que campeaban el tango argentino y los últimos rezagos de la poesía simbolista, amén de un creciente interés por todo lo hispánico, además de Foulché-Delbosc, ejercía una especie de sacerdocio hispanizante, Ernesto Martinenche, el editor Charles Lesca. Los hermanos Guido, millonarios argentinos,

lanzaron la célebre revista en castellano **Mundial** dirigida por Rubén Darío. Los García Calderón con el escritor ecuatoriano Gonzalo Zaldumbide y el uruguayo Hugo. D. Barbagelata, fundaron la **Revista de América**. El cronista guatemalteco Enrique Gómez Carrillo y el exilado venezolano Rufino Blanco Fombona, reproducían con caracteres criollos las hazañas de D'Artagnan, batiéndose a espada con quien se les ponía al paso. Ventura también rindió homenaje al duelo, al batirse a espada, con un hijo del general Iglesias con quien tuvo una discusión ruidosa sobre la forma de liquidar la Guerra del Pacífico: los expresidentes muertos empujaban a sus hijos a proseguir la contienda civil.

El 2 de agosto de 1914, las campanas de París tocaron a rebato para anunciar la movilización general y doblaron fúnebremente para comprobar la muerte de la Belle Epoque. Los "criollos" en París, como los llamaría el chileno Joaquín Edwards Bello, tuvieron que abandonar Lutecia a causa de la proximidad del ejército alemán. Rubén Darío, antes de salir de su querido París escribió el famoso soneto: **Los bárbaros, Francia, mi cara Lutecia. . .**

Huyendo de los bárbaros, que habían sido padres de Beethoven, de Hegel, de Kant y de Marx, casi todos los metecos se despidieron del Sena. Ventura se dirigió a Madrid. De ese tiempo también son sus dos libros de crónicas, **Bajo el clamor de las sirenas** y **La verbena de Madrid**, ambos publicados en 1920; y escritos cuando la gran guerra empezaba a dejar sentir su peso en el mundo entero. José García Calderón Rey, arquitecto, pintor y escritor, se enroló en el ejército francés. Ya hemos dicho que murió en Verdún donde el general Pétain, más tarde, en la siguiente guerra considerado traidor, creó la lapidaria frase: "No pasarán". Los alemanes no pasaron, en efecto, y José García Calderón pasó a la guerrera gloria de los soldados que cumplen su deber hasta la muerte. De esta experiencia extrajo Ventura material para un pequeño libro de reportajes titulado **Don Quijote en las trincheras** (1916).

En realidad, si uno examina cuidadosamente el contenido y la forma de estos tres últimos libros se da cuenta que

en ellos campea un aire poético indudable. Dicho en otros términos, esas páginas revelan la imaginación, la sensibilidad y expresión de un poeta: Ventura García Calderón lo era. En efecto, el año 1914, el mismo del estallido de la guerra, publicó en Barcelona, en las prensas de la casa Maucci, un volumen titulado **Parnaso peruano** dentro de la colección de **Parnasos latinoamericanos** que dicha editorial lanzó al mercado. En **Parnaso peruano** de Ventura aparece un poeta desconocido, "Jaime Landa" autor de poemas inspirados sin duda en Samain y en Verlaine, dos de los poetas de la transición simbolista y neo-romántica. "Landa" es el apellido materno de don Francisco García Calderón, padre; "Jaime Landa" es el mismo Ventura que parecía tener rubor de sus versos como de un pecado nefando. En **Bajo el clamor de las sirenas** y, sobre todo en **La verbena de Madrid**, la prosa alcanza innegable intensidad poética como se advierte en su **Elogio de la Fornarina** y en su descripción de las fiestas populares madrileñas. A renglón seguido, corroborando esa aptitud poética, Ventura lanza en 1918 un volumen de **Pages choisies** (Páginas escogidas) de Rubén Darío, precedidas de un estupendo prólogo interpretativo. Rubén había muerto en febrero de 1916, destrozado por el alcohol y la nostalgia de París. Ventura lo había conocido y tratado largamente en el restaurant Fouquet en el Rond Point de los Campos Elíseos y en las interminables tertulias en los cafés de la ribera izquierda. Para Ventura, según se lo oí decir, Rubén le había dado la sensación de genio y lo fue. En dicho prólogo, Ventura asienta una tesis brillante y profunda: Rubén Darío fue un auténtico poeta americano porque todos los poetas y personalidades de su tiempo, la Belle Epoque, soñaban con estar en París, conquistar París, perdurar en París, no salir de París; en ese sentido Rubén habría sido el más sincero y representativo de los poetas americanos. Tesis audaz y sin embargo, bastante cierta. Toda aquella generación vivió de París y para París, no para Francia. Rubén, Herrera y Reissig, Valencia, Nervo, los García Calderón, Zaldumbide, Magallanes Moure, Franz Tamayo, Lora, Díaz Rodríguez, Reyes, López Velarde, quien más, quien menos,

todos soñaban en francés: Ventura fue como un escritor parisiense amamantado por leche peruana pero vertido expresivamente al francés.

*Entregado plenamente a la actividad literaria, Ventura publica en 1920, dos libros contradictorios y, sin embargo, complementarios: **Semblanzas de América**, en Madrid y **Cantilenas**, en París. El primero reúne su prólogo a Darío, un estudio sobre González Prada, otro sobre Montalvo, otro sobre Chocano, etc. Con todo lo cual demuestra su fino estilete crítico y su olfato zahorí de bellezas musicales literarias. El segundo constituye una revelación de forma y fondo. **Cantilenas** es un volumen primorosamente impreso, con un retrato de Ventura pintado por Fujita, el pintor japonés de moda en el París de los veinte. Allí reúne Ventura prosas y versos ordenados a voleo, es decir, con el orden que imprime el viento o el capricho. Es una prosa musical y evocadora, hecha de frases melódicas, de recuerdos, de proyecciones, en la que abundan los felices hallazgos galaicos como las palabras "falenas" por mariposas, "manzanta" por triste o mortecina, y otras semejantes. Entre sus poemas sobresale el titulado **La carta que no escribí** y entre sus prosas el trozo autobiográfico **Elegía**.*

*Durante toda esa época de 1914 a 1928, Ventura editará textos ajenos como **Las mejores tradiciones de Ricardo Palma** en 1917; una selección del Inca Garcilaso en su Biblioteca Liliput y otros trabajos más.*

En esa época, puesto al margen de la actividad diplomática por el Gobierno de Leguía, tiene que vivir como escritor en ese ejercicio indeseable que Alfonso Reyes compara con "levantar una silla con los dientes".

*Hasta ahí no había florecido enteramente el narrador. Podría decirse que en sus crónicas ensaya permanentemente el arte de narrar. Ya en 1914, siempre en vísperas de la guerra y a los 28 años, había dado una muestra fehaciente de su vocación narrativa. Las prensas de Garnier publicaron entonces **Dolorosa y desnuda realidad**, colección de cuentos o "nouvelles" en que se mezcla un adolescente cinismo lujurioso a un sentimental desfile de recuerdos; la melancolía*

y la sensualidad y muchas lecturas se dan cita reflejando los fondos literarios de Ventura. En la primera novela corta realza los encantos de Zelmira, una criolla tentadora, cuyas ancas no tienen un solo pliegue, según la frase descriptiva de su evocador. Podría ser ésta una coincidencia con la **Fermina Márquez** de Valerie Larbaud y, también una corregida añoranza de Octavio Mirbeau. Hay dos cuentos que reflejan más lecturas que realidades: **El profesor de amor** y **Sentimentales**. Estoy escribiendo de memoria, más tengo la certeza de que en esos cuentos Ventura puso a contribución sus recuerdos e impresiones extraídas de Oscar Wilde, Villiers de L'Isle Adam y Huysmans. No se necesita ser un crítico muy perspicaz para darse cuenta de que Ventura se halla entonces deslumbrado por sus lecturas de autores decadentes. Se advierte que en su estilo está presente también Monsieur Phocas de Jean Lorrain. Es un libro del más claro decadentismo, tal vez, su despedida de la juventud. No volverá a la narración sino en **Elegía**, bello trozo de añoranza, expresión que pudiéramos llamar de un **caffard** peruano y abandonará el relato hasta que en 1924, macerados sus recuerdos de su corto regreso al Perú, lanzará al público, como un reto al indigenismo que entonces florecía en su patria, la colección de cuentos titulada **La venganza del cóndor**, inmediatamente traducida al francés.

Mucho se ha discutido sobre el tono y el contenido de esos cuentos, todos ellos sobre vivencias del indio andino. Es cierto que si uno cambia los nombres de algunos personajes euroamericanos de **Dolorosa** y **desnuda realidad** transformándolos en indios, el tema sigue siendo exótico aunque el protagonista se llame Mamani, Quispe o Chauca. El mismo comentario recibieron los cuentos de Abraham Valdelomar que constituyen el tomo póstumo **Los hijos del Sol**. Es que el indio es allí figurativo y no social, es una decoración y no un problema. El indio problema aparece en muestras letras, a consecuencia de las prédicas de González Prada, con **Aves sin nido** de Clorinda Matto de Turner, y se exacerba en los **Cuentos andinos** de López Albújar. Para Ventura, el serrano del Perú era un actor curioso, tan exótico como los japoneses

de Claude Farrère y las turcas de Pierre Loti; o los castellanos de Enrique Larreta. Ello ni implica error ni desdén: es sólo un modo de ver y de sentir.

En el camino de la narración vernacular, Ventura publicará otro volumen titulado **Le sange plus vite**; y también **Si Loti hubiera venido**, título de cuya exactitud no estoy seguro pero sí de su existencia y lectura; y luego, una serie de artículos todos ellos sobre y a causa del Perú como son los coleccionados en los volúmenes **Instantes del Perú**, **La Périchole** y **Vale un Perú**. El recuerdo se ha convertido en nostalgia más sin desterrar la sensualidad. Tal vez por esto último dedicará un nutrido ensayo al escritor francés Henry de Montherlant, su amigo, y cultivará el trato con André Malraux. Montherlant había publicado en los veinte, dos libros: **Los once sobre la puerta dorada** que es una exaltación sobre el fútbol uruguayo cuando conquistó el campeonato mundial en Colombes y, **Los bestiaros** sobre el toro. Montherlant, sin embargo, se gana más la adhesión de Ventura con su sensual y penetrante tetralogía: **Las solteras**, **Piedad para las mujeres**, **El demonio del bien** y **Las leprosas**, que yo traduje en los treinta para las prensas de la Editorial Ercilla, de Santiago de Chile, donde dejé alegres jirones de mi vida durante diez años.

Todo este menester peruanista se coronará con los trece volúmenes de la Biblioteca de Cultura Peruana, publicado con fondos del Estado, en 1938, durante el Gobierno de Benavides.

En 1930, derrocado Leguía, Ventura fue nombrado Ministro del Perú en Río de Janeiro, por otro dictador, el Comandante Sánchez Cerro.

Es en esta época en la que se produjo una especie de rompimiento entre él y parte de su generación, y la de Haya de la Torre, que es la mía. Pero, aparte de ello, sobre lo que voy a volver, se inicia una etapa activa en la vida literaria y diplomática de Ventura. Su presencia en Río de Janeiro como Ministro del Perú, coincidió con la guerra del Perú y Colombia a causa de la cuestión de Leticia. Desde Quito,

en donde yo estaba desterrado, tuve noticias directas de la forma excesivamente bohemía cómo nuestro representante diplomático conducía los menejos que debieron ser más reservados, referentes a nuestro armamento y nuestra estrategia.

Poco después, concluido el conflicto con Colombia, viajó a Río de Janeiro la delegación peruana, presidida por Víctor M. Maúrtua, encargado de concluir un Tratado de tregua o paz entre ambas naciones. Integraban la delegación, Víctor Andrés Belaunde, Alberto Ulloa Sotomayor y, en segundo plano Raúl Porras, Carlos Holguín de Lavalle, Gonzalo Narciso de Aramburú y Rosas y como amanuense, el poeta Enrique Peña Barrenechea. Representaba a México en Río, el insigne escritor Alfonso Reyes. Este es quien narra en un cuaderno de su **Archivo**, el llamado "incidente del papel higiénico", que pinta de cuerpo entero el carácter nervioso y hasta violento de Ventura; temperamento de artista. Yo he reproducido ese relato en el primer tomo de mi **Testimonio personal**. A causa de la pasión con que Ventura asumió la representación y defensa de los regímenes castrenses y dictatoriales del ya general Sánchez Cerro y del general Benavides, se abrió una brecha entre él y nuestra generación, incluyendo a Porras, aunque no a Basadre, más apolítico y además, pariente de Ventura por la línea tacneña de los Rey. En esas circunstancias, como refiero en el prologoillo a **Nosotros**, Manuel Seoane, ideó un artículo de examen a la generación novecentista, publicado en **La Tribuna de Lima** (1934) y antecedente de mi libro **Balance y liquidación del novecientos**, editado siete años después en Chile. Yo intervine en la corrección del texto propuesto por Seoane y en su complementación por medio de notas bibliográficas. Ventura lo leyó ya en París y escribió su panfleto titulado **Nosotros** que sólo verá la luz en 1938. Estoy seguro de que su autor no mantuvo largo tiempo su aprecio a lo que había escrito y ya, en 1946, cuando nos encontramos personalmente en París por vez primera, aludió a este hecho: tenía demasiado buen gusto para persistir en un alarde tan innecesario de petulancia generacional. Considero que No-

sotros, en gran parte dirigido contra mí, contribuyó más a mi buena fama como escritor que a la de quien lo escribió.

Es entonces, bajo el gobierno de Benavides, con quien compartió horas de juvenil bohemia en el París de 1910, cuando publica seguidamente los libros ya citados, **Instantes del Perú, Vale un Perú, La Périchole**, y sobre todo la colección ya mencionada, **Biblioteca de Cultura Peruana**, verdadero alarde de conocimiento y sagacidad crítica y antológica pero con lamentables y voluntarios vacíos. Es imperdonable la omisión de Valdelomar, Aguirre Morales, Gibson, Eguren y Vallejo, este último fallecido el mismo año de 1938; y el retaceo incalificable a González Prada, de quien sólo reproduce unos versos satíricos contra Piérola en la última parte del segundo volumen de **Los satíricos**, como si no hubiesen existido **Páginas libres, Minúsculas y Exóticas, Horas de lucha y Trozos de vida** y como si el mismo Ventura García Calderón no hubiese escrito el capítulo **Un ensayista**, incluido en el volumen **Semblanzas de América** y, antes, en **Del Romanticismo al Modernismo**. Fue Raúl Porras, entonces semidesterrado en París, quien exigió a Ventura incluir a González Prada y fue el propio general Benavides, mediante un cable del Canciller Carlos Concha, quien expresó a Ventura que no se oponía a considerar a González Prada, autor de un duro ataque a Benavides en el año 1914, 24 años atrás. De ello arrancaría una deplorable enemistad literaria entre Porras y Ventura, de dolorosas resonancias epistolares.

La Biblioteca de Cultura Peruana se destaca sobre todo, por sus notas informativas, en especial las referidas a Garcilaso Inca, a los poetas coloniales, a Ricardo Palma y a Chocano. No llegó a entrever la verdadera personalidad de Concolorcorvo revelada por el padre Rubén Vargas Ugarte y por Marcel Bataillon, años más tarde.

Yo, repito, conocí personalmente a Ventura en noviembre de 1946, en el Aeropuerto de Le Bourget; el ya democrático gobierno del Perú, me había nombrado Presidente de la Delegación peruana a la Primera Asamblea de la UNESCO; eran miembros de la Delegación Ventura García Cal-

derón, Francisco Vegas Seminario y el joven erudito Guillermo Lohmann Villena. Ventura era una personalidad exuberante; de alta estatura, poco más de 1.80 m., grueso y calvo, con anteojos pesados, sonrisa fácil, nariz corta, voz sonora y reiterativa. Estaba en sus 58 años, hablaba con volubilidad y casi con afecto. Con él conocí a León Blum, que presidió la Asamblea, y también me presentó a Malraux, cuyo libro *L'espoir* había yo traducido seis años atrás. Ventura tenía un trato fácil y amable; estaba relacionado con todos los intelectuales de Francia; compartí con él horas de charlas con Malraux en el restaurante Las Goyescas, y con mi viejo amigo Paul Rivet en su Museo del Hombre. Ventura tenía una biblioteca estupenda en su departamento de La Rue Soufflet. Me obsequió la edición princeps y única de **Los sonetos y canciones de Petrarca por Enrique Garcés**, el lusitano que descubrió las minas de azogue de Huancavelica y a quien Cervantes elogia en el Libro VI de su **Viaje al Parnaso**. La edición de 1591 me la expropió algún amigo bibliómano, extrayéndola de mi biblioteca personal en Miraflores en 1973 ó 74.

A partir de ese conocimiento, mantuve una constante amistad con Ventura con quien me encontré nuevamente en París, en 1955, en 1956, en 1957 y 1958. En mayo de este último año, yo estuve relacionado con la exhibición de **Los tesoros del Perú**. Haya de la Torre, después de su largo asilo en la Embajada de Colombia, en Lima, se hallaba en París. Ventura había sufrido una hemiplejía que le impedía caminar. Se manejaba en una silla de ruedas. El día que se inauguró la exposición, Ventura se hizo llevar para encontrarse "con mi querido Raúl", según me lo expresó. Por desgracia, Víctor Raúl llegó acompañado por Eduardo Santos, el gran periodista colombiano, cuando Ventura, vencido por su enfermedad y la tensión, se había retirado ya.

No lo volví a ver más; murió un año después, siempre en París.

La última obra de Ventura podría considerarse su epitafio, su pastoral, su epitalamio y su elegía; apareció en francés bajo el título de **Le France que nous aimons**, libro exce-

*lente, rebosante de inspiración y amor por su patria geográfica y espiritual, por Francia. En esa obra, Ventura pone al desnudo las razones por las que cinco generaciones de latinoamericanos vivieron entregados al mismo culto, al amor de Francia. Sus razones se llamaban Montaigne, Rabelais, Ronsard, Juana de Arco, Bayardo, Molière, Pascal, La Bruyère, Descartes, Voltaire, Hugo, Musset, Zola, Degas, Verlaine, Baudelaire, Debussy, Barrés, Apollinaire, Valéry, Cocteau: La historia de la cultura francesa vista por un latinoamericano es el trasfondo de ese libro. Así como Remy de Gourmont, al empezar un trabajo sobre Pascal dijo: **Voy a hablar de mí, a propósito de Pascal**, así Ventura debió decir en la primera página de este volumen: **Voy a hablar de mí y de mi generación a propósito de Francia**. Libro amoroso, profundo y liviano, filosófico y frívolo, vital. Con él pagó Ventura su deuda espiritual a la tierra en que ocasionalmente vio la luz y en la que, inevitablemente, se apagaron sus ojos para seguirla viendo. Podría llamársele el más francés de los peruanos y también, el más tercamente peruano de cuantos nacieron en París. No es el caso suyo el de Lautrémont y Supervielle, con respecto al Uruguay, ni el de Conrad con respecto a Inglaterra. Francia era entonces un ideal para los latinoamericanos. Como dijo Ventura alguna vez: **Iba cargado desde el tiempo mozo por la fatiga de mi melodía. Cargó su fardo hasta el final.***

Ventura García Calderón es considerado con justicia como uno de los maestros en el género literario de la crónica. En su tiempo, fines del siglo XIX y comienzos del XX, fue una expresión literaria tan solicitada como las entrevistas de hoy. En ese tipo de producción literaria, Francia y América Latina se destacaron en forma indudable. Los más grandes escritores franceses incidieron en la crónica, entre ellos, Remy de Gourmont, Catulle Mendès, Maurice Barrés y, entre los latinoamericanos, todos los modernistas, principalmente Enrique Gómez Carrillo. Posteriormente, la crónica fue un género cultivado en el Perú por Valdelomar, Mariátegui, Falcón, Vallejo, Haya de la Torre, Gastón Roger, Alberto Guillén, por citar unos cuantos. Ventura fue, a mi

gusto, el más fino, elegante y lírico.

Aparte de ser un gran cronista, Ventura fue un excelente narrador. De ello dan prueba por lo menos cuatro de sus libros. Cultivó el tipo narrativo de su tiempo, el decadentismo modernista, inspirado en los exotismos de Lorrain, Loti, Farrère, todos franceses. El impacto hispánico sólo se advierte en él a través de su cercanía a los latinoamericanos, Darío, Larreta, Gómez Carrillo y el puertorriqueño Luis Bonafoux, que tuvo gran fama entonces. Ventura mezcla en sus relatos la sensualidad amarga de Zola, las perspicacias y análisis psicológico de Bourget y hay en sus cuentos criolistas más de Flaubert que de Garcilaso, aunque éste y Ricardo Palma fueron, indudablemente, sus más importantes modelos en el relato peruanista.

*Como crítico, fue sustancialmente un impresionista. No se busque en sus cuadros críticos elementos científicos que pretendan dogmatizar. Fue, por encima de todo, un sentidor antes que un intérprete. Seguramente el contenido de **Semblanzas de América** y alguna de sus monografías dispersas en distintos libros, revelan al seguidor de los impresionistas franceses, sobre todo de Gourmont, y algo de la capacidad de síntesis de Emile Faget, gran maestro de la crítica francesa del novecientos. No sigue la corriente mesologista de Taine ni el logicismo erudito de Menéndez y Pelayo, como lo hiciera su contemporáneo Riva-Agüero. En realidad, Ventura se mimetiza con los autores que estudia y los hace hablar no sé si como él o si él trata de hablar como ellos.*

Arbitrario como todo artista, violento como todo sentimental, fino y exigente como todo habitante de la Belle Epoque, en Ventura predomina el sentido estético sobre el ético y sobre el histórico. De allí que sus pintores predilectos fuesen Monet, Degas, Utrillo, Pissarro, Picasso y quizá Toulouse-Lautrec. Amará lo exótico como Loti. Quizá no sea descaminado equilibrar su peruanismo esencial con su exotismo adquirido, lo cual conduce al indianismo de sus últimos libros.

En el conjunto de la generación del novecientos, Ventura es el prosista por excelencia; literariamente, su expo-

VENTURA GARCIA CALDERON

*nente más cabal. Lo es también en su abstinencia política sólo rota cuando se trata de algo individual. No se busque en Ventura eso que llaman **emoción social**; tuvo en cambio, una viva, contagiosa y ejemplar emoción artística, sentido de la belleza y del matiz. Al fin y al cabo verleniano como casi toda su generación.*

Miraflores, diciembre 30, 1985.

L.A.S.

**LA LITERATURA PERUANA
(1535-1914)**

El estudio, **La literatura peruana** lo publicó VGC en la *Revue Hispanique* —Vol. XXX, N° 79, New York, París, 1914— que se publicaba en París y que dirigía el famoso americanista Foulché-Delbosc; en esa misma revista VGC publicó otro trabajo sobre **La literatura uruguaya**. El ensayo sobre la *Literatura Peruana* data desde 1914. Antes, VGC se había iniciado en la literatura con el bello libro de crónicas parisienses titulado **Frivolamente...** (1907), el libro crítico y antológico **Del Romanticismo al Modernismo** (París, Ollendorf, 1910) y estaba componiendo **Parnaso peruano** (Barcelona, Maucci, 1914). En ese lapso de tiempo VGC visitó el Perú en 1911 y se documentó en la Biblioteca Nacional de Lima para el trabajo que sigue.

En los números dos y tres de la revista **Colónida**, que dirigiera Abraham Valdelomar (Lima, 1926), se publicó una *textensa crítica* a **La literatura peruana**, firmado por el escritor puneño, Federico More y titulado **La hora undécima del señor Ventura García Calderón**, comentario ácido en el que, sin embargo hay algunas observaciones útiles como la de reprochar a VGC haber omitido a José María Eguren y a Abraham Valdelomar, quien había ganado ya un premio con su cuento **El caballero Carmelo**.

Como verá el lector, VGC traza una especie de elegante periplo por la literatura del Perú, deteniéndose especialmente en los autores de su gusto. Alardeando un sistema crítico sin duda impresionista, por encima del acierto de los juicios y de la exactitud de los datos resulta la ele-

*gancia de los giros y la anatoliana ironía de muchos de sus comentarios. VGC trató allí de ampliar y dar un tono fácil a lo que Riva-Agüero se había ya propuesto en su tesis-libro **Carácter de la literatura del Perú independiente** (Lima, 1905).*

Es evidente el esfuerzo espontáneo de VGC, en el periodo 1911-1915 por rescatar sus orígenes culturales peruanos, aunque él, como se sabe, nació por un azar patriótico en París y volvió a Francia en 1905, y allí permanecería salvo cortos intervalos en Perú, Río de Janeiro, Madrid y Bruselas hasta 1959 en que murió, siempre habitante de París.

No es posible deslindar escuelas y definidas tendencias en la dispersa y lánguida historia de la literatura peruana. Más que literatura hubo literatos. Estos sólo fueron guerrilleros que hasta la “funesta edad” de los treinta años amagaban dones únicos, y bruscamente desmenuzaron su lirismo en triviales coplas o se callaron. Preferiremos, pues, a la historia de corrientes literarias, el orden cronológico de un “paseo entre libros”.

Ornamental y confusa es toda la literatura culterana del coloniaje; chirle y explícito es el romanticismo tardío del Perú independiente. En general, carecieron de buen gusto y de reticencia los culteranos y los románticos. Enredaban los primeros el verso hasta llegar al acertijo; propagaron los segundos esa poesía de estado civil que, cuando no se quejaba de un monótono dolor, cantaba al amigo que se casa, que tiene un hijo o que se muere. Toda poesía debe ser de circunstancias, según Goethe. Pero creo que abusamos de las circunstancias. . .

¿No se prestaba el medio? Aseguraba con sutileza Tocqueville que democracias incoherentes, en donde priman la actividad mercantil y la afición política, permiten únicamente una literatura inconexa, rápidamente concebida, literatura del libelo en general. Sólo a medias son aplicables a Lima sus curiosas observaciones sobre la América del Nor-

te. Ese disgusto instintivo de lo antiguo, que señalaba aquí como simbólico de los primeros años democráticos, no lo sentimos en el Perú, puesto que nuestro literato popular, D. Ricardo Palma, era el cronista colonial de una ciudad apenas transformada.

Limeña fue exclusivamente la literatura peruana, y Lima no es el Perú: algunos dicen que es lo contrario del Perú. Tardíamente Juan de Arona (después del ensayo descriptivo *A/ Perú*, de Felipe Pardo) descubre la belleza rústica, porque leyó a Virgilio; y para hallar la poesía tórrida de la selva y de los ríos en avenida, hay que buscarla antes de ayer en José Santos Chocano. No tuvimos siempre la culpa de esta negligencia literaria. Era necesario improvisarlo todo, la literatura como la vida. Fuimos, según decía nuestro mejor romántico, “soñadores de un mundo virgen, casi sin recuerdos, sin tradiciones, sin héroes, sin artistas”. Y la fatiga peculiar en nuestra historia, la brusca vejez del hombre joven, la expresó muy bien Juan de Arona cuando dijo: “Nos gastamos pronto los hombres de esta tierra. . . sea que demos nuestros frutos precozmente y muramos lo mismo, sea, en fin, que, despechados ante la inestabilidad fatigante de cuanto nos rodea, nos entreguemos al disgusto y al desaliento. . . Nuestras obras, buenas o malas; nuestros esfuerzos, más o menos generosos, caen. . . como cae el balde de agua en el arenal sediento”.

“Ultramarinos” en el coloniaje, seguimos la moda culturrana que llegaba ese mes en el galeón. En la República comenzamos a ser tributarios de Francia. Cuando los barcos fueron más ligeros, las modas llegaron más despacio. Tres años después de muerto Góngora, compone nuestro Ayllón su culterano poema, que infiere antiguas lecturas del maestro: nuestro romanticismo y nuestro simbolismo se rezagaron. Afortunadamente, en estos últimos años la literatura se liberta a veces de su tutela exótica.

Y sin pretensiones, sin coturno, cuando los culteranos enmarañaban el verso, cuando los románticos traducían sus quejas una Musa peruana y espontánea, la burlona Musa de la saya y del manto, vino siempre a castigar a los hombres graves con la tunante efusión de su carcajada.

I

Nos falta una *Araucana*; no tuvimos Ercilla que resumiera historia y canto, alabando lo que viera con encendido y lírico realismo. Pero nuestra epopeya inicial hay que buscarla en el cronista Garcilaso de la Vega (1539-1616), el primer criollo¹, por ser hijo de español y de india; el primer literato, porque sus episodios de *La Florida* están escritos en lengua cálida y muy vecina al lirismo. Parecido al de Ercilla, su propósito era contarnos "el valor, los hechos, las proezas de aquellos españoles esforzados". No puso en rimas la historia, como el otro. Mas ¿por qué rehusaremos el nombre de epopeya a aquella historia de Hernando de Soto, en donde la realidad, por asombrosa, ha parecido novela a los comentaristas? Si en el poema de Ercilla, sin transiciones, suplanta el sueño a la verdad; si un mago Fitón conduce a parajes de sueño, podríamos hallar fácilmente en Garcilaso la misma inquietud de allende en la simpatía con que sigue las andanzas del héroe que aspira siempre a más remota empresa. Una fragosa poesía calienta aquellas páginas. De epopeya son el himno obscuro a la voluntad: la historia de la inquietud española, por ninguna ventura colmada; las melan-

(1) Mestizo, dicen algunos. En el Perú le hemos dado, después del coloniaje, a la palabra *criollo* un amplio sentido, que no sólo comprende a los hijos de españoles nacidos en el Perú. Así la empleamos en estas páginas.

colfías de la “valiente nación a quien tan cara cuesta la tierra”; la sorpresa de los mismos audaces cuando, habiendo conquistado su paraíso de tierra caliente, el jefe Hernando de Soto los convoca de nuevo a ir más allá, a quien sabe qué Eldorado pobre.

Los *Comentarios Reales*, descripción del pasado incaico, son obra de madurez de Garcilaso, la que escribiera con amor, por ser a medias la historia de su raza. Se le ha reprochado muchas veces que hermoosara la civilización precedente a la conquista, propagando la imagen de una utopía realizada. Desde el punto de vista literario, no le podemos censurar la parcialidad. Merced a ella describe tan cariñosamente la flora autóctona y las costumbres del Perú. Allí está en ciernes la poesía de nuestras sierras. Su estilo es matizado, amenísimo. Cuando nos da la versión española de algún verso de *haravicu*, nos dice: “Para los que no entienden indio ni latín me atreví a traducir los versos en castellano, arrimándome más a la significación de la lengua que mamé en la leche que no a la ajena latina; porque lo poco que de ella sé, lo aprendí en el mayor fuego de la guerra de mi tierra, entre armas y caballos, pólvora y arcabuces, de que supe más que las letras”. Esto es sólo modestia de Garcilaso. En realidad, su elegante sencillez parece continuar la del historiador de la *Guerra de Granada*. Indio y español, resume cualidades de dos razas: el lirismo del vencido y la sobriedad espiritual del vencedor. Mira con ojos de poeta cuando sólo están atentos al oro por descubrir los conquistadores¹.

(1) Forzosamente omito en esta brevísima enumeración de literatos peruanos las obras secundarias de cada autor y a los escritores de menor importancia. No me será tampoco posible estudiar la influencia de literatos extranjeros, como Hojeda, que escribió *La Cristiada* en el Perú, o como Velarde, que inspiró a nuestros románticos. Todas estas deficiencias las repararé algún día en una extensa *Historia crítica de la literatura peruana*.

El 18 de Enero de 1535 éstos han fundado Lima. De las torres de sus templos, de las azoteas de sus moradas pueden ver las naves en que vinieron a realizar su sobrehumano afán de gesta.

¿Es el clima, es el reposo lo que ha mellado la voluntad? Cien años después sus descendientes van a ser los criollos “amigos de burlarse” de que nos habla Calancha. Un poeta del siglo XVIII hace más tarde el paralelo del español moderno con el antiguo y le reprocha al primero,

saber de todo adorno mujeril,

.....
guardarse de serenos, aire y sol.

Cotejad con el Cid a este español.

Para llegar al origen de tal mudanza, un siglo entero transcurre, en donde no podemos hallar literatura. Sólo fragmentos del Año Cristiano o la Leyenda Dorada, de tono lírico a veces, porque ocurre que el devoto historiador tiene levaduras de poeta. Menéndez y Pelayo, el admirable erudito cuyo estudio sobre la poesía peruana es hasta hoy el más completo, cita varios poemas de buena voluntad, como la *Conquista de la Nueva Castilla*, manuscrito anónimo de la Biblioteca Imperial de Viena, publicado en París en 1848; *El Marañón* (1578), de don Diego de Aguilar y Córdoba, y,¹

(1) A cuyo examen podrán añadirse, en un extenso estudio, el de obras tan curiosas como la *Defensa de Damas* (1603) y la *Primera parte de la Miscelánea Austral* (1602), mezcla sutil de prosa y verso, por don Diego de Avalos y Figueroa; el *Temblor de Lima* (1609), por el Licenciado Pedro de Oña; el *Poema heroico del asalto y conquista de Antequera* (1627), por D. Rodrigo de Carvajal y Robles; y más tarde los libros de don Diego de León Pinelo, *Las tres jornadas del Cielo, Vía purgativa, iluminativa y unitiva, significadas en gemidos, deseos y suspiros, ordenadas en métrica consonancia para más suave armonía del corazón*, por el R.P. Fray Juan de Peralta, etc., etc.

en fin, la *Epístola* de una poetisa anónima de Huánuco, ¡aquella Amarilis que escribió a Lope de Vega los sutiles conceptos y las galantes finezas de un amor petrarquizado y sin esperanza! Con más sutileza que verosimilitud, Menéndez y Pelayo pretende inducir el nombre de la autora: doña María de Alvarado, según él. Mas ¿estamos seguros de que no fuera la *silva* una añagaza? Nuestro D. Ricardo Palma, docto en malicias, lo sugiere. Tal vez algún admirador peruano del dramaturgo, algún canónigo con vagares y la discreta modestia de aquellos tiempos, enviara en homenaje esos versos que halagarían a tan galante enamorado como fray Lope. Enigma literario, que será preciso resolver un día, para honrarnos, como Méjico, con una *décima musa*. La nuestra merecería mejor el nombre, porque es más pagana la dama. Con una linda franqueza de *Decamerón* declara amor:

Amando a quien no veo y me lastima:
¡Ved qué extraños contrarios,
venidos de otro mundo y de otro clima!

Superchería es también probablemente el *Discurso en loor de la poesía*, del que dice el colombiano Pombo, citado por Menéndez y Pelayo, que “rara vez se ha discurrido más alta y poéticamente sobre la poesía”. Se publicó en el *Parnaso antártico*, del sevillano Diego Mexía, y su supuesta autora es otra encumbrada peruana. Verdad es que más tarde hubo limeñas latinizantes y doctas como frailes; pero entonces eran raras en la mujer la cultura y la maestría literaria que supone el discurso. Está escrito, como dice la supuesta autora, “en grave y sublimado verso”. Hallamos allí ese difuso platonismo, armonizado con las doctrinas de la Iglesia, en donde Apolo y la “ínclita María”, el evangelio y los mitos, se juntan en ardientes divagaciones, como cuando levanta a Pedro Bembo un rapto de ultraterreno amor en las páginas

vertiginosas de *Cortegiano*. Para nuestra autora el metrificar “dulce y sabroso” tiene origen divino. Proviene:

de espíritus angélicos perfectos,
que por conceptos hablan de continuo.

La poesía es alivio de penas y pasiones, el arte preferido para dibujar “el bien del casto amor y su dulzura”. El final nos deja dudas. La autora agrega:

Y tú, Méxia, que eres del febeo
bando el Príncipe. . .

Y ya nos parece menos creíble la existencia de la anónima poetisa. Tal vez D. Diego Mexía halló manera desviada de alabarse como príncipe de ingenios inventando a una mujer panegirista. El mentir del Perú era un lejano mentir entonces¹.

Nos hallamos en el período medioeval de la historia literaria peruana. La cultura se refugia en los conventos. Frailes son los intelectuales de la época, cuando hidalgos de rezar y de holgar sienten desdén a las letras. Muy difícil será, pues, deslindar en las innumerables “cartas edificantes” o vidas de santos lo que corresponde al crítico literario y al hagiógrafo. El propósito es pocas veces literario. Se quiere

(1) Próximamente analizaré este problema literario, comparando la *Epístola* con los versos de D. Diego Mexía, principalmente con una “*Epístola a la Serenissima Reina de los Angeles sancta María, virgen i Madre de Dios*, por Diego Mexía de Fernangil, su siervo indigno”: se halla en los folios 102 y siguientes del manuscrito inédito de la Biblioteca Nacional de París (*espagnol* 389), que continúa el *Parnaso antártico* de que se hace mención más arriba y se intitula: “*Segunda parte del Parnaso Antartico de diuinos poemas. . . 1647*” (fechado en Potosí, donde el autor residía).

sólo alabar al santo fundador de la orden, al fraile muerto en opinión y olor de santidad. Pero a veces el fervor místico es tan cercano al poético, que, cuando el alma se desborda, su efusión parece canto. Son todavía obra religiosa los *Avisos y documentos espirituales; muy provechosos para el alma*, del padre limeño Antonio Ruiz de Montoya (1585-1652); pero ya los títulos mismos nos indican el tránsito: *Tratado breve del dulcísimo nombre de María* (1642), que escribió fray Francisco de Figueroa, limeño, o el *Triunfo del agua bendita* (1642), que publicó fray José de Santa María, también limeño. Fueron muchos los esclarecidos frailes que pasaban de España al Perú y se quedaban allí largos años. Sólo consideraremos como peruanos a quienes nacieron en el Perú. Lo fué el padre limeño Adrián de Alesio, miniaturista y poeta como en los mejores tiempos católicos, autor de una *Vida de Santo Tomás de Aquino, en quintillas*; lo fue el padre Juan de Alloza (1597-1666), jesuíta de tan famosa virtud, que se atrevió a reprender desde el pulpito al virrey porque charlaba en el templo, y el virrey le dió razón. El más literario libro de Alloza es el *Cielo estrellado de mil veintidós ejemplos de María, Paraíso espiritual y Tesoro de favores* (1654).

Los manuales para edificar las almas suceden a las beatíficas biografías, y una cándida floración de asombrosos milagros llena los libros y las vidas con un rumor de preces como un rosario de santidad. Siglo ardiente aún, en donde hay tajos y cuchilladas por las calles, en donde hay desgarradas ascensiones por las altas y crueles moradas en que el cilicio abre rosas para la cruenta primavera de Dios. Antes de ser vulgaridad retórica el tema de la rosa y la espina, había sido en la flora mística de San Francisco de Sales la dualidad favorita del triunfo místico, y tuvo en Lima su santo retoñar. Una poetisa se desgarraba en las espinas de la rosa mística para eternizar su congoja, como en el mito melo-

dioso de Filomela. Isabel Flores y Oliva —Santa Rosa de Lima en los altares (1586-1617)— escribe a ratos, o mejor dicho canta. Es nuestra santa virgiliana y como una Galatea eclesiástica. Ella hace nacional la exótica poesía de Nazaret. La celda de hojas que construyera con sus manos para los juegos de su divina égloga, recuerda a la vez la choza de nuestros indios y el hospedaje de Belén. Allí acogía al Cristo niño con una corona de clavos en la cabeza monda —monda para mejor estar de amor clavada. Dejó un recuerdo parecido al de San Francisco. A los mosquitos de su celda les decía, según nos cuenta ingenuamente el padre Meléndez: “¡Ea, amigos míos, alabar a Dios!”, y ellos zumbaban en cadencia. Una mañana de primavera prorrumpe: “¡Benedicid, árboles y plantas de la tierra, al Señor!” Su poesía de loa y de villancico tiene una ingenuidad de primitivo. No nos quedan poemas suyos, que tal vez compuso, como Santa Teresa, sino balbuceos de excelsa pasión, que, “aunque les falten los accidentes del metro, les sobra el tema de la caridad”, como dice un cándido comentarista:

Pajarillo ruiseñor,
alabemos al Señor;
tú alaba a tu criador
y yo alabaré a mi Redentor.

Si el Amado no venía a la cita, ella exclamaba, “dulcemente celosa” y ya maliciosamente limeña:

Las doce son dadas,
mi esposo no viene;
¿quién será la dichosa
que lo entretiene?

No buscaremos en estos monólogos apasionados otra

cosa que el ferviente testimonio del alma limeña, todavía simple en su piedad y en su lirismo. Con la decadencia de la fe y el esplendor del culto coincide la elegancia precursora del boato manirroto del siglo XVIII. Ya no tendremos santas Rosas, sino exquisitas limeñas de saya y manto; ya no tendremos místicos, sino sensuales clérigos de misa y olla; ya no conquistadores, sino criollos. Hay menos religión y más iglesias; el alma limeña se refina, la literatura se festonea. Nace el gongorismo. Por dos siglos, hasta las primeras veleidades de independencia, la literatura y el medio, ofrecen exacto parecido; poco varía en dos grandes siglos la vida suntuaria y jacaesca. El bélico ardor de antaño está reducido a querellas de vecindad, a elecciones reñidas de un prelado de convento o de un rector de Universidad, por las cuales se apasiona todo el mundo. Salen las gentes en tropa por las calles con bandera y matracas, insultando, vitoreando. Lima sacude su marasmo por unos días. Quedan rencores hondos. . .

El gusto comienza a ser exclusivamente culterano. Si examinamos brevemente aquella vida, comprendemos que la literatura no pudo ser diversa. Una gran mudanza sorprende desde luego al historiador. En el clemente clima donde, según la frase de nuestro Peralta, "sólo es risa del cielo cada hora", el hombre se ha tornado muelle y la mujer gentilmente traviesa y casquivana. Gozar, reír, son las preocupaciones únicas del criollo. Con amable tartufismo acomoda la tierra y el cielo de tan estrecha manera, que pecar no empece orar; la procesión es un sarao y la iglesia su pagano salón. ¡Qué mucho, si los mismos adornos domésticos, mantones de seda, candelabros, "jaulas de plata cuyos huéspedes de plumas juntan su voz a los sonidos imponentes del órgano", urnas llenas de perfumes selectos, todo hace del templo un refugio tibio! "El culto es tan solemne, como general la relación de sus sirvientes", dice el autor de unos inéditos *Apuntes para servir a la descripción de Lima* (British Museum).

“Se ponen a veces, cuenta el viajero Coreal, bajo la protección de la Virgen antes de ir a ver a sus queridas”. Los sacerdotes son personajes de Bocaccio, libertinos, madrigalescos, con los más lujosos hábitos de seglar bajo el manto raído. *Hijo de fraile*, observa un malicioso viajero, ha llegado a no ser insulto.

En cuanto a las monjas, casi no se pueden llamar reclusas. Son grandes murmuratorios los conventos, quintas mundanas en donde las religiosas reciben a hidalgos enamorados, visten ricas telas y tienen a su servicio indias y negras. ¡Cómo podía exigirse más cordura a nuestras limeñas! Antes que Europa, o al mismo tiempo, inventaron el *flirt*, un flirt de singular audacia, porque las resguardaba de atrevidos su gracia y las preservaba de indiscretos la tronera invención del manto. Llegó a tal punto el afán suntuario a fines del coloniaje, que un arzobispo se indignaba. En su *Pastoral contra el lujo*, D. José Manuel de Moscoso y Peralta protestó más tarde acerbamente contra la “desnudez de brazos, pechos y espaldas, que se ha hecho ya moda; el uso de las ropas altas para ir manifestando los exquisitos bordados de oro en medias y babuchas”¹.

Con esta vida, que favorecía la libertad o el libertinaje, coincidía sin embargo el más absurdo rigorismo intelectual. Toda licencia en las costumbres, pero ningún renuevo en el pensamiento. Los libros son mal mirados cuando no son obra de piedad. La Inquisición cierne y discierne la lectura².

(1) Descubrían las mujeres, según dijo el ingenioso Concolorcorvo, “garganta y pecho hasta manifestar el principio en que se deposita el primer alimento” (*El lazarillo de ciegos caminantes*, cap. XXVI).

(2) Una ley de la *Recopilación de Leyes de Indias* prohibía, además, “llevar a América libros que traten de materias profanas y fabulosas y historias fingidas”; otra exigía permiso especial, firmado por el monarca, para transportar toda clase de libros.

Por lo demás, no son muchos los que sienten el prurito de leer. Las más veces el hidalgo está orgulloso de su ignorancia. Cuando no comprende una cosa, exclama, según nos cuenta un viajero: “¡Válgame Dios! ¡estas son herejías luteranas!”. Coreal refiere la graciosísima anécdota del criollo que halló las *Metamorfosis* de Ovidio. Es digna de un malicioso Decamerón. El criollo entrega el libro a un fraile de San Francisco, quien, no entendiéndolo, hace creer que es una Biblia inglesa y muestra las figuras de cada metamorfosis diciendo: “He aquí cómo estos perros adoran al diablo, que los transforma en bestias”. El libro, naturalmente, fué quemado, ¡cuál no lo es! En una lista manuscrita de libros prohibidos el año 1765, existente en la Biblioteca Nacional de Lima, no sólo están vedados —lo que parecería casi explicable— Voltaire o Rousseau, sino una *Historia de las favoritas*, los libros de Bayle y de Maquiavelo.

¡Qué podía engendrar esta carestía intelectual sino el culteranismo! Si Menéndez y Pelayo niega para España la correlación entre la esclavitud del pensamiento y la decadencia de la literatura — opinión sospechosa en un católico, — no creo que pudiera negarla en el Perú. Literatura de gramáticos y diversión de mandarines; literatura canónica en dos sentidos, esclavizadores de la palabra, debía ser aquella de donde estaban ausentes el libre juego de las ideas y la espontánea floración del sentimiento. No era posible innovar en este ambiente, ni los limeños sentían vocación de innovadores. A sus churriguerescos templos, a su sensual molicie, a su amor por la elegancia pomposa, correspondía exactamente esa poética formal que degenera en charada. Hora es ya, sin embargo, de que no abrumemos al gongorismo con desdenes que no merece. Excelsa música tiene Góngora. Y no está probado que la dórica simplicidad de ciertos clásicos deba siempre anteponerse al arte abundante, como a los mondados jardines de Le Nôtre prefieren muchos la frondosidad mediterránea. Consideraremos, pues, al gongorismo como

una forma umbría del espíritu humano, tan plausible como las claridades griegas, y lamentaremos sólo las desmayadas imitaciones de América. Al decir culteranismo hablamos muchas veces del conceptismo. Los contraponen algún crítico, viendo en uno “el triunfo de los elementos más exteriores de la forma poética; en el segundo, el predominio intelectual, el refinamiento de la abstracción, una especie de escolasticismo trasladado al arte”. No se les puede separar fácilmente en el Perú. Aplicando una admirable observación de Wilde al estilo de Walter Pater, podríamos decir que nuestros gongóricos se ocuparon en hacer mosaico y nunca música. Nada más intelectual y deliberado que las páginas de nuestro Juan de Ayllón o las más leves de Echave y Assu. Libros enteros que se dedican a describir un altar de procesión, un juego de artificio. Lo descrito y la prosa se parecen. Nunca un arranque de emoción —y se comprende. La poesía es entonces obra erudita y atributo de doctor de Universidad. ¿A quién le encomiendan la oración panegírica para celebrar al nuevo virrey? Al catedrático de Prima de Teología o de Prima de Leyes. ¿Quién canta al muerto? Un profesor. Las procesiones, los fallecimientos de soberano, los nacimientos de príncipe, son grandes ocasiones para esta poesía docta. Con las guirnaldas de los templos subía al cielo una fría vegetación de sonetos. “Tuvieron aquí —dice el autor de la *Estrella de Lima*, hablando de una de estas festividades—, su Pindo y su Parnasso las musas. En quarteles vistosos, que entreteñían lazos de púrpura y zafiro, se veían, presas entre colonias de nácar, hermosas tarjetas orladas a flores de plata y oro con varios jeroglíficos, elegantes poemas y misteriosos enigmas. . . a la gloria de Toribio”¹. Se mez-

(1) De preferencia respeto la ortografía del original sin modernizarla. Únicamente cuando transcribo de ediciones modernas, o cuando la obra de un autor antiguo ha sido publicada sólo en tiempos recientes, como pasa, por ejemplo, con las poesías de Caviedes, empleo la ortografía actual.

cla, en la literatura como en la vida, a los mayores extremos de piedad, un gusto renacentista por los temas paganos. La Grecia clásica es un tema de actualidad. Junto a los angeles de alas desplegadas que decoran un altar de procesión arde en la Plaza Mayor un fuego de artificio simbólico del Monte Parnaso, donde Apolo está "dictando a las nueve musas cláusulas de luz". Más lejos "un Phénix sobre una pira compuesta de diversos troncos y ramos, tendidas las alas y el busto convertido al Cielo, como buscando al Sol de cuyos amores muere". Todo es inspiración de los mandarines de la Universidad. Un catedrático de Decreto cuida del ornamento de la fuente de la Plaza Mayor en un día de procesión. Esta es sólo un certámen de verso, el juego floral de frailes literatos. Un altar puede ser una metáfora. Con figuras de hombre, león, águila y buey erigen cuatro altares los jesuitas. Es su manera culterana de alabar a Toribio. ¿Lo adivináis? "En su nobleza y humanísima piedad, hombre; león generoso, al bramido de su predicación eficaz; buey trabajador. . .; águila en el buelo arrebatado de su contemplación altísima". En otro altar callejero de la misma fiesta "un Phénix, ceñida de astros la tornasolada cresta, sobre pyra de llamas se abra-saba en muerte vital con este mote:

Este Phénix del Pastor
no sólo es su caridad,
sino su inmortalidad.

Tal vez nunca en tal estrecho vínculo se enlazaron religión y literatura. Con los pesados blandones, con esa "constante primavera de aliños", los viejos tropos paganos, depurados apenas, atestiguaron la exactitud del verso de Sainte-Beuve: Pan también se burlaba en voz baja, y la sirena se reía. Disipado el misticismo de los abuelos, literatura y religión se convertían en la más elegante fórmula. Guirnaldas, brocados, piedras preciosas, cubrían la antigua y formidable

miseria del Nazareno; tropos en serie, como los de una alegoría cuatrocentista, alejaban a la literatura de la verdad. Un pueblo incrédulo y sensual, alegre y nada escrupuloso, aceptaba el catolicismo como una nueva mitología, le prestaba la misma fe que concede el literato a Venus o a Minerva. La literatura, pues, no sale generalmente de la iglesia por el autor o los temas. Hay que buscarla: descriptiva, en relatos de procesión; lírica, en elogios fúnebres y en oraciones panegíricas de frailes.

Llegó a Lima en 1630 una noticia de capital importancia entonces: el santoral se enriquecía con veintitrés bienaventurados más. Lustre y gloria nuevos para el orden de San Francisco. Celosamente proclaman entonces las órdenes religiosas sus prerrogativas y sus méritos. Los cronistas de cada una disputan con acritud, como Calancha y Meléndez, cuál fué la más antigua en el Perú, exactamente como los nobles del tiempo pelean las excelencias del abolengo. Cada convento tiene su Padre "señalado en literatura", docto en profanas y sagradas letras. A fray Juan de Ayllón lo elige la comunidad para cantar tanta gloria, y él escribe el *Poema de las fiestas que hizo el convento de San Francisco de Jesús, de Lima, a la canonización de los 23 mártires del Japón (1630)*¹.

Es el primer poema gongórico. Tiene el limeño, sobre todo, los defectos y no las cualidades del español, pero sabe enredar con sutil arte la poesía enigmática. Su poema en cinco cantos va a servir de modelo para todas esas descriptivas apologías de altar florido, de incensada fiesta. Los procedimientos del maestro están, por supuesto, exagerados en el discípulo. Lo recuerda a cada paso. Dice en "montes de

(1) Era autor también, según el padre cronista Córdoba Salinas, de "una relación historial que dió a la estampa en Lima (1646), de las grandes fiestas que la dicha ciudad y nuestro convento celebraron a la preciosa imagen de Nuestra Señora de Aranzazú".

crystal copos de nieve” porque el otro cantaba “en campos de zafiro paze estrellas”. De un Góngora inferior es la metáfora de la luna:

la silente señora
del siempre reyno opuesto al Luminoso.

Aquel paralelismo de la agudeza lo hallamos en Ayllón:

En entregó a la región, *si escura, elada.*

Aquel trastorno pintoresco de la frase que se reputa por arcana elegancia, aquí es frecuente:

Veinte sobre dozientos vieron años.
.....
Ocho tu industria consumiese días.

Imposible y muy injusto sería juzgar a esta retórica por la muestra. El genio destruye dogmas y crea nuevos, lo mismo en religión que en poesía. Para los discípulos en concilio, aquello se hace canon. Es la flaqueza de la religión y la perenne incertidumbre de las poéticas. Esta tiene un ceremonial retórico tan preciso, que haría imposible expresar en ella los movimientos espontáneos del alma lírica. Es poesía intelectual y “libresca”, victoria lenta de ingenio. Así comprendidos, pueden ser elogiabiles versos como éstos:

Los Dulces que inspiró, doblando el gusto,
Apolo versos a mi culta Lira,
quando el alva nos da su tez de rosa,
famoso Azpeytia¹, ya del indio adusto
Sol, cuyas luces bruxuleando mira,

(1) Es el nombre de la persona a quien está dedicado el poema.

escucha atento si la trabajosa
 vela tuya, y piadosa,
 alterna la atención con dulce canto:
 que si el canoro en voz es instrumento
 (adulación del viento),
 a tu invicto valor consagra tanto
 quanto el desseo, erigiré a mi gloria
 gloriosos templos de inmortal memoria.

No es Ayllón el único gongorista de entonces. Está aclimatada la escuela en el Perú. En esas primeras páginas del poema, consagradas a los habituales y descarados sonetos ditirámicos, hallamos éste, de D. Francisco Arias de Piña:

Aguila en poca edad, que al cristalino
 globo, de estrellas claras tachonado,
 peynando al viento en buelo delicado,
 te remontas en curso peregrino;
 clava la garra al esquadron divino,
 que en cruxes el Xapón dejó clavado;
 pon mira atenta al festival bocado,
 maná sabroso, si a tu pico dino;
 baña la pluma en el cristal sonoro
 de las aguas que al monte fertilizan
 ramos que enrrizan al tonante plumas,
 que él y las nueve con alegre coro
 el curso de tu buelo immortalizan,
 que rayos rompe sin temer espumas.

Más elegante, más simple, porque el autor leyó a Gracían, es, años después, el libro que comenta “los epitalamios sacros con que celebró (Lima) la beatificación de su santo arzobispo” Toribio de Mogrovejo. Pocas obras conozco de tan enrevesada gracia como la *Estrella de Lima convertida en Sol sobre sus tres coronas*. Lleva la firma del capitán D. Francisco de Echave y Assu; pero su verdadero au-

tor es el jesuíta limeño D. José de Buendía¹ (1644-1727). Torres Saldamando², contra la duda de Mendiburu, lo asegura, y podemos creerle a Saldamando, nuestro más admirable erudito. Se funda en una nota marginal del ejemplar perteneciente a la Biblioteca de la Compañía de Jesús: "El padre José de Buendía es quien lo escribió, para descargo de la conciencia del difunto". ¡Singulares tiempos aquellos en que escribir podía ser obra piadosa y rescate santo, como las misas por el alma que gravaban todos los testamentos! Los parecidos con una *Vida admirable y prodigiosas virtudes del venerable apostólico padre Francisco del Castillo (1693)*, firmada ésta por Buendía, publicada años después de la *Estrella de Lima* y llena de párrafos entresacados de esta última, confirman por autor a Buendía, si no queremos suponer el más descarado plagio. Pudo agregar Saldamando que no eran entonces raras estas sustituciones. Montalvo, en su *Sol del Nuevo Mundo*, habla de una *Filosofía y anillo de la muerte* que publicó el padre limeño Campuzano "debajo del nombre de D. Francisco de la Carrera".

Buendía es también autor de *Sudor y lágrimas de María Santísima en su santa imagen de la Misericordia*, y de una *Parentación real (1701)*, descripción de las honras por Carlos III, que le encomendara el virrey conde de la Monclova, donde hallamos este soneto, que puede confirmar nuestra opinión sobre la primacía de este padre entre los habituales culteranos:

(1) Buendía escribe Torres Saldamando, fundándose tal vez en un error de puntuación de los libros; *Buendía* acentúa Medina en su *Imprenta en Lima*.

(2) En su libro *Los antiguos jesuitas del Perú*. La opinión de Mendiburu está en su famoso *Diccionario Histórico-Biográfico*, uno de los mejores documentos para estudiar el pasado peruano.

Viviste para Dios lo que reinaste,
 porque reinaste en Dios lo que viviste,
 que aunque más vida y reino mereciste,
 en siglos de virtud lo desquitaste.

En uno y otro mundo conquistaste
 dominios a la fe, que estableciste,
 y de los lauros que a la paz cogiste,
 aun más que a ti la religión laureaste.

En un siglo y un mundo fué la suerte
 fatal que nos robó dueño tan santo,
 y en otro mundo y siglo se revierte:
 porque inunda a los siglos dolor tanto,
 que si un siglo ha acabado con tu muerte,
 otro siglo principia con tu llanto.

La mejor obra de Buendía¹ es su *Estrella de Lima*, que fue preámbulo de las infinitas "Limas gozosas". Alegre, empavesada está la coronada ciudad porque ha llegado, el 17 de Abril de 1680, la noticia de la beatificación de Santo Toribio. Lima, que tan fácilmente acoge todo pretexto de holganza, tiene aquí solaz fundado. ¡Hoguerras de alborozo en la noche, alborada con todas las campanas al vuelo y la dulzaina por las calles! Doctores de Universidad, compulsando graves textos, imaginan leves fuegos de artificio; las más lindas pecadoras disponen ya para el santo la suntuosa sotana de tafetán; los hidalgos preparan para el día de procesión el cirio y el madrigal que salvan el alma y la condenan; los mejores ingenios, hurtando algunas horas al matinal divagar en la plaza o a las tenaces discusiones del claustro, se aperciben a asombrar con un soneto cresco. Nuestro José de Buendía concierta ya las intrincadas razones de su elogio.

(1) Sin contar con la excelente *Vida del P. Francisco del Castillo*, más arriba mencionada, que atañe principalmente a la historia religiosa del Perú.

En él hallamos unidos culteranismo y conceptismo; más sobre todo los preceptos de la agudeza, el paralelismo de la frase, aquella oposición de conceptos que fué primero bíblica y que en San Agustín alabó Gracián como suprema fineza. “Usamos —dice Buendía— de las flores como de los beneficios: que quanto más frescas son más agradables, y el tiempo les va quitando de estimación quanto les dilata de vida. . . A veces llega tarde el agradecimiento, que se ha resfriado el beneficio. Aun el favor llega corrido si llega muy esperado”. Y como leyó el *Arte de ingenio*, quiere que la metáfora sorprenda por su rebuscada novedad: “Ya en soberbias inundaciones tirano, ya en fértiles influencias fecundo, el caudaloso Nilo. combate con sus espumas los astros y prende en grillos de cristal las riberas”. Su barroquismo no es lento y trabajoso como en los otros panegiristas. La exageración misma de la manera, como la profusión de angelotes y guirnaldas en un marco tallado, le da toda la gracia que alcanzan a veces en poesía y en arte las variaciones sobre un tema idéntico. Si divagara de amor, diríamos que *marivandiza*. Oídle:

“Las impacencias son las esperanzas en las dilaciones del gozo. Buela el desseo mandado del amor, y robándole al corazón las alas acusa de tardos y perezosos los buelos mas arrebatados del tiempo, condena las horas por siglos y por eternidad los días: al despecho de la esperanza, ni los orbes se mueven, ni el carro del Sol camina, ni las cándidas ruedas de la Luna vencen con su movimiento las distancias de su jurisdicción. Todo parece que calma cuando el amor espera”.

El libro es reseña de fiesta. No perdona girándula luminosa; no omite altar de procesión. En ésta se detiene con cariño, porque nada puede inspirar mejor que su desfile abigarrado a estos ingenios. Es el centro de la vida y como la poesía cotidiana de cada cual. Durante años, cualquiera podía salir con cirios y hachones cantando su fe expansiva por

las calles. Fueron primero raptos de misticismo colectivo; después sólo algazara de fiesta. El pueblo, el clero, la nobleza, se asocian siempre al cortejo vistoso, a ese auto sacramental vivido, cuando todavía la separación de la Iglesia y del Teatro no se ha operado. Preceden clarines, se gasta pólvora en salvas, los gigantes pasan vestidos con ropas nuevas, porque hay modas también para los gigantes. “Cortejando a nuestra patrona”, dice Buendía, pasan setecientos clérigos. Todo es oro, plata, púrpura. Cada altar y cada fuego de artificio le merecen páginas de elogio, que ingenios tan sutiles como el autor encerraron allí fastos de historia o arcanas intenciones de poeta: Cisneros a caballo, “atropellando a las plantas del bruto dos moros que rendidos le entregaban la llave de Orán”, o el pelícano de alas tendidas que simboliza el amor de Toribio a los pobres.

Laberíntico en el verso, como los mejores escritores de la época; inventor del lenguaje hispano-latino, el jesuita limeño Rodrigo de Valdez (1607-1682) dejó solo el *Poema histórico sobre la fundación y grandezas de Lima*, porque en raptos de enajenación mental, dicen sus biógrafos, de clarividencia crítica tal vez, rompió sus obras. Por él podemos juzgar que la literatura continuaba siendo histórica y descriptiva exclusivamente: unas veces la prolija enumeración de ornatos santos o de títulos de gloria, ya fuera altar o mérito de virrey lo que se pretendía hipertrofiadamente elogiar en “parentaciones” o “llantos funestos” o “gozos ostentativos” o “lamentos”; otras la historia sin vuelos, la cronología de la ciudad, como en la *Lima Fundada*, de Peralta, más tarde, o en la *Vida de Santa Rosa*, “poema heroico” y mediocre de don Luis Antonio de Oviedo y Herrera.¹ El

(1) Publicado en Madrid en 1711. Lo reimprimió en Lima el erudito González La Rosa en 1867. Poco interesa este poema a quien estudia exclusivamente por el momento la literatura peruana, sin detenerse en las influencias españolas. Don Luis Antonio de Oviedo y He-

Poema histórico, de Valdez, precede inmediatamente a la *Lima fundada*. Justo es que allí Peralta dijera:

Este es el gran Valdez, que representa
cómo, uniendo al latino el canto hispano,
hará con el más puro suave electro
milagro la ciudad, milagro el plectro.

Estamos, pues, en presencia de una forma literaria favorita a los peruanos de entonces. El autor pone en penoso verso —si verso podemos llamar a estos horrendos cuartetos de romance— la historia de la ciudad, que otros padres dispersaron en prosa.

rre (1636-1717) nació en Madrid, estudió en Salamanca, militó en Flandes, vino a América en 1668 como gobernador de Potosí y fue más tarde corregidor de Huánuco. En sus maduros años, establecido en Lima, se dedica al lirismo de largo aliento. De sus dos extensos libros: *Poema sacro de la pasión de N.S. Jesucristo* (1717) y *Vida de Santa Rosa de Santa María, natural y patrona del Perú, poema heroico*, el mejor es el primero; el más famoso, el último. “Joya de gran valía”, dice de éste D. Ricardo Palma. Con evidente exageración agrega que “el poeta ha huído del alambicamiento y gongorismo que contagió a los bardos de su época”. Si todo no es enmarañado en los doce cantos de este poema abrumador, nunca Oviedo se olvida de haber sido contertulio de la Academia culterana del virrey. “Bajel dentado” llama al peine de Santa Rosa, que navega “por golfos del cabello”. Como cualquier Peralta, llama al “corzo de los galgos perseguidos”, “viento animado a quien la espuela hiere del latido”. Y para muestra de la singular afición a la forzada agudeza, he aquí esta estrofa (Soy yo quien subrayo la alusión al refrán):

Si esto es cierto, ¿qué lloras? ¿qué te afliges?
Reprime extremos, sentimientos deja;
si a buscar desengaños te diriges,
que hilar tiene el discurso en tu madeja:
pues solo Magdalena, si es que elijes
enmendar el motivo de tu queja.
a los pies de su amante, supo en ellos
gozar de la ocasión por los cabellos.

Preferimos la prosa de estos padres. El relato de algunos milagros, en la *Crónica Moralizada* (1638 y 1653), de Calancha; la descripción de Lima en el *Memorial de las historias del Nuevo Mundo Perú*, de Córdova y Salinas (sin fecha), y la biografía de Santa Rosa, en los *Tesoros verdaderos de las Indias* (1685), de Meléndez, merecen con equidad, por su castizo y terso estilo, mayor elogio que aquellos poemas sin arranque. Y en lejana provincia se está escribiendo entonces el mejor libro de prosa peruana, después de los *Comentarios* de Garcilaso. Su autor, D. Juan de Espinosa Medrano (1632-1688), es tesorero, chantre y arcediano de la catedral del Cuzco. Latinista, músico, literato precoz, todo lo sabe o lo adivina. A los catorce años escribía ya autos sacramentales, de los cuales queda apenas un título: *El robo de Proserpina*. Antes de los veinte publica una *Panegírica declamación por la protección de las ciencias y estudios*. Su prosa es simple y simpática, como su vida de canónigo humorista. El anónimo autor de los *Anales del Cuzco*, al hacer la apología del *Lunarejo* (llamado así por uno o varios lunares del rostro), nos refiere esta anécdota, que le confirma por hombre de encantadora simplicidad: “Predicando un día en la catedral, advirtió que repelían a su madre, que porfiaba por entrar, y dijo: “Señores, den lugar a esa pobre india, que es mi madre”. Y al momento la llamaron, convidándole sus asientos”. “Esta humildad, agrega el cronista, le granjeó más que la literatura y erudición de que lo dotó el cielo”. En vez de alabar a los poderosos con dedicatorias ecomiásticas, según la moda de entonces, les pedía ingeniosamente y con graciosa franqueza el beneficio. Cuando quiso obtener la canonjía del Cuzco, le dijo al vizconde de Portillo, en su poema *El aprendiz de rico*:¹.

(1) Lo considero como obra de D. Juan de Espinoza, porque es opinión corriente. Como tal lo incluye D. Ricardo Palma en los *Apuntes históricos y noticias cronológicas del Cuzco*. Pero, en realidad, se-

¿Querrá piedad divina
que el monarca español, cuarto en el nombre,
por verme tan sin nombre,
me diga, cuando acá menos se entienda:
“carga tu lecho y vete a una prebenda”.

Su literatura contrasta con la época; este admirador de Góngora observa una elegante claridad; este eclesiástico mantiene el alma ecuánime en su provincia inquieta y castigada. El Cuzco, la antigua metrópoli incásica, conservaba hasta los comienzos del siglo XVII esa amable y graciosa relajación de que tantos ejemplos vimos en la colonia. En 1601 las *Constitucionales sinodales* prohibían a las personas eclesiásticas llevar guitarras por las calles, asistir a corridas de toros o a comedias, danzar “en misas nuevas, bodas y otros ayuntamientos”, lo que está indicando el frecuente abuso. Más so-

gún Medina, que ha visto la primera edición (*La Imprenta en Lima*, tomo III, pág. 453), lleva allí el nombre del licenciado D. Pedro Espinosa de los Monteros, cura de Guancarama. D. Juan Espinosa se llamaba también *de los Monteros* Medrano, como aparece en el libro de juventud arriba mencionado: *Panegírica declamación por la protección de las ciencias y estudios*. ¿No debe atribuírsele *El aprendiz de rico* a D. Juan? ¿Es acaso un error ocasionado por idéntico apellido? D. Ricardo Palma y el biógrafo de Espinosa don Manuel Calderón, no nos hablan siquiera de error posible. Pero de la existencia de este D. Pedro Espinosa de los Monteros, contemporáneo de D. Juan (¿pariente suyo?), no nos cabe duda al ver poesías firmadas por él en los siguientes libros: *Solemnidad fúnebre y exequias a la muerte del Católico Augustísimo Rey Don Felipe Cuarto* (Lima, 1666), por Diego de León Pínelo; *Poema heroico del asalto y conquista de Antequera* (Lima, 1627), por Rodrigo de Carvajal y Robles. Era D. Pedro —según Medina— “oriundo de Loja, en el Perú, hijo del capitán Pedro Espinosa de los Monteros, natural de Utrera, y de María de Aranjuez. Estudió en el colegio real de San Felipe y San Marcos hasta graduarse de bachiller en cánones. Era cura desde 1628. Rindió información de sus servicios en 1646”. Publicó un libro en Lima en 1628.

breviene en 1650, cuando era muy joven Espinosa, el más formidable terremoto. La causa del daño la atribuyen los cuzqueños, por supuesto, a la pasada iniquidad. Hombres y mujeres salen por las calles encenizados, descalzos. Con palos de mordaza en la lengua, sogas al cuello y corona de espinas, los religiosos pasan tan asombrosamente penitentes, dice un autor de la época, que causan horror al pueblo. La desgracia favorece el lirismo elegíaco, y los poetas de ocasión van por las calles clamando:

Cuzco, quien te vió ayer,
y te vé ahora,
¿cómo no llora?

Más tarde los disturbios por la famosa mina de Potosí llenan la ciudad de marciales y sacrílegos rumores. Aterra como celeste admonición un cometa. Años antes de la muerte de Espinosa, nuevas centellas chisporrotean fugando en el cielo nocturno. En estos tiempos de Leyenda Dorada nos place que un criollo ejemplar escribiera ese libro ponderado que se llama el *Apologético en favor de Góngora*.

Escribió además una *Filosofía tomística*, muy celebrada en Roma, según nos cuenta el autor de los *Anales del Cuzco*; un poemita de fácil verso y festiva inspiración, *El aprendiz de rico*¹; elegantísimos sermones, como la *Oración panegírica del agosto Sacramento del altar*, o su prédica sobre el tema *ego sum victis*. Su reputación se la da el *Apologético*, librito de doscientas páginas, que es a la vez una rareza bibliográfica y la más elegante prosa del coloniaje. Este peruano escribe a ratos con la sobriedad enérgica y nerviosa de un Gracián. “Una perla caída en el muladar de la poética culterana”, dice Mendéndez y Pelayo. Mientras el coro de los doctores de Lima agrava de incisivos la oración

(1) Véase la nota precedente.

y con hipérboles la prosa, el *Lunarejo* desarticula y aligera la suya.

Desde las primeras páginas vemos la admiración que merecía a sus contemporáneos. Escritores de Lima y del Cuzco lo nombran “caudaloso ingenio”, “Demóstenes indiano”. De D. Diego Dionisio de Peñalosa y Briseño, nos señala el moderno biógrafo de Espinosa, D. Manuel Calderón, este soneto enrevesado:

Febo criollo renació Medrano,
numen mayor de las pimpléidas nueve,
porque sólo su pluma al orbe eleve,
fénix de la región y clima indiano:
la emulación su arpón dispara en vano;
así aliento y espíritu le bebe
al erudito Tulio, a quien le debe
sus elocuencias el caudal romano.
Pino es, y no espino, aunque las frías
sombas de envidia empañen sus verdores
al sol opuesto de sus bizarrías;
y si no es pino, teman sus rigores,
más no teman que el tiempo, en breves días,
produjo ya de sus espinas flores.

El objeto del *Apológico* es defender al amado maestro español contra los ataques del portugués D. Manuel de Faria y Sousa. Audacia grande era sustentar la perfecta claridad y transparencia de un poeta crepuscular como Góngora. La tuvo nuestro Espinosa. No por escribir y pensar claro rehusaba admiración a esos poemas umbríos, donde vislumbró admirablemente el ensayo de una poética “briosa” y española que volvía a las formas latinas en vez de continuar “la femenina delicadeza de los italianos”, que aceptaba el ornato augusto y desdeñaba el “melindre”. Si los imi-

tadores lo adulteraron, culpa no fue de Góngora. Bastaría a probarlo tan clarividente apologista como Espinosa. Su magistral obrita quedará como un raro episodio de sutileza crítica y discursiva elegancia en el mal gusto convulsivo del coloniaje.

¡Prosa del *Lunarejo* y poesía de Caviedes! Es el más prestigioso momento, el Siglo de oro. Juan del Valle y Caviedes (1653 (?)-1692) inicia la venta satírica en el Perú. Otros se burlaron antes; nunca con esta gracia aleve. En las postrimerías del siglo XVIII representa y define la literatura vernal, que en otra parte he llamado *criollismo*¹ y cuyo árbol genealógico se extenderá en línea recta, sin extinguirse por todo el siglo XIX de nuestras letras: Felipe Pardo, Manuel Ascencio Segura, Manuel Atanasio Fuentes, Ricardo Palma. . .

Es el primer realista, es el único que parece haber mirado bien la pintoresca vida del coloniaje. Hemos visto lo ficticia que era entonces la literatura de circunloquios. Falta siempre en ella la franca gracia, la negligente sinceridad que se abandona. Estorbaban la erudición y la tiranía de la poética, la penosa ambición de mostrar ingenio y sutileza, ausentes siempre de esas páginas porque la gracia no puede ser deliberada. Fresca, espontánea, surge, en cambio, la poesía de Caviedes. Poco sabemos de su vida. Era, según parece, hijo único de un comerciante español acaudalado. Este lo envía a España a los veinte años. ¿Qué libros lee allí? ¿a qué maestros sigue nuestro ciollo? Tal vez ni libros ni maestros le hacen falta, pues sólo en 1761 va a ocurrirle escribir. Dirá más tarde arrogantemente:

Cuando a hacer versos me heché,
sin ser el único, solo
llegué a la casa de Apolo.

(1) Véase mi libro *Del Romanticismo al Modernismo*. París.

Muere su padre, Caviedes regresa a Lima en jóvenes años. A los veinticuatro de su edad es el limeño manirroto que se entrega a la alegre fiesta hasta enfermar. De su dolencia va a conservar acerba y graciosa inquina a los físicos de su tiempo. Con los restos del malgastado patrimonio pondrá uno de esos "cajones de ribera" a donde las limeñas de saya y manto acudían por la mañana, bajo la mirada gabilana de los hidalgos, a comprar alfileres y fruslerías, después de adquirir *místura* en la calle simbólica de *Peligros*. No se sabe si la historia es auténtica. Lo parece, y quisiéramos que fuera así. Un "cajón" es una excelente butaca para observar la comedia pintoresca de la ciudad. La plaza es entonces el mercado y la escuela matinal de travesura. En torno de la pila pintada de verde están dispuestos viandas y frutos, en anchas hojas de plátano. Allí se vende y se aprende galantería, Las limeñas que hoy van a tiendas iban a revolver más que adquirir, en los tenduchos, los chapines sevillanos, y los guantes de polvillo de Roma, y los dedales de marfil, y las agujas capoteras, y las servilletas damascadas, y los bofetanes, y los baroches, y las trancaderas de hilo blanco que dicen de velduque finas. . . ¿Cuál de estas cosas leves y femeninas vendía nuestro Caviedes? Sospechamos que, si vendía mal, ganaba el tiempo en bien mirar. De un espectador apasionado son sus consejos a una dama:

Anda, tú, menudito, muy aprisa
con hipócrita pie martirizado,
pues siendo pecador anda ajustado:
usarás al andar muchas corbetas,
meneos y gambetas.
que es destreza en la dama que se estima
imitar los recortes de la esgrima.
Fingirás la palabra de *ceciosa*,
sincopando las frases que repites
con unas palabritas de confites,

y aunque tengas la boca como espuerta,
frúncela por un lado un poco tuerta,
y harás un hociquito
de arcángel tompetero tan chiquito
que parezca una boca melisendra
que no cabe por ella ni una almendra.
Procura conseguir una tercera
de las que en su florida primavera
fueron damas y, ahora jubiladas,
conocen mil pasadas.
Así los mercaderes superiores
se meten en quebrando a corredores,
ajustando los precios de otra hacienda
ya que no venden nada de su tienda.

Desfilan damas; maestros en santidad fingida, que parecen “en las cruces un calvario”; la beata provista siempre de medallas de azófar, que camina “resonando cencerros, por memoria de que es mula de recua de la gloria”; los “caballeros chanflones”, parecidos en esponjada arrogancia y en miseria al melancólico hidalgo del *Lazarillo*; los médicos, en fin que son el blanco preferido de su malicia. El físico es entonces un hombre solemne y latinizante, que no suelta a Hipócrates de la mano. Usa irremisiblemente, como en la sátira de Caviedes, anteojos, “con sus tirantes largos de cerda”; va en mula paciente y doctoral; tiene perjeño de astrólogo y lo es a ratos, porque la medicina es todavía una ciencia oculta. Se escribe gravemente tratados sobre el *aojo*; se reparan las fuerzas del enfermo con darle a oler viandas nutritivas, y el doctor Pedro Gago Vadillo, que estuvo largos años en el Perú, nos cuenta, en su *Luz de verdadera cirugía*, que, para cicatrizar pronto la herida, algunos cirujanos la curaban con vino o aplicaban paños secos en forma de cruz. ¡Cómo no había de reir nuestro burlón de las “tumbas con golilla”, los “fracasos con barbas”, los “asesinos graduados”, como él

llamaba a los galenos! No les perdona sus malos ratos cuando estuvo próximo a morir. Uno por uno los analiza y los zahiere. La hipérbole constante parece aprendida en Quevedo, a quien recuerda siempre. Aquellos ojos de que nos habla el español, “tan hundidos y oscuros que era buen sitio el suyo para tienda de mercaderes”, aquellas “barbas descoloridas de miedo de la boca vecina”, nos hacen recordar al “cierzo de la medicina y carámbano con golilla”, ante quien tiritaban los tabardillos, según Caviedes. Curioso influjo, que no le resta originalidad a nuestro autor. Sus temas, su inspiración, son nacionales. Cotejando sus burlas con los relatos de los viajeros, estamos seguros de la veracidad del costumbrista. Por primera vez un peruano trata de retratar la vida ambiente y, olvidando la poética *elevada*, desciende al profano vulgo y tira por los aires el postizo coturno de nuestros líricos. ¡Qué sana y fresca alegría circula en *El diente del Parnaso*, la obra más homogénea de Caviedes! Alguna vez se destaca esta poesía, como en Quevedo, más casi siempre el ingenio es de fina calidad, como cuando dice a la hermosa Arnarda, que estaba en el Hospital de la Caridad curando discretos males:

En la caridad se halla
por su mucha caridad,
que a ningún amor mendigo
negó limosna jamás.

A un “hombre viejo y rico, que casó con moza arrogante y pobre”, le pregunta, interpretando los signos del Zodíaco:

¿Qué amor caduco te ciega,
siguiendo signos errados,
pues pensando dar en Virgo
has venido a dar en Tauro?

Mas no se crea que, por reír, no conozca más alta y so-

lemne inspiración nuestro Cayeides. Su *Diente del Parnaso* es solo sátira. Sus *Poesías diversas* contienen endechas y romances de una adorable tristeza que sonrío:

En mis penas inmortales
sin esperanza padezco
por ser un achaque amor
que se cura con el mismo.
Cuando sanar solícito,
procuro estar más enfermo:
porque los remedios matan
y me mato por Remedios.

Muriendo estoy por morir,
si contraria me persigue
una voluntad alegre
con una memoria triste.

Las "lamentaciones sobre la vida en pecado", acentúan la voz de Segismundo y su nostalgia de otra vida:

¡Ay, mísero de mí, ay, desdichado!
qué, sujeto al pecado,
vivido he tanto tiempo orgulecido.
Si es vivir el pecado en que he vivido,
¿cómo puedo vivir en tal tormento
sin dar velas al mar del sentimiento?

Nace el ave ligera
de rizado plumaje, y a la esfera
irguiéndose veloz y enriquecida,
a Dios está rendida,
y yo, con libertad, en tanta calma,
nunca, Señor, os he ofrecido el alma.

Nace el arroyo de cristal o plata,
y apenas entre flores se desata
cuando en sonoro estilo guijas mueve
y a Dios alaba con su voz de nieve.
Sólo yo, con terrible desvarío,
nunca os postré, Señor, el albedrío.

Melancolías de madurez, la más patética poesía de esos tiempos. Desamparado por la muerte de su esposa, á quien canta en *Poesías diversas*, comienza a beber, hasta su temprana muerte, como cualquier vate romántico. No se disipó nunca en Lima la nombradía del *Poeta de la Ribera*, como se le llamaba entonces. En 1700, los concurrentes a la tertulia del virrey Castel-dos-Rius lo plagiaban descaradamente¹. Por donde la vena del ingenio popular, tantas veces disparado a palacio para ofender a un virrey, entra allí, en fin, mezclándose su acento casquivano, familiar y jovial a ese penoso juego malabar de poetas galeotes que presidía Peralta. Y en cuadernos manuscritos, o transmitido oralmente, su ingenio continuaba enseñando la picaresca alegría y el realismo desenfadado, que fueron y son virtud limeña.

Para hallar, sin embargo, un discípulo notorio de esta vena es menester traspasar un siglo. Hacia 1787 vino de Méjico al Perú un español, D. Esteban de Terralla y Landa² que oyó seguramente las sátiras de Caviedes. No estaban impresas, pero corrían por las calles. El mundo descrito por am-

(1) Se ha discutido, sin gran fundamento por lo demás, la veracidad de estos plagios. Se dice también que algunas de las poesías que figuran en las dos ediciones publicadas por el D. Ricardo Palma están injustamente atribuidas a Caviedes. No podemos detenernos en ese examen.

(2) Por excepción nos ocupamos de un español. El tema de su libro y la influencia de Caviedes justifican que lo incluyamos en la historia de la literatura peruana.

bos es el mismo. Bien se advierte que es criollo el primero y el otro un *chapelón*, como ya se llamaba al español. Llega Terralla con altiveces de finchado hidalgo, como casi todos los iberos de entonces. Y esa sensual reyecía de la limeña sobre el extranjero recién llegado; ese “vértigo” que cuarenta años más tarde asombraba a Flora Tristán, van a abrumar al literato. Lo suponemos siguiendo a las que llamara después “ángeles con uñas”. En el manuscrito de un sainete titulado *El Amor Duende*, y atribuido a Peralta¹, adivinamos cuáles fueron las melancolías del recién llegado. “Mi reyna”, dice el español; y le responden: “Seor Chapelón” ¿En que lo echaron de ver?

En lo reyna,
que aquí suena lo niña más bien.

Cuando ofrece amor, le piden cien pesos para un falde-lín; cuando después de mil demoras le descubren el rostro, Terralla aprenderá también que las “caras son caras”, como él dice. Y las “madres conscriptas del arte del gorroneo”, le dejan melancólica acidez. Salud y dineros pierde en su bisoña galantería. La salud la restablece en 1792 en el convento de los padres belethmitas. El alma no la puede aliviar. Y su despecho está exhalado en el largo romance *Lima por dentro y fuera* publicado con el seudónimo de *Simón Ayanque*², que tuvo tantas ediciones en el Perú. Escribió además un

(1) Manuscrito del British Museum. Es probablemente el sainete del mismo nombre representado en 1725. Su autor era D. Jerónimo de Monforte y Vera, poeta español residente en el Perú y académico de la Academia del virrey Castel-dos-Rius.

(2) “Sol de los muertos o sol de ayanque llamaban a la luz repentina y como azafranada que arroja el sol cuando parecía haberse puesto” (Juan de Arona, *Diccionario de Peruanismos*). Probablemente es éste el origen del seudónimo. El autor del *Sol del Mediodía* arrojaba, simbólicamente, su reflejo postrero, en el libelo limeño.

libro pronto olvidado: *Lamento métrico general, llanto funesto y gemido triste por el nunca bien sentido doloroso caso de nuestro augusto monarca Don Carlos III (1789)* y *El Sol en el Mediodía* (1790)¹ donde celebra en prosa y verso los festejos celebrados en Lima por el advenimiento al trono de Carlos IV, obra, como la anterior, forzada, chabacana y aduladora. Cuando olvidó la lisonja y sólo quiso vengarse, escribió su obra durable, la que había de leerse muchos años después, quizás por el duro tono: su *Lima*. Esta le ha merecido toda suerte de censuras que no comparto. "Hacinamiento en chocarrerías de mal género" la llama Palma. Que Terralla escribiera sólo la impresión pesimista de sus días de mal humor; que recargara el cuadro, perfectamente; pero bastan testimonios de viajeros para probarnos la veracidad de la pintura. Lejos estaba de ser un paraíso de santidad nuestra colonia.

En diez y siete *Descansos*, le va advirtiendo al amigo que pretende venir a Lima los peligros de la ciudad y sus devaneos. Es un lazarillo de españoles caminantes y una guía completa de pecadoras. Su objeto, dice al lector, "es imponerte a fondo de las costumbres, usos e inclinaciones de las gentes que habitan la ciudad llamada de los Reyes". Son gentes a quienes no quiere bien. El "pobre infeliz extraño" ha sufrido las emboscadas de las sirenas de los portales, de las "emperatrices del sexto", de aquellas mulatas vendedoras de la plaza,

destinadas al comercio,
las unas al de la carne
las otras al de los mismo.

(1) Menos importantes son su *Alegría universal, Lima festiva etc.* (1790) y su *Vida de muchos* (1791, publicada con las iniciales E.T.L.).

De estos romances, como de un paseo del *Diablo Cojuelo*, surge el gracioso misterio de la ciudad, con sus españoles peripuestos de capa de grana y gran chambergo; con sus hipócritas y sus beatas, “que por tabaco o por mate inventarán dos mil cuentos”; con sus mulatas insolentes, que alternan en gala y atavío con las señoras; con sus viejas de siglo y medio, que fingen estar encinta y “usan barrigas postizas para ir la edad encubriendo”; con sus pobres maridos “bicornutos”, con sus médicos mulatos y ostentosos, que van en buena mula sobre silla de plata; con sus mujeres, en fin, con sus mujeres, a quienes alternativamente adora y aborrece. ¡Cuán ingenuamente “se entregó todo al amor”! como él confiesa. “Tapadas entre cortinas y a veces con barbiquejo”, le sedujeron. Son de

bellísimos cuerpos,
con las almas de leones,
todo remilgos y quiebros.
todo cotufos y dengues,
todo quites y arremuescos.

Su encantador artificio, su cuerpo emboscado, su andar tunante, le fascina y le irita. Aconseja vivir “a lo filósofo”, pero es después de haber adorado a las “madamas”. Las ha seguido cuando van por la mañana a comprar velos o encajes, tan seductoramente bribonas, que los “babosos tenderos se enternecen y no cobran”. Ha escarmentado su falaz amor avezado a los petitorios o sus ceceosos fingimientos: *Jesú qué gacia!* le dicen *¿Amod yo? Quéame vmd., caballero, que nunca supe queded.* . . Huyendo del “mundo, demonio y carne” quiere sólo morir y otorga en verso su testamento, añadido como epílogo al curioso libro. Este y las adivinanzas, que tanto éxito tenían en Lima, mantuvieron su reputación por muchos años.

Del mismo espíritu que Caviedes o Terralla es el *Ciego*

la Merced, fray Francisco del Castillo (1714-1770), cuya gracia, a veces chusca, se manifestaba en coplas de pie forzado y libertina audacia. Era un prodigioso improvisador. Como más tarde el padre Chuecas, tuvo debilidades amorosas, compatibles en Lima con el hábito. De sus *impromptus* quedan solo los que conserva la tradición oral, y que recogió D. Ricardo Palma. La sátira titulada *A Jesús Nazareno* dará idea de su incisivo talento:

Estos frailes, buen Jesús,
te vistieron de librea,
sin duda porque se crea
que mereciste la cruz.

En fin, a fines del siglo escribe su singularísimo *Lazarillo de ciegos caminantes* (1773) un realista más descarado que Terralla y Castillo, D. Calixto Bustamante Carlos Inca, alias *Concolorcorvo*; aquel cuzqueño picaral, que decía en las primeras páginas del libro, como cualquier Estebanillo de Madrid, esta frase, famosa en el Perú: “Yo soy indio neto, salvo las trampas de mi madre, de que no salgo por fiador”. El *Lazarillo* no es novela picaresca, sino el itinerario de un viaje de Buenos Aires a Lima, un relato somero, ingenioso y tu-nante¹.

(1) La edición que conozco es la reimpresión de la “Biblioteca de la Junta de Historia y Numismática Americana”: *Concolorcorvo, El lazarillo de ciegos caminantes desde Buenos Aires hasta Lima (1773)* (Buenos Aires, 1908). Se autoriza aquí, con el parecer de Mitre, la común presunción de que el libro no fue impreso en Gijón, como lo indicaba la portada, sino en Lima. Pero ningún dato agrega el prologuista Leguizamón a los contadísimos que sabemos acerca del misterioso indio. ¿Lo fue en verdad, como asegura tantas veces en su libro? “Los cholos respetamos a los españoles” —dice alguna vez,— y esta frase pu-

II

Con el siglo XVIII ha comenzado el más grande esplendor limeño. Vida y cultura llegan al ápice. El viajero Frezier, el más ilustre de cuantos vinieron por entonces a América, nos llama en 1713 “un pueblo carnal” y se asombraba de nuestro amor a los *beaux dehors*. El viajero Durret, en 1720, habla de la Alameda y de los carruajes de las limeñas, en cuya portezuela madrigalizan amantes, como de un espectáculo versa-

diera iluminarnos. Era probablemente cholo, es decir, mestizo de india y blanco. Como Garcilaso, sincera al español y alaba al indio alternativamente. Parece peninsular por su ferviente mentis a la pretendida crueldad de los españoles; parece indio por la sutil y cariñosa comprensión de la vida indígena. Dice que el Visitador (a quien acompaña en este viaje), “conociendo mi genio difuso, me atajó más de setecientos pliegos que había escrito en defensa de los españoles y honor de los indios cuzqueños”. Hablando de Atahualpa lo llama “un ascendiente mío bastardo”. Al hacer su retrato se describe con ojos y fealdad indígenas, color ala de cuervo, por lo que se “puso el renombre de Concolorcorvo”. ¿Son todos estos datos una retozona superchería de español? Escribe, en todo caso, con singular elegancia y simplicidad el castellano. Este realista miraba acerbamente. Las costumbres del Cuzco o de Tucumán, la manirrota elegancia de entonces en el Perú, están observados con ojos de *clarivoyante*, como él dice, con picardía de Caviedes. Mezclando al relato descriptivo “algunas jocosidades para entretenimiento de los caminantes”, nos dejó el libro más pintorescamente informado, la más sucinta y nítida imagen de la América en ciernes, con su eglógica vida, sus rudas fiestas, su devoción pagana y la gracia adorable de sus mujeres, que iban pronto a leer a Bécquer y a llamarse —todas— María...

Al hacer la descripción de un curioso libro clandestino de fines del siglo XVIII, en donde se ataca a los españoles y se defiende a los indios, cita Medina (*Imprenta en Lima*, tomo III, págs. 543 y siguientes) una carta al Rey de “el hermano Calixto de San Joseph Tupac Inga”, fechada en 1750 y en que habla de un D. Antonio (o D. Juan) de Bustamante Carlos Inga, pariente suyo y “descendiente del gran Huayna Capac”. Tal vez era hijo de este D. Antonio nuestro D. Calixto Bustamante Carlos Inca.

llesco. Más tarde los padres Sobreviela y Barceló hallaron “actores dignos de las escenas de Madrid y Nápoles”, se pasaban de los suntuosos festines y corridas que ofrecía el nuevo doctor de Universidad. Esta, que sólo fue en su origen un seminario, crea poetas y sabios. A pesar de las severas consignas del Santo Oficio, una inquietud se inicia en el pensamiento. Tarde llegan noticias y libros; pero vamos a tener enciclopedistas. ¡Ah! lo son como Peralta y Olavide, apenas heterodoxos, condenados a arrepentirse a cada paso si quieren vivir en libertad. Su audacia intelectual parecía mezquina allende; pero ya muestran que ha llegado al Perú el fermento de universales curiosidades, lo que llamará *diletantismo* el siglo próximo. Peralta poetiza en francés; Olavide inspira a Marmontel y a toda esa serie de libros artificialmente peruanos, cuando Lima, como Amsterdam o Pekín, fue un lugar distinguido para fechar libros galantes. Uno y otro sienten la urgencia de acaparar disciplinas humanas. A través de los libros Peralta, a través del mundo y de las ideas Olavide, viajan infatigablemente. Su curiosidad es más intelectual que sentimental, por donde serán sobre todo filósofos. Y sólo cantan porque escribir versos parece entonces un arte anejo al saber.

D. Pedro de Peralta Barnuevo Rocha y Benavides (1663-1743) es el portento del coloniaje, el erudito y políglota de fama europea, cuyo saber y pedantería asombran por igual. “En el inmenso mar de la erudición, dice un autor de la época, navega a todos vientos”. Lo ensalzan sus coetáneos, porque se ven reflejados en él. Como ellos, es Peralta una catedrático extraviado en la literatura. Disciplinas sin cuento, astronomía, música, jurisprudencia, matemáticas, no colman su universal curiosidad. Habla ocho lenguas, o mejor, dicho en culta latina-parla peruana, “ocho idiomas son los que abren otras tantas bocas al caudaloso Nilo en su ciencia”. A la literatura vuelve siempre. Como a rector de la U-

niversidad y a “fénix americano”, le corresponde escribir esos “carteles de certamen” que reúnen la pompa verbal, la hipérbole académica, a la más arrodillada cortesanía. “Es una ley inalterable del reino de las letras, dice él, ofrecer los trabajos a los grandes hombres”. El “nuevo héroe de la fama”, el “Júpiter olímpico” son veniales elogio de virrey para este doctor áulico. Su pluma está al servicio de quien gobierna. Al virrey, Morcillo, que tantas burlas merece en Lima, lo defiende enconadamente, y vemos asombrados un día que el grave rector escribe un poema en “celebración del maravilloso tiro con que el príncipe (Caracciolo) dio muerte a un toro que acometía al puesto donde estaba la princesa”. Los virreyes premian con su favor los ditirambos. Peralta es su consejero lírico y su privado. En la célebre Academia de uno de ellos, el marqués de Castel-dos-Rius, rige y legisla el mal gusto ambiente.

Singular y simbólica figura la de este académico nato. Su capacidad de leer los modelos literarios en ocho lenguas; su afición al sobrio Corneille, de quien traduce *Rodegunda*; toda su enorme cultura, gravita, en vez de servirle, cuando quiere escribir por cuenta propia. ¡Ah! ¡Si se limitara a compilar; si sólo pretendiera escribir obras como la *Historia de España vindicada*. Pero él es poeta sobre todo. La inspiración le falta, si no el ánimo; y nunca se vió mejor la distancia del profesor al lírico. Más no juzguemos que el saber le impide escribir con pluma leve. Este enciclopedista no se parece a los de Francia. ¿Quién disputa la universalidad y el don literario a Voltaire? Peralta lo aprende todo y no se apropia nada.

No examino aquí las numerosísimas obras de nuestro autor, ni siquiera las puramente literarias: *Lima triunfante* (1708), *El Jupiter Olímpico* (1716), *El Teatro heroico* (1720), *El templo de la fama vindicado* (1720), *El cielo en el Parnaso*; las comedias *Triunfos de amor y poder* (1710), *Afectos vencen finezas*; las loas perdidas, las traducciones,

dos tomos inéditos de obras poéticas líricas y cómicas”, un *Panegírico del gobierno del conde de la Monclova*, “romance de mil coplas” anunciados éstos en una lista de “manuscritos para imprimir” ¿Qué más ? Siempre habrá sorpresas. Si, según el proverbio, sólo se presta a los ricos, a este millonario en imágenes culteranas se le concedía fácilmente la paternidad de la obra incierta. Su más seria tentativa, la única plausible, es el poema heroico *Lima fundada* (1732). Desde las primeras páginas admiramos la ceguera de sus contemporáneos. D. Pedro Bermúdez de la Torre, que juzga el libro del “Virgilio español” alaba la “invariable continuación de sus aciertos” y reputa por “octava maravilla cada estancia”. El padre Torrejón exclama : “Tu canto más parece encanto”. Angel Ventura Calderón, de quien leemos curiosas poesías en la *Flor de Academias*, nos asegura que “oscurece Peralta de Homero y de Virgilio la memoria”. D. Miguel Mudarra de la Serna Roldán cierra el coro elocuente y merece transcribirse su soneto:

Heroico Numen de inmortal empleo,
que un Mundo ilustra, quando dos describe;
pues Minerva excedida se percibe,
sintiendo vano el émulo desseo.

Del luciente Zenith rayo Phebeo
vital, que comunica lo que vive,
tu pluma es que el Sol baña y luz escribe,
transformado en dichoso Prometheo.

La dulce Lyra y la elegante Historia
te adora Numen, te venera Apolo,
español Livio, si Virgilio Iberio:
assi se ve que a Lima das tal gloria,
que puede, al ilustrar el Austral Polo,
a dos Orbes vencer un Hemispherio.

Tales elogios hacen sonreír y, sin embargo, *Lima fundada* es el mejor poema épico de todo el coloniaje peruano. Un

verso bien timbrado sorprende a veces. No siempre confunde la epopeya y la historia. Hasta parece que olvidara a ratos el cuidado ornamental de su prosa ensortijada. Comparad:

“Desgracia es de los remedios lo sensible; y assi no puede ser recto juez suyo el mal presente, sino la sanidad futura; pues si se consultase a la llaga sobre el hiérro, jamás daría otro parecer que el de la quexa; y si se esperase la aprobación del accidente, nunca formaría otra censura, que la del dolor. Por esso ay tambien piedades Circes y lágrimas Syrenas, que necessitan de pechos Ulyses”.

Leed, en cambio, estos fragmentos (Son aciertos pasajeros en esa percusión intolerable de la antigua epopeya, cuando la alusión erudita y el “comprimido” de metáforas no la agravan):

No Citherea assi, quando perdida
formaba los Adónicos lamentos
y, más triumphante mientras más rendida,
adornaba de Amores a los vientos.

Dexa ya essa homicida cruel delicia,
dexa esse falso desvelado sueño,
en que es puñal deseado la caricia,
en que el afecto es trágico beleño.

Son los más aceptables los primeros “cantos”, en donde elogia las proezas de Pizarro en la conquista. Diez tiene la epopeya. No omite sin alabanza a virrey, arzobispo o varón ilustre; comenta las bellezas ornamentales de la ciudad, las querellas de Pizarro y de Almagro, concluyendo por un feriente himno a “essa de asombros patria, habitación de glorias”. En suma, como Valdez, escribe historia rimada.

Hasta la publicación de *Pasión y triunfo de Cristo*

(1738) escapara Peralta a la Inquisición. Y ciertamente aun mirando con severo criterio teológico, no se descubre audacia heterodoxa en ese libro de meditaciones pías, como los manuales de Kempis o de Fray Luis. Pero la cultura de Peralta inspiraba recelos, y para los severos guardianes de la fe el pensamiento en un seglar era sospechoso. ¿No está todo en la Biblia? Parecía difícil que Peralta, tan cortesano, tan halagüeño, se malquistara con nadie. Además, los más santos propósitos inspiraron el libro. A pesar de todo, fué acusado Peralta en 1739. Achacoso y envejecido, recobra un instante su energía para defenderse en una *Satisfacción de las dos proposiciones que se han notado en el libro intitulado "Pasión y triunfo de Cristo"*, de las dos frases tachadas: "¡Oh, mortales! cómo, aunque fuéseis vosotros otros Cristos, nunca pudiéreis corresponder a lo que debéis" y "un Redentor en traje de expirante sin la muerte". La sutileza escolástica encuentra aquí los más grandes barruntos de herejía, "Del conjunto de culteranismos bien intencionados y piadosos —añade Riva-Agüero, de cuyo libro *La Historia en el Perú* tomo estos detalles sobre Peralta— extrajeron con saña indecible un montón de proposiciones heréticas". "Embustero, presumido", le llama el padre Torrejón, que lo alabara antaño. Merced a oscuras influencias, o tal vez a la monstruosidad de la acusación, no terminó nuestro limeño en el calabozo. Moría amargado y libre en 1743.

De mediados a fines del siglo XVIII, la literatura continúa siendo un juego floral de ingenios éticos, un lirismo palaciego, cuando no es la franca burla que corre manuscrita en décimas y romances. Ha codificado el mal gusto la Academia poética de Palacio. Se reunían cada lunes por la noche, de 1709 a 1710, en el opulento camerín del marqués de Casteldos-Rius, bajo la presidencia de Peralta, los mejores escritores de la ciudad. El propósito del virrey era seguir "con generosa imitación el alto ejemplo de su augusto ascendiente español Teodosio, que, partiendo gloriosamente el tiempo, daba el

día a los despachos públicos y la noche a las diversiones estudiantosas" dice el secretario de la Academia. Como en las veladas italianas de *Il Cortegiano*, canto y música preceden al ejercicio poético, soliviantan los más remisos ánimos. Un académico es poeta forzosamente. Propone al virrey los temas que desarrollan sus cortesanos. *Flor de Academias* se llama este centón estrafalario, en donde copiaba un asesor los delicuescentes favores de cada musa. Un día, como en una clase de retórica, el virrey dicta el pie forzado; otro ruega a los contertulios que preparen su enigma. Y nuestro Peralta, rector y sabio, apeándose del Pegaso para montar sólo en el rucio, escribe el "enigma del reloj" como cualquier coplero de charadas de cuarta página (esas charadas que la *Gaceta de Lima* de 1744, "deseando dar materia a los ingenios" proponía al lector desocupado). Dice el rector:

Mido a quien me mide a mi;
 mi ruina y mi logro soy
 porque pierdo lo que doy
 y en no dando me perdí.
 Mi juicioso frenesí
 es lo que oculto mostrar,
 sin alas logro volar,
 y siendo un punto, a mi fe,
 al cielo igualo, y aun sé
 todo el mundo gobernar.

Los temas varían singularmente con el humor del singular virrey. Tal vez era humorista; tal vez el espectáculo escolar de los mejores talentos obedeciendo a compás de su capricho poético le halagaba con un refinamiento de pleitesía. Ha varado una ballena en Chorrillos, o el virrey tuvo al despertar ideas negras: he aquí dos motivos de poesía chabacana o patética, aburrida siempre. Siempre no. Algunas veces el palacie-

go roba un verso de Caviedes, o acierta el autor del poema heroico sobre Santa Rosa, el conde de la Granja, "cisne cano y canoro", como, plagiando a Gracián, le llamaba el redactor de las actas académicas, o presenta algún romance fácil, D. Pedro José Bermúdez de la Torre y Soler, el menos detestable "hijo de Apolo" en esta escuela de maestros. Bermúdez escribió "uniendo lo florido a lo canoro" según Peralta, certámenes para elogio de virrey, como *El Sol en el Zodiaco*, una "Epopéya amorosa, en cuatro cantos de Telémaco en la Isla de Calipso", etc.

Los nuevos poetas siguen el ejemplo de la poética invertebrada y servil. Habían hecho usuales los académicos, según el secretario, "los primores más difíciles, siendo en lo que continuamente se decía, ya todas las voces de una letra vocal, ya todas de una misma inicial, ya retrógradas, ya con ecos, paranomasias y otras delicadas armonías y artificiosas elegancias". Los vates posteriores escriben acrósticos, octavas en donde todas las voces comienzan en la misma letra. Dos poetisas de desigual valor cantan entonces. Doña María Manuela Carrillo Andrade y Sotomayor, *limeña musa*, dicen sus contemporáneos, adopta el gongorismo como una saya ceñida, con sumisión de mujer a la moda, y publica en la *Relación de la exequias del rey don Juan V de Portugal* (1752) del padre Bravo de Ribera, siendo virrey Manso de Velasco, estos versos, que no desdeñaría Peralta:

Cifra del susto, imagen del espanto,
que en copia de esplendores pavoroso,
si eres de *Manso* duelo luminoso,
de *Bravo* ostentas regulgente llanto;

Los lucientes fulgores que ese manto
argentado a su impulso generoso,
en lo que asombro viven prodigioso,
respiran los anhelos del quebranto.

Selle del Nilo el caudaloso acento,

con que por bocas siete se derrama
 en lenguas de cristal sonoro aliento;
 y exprese el bronce alado de la fama
 que ese altivo obelisco, real portento,
 apaga los raudales con su llama.

Afortunadamente, esta horrenda serie va a acabarse. Hombres o mujeres de iglesia, iniciadores siempre en la literatura colonial, cambian de acento. Ya el padre Juan Bautista Sánchez, en su *Sermón predicado en la fiesta de la reedificación de San Lázaro* (1758), y en su *Oración fúnebre en las exequias de don Fernando VI* (1760), parece regenerar la prosa. Y la abadesa de Santa Clara, sor Josefa Bravo de Lagunas, publica en la *Puntual descripción de la muerte de la reina de Portugal* (1756) este soneto, que se cita ejemplarmente ¡tanto sorprende su relativa llaneza en los encrespados tiempos!:

 Cuando difunta admiro, ¡oh fiel señora!
 de tu regio esplendor la luz primera,
 ¿qué esperanza la flor tendrá en su esfera
 sabiendo que también muere la aurora?

 Desengaño a la vida le atesora
 ese espejo que mustio reverbera,
 cuya eclipsada luna es más severa
 para quien si la ve no se mejora.

 Descansa en paz, pues tu virtud me avisa
 la corona mejor que te declara
 el que allá en las estrellas te eterniza;
 que a mí para seguirte me prepara
 el religioso saco en su ceniza;
 del fin postrero la verdad más clara.

Y si olvidáramos el ya mencionado *El lazarillo de ciegos caminantes*, las avispidas coplas de Castillo y de mil anónimos poetas de Parnaso abajo, no podríamos hallar literatura

hasta los comienzos del siglo XIX¹. Pero la reputación de Olavide puede colmar tan desmayados años. Casi europeo, español de Lima, Olavide influye apenas en el Perú. Leyeron muchos, sin embargo, *El Evangelio en triunfo*, con reservas mentales seguramente. Para nuestros republicanos fue quizás, a pesar de la final abjuración del autor, un libro en donde lamentar el calvario del hombre libre y aborrecer la “omnínosa cadena” de nuestro Himno. Eran —imagino— lectores de Olavide aquellos simpáticos foragidos que destruyeron en Lima el local de la Inquisición, cuando por acta de las Cortes fué abolida.

El más ilustre peruano del coloniaje es, sin duda, este D. Pablo Antonio José de Olavide y Jáuregui (1725-1803). Su reputación era europea; su influjo, grande en España y en Francia. Precede a toda esa cohorte de americanos que, como Rubén Darío o Gómez Carrillo, contagiaron inquietudes de europeo a la vieja metrópoli. Como ellos tiene la prodigiosa facultad de asimilación, del don de lenguas y de almas. En España se olvidan de que es criollo para encomendarle cargos abrumadores. En Francia Voltaire le elogia y la Convención va a declararlo “ciudadano adoptivo de la República Francesa”. Es excelente en vida y letras. No le juzguemos sólo por éstas. Vivió afanosamente y escribió en el reposo forzado del destierro ó de la prisión. Sus dones debieron ser admirables para merecer del patriarca de Ferney esta frase en una carta: *El serait á désirer que l' Espagne eût quarante personnes comme vous.*

(1) Tengo que omitir, en esta breve reseña, el estudio detenido del periodismo peruano: la *Gaceta de Lima*, que comenzó a publicarse en 1744; el célebre *Mercurio Peruano*, de 1791, que redactaban los más ilustres hombres de ciencia y letras de la época, como D. José Hipólito Unanue y D. José Baquíjano; *El Verdadero Peruano* (1813); *El Investigador* (1813); *El Peruano Liberal* (1813); etc., etc.

Nace de clara estirpe este limeño. A los diez y siete años se recibe de abogado y doctor en Sagrados Cánones de la Universidad de Lima. Su mérito precoz le hace nombrar oidor de la Real Audiencia a los veinte años. El terremoto del Callao en 1746 le torna célebre. La benéfica actividad de Olavide repara en parte los daños. Con el mismo entusiasmo edifica de nuevo una iglesia y un teatro. Esta imprudencia basta: algunos frailes hablan de sacrilegio. Un envidioso le acusa de malversar el caudal público. Le llaman a Madrid para que se justifique de ambos cargos. Preso allí, moribundo, le salvan el amor y el dinero de una mujer. Isabel de los Ríos, viuda avanzada en años (Cincuenta le atribuye un autor severo) va a ser la esposa infeliz de este hombre inquieto y novador. Aumenta Olavide su caudal; viaja por Francia, a menudo hasta Ferney, en donde Voltaire le acoge como a un discípulo; propaga en Madrid el lirismo y la gracia ultrapirenaicos, traduciendo *Zaire o Mérope* y viviendo la más ordenada vida. Su lujo, su elegancia espiritual y la amistad del famoso conde de Aranda le tornan casi célebre. Contribuye a la expulsión de los jesuitas; le nombran intendente del ejército de los cuatro reinos de Andalucía y asistente de Sevilla. “Sin saber cómo —dice Olavide en carta que poseía su biógrafo Lavalle— me hallé un personaje tan grande que, después del conde de Aranda y de los ministros, soy el mayor de España”. Funda, lo que era genial novedad entonces, una colonia agrícola de emigrantes en tan fragoso rincón como la Sierra Morena; cambia jarales y yermos en pensiles; realiza utopías de Juan Jacobo en un país de inquisición preponderante. Está en la cumbre; la más ligera delación de envidiosos lo echa a tierra. Después de dos años de calabozo inquisitorial, aparece fatigado, domeñado en el auto, con vestido de penitente y vela verde. Minuciosos son los motivos de la condena. Se le reprocha haber dicho que San Agustín era un pobre hombre; que Santo Tomás retardó el progreso de la inteligencia humana; se le

achaca la pintura en donde aparece junto a Cupido y a Venus; se le echa en cara sobre todo, sin decirlo, su amor a la temida, a la aborrecida Francia, de donde pudieran venir, Olavide mediante las *malas ideas*. No cumple, felizmente, los ocho años de destierro conventual que le inflijen; al cabo de un breve retiro en Sahagún huye a París, en donde le reciben en triunfo como a un víctima. Son sus mejores años. En la Academia Francesa, Marmontel le elogia líricamente. Pero en Francia misma le persigue el rencor inquisitorial, que exige y obtiene la extradición. Clandestinamente escapa Olavide a Suiza. Las alternativas de su vida no han concluido. El libertario no lo parece a los desalmados del Terror. Encarcelado como contrarrevolucionario, obtiene sólo su libertad después del 9 Termidor. Sin duda ocurrió entonces la crisis amarga de su vida. Crujía el mundo viejo y se levantaba un culto nuevo, que tenía por sacerdotes a verdugos. A una orgía de sangre venía a parar el anhelo de libertad: El Jacobinismo era tan odioso como la Inquisición. Por todas partes se veían solo fanáticos, y la sinceridad de opinar era castigada en Francia o en España con un calabozo idéntico. En la penumbra intelectual de esos años parece natural que Olavide abjurara segunda vez. Este remordimiento del vuelo, esta melancolía de haber tenido alas, se llama *El Evangelio en triunfo* (publicado sin nombre de autor en Valencia en 1798) el más famoso libro de Olavide. Lo comenzó en la prisión de Orleans, en 1789, cuando el Terror lo encarcelara; lo terminó después del 30 Termidor en casa de un amigo en Cheverny.

Traducido varias veces al francés y al italiano, propagado en España y en el Perú, es superior su fama al mérito. Lo que buscaban en él los coetáneos de Olavide era sobre todo historia de esa vida prerromántica. *El Evangelio en triunfo o la historia de un filósofo desengañado* se llama el libro. Si la filosofía es, como entonces se entendiera, cordura sonriente en la adversidad, mereció el título a medias. Des-

pués de haber tenido casi tantas aventuras como Cándido, su filosofía no fué alegre. Un tono de *miserere*, el de las *Memorias de ultratumba*, de Chateaubriand, indica en ese libro que lo concibió un alma mellada por dolores sin cuento. Su propósito es “reparar en la amargura de mi corazón los ya pasados días de mi vida y pensar en los años eternos”. Se impone a cada paso el paralelo con Chateaubriand, á quien probablemente inspiró, según opinión de sus biógrafos. Habrá sido, en todo caso, como éste, un católico de *ecole buissonniere*, que conciliaba difícilmente en la vida su salaz ardor y sus creencias. ¡Almas ardientes que la vejez arrasa y lleva dulcemente a predicar cuando ya no pueden dar mal ejemplo! Su voz es patética. Tiene la deslumbrada inquietud del cielo que se anhela y la melancolía del placer abolido.

En cuarenta y una cartas, dirigidas generalmente por “el Filósofo a Teodoro”, intenta la apología del Cristianismo y traza el itinerario penitente del buen católico. Para serlo como Pedro, comienza por negar varias veces a sus maestros, a Rousseau y al “patriarca de la irreligión”, Voltaire. Perdió Olavide la frivolidad amable del segundo; conserva la abundancia de lágrimas del primero. Este místico advenedizo solloza ante cada verdad. El acento y el estilo son de la *Nueva Eloísa*; los mismos éxtasis, las interrupciones bruscas, “¡oh pobres!, ¡oh Jesús!”; sus transportes ante “la felicidad de ser padre”, etc. Cuando habla de la manera de enseñar la religión a sus hijos, adopta el tono pedagógico del *Emilio*. Y como había sido inspiración de Rousseau su idea de la colonia agrícola en Sierra Morena, fueron también utopías aprendidas en *Julia* aquellas geórgicas administrativas del *Evangelio*, aquella “Sociedad del bien público”, en donde se dieran premios “de buen padre de familia”, recompensas a quienes tuvieran más ágiles piernas y a quienes cultivaran mejor la vid.

La extensísima obra describe las etapas de una conversión. Olavide nos quiere convencer con argumentos, cuando

Chateaubriand seducía con imágenes. El interés de la obra se restringe a una erudita disertación de fundamentos, de la creencia. Su propósito es hallar en la fe una certidumbre, y esto sólo hace patético el pesado libro. Según Olavide, el corazón humano trae al nacer un insaciable deseo de felicidad y una necesidad irresistible de amar; débil é incierto, le hace falta un punto de reposo. ¿Quién no vé encerrada en esta confesión la vida entera de nuestro lánguido criollo? Se acoge a sagrado en la vejez, aturdido por tantas cosas que se derrumban.

Años y desengaños lo abrumaban. La Inquisición dejaba de ser terrible; nuestro compatriota sólo quería un rincón de paz en donde morir, y el rey Carlos IV le permitió volver a España en 1798. Tienen el acento de quien huyó para siempre del ruido mundanal los *Ecos de Olavide*, anteriores al *Evangelio en triunfo*, y el *Salterio español*, o versión parafrástica de los versos de David, que publicó en 1800. En su destierro de Sahagún, cuando cumplió la condena del Santo Oficio, había escrito ya, hablando de las “manchas de mis muchos vicios” :

Lávalas más, Señor; haz que tu sangre
borre y no deje más, de mis delirios,
que tu gloria de haberlos perdonado
y mi dolor de haberlos cometido.

El *Salterio* es sólo una larga penitencia poética. No tuvo dones líricos. El texto y la persona del rey David, por su pompa y sus salaces extravíos, le tentaban seguramente como un recuerdo propio. También volvió, temeroso de castigos eternos, al salmo ardiente y desolado, después de amenas horas de orgía y de voluptuosidad. Tres años después de publicado el libro, se extinguió dulcemente en su retiro provincial, casi olvidado.

El nombre de Olavide —nos cuenta su mejor biógrafo, Lavalle,— sufrió completo ocaso en el Perú. Este vió una vez,

en una galería de retratos de peruanos ilustres, que una limeña se acercaba a descifrar el nombre de uno de ellos, el de Olavide, murmurando: “ ¡Sería algún virrey!”.

III

La fiesta colonial iba a extinguirse . A pesar de la Inquisición, se filtraban rumores de la fulgurante libertad europea, y, como en Europa, explicaba la revolución un sordo rencor a la tiranía. Era ésta en el Perú irresponsable y más odiosa, porque era más lejana. Jorge Juan y Antonio de Ulloa, que vinieron al Perú a mediados del siglo XVIII, advertían ya, en sus famosas *Noticias secretas*, a qué grado llegaba la aversión de criollos y españoles. A fines del siglo, Terralla y Landa, en su: *Lima por dentro y fuera*, cuenta que le enseñan al niño

a ser mortal enemigo
de cualquier hombre europeo

Aversión justificada algunas veces. Para el español eran las prebendas. Al pariente pobre, al soldado truhán, al hijo indigno se les enviaba a América. Su vanidad de advenedizos iba a afrontar la inflada vanidad del criollo. Y el limeño inteligente, pospuesto casi siempre, sería el mejor propagador de la independencia. Por natural reacción, vinieron con ella casi exclusivamente modas de Francia en literatura y en política. Angel Ganivet llamaba con acierto a este estado de ánimo “la escarlatina de las ideas francesas”.

Treinta años, por lo menos, hasta consolidarse la independencia, la oratoria militar o política suplanta a toda literatura. No es el mejor momento esta larga batalla para ponerse a escribir libros, y en realidad no los hay: sólo pro-

clamas, bandos, arengas. La literatura que va a preceder al romanticismo ya está exaltada. Se observa en ella la más sorprendente mezcla de motivos clásicos con el acezado lirismo de Rousseau. Roma y Grecia son actualidad inmediata y familiar. Algo más tarde, en una rimbombante *Victoria del Lago Negro, canto a Santa Cruz* (Cuzco, 1835) se dice a cada instante: “cual Aquiles”, “cual Solón”. Los guerreros elogiados son “los romanos de Numa en el hogar doméstico y los esparciatas de Leonidas en el campo de batalla”. Y aquel curioso “ciudadano Vidaurre”, que llena los primeros años de la república con su actividad discutidora y beligerante, después de hablar, en una *arenga*, de la “inmortal romana”, dibuja la estampa sentimental como Rousseau: “¡Qué momento aquel en que se dió la mano a la amada y se la retiró para tomar el fusil!”

De tanto rumor no queda nada. Entonces y en mayor grado que nunca el literato es político. Si queremos buscar un acento de veras patético, alguna poesía personal, en los primeros años del siglo¹, la hallaremos en el arequipeño Mariano Melgar, nacido en 1796, fusilado en 1814. Sus versos son preludios de una melancolía autóctona, donde a españolas guitarras se mezclan ya sonos de *queñas*. De su breve vida —una vida a alta opresión— nos quedan dos imágenes prestigiosas: el poeta ocupado en fundir cañones, y sus restos trasladados en Arequipa con el gorro frigio encima de la urna fúnebre. Le debemos el haber querido fundar un género nacional, el *yaravi*, que hubiera podido ser nuestra *dolora*. En la aterida sierra peruana, cuando el indio se queja en la menos pánica de las flautas, porque exhala un dolor desnudo y sin

(1) Omíto al literato de segunda importancia, el clérigo D. José Joaquín de Larriva. Dejó sermones elegantes; sus obras jocosas, que tanto éxito tenían de 1810 a 1830, no pueden parangonarse con las de ninguno de nuestros grandes satíricos.

consuelo; cuando en rotundas montañas sube aquella estridente congoja que se quiebra para volver a elevarse infatigablemente, podemos imaginar su trasposición en coplas: dos ritmos breves y un sollozo, como en Manrique. Lo intentó sin completa fortuna nuestro Melgar. Dejó escritos en lengua tersa canciones y yaravíes, alguna de aquéllas encantadoramente simple:

Donde quiera que vayas
te seguiré , mi dueño.
así en eco halagüeño
mi bien me consoló.
¡Oh suave! ¡Oh dulce acento!
Pero. . . ¿para qué canto?
Callado placer tanto
guste mi corazón.

Y tiene un eco peruano inconfundible este *yaraví*, el mejor de Melgar, a mi juicio:

¿Conque al fin, tirano dueño.
tanto amor, clamores tantos,
tantas fatigas
no han conseguido en tu pecho
más premio que un duro golpe
de tiranía?

Tú me intimas que no te ame,
diciendo que no me quieres.
¡Ay , vida mía,
y que una ley tirana
tenga de observar , perdiendo
mi triste vida!

Yo procuraré olvidarte
y morir bajo el yugo

de mi desdicha;
pero no pienses que el cielo
deje de hacerte sentir
sus justas iras.

Muerto yo, tu llorarás
el yerro de haber perdido
una alma fina,
y aun muerto sabrá vengarse
este mísero viviente
que hoy tiranizas.

A todas horas mi sombra
llenará de mil disgustos
tu fantasía,
y acabará con tus gustos
el melancólico espectro
de mis cenizas.

El favor constante de la hipérbole política, la oratoria iracunda y generosa a la vez, nos harían pensar que se propagaba un clima espiritual muy favorable a la encantadora aberración romántica. La realidad es diferente. Poco ha cambiado la vida de Lima. . . Además de ciertas novelas políticas, como *Los Amigos de Elena*, de Casós, el documento más interesante para juzgarla son las *Perégrinations d' une Paria*, de Flora Tristán. Flora, la nieta de aquel último virrey sin virreinato, es francesa de educación y alguna vez peruana de vocación. Con Santa Rosa y Miquita Villegas —se me excusará la irreverencia del paralelo,— compone una trinidad de gracia en una ciudad tan favorecida por el ingenio de la mujer. Y la anexaríamos con gusto a nuestra literatura si no hubiera escrito en francés sus libros. Flora, que estuvo en Lima y en Arequipa de 1833 a 1834, nos dice de la primera: “Lima es una ciudad enteramente sensual. . . ; el ingenio y la belleza se disputan allí el imperio, como en Pa-

rís bajo la regencia o en el reino de Luis XV. . . Parece que las limeñas acapararan la débil porción de energía que esta temperatura cálida, embriagadora, permite a sus felices habitantes”¹. Nos cuenta luego la perpetua fiesta: nos presenta a esos hombres que hablan elocuentemente de abnegación y de patria, mas sólo piensan en sus menudos intereses. Acerbo es el cuadro, pero veraz la narradora. Y en ese ambiente templado de sociedad, en esa molición mesurada de las almas y de las horas, va a estallar la tristeza huracanada, la desesperación ceñuda y solitaria, la demente cólera, toda la desmedida “tempestad bajo un cráneo” de los privilegiados del dolor.

¡Los románticos! “Ser byroniano, decía Barbey d’Aurevilly, no es formar parte de una escuela, sino de una raza”. Nuestros románticos fueron una raza y querían serlo aparte, más aristocráticamente tristes que los demás humanos. Siempre las mujeres (“ingrata” o “*querub*”), les hacen daño. Ellos no se contentan con “bostezar su vida”, como el vizconde de Chateaubriand: la lloran tan aparatosamente que su llanto nos parece literatura. Si sufrieran de veras, tal vez no se quejarían. Hay una decencia estoica, una gran decencia moral a la de Vigny, en aguzar las puntas del más fiero dolor sin degradarlo en quejas fútiles. Ofende, en cambio, la poesía redundante y lastimera que fué la nuestra.

No maldecimos de los románticos porque fueron románticos. En general les faltaba precisamente lo que distingue a los grandes en Europa: continuidad en el delirio, sincera correlación de vida y obra. Escribieron, pero no vivieron en hi-

(1) Ya el padre Lizárraga, a fines del siglo XVI, en su *Descripción y población de las Indias*, había observado: “De las mujeres nacidas en esta ciudad (Lima) . . . no tengo que decir sino que hacen mucha ventaja a los varones: perdónenme por escribirlo, y no lo escribiera si no fuera notísimo”.

pérbole. Una nueva escuela de críticos, presidida por el admirable Charles Maurras, combate en Francia el romanticismo en nombre de la tradición de medida y de gracia, de clasicismo. No es extensiva esta crítica al Perú. ¿Qué tradición teníamos? Censuremos, pues, a nuestros románticos porque no hicieron locuras por Teresa, porque en nupciales Venecias no extraviaron un aturdido amor, porque no eran capaces, como el don Juan inglés, de ir a pelear en Grecia cuando el lirismo y la libertad tocaban a rebato.

Los sentimientos que inspiran a esta poética —las ideas, si es lícito investigarlas en los poetas— son los mismos que los críticos franceses señalaron en los románticos: un individualismo exasperado, su extremada vejez de adolescentes aburridos (“Yo he vivido diez siglos en un día”, dice nuestro Salaverry); el sentimiento de una grande y vaga injusticia que con ellos comete un destino oscuro; la vanagloria del hastío; la juvenil jactancia de la melancolía; la urgencia de morir, la pasión de morir. Concilian esta desesperación con la creencia en un Dios providente. “Preferimos la fe de nuestros antiguos poetas a la negación de creencias, al escepticismo desconsolador de los modernos dramaturgos de Francia”, dice juzgando un drama de Salaverry el que pasaría más tarde por volteriano feroz, D. Ricardo Palma. De nueve poetas diferentes, tomo al azar estas líneas parecidas:

Mi propio corazón es un vacío
que a sondear no me atrevo

La estancia bienhechora
donde miré la luz para penar.

No sé más que sufrir

¡Qué eterno es el martirio de la vida!
¡yo quisiera morir!

. . . Y sepulto cadáver entre arcanos,
mi corazón hallé. . .

Todo su corazón es una queja. . .

Hay una tumba fría
guardada en mi corazón.

Y la morada de los muertos quiero:
sólo me agrada soledad profunda,
llanto y lamentos.

Se evaporó la fragancia
de mi ciega inspiración
desde mi penosa infancia,
y fué su tumba la estancia
doliente del corazón.

¿Para qué más? Todos se parecen y todos aciertan alguna vez. Es el tormento del crítico. Sólo en depuradas antolo-

gías puede leerse sin tedio nuestro romanticismo, y entonces no discernimos nombres o tendencias en esta comunidad de melancolías. Comienza un poco tarde. De 1858 son las *Cartas a un ángel*, de Salaverry. *La lira americana*, de Palma (1868) y el *Parnaso peruano*, de José Domingo Cortés (1871), nos presentan como reciente esa literatura. De 1850 a 1870 ocurre su mayor intensidad. El cataclismo político ha influido en las letras acerbamente: romanticismo es casi sinónimo de libertad para el escritor. Y el mejor orientado de nuestros poetas, Salaverry, lo ve con toda sutileza. “El clasicismo en el mundo literario es como la anarquía en el mundo político. . . ! el clasicismo no es otra cosa que el despotismo del precepto literario y la poesía de nuestros jóvenes vates, el canto de la América no puede someterse a otro yugo que al de la razón, ni a otro imperio que al del genio de la libertad” (*Revista de Lima*). Ser romántico es, pues, una manera de ser patriota, y por dos rutas paralelas vamos a Francia. Así se juntan curiosamente en esta literatura los cantos marciales de la libertad recuperada y la desesperación de la vida sin sentido, la exaltación y el decaimiento, el entusiasmo y su antídoto. Y así no nos sorprende que nuestros revolucionarios fueran tan a menudo poetas en ruptura de lira. Tenían, como el lánguido personaje de Lamartine, “alas que abrir pero no aire en torno suyo para sostenerlas”. La literatura conducía a todo, hasta a ser diputado y ministro. ¿Fuimos revolucionarios porque éramos poetas, o viceversa? Enigma de aquellos tiempos afiebrados. La división del trabajo nunca fué ley peruana ni en economía ni en política. Lirismo y acción se acumulaban, por donde tuvimos tantos políticos románticos y tantos literatos extraviados en la política. Y, sin duda a causa de esto fué la nuestra una literatura inexperta, alocada y exorbitante. La poesía, y la más intencionada y la más romántica, comenzaba a no ser sólo patrimonio de los poetas. Son cantores de jarana —los ne-

gros *Código o Mereñeque* de la novela de Casós— quienes preparan la abolición de la esclavitud con subversivas coplas; y en saraos alegres, en donde acaba de bailarse la *moza-ma-la*, en donde los elegantes de frac negro y camisa a la Luis XV, no han adoptado todavía las actitudes *fatales*, una limeña coge la vihuela y despunta con el melancólico yaraví:

Cuando en mi sepulcro frío
esté después que no viva,
con fuerza la más activa
revivirá el amor mío;
cuando todos los amores
del mundo hayan acabado,
y cuando no haya quedado
sombra de los amadores. . .

Influyen, sin duda, en los poetas, Becquer, Espronceda, Meléndez Valdés, pero sobretudo Víctor Hugo, Lamartine y Musset. Como Palma, Salaverry y Cisneros, algunos de nuestros románticos vivieron años de juventud en París; todos conocen el francés. ¿Nombres? Pueden citarse innumerables o ninguno. Las antologías y los críticos citan a Corpancho García, Márquez, Castillo, Villarán, Fernández, etc., etc. En realidad, sólo merecen retenerse los nombres de Clemente Althaus (1835-1881), Luis Benjamín Cisneros (1837-1904), Carlos Augusto Salaverry (1831-1890), y más tarde Pedro Paz Soldán y Unanue, *Juan de Arona* (1839-1895)¹.

Althaus ofrece la mezcla singular de clasicismo y romanticismo que podría señalar la transición. Alguna vez el romántico *puro*, como Salaverry, le reprocha su “inspiración encadenada a la antigua forma de los clásicos”. “Cantas a España

(1) Exceptuamos también, por supuesto, a D. Ricardo Palma, romántico transitorio, autor muy pronto de las *Tradiciones peruanas* y de quien nos ocupamos más adelante.

—agrega. — cantas a una espada, y ni una sola palabra de libertad, ni un solo pensamiento republicano, ni un solo grano de incienso para el altar de la democracia”. Mezclados en su heteróclito libro *Composiciones poéticas* hallamos un lirismo empapado en lágrimas, una casta impersonalidad del Siglo de Oro y hasta una amena sonrisa. Había publicado en 1862 *Poesías religiosas y patrióticas* y *Poesías varias*. Sus maestros eran a la vez fray Luis de León y Chateaubriand. Inspiración religiosa siempre (*Las Cautivas de Israel ó Canto Bíblico*). Alguna queja noble detiene al lector por un instante:

 Cuando en mi muerte próxima y temprana
 en la vecina iglesia triste doble
 de los agonizantes la campana;
 cuando sin alma esté mi cuerpo inmoble
 y cual cera amarillo;
 cuando al sonoro impulso del martillo
 el postrer clavo mi ataud taladre;
 cuando, por fin, en indolente priesa
 escondan mi cadáver en la huesa,
 me llorarás tú solamente, madre.

Epico fué en el hermoso poema *El Dos de Mayo*; y debemos encomiarle por esa poesía *A América*, donde el poeta canta al continente destinado a futuros asombros. “Tuyo será el porvenir”, dijo Althaus mucho antes que Chocano.

Predecesor inmediato de éste en la épica; romántico juvenil en dos novelas, *Edgardo y Julia*; preparnasiano, como si más que en Víctor Hugo se inspirara en los flamígeros acentos del padre Dante, Luis Benjamín Cisneros escribe en su juventud *Aurora Amor* y una admirable *Elegía a la muerte de S.M. el rey Alfonso XII*. No todo es excelente en aquel poema incompleto, que la parálisis le impidió concluir; pero los fragmentos que podía balbucear en las treguas del mal nos

indica, como los acentos de la *Elegía*, al gran poeta que perdimos.

El más sincero, el único admirable sin reservas, es Carlos Augusto Salaverry. Hijo del popular caudillo Salaverry, que pereció fusilado cuando nuestro poeta tenía sólo seis años, parece que llorara siempre esta orfandad. Su aparición en la literatura tiene la brusquedad de la de un Musset. En 1851, a los veintiún años, cuando hace representar su drama *Arturo*, es un desconocido en el Perú. En 1858, cuando comenzó a publicar sus *Cartas a un ángel*, las interrumpió —dice Palma— “a pesar de la ansiedad con que era esperada por el público cada carta, porque creía, en lo que tal vez estamos de acuerdo, que se profanan ciertos misterios del alma lanzándolos a los cuatro vientos del mundo”. Esos “misterios” los supo velar siempre, y nos conmueve su reticencia en el universal diluvio de lágrimas. A este militar-poeta le supongo haber querido seguir el ejemplo de Vigny. Espolvoreadas de cenicienta melancolía algunas páginas, entre ellas, *Acuérdate de mí*, pudieran ser los ápices del lirismo peruano. Nuestra literatura, tan terrestre, conoce allí el arranque para el vuelo durable. Dejó sonetos redondos. Su amigo D. Manuel González de la Rosa me contaba un día el encanto y vanidad de Salaverry al componerlos, pues se jactaba de ser inimitable en esa fina labor de alfarero verbal. Prefiero algunos de sus poemas de aliento y en todo caso ningún romántico nuestro dejó un libro tan armonioso como los *Albores y destellos*, de Salaverry.

¿Era todo lirismo mientras tanto? Sospechamos que no, y, don José Pardo, poeta menor, nos lo señala:

En romántica canción,
¿quién te dirá ángel de luz,
y te traerá a colación,
herética maldición,

una tumba y una cruz?

Yo no, chica, pues confieso,
aunque inocentada tal
puede costarme un proceso
que nunca con buen suceso
he sido sentimental.

Con “buen suceso” como dice el simpático galicista, fueron pocas veces sentimentales los peruanos. Su género favorito —lo hemos dicho— era la musa de Caviedes o de Palma.

La Lima que describiera Terralla ha cambiado apenas. La iglesia está más desierta que en el coloniaje; pero es tan suntuosa como antaño; en la Alameda resuena el mismo son de jácara, la encendida querella de guitarras acordes en noches áticas y aterciopeladas. Aun hay tapadas que saben danzar la zamacueca y aguzar un donaire, beatas de convento que son correveidiles de enamorados, sospechosos veteranos de cien combates y mistureras y aguadores, y procesiones festivas en donde ya no podemos lamentar miserias de Nazaret, porque trescientos años de obsequios hicieron al Cristo rico y a la Dolorosa millonaria. Vida criolla, que encerraron en comedias de corte español y limeña gracia Felipe Pardo y Manuel Ascencio Segura. Preceden a los románticos, propagando, casi al mismo tiempo que éstos gemían, el realismo y la sátira irreverente.

Contemporáneos semejantes en aguda vena y sentido realista, ellos realizan la más interesante tentativa de nuestra literatura: la fundación de un teatro criollo, que se va a extinguir con ellos. Felipe Pardo (1806-1868) es nuestro mejor satírico. Pretextos justificados tuvo en su agitada vida para amargarse, y le sobraron a este peruano educado en España, que volvió solo al Perú a los veintidós años con gustos clásicos y europeos. Siete años antes se instalara la fla-

mante República peruana. “¡Viva la libertad!” murmura Pardo en sorna. Y en realidad ésta es por el momento una mentira convencional. A Pardo, educado en la doble aristocracia de la España tradicional y del clasicismo, le ofenden a la vez la hipérbole literaria de entonces y la forzosa mezcla de clases que iguala al noble de ayer —decía a su hijo en un verso— “con el negro que unce tus bueyes”. Y al pueblo soberano le asesta el famosísimo soneto que comienza:

Invención de estrambótico artificio,
 existe un rey que por las calles vaga,
 rey de aguardiente, de tabaco y daga,
 a la licencia y al motín propicio.

Igualdad ilusoria es la del Perú. Más que a ningún limeño debía sorprenderle a Pardo, como le sorprendió a Flora Tristán el contraste de las grandes ideas pregonadas con los menudos intereses perseguidos; la mentira ciudadana, cuando la profunda separación de clases continúa. En su felicísima *Constitución política* aconseja al ciudadano de entonces

tener un pantalón y una camisa,
 que aunque no es ilegal votar en cueros,
 guardar conviene al qué dirán sus fueros.

Vió la comedia peruana y se rió; mas no se mantuvo indomne; se mezcló a ella fervientemente, tomó parte en nuestras revoluciones, continuó. El que comenzara siendo limeño de importación lo era ya cordial y dolorosamente. Con los años y las amarguras se va acedando la sátira. Es política sobre todo, social á veces. En sus comedias *Una huérfana en Chorrillos ó Los frutos de la educación*, censura la libertad de esta vida: carnaval de rompe y rasga, “zamacueca de borrasca”. Y quizá por esto, porque el propósito del moralista era visible, las comedias no tuvieron gran éxito. En

cambio ciertas prosas de *El espejo de mi tierra* y las admirables *letrillas* conservaron constante actualidad en nuestra Lima. ¿Quién no conoce allí el famoso viaje del niño Goyito? Y sus *letrillas* *Qué guapo chico* o *El ministro* son ejemplos de la más leve y salada caricatura peruana.

Menos intención tiene la burla de Segura. El coronel D. Manuel Ascencio Segura (1805-1871) sigue el intento de Pardo puesto que su primera comedia, *El sargento Canuto* es de 1839 y aquél estrenara diez años antes. Singular contraste ofrecen ambos. Segura es el criollo nato. No ha observado, ni puede hacerlo, con ojos imparciales de espectador, con reticencias de español habituado a la comedia elegante, como Pardo. Describe en el más fácil verso la festiva vida que adora, ese infatigable saturnal de limeñas de "medio pelo", sólo avezadas, como en los *Lancés de Amancaes*, a "echar cintura" en el baile, a la más aviesa lisura en réplicas mordaces, a beber *chicha*, a *seducir siempre con la antigua travesura de la tapada*. Crítica la burocracia en la *Saya y manto*, o nos dibuja en *Ña Catita* a la vieja entrometida de los conventos, mentidero ambulante y cronista menor de la ciudad. Mas todo le hace gracia, ¡qué digo! probablemente no querría vivir en una Lima sin taimados burócratas y viejas entrometidas, sin novios lánguidos que suspiran bajo un balcón, sin mujeres de genio alegre y deplorable vida, sin beatas santurronas que se detienen en la calle a deshacer, para que nadie pueda pisar el santo símbolo, la cruz formada por dos astillas de madera. Ama, como D. Ricardo Palma, á su Lima vieja, y se comprende que colaboraran ambos en una linda comedia: *El santo de Panchita*.

Los artículos de *El Espejo de mi Tierra*, de Pardo, que Segura continúa en sus cuadros de costumbres; las comedias de ambos y las *letrillas* del primero; la chispeante poesía de D. Ricardo Palma; las sátiras en prosa y verso de un infatigable y temible burlón, como D. Manuel Atanasio Fuentes, autor,

con Palma y otros, de un agudo *Juicio de trigamia*; los "chispazos" de *Juan de Arona*; las más modernas agresiones festivas de Federico Blume y José María de la Jara, hasta las más actuales jocosidades de Leonidas Yerovi, constituyen una literatura del mismo acento, surgente continua de franca risa, cuyo abolengo está en Caviedes, la más nacional sin duda, la única propia, porque el ingenio en hombre y mujeres fué siempre la virtud ó la flaqueza de Lima. Literatura anónima muchas veces y casi siempre política, se extravía en periódicos de pasajera vida: *El Moscón*, *El Murciélagu*, *El Chispazo*, *La Neblina*, etc.

Ya se habían mezclado en Althaus mismo, en Palma algunos años, hasta su ruptura con los románticos, esta vena alegre y el lirismo más solemnemente triste. De tal contraste nace el humorismo de Pedro Paz Soldán (*Juan de Arona*) (1839-1895). Lo que éste hizo es poco; lo que pudo hacer lo inducimos con melancolía de sus tanteos en diversos géneros literarios. Su educación era europea; su actitud debía ser peruana. Quiere nacionalizar urgentemente una literatura sin tradición, sin modelos propios. Para obtenerlo incrusta en sus *Poesías peruanas* nombres que nadie ha rimado aún y que parecerán quizás vulgares para su matiz de intimidad. Se atreve más: en una traducción suya de las *Geórgicas* sale revoloteando un *guarda caballo*, ave negra y peruana que Virgilio ignoró. ¿Sonreímos?... Más tarde un audaz podrá en boca de Hamlet, al traducir el drama inglés, la familiar expresión: *cholito*. Y ya todos nos ponemos de acuerdo para la burla. ¿Cómo vamos a hacerlo, cuando se trata de *Juan de Arona*? Adivinamos en sus poesías, en su *Diccionario de peruanismos*, el ferviente amor a cuantos giros y frases de provincia española algunos, de limeña prosapia muchos, evocan el pasado colonial y la realidad de cada día. Este filólogo, es un poeta, y este poeta es un limeño. Sabe el origen de cada voz, le autoriza con versos propios, hasta dudarse

si las *poesías peruanas* fueron sólo escritas como ejemplos para un manual de retórica nacional.

Su genio era zumbón; sus desventuras fueron grandes. Uno y otras explican esa poesía rencorosa que en sus famosos *Chispazos* llegó al descaro agresivo:

Garrotazo y tente tieso,
hasta no dejarles hueso.

es el lema de su famosos periódico de sátira, y a él se los dan dos negros emboscados en un portal. En guerra abierta contra todo el mundo, le pegan, y él responde en pareados, de que Lima entera ríe. El descalabro del ex-romántico es lastimoso. ¡Cuán duro fué el tránsito hasta allí! Ya en las primeras horas de su juventud pródiga en dones, la universal acidia del esplín lo abruma:

Hay unos días desesperantes
en que me carga la humanidad

No estoy seguro de que el poeta clásico de las ceñidas *traducciones latinas*, el romántico de *Ruinas*, hubiera concluido mejor en otra parte; pero sin duda melancolías de descastado, soledades ardientes de poeta, lo convirtieron en el coplero venal y perseguido de sus últimos años indecorosos. Sus mejores poesías son traducciones: *Las Geórgicas* de Virgilio (1867), *Poesía latina* (1883). Las más interesantes son los *Sonetos y chispazos* (1885), y las *Poesías peruanas* (1887); los primeros, porque ya la vena hiriente estalla (*Vivir es defenderse*, acaba de titular a un libro de burlas sobre la vida limeña, y se defiende atacando). Las *Poesías Peruanas*, ensayo de nacionalismo lírico, precederán al mejor libro de Paz Soldán, el *Diccionario de peruanismos* (1883 y 1884). Lo que en ésta maravilla no es sólo la originalidad del ensayo, si se atiende a lo que iniciara Paz Soldán muchos

años antes (en 1861, en una *Galería de novedades filológicas*), cuando casi no existían obras de tal género en América, sino el cariñoso cuidado, la devoción de limeño y de poeta para coleccionar giros y frases. Una lengua nueva, o por lo menos un vocabulario nacional, ha venido formándose desde los primeros tiempos de la colonia; fauna nueva, que exige voces nuevas o giros provinciales de España, que cobran autoridad en el Perú. “El idioma español decía Pardo con gracia, es el que más encarnizada persecución ha sufrido en nuestras gresecas revolucionarias”. Menos severo con los peruanismos es *Juan de Arona*. Se consuela pensando en que “evolucionar dentro del mismo idioma es tal vez evolucionar al porvenir”. Adivinó el actual y apasionante problema del castellano en América. Y sin duda por eso se esforzó en mostrar cómo algunos que parecen neologismos podrían autorizarse como españolas voces: *Baquiano*, por ejemplo, un argentinismo, se deriva de la castiza voz *baquía* (destreza); ¿Por qué no aceptarla? Además, ¿cómo llamar diversamente a lo que no tiene equivalente en castellano: nuestra llovizna peculiar, la *garúa*, o el *disfuerzo*, ese “peruanismo formidable” dice Paz Soldán, que expresa la desenvoltura o la monada de la peruana? Más lejos va cuando descaradamente aboga por *avalancha*, superior en fuerza a *alud*; por neologismos como *editorial*, por verbos de justificable creación americana, como *solucionar ó dictaminar*, ¿De cuántas otras voces se declara partidario efusivo! El quite airoso de la quimba, el desparpajo del palangana, el “¿guá, que lisura!” en fin, adorable de gracia y de picardía en los labios de la mujer del Perú.

Después de Paz Soldán, los dos líricos extremos son Rossel y Amézaga. D. Ricardo Rossel (1841-1909), injustamente olvidado es el poeta filósofo, el único en este género ingrato, si no queremos recordar los desaciertos del romántico Márquez. Pensar en verso puede ser una manera de es-

terilizar la inspiración; el más deplorable ejemplo es Sully Prudhomme. Si analizáramos, como un día inicuaamente Fauguet con Baudelaire, las ideas incrustadas en rimas, pocas veces hallaríamos novedad o audacia intelectual. Mas si pensar es el íntimo y apasionado debate del alma quieta por su futuro destino, se rejuvenece eternamente el viejo monólogo de Hamlet, porque es dolor actual en cada lírico. Pocos han repetido con más patética unción que Rossel el antiguo ¿á dónde vamos? Por eso prefiero en su tomo de versos, por la elegancia del pensamiento y la firmeza de su forma bruñida, el perfecto poema *En el cementerio*. Publicó en prosa y verso leyendas nacionales que, como su *Hima Sumac* (premiada en un concurso literario chileno, 1877), recuerdan en soltura y colorido determinadas páginas del maestro de tan difícil género, Zorrilla.

Carlos G. Amézaga (?-1906) era un revolucionario sentimental, un jacobino bueno. Sin duda prestó oídos a la perpetua elegía de los románticos. Hay algo de ellos en *Cactus*. A la influencia del mejicano Díaz Mirón, a quien leyó en su viaje a Méjico, se deben algunas de sus poesías arrogantes, como las estrofas martilladas de *Gloria*. Son retos viriles a la Humanidad o al Destino, dos poemas, como los *Mas allá de los cielos* (premiado en un concurso literario de Buenos Aires) amplió y elevó su lirismo, suprimiendo las juveniles turbulencias en una serenidad reflexiva y pungente de gran poeta. Inferiores a su poesía son sus dramas. *Sofía Perewskaia*, el *Juez del crimen*, el *Suplicio de Antequera*.

En estériles años, los que suceden a la guerra, poco propicios, en realidad, a las letras, con excepción de Amézaga, de Ricardo Palma y de González Prada, no hallamos literatura sino en una escritora de escandalosa reputación y de gran talento: reputación que agravaron las mujeres: talento que envidiarón los hombres. Mercedes Cabello de Carbonera es el primer novelista que tal nombre merezca.

No faltaron ensayos interesantes. Nuestro satírico Segura había escrito en 1839 una novelita sin importancia, *Gonzalo Pizarro*, Narciso Aréstegui obtuvo pasajera nombradía con el *El padre Horán*, episodio cuzqueño. Segundo Pruvoneña (seudónimo de D. José de la Riva-Agüero, según dicen) mezcló curiosamente personajes ficticios a los episodios ciertos de su “romance” libelo *Los hombres de bien* (primera parte de *El becerro de oro* (1874), donde pretendía, según dijo en dudoso castellano, hacer una “reseña histórico-política saturada con un ligero enredo para imprimirle una portada romanesca y literaria” El mismo punto de vista es el de Fernando Casós en sus *Romances históricos del Perú* (1848-1873). *Los amigos de Elena* (1874). “Lo que yo hago —dice— es una revolución literaria en la novela o romance contemporáneo que necesita cierto coraje para poner con todos sus pelos y señales sus defectos y virtudes, nuestros hombres, nuestros hechos, nuestras instituciones y nuestras cosas”. Luis Benjamín Cisneros había escrito la novela romántica en *Edgardo* y en *Julia*. Se lee con agrado *La hija del contador*, de José Antonio de Lavalle (1893, publicada con el seudónimo de *Perpetuo Antañón*). Mostraba dones singulares de observador y narrador José María de la Jara (Gil Paz) en su *Grano de arena* (1878). En fin, Emilio Gutiérrez de Quintanilla escribiera, a ejemplo de Montalvo, y sin su talento, la cervantesca evocación de *Peralvillo y Sisebuto*.

Sólo Mercedes Cabello reincidía con gran talento. Un talento desigual, incorrecto y masculino. Aclimata el naturalismo en el Perú, intentando crudas descripciones zolescas en nuestro medio, que casi sólo se prestaba a la novela amena y mitigada. El mismo escrúpulo del maestro la induce a agravar la página con descripciones prolijas, a buscar siempre la tacha original, el vicio oculto, la iniquidad. Como ha vivido en un medio romántico; como en su juventud oyó llamar a las mujeres ángeles y querubenes, admite junto a li-

meñas de rompe y rasga el más puro tipo seráfico (*Sacrificio y recompensa, El conspirador*). Pero la humanidad que describe la preferencia es la de Zola. El juego (*Las consecuencias*), la ambición (*El conspirador*), el deseo de parecer (*Blanca Sol*), son los móviles únicos de estos Rougón-Macquart limeños. Sus personajes discuten las leyes de la herencia, la plaga burocrática, los riesgos de la política. La novela, desgarrada a ratos, no carece nunca de rasgos felinos y de clarividencia. Pocos tuvieron semejante audacia para la acerva delación de vicios. Cuando se haga en el Perú la crítica literaria retrospectiva, se juzgará sin duda a *Blanca Sol* como el primero y legítimo acierto en la novela.

IV

Tres escritores viven actualmente, representantes de tres generaciones sucesivas¹ y los más famosos en la historia literaria del Perú independiente: Ricardo Palma (nacido en 1835?) Manuel González Prada (nacido en 1844) y José Santos Chocano (nacido en 1875?).

Si González Prada es el menos nacional de nuestros literatos, Ricardo Palma es el más peruano. Extrema las cualidades y los defectos del limeño. Por eso tuvo tanto éxito en el Perú. Hay lindas mujeres que sólo conocen las *Rimas* de *Bécquer* y las "tradiciones" de D. Ricardo, las menos picantes por supuesto. Trascendió pronto su fama. En España y en

(1) No cronológicamente, puesto que Palma y Prada son casi contemporáneos; pero el primero simboliza bien, hacia 1870, las primeras orientaciones románticas que pronto va a abandonar. Prada comienza a ser admirado y seguido como parnasiano anti-romántico hacia 1880 y tantos; y Chocano forma parte de la generación que precede a la nuestra, la que iniciara un neo-simbolismo.

América se le ha leído y se le imita. Y el género debe ser inimitable, o sólo la vieja Lima se prestaba a esa historia disimulada y risueña, pues las ajenas "tradiciones" son mediocres.

Comenzó por romanticismo este burlador. Fué amigo juvenil de nuestro mejor romántico, Salaverry. En la *Bohemia de mi tiempo* ha narrado las quimeras de esa juventud y en *Armonías* (1865), su libro primigenio de versos, está la huella de las lecturas apasionadas. Mejores lecturas que los otros. Imita *Orientales*, de Zorilla; conoce familiarmente la poesía de Victor Hugo, y traduce a Heine. Mas ya junto a chispazos de ajena hoguera aparecen *cantarcillos* tunantes. Se los inspira Trueba, a quien admira. De esos cantos populares, de ese lirismo familiar, puede salir y sale la tradición. No le busquemos ascendencia, como tantos, en las reconstrucciones históricas de Walter Scott. Son éstas obra de un romántico empedernido, y Palma dejó de serlo pronto. La Edad Media es un pródigo almacén de accesorios románticos. ¿Podemos decir los mismo del coloniaje? Si a aquella le conviene perfectamente los dos adjetivos famosos de Verlaine, *enorme y delicada*, sólo el segundo se aplica a nuestra colonia. Y precisamente el literato y su época favorita concordaban. Palma es un desterrado de aquella edad galante que sumaba con tan cínico abandono la santa credulidad y el libertinaje. No le pidáis grandes frescos de novela a lo Walter Scott a lo Victor Hugo. El sólo puede y quiere limitarse a los menudos hechos desportillados, a la historia pasada por cedazo. De semejantes menudencias, como del prolijo museo de los Goncourt, surge una verdad *impresionista* de menudas y exactas pinceladas. Estos hermanos literatos, que hicieron en cierto modo para el siglo de Watteau y de Fragonard lo que para la Lima antigua Palma, decían, con su habitual exactitud: "La historia es la novela que ha sido; la novela es la historia que pudiera ser". Y si, no supiésemos tan personal el arte de D. Ricardo, supondríamos que pretendió reaccionar, a ejemplo

de los otros, contra el romanticismo de la historia. Desfachadamente y con él más tumultuoso genio, la falsificaron los románticos. Nuestro eminente amigo el Sr. Martinenche ha mostrado cómo Víctor Hugo le prestaba al Cid español imaginarios sentimientos o emociones huguescas. Son dos maneras plausibles de evocar. ¡Cómo negarle la emoción del pasado a Michelet! Taine restituye el sentido positivo de la historia procede por pacientes acumulaciones de hechos, como infinitas madréporas sobre cuya base calcárea podrá elevarse un día la rotunda afirmación de la isla. La historia que era en Bossuet lección moral, y en los románticos, según el pensamiento de Heine, sólo “un viejo guardarropa del espíritu humano”, va a inspirar el deseo de reconstruirla exactamente. Es singular y admirable que nuestro Palma sintiera en Lima la misma necesidad de verdad. En 1861, en un estudio sobre Salaverry, censuraba “el desbordamiento de pasiones con que Víctor Hugo y Dumas han manchado en nuestros días a la humanidad”. “Quédese —agrega— para las sociedades europeas la necesidad de fuertes emociones, de sangrientos y terribles cuadros”. Para los virginales pueblos de América, como él dice, sólo quiere episodios mesurados. ¿No se diría que es el prospecto de sus futuras tradiciones? Y su ruptura con los “contrabandistas del pesar” como apodaba a los poetas de la época, la manifiesta en estos versos:

En buena hora siguen los románticos
lanzando de gemidos un tropel:
para mí el mundo pícaro es poético:
poco en el hoy, y mucho en el ayer.

Comienza entonces Palma a investigar el pasado. Tuvi-
mos admirables eruditos; ninguno que fuera poeta. Y por
primera vez, de los rancios manuscritos, de las enrevesadas
crónicas, de toda esa Lima que hubiera podido creerse ex-
tinguida en el arte, sale un museo viviente. Sólo que Palma
no se aventura —y es nuestro primer reproche— a derribar el

andamiaje después de haber edificado. De esa “novela que fue” conserva la escoria del dato. Cuando va a trasladarnos por entero a otro siglo, nos recuerda bruscamente, bajo el número II de casi todas sus tradiciones, que no nos cuenta patrañas amables, sino verdad fidedigna. Ahora bien; no concebimos a una *Salammbó* con notas marginales para probarnos que Cartago era así. Le damos crédito al narrador, le exigimos únicamente esa verdad del arte, muy distinta de la probada exactitud. Hubiéramos querido que llevara Palma sus materiales a otro libro. Y así, mondado el cuento, realizaría algo semejante a *Les puits de Sainté Claire*, de Anatole France. Está a punto de hacerlo alguna vez en la historia de *El virrey hereje y el campanero bellaco*, en *El alacrán de fray Gómez*: se acerca entonces a los grandes cuentistas italianos, un Bocaccio, un Bandello... Si toma de la novela picaresca algún acento o tal o cual forma de burla, hace muy rara vez la truhanesca, historia del mundo que pintara Caviades. Su estilo es amena charla de ciego ladino, de abuelo centenario, que a cada paso se enreda en nuevas anécdotas, que cuenta por el placer de contar, imitando a veces, en su lenguaje alocado, la historia desfigurada de las viejas. ¡Aquellas beatas que venían en nuestra infancia con sabrosas pastas y zähumerios a referirnos, como en un coloniaje redivivo, el último escándalo de salón o la historia del Cristo que ha sudado! A todas las escuchará D. Ricardo. Al mismo tiempo que leía a Calancha, les averiguaba el por qué de un mote, la historia de un blasón. Con los años ha llegado a parecerse a ellas. En su figura volteriana, los ojos, por encima de las lentes, miran socarronamente, y en los labios se afirmó un pliegue de malicia tan natural, que no parece arruga. Su charla es un venero de anécdotas. Conoce Lima como un antiguo cronista las prerrogativas y los milagros de su convento. Pocas veces una ciudad tuvo más sentimental archivero. Con melancolía asiste al derrumbamiento, a la decadencia de las “tres veces coronada villa”. ¡Coronas de gracia, de elegancia y de galantería!

El ha iniciado en el Perú el género amable de Anatole France: la irreverencia para poner en la escena a santos, beatos, obispos, vírgenes, mártires y confesores, todos los personajes del *Año Cristiano* y la *Leyenda dorada*, haciéndoles hablar, reír, decir inocentadas como los hombres. Tiene su misma socarrona seriedad para contar historias de aparecidos, de duendes, de milagros auténticos e increíbles, entrecortando la relación con reflexiones que arañan...

Otros cascabeles tiene su burla. Ha creado ó recogido del pueblo un semillero de expresiones picarescas, exageradas o extravagantes, á menudo inconexas, pero que causan la sensación de una charla traviesa y dislocada. Así, decir, por ejemplo, para exagerar la sutileza de un alcalde, que "sería capaz de sentir el galope del caballo de copas", o de una barba más crecida que "deuda pública", o de un pobretón "sin más bienes raíces que los pelos de la cara". A él le pertenecen frases que se han tornado usuales: "Contemporáneo de los tirantes", "Los arrabales de la garganta" y otras más, otras mil, imposibles de citar todas, pues cabrillean en cada frase. La frase larga, incidentada, se pimenta de refranes y apelativos vivaces como cohetes. Y es así una música retozona que sólo por su sonido alegre. Se recuerdan, sin quererlo, la novela picaresca española o las bromas locuaces de ese abuelo despechugado que se llama Rabelais. Sólo quiero citar dos páginas al azar:

"Mala pascua me dé Dios, y sea la primera que viniere, o deme longevidad de elefante con salud de enfermo, si en el retrato, así físico como moral, de *Tijereta* he tenido voluntad de jabonar la paciencia a miembro viviente de la respetable cofradía del *ante mí* y el *certífico*, y hago esta salvedad, digna de un lego confitado, no tanto en descargo de mis culpas, que son pocas, y de mi conciencia de narrador, que no es grano de anís, cuanto porque esa es gente de mucha envidia, con las que ni me tiro ni me pago, ni le debo ni le

cobro. Y basta de dibujos y requilorios y andar andillo, y siga la zambra, que si Dios es servido y el tiempo y las aguas me favorecen, y esta conseja cae en gracia, cuentos he de enjaretar a porrillo y sin más intervención de cartulario. Ande la rueda y coz con ella.”

.....

“Galán de capa y espada e hidalgo de relumbrón en ocasiones, y en otras legítimo mozo *cunda* y de todo juego, era en el primer cuarto del siglo XVII un D. Pedro Mexía de Ovando, que así lucía guantes de ámbar, chapeo con escudete de oro y plumerillo y parmesana azul de paño veintidoceno con acuchillados de raso carmesí, en los opulentos salones del señorial palacio de los virreyes marqués de Montes Claros y príncipe de Esquilache, como arrastraba su decoro en los chiribitiles de la Barranquita, Pampa de Lara y Tajamar de los Alguaciles, a la sazón cuarteles de los hampones, tahures, bajamaneros, proxenetes, pecatrices y demás gentuallas de pasaporte sucio y vergüenza traspapelada.”

Como se ve por tan simpáticos ejemplos, Palma se acerca más en su burla a la locuaz manera española que a la concisa ironía de Francia. No es la suya la frase incisiva de Voltaire, en que más se adivina que se lee, esa sonrisa apenas insinuada. Casi no intenta ser irónico. En la ironía hay siempre una escondida hostilidad, y Palma, amante sincero de la colonia, no puede reír de sus hábitos y escarnecer sus supersticiones. Por esta mezcla de emoción y de travesura, en que hay bastante entusiasmo para evitar la malevolencia y mucha lucidez para dejarse cegar por el entusiasmo, Palma consigue que su visión parezca la más veraz. Los novelistas que después de él exploten la realidad pasada deberán someterse a su evocación si quieren ser creídos... ¡Edad cautivante de encantadoras futilidades y devaneos! ¿Fué así fútil y encantadora? ¿No son mentiras del cronista? Lima es allí un Versailles diminuto, donde cada balcón cerrado es un Trianón reducido, donde en vez de las fuentes irisadas hay un paseo de

aguas, y bien podemos parangonar a la *Perricholi* con la señora de Pompadour. Pero entendámonos: un Versalles que concilia a veces la austeridad calderoniana con los abates *beaux parleurs* y Ninón. La Inquisición no ha enseñado a las bellas inconstantes sus zozobras teologales, pero sí su metódica crueldad. En las tradiciones de Palma saben deshacerse de un marido, suprimir a un amante infiel, las mismas manos hechas para manejar el arma del abanico. Mientras sus hermanas de Versalles ensayan un lunar en la mejilla o una elegante genuflexión de la pavana, ellas se obstinan y conspiran como hombres; mienten amor a un virrey para vengarse; se amotinan porque otro legisla sobre los mantos; se hacen justicia por sí mismas hasta esgrimir las uñas... o las navajas; se alocan por una frivolidad; se retiran a un claustro por un capricho, y cuando D. Félix de Montemar les ha quitado la honra, van a purgar en un convento el delito de haber sido sinceras.

¡La honra! Es la obsesión de esa edad, su enfermedad y su imagen. Ella hace matar al virrey que baja furtivamente la escala de seda, eterniza los odios familiares por todas las Elviras infortunadas. En el noble se llama orgullo del abolengo: el orgullo, que detuvo a dos calesas en una calle de Lima porque dos linajudos se disputaban la derecha; el orgullo profesional, que prolonga las disensiones de virreyes y de arzobispos hasta que decida Su Majestad. Se derrocha el patrimonio por un blasón. Se pelea a muerte por si se tienen o no se tienen títulos comprobados a sentarse en una silla elegida, y ¡curioso contraste de esta edad paradójica! a pesar de la religión, que es inflexible, a pesar de la honra, que es tirana, no es raro el delicioso relajamiento de Versalles. Se ríe y se peca en abundancia. Los mismos virreyes arriesgan la vida por un beso. La señorita Perricholi, virreína de la galantería, tiene tantas perlas como pecados mortales. Abades madrigalistas pulsan tan bien la guitarra como la lira. No importa que la Inquisición amenace con sus llamas terrenas y la Igle-

sia con su infernal quemadero: las limeñas se van al Purgatorio sonriendo; el auto de fe es una fiesta como los toros y aquella sombría austeridad que tornó a la España del taciturno Felipe en un inmenso claustro, aquí, bajo el cielo risueño, se convierte apenas en una inocente hipocresía...

Los últimos años de su vejez los ha dedicado Palma, agotadas las tradiciones y sus fuerzas, a su afición filológica. Sus *Papeletas lexicográficas* continúan el *Diccionario de peruanismos* de Juan de Arona. Propuso voces peruanas a la Academia Española: pero no le aceptaron su jugoso vocabulario. Festejado últimamente en cordial y unánime homenaje como una gloria viviente, ha tenido la fortuna de ver que, si no deja discípulos, tendrá por lo menos lectores y admiradores siempre.

Un ensayista, un pensador apasionado, un pagano místico a la manera armoniosa de su maestro Luis Menard; un soñador situado a igual distancia de la pura especulación y del lirismo sin medula, este parece representar González Prada en la literaturadel Perú. Es presumible, puesto que tiene más de setenta años, que no escribirá muchas obras. Pocas son las publicadas para juzgar a uno de estos altos espíritus a quienes siempre exigimos la completa definición de sus almas en algún libro homogéneo. El más completo de Prada es el tomito de versos *Minúsculas. Páginas libres y Horas de lucha*, sus colecciones de artículos, parecen misceláneas de un admirable escritor cuyos libros centrales se perdieron.

La juventud de González Prada apenas se extravía en el quejumbroso pleonasma de nuestros líricos. Este sí nació sincero. Con sus lecturas favoritas de fray Luis o de Leopardi se compone el más singular estado de ánimo: un sosiego sombrío y nihilista. Si se retira al campo, no será para descansar, como el divino fraile, en la certidumbre de que un Dios, bondadoso preside a nuestra pereza, sino para repetirse, como un incrédulo ermitaño desesperado, el desamparo del

hombre bajo un cielo sin dioses y entre una Naturaleza sin oídos. Este será su tema predilecto y su invariable melancolía.

En 1871 sólo es poeta; diez años después talla su prosa rotunda. En esta forma lisa, donde la dórica simetría hiciera presumir el alma olímpica, los adjetivos furentes y los estallidos de la oración recuerdan los desvíos del cincel o las incisiones del compás que en suaves mármoles de mujer atestiguan la excelsa cólera de crear. Ya ha empezado a ser enemigo de todo el mundo. Una leyenda, una rencorosa leyenda lo aleja y lo aísla como la nube de azufre a Satanás. *Páginas libres* merece entonces los honores de un auto de fe. Curas y dueñas queman el libro. Un pazguato fraile responde *Páginas razonables*, en nombre de Santo Tomás y de Sancho Panza. Ataca Prada a la religión, y todos somos católicos presumibles mientras no se nos pruebe lo contrario. Vamos a misa aunque sólo sea para ver a la novia; transigimos con el sacerdote que pudiera embarazar nuestros amores, y los furibundos liberales de mocedad adoptarán al cabo la amable hipocresía de todo el mundo. Nadie comprendía, pues, la obstinación de Prada; rebeldía de madurez, y ya no pecado juvenil. Le acosaron, le abrumaron con la más taimada conspiración de silencios... Aquello fué una triste historia.

Con su actitud quedaba probado lo que tal vez no necesitaba demostraciones. Prada es el menos peruano de los escritores. Perpetuo iracundo en un país donde los años docilizan las rebeldías; inquieto por hallar un sentido religioso al mundo donde nadie conoce la inquietud metafísica y se acogen todos, porque no tiene levaduras el alma, a un catolicismo de ceremonia; capaz de indignación donde la sonrisa basta; pesimista incrédulo donde los negadores románticos coinciden en la afirmación del principio divino; sarcástico donde la sátira sólo fué rasguño; grave donde tantos ríen; patético en la criolla fiesta; escritor viril donde la prosa es

amable desmayo; sobrio y escueto donde los literatos sintieron en general el frenesí del pleonismo... Fué, naturalmente, el *no conformist*, el *refractario* de Jules Vallés, que, al margen de la sociedad a quien arrostra, maldice, niega y se obstina. Como era extranjero en cierto modo, vió con temible lucidez. Esa invitación al odio, que fué su célebre discurso sobre la guerra del 80, se recuerda siempre como el más hermoso espectáculo de osadía. Su genio le llevaba a indisponerse. Ya casi no podríamos reconocer al horaciano desesperado de sus primeros versos. En las más furibundas cóleras de anarquistas hay casi siempre un lirismo estrangulado, el rencor por una juventud que fué generosa e ilusionada. Odio y amor son sólo grados, nos dicen los psicólogos, y porque fué grande el amor es terco el odio... ¡Rencores de González Prada, que van dejando al desnudo las aristas del estilo y del alma como el ácido en el cobre del agua fuerte!

Su prosa llega, en capítulos como *Valera y Castelar*, a una sequedad flamígera. "Abofetear con rosas mojadas en vitriolo", dice en alguna parte. Es su programa. Como el admirable ecuatoriano Montalvo, vierte veneno en puras ánforas. Es común este cuidado del estilo a casi todos los grandes libelistas, cual si temieran desaliñarse en la cólera, o si a la sátira, pasajera como los hombres a quienes castigaba, quisieran eternizarla en el arte, enfriando en molde brusco, para la crispada actitud del Perseo iracundo, el bronce ayer candente. Por primera vez en el Perú la prosa tiene reglas. Crispada, ajena al abandono, monótona alguna vez por la rotundidad de la cadencia, sin esas profundidades de música que nuestro exigente lirismo quisiera a ratos. Prosa escultural ha sido y quiso Prada que fuera.

Por donde llegamos al punto central de esta alma apasionada. Como Leconte de Lisle o Flaubert, a quienes recuerda hasta por su belleza nórdica de vikingo, que pusiera el oído atento al clamoroso derrumbamiento de Grecia, como

VENTURA GARCIA CALDERON

los dos grandes teóricos del parnasianismo impersonal y anti-romántico, combatía esa impúdica afición a mostrar el alma al transeúnte con cinismo elegíaco de lupanar. Dirá en *Minúsculas*:

Suspira, oh corazón, tan silencioso
que nadie sienta el eco del suspiro

.....
A cobardes almas deja
el lamento y el sollozo.

.....
es del altivo y del fuerte
sonreír en la agonía.

Resume así el estoicismo literario de los maestros: *Sustine et abstine*. No des tu corazón al vulgo. Hay una pagana santidad en el dolor sin frases, y la reticencia puede ser una cortesía. La Grecia maternal nos enseña a esculpir nuestro silencio abrumado con el ejmplo decorativo de la Cariátide... No sé si siempre fué deliberado el intento. En todo caso, hallamos en la prosa de Prada reminiscencias de Leconte de Lisle y de Flaubert, mientras la lucha interior del parnasiano y del romántico es la misma:

Aborrecemos esta vida.
mas no quisiéramos morir...

dice en *Minúsculas*. ¿No es exactamente la frase del *Manfredo* de Byron? ¡Cuántas otras contradicciones se le señalan! Cuando después de haber sido, en *Páginas libres*, el profesor de odio a Chile, exclama en *Minúsculas*:

Patria feroz y sanguinario mito,
execro yo tu bárbara impiedad;
yo salvo las fronteras, yo repito:
¡humanidad!

Cuando condena lo que adoró, ¿no hace la amarga confesión del solitario que desfallece? Para este inquieto la verdad no es el hito inmóvil de los otros, sino el clavo de veleta en donde herirse. Y la mariposa que los antiguos encerraban simbólicamente en el cráneo vacío, queda también batiendo el ala terca y musical, sin esperanza.

Quienes leyeron versos suyos en 1861 en el *Parnaso peruano*, de Cortés, y hacia 1877 en los *Anales del Círculo Literario*, no suponían, sin duda, que el polemista famoso continuaba mudando, según el precepto de Heine, sus grandes dolores en canciones menudas. El que tanto se encolerizara como Cellini, hacía en verso la paráfrasis de aquella mínima y magistral orfebrería. *Minúsculas* se llama el libro. Ya no son canciones románticas, aunque subsistan algunos “piélagos”, algunos “blandos arrullos de mansa paloma” o ritornelos de Bécquer. Los metros son antiguos, (rondeles o pantums casi siempre) y los acentos modernos. Si *ronsardiza*, es para quejarse de querella más grave que la del fugaz esplendor de la rosa:

Los bienes y las glorias de la vida.
o nunca vienen o nos llegan tarde;
lucen de cerca, pasan de corrida
los bienes y las glorias de la vida.

Y su patético sentimiento de las horas que pasan no le sugiere el tunante consejo del francés a su dama: el de ceder al amor “cependant qu’êtes belle”, sino una melancolía reticente:

Decirte querría mi pena,
más dudo, me arredro y me callo.
A ti, la piadosa y la buena,
decirte querría mi pena.

Su inspiración hay que buscarla más lejos, en la Antología griega y en los cuartetos del lánguido poeta de Nichapur. Su flauta es de Meleagro y su guzla de Omar Khayám. Conoce la melancolía del placer y el estéril consuelo de la copa de vino. Mas tarde, en sus *Exóticas*, los mejores versos son traducciones de los cuartetos del *Rubayát*, cuya filosofía adoptará.

¡Oh primavera! ¡oh juventud! ¡oh engaños!
¡oh bien fugaz! ¡oh perdurables daños!
Hoja por hoja se desnuda el tronco,
día por día se nos van los años.

.....

¿A qué la austeridad? Si joven eres,
corre a pedir el beso a las mujeres:
tal vez el *summum* de la ciencia humana
es agotar la miel de los placeres.
No dejes por el fruto de verano
la flor de primavera; el bien cercano
es el mejor, el único; no vayas
tras el redoble de un tambor lejano.

Renunciamos a creerle. Es un consejo patético, como el de Renán, anciano, cuando dudaba de la trascendencia de la virtud y establecía con la belleza una equivalencia de cosa inútil, por donde el santo y el poeta fueron sólo sublimes egoístas de la orgía interior. Después de haber escuchado el redoble de ese lejano tambor que resuena en su verso, González Prada no ha abdicado —y no olvido la triste campaña de hace pocos años. Séanle permitidas, pues, estas *boutades* de pesimista a quien dio ejemplo siempre de una intachable belleza moral. Contrastes son, incomprensibles para críticos nuestros, que juzgan con alma inconvencible lo que escribió el alma candente.

En los últimos años González Prada extrema los iniciales pensamientos. En un país donde los hombres envejecen

tan cuerdamente, este anciano tiene frescas indignaciones de joven, ¡qué digo! crece en años y en locura. “¡Oh corazón de delirar nacido!” confesó alguna vez. Para Carlos Augusto Salaverry escribir versos románticos era una manera de ser patriota. Algo semejante piensa Prada. En su primer libro, *Páginas libres*, combatía al catolicismo y a la gramática; negaba a Dios y a las metáforas del antiguo régimen. Había allí jotas sediciosas y palabras sincopadas que son motines. Olvidó después estas querellas ortográficas; pero en *Minúsculas* seguía combatiendo el morbosó “purismo académico”, y *Exóticas*, su última obra, es su tentativa frustrada de verso libre. ¿Por qué no decir la verdad de quien la ha amado tanto? Este libro es un error; este libro parece un manual de poética con ejemplos, y lo es en cierto modo. Prada ha escrito un tratado de métrica que será sin duda admirable; mas no es posible fabricar versos ejemplares, deliberar la poesía como la prosa. Dijo sólo una humorada Edgardo Poe cuando pretendía haber escrito *El cuervo* sin rapto lírico alguno, calculando y razonando las punzadas de su demente melodía.

No sabemos si volverá Prada a las fluidas quejas de *Minúsculas*, si aun tendrá acentos broncos de admonición o de cólera; pero las obras publicadas bastan para su gloria durable. Allí aprendimos, con sorpresa cordial, a los veinte años, que la prosa no era sólo un arte exótico. Contábamos con un hermano de Montalvo y de Martí, de cuantos supieron dar a las erupciones de su cólera justa una erizada blancura de lava. No nos faltaba ya el espectador clarividente de nuestra vida; y la común incomprensión del público nos apenaba como una pérdida irreparable. Alentado por muchos, ¡cuántas obras maestras hubiera escrito! En cambio trabajó solitario y vejado, acorazándose en su arrogancia, que pudo sólo parecer sequedad agresiva a quienes no le vieron nunca en la intimidad —como yo, por fortuna, alguna vez, cuando quiso a-

gradecerme un filial elogio— mudar el rostro leonino para un urgente disimulo de lágrimas.

Chocano comienza cantando en *Iras santas* las grandes cóleras que nuestras pequeñas revoluciones provocan. Continúa la cívica tradición de nuestros épicos. Las epopeyas de vuelo torpe, el poema de Oviedo, *La Lima Fundada*, de Peralta, fueron tanteos. *Iras santas* es ya armoniosamente una “Lima indignada”. El poeta se enfurece más lejos que su lánguida ciudad. Ofrece castigar a los tiranos, poner liras por rejas a sus prisiones un tanto fabulosas. ¡Ay, es el menos Silvio Pellico de los hombres! Sus quejas y amenazas son exhuberancias encantadoras de un adolescente amado de los dioses.

Ha cambiado el eje de la poesía para los vates. Se callaron aquellos antiguos lastimeros de la tumba y la cruz. Pero el poeta tiene una misión parecida a la de los románticos. Cuando Chocano nace a la vida literaria, las maldiciones de Mármol continúan en un discípulo exorbitante, el mejicano Díaz Mirón. ¿Quién no leyó en América las estrofas epistolares a Gloria? La convence el poeta de que ha nacido, “como el león, para el combate”. El combate se redujo a querellas de campanario, cuando no a las vulgares escaramuzas del Presupuesto. . . Actitud inicial, que influye en toda la poesía de Chocano.

Su “ira santa” exagera como el dolor exageró. Es un romántico extraviado en la épica. Lleva allí su desmedida y epónima personalidad de cantor incierto y no orientado aún. Entonces nace la leyenda mentirosa del literato que no ha leído. En realidad, los grandes épicos, por lo menos, lo acompañan. “Homero y yo” nos dice señalando el volumen que lleva en el gabán. En Hugo encuentra, con simpática vanidad, metáforas “chocanescas, y de éste hallamos influencias en cierto vago mesianismo socialista; en el canto, por ejemplo, a esa “miserable” que es la “Madre haraposa.”

...tu que a las puertas
 vas con las manos siempre tendidas,
 y ves las arcas siempre desiertas
 y las conciencias siempre dormidas. . .

Su ardor triunfante, su robusta literatura de epinicio, hallan asunto digno en la guerra del 80, y escribe su hermosísima *Epopeya del Morro*. Después va a Chanchamayo, descubre nuestra zona tórrida, se asombra como un conquistador y empieza a cantarla como un romántico. En el frenesí de esa naturaleza vista y soñada se transparenta el alma de quien la mira. El que solo quiere “forjar su verso para las cosas grandes”, va a hallarlas desmesuradas: la selva, virgen como el picacho andino, el río en avenida, la ubérrima frondosidad de cafetales en el país de la cornucopia, en Canaán. Por el *Derumbamiento* de Chocano pasa el gran calofrío de la selva amazónica. Ya se diferencia de los antiguos épicos en cantar el paisaje local, en no verlo como un vago decorado del héroe. Mas no es contemplativo su sentimiento de la naturaleza. Exagera las visiones temblorosas de Hugo. Mira vertiginosamente. Casi tiene razón un autor cuando grosera y torpemente dice entonces que Chocano “parece escribir colgado de los pies”.

Su acento se eleva, y el poeta, errante ya por tierra de España y América, comprende que no puede limitarse a la exigüidad de una patria sin fausto. Kipling y d’Anunzio le servirán de tentación y de pesadumbre. Para que el canto sea digno de su bocina necesita un continente “el poeta de América”. Para arraigarse más en ésta y motivar su amor casi ancestral al nuevo mundo, va jurando que es “mitad indio”, cuando todos sabemos que es sólo española su prosapia. Reconcilia a dos Repúblicas menudas; pacifica con la lira este Orfeo elegante; se casa repetidas veces, probando así los diversos amores de América; es ya “continental”, como le

llaman con cariñosa sonrisa en el Perú.

Dos influencias contrarias lo han madurado: la de Whitman y la de Heredia. *Alma América* estaba dedicada a José María de Heredia, con una linda alegoría de versos que van al poeta francés.

las alas rotas,
y se van a estrellar contra tu genio,
como contra los faros las gaviotas.

Heredia es su maestro de clasicismo. En *Alma América* el *Derrumbamiento* está mondado y las supresiones son felices. Trata de hallar el adjetivo preciso y el exacto molde rítmico, que se afirman en su afición al soneto. Los escribe ya admirables; anécdota ardiente de Cuauthémoc o descripción de una magnolia, todos tienen la sobriedad rotunda de los *Trofeos*. Casi repudia su pasado. En *Fiat Lux* hace la más severa antología de juventud. Y orientado tal vez por Whitman, volviendo el alma por donde solía gratamente perderse, llega Chocano a su tercer manera, la más reciente. El ponderado clasicismo de la inspiración subsiste casi siempre; el metro se desborda. Es *whitmaniano* este aliento inmenso, este deseo de cantar cuando nace a la vida en la América libre, sin temor a ser plebeyo, porque en el pueblo está la fuerza. Mas patricia de calidad y de abolengo es, sin duda alguna, la poesía de Chocano. Desde su juventud le ha dado al verso curvas de madrigal. Aconsejará arrogantemente a los poetas modernistas que arrojen sus baratijas a los hervores nuevos de sus futuras Dianas.

como los viejos nobles echaban sus sortijas
al bronce destinado para fundir campanas.

¡Desdén sonoro, que esconde, el velado afán de escribir elegías! Recordad *Aves de paso*, o este desmayo:

Sentí un amor que vino
 como caricia suave.
 Mujer, tu fuiste a modo de pájaro marino
 caído en la desnuda cubierta de mi nave.

¡Cuán distinto es ese gigante Whitman, a quien tan de continuo quiere evocar Chocano! El amor es para Whitman más que el “dulce roce de manos”, el “poema en acción de los senos y las caderas” y los hijos sembrados patriarcalmente en la excelsa brutalidad del rito furente. Es el bárbaro *farmer*, el panida emigrado que rompió los siete carrizos porque sus fléviles canas sólo soportan la elegía del río helénico. “Soy vasto, contengo multitudes“, dice él. En la pradera, donde se enarca la “colosal belleza del potro fogoso“, le adivinamos avezado a sembrar y a arar, y cuando la bruma bovina y una humareda en la cabaña del Tío Tom ascienden juntas, el colono patriarca eleva el canto del Agro emancipado, la geórgica de una Democracia libre. . . Sólo una vez, en una admirable *Oda salvaje*, alcanza Chocano este acento desbordado de Whitman, que sacrifica la rima o la entrevera arbitrariamente cuando es necesario su redoble. Y tal diríamos que es el sentido de su nueva poética, si en un libro inédito, *Arte vida*, no pareciera ensayar un mediado lirismo, ya distante de la *Danza griega*, de la *Elegía del órgano*, de los poemas dislocados por donde no pudo hacer pasar el ágil y misterioso frison melódico de José Asunción Silva y Edgar Poe. Son estas de *Arte vida* sobrias quejas de madurez, *Nocturnos*:

Quiero fe en esta noche de dolor solitario. . .

Persisten allí acentos de silvano galán. La lírica es su “violín de Ingres“, y no se le puede negar en ella habilidad. No es opinión común. Sus broncas sonoridades alejaron a muchos poetas y tiene adversarios enconados, los del oficio. Cuando alabé a Chocano por nuestra más cierta gloria literaria, un finísimo poeta español, mi amigo Enrique Diez Cane-do, escribía: “No, es o no. Si algún reproche serio se puede

hacer a la literatura del Perú, es el de haber producido tal poeta. Sus versos compendian todas las malas cualidades viejas, todos los oropeles falsos. Sus imágenes absurdas o pueriles. Todas sus cualidades se habían dado ya con todo esplendor en Salvador Rueda y en Salvador Díaz Mirón”. Como si hubiera adivinado esta crítica anticipándose a diversas censuras, Chocano había dicho a quienes, negaron sentimiento a su lira, que él cantaba.

de gigantes modos:
ellos cantan por uno, y tú cantas por todos.

¡Querella antigua de líricos y épicos! Ya el “Condestable de las letras” ofendió a Víctor Hugo con el título de “Tambor mayor”. Puede concebirse una épica de corte griego, y de ello son ejemplos los *laudi* de d’Annunzio o algunas odas de Claude mas a menudo es algo basta y *elocuente* en el sentido de resonancia exterior y no de acorde íntimo, la voz dirigida a muchos. No se exceptúa siempre el admirable cantor de las *Fuerzas tumultuosas*; y en cuanto al *Canto a la Argentina*, de Darío, se compone como él mismo me decía alguna vez, de temas líricos incrustados en la oda del italiano magistral, *misurata al respirar del mare*.

Admitida esta forzada rudeza del épico, sería grave injusticia negarle a Chocano la primacía en español y comparar su “Pegaso que da saltos”, como dice la excusa de Rubén, con el jumento pancesco en cuyo lomo exhibe Rueda los cacharros de la más rancia alfarería. Y para él, además, como en la frase oriental citada por Nietzsche y por d’Annunzio, “hay auroras que no han nacido”. Por las felices transformaciones de Chocano en diez años, podemos inferir una madurez que será admirable.

Después de González Prada sólo podemos hallar acentos líricos en la generación que comienza a escribir hacia 1900. La antecede una generación que no quiso afirmarse, si excep-

tuamos a Chocano por supuesto. En la crónica ligera, en el periodismo, sobresalió Octavio Espinoza (*Sganarelle*), en la poesía, José Fiansón, parco en obras, escribió el mejor poema modernista: *Faederis Arca*. Historiador sagaz, elegante y agudísimo periodista es Luis Varela y Orbegoso. En el género novelesco triunfaron algunos años Manuel Beingolea, Aurelio Arnao y Enrique A. Carrillo, autor de una lindísima novela *Cartas a una turista*, donde por primera vez aclimatada la leve y femenina literatura de Francia, se cuenta en estilo de Prévost, con bruscos desfallecimientos de solterona, la fiesta amable de la ciudad, ya casi en nada parecida a otra Lima de mis sueños. La mejor obra en el género se la debemos a Clemente Palma. En *Excursión literaria*, en *Dos tesis*, se orientaba, hacia 1890, a la literatura "fin de siglo", cuyo rima-do *Eclesiastés* eran las *Flores del mal* y cuyo experto guía fue el autor de (*A rebours*). En los relatos breves y fantásticos, como *Cuentos malévolos*, no le hallo a Palma rival americano. Prolonga en nuestra América española a la familia nórdica y europea de los grandes arbitrarios —Hoffman, Poe, Hawthorne, Villiers—, de todos los espíritus ardientes y desilusionados que del claro soñar antiguo hicieron triste empleo y transformaron las *Mil y una noches* en no sé qué Paraíso artificial. El mejor dotado y más negligente de toda esta generación es, sin duda, José María de la Jara y Ureta (*Gil Guerra*). Crítico literario, poeta festivo, *chroniqueur* de sala-da gracia, todo lo ha sido con la misma perfección distante y señorial este gran escritor de silueta agarena, que dispersa en charlas un talento destinado a obras durables. Cuando él quisiera, nadie le disputaría el primer puesto. Más no querrá. . .

En la generación de 1900, la nuestra, el iniciador, el más admirado, es un escritor cuyo examen no podría hacer sin parcialidad, Francisco García Calderón. Siguiendo a éste en la crítica, digno de él (lo que no es pequeño elogio), José de la Riva-Agüero combina en hermosas páginas la imitación de su

maestro Menéndez y Pelayo con la de los eruditos alemanes. Recipiente de toda sabiduría, cerebro archivo como el de los hombres de la luna de Wells, no quiere siempre elevarse en sus obras *Carácter de la literatura del Perú independiente* o *La Historia en el Perú* a encumbradas síntesis. Le resta dones literarios su animosidad eremítica a leves o apasionadas literaturas. En historia, su lúcida eficacia para desenmascarar la verdad es sorprendente; en literatura juzga cálidos versos o ardientes prosas desde lejos, sin conmovirse nunca, ajeno siempre a nuestros entusiasmos y a nuestras melancolías. . . Los poetas de esta generación son Luis Fernán Cisneros, José Gálvez y, en el género festivo, Leonidas N. Yerovi. Cisneros no ha reunido hasta hoy su obra dispersa y ya copiosa. Ardiente, hiriente, cuando en sus ágiles maledicencias de periodista se burla de la comedia política, olvidada su sonrisa en la casta melancolía del verso. Poesía es la suya y nunca huraña, pero altiva y reticente, que conserva la nobleza la sobriedad de *Aurora amor*. Para las más altas latitudes tiene pulmón y ala. Su *Elegía a la muerte de Jorge Chávez* es admirable.

Desigual, exorbitante o fatigado, José Gálvez repite versos como un romántico desabrido en su noria, para sorprender de pronto con un arranque. En su alma, como en el más fino pedernal estregado por la mano del mundo, la chispa tarda a veces; pero hay versos de antología en *Bajo la luna* y *Jardín cerrado*. Son éstos quejas nocturnas de un alma extraviada a ratos en las heroicas rutas de la epopeya. Cariñosa solicitud de muchos, unánime deseo de un vocero común, le obligaron a cantar a la juventud, a España, en odas. El había nacido para la silva de Silvano menor, al borde de un río musical como su caña y sus versos. *Paz aldeana* se llamará la obra en sazón que ha prometido. Esperemos todavía algunos años. Ya nos dirá su quimera domesticada, sus chapuzones de pescador de luna, la admirable melancolía de

quien estuvo abrumado siempre por un “vasto ideal y cuidados pequeños”.

Leonidas N. Yerovi olvida literalmente las melodías, “aprendidas a Rubén”, para retozar en dislocados versos. Su facilidad para el sainete, para la copla leve, es prodigiosa. He aquí que de nuevo, incesantemente, inextinguiblemente, continúa la vena de Caviedes, de Fuentes, de Ricardo Palma. A veces eleva el tono para contarnos apenas, sin insistir, “a las volandas”, una melancolía heiniana, la de su vida, la de todas las vidas, porque es fugaz el amor y el alma inquieta.

Aclimatados en España, Felipe Sassone y Manuel Bedoya siguen rumbo parecido con cualidades diferentes, casi opuestas. Quieren ser sólo dramaturgos, y el tema de sus dramas es español, por lo que interesan menos a quien estudia restringidamente la literatura nacional. En alguna cálida rima, en la voracidad amorosa de sus noveles, Sassonne se delata como italiano: lo es en tipo, en *morbidezza*, en su afición a la barcarola. “Un romántico sensual” se llama él. *Malos amores; Vórtice de amor*, lo confirmaron por novelista de altos dones. Eran las obras primigenias, cuando este ferviente Casanova limeño dejó en Italia su mandolina, renovó en París su lectura de Murger y se extravió en Madrid por los trigales de Trigo. Linda inquietud errante que estos libros revelan. Con injusticia notoria le reprochaba yo entonces que sus perversiones no fueran perversas. Tenía ya acierto de gran prosista. Después ha sentado la cabeza en hermosísimos dramas, que Buenos Aires y Madrid aplauden.

Manuel Bedoya, agresivo cronista en su mocedad, acaba de publicar una novela policiaca: las aventuras del detective *Mack Bull*, muy celebrada por la prensa madrileña. Pero él no está contento. Sólo sueña, mientras escribe versos de confuso y melancólico ritmo, con poner en escena sus acerbos dramas españoles. Bríos y talento no le hacen falta para las grandes travesías. Sólo el viento inminente del éxito.

Raymundo Morales de la Torre elabora menudos cuentos, donde hallan consuelos espirituales lindas limeñas que tienen *du vague á l'âme*. Sus *Paisajes íntimos* nos revelan, sobre todo, la intimidad en las *Vírgenes de las rocas*, de d'Annunzio. En un libro de *Versos a Iris*, Adán Espinoza y Saldaña (*Juan del Carpio*), olvidando los habituales modernismos, ensaya acentos pastoriles como las *eglógas* de Garcilaso y suspira la rima becqueriana.

Antonio G. Garland representa —un caso más en América— la admirable inquietud del alma nómada. Ascende su linda frase impaciente, vertiginosa, como un cohete de fuego de artificio; y se deshace en el chisporroteo de una sonrisa o queda balanceándose —luz suspensa en la noche azul. Pronto nos dará, estoy seguro, libros cordiales y anhelantes.

Novelista incipiente pero inspirado es el autor de la *Ciudad de los tísicos*, Abraham M. Valdelomar. Alberto J. Ureta, un poeta destinado quizás a grandes éxitos, vuelve también a la antigua simplicidad, al ritornelo de una pena que se obstina evocando.

Julio Hernández y Federico G. More se anuncian solamente.

En fin, el alma juvenilmente enmarañada de Enrique Bustamante y Ballivián obtiene acentos felices en sus *Elogios*, ritmos de alta elegancia espiritual en *La evocadora*, di-vagación de prosa lírica. Y dos poetas muertos, José Lora y Jaime Landa, han dejado la imagen de una temprana y refinada melancolía.

Orientaciones, rumbos próximos, no se pueden colegir por esta literatura de última hora. Los prosistas leyeron en traducciones inconfesables a Maupassant, a Queiroz, a d'Annunzio, y recuerdan su lectura alguna vez. Los poetas casi nunca han leído ¡lástima grande! al revolucionario de la lírica, Verlaine, sino en la paráfrasis de Rubén Darfo. El modernismo continúa en provincias. No tienen discípulos Pal-

ma y González Prada. Chocano es un extranjero. A ejemplo suyo, emigran muchos. Y otra vez, como en los mejores tiempos románticos, todo poeta es un diputado que se ignora. . .

**BAJO EL CLAMOR DE
LAS SIRENAS**

*La guerra iniciada en agosto de 1914 obligó a los extranjeros que habitaban París a abandonar esta ciudad, que ya comenzaba a experimentar los primeros síntomas del ataque alemán. No existía aun la guerra aérea a plenitud, pero los inmensos y tremendos cañones "Bertha" y los primeros globos y aeroplanos de observación obligaban a dar aviso a la población por medio de las sirenas de las fábricas. Era un anticipo de lo que en la Segunda Guerra Mundial serían los "black out". En ese ambiente VGC siguió escribiendo crónicas para los periódicos que lo solicitaban, entre ellos **La Nación** de Buenos Aires, **El Comercio** de Lima y algún periódico de Madrid. A pesar del ambiente dramático VGC acierta aun a sonreír aunque exaltando en todo momento el espíritu heroico de los franceses. Era el momento en que se aceptaba la definición de la patria formulada por Maurice Barrés: la patria es la tierra de los muertos. El libro fue publicado en París, Ediciones "América Latina", 1915, en una edición primorosa de circulación bastante limitada.*

VENTURA GARCIA CALDERON, CRONISTA

“¿Frívolamente?”. . . Sí; Ventura García Calderón escribe frívolamente. El lo asegura por lo menos. Mas yo me digo: “si esto es frivolidad, ¿cómo no estimar lo frívolo?”. . . Porque ante todo se trata de saber lo que las palabras significan. La Academia definiendo la que nos interesa, dictamina: “Fútil, de poca substancia”. Si esto es verdad, García Calderón se equivoca. . . Y si García Calderón no se equivoca la Academia nos engaña.

* * *

Sí, de seguro, es la Academia la que se engaña y nos engaña. En el libro que acabo de leer, nada es fútil y todo tiene importancia. ¡Qué digo! Todo tiene trascendencia. Todo es hondo, todo es fuerte, todo es preocupante. Que se trate de Colette Willy y de sus gracias perversas, o que se trate del cerebro de Nietzsche, lo mismo da. Nuestro autor es siempre un filósofo. Pero como no escribe de un modo fastidioso, sino, al contrario, de un modo delicadísimo, con armonías aladas y con murmullos cristalinos en la frase, y como no nos brinda

(1) Estudio publicado en *El Liberal* de Madrid al aparecer el libro de crónicas de García titulado *Frívolamente*.

sus reflexiones en largos estudios divididos por números romanos, sino en breves crónicas, el dictado de frívolo le va bien. Porque, mal que pese al docto Diccionario académico, la frivolidad no es lo mismo que la futilidad y muy a menudo es lo contrario.

* * *

¿Sabéis lo que es realmente la frivolidad? Es una máscara risueña para esconder las arrugas prematuras de los ceños que meditan. Cuando alguien quiere no aburrir, se pone esa máscara, como los japoneses que sufren se ponen un ameno antifaz de cortesía, diciéndose que es mala crianza dejar ver las penas. “Yo sé que voy a morir y en el fondo padezco, pero este mi dolor no ha de convertirse en molestia para los demás” —declara un héroe de hara-kiri. El filósofo frívolo podría expresarse en términos análogos y exclamar: “¿Por qué aburrir a la gente con mis pesados pensares, cuando es tan fácil envolver en un velo de ligerezas lo que llevo en la mente?”.

* * *

En la literatura francesa del siglo XIX hubo un ejemplo admirable de gran escritor profundo y frívolo. Fue, por supuesto, un cronista. Se llamó Henry Fouquier.

Louis Delaporte le ha definido, diciendo: “Este parisien se tan moderno, une al lenguaje arriesgado de un cuentista galante del siglo XIII, la habilidad de un florentino de hace trescientos años, la franqueza regocijada de un galoromano, los escrúpulos morales de un pagano indulgente para el culto nuevo, contemporáneo de Marco Aurelio o de Juliano *el Apóstata*: la sensualidad de espíritu de un bibliotecario de la villa Adriana, que clasificara los libros conforme a los preceptos de Vitruvio, la elegancia amorosa de un Celio y el culto de la belleza de un griego”. Es cierto, Fouquier fue durante toda su vida un ser raro, algo parecido a aquel fantástico hircocerfo de los escolásticos que tenía dos naturalezas distintas y

que dejaba de parecerse a sí mismo en cuanto alguien quería examinarlo en detalle. Por esto, sin duda, la gente decía, hablando de él:

— ¡Un escéptico!

Pero la gente se equivocaba. Su escepticismo apenas era una flor en la solapa del frac. El fondo del escritor no tenía nada de incrédulo, nada de desengañado, nada de triste. Era, como su abuelo Miguel de Montana, un hombre onduloso interiormente cuyas eternas vibraciones de alma lo llevaban a errantes ensueños fragmentarios. Cada día cambiaba de punto de vista, y de asunto, y de tono, y de ideas, y de principios. Y a veces se contradecía tres veces en una semana. Y a veces queriendo hablar de una bailarina, no hablaba sino de Platón y de Aristóteles, como otras veces, tratando de comentar un discurso de Gambetta sólo pensaba en alegres piruetas. Mas todo esto importa poco, pues aquí y allá y más allá, la misma voluptuosidad erudita y sonriendo lo acompañaba.

—Mi ideal —dijo un día a un amigo— sería tener el título de confesor laico. —¿Para confesar a las lindas pecadoras?— preguntó el amigo.

—Sí. . . a las lindas pecadoras y a los graves filósofos.

— ¡Siempre frívolo!

* * *

A Ventura García Calderón podría decirse lo mismo, pues en su deseo de asomarse sonriendo a las almas interesantes, siempre es frívolo. Pero fútil nunca. Con una elegancia que parece aprendida en los libros griegos, habla de los más graves problemas lo mismo que de los más ligeros asuntos. Nada lo emociona hasta el punto de hacerlo llorar y nada lo impresiona tampoco hasta provocar su risa. Es un hombre de matices que dice, como su ídolo Verlaine:

*La nuance, rien que la nuance,
La nuance seule fiance
Le réve au réve. . .*

Y sus “nuances” son tan variadas, tan armoniosamente variadas, que en verdad uno le pregunta por qué con tal arte en vez de hacer prosa crónica no hace poesía durable.

—Porque —contesta— yo he nacido cronista, nada más que cronista.

Pero no vayáis a creer que en estas palabras tuyas haya la menor humildad. Al contrario. Llamándose cronista, como llamándose frívolo, alza, orgulloso, la frente y parece convencido que nada es más envidiable que su suerte literaria.

* * *

Yo soy un pagano educado en un seminario —suele decirme.

De pagano tiene, en efecto, como buen latino de raza, el amor de la forma, de la línea, de la eurytmia y también, y tal vez sobre todo, la gran religiosidad de la mujer. Hay que leer sus páginas consagradas a las parisienses pecadoras para sentir el estremecimiento que su alma joven experimenta al contacto de la “argile ideal”, cantada por el viejo fauno de Hugo. Con una piedad que no es española (ni española de España ni española de esa gran España que se llama América), excusa todos los pecados y perdona todas las deslealtades.

Comprendiendo, tiene que perdonar. . . Pero a veces, frunciendo un poco el entrecejo ante un trajecillo que fructifica en la penumbra de un “boudoir”, cesa de sonreír y, durante el espacio de un minuto, se enternece honda y austeramente al darse cuenta de la infinita melancolía que supone siempre la femineidad amorosa. Y en esos raros casos, el buen cronista, más que un silvano parece un ermitaño, un Pafnucio que llora a los pies de Thais. . .

* * *

Hay algo de inquietante en la prosa que comienzan a labrar los escogidos entre los jóvenes. “Esto no se parece a la manera de nuestros maestros” —nos decimos al leer una pági-

na de Valle-Inclán, de Candamo, de Javier Valcarce, de Manuel Machado, de Ventura García Calderón, de otros, de muchos otros. Y sin embargo esto no es tampoco traído de fuera. ¿Es, entonces, traído del fondo de los siglos clásicos? Yo creo, más sencillamente, que es sacado del fondo de las almas nuevas, las cuales, al refinarse, han habido menester de un instrumento refinado para expresar sus sensaciones. En la retórica vieja, la misma prosa servía para todo. En la tristeza, como en el entusiasmo, como en la alegría, el estilo, en su estructura, resultaba el mismo. El pobre y gran Nogales que era sutil relojero del mecanismo lingüístico, solía explicarme esto de un modo muy docto, comparando textos. Yo, sin ahondar mucho, siento que gracias al esfuerzo de un grupo juvenil, la uniformidad de la prosa ha sido al fin rota entre nosotros, como lo fué en Francia cuando Flaubert y los Goncourt se impusieron al rebaño académico. Hoy ya pueden citarse páginas castellanas que, sin ser más bellas o más puras que las de hace veinte años, tienen mayor vida rítmica y mayor variedad expresiva. Valle Inclán es armonioso cual un poeta y Javier Valcarce es casi tan poeta como él. Otros son pintores, Otros son acuafortistas, y otros son escultores. Pero entre todos el único que sabe ser "impresionista" es el autor de *Frívolamente*.

Su prosa, más tarde, será citada como un modelo. Es una prosa hecha para la crónica, una prosa que salta, que hace piruetas, que se desarticula, que se extiende en espirales y que de vez en cuando, como para probar su fuerza funambulesca, se quiebra y se retuerce en saltos mortales.

—Es la prosa frívola— me dice él.

Yo le contesto siempre:

—Es la prosa de la crónica.

* * *

Este escritor es, en verdad, un grande. un perfecto hacedor de crónicas. No sabe tal vez hacer artículos, no es quizás

un crítico. Pero es un cronista impecable. Y no me digáis que entre un artículo con asunto "actual" y una crónica no hay diferencia ninguna, pues os contestaré que no entendéis de clasificaciones de géneros.

¿Qué es, en efecto, la crónica?

Este dice:

—Es una sonrisa en la prosa diaria del periodismo.

Aquel asegura:

—Es la conciencia de la actualidad social.

El otro murmura:

—Es el libro de memorias sentimentales de nuestra época.

En realidad, es esto y es más, puesto que es todo. Abeja, liba con ática voluptuosidad la miel dorada de las ideas: ave, atraviesa sin fatiga, inmensos espacios ideológicos: libélula, vive gozosa entre flores de retórica.

Como el poeta, la crónica sabe hacer "pequeñas canciones" con las "grandes penas".

Ahora bien, leed las pequeñas canciones de mi admirado amigo y veréis que no las hay ni más delicadas, ni más sustanciales, ni más amenas, ni más sonrientes.

E. Gómez Carrillo

AUGURIOS PARA PASADO MAÑANA

Era, después de cenar, en un salón francés. Mujeres guapas, hombres feos que enseñan ciencias graves. Se discutía sobre la guerra, naturalmente. ¿Un año aún, dos años? “Hasta acabar con ellos”, decía con adorable ferocidad una gentilísima que era “madrina” de soldados. Todos hablábamos de cañones y de obuses con la elocuente incompetencia que nos distingue a los paisanos. Observé que los arcos de Reims y los “pasteles” de La Tour preocupaban casi tanto como el avance hacia el Rin. ¡Raza de artistas, en verdad! Se habló del advenimiento de una Francia regenerada y expurgada que se pudiera consagrar al corazón de Jesús, como el Ecuador. Dos madamas anunciaron severamente, para después de la guerra, la abolición del lujo y la crisis hugonota de la sonrisa. Entonces un anciano maestro que profesa elegantemente en la Sorbona, volvió a nosotros los ojos claros para decirnos.

— ¡Dios mío, padecemos una epidemia de moralismo! Hombres implacables nos prometen que Francia está en camino de redimirse, y Maurice Donnay aseguraba hace poco que nuestras mujeres serán modelos de virtud, mañana. Aun-

que él entienda de frivolidades mejor que nadie por haber confesado a tan galantes parisienses antaño, me atrevo a asegurar que se equivoca. La suma de virtud y de vicio continuará siendo la misma y tal vez es bueno que sea así. Estos urgentes reaccionarios me recuerdan un apólogo antiguo. Cuando el telescopio era una novedad —cuenta un ingenioso autor del siglo XVIII— un fraile y una dama contemplaban la luna hinchada y próxima en el vidrio. “Si no me engaño —dijo la señora— vislumbro allí dos sombras que se juntan, sin duda dos enamorados.” “¡Oh, no! —replicó el fraile— esas sombras sólo son campanarios de catedral” Temo que nuestros virtuosos escritores vean siempre el futuro como el fraile del cuento. . . El presente por lo menos los está desmintiendo cada día. Nuestras ambulancias, nuestros hospitales, son a la vez el compendio de las más santas abnegaciones de mujer y los mejores salones de *flirt*. Personas bien informadas me aseguran que aquellos soldados que practican asiáticos vicios, los coloniales, los “civilizados” de la novela de Claude Farrère, se están batiendo como *grogards* de Napoleón. Acabo de leer en los periódicos la carta de un apache de París, conmovedora, admirable. Los *joyeux*, los delincuentes de ayer, los antiguos galeotes de Cayena, se sacrifican tan ardiente y maravillosamente como el católico Peguy. No hablemos, pues, de Babilonias redimidas, no digamos que la guerra nos purifica. El santo y el bandido continuarán ejerciendo su santidad y su truhanería. No pretendamos hacer de la Humanidad una Tebaida. Por lo demás, nada nos valiera en este instante haber sido un pueblo morigerado. “El dios de los ejércitos —observaba un filósofo ironista— apoya siempre a quién tiene mejor artillería”. . . Y ved cómo lo que parecía un vicio nuestro, es precisamente lo que puede salvarnos. Merced a nuestra frivolidad tan censurada, a nuestra invencible sonrisa, ganaremos. Si es cierto que la victoria corresponde a quien soporta un cuarto de hora más, nos la dará esta legendaria ligereza de Francia a

la que sólo le falta mejor nombre para ser alabada como virtud cardinal en el mundo.

Ce mépris de la mort, comme une fleur, aux lèvres

que cantaba el poeta, sorprende a quienes dudaron de la entereza de las almas frívolas, a quienes no supieron recordar con qué despectiva serenidad entregaba su cuello al verdugo cualquiera marquesita de Versalles, ayer empolvada y casquivana. . . Morir cuando se ha conocido la vida muelle y regalada de París, parece más difícil, en verdad, que marcharse de la Tebaida al Paraíso. Alcibiades, que era una especie de d'Anzunzio más jovial, decía, cuando le elogiaban el valor de los espartanos: "¿Por qué va a sorprendernos? Tan infeliz vida llevan, que deben tener prisa de morir". Pero los que no sintieron esta premura, los que estuvieron solo avezados a la pagana fiesta y al ferviente rito de la mujer, dan hoy su vida con descarada elegancia; y este es el milagro francés, el del Marne, el de Carency, el de todos los días. . . Concertadme estas razones. No las sabe concertar siempre el mundo. ¿Qué le haremos? Nos perjudicaron el champaña y las novelas adulterinas. Era el primero el símbolo de una inconstante exuberancia que se exhala en burbujas. Eran las segundas. . . ya conocen ustedes el error de nuestra franqueza sin reticencias. Aquí vinieron los solteros del universo a hallar pareja. "Aquel París", decían los adolescentes afiebrados, leyendo clandestinamente novelas parisienses. . . editadas, como todos saben en Berlín por la sencilla razón de que allí la imprenta era más barata.

"Aquella Citeres!" Y el mundo nos sentenció a desdén perpetuo, comprando caros nuestros pretendidos vicios, sin embargo. . . Y he aquí que la actual energía francesa asombra a todo el mundo. . . Pero los moralistas de aquende y allende continúan. Todo lo explican porque la Francia se regenera.

Hasta el día en que nos decidamos a disociar ideas y repetirnos que la franqueza en el amor no excluyo temeridad en la muerte. “Aun aquellos de entre nosotros cuya vida no fué ejemplar, han adquirido, al morir por la patria, el derecho de ser juzgados sólo por este fin”, decía el viejo Tucídides; y ¿no es cierto que tenemos parecido con los griegos? Hemos vivido y viviremos huyendo de tiranías: Monarca, Iglesia o Moral, nos da lo mismo. Y cada vez que sea preciso, sabremos también morir con un “bello gesto”. . .

Calló un instante el maestro y, como temiera habernos fatigado, sonrió:

— ¡Un pueblo incorregible, amigos míos, el menos cuerdo de los pueblos! Elevaremos todavía estatuas a Napoleón, mas nunca erigiremos, como nuestros amigos los holandeses, un monumento al pescador que descubrió la manera de salar el arenque. . .

París, 1915.

UN LIBRO DE ANATOLE FRANCE

Sur la voie glorieuse, que acaba de publicar Anatole France, es el mejor libro del año y un acto de fe —casi un acto de contrición— que se esperaba con ansiedad. Manifestó pocas veces el gran escritor sus opiniones sobre la guerra. ¿Cómo iba a conciliar su socialismo pacifista con el rencor necesario de hoy? . . .

La primera edición, agotada en pocas horas, muestra cuánto apasiona la crisis del antiguo predicador de fraternidad.

Pocos aconsejaron más sinceramente amor al prójimo. En sus primeros años, es cierto, sus musas favoritas, como él decía, habían sido a la vez la Ironía y la Piedad, mas sobre todo la primera. Se burlaba de instituciones y gentes, disimulando esa “leche de la humana ternura” que reclamaba un poeta

en las mejores obras humanas. Los críticos descubrían sutilmente en sus novelas irónicas un gran amor velado, como en Dickens. Dos actitudes humanas que parecían opuestas y se juntaron en Cervantes, hallaban sus fórmula moderna en la reticente melancolía de la sonrisa.

France fue el maestro de la ironía plácida. Iba a ser pronto, y casi exclusivamente, el pensador humanitario cuya conversión al socialismo escandalizaba y ofendía. La Piedad, la más generosa simpatía al plebeyo, animaban las nuevas páginas. He aquí que en el más grande escritor de Francia se encarnaron las magnánimas utopías de la Gran Revolución. El culto de la diosa Razón volvía a ser verdad y un fervor de apostolado sorprendía en el ironista. ¿Sería cierto que la fe, según la frase de Voltaire, es sólo una incredulidad sometida? Sin el vocerío escandaloso de Zola, sencillamente, en una prosa que pudiera evocar la de Mateo o la de Marcos, si no hubiera sugerido la de los clásicos griegos, se escribía otra vez el evangelio de los que sufren. Y fué entonces cuando France planeó la ciudad futura, la república universal de Nazaret, con apacibles montañas para las pláticas, sin ominosos calvarios para los justos, por donde fueran del brazo Cirineo y Verónica. . .

Como en la Danza Macabra de otra edad, la muerte vino a turbar la fiesta. Sin duda France iba a condenar lo que adoró. Pero es el privilegio de los grandes espíritus tener siempre razón, porque la sinceridad no se equivoca. El France de hoy nos parece tan plausible como el de ayer. . . También los griegos, amantes de la serena paz, volvían el rostro iracundo cuando el recogimiento de Minerva podía ser turbado por las ásperas codicias del bárbaro. La prosa de France no ha perdido con el odio la castidad de su armonía dórica. Es simple como antaño y como ayer no canta himnos homéricos: insinúase con ese claro rumor de abejas que los antiguos comparaban a la voz persuasiva de los filósofos.

“Amigos —dice— esta guerra que no quisimos, la llevaremos hasta su término; perseguiremos nuestra obra terrible y benéfica hasta la total destrucción de la potencia militar de Alemania. Amamos demasiado la paz para aceptar que sea impura, falsa o débil. . . Es criminal solicitar esta paz, criminal deseársela, antes de haber anulado las fuerzas de opresión que gravitan sobre Europa desde hace medio siglo, antes de haber preparado el reino augusto del Derecho.” “No queremos que la sangre de nuestros hermanos, de nuestros hijos, clame contra nosotros. Debemos a los héroes y a los justos, que perecieron ante el enemigo, una tumba tranquila en donde no mueran nunca los laureles conquistados”.

Vamos siguiendo, con atenta y penosa simpatía en el libro, la resignación de France al odio nuevo, el desencanto de su amor burlado. A nadie como a él se le pudo atribuir mejor, a fines del siglo XIX, el designio que Michelet le suponía a Francia: “Declarar la paz al mundo”. Las mejores almas se mellaron entonces. Renán, desalentado, imaginaba un futuro aterrador en donde Alemania impusiera al mundo el fanatismo de su tiranía, como Francia lo sedujo con el fanatismo de la libertad. Su discípulo, Anatole France, se burlaba exquisitamente, del ejército, de los “chauvinistas”, de Juana de Arco. El patriotismo comenzó a parecer cursilería. Y como la Revolución había emancipado a los hombres, los socialistas pretendieron inaugurar la más amplia fraternidad, segundo dogma de su credo longánime. . . Poco ha faltado para que veamos crucificada esta imprudencia. Un pueblo quiso repetir la experiencia de un hombre en Nazaret. Otra vez, en paisajes tranquilos, se dijeron palabras adorables de connivencia y de amor. Los simples de corazón iban a ver el Paraíso, pero en la tierra, en un futuro casi próximo. “Sobre la piedra blanca” fundaba France su Arcadia emancipada. . .

Pero Bélgica está en ruinas, la catedral se desmorona, apunta en el horizonte la lanza de un hulano que se llama tal

vez Longino. Y comprendemos entonces que el soñador despierto diga como France, exasperado al fin, terco en su odio porque el amor lo engañara:

—“Si supiese que algunos franceses se dejan seducir por el fantasma velado de una paz horrible, yo pediría al parlamento que declarara traidor a la patria a quien quisiera pactar con el enemigo!”.

París, 1915.

ESPAÑA, CASINO Y ALMACEN

“Los lamentables asolamientos del centro de Europa, la destrucción de fábricas, la ruina de los campos convertidos en eriales por la devastación de la guerra, pueden ser y deben ser para nosotros base de nuestro resurgimiento económico”, decía ayer, con adorable cinismo, casi en los mismos términos que el director de la Exposición de Panamá, un colaborador de *Nuevo Mundo*.

Y esto demuestra una vez más la bancarrota del idealismo guerrero. Ni se pelea por el dominio máximo como Roma o por la religión como la España de Isabel y Fernando, ni los neutrales permanecen en una espectación sentimental de Historia de monumento con brazadas de laureles votivos. Por el contrario, cada nación pacífica es hoy un tendero diligente; y, como en la Finlandia que describió Ganivet, se indica hasta en la esquila de defunción la próxima reapertura del almacén.

Sonrisa aparte, es lo mejor que puede ocurrir a España. Ya pregonaba Costa, hace muchos años, la urgencia del ochar “doble llave al sepulcro del Cid” para que no vuelva a cabalgar. El engrandecimiento nacional es sólo un problema económico. Aquel sociólogo de genio decía en 1900, después de la catástrofe: “Es preciso que dejemos de parecer una nación de mujeres que no sabe más que llorar y quejarse, que le pi-

den al hijo y lo da, que le roban el voto y lo aguanta. . . que le dan una administración africana a precio de europea y la toma, que le mandan los mismos que le privaron de Patria y obedece. ¡Arriba, comerciantes! ¡Arriba, industriales y labradores!". Porque está España desangrada por guerras, exhausta por piraterías de políticos, nutrida con gazpacho y con promesas, necesita sobre todo comercio y no política, concentración económica y no expansiones coloniales, una tranquilidad de Barataria en donde Sancho, sin el asno de las andanzas, tendero y comendador de Isabel la Católica, le venda al mundo espadas de Eibar y el sabroso vino de Rioja.

Ya los industriales, en realidad, aprestan las energías de España para tan buena obra. Pero entre las medidas por adoptar, algunos, más sutiles, más taimados, aconsejan atraer al consumidor. El consumidor se llama turista. Bueno está venderle fuera del país; mejor y más seguro es facilitarle el paso del Pirineo, macerarle el gentil ánimo en hermosos paisajes y en vez de salirle al paso, como en Sierra Morena, con barba de bandolero y faca al cinto, ofrecerle con amenidad, a precios altos, cacharros de Talavera, esas lindas alfombras andaluzas y si es preciso vestidos de torero con alamares, cariño, con alamares. . .

El turista es el animal menos refractario del mundo, más noble dirían los revisteros taurinos. Acude siempre al engaño cuando le muestran de lejos prospectos con lindas fotografías que llevan el sello de la Agencia Cook. Exige, eso sí, paisajes primorosos y, si es inglés, profusión de ruinas. Precisamente pocos pueblos compiten con España en cosas muertas. Quizás ninguno jaloneó su pasado con más espléndidos testimonios de poder y de gloria; y desde la parrilla del Escorial hasta las fuentes que cantan en Granada la endecha femenina de Boabdil, hay, para todos los gustos, alegría triste como un cantar, guitarras lastimeras o gorjeantes, adustez castellana y molicie andaluza. Ya las cajas de pasas, con su pésima pero sugeridora

oleografía, hacen columbrar a Europa una edénica tierra en que se cimbran y jalean a María Santísima las pintureras hembras. Figuraos lo que podrían hacer acaparando cigarreras y confiscando Alhambras, esos gerentes del tráfigo humano que se llaman Thomas Cook and Son.

Los mejores viajeros no serían sin embargo esos hombres fatigados de maravillas que en las grandes capitales vemos descender de carromatos con gabán amarillo, oliendo a caucho y a rubio tabaco inglés. Ya vienen a Andalucía todos los años. Los mejores son esos cosmopolitas millonarios que no han adoptado a España todavía. Tienen el instinto migratorio de los antiguos pueblos errantes y sus paradores de caravana son los hoteles de primer orden con ascensor, calefacción, baño y correo. Sus escalas conocidas: Biarritz, Deauville, Aix-les-Bains, Saint-Moritz, Lucerna, El Cairo, el Lido. Pueden ser rusos, argentinos o rumanos, pero se les reconoce desde luego por el descaro elegante que es casi un aire de familia. Practican sólo tres virtudes teologales: jugar al *tennis*, al *flirt* y al bacará. Una fatiga insolente de gurrupiés, una abrumada elegancia de Mañaras que abandonaran el estudio del corazón femenino para dedicarse a la mecánica de su “cuarenta caballos”, los distingue entre mil; y no se equivoca el ojo menos prevenido. Las mujeres, solteras o casadas, da lo mismo, vestidas a lo valiente, remolcando a sus madres liberales o abúlicas, a sus maridos disipados en *bridges*, se dan al *flirt* con gracioso descaro, fumando cigarrillos turcos. Su amor dura veintiún días o dura siete días, según ocurra en una estación de aguas o en una semana de carreras. Y nunca tiene consecuencias. Ni familiares, porque las solteras son. . . cuerdas y las casadas tunantes, ni sentimentales, porque el becquerianismo sería allí ridículo y un *flirt* se repara con otro.

¿Por qué, en su gira continental, no habrían de recalar en España los nómades? Por donde pasan dejan algo de lo que producen las fábricas de Chicago, las minas del Ural Volga o

las estancias de la Pampa. Son una forma visible, festiva y galante de la Providencia pretérita. . . Sí, podrán venir después de la guerra, pero es preciso prepararse. Ellos sólo exigen en todas partes su confort habitual. Será, pues, necesario fundar en seguida un Escorial-Casino, un Avila-Thé-Tango y un Granada's Tennis Club.

Es menester además seguir en todo, el ejemplo de la Madre Italia. Italia es una inmensa barraca con torniquetes en donde se deposita una lira al entrar. Está admirablemente organizada para esquilmar al turista. Cuando os extraviáis en Venecia detrás de un muro gris, en una calleja, surge siempre un chiquillo sórdido pero listo que os interroga: "¿San Pietro? ¿San Paolo?" Apenas sabe hablar y la camisa es un remiendo. Pero este hombrecito es ya aprendiz de cicerone, un guía empírico a destajo, como si dijéramos un guerrillero que fusila por cuenta propia. Así crece Italia en gloria y presupuesto. Con los diez céntimos de la propina, se forman pronto monedas de una lira y este lirismo enriquece a la Italia irredenta.

Se podría organizar igual resaca en esta admirable España que es hoy tierra de pobres. Cada mendigo es un cicerone en potencia, como cada cicerone, un mendigo que ha tenido éxito. Poned una gorra en la cabeza de los hidalgos de la Puerta del Sol que están olvidándose de comer con un pitillo en los labios y tendréis a un guía notable. Hasta su canturrear confidencial y melancólico que solicita "una perrilla para un panecillo", será excelente para las salmodias de los museos en donde el guía va por delante con el mazo de llaves, rezando fechas y grandezas de los días que fueron.

Así se ensamblarían, como en el libro inmortal, los dos aspectos humanos de idealismo y realismo; así la Materia y el Espíritu continuarían su excelente concordato. Se marcharía el turista con la bolsa mermada por "recuerdos de España", pero el espíritu enriquecido por admirables paisajes y festiva-

les de Goya. Con la fortuna del tendero, llegaría la del literato, porque no olvidéis que si el comerciante se enriquece, hace decorar el palacio por el pintor famoso y convida a cenar a los poetas. Yo vi una vez en Milán, en una vitrina de sastrería, un soneto de la *Vita Nuova*. Sería bueno que en los prospectos de Eibar se evocara la lanza de Don Alonso Quijano; y es ya excelente medida que las cajas de cerillas reproduzcan lienzos ilustres para enseñar historia del arte al fumador.

Porque imaginamos que una España grande sería la que ofreciera al mundo, como antes, buen paño ventidoceno y arte eximio, la que, semejante a la fuerte Albión, cantara, lunática y en éxtasis, los deliquios desvaídos de la "sensitiva" de Shelley, pero al mismo tiempo llenara el mundo de cucharas de plata, paños de Escocia y cajetillas de tabaco rubio.

EL PUEBLO ELEGIDO

En la Puerta del Sol o en la Plaza de Canalejas, medio Madrid está cada tarde con la cara asombrada en alto. Hay tantos estrategas como transeúntes. Y las noticias se suceden en las pizarras negras o en los carteles blancos, con una vertiginosa y oscura grandiosidad de Apocalipsis; predicciones a lo San Juan y a lo Wells, todo fantástico y desmentido mañana, pero aterrador porque es posible. Y los cincuenta naufragios y los cien mil heridos, el caos rojo que parece la pesadilla de un Victor Hugo en delirio, serán tal vez, dentro de poco, la fría verdad de las estadísticas.

Yo no sé si hay tantos fracófilos como germanófilos. Francia ha contado con devociones ardientes; pero la neutralidad es deseo unánime. Cuando el conde de Romanones, que sus turbios motivos tendrá, publicó, al descuido, sin firma, en su periódico, un artículo "Neutralidades que matan", la prensa entera se aterró. ¿Se cometería la locura final? España se

rehace de sus catástrofes. ¿Iba a perder nueva sangre como si ya no bastara la que sigue derramándose en Marruecos? El gobierno aseguró, rotundamente, la paz. España no quiere guerras. “Por las guerras, ha dicho *Azorín*, nos hemos arruinado los españoles”. Y luego, ¿a qué grupo de combatientes sumarse? Algunos periodistas, Maquiavelos y Talleyrands al por menor, empezaron a aconsejar una taimada línea de conducta. Era preciso orientarse bien, calculando las probabilidades del triunfador. Si Francia parecía más feliz, una invasión por los Pirineos, la paz rápida porque no podía la República distraer sus tropas de la frontera alemana; y como resultado, la adquisición expeditiva de un trozo de Africa. Si Alemania parecía inclinar la victoria, un bombardeo a las Carolinas, un contingente ofrecido a Francia. La paz sumaría también, con un pedacito de Congo y algunos marcos suplementarios. ¡Maquiavelismos inelegantes, en verdad! No podemos suponer a España así. Nunca la imaginamos como al obeso y refranero positivista, preocupado sólo de merendar, asegurando con la inicua lucidez del sentido común que los gigantes son molinos; sino como aquel señor de mala cimera y gran corazón, demócrata porque era español, poeta y romántico por lo mismo, que siempre alzó la adarga para defender y cobijar. Y yo creo que esta vez su Dulcinea hubiera sido la Mariana del gorro frigio.

No sin protestas en Barataria, por supuesto. En esta simpatía de algunos españoles por Alemania, hay mucho de ese amor sumiso al fuerte que es la vergüenza del débil, pero también razones más obscuras, más tristes. Yo he escuchado decir, hablando del emperador, con referencia de “aficionado”: “Es el amo del mundo”. La fuerza siempre fue en la tierra un dios tan adorado como el becerro judío; y aquella Alemania blindada, acuartelada, con tantas cervecerías como cañones, en que ha venido a parar el país de los románticos alquimistas y las ilusas Margaritas, impone a muchos, más que la serena razón y la fina gracia de una república socialista y no gue-

rrera. . . Leyendo los periódicos descubro, no sólo admiración al fuerte, sino un rencor muy hondo y motivado. La mitad de los diarios por lo menos, comenta los éxitos de Francia con ironía, ve apuntar con avidez en cada horizonte galo, junto a la flecha del campanario, el casco de un hulano. Los periódicos que así tienen urgencia de ver sitiado a París, se llaman *El Correo Español*, *La Tribuna* y tal vez *ABC*. Es decir que los católicos apostólicos y romanos, defienden por lo menos la tradición conservadora y monárquica: que Roma y los favorecidos del Gotha, tienen antigua alianza. En cambio favorecen incondicionalmente a Francia *El Liberal* y *El Imparcial*. . .

¿Vais comprendiendo? La que fue “hija predilecta de la Iglesia” no tiene buena prensa. Mi querido París sigue siendo la Babilonia podrida, para quienes nunca aprendieron que las Margaritas de Berlín no pueden compararse en urgencia impúdica a la peor Naná, y nadie supera en obscenidad a una “lady” en delirio. Francia es, además, el país terrible que asesino a su rey —su buen rey cerrajero— y va esparciendo como la Sembradora de las monedas, la mala semilla de liberalismo. . .

¡Ah, cuán cara paga su gloria! Ved si no hay motivo para odiarla. Cuando en la vieja Estambul de los crímenes misteriosos cuyas trazas lava el Bósforo, derrotan a un tirano miedoso, instalan un parlamento, ya los hombres de fez rojo están hablando de “los principios inmortales del 90”; y la bandera francesa flamea con la turca. En China, apresuradamente, los libertarios van a casa del peluquero a ser occidentales en seguida, se despojan de la túnica de seda, revisten una levita mal cortada. ¿Y cómo comienzan la vida libre? No cantarán las viejas loas monorrítmicas a su Confucio negro, sino *la Marsellesa* en chino, destrozada pero eficaz. Cuando proclaman la república española, le ponen en el acto el gorro frigio a la Virgen del Pilar, que siendo madre del igualitario de Ga-

lilea, era republicana fácilmente. En fin, recordad la Lisboa de Queiroz, el lánguido Portugal de los fados y las bandurrias. ¿Qué se apresura a hacer una república decente? En vez del Oporto y del “astringente y rústico vinillo de Tormes” que recordaba con dilección el maestro, se bebe champaña, falsificado tal vez en Alemania, mas barato; pero el simbólico champaña que, con *la Marsellesa* y la bandera tricolor, representa la abolición de las tiranías y la sedienta inauguración de los parlamentos.

Después de la libertad y los parlamentos, llegan siempre —cuando no estuvieron ya instaladas confortablemente por los sostenedores del altar y del trono— emisarias de la civilización con los cabellos teñidos y los modales desenvueltos. Son francesas de Berlín, parisienses de Londres, que bailan mal el cancán —el cancán que ya sólo recuerdan los abuelos— pero explotan el prestigio ya ganado por el champaña, la libertad y *la Marsellesa*.

París les sirve como una marca de fábrica reputada, la marca universal, de la gaya locura y del placer fugaz. Pero al mismo tiempo, para las tías Patrocínios que enmohecen en oratorios sombríos, para los viejos Salomones desengañados del mundo y sus vanidades, para quienes ven en la religión “un freno” y en el sacerdote “el centinela”, —todo está unido con un lazo nefando, la mancebía y la república, la libertad y las cocotas. Y con un negro rencor esperan que arda, jubilosamente, aquella gran “usina” de pecado mortal.

Un rencor que encuentro en algunos periódicos españoles. La misma aversión que siente el mundo entero por Alemania imperialista y petulante, la sienten los reaccionarios del universo por el país volteriano que expulsara a los frailes, para “aplantar a la infame” en definitiva. “C’est la faute á Voltaire”, podríamos repetir como en el siglo diecinueve. Nadie puede perdonarle a mi querida Francia, esa jovialidad irreverente que iniciara el feroz satirico de Ferney, cuando logró

ser afiliado a una orden religiosa para poder firmar más tarde: "Voltaire, capuchino indigno". Tampoco se le excusa su fanfarronería de Cyrano, aquella aventajada actitud de gallo galo que eleva la cresta roja para clarinear la luminosa hegemonía de Francia, y el silencio de las campanas ancestrales, y la derrota nocturna, y la fuga parda de las cigüeñas del campanario. Acostumbrada a dirigir el mundo hace más de cien años, Francia no puede callar su legítimo orgullo. El mundo está recibiendo de París, el último corte de las faldas y el "dernier cri" del estilo o del pensamiento. Los sombreros, la literatura, las costumbres, los vicios, toman el molde de la gran ciudad. El adulterio parece inventado allí, no porque no existiera desde la Biblia, sino porque los únicos novelistas que leemos y lo describen, son franceses. De Sodoma y de Lesbos, que tienen sus mejores, sus más calladas provincias en Londres y Berlín, sólo sabemos lo que permite pasar, nacionalizado y elegante, con un cinismo peligroso, la criba de París. Llamamos Nanás a las prostitutas, Claudinas a las chiquillas viciosas y señoras de Bovary a las mujeres sentimentales de todas partes que aborrecen al marido vulgar.

Se ve la corrupción que es europea, universal, pero nadie o muy pocos quieren ver las grandes virtudes de Francia, su intrepidez, su bonhomía, su resignación a destinos adversos, su heroísmo que no es siempre fanfarrón sino sonriente.

Sin contar con la gracia y el buen gusto que algún día, si suponemos —por una ley a que nadie escapa, los hombres ni los pueblos— la decadencia de esta raza admirable, quedarían repitiendo el milagro de Grecia, como norma lírica y pentélica: un mármol de Rodin frente a la Venus, un soneto de Verlaine aparejado con una oda de Píndaro, el pensamiento ingravido de Platón renacido, continuado, en los diálogos filosóficos de Renán.

Quizás me dejo llevar por mis pesimismo, quizás hay muchos que participen de esta gratitud a Francia, sin aceptar

los vulgares motivos de odio: el engreimiento del francés plebeyo para quien todo forastero es bárbaro, su ignorancia agresiva de la vida extranjera, su silueta inelegante, su fatuidad, sus barbas sucias. Yo no estoy seguro de que fueran más simpáticos el ciudadano de Atenas, ni aquello tercios tabernarios que, en los tiempos de la España admirable, aterraban al mundo con el arrastrado rumor de su espada sonora. . . ¿En tales razones fundaremos la simpatía o el odio? En fin, acabo de leer un artículo de *Azorín*, justiciero, agradecido a esa raza a quien debemos tanto.

Por el momento sin embargo, todo es platónico: amor y odio. España quiere y debe mantener su neutralidad a todo trance. Y como para todo se emplea aquí la imagen taurina, un caricaturista ha vestido a Guillermo II con un traje de luces capeando miuras; y para expresar la anhelada neutralidad, las gentes dicen que es preciso ver la lidia internacional, sin pasión, fumando un pitillo y coreándola cuando más, bien guarecidos de la arena, en la barreras. . .

Madrid, 1914.

ESPAÑA CATOLICA Y ALEMANIA

¡La guerra! Es la obsesión. La escuchamos comentar en el café, en el tranvía, en las corridas. Los mismos hombres morenos y oliváceos que se desgañitan en la plaza de toros por Joselito o Belmonte, los que llegaron a las manos, según los climas y las épocas, celebrando a la Virgen del Pilar o a Pastora Imperio, resucitan, por alemanes o aliados, la pasión del viejo pueblo insurrecto. Hay dos escuelas, por supuesto. *El Liberal* o *El Imparcial* impugnan a Alemania cortésmente. Pero *El Correo Español*, el órgano jaimista, es decir, catolicismo y absolutismo a estaca y látigo, hace vocear cada tarde

una derrota de Francia, imaginaria o cierta, con indecente alegría de enterrador.

Los bárbaros, Francia, los bárbaros, cara Lutecia. . .

Están cerca ya de la clara metrópoli. Una bomba puede abrir forados en ese muro del Louvre donde sonríe el San Juan y el celeste jinete que pintara Mantegna, aguarda, pensativo, en la gracia del día. La granada que cayera hace poco junto a la calle de Richelieu, pudo hacer polvo incunables y manuscritos historiados. ¡Qué alegría! Pero hay algo mejor para los católicos del *Correo Español*; esos morteros descritos con regocijo ardiente, esos morteros que os derriban a una Lovaina en un cuarto de hora.

Aquí empezáis a no comprender exactamente. ¿No era Lovaina la Salamanca de los novicios? Recordáis un centro de catolicismo inteligente y una revista muy bien hecha por cierto, la *Neoescolástica*, dirigida por el cardenal Mercier, que acaba de ser *papáble*. Sí, pero Lovaina opuso resistencia a que los germanos transitaran a Francia la corrompida, la *gueuse*. La lógica de la pasión es así. Tan triste, tan absurda como la frase del Bossuet socialista, San Jaurés Pico de Oro que exclamaba al morir, si no mienten los cronistas: “El país de Lutero no puede asociarse al jesuitismo austriaco para combatir a la tierra de la razón y del libre examen”.

¡Ah, la admirable, la desventurada raza de ideólogos! En la frase de Jaurés yo veo resumida la flaqueza y la gloria de Francia. Un siglo entero ha trabajado para la Razón, pensando que el mundo se arrodillaba ante Minerva. Los secuaces de Hervé irán en último término a la guerra, con un ejército que vilipendiaron y anularon, pero en el asombro de Jaurés moribundo se repite el espanto doloroso de Renán o de Taine. Supusieron que no era ya posible la iniquidad de la guerra y no quisieron precaverla. Como implantó la libertad, Francia quiso organizar el desarme, asegurar la paz mundial, reemplazar para siempre ese rumor de cuartel por un afán sólo cívico,

la ciudad operante, la usina en marcha, el bordoneo feliz de las vendimias y las trillas, la epopeya urbana y pastoral que ha cantado Verhaeren. Y en el chauvinismo francés, si quedaba algunas veces una rezagada nostalgia de Napoleón, había sobre todo vanidad herida que Alemania, con buena voluntad, hubiera disipado enteramente.

Pero ésta seguía opuesto rumbo. Hubo también una Alemania generosa que dio hospedaje en Weimar a toda audacia intelectual, a toda lírica insurrección huguesca o byroniana, puesto el oído a los cipreses de Italia y a los olivos de Grecia. Bajo el cetro de Goethe, Weimar pareció un singular Olimpo sin rencillas, poblado de pensativas divinidades. Cuando Madame de Stael fue como agente viajera de la filosofía hasta Berlín, trajo en su célebre *Alemania* el rumor de las discusiones de los filósofos, no siempre serenas ni cordiales. Mas se apuntaba al cielo el telescopio metafísico, se indagaba la realidad del mundo sensible; y en Koenisberg, al mediodía, un hombrecito con paraguas iba rumiando las bases de una moral imperativa y luterana. En el pensamiento y las costumbres quedaba la pureza de la Reforma.

Ya el abuelo Krupp, sin embargo, fundara una pequeña fábrica de armas. El "filisteo" de gorro de lana que nos describe Heine, bebía sólo cerveza pacíficamente, pero se le podía inculcar imperialismo. Nietzsche iba a hallar en torno suyo el instinto rutinario del rebaño, el *gregarismo* enemigo del hombre grande y la idea nueva, que ahorcaría a todo Zarathustra. Vio desde su montaña, estratégicamente, que con esa masa oscura y torpe, se podía hacer todo, hasta preparar el advenimiento del Superhombre. Ya lo había previsto Renán en sus diálogos filosóficos con una ironía amarga de vencido: Francia, el país de la razón, no podía llegar nunca al completo y eficaz servilismo que aquél imaginaba en un futuro terrible.

Más práctico, el Emperador vio que podía obtener otra

cosa con su rebaño: los mejores falsificadores del mundo y un puente de muertos —¿no dijo Nietzsche que el hombre es sólo un puente de futuro a presente?— para llegar a París, quizás más lejos. ¡Ah! por esta ruta donde el rebaño está adquiriendo las siluetas macabras que pintaba Durero, llegará un triste Superhombre de mostacho engomado, un Superhombre comediante que lee con delicia —él mismo lo confiesa— a Jorge Ohnet. A la Alemania sentimental, se habrá sustituido definitivamente otra Alemania en que domine la mentalidad del *kronprinz*; y ya sabemos cuáles ideas y sentimientos engendra el mecánico servilismo del cuartel.

Pero habrá triunfado ésta, ¿comprendéis?, habrá triunfado. El triunfador siempre tiene razón. Ya no será el maestro de escuela el que ganó, como decían el 70, sino la casa Krupp. Buena parte del rebaño habrá quedado pudriéndose en las zanjas del camino; pero estará probado lo que no necesitaba demostración: primero guerrear y después filosofar. No importan laboratorios sino arsenales. Del progreso que abajo humea en la usina se está riendo un teniente de *Zeppelin*, con explosivos en la mano. . . El casco que nimbaba la frente armónica de Minerva, comprime ahora una cabeza testaruda y bovina. . .

Tal vez *El Correo Español* tiene razón. Olvidándose de redimir al mundo, Francia debió sólo fabricar hijos y cañones. No era bastante esa distraída y desganada elaboración de un ejército creado sólo por temor a un ataque brusco, sino organizar el cuartel unánime, premiar con título y medalla la brutalidad más guerrera. Y en vez de estar repitiendo a los pueblos que cada cual podrá exigir panes y peces en el banquete de la gleba redimida, debió inculcarles religión y servidumbre, lanzarlos sin motivo, por deporte, como Napoleón, a la conquista, en nombre de ese terrible Jehová que no ha muerto ¡no, caramba! sino tiene por lo visto larga vida y admiradores devotos. . .

La historia —decía Ernesto Renán— es un escándalo permanente.

Madrid, 1914.

LA LITERATURA DE PASADO MAÑANA

La profesión de profeta está desprestigiada hoy y las brujas de Macbeth no vienen ya a leer el porvenir en las entrañas humeantes. Debe excusas preliminares, pues, quien como yo pretenda leer claros destinos en la humareda de tanta sangre moza. ¿Cuál va a ser, después de esta loca vendimia, el vino nuevo?

Adivinar la embriaguez de pasado mañana, fue durante meses, es hoy mismo, un juego inocente de literatos con vagares. Hubo Alcestes de la Academia Francesa que anunciaron el futuro nublado de un París expiatorio y sin frivolidad. Hubo más simpáticos agoreros que sostuvieron la perenne victoria de la sonrisa. Para nosotros tal examen del futuro literario, no es sólo frívolo empeño. Puesto que por un siglo delirante, la literatura francesa ha guiado al mundo parece oportuno examinar el itinerario probable de nuestro guía.

Ya algunos lúcidos analistas —Remy de Gourmont fue uno de ellos— advirtieron que la guerra trocaba los valores literarios. Escritores de infantería, dragones del regimiento de Pegaso como Rostand o Barrés —sin que pretenda ¡Dios santo! compararlos— se fatigaron cuando llegó para Francia la hora de la gran ofensiva lírica. Y hubo polemistas de artillería gruesa que no sirvieron cuando fue necesario movilizar también las inteligencias. La circular del ministro de la guerra pudo aplicarse a las letras. También ha sido preciso “rejuvenecer los cuadros”.

Por el advenimiento de dos literatos casi desconocidos hasta ayer ¿podrá inducirse acaso lo que van a ser las letras

de *apresguerre*? No me atrevería a asegurarlo. *Gaspard*, de René Benjamín, el último “Premio Goncourt”, y *l’Arrêt sur La Marne*, del encumbrado lírico Porché, son los dos éxitos recientes y exclusivos de literatura bélica. A ellos convendría agregar los “tres poemas” de Claudel, un *joven* también, en el sentido que tiene esta palabra en la ribera izquierda de París. Si no me engaño, se advierte en casi todos ellos, junto al lirismo de muchedumbre inaugurado en días próximos a la guerra por el unanimismo de Romains o el simultaneísmo de Barzun, un renacimiento del habla popular, una fresca irrupción de giros plebeyos que son renuevo y succulencia.

Sin quererlo, alquitarando y depurando una lengua, los escritores la empobrecemos siempre o la decoramos con despojos óptimos de las otras sin volver al acervo rústico. Pero las lenguas tienen su destino. Las abundancias románticas reverdecieron aquí siempre cuando la literatura amenazaba sequedad; y esta vez no será preciso que venga un hombre de Ginebra. Gran maestro y tesorero del idioma es el pueblo: en las trincheras no se crea sólo una Francia, sino un lenguaje nuevo.

Al elogiar el carácter universal de la lengua francesa, decía Rivarol de la nuestra que rehuye la simplicidad de la charla familiar y que Carlos V tuvo razón de reservar el español para los días de solemnidad, para las plegarias, porque ningún otro idioma se presta mejor a hablar con Dios. A hablar con Dios; no con los hombres. Acaso exageraba un tanto Rivarol; pero este acento familiar, cordial y humano, es para nosotros el mérito mejor de la literatura de Francia. No soportan largo espacio los oropeles, ni el *rostandismo* decorativo o dengoso, muy semejante a esa pintura marcial que presentaba las batallas y su goyesco horror como escenas elegantes de montería. De esta guerra se ha dicho con razón que *es la más sincera de todas*. El gran poeta que hace falta escandalosamente y que vendrá, porque las hondas crisis engendran almas epónimas,

no ha de cantar sin duda escenas decorativas ni siquiera, como el abuelo Hugo, el pomposo egoísmo de un protagonista. En la tragedia moderna todos pueden serlo. El coro entero está ahora, en las colinas de Verdun, como en la cima antigua, sonriendo, con las entrañas desgarradas.

Literatura de muchedumbre y por lo mismo literatura simplificada, pudiera ser la de mañana. Un feroz estadístico aseguraba recientemente que en las trincheras nadie pide "tajadas de vida", sino los simples libros en donde estén contadas amenas aventuras o eternas crisis. Se lleva a cabo allí una cura de verdad. La visión de la vida es más directa y nitada, más elevada también. Hay que leer la sobria, la admirable descripción de un ataque a la bayoneta por Henri Massis, para comprender la surgente de idealismo en las almas cuando la sangre y la pólvora, bajo la noche profanada, mezclan su hedor terrible.

Sólo que se preguntan ya cuerdos augures si los mejores espectadores de la tragedia querrán contarla, si las hondas emociones hallarán claras palabras. ¿Recordáis un lindo símbolo de Wilde? . . . Este era un pescador, un pescador que viera a las sirenas. Las viera seguramente pues contaba, a su regreso de las riberas, el rielar de las escamas de plata y el don letal del canto. Pero un día *en realidad* vio a las sirenas y aquella tarde no supo decir palabras. Como el Pobre Pescador, afligidos de realidad, ebrios de canto fúnebre, tal vez los mejores espectadores querrán callar. Pero otra vez un malicioso oráculo sugiere que harán bien porque pronto no se prestará a escucharlos el gran público. La burguesía, ha dicho últimamente Julien Benda, sentirá la náusea de cuanto le hable de la guerra y por otra parte tachará de insulso a cuanto no se ocupe en ella.

Parece, pues, probable, que cesarán pronto los comentarios de la guerra. Pero ésta habrá removido las almas y las letras. Y al inducir cuál será la futura orientación, cada sectario

acomoda ya el porvenir a su deseo y a su esperanza. Los reaccionarios, los conservadores de la tradición francesa, dicen:

Será la abolición de todo romanticismo. Ved cuán homéricamente cuentan estos soldados sus proezas. La victoria del Marne pudiera figurar en la *Ilíada*: tiene armonía y corte clásicos. La magnitud del lirismo no estará en la hinchazón de las palabras, sino en la grandiosa verdad del escenario. Pero esta guerra no revolucionará las letras. “La sintaxis francesa es incorruptible”, como aseguraba el sutil ironista, y contaremos hechos desmesurados con palabras medidas.

Pero otros, amargamente, niegan:

—No será el reino del espíritu crítico, sino del turbio lirismo. La literatura subjetiva va a suplantar, más violentamente que nunca, a la literatura de observación. Nadie sabrá emanciparse de las pasiones humanas, verlas de altura para juzgarlas y describirlas. Esa linda ecuanimidad, esa armonía espiritual de nuestros grandes clásicos, van a sufrir completo ocaso. Amaga en el horizonte un nuevo romanticismo.

¿Quién tiene razón? Tal vez ambos a medias. Semejante cataclismo no puede dejar indemne a un pueblo ni sería bueno que fuera así. Pasará el diluvio de “tres cincuenta” en donde cada cual contará *su* guerra. *Fluctuat nec mergitur*, la simbólica divisa de París, pudiera serlo también de una literatura que en las peores tormentas halló su rama de olivo.

Parece natural que después de las sublimes luchas, ésta no tenga nunca el dejo amargo y veraz de las vendimias naturalistas. El naturalismo fue sin duda una literatura de vencimiento. Esperemos jubilosamente los salmos de una literatura de victoria. Será bueno vivir cuando la amenaza de un sombrío feudalismo haya acabado. Y recordad la suculencia de las vides en campos de osario maduradas. Omar Khayán tendrá más de una vez razón. ¡Con qué fieles y patéticos ojos contemplarán la primavera estos adolescentes que, en desfiguradas campiñas, vieron derrochar cada día tanta buena ga-

villa de hombres! Tendrán sentidos de Lázaro quienes tan cerca estuvieron de la agonía. Al salir de la sepultura de las trincheras, deslumbrados aún por este don fugaz y pingüe de la vida, aprenderán a amarla desgarradoramente, según el consejo antiguo, como si fueran a morir cada mañana.

Esta guerra pudiera señalar el renuevo de los valores ideales. Si nada parece confirmar los amagos románticos, en cambio sí veo llegar —y sea tal renacimiento bienvenido— algo de ese “romanticismo moral” que atribuyó Renán exclusivamente a las razas celtas, ese desinterés caballeresco, ese idealismo operante que no desdeña la realidad, sino la acepta como la tierra negra para la estatua divina.

Tal es cuando presumo cada vez que me acerco, con agitado corazón de coribante, a escuchar la voz que sale del abismo. Probablemente acierta apenas mi esperanza como esas sibilas del vaticinio vulgar que, por las calles de París, en los primeros días de enero, nos prometen un año feliz y amor eterno. . . Pero el mayor encanto de las profecías, es que no lleguen a cumplirse. No valdría la pena de vivir, si el futuro no fuera siempre una sorpresa y un deslumbramiento.

París, marzo de 1916.

LA CIUDAD COSMOPOLITA

La ciudad cosmopolita ya no es París. Esos rumanos tenebrosos con dedos llenos de sortijas, esos bajaes solemnes, esas cimbrantes americanas que bebían champaña con desgair viril, toda esa caravana internacional, ya no está aquí. Se marchó en busca de alegría y de cafés de noche. Sólo tímidamente, clandestinamente, algunos argentinos bailan tango en el *Sans-Souci*, un nombre simbólico, en efecto.

En cambio El Havre es Cosmópolis. Acabo de regresar de esta capital interina de Bélgica que más parece sucursal de Picadilly. Desde la estación todo trasciende a tabaco rubio. Y rubias son las mujeres que piden novelas a un chelín en librerías parecidas a las de Londres. Para ellas organizan “casas de té” como para los soldados instalan ya sastrerías y *bars*. Se les ve a éstos en los cafés, tomando lecciones de galantería con profesoras de París o mostrándole al vecino el último retrato de la novia. Son mocetones de ojos ingenuos y alma simple.

Los vecinos del Havre no los pierden de vista. Los vigilan porque son niños terribles. Se guardan fácilmente en el bolsillo del abrigo una cuchara, una pipa, cualquier objeto, indistintamente. No es indelicadeza ni codicia. Es *souvenir*, como ellos dicen y como los apodan en Francia cariñosa y burlonamente. En todo inglés dormita un coleccionista. ¡Cómo no han de llevarle recuerdos a la familia! Su mentalidad es semejante a la del turista que en la Alhambra cortaba molduras con cuchilla.

Y como toman, dan. Fácilmente se despojan de la estilógrafa o de los botones dorados de la capota. El generalísimo inglés ha tenido que prohibirles esta generosidad, recientemente. Prohibición penosa, pues se adivina su deseo de ser amables. Sonríen como niños, van encantados con dar el brazo a Magdalenas del arroyo. En sus rostros desaparece “la habitual expresión británica que es sufrimiento escondido y esplín intenso”, como decía un inglés irónico. No sienten ya en torno suyo ese “espléndido odio” que, según Tackeray, Europa entera les ha tenido. Y no es, raro verlos jugar con esos chiquillos de gorra belga y cara pálida, que os piden cinco céntimos en francés dengoso pero rudo.

Una fraternidad ilusoria reina entre los desterrados, los errantes, los viajeros de comercio y los viajeros de guerra. Cada tren que va al Havre o regresa es una hermandad universal.

Dos *nurses* charlan con un herido francés en un idioma que es a la vez esperanto y lenguaje de sordomudos; un soldado nos muestra sucesivamente el retrato de su coronel y el de su “dulce corazón”, que está en Escocia, pegados ambos en las tapas interiores del reloj; un belga cuenta atrocidades; un londinense estrafalario hace calceta — ¡extraña moda! — con una pericia de vieja abuela que nos asume en asombros infinitos.

En el “departamento” de fumadores, media docena de pálidas, desteñidas y frágiles *misses* fuman cigarrillos de boquilla dorada. El uniforme reciente les sienta bien. Son las nueva Amazonas. Son las guerreras aceptadas por un ministro humorista, que vimos con sombrero de hombre y con garrote en los motines londinenses; y son también las profesionales del sablazo místico, las que con la caperuza del “Ejército de salvación” piden limosna en la puerta de los teatros.

Y como este tren va siendo sajón por entero, como entramos desde El Havre en un seráfico ambiente, he aquí que viene lo que no podía faltar: el viejecito evangélico, el agente viajero de Dios. Cuando llegó a mi departamento le reconocí en seguida por sus ojos claros, su pantalón a cuadros, su pulcritud y su dulzura.

Los viajeros franceses se equivocaron. En realidad, su ademán humilde podía hacerle confundir con esos recaudadores ambulantes que organizan la caridad en París. Prudentemente, como de acuerdo, mis vecinos apartaron los ojos, fingiendo un brusco interés por el paisaje. Pero humilde, testarudo, resignado al temor burgués, el anciano volvió a ofrecernos el cuaderno, diciendo:

—No cuesta nada. Es la palabra del buen Dios.

Aceptamos todos. Era el evangelio de San Marcos, en un folleto primoroso. Confieso que no pude disimular la sonrisa de inicua burla. Pronto se repetía en los otros departamentos la misma distracción y la misma réplica; el coche entero leyó, en fin, la palabra de Cristo.

Ante la santa simplicidad de esta propaganda, no supe ya reír. Con una confusa admiración, catequizado y curioso, me fuí siguiendo por el tren al viejecito que llevaba los folletos en una red, como un simbólico pescador de almas; al viejecito medio chiflado y medio santo que en esta conflagración de la historia humana, mientras los hombres se odian, mientras los pueblos se matan, repartía las palabras de bondad, de perdón y de amor.

LAS VATICINADORAS

Se dice que van a condenarlas, se dice que las inofensivas comerciantes de buenaventura no podrán ejercer en París su profesión liberal. Y no lo creo. Son perennes como la credulidad humana y son necesarias como la esperanza.

Desde hace pocos años aumenta considerablemente su mercado. ¿En cuál barrio de París no hay profetisas? Qué digo, si por las calles, en los primeros días del año, hay mujeres vendadas que, junto a lámparas de acetileno, pronostican por un franco la fortuna inminente y el amor de todas las mujeres guapas.

Amor, esperanza de amor eterno es lo que se va allí a buscar de preferencia. Ha sido y es aún el primer rito de la aventura amorosa. ¡Qué enamorado no se dejó arrastrar a esos pisitos casi clandestinos que ostentan en la puerta una tarjeta de misterioso nombre! Los hay sencillos como oficinas de bolsistas, los hay más complicados con atributos de cábala. Las señas de la vaticinadora las habéis hallado en la cuarta plana de los periódicos o en la hoja suelta de un "camelot" del bulevar. Y, por supuesto, los hombres no van allí nunca solos. Los acompaña alguna gentilísima, porque todas las mujeres bonitas de París creen en signos y presagios constantes del caprichoso demiurgo que nos gobierna. La vaticinadora nos recibe con voz mimosa en un cuarto oscuro decorado

con buhos. Trae barajas de todos tamaños y cafeteras para leer el destino de la pareja en la espuma tornasol del café. Sus manos tienen la pericia de los gurrupiés de los casinos. Y van saliendo espadas o bastos —porque el *tarot* es sólo la baraja española—, espadas y bastos que son fortuna y reyes de copas que son, si no me engaño, el mejor signo. Para leer el destino en el café es necesario dejar colgando en un cabello la sortija dilecta. ¡Cuántos corazones se quedan retenidos por ese cabello rubio!

Naturalmente —por algo somos generosos— el pronóstico invariable es amor eterno que dura a veces menos que las rosas. Pero los miserables corazones salen aliviados como de la gruta de Lourdes. Y no penséis que sólo son las postulantes del vaticinio esas Nanás enharinadas, esas Musetas pálidas, sobrevivientes de la antigua Bohemia, o las modistillas en espera del príncipe fabuloso. Son, por supuesto, las mejores clientas. Pero el gran mundo va allí lo mismo que el mundo a medias, continuando así las mejores tradiciones de Francia. Recordaréis que Josefina de Beauharnais, aquella lánguida criolla a quien Napoleón, italianizando su cariño, llamaba *mio dolce amore*, puso de moda a la Beauchamp, una famosa pitonisa de la rue de Tournon. Y la señora de Pompadour iba también a averiguar por las cartas si el corazón de su rey podía ser mutable.

Era natural que con la guerra creciera el número de sibilas. ¡Hay tantas angustias álgidas, tantos corazones obstinados! Un funcionario encargado de anunciar a las familias los “muertos en el campo de honor” me ha contado esas desgarradoras comedias de la esperanza. Cuando va a anunciar a una mujer que “su hombre” ha muerto, no le dan crédito a menudo. Tal vez es un error administrativo, o sólo está prisionero. Quizás, tal vez, pudiera ser. . . Entre la certidumbre del funcionario y la ilusión de cualquier vaticinadora, eligen ésta. Los hombres fueron siempre así. ¡Cómo no han de serlo esas crédulas mujeres desventuradas!

Y alguna vez, en efecto, no se equivocan. Esa "voz del corazón" que nos hace sonreír como un adorable becquerianismo de mujer sentimental, no siempre es engañoso presentimiento. Ha ocurrido que al presentarse el funcionario a anunciar una muerte, halla al difunto vivo y recién llegado de las trincheras. Por eso no sin razón responden las sibilas desprestigiadas cuando se les echa en cara sus engaños:

—En todo caso hacemos obra caritativa, porque damos ilusión a quien iba a perderla, y obra patriótica porque siempre anunciamos la victoria. ¿Cómo privar al público de su más tónica esperanza?

Y, ciertamente, estas sibilas modernas no quieren como las antiguas sembrar espantos. Son maternales, sólo anuncian larga vida y amor perenne. ¡Cómo culparlas si son tan breves los años y los amores! Cuando más se les podría reprochar la mentira. Pero esta misma es bondadosa, utilísima. "He puesto fin —dice el Prometeo de Esquilo— a los terrores que el porvenir inspira a los humanos, haciendo vivir en sus almas esperanzas ciegas." Ellas también han vendado al cruel amor, han enjugado rostros lívidos.

En vez de multarlas, de encarcelarlas, yo quisiera que el gobierno francés fundara con ellas una Cruz Roja espiritual para las almas desesperadas.

DOS ALEMANIAS

"Una guerra de ideas", se ha dicho con razón en estos días. Porque son ideas remotas, un poco inciertas como estrellas de Magos, las que vulgarizadas y diluidas siguen indicando a los hombres la ruta de todo Nazaret. En las demoliciones de Voltaire, en los evangelismos de Rousseau, los historiadores de la Gran Revolución hallaron siempre la fuerza explosiva de esa fiesta de sangre que se torna seria, terriblemente seria, después de ser sonrisa de enciclopedistas. ¡Las musas del arro-

yo que iban cantando sobre las cureñas de los cañones, estaban disfrazadas de Minervas!

Veamos cuáles fueron paralelamente ambas ideologías francesa y alemana en un siglo. Aplebeyada y sangrienta, la Libertad transforma al universo. Los filósofos que aprendieron en Rousseau la mentira del “contrato social”, aspiran a una fraternidad ilusoria, pero románticamente perseguida, que se traduce en proyectos de *falansterio* universal o en el *Viaje a Icaria* de Cabet, que parece la égloga de un sociólogo extraviado en la lírica. Desde entonces Francia sólo quiere trabajar para un mundo libre. La humanidad por redimir es siempre la obsesión de sus hijos selectos, de su poeta Víctor Hugo, de su más reciente enciclopedista, Emilio Zola, de su filósofo más popular, Augusto Comte.

Ninguno de ellos ofrece en vida y obras tan singular contraste como este último. El positivista, el paraninfo de la literatura naturalista, predica una religión de la humanidad aun no extinguida. Los cielos están desiertos, mas él no se arrodilla, como Villiers de l'Isle Adam, ante las tinieblas, sino erige el altar de la comunidad humana. Pueden hacer sonreír ciertos extremos de ese culto efectivo que nos refieren sus biógrafos; pero se prolongaba así ese mesiánico anhelo de connivencia mundial tan socorrido para todos los oradores. Estaba entonces pura y preñada de venturas probables la palabra “progreso” que ya nos nos atrevemos a emplear decentemente.

Va a llegar el año de 1870. Taine, a través de la escultura griega, está buscando para Francia la salud del “buen animal” humano. Renán el “suave Renán”, hostil a toda brutalidad histórica, procura hallar en la ciencia un porvenir de concordia universal. Ambos aman a Alemania por su rumor de alameda socrática en donde se discuten los valores humanos, desde la religión con Strauss hasta la realidad del mundo con Kant. Y ambos filósofos, si los Goncourt no mienten, quedarán desconcertados, alelados, al ver que la suave Germania del

alquimista Fausto y del romántico Wilhelm Meister se convierten en el ejército asolador del "año terrible".

Ellos sólo conocían otra, la que comienza en Weimar con Goethe y es una sucursal de Grecia bajo los tilos. En Goethe, en Lessing, estalla el mismo asombro de los campesinos renacentistas de Italia al descubrir en la gleba oscura el torso milagroso de Venus. Circula en sus escritos una emoción unánime y festiva que se traduce en la oda de Schiller "¡Alegría, divina alegría!" Esa Alemania entrevista en la novela juvenil de Goethe o en la "pequeña ciudad alemana" de Kotzebue, es una tierra de paz romántica en donde persiste la quietud sentimental de los siglos medios. Allí se deshojan margaritas para adivinar cómo quieren los hombres, allí las palomas mensajeras del canónigo Schmidt viajan hacia ventanas ojivales, allí reina en las costumbres la inocencia pascual y a veces "filisteas" que describirá Heine en sus *Reisebilder*. Las Margaritas y las Carlotas se dejan seducir únicamente por alquimistas y poetas. Si alguna Minna de Barnhelm adora a un oficial del ejército, le reprochará sonriendo su aire "demasiado marcial, demasiado *prusiano*". Y aquella preocupación francesa de un futuro perfecto, está palpable en la parábola del Euforión de Goethe, de Euforión, el hijo inmaculado de Fausto, cuyo hermano futuro y deslizado sería el superhombre de Nietzsche.

La filosofía que comenzara negando la realidad del mundo sensible, viene a parar en el budismo inmanente de Schopenhauer. La vida es dolor porque la "voluntad de vivir" rige la especie, y vivir es desear, y desear es padecer. La muerte sin riberas, el hundimiento indostánico en la nada será la mejor aspiración; y en su parodia terrestre, en el olvido que da el arte, sobre todo la música, cuanto pueda paralizar el deseo, se hallará la momentánea y sedante liberación de todo anhelo. Segismundo, el Segismundo de Calderón, ha emigrado a Alemania y está meditando en una cervecería de Koenigsberg, que la vida es el sueño de un Dios malvado como el viejo Thor de

las leyendas germánicas. ¿Cómo concuerdan estas negaciones de la voluntad con el arranque guerrero? Se diría que están disociados un pueblo y sus filósofos.

No olvidemos la frase “demasiado prusiano” que subrayara en el drama de Lessing. Al pacífico bebedor de cerveza de Munich y aguardiente de Dantzig le han dado un casco de punta. Segismundo va a poner en práctica los sueños regios de la mazmorra en que ha dormido. Y la victoria, “la borrachera del éxito” que censuraba Bismarck, mudará sonoramente a la ateniense Alemania en una Esparta guerrera.

Esta Alemania triunfante y operante necesitaba un filósofo. Lo tuvo en Nietzsche. ¡Ah! no muy cariñosamente, porque en la mano de Zarathustra estaba el látigo. Para castigar a su rebaño, escarnecía “el empobrecimiento del espíritu alemán cuya causa busco en un alimento compuesto exclusivamente de periódicos, de política, de libros y de música wagneriana, a lo que es preciso agregar las causas que explican la elección de tal régimen: el exclusivismo y la vanidad nacional, el principio fuerte pero estrecho de “Alemania por encima de todo”. Y luego: “la desconfianza profunda, glacial que Alemania inspira desde que llega al poder —y la inspira una vez más en nuestros días— es todavía un resultado de ese horror insuperable que durante siglos Europa experimenta ante los furios de la germánica bestia rubia, aunque exista apenas relación de categoría y mucho menos de consanguinidad entre los antiguos germanos y los alemanes de hoy”.

Lo que en boca de Nietzsche no es ya censura sino elogio. Toda su filosofía está basada en la magnífica brutalidad de las razas fuertes, en su alegría terrible y “su espléndido gozo de todas las voluptuosidades de la victoria y de la crueldad”. ¿No nos parece estar leyendo el prospecto de la guerra que él no vería y el manifiesto *avant la lettre* de un intelectual alemán?

Como la revolución ideológica de los enciclopedistas

trascendía a la calle y se encharcaba en el arroyo, así llegó al cuartel el pensamiento del solitario dille Sils María. El mismo Nietzsche ha advertido que las ideas sson peligrosas. Nadie sabe los estallidos lejanos que esta dinarrmita mental puede provocar en las muchedumbres y tal vez llegará el día previsto por Renán en que la profesión de pensssar esté sólo reservada a unos cuantos sabios prudentes. Un periodista de *l'Action Française* ha afirmado que los avionees alemanes no dejaban caer bombas sino ideas en sus excursiccones nocturnas a París. Tiene razón. Busquemos en la celda deel monje Lutero o el laboratorio de Goethe, en la *isba* de Tolssstoy, la ermita de Rousseau o el convento de San Vicente de PPaul lo que será mañana santidad y dulzura, ruina y catástrofee en las almas confusas del anarquista y de la hermana de caridliad.

VERHAEREN Y BARIBUSSE

¡Verhaeren! . . . Su nombre, extraañ y sonoro, encabeza esta semana veinte sinceras elegías en los periódicos. Porque se va el inmenso poeta, el patriota desssgarrado y vigilante, sin ver su patria libre. Muerte trivial, si la nmuerte pudiera serlo jamás. De vuelta de una conferencia en RRouen quiere, apresuradamente, tomar el tren en marcha. Vaacila, lo tritura el carro que pasa, y concluye en *fait divers* la vida más colmada. Sus últimas palabras pueden resumirla: “MMi patria, mi mujer”. . . Eran los amores abnegados de aquel gran amador. ¿Recordáis sus versos de las *Horas claras*, cuaaando el poeta jadeante de las *Fuerzas tumultuosas* ensaya, tittubeando, bisoño a veces —porque no era la silvana flauta suu instrumento— la más singular canción de amor? “Yo merecía tan poco la maravillosa alegría de ver mi sendero iluminnado por tus pies, que permanezco tembloroso, casi llorando) y humilde para siempre frente a la felicidad”. Como en la BBiblia, salía la dulzura del fuerte y en la boca del león se halllló un panal. Fué aquel

un deslumbramiento de Vulcano, rudo y encantador en su evasivo madrigal. El poeta amó a su mujer como a su patria —definitivamente.

¡Su patria! ¡Con qué fervor la había querido y alabado y magnificado en veinte libros! Su obra entera equivale a un museo flamenco. Allí están las llanuras doradas con sus labradores de Teniers, allí los molinos madrugadores que preparan la buena harina, las viejas de cofía y los abuelos morenos como la tierra, todo el sosiego operante de aquel pueblo de paz. Pero también su vigor y a lo Rubens, su alegría de *kermesse*, su optimismo batallador y fuerte que es el aroma vital de aquella tierra pingüe. Sólo en ella tal vez pudo cumplirse este programa que pusiera Verhaeren como epígrafe al más turbulento de sus libros: “Sumergirse hasta perderse en la vida contradictoria —pero embriagadora!. . . En su corazón se dijeron los más exaltados: “Partamos, sin embargo, con nuestras almas insatisfechas, puesto que la fuerza y la vida están más allá de las verdades y de los errores. . . Toda la vida está en el ímpetu”.

Se equivocaron quienes sólo vieron en Bélgica la inanimada Brujas de Rodenbach, entumecida bajo campanas medioevales que recuerdan cada hora vuelos de almas y suaves tránsitos de beguinas. En Bélgica se hacen encajes, pero se fabrican maquinarias; hay calvarios góticos y molinos en las encrucijadas de las campiñas; catedrales bordadas como los encajes de Malinas, con el incienso antiguo de las admoniciones; pero cincuenta chimeneas de usina, enfrente, evocan el trabajo del hombre, el pan de cada día que ya no se mendiga con plegarias. Y fue Verhaeren el cantor de esta oscura multitud redimida por el trabajo. Quedaban huellas de las rapiñas grandiosas, de los claustros alucinados, de todo el negro ayer. Pero la Justicia está en marcha y llegará. “Yo soy, dijo Verhaeren, el hijo de esa raza cuyos cerebros, más que los dientes son sólidos y son ardientes y son voraces”. Cantaba como Whitman el ferrocarril, el steamer, el afán de la Bolsa. Las

“fuerzas” del presente, como la gestación del porvenir que el poeta presentía magnífico fueron el tema cordial de aquella lírica insubordinada y novadora, de versos largos, breves, vertiginosos, con rimas pertinaces de yunque, con cesuras bruscas como gritos, con sus melancolías de dos sílabas que ya desecha y domina el renaciente júbilo imperioso de una nueva frase interminable.

Nadie ha escrito mejor la Iliada de la fraternidad. En la alegría contagiosa de sus versos había sobre todo un amor comunicante. El poeta era apóstol. . . Y ¡cuán penoso para el apóstol es el deber de odiar a los gentiles! En el prólogo de *La Bélgica sangrienta* nos ha contado Verhaeren su tragedia. El había creído en Alemania; amaba a Alemania y era amado allí. Su discípulo preferido, un alemán, escribió el mejor evangelio de la vida del maestro. Y, bruscamente, interrumpiendo el sueño, las atrocidades de Lieja y de Lovaina, el inventario del horror que es el Libro Belga. Quedó aturdido y sin esperanza como un Quijote derribado.

¡Con cuán fraternal veneración me hablaba del *Quijote* el año último, cuando fui a pedirle su opinión para mi encuesta de *El Imparcial* de Madrid, a su casita de Saint-Cloud! Hallé a un hombre sencillo en una mansión sencilla. Las manos robustas de forjador, los mostachos frondosos, todo evocaba al obrero. Sólo los ojos eran de visionario. Y el visionario me dijo, recordando a su hermano manchego:

—También hay molinos en mi tierra.

Pudo agregar que se parecía la aventura. Malos encantadores disiparon los sueños de la fraternidad; y todo fué historia de yangüeses que marchaban al “paso de ganso”. Sólo le quedaba la triste abnegación de aborrecer; en versos admirables, el poeta maldijo. Pero el apóstol estaba casi viejo, temblaban las manos al conjuro, cerraba mal el puño habituado a bendecir. Y se va, en la catástrofe del mundo, sin ver la aurora de justicia sobre su tierra mártir.

Con él desaparece el más alto representante de aquel obstinado idealismo que, patéticamente, cada noche esperaba una definitiva aurora de bondad para el pobre mundo. Esta guerra desmiente a los soñadores. Pero los soñadores continúan. Y parece una linda réplica a ese desdén alemán, por cuanto no es actividad inmediata y energía desnuda, el Salón que inaugura dentro de pocos días el *Boletín de los Ejércitos*. Los soldados que allí expondrán sus cuadros han podido combatir y pintar. El arte es su refugio. Como Goethe, saben mirar con serenidad desde el vivaque. La idea es encantadora y casi subversiva porque este no será un Salón como los de antaño, con su academismo intolerable, sus kilómetros de pradera artificial o de ribera bretona, los mismos barcos venecianos del año pasado, idénticas Evas, con manzana o sin ella, pero desnudas siempre.

Será la verdad de la guerra el tema general de este Salón. Serán sólo soldados los que exhiben. Y esto va a darle novedad y alcance singulares. Desde los primeros meses de la guerra vimos pintores de imaginación deslumbradora que retrataban, sin moverse de París, aspectos de ataque y de ambulancia. Otros fueron a la línea de fuego prudentemente y de prisa. Con ellos nacía también, en las letras, una legión de Tartarines. De dos días de excursión a las trincheras salieron trescientas páginas. De un viaje al frente, una exposición de cuadros. A veces ocurría que el literato y el pintor de *chic* —como se dice en jerga de taller— falsificaban. Su guerra no era esta guerra. ¿Quién podía saberlo? Los “peludos” están lejos como el mentir de las estrellas. No tienen tiempo ni ganas de quejarse. Pero un día el *Boletín de los Ejércitos* abre una encuesta para preguntar a los soldados en cuáles obras recientes se ha interpretado mejor su vida; y desde la trinchera todos, o casi todos, escriben:

—Los famosos “relatos de guerra” no se parecen en nada a nuestra vida.

Y cuando algún soldado literato tenía al fin, vagares, como Barbusse, para contar sus horas trágicas, sus noches de lodo y metralla, la descripción no coincidía con el heroísmo fanfarrón de los “queridos maestros”. Tal vez va a ser idéntica la moraleja de esta exposición. Adivinamos ya sorpresas. Provocarán sin duda estos soldados el semi escándalo que provoca *El fuego* del teniente Barbusse, laureado ayer con el “Premio Goncourt”.

Es obra de soldado y de poeta, un soldado singular que aborrece el combate, pero ganó la cruz de guerra; un poeta que ya no escribe versos. No los escribe el cantor de *Pleureuses* porque bajó al infierno humano y nos contó su excursión en un admirable libro. La guerra podía revelar un “círculo” más terrible; y desde los primeros días se enroló voluntariamente. En *El fuego*, que es su diario, nos cuenta hoy, como un evangelista —y ya se le compara con Tolstoy— como un viajero infernal —y ya sugiere a Dante— la pasión humilde de su tropa en los fangosos círculos del averno terrestre. No son sus soldados los mosqueteros insensibles y burladores que obtienen éxito en los periódicos. No bendicen la guerra, como esos doctrinarios a la de Maistre que están “organizando el desquite” desde el cuartel de invierno de París. La maldicen porque la padecen. La ven de cerca con su tedio inmenso, con su miseria, con su lodo, ese lodo universal que penetra hasta el alma. Su heroísmo ya no es la excepción luminosa de una hora bajo el sol de Austerlitz, sino una costumbre sombría. Algunas veces rien, por supuesto, estos soldados, y hay grandes hogares de burlas en los vivaques. Però llega la noche de invierno tan larga, ¡y el alba es tan remota! “El alba” se titula el más angustiado capítulo de este libro. En su calvario subterráneo unos cuantos hombres hablan. Cada cual está solo con su pena y su condena. Es la hora intolerable del abandono en que circula el vino como un cordial de hiel y de vinagre para ayudar a bien morir. Y

la canción coral de estos galeotes, la voz de todos, es idéntica. Todos han resuelto en su corazón, como Barbusse, hacer la guerra desesperadamente, definitivamente, para que sea la última.

FRANCIA FUTURA

Al escuchar hace poco a Donnay en una fiesta de caridad y después de oír a Capus esta tarde, salí pensando en su concorde moraleja de esta guerra: "Se prepara una Francia nueva". ¿Qué va a cambiar? ¿Qué ha cambiado? Al verles censurar el abolido reino del tango y de las persianerías y de las modas exorbitantes, recordé sonriendo que estos moralistas escribieron antaño obras picantes. . . ¿Es la vejez o el aire de la Academia lo que los ha convertido, o en realidad se prepara una Francia grave?

No hablemos por supuesto de este momento. Es la hora de luto y de plegaria. Me cuentan que antes de la batalla los más incrédulos aceptan la bendición de algún soldado clérigo. Y creo sin dificultad que en veinte pechos bronceados se está enmoheciendo una medalla de Lourdes. Justo y prudente. Ninguna precaución es inútil. Pero después, cuando en los Campos Elíseos haya estallado *la Marsellesa* de la victoria y pase Alberto I un poco pálido bajo la avalancha casi agresiva de vítores y violetas, ¿se consentirá en sonreír como anteayer y como siempre?

Algunos sombríos agoreros predicán ya el advenimiento de una Francia puritana, sin el temido ingenio ni la aborrecida frivolidad. No lo creo. Entusiasta, sí; rencorosa ¡ojalá!, pero nada más. Uno de los más finos espíritus de América, Gonzalo Zaldumbide, me observaba con razón que París no soportará largo tiempo la abundancia inminente de heroísmo escrito. Cada literato moviliza ya metáforas y adjetivos para el vendible "tres cincuenta"; cada enfermera *bas-bleu* nos

contará sensiblemente su ambulancia. La señora Catulle Mendés recorre los hospitales aplastando con maternal unción en su pecho ubérrimo a heridos que cierran los ojos para ocultar una llama irónica. Y el buen sentido francés se burla de las enfermeras sentimentales. Un periódico narraba a este propósito una admirable anécdota. Acababan de amputarle las piernas a un soldado joven que trajera en el pecho las medallas militar y de la Legión por su bravura. Ante esta mutilación, no habían palabras de consuelo, sino el silencio. Pero una dama romancesca:

— ¡Cómo debe consolar de todo el saberse héroe!

El herido la miró con penosa sonrisa, murmurando luego, sin amargura:

—Por un año se es héroe; después un lisiado que se arrastra en un carretoncillo de madera.

Y por fortuna los recientes periódicos de mayor circulación y ninguna venta, denominados *El eco de las marmitas* o *El Peludo*, nos cuentan que, fuera de este París en donde tanta heroica elocuencia se consume, los soldados son soldados de Francia, es decir, que no quieren darle a la guerra un aspecto moroso y una tiesura de parada. El *loustic*, el *tití*, el infatigable burlón que se llama en Musset *Fantasio* y *Gavroche* en Victor Hugo, acepta la guerra como una lotería nacional en donde puede tocar la medalla militar o la “diña” (traducción libre de *guigne*). Sólo así, matando al tiempo y al enemigo con buen humor, pueden hacer de la trinchera un purgatorio aceptable. En mi viaje a la línea de fuego les ví preocupados siempre de la broma al compañero. Y ellos, sí, tienen derecho de reír porque su risa es trágica, como podrán censurar el cacareo de tantos escritores. . . que no se baten. Por un Charles Peguy que muere con helénica simplicidad, ¡cuántos Bernstein “emboscados” lo más lejos posible de las trincheras!

Políticamente ¿qué sorpresas reserva Francia? Fue un

crisol de sistemas y ha vivido durante un siglo como en delirio. De la más escandalosa anarquía pasa amorosamente a la tutela manirrota de Bonaparte para volver a ser, en convulsiones, republicana inconstante y monárquica a medias. Loca de humanidad, sintiéndose la nación-modelo, la escuela primaria de la libertad, parece ensayar, sin encontrarlo, el sistema político perfecto. Su “más libre República”, casi la ha puesto en agonías. Y una reacción se opera, lenta. Espíritus urgentes quisieran ver ya a su Rey en el Eliseo. No le veremos. Pero es evidente que como “la República era hermosa bajo el Imperio”, así el Imperio o la Realeza parecen prestigiosos bajo esta República desquiciada, desprestigiada y suicida. He visto a sinceros republicanos lamentarse de los “enemigos del interior”. Estos fueron el diputado o el ministro que disputaban gajes de presupuesto mientras se conjuraba en Berlín la segunda y definitiva *débácle*. Y esta es la hora en que los sociólogos demasiado viejos para mudar de ideas, advierten, desolados, que sin los puntales republicanos, se derrumbará más de una ideología.

Lo más difícil, por esto mismo, será después de la guerra, “la unión sagrada” de que se abusa tanto en los editoriales. La mantiene el peligro y es admirable tal civismo. Pero este es, sobre todo, el país de la Fronda. La paz vendrá y con ella esas contiendas que hacen crujir al mundo. Francia tiene los defectos de sus virtudes incomparables. Su cualidad mejor, su santa inquietud, fué siempre la de ensayar, la de tantear, la de equivocarse alguna vez para precaver a la humanidad de una tiranía, para avanzarle un progreso. Y no se cumple esta misión sin arduas disidencias. Su lírica y su política están hechas de contrastes. En su literatura tiene prosélitos, lo mismo un clasicismo bruñido que la romántica abundancia. En cien años sus mejores poetas, con excepción de Hugo, casi español, y de Verlaine o Baudelaire, fueron un griego y un cubano, Moreas y Heredia. Lo es hoy una rumana excelsa,

la condesa de Noailles. Es decir, peregrinos por quienes se infiltraba en el genio francés un alma exótica.

¡Y sin embargo! El alma francesa conserva el fondo idéntico. Así no creo que pueda sobrevenir una Francia hugonota, erizada y grave. Mayor confianza en sí misma y un poco más de fijeza en su genio leve, serán sin duda las únicas mudanzas ocasionadas por esta guerra. Pero las tierras de la Champaña invadida, producirán de nuevo su licor ágil y Francia continuará derramando sobre el mundo el mismo ingenio de burbujas doradas.

CARNE DOLIENTE

Desde la frontera, se nota acerbamente la mudanza. En esas estaciones claras, bucólicas —sonoras antaño de carcajadas—, ya no se ríe. Los hombres callan en grupos y una mujer enlutada pasa. Por las ventanillas de ese convoy detenido un instante, salen cabezas de cera a agradecer la taza humeante de café o el cigarro que les ofrecen damas vestidas de blanco. Una gravedad más conmovedora que las lágrimas, está en el rostro de este soldado que besa largo rato a una vieja aldeana lívida. Pero en ninguna parte vemos la tragedia como en cualquier ambulancia de París.

Merced a un hermano mío, que dirige una de ellas, he podido visitar varias y conversar con los heridos. Los más pintorescos en su relato son los negros. Negros inmensos, formidables, con un vellón enredado por cabello y el más agresivo continente, pero con extraña dulzura en los ojos de felpa. Casi todos cojean todavía porque se les helaron los pies en las trincheras. No les tienen miedo al frío, al combate perpetuo, a la metralla, sino a las botas. Cuando les ordenan avanzar, su primer acto es descalzarse y tirarlas. Marchan así, arrolladores, invencibles, con un valor musulmán hasta asaltar la trinchera enemiga. Y bruscamente advierten que están descalzos. El te-

niente va a otorgarles la medalla militar pero también algún castigo disciplinario. Entonces regresan con las botas de un enemigo en la mano, jurando que son las propias. . .

“Couper tite boche”, como dicen en su francés aniñado, es la obsesión de estos valientes. Y no comprenden que se trate a los alemanes con tanto mimo. A este admirable negro circundado de amuletos, porque es hijo de *marabú*, fué preciso detenerlo a viva fuerza, una noche. Avanzaba en la sombra hacia el lecho de un alemán, esponjado y felino, como en los ataques de su tierra bravía, con el cuchillo que no abandona entre los dientes.

Son niños grandes, benignos y feroces según las horas: dóciles a toda voz de mujer, con un pudor alarmado ante cada enfermera joven. Sólo saben que es preciso “matar a Guillermo”.

París es para ellos como una sucursal de la Meca y el Kaiser algún profeta disidente. Me cuenta mi hermano que al llevarlos hace poco al *Cuartel de Inválidos* para hacerles contemplar las banderas tomadas al enemigo, ensayó la más sucinta lección de historia.

—Napoleón —comenzó— el Emperador, el genio militar. . .

¿Napoleón? El comentario y la admirable tumba los dejaron indiferentes.

Entonces les murmuró:

—Gran califa, el que venció a todos los califas.

Y en seguida se llevaron la mano a la frente para el más respetuoso *salam* de acatamiento.

¡Ah, la desolación del hospital en estos días grises! El “comunicado” favorable que leen, o los cantos patrióticos que chilla un fonógrafo ronco, animan un instante a los heridos. Todos sonríen con una admirable resignación, con una terca esperanza, pero sus rostros conservan, como esos semblantes que inmoviliza, el rayo, la crispación de la batalla.

Se yerguen en los lechos para contaros su historia y nos aterra pensar en estas vidas malogradas. Tienen de veinte a treinta años. A este le falta una pierna; a aquel le segaron los dedos. Los cirujanos se cambian en escultores de carne; tratan de reparar los estragos de la metralla. En este rostro han inventado una nariz, estirando el pellejo como si amasaran barro. En aquel otro van a disponer el sitio que falta para un ojo de vidrio.

—Estoy hecho casi buen mozo —dice el herido con una sonrisa que hace daño.

¿Cuál va a ser el destino de este inválido y de los otros? ¿Qué mujeres cornelianas los amarán? Por el momento, con ese feliz estupor de los convalecientes, no pueden pensar en esto. Como niños os muestran un proyectil estrellado o una bala de plomo que causaron la agonía de un mes. Casi todos llevan prendida al pecho una medallita de latón con el busto de Joffre. Y si les habláis a los convalecientes casi indemnes, de regresar al combate, se entusiasman. No es solamente el deseo de concluir con el invasor. Es otra cosa. Recuerdo que un amigo mío que habitara largos años en la selva amazónica, se aburría en su delicioso *home* de Leicester Square.

—Esto no es vida —me decía. —Aquí me lleno de moho. En cambio la perpetua cacería, el peligro cotidiano, la lucha...

Yo pensaba que era *pose* de civilizado y ahora comprendo su tedio. Quien tiene bien templada el alma y ha probado alguna vez la emoción terrible, desdeña casi las felicidades familiares de nuestra vida burguesamente muelle.

Para algunos, además, hay en la guerra un placer casi técnico. Este teniente del hospital, citado en la orden del día —ingeniero de caminos y canales— se entusiasma hablando de las ametralladoras.

— ¡Un juguete terrible —dice— un aparato de laboratorio, encantador y peligroso! Yo tenía a mi cargo un automóvil blindado con ametralladora. Lo difícil era esconderlo bien,

á la entrada de un bosque, de preferencia. Por el servicio de teléfonos sabíamos que el enemigo iba a pasar por allí. Y le dejábamos avanzar exactamente como una fiera en Africa. Errar la puntería era descubrirse, morir quizás. . . ¡Un emocionante problema de matemáticas! Y se resolvía la ecuación pavorosamente cuando veíamos caer a la orilla del bosque los batallones grises, como en una catástrofe infantil de soldados de plomo.

La amable dama que me acompaña a visitar esta ambulan-
cia señorial, lindamente instalada en la casa del célebre
banquero Pereire, me interrumpe para llevarme a una sala más
triste.

—Venga a ver a mis chiquillos.

En realidad, son casi niños. Tiene apenas diez y siete
años este esqueleto bruñido, que me mira con ojos de un bri-
llo incomparable. Y no sé si serán sutilezas sentimentales, pe-
ro estos soldados escolares me impresionan más que sus com-
pañeros. Los otros han vivido, han sufrido, han amado, “Vi-
vió, sufrió, amó”, quería Stendhal como epitafio. ¿Cuál me-
jor? Resume la existencia y en su simplicidad desolada hay,
sin embargo, como una justificación, como una excusa. ¡Se
ha vivido! El más ceñudo Leopardi no podría negar en su his-
toria la molicie de algún minuto bueno. Y se puede morir
cuando se llevan siquiera a la tumba los recuerdos de Romeo:
la cursilería bendita de la noche lunática, una elegía de alon-
dra, el dúo trivial y siempre nuevo con cualquiera Julieta lán-
guida.

¡Pero estos chiquillos sin amor! Se despertaron para mo-
rir. Les mudaron el uniforme de estudiantes por el capote gris
azulado. Todavía resuenan en sus oídos las declinaciones de
latín, todavía estudian retórica, cuando es preciso compren-
der bruscamente los grandes tropos terribles, las metáforas
batientes y viriles: la bandera de la libertad, la cruzada contra
el bárbaro. ¡Rudo lirismo a que no los habían preparado las

egológicas traducciones de Virgilio y de Horacio!

El epilogo es esta mano osificada y torpe que estrecha la mía sin firmeza. Involuntariamente se tutea a este chiquillo:

—¿Estás mejor?

—Sí, mucho mejor.

Está condenado. El médico nos dice que vivirá algunos días. Y en ese rencor que vamos acumulando contra el Destino, he aquí una nueva cólera. Todo parece menos cruel; los hombres maduros que se van, los hombres jóvenes que continuarán la jornada de la vida, sin ojos o con una quijada menos, este hospital de inválidos, mañana diseminado en París, mañana mendicante. Pero no podré olvidar —porque es la primavera fracasada, el hado inicuo— estos ojos que se extinguen candidamente, estos ojos ignorantes que me cuentan, en resumen, como en las acerbas estampas de Goya o de Callot, la iniquidad que es una guerra.

París, 1914.

JOFFRE EN LA ACADEMIA

¿Por qué no? Ya algunos diarios lo proponen y la Academia dispondrá favorablemente. Llevan espada los académicos, tienen bordado en el uniforme ese laurel que coronaba antaño indistintamente a los guerreros y a los poetas. . . Y puesto que Napoleón, como él decía, hubiera nombrado general a Corneille porque escribió dramas viriles, parece justo que a un siglo de distancia retornen la cortesía los académicos.

Recordemos cómo está formada la Academia. No es su objeto exclusivo, como en Madrid, fijar la lengua. La lengua está fijada mejor por otros. Y en cuanto al “esplendor”, estos cuarenta inmortales no tienen la pretensión de acapararlo. Se contentan con guardar celosamente las tradiciones de elegan-

cia y cortesanía. Se limitan a hacer de la Academia “el último salón en que se charla”. Como un salón elegante, debe ésta ser ecléctica: mundanos generales, arzobispos. . . Hay allí republicanos, por supuesto, pero son liberales morigerados, socialistas con camisa que pasaron por casa de la manicura. En cambio, el prelado tendrá muy ancha la manga. Si entra un antiguo bohemio como Donnay, es cuando tiene estilo encanecido y cabello gris: Sólo faltan mujeres en el salón. El feminismo propuso, pero se negaron los académicos. A la condesa de Noailles, presunta candidata, le oponían la misma resistencia que no puede vencer la genial condesa española. Y aquí explican la negativa traviesamente, como en Madrid: ya no se podría contar en la Academia cuentos verdes. . .

“Sólo para hombres”, como las pícaras novelas, es el salón académico; pero los hombres son allí de toda categoría. Los hay admirables. Los hay que no han escrito nunca una línea de las publicadas con su firma, y lo que es peor, no han leído sus propias obras. Otros han escrito considerablemente, pero no les lee nadie. Escribir, pues, no tiene máxima importancia. Se exige, en cambio, finas maneras y elegancia moral sin tacha. Por dónde es un candidato perfecto el generalísimo.

Otras razones pueden aducirse. Hay una antigua connivencia entre quienes ganan las batallas y quienes saben escribirlas. Alejandro, que lleva consigo siempre la *Iliada* con la nostalgia de su Homero para contar sus altos hechos es semejante a Napoleón cuando le brinda amparo a Goethe en París y dice a los edecanes con reverencia —el mejor elogio de sus labios— “¡Ese es un hombre!”. ¿Qué hubiera sido Hugo sin Napoleón? Un gran épico, sin duda; mas, faltarían las mejores dianas del clarín. En cambio, sin Hugo para ensalzarla, me parece que no hubiera sido tan universal la fama del guerrero. “El supo obrar y yo escribir; sólo los dos somos para en uno” —decía del Quijote nuestros Cervantes.

Obrar y escribir son así dos formas vecinas de voluntad. Renán, que tan sutil agorero fué en leves páginas, exclamaba ya en 1885, precisamente en un discurso académico: "Quien tiene seguridad de formar parte de nuestra institución es el general que nos dé la victoria un día. He aquí una persona con quien no disputaremos por su prosa. Por aclamación le nombraríamos sin ocuparnos de sus escritos. ¡Ah qué hermosa sesión de academia aquella!"

Contestaba así al discurso de Lesseps que tampoco había escrito, si no abriera un canal al mundo.

Por un lindo contraste, el más exquisito profesor de duda le respondía al hombre de acción, efusivamente. No creo que fué ironía de académicos. Cuando más, quisieron hacer notar los dos aspectos casi extremos de Francia, los mismos que esta guerra magníficamente muestra: ironía y desnudo juntos, reticente sonrisa y acción viril.

¿Quién podría responder a Joffre en esta recepción imaginada? Anatole France, por supuesto. Sólo el Titiritero de Nuestra Señora la Ironía diría soberbiamente la belleza de una vida ejemplar y la tenacidad de su esperanza, si es cierto, como creo, que quienes mejor alabaron la salud y la fuerza del mundo fueron almas enfermizas y delicadas, lo mismo Nietzsche que Isabel Barret Browning. France hallaría los más irisados sofismas para reconciliarse con la guerra que tanto desprestigiara en sus libros. Y no necesitaría buscar mucho para encontrar hermosas páginas de Joffre. Son escasas, pero admirables. Su mérito no está sólo en el laconismo de la frase desnuda, sino en la tensión de alma que revelan. Pocas palabras augurales de renombrados poetas pueden compararse a su "Orden del día" de la batalla del Marne. Cuando París, "evacuado" a medias, oye el cañón, cuando los prófugos llegan con ojos desorbitados, y las mujeres magdalénicas por enlodadas rutas con el crispado hijo al pecho llegan temblando, cuando todo vacila y todo huye, pocas voces igualan a es-

ta grave y conminatoria y victoriosa voz que dice:

—“Las tropas que no puedan avanzar, antes que retroceder un paso deben dejarse matar en el mismo sitio. . .”

París, 1916.

AL MARGEN DE LA GUERRA

Viene del brazo de una mujer. Al subir al vagón del Metropolitano, ella le advierte la grada y vemos, penosamente, su titubeo. Bajo la venda blanca tiene el semblante de algún vendado amor. Todos, hombres y mujeres, nos levantamos para ceder el asiento a este soldado; mas no le sonreímos, no le preguntamos como a los otros, dónde cayó, si ya no sufre. . . Si le viéramos afligido, tal vez sabríamos hablar. Pero sonrío a su Antígona con esa tremenda sonrisa de los ciegos, cándida como un asombro de niño, bondadosa como si nos perdonaran. . . Y cuando sale, seguido por todas las miradas, porque un instante ha representado la congoja de Francia, yo sé que todos quisiéramos —todos cuantos tendremos ojos para ver los árboles renacientes, el excelso estío del Bosque— decirle con voz cordial y fraternal, como el personaje de Dostoyewski:

— Pasa adelante y perdónanos nuestra felicidad.

* * *

El amigo —voluntario de la Legión Extranjera— que viene de pelear y va a pelear, de paso por París, entre dos trenes, me dice así:

—“Lo que más me sorprende es que la guerra continúa la vida civil. Hay valientes y cobardes como en la paz. Tanto como destruir ese observatorio del enemigo nos preocupa grandemente lo que se va a cenar. Por los teléfonos que enlazan las baterías, entre dos observaciones de ingeniero, estalla

una voz triunfal: “Nos darán fresas esta tarde”. El héroe no sabe que lo es sino cuando el capitán se lo demuestra. Si vieras la muerte simple de ese mozo el otro día! Pasaba llevando una fiambrrera y le atravesó el pecho una bala. Conteniendo con una mano la sangre que borboteaba, dijo al vecino: “Se la llevarás al capitán”. Pensaba sólo en la consigna. . . ¡Qué podía valer su vida cuando ninguna vale nada! Caer heridos nos parece un accidente del trabajo. Nuestra mentalidad es la del obrero que en el violento rodaje de la fábrica puede perder el brazo o la vida. . . Pero atrás, muy lejos de las balas, están literatos y periodistas añadiendo ornamentos, movilizanddo adjetivos, *hermoseando*. No saben cuán poco amigo de literatura es el “peludo”. Nos bastan *la Marsellesa* y una cuantas canciones bien picantes. Y no creas que esto que llaman “cotidiano heroísmo” los periódicos, es sólo patrimonio de los soldados. Tras una trinchera, una vieja campesina conserva su vaca y sus gallinas. En un puentecillo donde llovían “marmittas” y por donde sólo pasábamos por la noche y a gachas, una mujer circulaba con canastos, incólume por un milagro diario. Alrededor de nuestro 75, un anciano está arando. ¡Hay que vivir! Carece de mentalidad para ver la guerra en grande. Para él es una calamidad local. Confunde en su odio a los alemanes y a la filoxera o la langosta. Su patriotismo, tan hermoso como cualquier otro, está ligado obscuramente a su lote de paraíso terrenal, a esta avara tierra que le hizo avaro. Y sólo allí he comprendido al viejo campesino de Maupassant, que por la noche iba a matar alemanes con una hoz”.

* * *

Si por amor un santo pudo llamar hermanos a los lirios, el odio también puede extenderse a las rosas o los muguets, cuando éstos vienen de Alemania. Un periódico exigía hace poco que se naturalizara a ciertas rosas bautizadas con nombre de mujer alemana. Otro diario nos advierte la manera de distinguir cuándo los lirios del valle son franceses, porque vie-

nen algunos de Baviera, por Holanda. A tal extremo llega el odio, y lo comprendemos. ¡Flores de Francia únicamente: todo rencor a las margaritas porque recuerdan a Gretchen! Al ofrecer una rosa tendremos que examinar, con sabiduría de horticultor y olfato de poeta, si son los pétalos y el perfume que cantaron de Ronsard a Charles Guerin.

* * *

Hace el capitán, alemán, tirano, meter en una gran casa de paja mucha cantidad de gente y hacerlos pedazos, y porque la casa tenía una viga en lo alto, subiéronse en ella mucha gente, huyendo de las sangrientas manos de aquellos hombres o bestias sin piedad y de sus espadas; mandó el infernal hombre pegar fuego a la casa donde todos los que quedaron fueron quemados vivos”.

¿En dónde ha ocurrido esto? ¿Es una acusación francesa, una queja belga o la macabra fantasía de un periodista? Es simplemente un fragmento de la *Brevísima relación de las Indias*, publicada en 1552: la historia de algunos predecesores alemanes de la Kultur, contada por el bondadoso, el humanísimo padre Bartolomé de las Casas.

* * *

En el patio de la ambulancia estamos algunos curiosos esperando. Los preparativos parecen fúnebres, pero algunos enfermeros sonrían. Un sepulturero solemne, un *croquemort*, avanza con la caja negra en donde no cabría un niño. El cortejo de parientes y amigos se pone en marcha.

Desde la ventana, incorporándose en el lecho, el amputado, pálido, mira por última vez el ataúd en donde está su pierna, su pierna que llevan a enterrar. Y adoptaríamos la compungida actitud de los entierros, si por instantes no nos retozara en el alma una risa acerba, como ante el más extravagante “capricho” de Goya.

LA PARADOJA DE BARRES

Al comenzar la guerra, cuando en horas de unión urgente y de tregua cordial, le ofrecieron al católico De Mun una cartera en el Ministerio, se negó con una frase de gentleman:

— Me basta con ser el Ministro de la Confianza Nacional.

Ciertamente, Francia entera escuchaba su arenga. Tal vez alguna mañana, en el *Eco de París* había dormitado el buen patriota. Mas se sabía que agonizaba de amor patrio el inválido, y su voz tenía ya la solemnidad de la ribera negra. Murió gritando la victoria que no veía. Sin Deroulède, sin De Mun, ¿quién tocaría a diana? Era pesada la herencia que ha aceptado Maurice Barrés.

¡Convertido en clarín de Francia el humorista de Berenice! Extraña curva mental que sólo hará sonreír a quienes no siguieron con devoción sus meandros.

Pocos adolescentes han pensado y sentido más. En los retratos de juventud, tiene esos ojos de tísico, esa consunción ardiente de los novicios que cruzan, leyendo su breviario, por la plaza de San Sulpicio. Su breviario —él nos lo dice— era el memorial de Santa Helena, pero sospechamos que también el *Moyen de parvenir*. Estaba en la edad en que obsesionan Napoleón, Don Juan y Goethe, los héroes epónimos de la voluntad, el amor y las letras. El bozo tarda en crecer sobre los labios temblorosos que ya tienen gula de amores. Pero la gloria y las mujeres nos sonríen sólo de pasada, sin detenerse.

Por la ardentía que denota su primer libro, *Sous l'oeil des barbares* fue tan pronto la cartilla sentimental de los estudiantes, hacia 1890. Este y los otros dos volúmenes de la rúbrica *El culto del yo*, son en efecto los manuales de enervamiento en donde el bachiller deslumbrado, famélico, ignorante del mundo, halla su propia combustión, sus primeros ren-

cores a la vida, el placer de las largas excursiones por su alma nueva, y ese amor a las bellas frases que es en algunas mocedades complementario con el amor a las mujeres y como una voluptuosidad más fatigante.

De tales libros inducimos el estado sentimental de Barrés y de sus compañeros en tiempos tan cercanos y tan diversos. Pocos momentos de mayor densidad en la historia literaria de Francia. El joven se ve solicitado por la más desconcertante abundancia, y la palabra *dilletante* adquiere entonces un sentido casi patético. Las viejas disciplinas se quiebran. La venerable idea de patria se relaja lo mismo en intelectuales que en utopistas de una Europa sin fronteras ni exclusivismos. Cuando Remy de Gourmont murmura que no daría por Alsacia y Lorena el dedo meñique, con el cual sacude la ceniza del cigarro, este desgano se considera elegante. Renán acaba de desprestigiar los últimos mitos danzando sobre todas las ruinas filosóficas con una alegría depravada. Y los simbolistas han abolido la tiranía del verso reemplazando por la espontaneidad anárquica del ritmo las viejas liturgias de la rima y del metro de las cuales no se atreviera a blasfemar, según observaba France irónicamente, hasta el ateo Leconte de Lisle.

Como de acuerdo con esta Revolución Francesa del verso que tuvo también sus santos —y Mallarmé fué uno de ellos— se propagaba en Europa el individualismo hurraño de Nietzsche y de Ibsen. “Cultivar su jardín” que era en Cándido el término burgués de un escepticismo vagabundo, fue aquí el dogma inicial y agresivo de toda juventud exuberante. Datan de entonces las metáforas de “Torre de Marfil” y “Castillo Interior” que ya no nos atrevemos a emplear decentemente. Cultivarlo significaba, para el sincero, examinarse, disecarse, excavar todos los rincones del alma, sentirse vivir más que vivir, llevar adentro una *horla* clarividente que en cada nuevo anhelo señala su móvil, su flaqueza y su inanidad. En suma, sin la excusa de Dios, el examen de conciencia religioso

o romántico, menos crispado que en *Adolfo*, menos amodorrado que en Amiel, pero suficiente para desmenuzar la energía más viril. Y he aquí que un voluptuoso analista iba a mudarse en enérgico profesor de nacionalismo. ¿Cómo se opera el cambio de Barrés? Diputados se lo reprocharon que no le habían leído. Parecíales singular que el amigo sensual y reticente de Berenice, terminara predicando el “evangelio tricolor”. Es justo hacer notar que en los libros de juventud cantaba ya la necesidad de una certidumbre, la dulzura de someterse, ofreciendo el espectáculo apasionante de un incrédulo en busca de una fe. Va a hallarla en breve. Acertó Voltaire más lejos que su burla, cuando dijo que “la fe es sólo una incredulidad sometida”.

Su credo es Francia y su fanatismo el exclusivismo nacionalista. El amante de Venecia, el Ashaverus de los paisajes apasionados, sólo quiere hallar toda belleza en el “semblante de su tierra natal”. Su *nacionalismo* se hace política de combate al advenimiento pasajero de Boulanger. Recordáis, sin duda, la historia del General a quien París históricamente aplaude, el General que se suicida en la tumba de su querida, terminando en Werther quien algunos creyeron destinado a confinar en Napoleón.

—Ya sabremos encontrar otros *boulangismos* —dice entonces Barrés.

Diputado por París, vicepresidente de la *Liga de los Patriotas*, adquiere popularidad y el don de gentes. Le embarazan su duro acento loveno y su talento. Cualquier diputado analfabeto guiña los ojos con malicia: “¡Eh! Barrés, ¿y Berenice?”. Entendían reprocharle así sus tiquis miquis sentimentales, su casuística enrevesada de jesuíta epicúreo, la admirable resonancia de un temperamento vibrante al que parecían hacer falta, ante una mujer o ante la vida, el viril arranque y la instantánea decisión de sus maestros Napoleón. . . o Loyola.

Viene la guerra. Es el presidente de la *Liga de los patriotas*. ¿Cuál va a ser la sorprendente actitud de Barrés? Sus admiradores esperábamos algo mejor que estos artículos jadeantes, algún “bello gesto” guerrero. Puede mostrarse amor a Francia hasta en hacer calceta para soldados, pero el destino digno de Barrés hubiera sido acudir a la línea de fuego. No me recordéis sus cincuenta años. No tiene edad el valor. En mi reciente viaje a los campos de batalla, ví voluntarios de cabello gris que arrastraban la pierna. Y cuando se ha preparado la vida entera el desquite, es melancólico activarlo, confortablemente, desde las páginas de un periódico.

¿Le faltó valor o sufrió de nuevo las fatigas bruscas del antiguo analista? No lo sé, pero ¡cuán hermosa hubiera sido la solemne rúbrica de la muerte bajo el nombre del francés exclusivo y atormentado, que cerraba las fronteras de su tierra divina como un musulmán las ventanas de su serrallo! Enarbola el clarín de Deronléde, pero le falta soplo. Como todos los literatos, se pregunta sin duda si coger el fusil no vale más. Sólo que el antiguo ironista lo ha perdido, como a Hamlet, el análisis. . . Y cuando veamos pasar a escritores inválidos, a literatos desfigurados por un obús, no nos faltará razón para decir, con una ironía espesa de diputados, a este discípulo de Stendhal! y Napoleón:

— ¡Eh! Barrés, ¿y Berenice?

EL ODIO NECESARIO

La declaración de dos ministros franceses en el Congreso Socialista de Londres, en momentos de “unión sagrada”, es de mal gusto y de una táctica deplorable. Otra vez Viviani ha debido asegurar en el Parlamento que Francia “irá hasta el fin”. Así queda reparada la indiscreción. . . ¡Censurar indirectamente a Rusia, declarar que no se quiere agobiar a Alema-

nia, cuando la fraternidad con el adversario es actualmente casi un delito de lesa patria!

Se lucha a muerte. Pero en esta tierra de ideólogos, algunos empiezan a perdonar. No vemos allí sino una convulsión, tal vez la última, de ese idealismo generoso y peligroso que la Gran Revolución dejó como un fermento de inquietud humanitaria y mística. “No es la Alemania de Goethe la que nos odia”, se murmuraba aquí al principio. Pero la Alemania intelectual se asociaba pronto al bombardeo de Reims. Antoine ha contado hace poco una frase de Hauptman, que fué su cordial amigo en los tiempos del Teatro Libre. El dramaturgo alemán, que iba más tarde a renegar de su mesianismo, decíale entonces como un fariseo sentimental:

—Un alba de fraternidad se levantará y habremos sido como soldados que se abrazan en el valle nocturno antes del sol.

Antoine creyó. Francia también. ¡Cómo dudar! Desde la Revolución, con breves pausas, esta es la fábrica mundial de ideas avanzadas y de explosivos, la patria del “evangelio tricolor”, decía Heine. El anarquista español, el nihilista ruso, el polaco soñador de la ideal Varsovia, todos tuvieron aquí su hogar. Cerebro del mundo, presidio suelto del mundo, casa de todos, fué París. Era su gloria. Vimos a rusos enflaquecidos por Siberia y el amor al prójimo; vimos a mujeres con gorrito de astrakán y ojos soberbios que preparaban dulcemente, evangélicamente, la explosión de la Santa Rusia. En humildes fondas del barrio latino, en torno de un *pilaf* sabroso, algunos hombres cetrinos organizaban la caída de un tirano rojo, mientras “los reyes desterrados” de Alphonse Daudet disponían, por el contrario, una restauración desde París. Y no puedo olvidar a esos asiáticos silenciosos de mi barrio, con americana y oliendo a opio, un poco ridículos, un poco santos, que iban a ser, en Pekín, los mártires de una República sin coletas. . .

Se infiltraba así un amor de redención universal que tuvo en Zola su quinto evangelista. París era Jerusalén y era Cosmópolis. Los soñadores, los desamparados, los perseguidos, vinieron aquí a beber ajenjo; y fué la hora en que el excelente Jaurés aconsejaba a los hombres el abrazo y a las naciones el desarme. Tanta belleza no podía ser verdad ni predicada sin incidentes. ¿Recordáis el asunto Dreyfus? Salieron a luz crispadamente, los dos semblantes de Francia. Ambas actitudes eran sinceras hasta el odio, hasta la muerte. Conflicto de tragedia antigua y perenne, el más hondo problema de conciencia que un pueblo se planteara jamás: ¿Vale más que para salvarse de una guerra probable se condene a un hombre aunque pueda ser inocente o que perezca un mundo, pero que triunfe la justicia? Para algunos, el rencor a Dreyfus fué sobre todo aversión a la raza nómada, peligrosa, que bajo ningún cielo quiso instalar su definitivo campamento. Para los otros, el "Komandante" era también un símbolo. Un partidario le llamó seriamente "el nuevo Cristo". Hombres sinceros como ese ardiente Peguy, que tan católica y soberbiamente ha muerto, eran frenéticos partidarios del reo. Lo más singular es que casi todos los soñadores cosmopolitas estuvieran del lado de Dreyfus, y casi todos los patriotas en contra de él.

Por primera vez éstos veían el peligro de amar. A favor del evangelismo, de la misión libertadora, se desquiciaba el ejército, se abdicaba en favor de Alemania, se convertía a Francia en una encrucijada universal donde podría elevarse un Calvario. ¿No ha dicho un utópico exasperado que este pueblo debiera ser el *Cristo de las naciones*, morir para propagar eternamente la abolición generosa de las fronteras?

La guerra actual parece dar una respuesta acerba a estas candideces de iluminado. Pero los iluminados continúan. Romain Rolland, con el grupo barcelonés de *Los amigos de la unidad moral de Europa*, declara hoy que "ningún país debie-

ra pasar de un Gobierno a otro sin el consentimiento explícito de su pueblo”. Esto quiere decir —y así lo interpretan ya los buenos entendedores de Francia— que para anexarse Alsacia y Lorena, después de una victoria, es necesario un plebiscito —un plebiscito en donde la prolífica Alemania vencería.

¡A esto se llega, Dios santo! Es hermoso que Buda conceda por sobrehumana caridad un brazo al tigre que tiene hambre; pero en los pueblos tal budismo se llama “hacer el primo”. “En general —ha dicho un gran español— una nación simpática es una nación que marcha mal”. Antes que ser simpática, Francia debiera procurar la fortaleza en tierra y mar. El símbolo de Grecia —de Grecia que pereció por desprecio a las armas— es oportuno aún. La cordura, la suprema Razón, necesitan como Minerva, casco y lanza.

Y por esto, los más republicanos de los hombres deben alabar a los actuales reaccionarios de Francia que, enfrente de los perdones apresurados, de las generosidades suicidas, más allá del bien y del socialismo, están creando la doctrina del odio.

“LA MARSELLESA” VIVA

Ya pasaba por la mujer más guapa de París, como Forzane es la más elegante y Cecile Sorel la más lujosa. Pero Marthe Chenal ha querido probar que una muñeca parisiense puede adquirir la belleza de una heroína de Corneille y que otra vez, como en los tiempos de la Diosa Razón, la escarape-tricolor o el gorro frigio sientan bien a cabellos rubios.

La Marsellesa —lo dice más de un escéptico parisiense— estaba un poco desprestigiada. Mejor sería decir vulgarizada. Recurso de toda festividad municipal, seguía siempre al discurso del diputado que echaba mano de las viejas mayúsculas, la Civilización, el Progreso y la Libertad. Sólo continuaba siendo en el extranjero, el canto ardiente de redenciones y rebeliones.

En Pekín, en Constantinopla, en Lisboa, en dondequiera que se demolía un feudalismo y se inauguraba una libertad, la entonaban voces roncadas. Era el gran venero de heroísmo para las juventudes conspiradoras; y significaba para ellas una Francia de ayer, la que en los románticos augurales como Quinet o Michelet, era sinónima de locuras exorbitantes.

Y he aquí que el viejo canto adquiere en Francia un sentido nuevo y hondo. Viene a “verter heroísmo al corazón de los ciudadanos” como en el verso de Baudelaire. No la necesitan los ciudadanos que combaten. En los campos de batalla sólo hallé gravedad y un patriotismo enconado que no necesita estimulantes. ¡Pero los que se quedan!

Los que se quedan son dignos de compasión. Ya un periodista travieso, compuso la “elegía de los hombres de cincuenta años”. Se necesitaría agregar la “endecha de las mujeres”. No tienen unos y otros para atizar el alma, ese irritante olor de pólvora, y la necesidad de venganza cotidiana, y la maravillosa orquesta de los cañones, todo lo que sacude y galvaniza. Yo, que volví de la línea de fuego con los bolsillos repletos de cartas de soldados, hallé en París a madres o esposas pálidas que temblaban, a mis primeras palabras, con un calor frío de inquietud. Cada paso en la escalera puede traerles una noticia funesta, y alguna me contó la pesadilla de sus noches: “Tal vez ha muerto, está herido quizás. . .”. A cada instante las calles os sugieren lo mismo. Transitan mujeres de luto. Con la pierna rota o el semblante desfigurado, pasan soldados lívidos. Y a la entrada de los metropolitanos, nenas pálidas, con gorrito belga, os piden, en un francés dengoso, cinco céntimos para pan. Comprenderéis que es necesario rugir *la Marseillesa* sobre esta lamentable turba.

Que sobre las miserias particulares pase, como un viento de Dios, la antigua admonición: “Hijos de la patria, ha llegado el día de gloria”. Llegará, todos lo creen, pero tarde. En esta guerra de madrigueras sólo se ganan centímetros. El en-

tusiasmo se va desmenuzando en aburridos minutos bajo este cielo e invierno lóbrego. . .

Entonces canta Marthe Ghena. Si yo me llamara Joffre, la haría recorrer algunas trincheras cada noche.

¿Recordáis a esos soldados de Maupassant que soportaron marchas forzadas sonriendo porque los acompañaba una mujer bonita?

Canta Ghena y parece que todas las miserias se disipan. La voz, de maravilloso timbre, exalta la patria nueva, cuando se desmoronen las tiranías —la regia o la prusiana, da lo mismo.

Esos “feroces soldados” de la canción, ¿no son los que han cometido las atrocidades publicadas en los periódicos?

El público, de pie, aterrado, oye pasar ese grito de rencor y de júbilo que sugiere un paisaje de incendios y la guillotina triunfal para todo enemigo. Los semblantes se crispán y los más áridos ojos se nieblan. Cerrándolos por vergüenza, ya no sabemos quién canta. ¿Es Francia entera la que exhala esta dulce voz? Nos promete lo soñado tantas veces, lo que hoy parece utopía candorosa: gloria y paz a los pueblos de buena voluntad.

Diez veces por lo menos se alza el telón para que venga a saludar Marthe Ghena, roja y magnífica como las vírgenes del “terror”. Es en París actualmente la ideal República, la que vimos simbolizada en telas y mármoles, Belona encantadora y Palas Atena de lindos labios. Miro a todos lados para admirar cómo esta frágil muñeca puede renovar en un instante los entusiasmos. De aquí saldrán las mujeres más resignadas, los militares convalecientes más resueltos. . . ¿Que no sólo de pan sino de *Marsellesas* vive el hombre!

VERLAINE Y LA GUERRA

Eramos doscientos escritores, esta mañana, agrupados en

torno de la estatua de Verlaine, en el Jardín del Luxemburgo. Un cielo de medias tintas, —el cielo que él amaba— un sol decrepito sobre los árboles sin nidos, la elevada perspectiva de las terrazas en cuyas urnas se pudren hojas muertas. Paisaje verleniano y sentimental, muy oportuno para evocar a nuestro más grande maestro.

Hace veinte años que murió y hay muchos que no pueden consolarse. Cada año vuelven a dejar rosas. Pero ninguno de los años pasados, revistió tal importancia la ceremonia. Y era singular, casi chocante, el contraste de tantos poetas, vestidos algunos de guerreros, que venían a celebrar al más pacífico silvano de la selva interior, cuando sólo parecen tener razón los épicos de cuartel y de plaza pública.

*J'ai voulu mourir á la guerre,
La mort n'a pas voulu de moi;*

murmuraba el poeta. Sólo debía “gustar la muerte”, según la expresión del libro santo, mucho más tarde, después de haber rodado sobre los más impuros senos aquella cabeza de niño viejo, de niño terrible, “sonora de besos” y triste de música. Pero, oportunamente, murió. ¿Qué hubiera hecho hoy? Fué un momento de la sensibilidad francesa; representaba ese desmayo tan exquisito que todavía dura en nuestros nervios. Y aunque era un buen loreno de Metz, un *chauvinista*, como le decía orgullosamente a Jules Huret, le hubieran reprochado tal vez hoy que sólo pusiera oídos al rumor de las fiestas galantes y a las melancolías egoístas. Francia, que no había preparado sus arsenales, no preparó tampoco su literatura para la guerra. Sólo en estos últimos años, siguiendo a Whitman y a Verhaeren, los jóvenes literatos comenzaron a cantar inquietudes y alegrías unánimes. Aquella “torre de marfil” cuyo culto se difundió precisamente cuando cantaba Verlaine. se desmorona con las catedrales. Hasta una linda mujer. la condesa de Noailles, como esas amazonas que se cortaban los pe-

chos para pelear mejor, se prepara a entonar el himno terrible de las victorias mutiladas.

Es una guerra para Victor Hugo, y no para Verlaine. Los fatalistas de la crítica literaria dirán tal vez que ambos hombres nacieron para simbolizar dos épocas. . . El Emperador, toda Francia a caballo; de cumbre en cumbre, el vuelo del águila. ¡Cómo podía evitarse en el tumulto la armonía imitativa, el pleonasma fanfarrón, el faustoso orientalismo del adjetivo! Viendo los cuadros de Meissonier, se excusan ciertos oropeles de Hugo. Es la suya una literatura estratégica, ronca y a veces vacía como el tambor. Pero pasa el “año terrible” y ya parece corresponderle a Verlaine la misión de cantar aquella fatiga del vencimiento. Flota en años que tornaron acerba la sonrisa de Renán, una melancolía, ya no pomposa como la de los románticos, sino sincera y sutilísima. ¡Quién mejor que Verlaine simboliza aquella literatura de los cuchicheos en un parque, de las confidencias a media voz y a media sonrisa, de los desvaídos anhelos cuando los chorros y los cisnes tienen siempre para el poeta la forma del signo que interroga! Después del “tambor mayor” venía el zingaro.

¿Quiere decir que hayan desaparecido para siempre los Musset? De ningún modo. Sólo hago notar que los poetas de pasado mañana, los que comenzaron a cantar antes de la guerra, frecuentaban de preferencia talleres, fábricas “ciudades tentaculares”, multitudes en brega. Mi amigo Barzun sólo quiere escribir poesía *simultánea*, es decir, que pueda ser declamada por coros como las cantatas de Claudel y que exprese el alma de las muchedumbres. Jules Romains compuso “la plegaria de una calle”. . . La distracción de los periodistas desocupados era pues la de preguntarse si la futura poesía continuará siendo heroica y múltanime; o si, fatigados los poetas de tanta epopeya vivida, volverán a las endechas a Manón.

Por eso esta mañana tenía tan conmovedor aspecto el homenaje. Tal vez era un adiós. El adiós a los Poemas Satur-

nianos, a las Fiestas Galantes. Un asistente, joven cantor de Francia, me aseguraba, para desconsolarme, que Deroulède —buen patriota y mal poeta— había sido más útil que Verlaine. Iba más lejos este hereje. La canción de *El Clarín* —decíame— la han repetido, minutos antes del ataque, millares de soldados frenéticos; mientras que en este instante nos entumecen y deprimen al recordarlos el exquisito soneto a la amada fogosa o los elásticos ritmos en que el otoño solloza como un violín. . .

Afirmé, con poca fe, la absoluta separación de la Literatura y la Oratoria. Junto a los poetas marciales, los épicos urbanos y los salmistas del optimismo *quand même*, existirán siempre los divinos rezagados de la añoranza. . . Pero al marcharme por la alameda verleniana, vi que el rostro del poeta en el monumento se parecía singularmente al de aquellos Dioses Términos que, en la espesura de Versalles, están solos, al fin de una ruta abandonada, junto a la perpetua elegía del agua.

LA PARISIENSE DE LA GUERRA

Habló Maurice Donnay de la parisiense; la parisiense de la guerra, naturalmente. Una conferencia de Donnay es siempre interesante. Vamos a escuchar allí frases alígeras: la paradoja, el retruécano. Vamos a estudiar también —porque el Aristófanes está cano— cómo los viejos se olvidan escandalosamente de haber sido jóvenes e insensatos.

¡Mudanza vulgar y un poco triste! Como las Magdalenas de la vida galante se convierten, agravados los años, cuando los tintes y el afeitado no disimulan nada, en fortalezas de la virtud agresiva, así los literatos otoñales predicán una moral severa que no supieron practicar en los tiempos mozos.

Capus, Lavedán, Donnay. . . Fueron los sagitarios de Venus, los *cupidentes*. Por ellos estuvo a la moda ese libertinaje

salado, esa alegría venial que macera en sonrisas todo vicio y le da al viejo pecado la excusa leve de Fragonard. Fué suyo el género parisiense: decir las cosas a media voz y a media sonrisa, no escandalizarse, sobre todo, no insistir, ver desfilar el mundo como un cortejo de bulevar en donde no nos ofuscaremos si una chiquilla guiña al paseante ojos truhanes y conniventes. La separación de la literatura y de la moral se practicaba aquí mucho antes que la del Estado y la Iglesia. Los grandes maestros, un Gautier, un Flaubert, habían afirmado que el arte no tiene por objeto corregir ni enseñar. Y se perdonaba la licencia si la envolvía la gracia.

Una literatura espumante y femenina cundió aquí. La mujer fué, como en el siglo XVIII, el tema único. Ella tuvo sus novelistas y sus modistos, sus confesores mundanos y sus escritores de madrigales. Maestros como Bourget que habían comenzado estudiando grandes almas y hondas crisis acabaron examinando con manos diligentes de encajera, las almas friolentas de las marquesas tituladas y sus complicaciones adulterinas. Catulle Mendés contorneaba frases tenaces de letanía pánica para decir su asombro ante la "arcilla ideal". Los que ensayaron después el madrigal, Capus, Donnay, Lavedán, describieron también en novelas o comedias, la frivolidad de la *belle écouteuse* de Verlaine, sólo avezada a futilidades, más pronta a ajar el alma que el vestido, fácil a darse y a amar, si amar se llama el desganado abandono de cinco a siete en la *garconnière*. Esa mujer del dibujo de Rops que va guiando un cerdo con adorable picardía y claro simbolismo se asocia en nuestro recuerdo a la judía de *Notre Coeur*, la feroz coqueta de la novela por quien Maupassant sufrió de veras. Este y Rops eran los pintores tristes, los elegíacos de la frivolidad amorosa. Pero su misma queja era alabanza, la nota grave en el himno.

Y el himno fue exclusivo en la novela o en el teatro para las vírgenes locas y todas las señoras Bovary fatigadas de ser

“lirios del valle” y decididas a “vivir su vida”. Había alguna verdad en el retrato de la parisiense. Quedaban en sombra mil cualidades interesantes. Cuando nos hemos asomado aquí a ciertas almas, descubrimos, asombrados a veces, esa elegancia moral, ese arrojo temerario ante la vida que son las virtudes menos cantadas de la mujer de París. Por eso los moralistas y Donnay se asombran ahora al ver tan maternal solicitud en las ambulancias. La guerra y sus consecuencias sorprenden a los psicólogos de salón. Estos no pueden omitir, por supuesto, el cuadro de París suntuoso y disoluto, en contraste con esta ciudad llena de enfermeras. Como si la frivolidad y la bondad no fueran compatibles; como si el prurito de la elegancia no hubiera sido un camino para las virtudes morales.

Escuchad ahora al moralista. “La última gran fiesta parisiense —dice— a la que tuve el gusto de asistir antes de la guerra, fué la representación en honor de Antoine, en la Opera. La sala encerraba esa noche buenas advertencias de inquietantes enseñanzas. Había mujeres de la plutocracia, de la aristocracia, de la grande y de la pequeña burguesía, actrices, mundanas por entero o a medias, cortesanas de alto, de corto, de todo vuelo. Y diamantes, pedrerías, perlas, penachos, airones. . .”

“Había mujeres en los palcos con abanicos de plumas en la cabeza que les daban aspecto de guerreros indios. Una peluca blanca excusaba a un semblante joven, una peluca rubia acusaba a un rostro menos joven. Muchas mujeres tenían vestidos y, sobre todo, corpiños enteramente sumarios y que parecían justificar la frase que ellas dicen en toda circunstancia: “No tengo nada que ponerme”.

“La mayor parte de los hombres que acompañaban a estas mujeres y que sostenían y alimentaban este lujo de joyas y de toaletas sentía halagado su amor propio y su vanidad: eran éstos los signos exteriores de su poder y de su riqueza; pero con su frac negro, uniforme sin gloria o más bien librea

sin lustre, símbolo de su culpable abdicación, tenían aspecto de camareros encargados de servir a las mujeres en el banquete de la vida; parecían empleados de pompas mundanas”.

Donnay halla aquí pretexto para anunciarnos un París. . . que no será. Cuando se despojen de sus uniformes blancos, cuando no tejan ya calcetines para soldados, las parisien-ses volverán necesariamente a amar las pieles caras y las atrevidas toaletas. Su gusto suntuario no mudará como no cambia su arte innato de hacer un vestido con un trapo y de inventar con naderías un sombrero *chic*. Y es bueno que así sea. Su genio claro, elegante, es tan necesario por lo menos como la gravedad de otras razas. Algo muy grande se habrá perdido cuando no exista pueblo alguno para continuar la sonrisa intelectual de la gracia helénica. Y no digáis que pueden existir uno sin otra, la ligereza del pensamiento y la frivolidad elegante de las mujeres. Son complementarios, en cierto modo. Sólo en el París “fin de siglo”, en el París de la femi-nidad y del refinado lujo, pudieron nacer algunas paradojas encantadoras de Ernest Renán; y tal vez es bueno que Sócrates se ponga a discutir con las más frívolas mujeres, las cortesa-nas, manchadas por el vino: las rosas de su corona de festi-val.

LA AMISTAD ESPAÑOLA

La prensa entera acoge con gratitud ferviente el mani-fiesto de los intelectuales españoles. Reaccionarios o radica-les, católicos o anarquistas —lo mismo *El Eco de París* que la *Guerra Social*— alaban el “bello gesto”. Porque —como al-guien lo hace notar— se manifiesta la simpatía en horas difíci-les. “Los rusos —dice Hervé— acaban de ser vencidos momen-táneamente; la victoria final podría parecer incierta a algunos neurasténicos de París. Los intelectuales españoles no han querido que pueda decirse que vienen a socorrer al victorioso. Sus confortantes palabras llegan en uno de los más arduos

momentos de esta guerra”. En el *Journal*, el diputado Chauvié dice del Manifiesto que “desde que se declaró la guerra, no se ha escrito más hermosa página.

Sin que lo confiese nadie, se advierte la sorpresa conmovida en los periódicos. Porque aquí sólo llegaron las palabras de ira. Pocos sabían que en España estaban divididos los pareceres. Creyóse sentimiento unánime el encono, y quienes más sufrieron de esta actitud fueron los católicos. Recuerdo que el eximio crítico de arte, Peladan, y el formidable libelista León Bloy —“las últimas columnas de la Iglesia”, como diría éste último— me murmuraban su asombro cuando les leía diarios ultramontanos de Madrid:

—Pero Reims. . . ¿qué dijeron de Reims?. . . ¿No han visto claro el odio del protestante?

Y el exquisito crítico de *El Fígaro*, André Beaunier, católico ferviente, me decía en su *villa* del Vesinet:

—Venga a ver la Iglesia cómo está llena. No puedo creer que los católicos españoles supongan a Francia incrédula. Es una mala inteligencia, que los periodistas como usted deberían ayudarnos a disipar.

Sonreí. No es un impío el mejor predicador para los creyentes. Y nada pueden argumentos de periodista cuando la pasión quiere cegarse. Ni es ésta, por lo demás, una guerra de religión. . . Así el rencor de los germanófilos sorprendía como un castigo inmerecido. Las simpatías por España siempre fueron aquí eficaces. Para el artista, para el literato, no era sólo un arsenal romántico, sino la tierra hidalga por excelencia. *Fier hidalgo*, exclamaban con la más cariñosa de las sonrisas. Desde los tiempos de Gautier o de Hugo, España simbolizaba a la vez el desprendimiento y la feminidad apasionada, la nobleza del *Quijote* y la gracia de *Carmen*.

Barrés, Louys, Tailhade —y con ellos el público de lectores— sintieron la seducción del españolismo. Y era a la vez este culto locura efusiva de soñadores y simpatía cuerda. Pocos

españoles han estudiado más apasionadamente a sus clásicos que un francés, el admirable erudito Foulché-Delbosc. La mejor obra sobre Gracián es de Adolphe Coster. Del amor, al libro máximo —al libro ejemplar del idealismo indemne en la cotidiana afrenta del mundo— acabo de darme cuenta por una encuesta. He preguntado a los intelectuales de Francia, para publicarla en un periódico madrileño, la opinión sobre el *Quijote*. No estaba yo seguro de interesar, ni presumía que lo hubieran leído todos. Y con la más cordial sorpresa leo cada mañana las cartas que me llegan o los artículos de periódicos como *l'Intransigeant* o *Paris-Midi*. La obra inmortal no es sólo popular entre los niños. El *Quijote* es el libro de cabecera de Anatole France. Leconte de Lisle —según me asegura el poeta Henri de Régnier— se hacía leer las aventuras del hidalgo cuando la fiebre le demudaba ya, en las últimas horas de su vida. Y Rodin, esta mañana, paseando por entre las efigies venerables del Hotel Biron, su figura helena y talmúdica —Laocoonte o Moisés de la edad de mármol— me citaba esta frase que expresa el culto cardinal de quien elogió tan ardientemente las piedras santas:

— Cervantes es una de nuestras catedrales.

¿Cómo, amando a Cervantes, se puede no querer a España, si coincidimos todos en la opinión de que su libro y su pueblo se compenetran? Y no se atribuya esta simpatía de Francia a la congoja del momento, a no sé qué fantasmas de intervención que aquí no ha reclamado seriamente nadie. Se calumnia a los pueblos cuando se cree que sólo el interés puede moverlos.

Dolía, simplemente, no escuchar voces cordiales *tras los montes*. Mas he aquí que, por encima de los Pirineos, nunca bien suprimidos a pesar de la frase célebre, una alta brisa orea. A la censura del manifiesto de los intelectuales españoles sobre la “pusilanidad de los políticos”, han respondido, rivalizando en franqueza algunos escritores de París. Uno de ellos

decía ayer: “¿No había de dolerse el orgullo de los españoles al ver que nosotros, que poseemos ya en Africa tan vastos territorios, les disputásemos ciertos cantones marroquíes y nos opusiéramos, internacionalizando Tánger, a que esta gran ciudad de la costa se tornara española? . . . Nunca diremos bastante el daño que nuestra glotonería colonial nos ha causado en Europa. . . Felizmente se hallaron en España quienes, a pesar de las culpas de nuestros políticos, han tenido la bondad de recordar que Francia representa, a pesar de todo, en el mundo, un alto ideal de libertad intelectual, religiosa y política”.

¿Quién negará las mutuas sinrazones, quién hará solidarios a los pueblos y a los políticos? Por esto es bueno que alguna vez hombres sinceros digan lo que no quieren o no pueden expresar las Cancillerías. No sé si en el manifiesto algunas palabras sobran y algunos nombres faltan. Pero afirma una vez más el desinterés de la tierra hidalga, la supremacía del ideal latino, el innegable parentesco del *Quijote* y de Rolando. . . “*Don Quijote* es el más grande de los *peludos*”, —me escribe de la línea de fuego el ingenioso Etienne Rey.

EL “FLIRT” EN LA GUERRA

Esta obra de *Fantasio* está prosperando. *Fantasio* es el más tunante y festivo de los periódicos. Lo que parecía sólo una humorada, comienza a ser institución. Millares de soldados reciben ya en las trincheras misivas tiernas, galantes. Y es que el francés puede privarse de todo menos de la sonrisa de una mujer aunque sólo venga por carta la sonrisa.

Entendámonos; no se debe confundir este *flirt* organizado con una grosera empresa de celestinaje. Los mismos redactores del periódico advierten, con sorpresa, que casi no reciben quejas. Raro es el soldado que ensaya chanzas de mal gusto. Los más atrevidos sólo piden, con circunloquios, una me-

cha de cabellos y un retrato. Algunos incluyen versos. . . Y como el corresponsal y su Verónica no se han conocido nunca, el amor epistolar es sublimado, petrarquizado, como en el más correcto “secretario de los amantes”.

Idea ingeniosa, en realidad. Queda en todos los hombres de esta raza el amor al bello diálogo, que hizo en el siglo XVIII de cada salón una academia y un teatro. Una pierna bien torneada y un ingenio feliz eran entonces las exigencias indispensables para el éxito del mundano. El siglo XIX —el siglo de los pantalones, como decía Flaubert— ha suprimido la primera. Pero el *esprit* no se agota. ¿Quién no vió burbujear su espuma en un salón francés? Una ligera fiebre, una enarcada actitud del pensamiento, los chispazos de aquella esgrima. . . Sabe charlar esta raza. Sus mejores libros parecen, por su vivacidad, sublimadas charlas. Goethe explicaba la aguda y leve literatura de Francia, porque el literato, al escribir, está pensando en el público. Podría asegurarse que piensa también en las lectoras.

Comprenderéis que lo que hace falta a los “peludos” de las trincheras es, sobre todo, la charla trepidante, la disertación amorosa, el *flirt*, en una palabra. El soldado inglés saca de la cartera o del reloj un retrato de la novia, bebe un trago de te y se calma. Estos soldados de Francia se ponen a escribir cartas amenas con retruécanos.

Nunca el género epistolar tuvo más auge. Pero. ¿a quién contarle la aventura del *boche* muerto, la medalla flamante en la capota “azul Joffre”, los largos y complicados sueños urdidos, con el fusil en la mano, desde el fondo de la trinchera lunada? Son cosas que no siempre se quieren contar a la familia. Además, muchos “peludos” no la tienen, y son más —porque algunos se marcharon adolescentes— los soldados de corazón vacante. Y he aquí que, al mismo tiempo, muchas mujeres solitarias de París se aburren. *Le Journal* creó para ellas la institución caritativa de las “madrinas”. . . Faltaba caridad

para tanto amor mendigo. Entonces *Fantasio*, con más ancha manga y mejor franqueza, pidió a sus lectoras buena voluntad, a sus lectores de la trinchera cartas; y estableció una agencia de futuros himeneos y de presente *flirt*, un intercambio de amor ideal entre Pablos y Virginias sin inocencia.

Pero si los corresponsables no son inocentes, son correctos. Ya los periódicos reproducen lindas misivas. Su tono común es de una gratitud enternecida. Para los militares sin familia este es el mejor regalo. Sólo allí, cerca de las trincheras, en plena zona militar, pude ver lo que significaba para el soldado recibir una carta. Imaginad, cuando ésta lo es de amor, su regocijo. Tienen ya con qué engañar las mortales horas de acecho, con quien soñar. La soledad campestre hace poetas, la cercanía de la muerte inspira sentimientos hondos. Y como al viajero que no conocemos le contamos fácilmente intimidades en un vagón de tránsito, así estos soldados se libentan de congojas obscuras en la epístola sentimental a la desconocida Urganda.

Algunos timoratos, por supuesto, no miran con buenos ojos esta franquicia amorosa. De aquí saldrán, después de la guerra, parejas para la vicaría, pero también “matrimonios de la mano izquierda”. Lo que los censores no confiesan es que la empresa del periódico humorista pudiera ser obra de civismo. Para enviarle a la corresponsal el texto de una cita a la “orden del día”, ¡cuántos son ya temerarios! Y no se diga que la devoción a Francia basta. Se quiere bien a la patria, a pesar de ser tan lejana, tan abstracta. Se la quiere mejor cuando tiene cabellos rubios.

Para contentar a esta Francia rubia algunos avanzan ya, bajo el diluvio de balas, a coger las varas de aluminio del obús alemán. Y cuando el capitán los reprende, ellos murmuran:

— ¡Con qué *les* vamos a hacer sortijas?

Esas sortijas, que son la “mascota” a la moda. . .

Soldados que entretienen sus vagares tallando baratijas

para mujeres, ¡oh, adorable y heroica frivolidad de Francia!
¡Pero qué van a decir los germanófilos!

EN BELGICA LIBRE

El tren diplomático que nos lleva a Bruselas recorre campos de soledad, collados mustios como la Itálica del poeta.

En las ruinas de la ciudad de Dixmude, segada al raso por el cañón, avanza lentamente, avanza, como un cortejo fúnebre, por la alameda de este vasto cementerio rural. Las “marmitas” abrieron zanjas profundas que la lluvia ha colmado y bajo el cielo fuliginoso relucen, hasta el extremo horizonte, los pozos amarillos que son tumbas. Sólo algunos árboles deshilachados se mantienen erguidos, obscura vanguardia de la noche. En casi todos el cañón ha cercenado las ramas como brazos, y aquellos muñones vegetales contra el cielo de invierno son de una melancolía intolerable.

Pero ya por cureñas y por *tanks*, derribados en medio de los campos, vamos siguiendo el lento episodio de la batalla. Allí, en esa estación desmoronada, cada pared, cada techumbre, fueron jalones de la enorme fatiga. Al pie del árbol sin nidos estaban de rodillas los últimos guerrilleros en retirada. Esa locomotora es un reducto; ese montículo, un osario...

Mientras tanto algunos compañeros de viaje preparan una partida de *poker*; pero otros viajeros más románticos nos quedamos fumando hasta Brujas, un melancólico cigarrillo. Brujas, veinte minutos de parada ¡En el automóvil que nos lleva a Bruselas nos sorprenden agradablemente las ciudades iluminadas y rumorosas. Gante desaparece bajo banderas. Bruselas nocturna esparce el ánimo cuando se llega del París mortecino de la guerra. Todo el pueblo está en la calle cantando *Brabanzonas* y *Marsellesas*. Allí se repiten los cortejos parisienses, tan espontáneos, tan simpáticos, de *poilus* y chíquillos y mujeres desmelenadas y banderas!

Durante ocho días he asistido a esta pascua florida y empavesada. ¡Qué importa que cueste cuarenta marcos —porque dejaron los alemanes su moneda— un sobrio almuerzo de estoico y ochenta marcos un sombrero de viaje! La alegría ha resucitado con las campanas, después del largo viernes de dolores. Y los mismos que ríen, los mismos que encabezan el festival, os cuentan las horas negras: la brutalidad del oficial que exigía, con grandes risotadas, del anciano magistrado que olvidó saludarlo, cincuenta venias en desagravio; las exacciones inútiles, la multa cotidiana, la insolencia cuartelaria, todo el horror de la ocupación que sin embargo no mellaba los ánimos.

¡Qué digo! Nunca la *swanze* de Bruselas, equivalente a la *blague* de París, tuvo más ocasiones de burlona venganza. Los chiquillos sobre todo, esos pilluelos de gorra sucia y colilla de cigarro en los labios, que ahora nos vendían en la calle la *Independencia* o la *Libre Bélgica*, organizaban figas pintorescas en el barrio popular de Marolles. Avanza un día un regimiento de niños hasta el Palacio de Justicia en correcta formación militar y ya un oficial alemán que pasa se enternece:

—Serán más tarde —murmuran— buenos soldados de Alemania.

Pero el capitán de la menuda tropa se detiene frente el enemigo que los mira, vocifera en voz de mando *Nach Paris!* y bruscamente todos retroceden fugando. La carcajada infantil y el rostro iracundo del alemán hacen reír todavía a los belgas. Las personas mayores volvían el rostro para no ver a los sayones o cambiaban a media voz una adivinanza: ¿Qué diferencia existe —se decían— entre un “civil” y un militar alemán? Que el civil puede ser militarizado ¡y el militar no puede ser civilizado!...

Naderías, me diréis, pero que mantuvieron, como la *blague* en las trincheras, el ánimo siempre tendido para la resistencia de cuatro años. Y en cuatro años —mirad que es pla-

zo largo— no se había fatigado la esperanza. Del mundo no llegaban otras noticias que las que dejaban filtrar los diarios alemanes. . . o las que podía conseguir clandestinamente la *Libre Bélgica* que provocaba los furores del invasor. Sólo por el avión tardío de alguna noche tormentosa se sabía que la resistencia continuaba, que la guerra no había terminado. Y en el rostro enflaquecido, en los ojos agobiados de Roberto Payró, el eminente literato argentino que padeció persecuciones por las más noble causa, he adivinado el esfuerzo y la angustia de esta invencible esperanza. A él también, porque era testigo y no callaba, porque contaba hidalgamente su indignación en un diario bonaerense, quiso tratarlo la justicia del invasor. . . como a un simple belga.

Otros dos semblantes no olvidaré mientras viva por su armonía mística: los del Rey Alberto y el Cardenal Mercier que vi en la Catedral, en la misa solemne por el reposo de los muertos. Angustias de un santo amor, el de la tierra mártir, los han esquilado como un cilicio. Ya no cabrían en el cuadro de una *kermesse* sus rostros que el Greco pintaría.

El Arzobispo y el Rey eran dos cenceños compañeros de una misma vidriera gótica, dos pálidos santos de una mayúscula de becerro de coro que acababan de resucitar y de animarse en los altos ventanales de Santa Gúdula. Con la mitra blanca y el cayado de oro, el Cardenal; vestido de soldado el Soberano, inclinaban ambos, como en la ojiva de la vidriera, la cabeza cogitabunda sobre las manos que ofrendan o bendicen. . . El uno, anciano, había detenido algunas veces con su firmeza persuasiva a los bárbaros; el otro, joven y animoso, los había castigado en la batalla. Y al salir de la iglesia callada al tumulto de la música y los vítores, me pareció que estos dos hombres llevaban consigo para siempre como una aureola mientras su pueblo renacía a la vida, la tristeza de no poder olvidar jamás.

Bruselas, noviembre de 1918.

UNA TARDE EN BRUJAS

Llegar a Brujas en otoño es ver la ciudad de los canales en el decorado que para siempre le diera Rodenbach, es contemplar su luto inalterable y entumirse en su perpetuo silencio.

Aunque los guías quieran advertirnos que el poeta ha deformado el aspecto de la ciudad para pintarla a imagen y semejanza de su alma palustre, sólo vemos pasar, como cisnes en cortejos, sus maravillosas imágenes. Si llueve —y llueve siempre en ese clima nórdico— evocamos las gotas del hisopo sobre una tumba; los cirios de sus iglesias desoladas se han consumido de llorarse como en la estrofa de Rodenbach; los cisnes son las “barcas de claro de luna y góndolas de seda” que se deslizan por el cauce del verso ilustre.

Así la habíamos soñado, como a Venecia. Pero Venecia es un solo palacio interrumpido por canales, un palacio que un rey bárbaro y suntuoso ordena incendiar todas las tardes. En el incendio arden sin duda las paletas de sus pintores porque la ciudad entera se arrebola como una Madona de la Academia: color de labios tienen las velas del Gran Canal, está dorado el mármol como los rostros y el cielo es tan azul como los mantos. . . Pero Brujas, pintada con ceniza y negro de humo, es una tela de Carriére.

Así la había soñado yo, provincial y malsana, con sus menudos cafés cuyas estampas amarillas reproducen, como un espejo agobiado por los años, el cuadro actual de la vieja de cofia junto a la chimenea alta y morena, con sus espejos exteriores —periscopios de sus almas submarinas—, para captar los vaivenes de la calle, con sus beguinas de manto negro y sus conventos húmedos como cárceles, con sus estanques sin arrugas que duplican la desnuda geometría del árbol y el color turbio de la hora. . . Se diría que aquí las almas son más lentas, se diría que los corazones adquirieron un ritmo de ca-

nales en donde se han amortiguado las lejanas convulsiones del mar.

Otras ciudades de vastas perspectivas distraen el ánimo del turista: pero ésta de horizontes limitados por agua, de calles con canales como cuartos circundados de espejos, ofrece al alma prisionera el triste esparcimiento de mirar en sí misma. ¿No es toda Brujas como el examen de conciencia de un espíritu inquieto y reticente? Su irrealdad, su poesía provienen de este espejismo perpetuo, puesto que el mundo reflejado no puede ser monótono. Todo es posible y verosímil, como en los sueños, cuando las nubes bogan con los cisnes por la misma ruta líquida, y basta un soplo de brisa para que la flecha de la iglesia se quiebre en curvas delicadas.

Pero sólo en el crepúsculo temprano se transfigura este hospicio de poetas que pudiera ser Brujas la Muerta. La ciudad es un poema de Rodenbach lleno de raras y dolorosas imágenes. Una bruma sutil, empapada de oro, volatiliza los contornos de los solemnes edificios monásticos. La Tarde suelta las amarras del mundo como una barca empavesada en un canal y se va llevando hacia la Noche todas las cosas blancas que adoraba el poeta, hostias y lirios, cisnes y corderos. ¿No están allí, en la góticas ventanas encendidas, los convalecientes de su poema?, ¿No flotan aún en el canal, como en su estrofa, las cabelleras de las Ofelias? Por lo menos el celeste campanero está despierto, y sobre la agonía de la ciudad en que transitan almas blancas en pena de esta vida, las campanas empiezan a repicar deliciosamente como una promesa del alba.

Tal vez por la mañana, al tomar el tren, el prestigio de la ciudad se desvanece. Malos consejeros son los poetas, brujos taimados que tejen la realidad humana, como quería Shakespeare, con la misma tela que los sueños. Por eso no me asombro mucho cuando un compañero de viaje se obstina en repetirme que Brujas está viva.

—Ya verá usted —me dice— como la transformaremos pronto en un gran puerto de mar, donde no amarren ya barcos fantasmas. Desterraremos a los cisnes porque la navegación a vapor no sería posible con ellos. Claro está que conservaremos el “beguinaje”, pero le pondremos delante un torniquete para hacer pagar un franco a los viajeros. . .

Y casi quedo convencido por el tremendo futurista, porque me hace notar que si la ciudad sólo hubiera sido una hermosa difunta, no hubiera manifestado bajo la invasión el alma heroica. Sus rudos habitantes que fuman en las puertas, como en los cuadros de Van Eyk y de Memling, la renegrada pipa lenta, se prepararon a defenderla bien. Una ciudad de poetas se hubiera contentado, quizás con escribir, como Rubén, su protesta “sobre las alas de los cisnes”.

Mi compañero me sorprende entonces describiéndome la fisonomía de una bélica Brujas que no pudo presentir Rodenbach. La guerra animaba las calles de agosto por donde la multitud, ayer silenciosa, iba gritando *Leve Belgie*. Rodaban los “camiones” de guerra junto a canales eucarísticos. Antiguos guardias civiles que no habían recibido su uniforme, recorrían las calles vestidos de levita, con una cartuchera y un fusil. La imagen de Nuestra Señora de los Mercados ostentaba una ancha faja tricolor. . . Sólo los cisnes, poetas egoístas, continuaban enarcando en su canal el cuello lánguido.

Esto fue ayer; pero, después de los horrores de la invasión, la ciudad reanuda su sueño entumecido de bruma. Sin duda se burlaba mi compañero de viaje futurista. No, Brujas continúa siendo lo que fue. La prueba acabo de leerla en la vieja puerta Marechal, en un cartel. Allí se pide a los vecinos que obsequien objetos de bronce para fundir con ellos una campana conmemorativa de la liberación. Es encantadora noticia que esta libertad no signifique una vulgar estatua municipal, sino una campana más.

Repicará los maitines y los ángelus, será una nota nueva

en el concierto de las horas iguales, ayudará, vespertina y clara, a bien morir a los vecinos que escuchan temerosos salir de los canales, como un mensaje de otra vida, el lamento de la “campanas ahogadas” de su poeta.

Brujas, diciembre de 1918.

NAZARET

Vivimos horas tan singulares que ha bastado una línea de periódico para levantar un vuelo de imágenes. “El Ejército inglés en Nazaret” ¡. . . Adivinamos las casas de piedra en cuya puerta festoneada de viña una mujer morena y con ajorcas, mira el asombro de los jinetes rubios. Divisamos los montes sacros, el Carmelo y el Tabor, erizados de ligera artillería de montaña. Vamos a ver el vivaque junto a la fuente de María; y escuchamos el tumulto de los bridones que han turbado la paz de los pesebres. . . !

Porque Nazaret es hoy día lo que fue siempre: una risueña ciudad de promisión en la pétrea y calcinada Judea. Ya, a mediados del siglo XIX, observaba Renán que no ha ocurrido allí mudanza alguna. Las viñas y las higueras del evangelio continúan ofreciendo dulzura y parábolas. Con el cántaro al hombro, nuevas Marías de labios rojos como la carne del higo, esperan, recatadas y temblando, la sorpresa de un divino mensaje. Aquí a la fuente, a esta plácida lavandería, puede venir el Mensajero a todas horas. Quizá es aquel que bebe regaladamente. Acaso, con el blando y callado revolver del mochuelo, el Anunciador pasa en la noche.

Imagino que no es posible confundir al ángel Gabriel con los finos remeros de Oxford que acaban de instalar su campamento. ¡Cómo explicar, sin embargo, a estas lánguidas mujeres de Palestina, que llevan tales guerreros el evangelio en el bolsillo! ¡Cómo decirles que algunos de estos hombres

vestidos de *kaki*, son también nazarenos sin melena! Pero de nada ha servido repartir la Biblia gratuitamente. Su letra sólo puede entrar con sangre, como decían los viejos profesores de escuela; y el mismo Suave Maestro cogió alguna vez el látigo.

En las espaldas de los mercaderes ha restallado el castigo, y el templo está en desorden y el mundo ha perdido su dulzura remota. Ya no se puede nacer delicadamente en un establo de hadas porque nadie vendría a rescaldar, con su fraternal aliento, la flaqueza que nace. Los hombres no pueden ya rodear las cunas y nuestro "hermano inferior", el asno, se fué con todos los Sanchos. Si el ángel Gabriel se atreviera a bajar al valle ameno, una descarga cerrada acogería al intruso aviador.

Pero quedan todavía Nazarets y Belenes en el mundo. Junto a la *no man's land*, árida y fúnebre como la triste Judea, hay siempre ciudades de ilusión. Los caminos de guerra que he visto en tierra francesa se parecen a veces, extraordinariamente, a los "nacimientos" de mi infancia. Por lodazales y riscos sube también una extraña humanidad de rostro moreno y de turbante. Gaspar, Melchor y Baltasar entonan, en la sombra, obscuras canciones plañideras; pero ilumina los semblantes el resplandor de aquellos espejos diminutos que imitaban estrellas y lagunas en los ingenuos "nacimientos", porque todos sabemos que allí arriba, con dolor y con sangre, acaba de nacer humildemente una nueva era.

PARIS DE AYER Y DE MAÑANA

—¿Porqué no nos habla usted de la victoria? me dice un amigo de América.

He dudado un momento. Dudamos siempre al entonar *La Marsellesa*. ¿Recordáis a aquellos hombres canos que el 14 de julio, en la Concordia, vitoreaban a las tropas de veinte naciones y veinte lenguas; pero no supieron decir nada cuando pa-

saron —de color de bronce, como si ya estuvieran esculpidos— los cazadores llegados de *lā-bas*, del país rojo y negro en que se muere? Pues muchos somos como esos hombres canos y reticentes. No queremos empavesar por la misma razón que diera Joffre: ¡porque hubo tantos muertos!

Pero, en las horas triunfales, es bueno recordar las inquietudes pasadas para hacer más hermosa, con un crespón votivo, la corona. Quien ha visto a París en los pasados días no puede olvidarlo nunca. La fraternidad de la inquietud era aquí tan cautivante como la emulación de la esperanza. El obrero del asiento vecino os preguntaba en el *metro* si las noticias eran buenas; y le regalabais regimiento, como si fuese la caja de Pandora, un número del *Intransigeant* que tiznaba la mano. Chiquillas rubias leían en alta voz los comunicados llenos de nombres terribles que nunca pudieron retener en el colegio. Y confidencialmente, nos murmurábamos los nombres de las calles en donde habían estallado bombas. Una fe impaciente, un crispado optimismo se leían en los rostros de los hombres maduros que sólo pueden contribuir a la victoria con sus votos. Las mismas cabezas frívolas adquirían solemnes rasgos. Se parecían singularmente a aquella soberbia testa de mujer que está vociferando el himno eterno al pie del Arco de Triunfo.

Nunca el esperar fue mayor virtud porque de la suma de tenaces anhelos surgía, estoy seguro, el ambiente de resistencia que salvara a París. ¡Y como no, si estas chiquillas que se leían entre sí las cartas heroicamente burlonas de sus *poilus*, les habían escrito por la noche, con mala ortografía y buen fervor, la misiva que alienta! Del hervidero de París salía así, a todas horas, por correo, como un blanco vuelo de mensajeras, el tierno y terco mandato de resistir hasta la muerte.

En uno de sus maravillosos cuentos refiere Villiers de l'Isle Adam la guerra antigua donde los sacerdotes están sobre las altas torres sitiadas conjurando a los dioses y leyendo el

destino propicio en las estrellas. Nosotros también, ingenuos parisienses, hemos pasado más de una noche con los ojos en alto. De nuestro balcón queríamos adivinar el perfil de la Torre Eiffel por donde llegarían, crepitando, los mensajes de triunfo; de la calzada negra estudiábamos los signos de la noche en el "abismo estrellado" de Hugo. Sólo que tal astronomía apasionada estaba llena de sorpresas. Hemos discutido horas enteras con el vecino desconocido y fraternal que miraba la altura como nosotros, si aquellas estrellas se movían. Porque cada constelación era un aviador posible y no sería raro que más de un aviador fatigado del mundo, se haya quedado allí arriba, entre las nebulosas.

Menos felices, nosotros permanecíamos aquí abajo exhalando en triviales palabras nuestras inquietudes recónditas que acentuaba el cañón de las noches *góticas*. Después de haber aprendido con pasión astronomía y geografía, nos iniciábamos en los secretos de la balística. Ya sabíamos distinguir, en el salvaje concierto de la defensa de París, los grandes tenores solitarios y ese coro ligero, crepitante, de los automóviles artillados que el público seguía curiosamente como va en pos de los bomberos. . .

Y fue en esas noches locas, cuando era prudente confiarse en el sótano, pero imposible reprimir la curiosidad de ver la sombra fantásticamente iluminada por reflectores y obuses, fué en esas noches, cuando aprendí a comprender por entero el alma de París. Era la misma ciudad deslumbradora de nuestro amor juvenil. Era la misma que entonaba frívolos refranes en los fuegos de artificio del 14 de julio, pero acogía delirante al "tío Pablo" cuando llegaba del Transvaal pidiendo el reino de Dios sobre la tierra como un nazareno de levita; era la misma que se agolpaba en torno del caballo de Boulanger, pero arrasaba las Bastillas y sabía morir en las Comunas; la que no durmió para saber si Mme. Steinhel era abuelta y velaba ahora sin medir el riesgo evidente; la que

aborreecía todas las injusticias y amaba todos los “penachos”, la ciudad de Cyrano y de Gavroche, el París de siempre en fin, sin reproche y sin miedo, tan pronto al entusiasmo como a la burla, a la indignación que condena como a la sonrisa que perdona.

Era la misma ciudad, pero su acento parecía más grave. Había sonreído tanto ayer que perdió la costumbre de aborrecer. Si la palabra imposible no es francesa, según el dicho antiguo, tampoco el odio lo es. Y sorprendía ahora a todo el mundo el súbito y necesario aprendizaje de ira. En las catacumbas de los metropolitanos esas dolorosas madres plebeyas que amparaban a su prole tiritante, decían, con desalentado encono, cuando arreciaba el cañoneo:

— *¡Les sales boches!*

Pero las modistillas saludaban cada estampido con una sonrisa y la palabra de Cambronne. . . ¿Olvidará la ciudad generosa las miserias sufridas como olvidó las hambres del 70? Por lo menos algunos parisienses no las olvidaremos nunca.

Diré más, con cierta vergüenza de confesarlo. París volverá a ser la feria de la sonrisa, el París rutilante y bullicioso como un parador de caravanas de las Mil y Una Noches. Otra vez, en su carnaval, se codearán el sudamericano y el bajá, Grandes Duques escapados al bolcheviquismo con anarquistas sin camisa, nuevos ricos con eternos pobres, el “todo Jerusalén” con los recientes aliados de la Quinta Avenida. Bajo el vuelo de las águilas americanas los mozos de café recibirán de nuevo el apostólico don de lenguas. Y por esa calle de Babel que va de la Magdalena a la Bastilla, los Reyes Magos bajarán otra vez con su tributo de amor y de billetes de banco.

Pero entonces algunos hombres que hemos leído a Manrique, empezaremos a suspirar tal vez por esa ciudad fraternal en donde todos participábamos de la misma esperanza, en

donde la noche estaba llena de estrellas falsas, en donde una sirena lúgubre nos invitaba, como el viejo Kempis de la *Imitación*, a "aparejarse cada día a morir".

EL EMPERADOR SE VA. . .

"Comediante, tragediante",

Palabras del Papa Pío VII.

Se va como un delincuente, huyendo, temblando, en la madrugada, mientras su pueblo automático reemplaza con un solo ademán el casco de punta por un gorro frigio. Fuga el *Rex Imperator*, el margrave de Brandeburgo, el hombre de la espada afilada que creía haber firmado con Dios, como David, el "pacto eterno" que cantaban los Levitas en el Libro de los Paralipómenos. A decir verdad, nos desconcierta porque esperábamos de este soberano de teatro una salida de quinto acto. En vano Queiroz, sutil profeta, nos había prevenido que llegaría pedestremente a cualquier Hotel Metropole con la corona en la valija. Nosotros suponíamos una carga al frente de los húsares, y la gran capa blanca cuajada de sangre y lodo, mientras el moribundo balbuceaba una frase histórica. Le mirábamos en un avión enrojecido de poniente, subir más alto que las nubes para luego caer, en vuelo vertical como ave herida, sobre el *no man's land*. O siquiera Almirante de su flota silenciosa con pabellones negros, aparejar al Norte de misterio y de bruma para el postrer combate naval que lo desposara con el mar. . .

Pero escapa a Holanda en su confortable vagón *pullman*, envuelto en un cómodo abrigo de pieles, leyendo sin duda, en el trayecto, a su autor favorito Jorge Ohnet. El hombre de rapiña ha engañado al mundo con su disfraz de león. Hasta ayer pertenecía a la tragedia, hoy pertenece al *vaudeville*. Es un figurante más en ese carnaval de reyes sin

destino que transitan —melancólicos y aburridos haraganes— por la novela de Alphonse Daudet.

Heine decía que la historia es el viejo guardarropa del espíritu humano. Si hubiera conocido al soberano que aborreció su memoria y desterró su efigie del palacio de Corfú, repetiría el irónico pensamiento. Ningún cómico tuvo más disfraces. Almirante nominal, jefe honorario de veinte ejércitos, no le bastaban los éxitos locales a este primer tenor que buscaba por escenario el mundo. Cuando subió al trono en 1888, Bismarck, meneando la cabeza de mastín, decía: “Dará que hablar este chiquillo”. Ha dado sobre todo que maldecir; pero fueron casi inocentes los comienzos del romántico perverso.

Quiso, según el precepto de Gautier, ser musulmán en Constantinopla y beduino en Arabia. ¿Con cuál disfraz no se le ha visto en los periódicos ilustrados de veinte años? Su biografía es verdaderamente un inventario de guardarropa. Vestido de general de los tiempos de Federico II, con el fez que adoptó en Constantinopla, bajo el casco del águila o su gorro marino o la visera de terciopelo —*yatchman*, bajá y cazador ante el Eterno— cuando no fingía en los *fiords* del país de Ibsen la actitud de un nórdico espectador de cisnes; o, más romántico y tenebroso Werther de opereta, pasaba semioculto, en su conocida góndola, para visitar, en el Gran Canal, a su Carlota de Venecia.

Pero súbitamente se acordaba de Dios, de su Padre que estaba en los cielos fabricando rayos; y he aquí a su asociado terrestre que arruga el ceño para recordar al mundo que Alemania ha inventado la pólvora. Al visitar las fábricas de cañones sólo piensa en entonar alabanzas al Altísimo, en hacer, como dice la Biblia, “notorias sus invenciones en los pueblos”. Con su ayuda segura vencería a todos los enemigos de Israel. Tomaría, como el Rey David, al gigante de los veinticuatro dedos y los mil carros de a cuatro caballos y todas las

tierras de Ammón y de Moab. . . Y del oratorio en donde afilaba su espada santa, pasaba sin transiciones a su intimidad de sargento bromista, aficionado a la mala literatura y a la buena cerveza.

Alemania aceptaba sus excentricidades, seducida por el estudiante de Heidelberg que parecía tener en grado sumo lo que a ella le hace falta escandalosamente: flexibilidad de espíritu y la fantasía que ha perdido. Le perdonaba lo que era más difícil excusar: que fuera un estratega deplorable y un compositor mediocre en el país de los grandes generales y de Wagner. Porque en la vieja Alemania cataléptica sólo este hombre parecía vivir; los demás eran autómatas. ¿No tenía acaso, como el prusiano Mefistófeles, el don de la perpetua juventud y su maligna actividad? En todo caso, el demonio insolente de Goethe lo ayudaba en sus empresas temerarias y el doctor Fausto, su amigo y cómplice terrestre, estaba inventando gases asfixiantes en su laboratorio de Berlín (Para mí el genio de Goethe no consiste solamente en haber creado el tipo representativo de Alemania, sino en adivinar que este representativo era un doctor.)

El Emperador se fatigó muy pronto de la admiración de los siervos de la gleba alemana. Yo no sé si, como su regio cómplice, Fernando de Bulgaria murmuraría en su balcón, cuando la multitud lo aclamaba en la calzada oscura: “¿Cómo hiede mi pueblo!” En todo caso, cuando desfilaban sus soldados rígidos, debía pensar: “¿Qué gansos!”. . . Entonces cortejaba a los políticos de Francia en su yate lírico, iba a los bastidores de un teatro de Berlín a felicitar a las artistas parisienses en *tournée*; y la imperial pareja se extasiaba ante los trajes llevados, en tren especial, por una costurera de París. Así Nerón prefiere la enhorabuena de Petronio al favorable delirio de su plebe romana en la cloaca del circo.

Y no al azar y de paso recuerdo este nombre condenado. Nada me ayuda a comprender el alma del romántico per-

verso de Berlín como las soberbias páginas sobre Nerón en *El Anticristo* de Renán. Se parecen — ¡hasta en las cualidades! — como puede parecerse un latino nervioso a un alemán macerado en cerveza. La misma hipérbole, igual *cabotinismo* exasperado que lleva al circo o a Bagdad, la misma afición al arte colosal que notaba Renán — *Laocoonte* en Roma, gigantes palacios en Berlín — y la urgencia de acaparar todas las disciplinas: citarista o compositor de ópera, pero mal “corega” siempre. Nerón acabó por odiar a los romanos prefiriendo, por más artistas, a los griegos. Con la mirada puesta en París, soñando tal vez melancólicamente en haber sido Emperador de Francia, Guillermo II, durante algunos años, sólo tuvo frases afables para todo francés de tránsito. Pero los griegos de esta Atenas se burlaron siempre del *imperial cabotin*. En fin, las brutalidades con la Emperatriz nos recuerdan la muerte de Popea: aquella bata bordada con que Nerón daba audiencia en el Senado es tan famosa como los uniformes del otro; y la cuadriga victoriosa equivale al triunfante yate de las regatas.

Roma y Berlín aceptaban todo de su príncipe y el príncipe lo creyó todo permitido. ¡Qué digo! almas esclavas del mundo entero admiraron los trajines internacionales y las inesperadas actitudes de este Frégoli emperador. Al todopoderoso Señor de los cañones no le bastaba, sin embargo, con esta admiración de unos cuantos, sino exigía la arrodillada veneración del Universo. Entonces su insolencia ilimitada provoca a duelos de pueblos, entonces se detiene en unas maniobras de Inglaterra para decir en alta voz, cuando acaba de pasar el “despreciable y menudo ejército” de más tarde:

— Muy bien, pero ¿en dónde están los otros?

Y como un excelente cómico, después del chiste final, se va por los bastidores a galope. Entonces, disfrazado, llega un día a la Embajada francesa de Berlín, entreabre el manto para que el lacayo lo reconozca y pasa en seguida a exigir al Emba-

jador que no sea presidente de la República un candidato favorecido ya por los sufragios.

Todavía es el comediante, el tragediante vendrá luego. Sabe que el mundo le teme porque su pueblo es fuerte, afortunado. El mundo le ve afilando su espada en la rueda de la Fortuna. Con un ademán puede destrozar la frágil y temerosa paz. Ya el olímpico destino que nadie podía dominar según el sentir griego, parece residir en la casa Krupp. ¿Qué fiesta pueden darle a Nerón fatigado de omnipotencia? El incendio de Roma o la catástrofe de Europa.

La guerra, “la guerra fresca y alegre”, como él decía, iba a completar el guardarropa del viajero. Entraría a capitales aterradas, en un caballo blanco, erizado el casco argentino de nuevos penachos, con mantos de nunca vista rutilancia. Y, bajo el Arco de Hugo, mirando al pueblo magno en servidumbre, se sentiría amo del mundo. Pero el Dios invocado y “aliado” era el Jehová cambiante que humilla o levanta del polvo, según el humor de cada día, al pueblo de la “dura cerviz”. El Angel del Señor fue haciendo estragos en todos los términos de Israel —la frase no es mía sino del Viejo Testamento— y se derrumbó el Imperio como esas construcciones de sus metafísicos, esos palacios espirituales de Hegel que son hoy ruinas pintorescas.

Abandonado y maldito como el romano, huye este Emperador sin dignidad y sin “penacho” que pudo ofrendar su vida después de haber malgastado tantas. Pero yo estoy seguro de que al partir en el vagón confortable en que llevaba sus uniformes —y para el largo tránsito las novelas de Jorge Ohnet— mientras le saludaban militarmente los mariscales fieles, los cómplices de la vasta iniquidad, él dijo suspirando —como el otro:

— ¡Qué artista pierde el mundo!

LE JOUR DE GLOIRE EST ARRIVE

El sol se ha puesto sobre el Arco gris que los poetas comparan con un gigantesco dado o con la puerta de un asiático palacio de nubes. Y en la atestada Avenida rebulle un pueblo silencioso porque ya se ilumina, bajo la curva de piedra, el relieve dorado de aquella escultura de mujer —una idea del viejo Clemenceau— que está evocando a los muertos de la guerra.

Desde la tremenda noche de Hugo, el Arco de Triunfo no había sido cenotafio. En novelas y en crónicas habéis leído seguramente narraciones de aquella velada de 1885: un pueblo insomne que estaba velando a su poeta. Jamás un príncipe del ingenio sintió arder, como cirios de luto, tantos corazones en torno suyo; jamás un hombre ha dejado tantos huérfanos. Las criaturas de su sueño desmesurado, los vivientes hijos de su tórrido genio bajaron a lamentar a su padre común. Despacio, del viejo París, fueron llegando Quasimodo con su joroba y Gavroche que no reía y los “miserables” en obscura turba anónima. Entonces como, si el alma ustoria del poeta se diluyera en la muchedumbre, un gran soplo pagano cruzó por la Avenida. Se perdieron en la sombra las parejas nupciales y cada Booz buscó los labios de Ruth dormida.

Aquella noche y esta noche me parecen unidas en la historia francesa por una sublime concordancia. Los que nacieron en 1886, un año después de los funerales de Hugo, decía Barrés, deben ser vigilados. ¡Por supuesto! son los hombres jóvenes de hoy cuyas madres estremecidas asistieron a aquella ceremonia de exaltación y a aquel juramento de revancha. Había muerto el poeta del “año terrible”, pero toda Francia heredaba sus cólera.

Hasta imagino ver en esta ruta nocturna los mismos rostros de aquella velada fabulosa. El montón obscuro y formidable que hace la historia está esperando como ayer el testi-

monio de triunfo que dará la aurora futura. Sí, los "misera-
bles" son los mismos: la anciana que se ha dormido con la
frente apoyada en un cañón, las parejas que entrelazan las
manos en un banco lleno de sombra. A la luz de las fachadas,
toda la noche ardientes, se ven, sueños ingenuos y cabecitas
insomnes que están contando astros.

Todo el París popular se instala aquí. La avenida de los
Campos Elíseos es una tercera clase de transatlántico repleta
de emigrantes que tararean canciones o duermen pesadamen-
te en un rincón o esperan el alba mondando su melancólica
naranja. Hasta los mástiles y los altos gallardetes que la empa-
vesan, completan la sensación de una travesía marina.

Sobre la paciencia de la santa canalla que padeció cuatro
años de congojas, la noche tiembla de estrellas y mensajes.
Como en otras, pasadas e inolvidables, los altos fanales de Pa-
rís están cambiando signos con los remotos mundos. Una pol-
vareda estelar y levísima desciende sobre la negra masa dormi-
da, como el rocío de las mañanas y la paz de la tardes. Tal vez
no vienen de la Torre, sino de más remoto origen, aquellas
lentas miradas luminosas que súbitamente descubren en la
sombra la escultura de un bloque humano; tal vez se apiada,
en fin, el lejano demiurgo y será pronto verdad la esperanza
redentora de Hugo. . .

Pero ya anuncian la mañana todos los gallos de París.
Una clara y transparente mañana de primavera. Decidamen-
te el "viejo aliado" del Kaiser, el soberano señor del trueno y
de la nube, es un francófilo de última hora. Si nos manda su
lluvia cerrada, fracasa el día de gloria.

Alegre y fresca, se despereza la Avenida; los alquiladores
que pernoctaron en la silla o en la mesa os proponen a precio
escandaloso el más humilde banco. Pasan hombres maduros
con una exposición permanente de medallas en la solapa del
frac; alsacianas con sus encendidas faldas y su airoso lazo ne-
gro en los cabellos; parisienses palidísimas que han dormido

mal pero que no olvidaron la mota de polvos. Por todas partes banderas y flores y cantos, bajo la espléndida sorpresa de este sol mañanero. Sólo que, de trecho en trecho, nuestra sonrisa se desvanece al ver en cualquier balcón el rostro maternal de una mujer que está explicando al soldado ciego la imprudente alegría de los otros.

Es preciso esperar hasta más de las nueve de la mañana para que asome, sin los clarines de Rubén, la epopeya viviente en marcha. Bajo el azul recién lavado las nubes sólo parecen una humareda de los cañones y el estampido de los cañones sólo un eco celeste del corazón de París que late con el más violento ritmo. Durante todo el desfile resonará su júbilo altisonante. ¡Ya viene el cortejo, y tú no estás aquí para cantarlo, Rubén Darío! Primero, los mutilados, casi ocultos bajo la avalancha florida; después los *sammies* con su paso que danza y los guerreros de la vieja Albión, recién afeitados y rubicundos, en sus finos caballos de carrera; y el luto de Bélgica en las banderas que París aplaude hasta enronquecer; y luego todas las razas oscuras, los nuevos pueblos de 1919 salidos, se diría, de una mazmorra de siglos, a respirar el viento de libertad que orea el mundo esta mañana.

Mas ya desfila bajo el Arco de Triunfo el ejército azul con rostros y banderas que el mismo viento ha curtido en las batallas. Aquí está Francia de pie con sus veinte razas de gesta; aquí viene, avanza, crece, bajo la invisible sombra de las victorias ápteras. Bretones recios y pueriles que morían cantando, normandos de altos mostachos y el rostro encendido de sus manzanas, risueños chíquillos de París, negros de todas las Africas con la luz tropical en su sonrisa; zuavos flotantes, rutilantes junto a los albornoces de los viejos príncipes árabes; oscura gente pacífica disfrazada con paño azul, carne de fábrica y de gleba, catadores y viñadores, rudos jayanes de Champaña o Borgoña que abandonaron sus vides en agosto para empezar la vendimia de sangre; y los cetrinos hombres

de la tierra de olivos y laureles que llevaron a las morosas trincheras la alegría de sus cigarras.

Y como arrecifes en aquella marea las figuras emergen de Joffre, abuelo de todos; de Foch, lento y rígido, como si sintiera ya en las venas el bronce de su futura estatua ecuestre; y la mandíbula de Mangin el Implacable y la gracia más humana de Gouraud con su barba arábica que llega hasta la altura del brazo manco.

¡Cómo sofocar la emoción de aquel minuto! De las ardientes flámulas y las banderas desgarradas, de las cercanas fanfarrias y el vocerío de la turba ronca, de la caudalosa avenida en que deflagran vitores y aletean mensajes de pañuelos, de toda esa clara conjunción de raptos, se levanta un perfume de lagar, un olor de vendimia nueva. Estamos borrachos por un minuto largo. Los pañuelos de las mujeres que partían de la ribera de cada balcón llevando a los guerreros su secreto deseo, regresan ya a los ojos húmedos. Mi vecina de observatorio tiene las mejillas tiznadas de blanco y negro porque todo el artificio de *rimmel* y polvos de arroz, lo deshizo el sollozo brusco.

Brillo de espadas y de llantos, bayonetas floridas, rosa y laurel sobre los uniformes, alegría violenta y cielo azul, nada ha faltado a la fiesta. Todavía su polvareda de gloria está flotando en la Avenida. Pero cuando se amortigua ya en los bulevares la sonora titilación de los clarines, cuando el paso de la Victoria armada no estremece la más gloriosa alameda de París, sólo quedan en la mente, como imágenes de aquel faustoso minuto de parada, la manga de Gouraud batiendo al viento como una bandera rota y las lágrimas lentas que manaban los ojos de los soldados ciegos.

París, 14 de julio de 1919.

EN LA VERBENA DE MADRID

Puede considerarse este libro como un complemento de *Bajo el clamor de las sirenas* y como el encuentro de VGC con su viejo abolengo hispánico. El estilo de *En la ver-bena de Madrid* es notoriamente más dinámico y menos nostálgico que el de *Bajo el clamor de las sirenas*. VGC navega por la superficie madrileña sin penetrar en sus problemas. Es realmente el recorrido de un turista lúcido y fino, pero, de todos modos, un turista. Le atraen los festejos callejeros, el chotis y la jota, las guitarras y las castañuelas, los cafès, las "bailaoras" y las tertulias literarias: son acuarelas de Madrid.

Una de esas acuarelas retrata a la "Fornarina," atractivo típico de Madrid de ese tiempo. En otra, irónica, la emprende contra Ricardo León, con gracia y con injusticia. El autor de *Casta de Hidalgos* y *El amor de los amores* fue efectivamente un rezago místico y trunco de la Edad de Oro, sólo un rezago, más con expresiones de casticismo indudable y autor de versos interesantes del más puro estilo modernista. Este libro también de 1915, escrito en plena guerra, fue publicado por Ediciones America Latina, París, en 1920.

En *Mundial*, -1921- yo escribí un comentario que, creo vale la pena transcribir.

“Nosotros no queremos comprender nunca que España es otra cosa, muy diferente, muy otra de lo que nos la imaginamos.

Nosotros no queremos comprender que en España se piensa en muchas cosas que no creemos y que la flamenquería se refugia en estas tierras de Hispanoamérica, inserenas, turbulentas, locas con esta bendita locura moceril. Nos hemos empeñado en creer que España es lo que nos han pintado viajeros intonso y superficiales observadores.

Y ahora no. Ahora hay una generación moza que arremete contra todos los ídolos caducos, que no quiere fetiches y, si gusta de los toros, no hace dioses de los toreros.

España se europeiza como quería ese gran vidente que se llamó Joaquín Costa. Brisas renovadoras acarician a una generación de rebeldes. Se van los ídolos viejos. Un pensador joven, Ortega y Gasset, golpea a las puertas de la intelectualidad hispana, para llevarle la luz. Un viejo incansable, Unamuno, mariposeador de ideas y sistemas, sigue predicando la necesidad de ser rebeldes. Azorín destila, con su escepticismo amable, desconsoladoras verdades. Baroja arremete contra mil ideas fijas de la raza. El melenudo y tenaz Eugenio Noel no se cansa de predicar antíflamenquísimo, y muestra, con arrogancia sin par, lo que valieron Cánovas, Echegaray y Moret. Valle-Inclán embruja el estilo. Gabriel Alomar, Maeztu, dan lecciones inolvidables. La voz de Costa, el apóstol, obsesiona esos cerebros. Gómez de la Serna escucha atentamente el rumor de las selvas exóticas. Los Machado, Díez Canedo importan poetas franceses. Maristany emprende una obra gigantesca de cultura. Y, en Cataluña, en esa Cataluña bien amada de Gálvez, Eugenio d'Ors, Xenius, muestra las excelencias de “La bien plantada”.

España se convierte. Imitando a uno de sus hijos preclaros, quema sus naves. Nada de rutina. Fuera los viejos creídos. Y este rumor incesante es el que traduce admirablemen-

te un libro al parecer ligero, superficial, leve: En la verbena de Madrid por Ventura García Calderón.

Libro desconocido en Lima. No se ha vendido en librerías. Debo su lectura a la gentileza de un amigo. Es una deuda de las que difícilmente se pagan.

La actividad de Ventura ha crecido enormemente de un año a esta parte. Tres libros ha dado a la estampa en tan corto espacio de tiempo. Tres joyas. Ha ido a España como a tierra desconocida. El idioma le hace recordar que él conoce algo de eso: que esa tierra tiene algo de su ser. Vaga. Estudia. Piensa, escudriña. Quiere ser un observador imparcial, pero derrepente no se puede contener. ¡Sabe Dios qué voz maldormida despierta en su conciencia, y —oíd sus propias palabras— “bruscamente, olvidando la amenidad prometida, rompo el encanto de la verbena, apago el candil a cintarazos y revuelta la capa del embozo en la siniestra mano, salgo a reñir con cualquier Sancho que pasa...” .Y hete aquí al cronista, sintiéndose completamente de España.

¡Da ganas de copiar todo el libro! Esas páginas sobre don Juan, elogiando el encanto del amor que pasa, ¡cuánta amargura no encierran! “No mudamos muchas veces de mujer, ni de domicilio, —dice el cronista— por no desordenar algunos pensamientos y algunos libros”. La frase parece buscada; forzada, la paradoja. Pero ¿acaso no es cierto que la mayor tortura es cuando el amor se vuelve costumbre, y se estanca en vez de renovarse cada día?

Y allí no se detiene Ventura. Estando en España, se resuelve a ir de juerga; y del paseo nocherniego, nace una página llena de sugerencias Mira Madrid con ojos de enamorado. Con ojos de enamorado de la vieja y ya extinta leyenda. Amargamente piensa, piensa que los mantones de Manila detenidos en “los museos del pobre” —así llama a las casas de préstamo— irán para siempre a los museos grandes, como “mortajas de una alegría extinta, como estandartes de la majeza abolida!”.

*¿Cómo faltar a toros, estando en Madrid? Y Ventura asiste a una corrida. Ve a Belmonte y a **Joselito**. Lo primero que lo sorprende es la suerte de pica. Le horroriza. Luego, se dedica a observar al público. Comprende la enorme sugestión de la sangre, pero, lo que le subleva y le solivianta es el prestigio de los toreros fuera de la plaza.*

*Pase que, en toros, lo sean todo. Pero, afuera, no. Afuera no valen nada. Son unos hombres que beben, juerguean, hablan **apretado**, y dicen piropos al lucero del alba, si este se resuelve a salir con faldas.*

*No falta una nota elegíaca. Corta. Breve. Un suspiro apenas. A lo sumo, una lágrima. Muere la **Fornarina** —¿la recordáis?*

El cronista evoca entonces, una noche en que la vió riente, y se sintió enamorado de ella. La Fornarina se fue joven, como deben morir las mujeres guapas. Ventura lleno de emoción, cierra su crónica con una invocación deliciosa: “¡Olé la Muerte que vino pronto a llevarte, oh majita adorable, en tu mortaja de Manila! Al cementerio llevaremos, modernizando las ofrendas de los poetas griegos, en leves tumultos, ungüento de rimmel para los ojos, un canto encarnado para los labios y una guitarra con madroños en donde el viento al quejarse tenga solo el rumor de una copla torera”.

Yo quisiera transcribir más párrafos como éste, para dar una idea —remota aunque fuera— del libro encantador.

Pero, hay otro aspecto en esta obra. El cronista se siente conmovido por la suerte de España. “Nosotros, los escritores españoles”, dice en alguna página, sintiéndose de Iberia. Y como español, la emprende contra ese simulador de clasicismo —almíbar empalagoso— que se llama Ricardo León. Y ¡vaya si es duro el varapalo! No queda nada del académico. Y poco les queda a los de la que “fija, limpia y da esplendor”. Imitando lo inimitable se llega derecho a la Academia, cuyos miembros tienen un instinto admirable de monederos falsos.

Otra vez, se detiene en Salamanca ante la figura egregia de don Miguel de Unamuno.

Tampoco es pequeña la arremetida, solo que reacciona. Reconoce el mérito enorme del Rector, por su inquietud y su curiosidad insaciables. "Buscó, dice, buscó siempre el reino de Dios como Pascal, a tientas y gimiendo. Mucho le será perdonado, porque se ha angustiado mucho".

*Callo el comentario a las crónicas, sobre Ferrer, sobre el profeta Costa, sobre la entrada de la Pardo Bazán en la Academia y sobre las páginas harto intencionadas que dedica al sospechoso maestro de los **Intereses Creados**. Paso el elogio a Ortega y Gasset, para detenerme en el de **Azorín**.*

*Yo no se de ninguna crítica más honda y, al mismo tiempo, más sobria sobre don José Martínez Ruiz. En breves líneas analiza la personalidad del escritor. Cada observación es un gran acierto. Cada calificativo es irremplazable. Entre tantos aciertos, no encuentro uno sutilísimo; **Azorín** no es subjetivo como se ha dicho siempre, traduce por el contrario el objetivismo más grande. Y en esto no se parece a su maestro, Miguel Evguem, señor del Montoiquel.*

*¿Insistir más sobre este libro? ¿Para qué? Cuando un autor ha escrito páginas como las de: **En la verbena de Madrid**, síntesis como **La literatura peruana** bocetos como el de Rubén, en **Señalanzas de América**, cualquier elogio parece pálido y toda glosa resulta fuera de lugar.*

LASS

Enero 1921.

Para Federico Beltrán y Masses

En tu taller de París, a veces, Federico, mirando las mujeres de tus lienzos me parece que llegan de muy lejos a contarme la historia de España. De Toledo venían con su alma gótica a una verbena goyesca, pero antes de llegar a San Antonio de la Florida, se han detenido en Aranjuez. Una vida nueva comienza, como en el libro de Dante, para estas Beatrices pensativas. Todo era violento ayer, la alegría y el luto en tierra y cielos que pintaron los Goyas y los Grecos. Pero una juvenil y matizada paz amanece con ellas después de las azules noches que tú pintas. Son las musas de la España joven, las Galateas y Melibeas que han resucitado para nosotros. Todavía conservan como en tu tierra, las inquietudes de la Edad Media, mas ya conocen la maravillada sonrisa de los Renacimientos. . . Así cabe en tus cuadros toda la España nueva que yo aprendí a amar en Madrid; toda la España viviente que no reniega del pasado, pero rehusa las falsificaciones de ciertos académicos.

Para tus majas alegóricas he seleccionado este ramillete de prosas breves y sonrientes. Refiero aquí mis vagares de madrileño, las noches alegres en la Bombilla y las mañanas cuerdas en la Universidad. Mas confieso también las aventu-

EN LA VERBENA DE MADRID

ras de un español adoptivo tan castellano que a veces hierve en sus venas la vieja sangre guerrera. Y bruscamente, olvidando la amenidad prometida, rompo el encanto de la verbena, apago el candil a cintarazos y revuelta la capa del embozo en la siniestra mano, salgo a reñir con cualquier Sancho que pasa . . .

París, 1920

CONSIDERACIONES SOBRE "DON JUAN"

Con la visita a las tumbas en este gris Noviembre de nostalgias y esplines, llega todos los años la evocación de aquel simpático descarado por quien las tumbas se poblaron, el "gallardo y calavera" Don Juan del alma mía. Cinco teatros de Madrid representan el drama de Zorrilla ante una sala llena. Enrique Borrás, el prestigioso actor y el más ilustre tenorio de este año es un Don Juan mitigado pero admirable. ¿Confesaré que me place la obra entrañablemente? Sonreiré por supuesto de algunos "ángeles" y "palomas de amor", o cuando la metáfora sevillana tiene prolijidades de arabesco. Nuestro realismo minucioso admite difícilmente espectros y ánimas en pena. Pero en conjunto *Don Juan* deja en nosotros la resonancia de un drama de Calderón *La vida es sueño*— y sueño a ratos.

Parece un auto sacramental, una tragedia mística. El gran conflicto escolástico de los siglos medios entre la predestinación y la libertad, aquí se resuelve de la más simpática y española manera. "Está de Dios" que Don Juan se salve. Se respetará, sin embargo, su libertad, su albedrío, pero, mostrándole en una fantasmagoría la muerte próxima, se le invita eficazmente al acto de contrición. Es un "acomodo con

el cielo” uno de esos santos tartufismos que inventara a menudo la caridad peninsular y sobre todo la andaluza. Triunfan la gracia santificante y la voluntad de una mujer.

No olvidéis que estamos en la tierra de María Santísima. Y es una delegada suya, una de esas pálidas y meladas sevillanas de Murillo, la que llega del otro mundo a rescatar el alma del amador. ¡Cuál tarea más santa y cuál rescate más profano! El pecador no sabe si se convierte o ama, la religión y el amor se asocian, la ruta al Cielo se transforma en un viaje de novios.

Pero hay muchos otros “españolismos” que voy notando al pasar, para comprender el éxito asombroso de este drama. Todo es innegablemente español aquí. Lo es la arrogancia fanfarrona con las mujeres. Mirad en la calle el desenfado con que la requiere de amores el más hampón transeúnte. Recordad la facilidad con que Don Quijote, a pesar de su mala catadura y su fino entendimiento, cree y razona el amor rendido de Altisidora. Es español —leed cartas de novela popular y los “avisos” amatorios de los periódicos— este intelecto de amor florido, este arábigo lujo de tropos con que se adorna aquí la frase apasionada. Y la aventura donjuanesca, la conquista por la conquista más que por la presa, el afán sin tregua ni término, están delatando la voluntad antigua de Teresa, de Quijote, de Ignacio. ¿No es idéntico tesón con objetos diversos? Un corazón, el cielo, la insula, Dulcinea, doña Inés, todo es semejante blanco para la puntería de estas almas certeras y aceleradas. Esa misma recomendación devota, esa idea del Cielo como un concurso en donde amistades y compadrazgos pueden aprobar o suspender al postulante, ¿no la hemos compartido todos, cuando creíamos? Y en fin, las vacilaciones de Don Juan en el cementerio y en el banquete, su brusca duda sobre la realidad del mundo —por donde Calderón se acerca a la filosofía alemana— ¿no fue siempre, como en la castiza aventura de Segismundo, el mi-

nuto de fatiga en el esforzado, el minuto en que el árabe soñador suplanta al capitán de tercios de matarifes?

Es español nuestro héroe, pero es también universal. ¿Quién no lleva un Don Juan adentro? Un Don Juan que no siempre puede salir a luz pero sueña, por lo menos, con ver rendidas a todas las mujeres. El Tenorio es nuestro mal pensamiento, nuestro querido mal pensamiento de los veinte años. Los tuvo siempre este hombre y fué tal vez su tragedia. La nuestra es no tenerlos sino una vez. Envejecemos. A la pereza de corazón le llamamos fidelidad, y al miedo a la aventura "sentar la cabeza". Pero con melancolía sedentaria miramos a los divinos nómadas del amor para quienes tiene un sentido terrible la palabra eterno.

Fue el resquemor de Don Juan. ¡Cariño eterno! ¿Existe acaso? Cuantos han amado os dirán, si son sinceros, que se disipa luego, por lo menos, la dulzura del primer diálogo y la virginal torpeza del beso. Amarse es pronto una costumbre y un *confort*. No mudamos muchas veces de mujer ni de domicilio, por no desordenar algunos pensamientos y algunos libros.

Pero allí, en cualquiera esquina emboscada, nos espera la mujer ideal-ideal porque es distinta, encantadora porque el hábito no la ha desprestigiado aún. Si la aceptamos, pasará luego este minuto como los otros. En vano los poetas, urgentemente cordiales, están urdiendo halos morosos para la pasajera santidad del amor. Toda la lírica no ha sido sino un reproche al cariño que se disipa, que no puede menos que disiparse. ¡Pólvora en salvas! Quizá no existe la Elegida, la Única. No siempre fue mala ventura; sino le dimos a Dulcinea tan soñado entendimiento de hermosura que en ninguna venta del mundo la hallaremos. No me extraña que un gran poeta haya tenido por compañera de su vida a una cocinera. Si no llega la que no puede venir, ¡qué más dan fregonas o marquesas!

Vamos tropezando por supuesto con lo que Schopenhauer llamaría las emboscadas de la especie. Esta mujer que pasa, es precisamente y con urgencia, la felicidad. Sigámosla, abandonemos todo para seguirla hasta la esquina en donde la trocaremos por cualquiera otra. La primavera pérfida colabora a estos altos de gala en el camino. Todos hemos sentido en esos peligrosos días tibios, macerada el alma en ternuras, la necesidad de balbucear sandeces o penas viejas. "Lloró sobre mi chaleco", dice la burla de Francia. ¿Sobre cuántas blusas que pasan vamos a hacer lo mismo? Instalaríamos en un pisito discreto a cada mujer y si nos niegan la golosina, somos capaces de no dormir según el código romántico.

¿Compartió Don Juan tales ansias? Lo anterior me parece expresar precisamente "lo que no sintió Don Juan". Tuvo, demasiada salud espiritual para hacer el ridículo como Alfredo de Musset en Venecia. Estaba en primavera siempre. Si quisiéramos valernos del manoseado mito griego, diríamos que la flecha de este arquero ejemplar iba directa al blanco. Era el halcón de las monterías viriles y no esta golondrina nostálgica de aleros en que ha venido a simbolizarse nuestro vacilante y cobarde amor. Mi amigo Giovanni Papini, el admirable florentino, escribió un cuento: *El hombre que no pudo amar*. Era Don Juan. Estoy de acuerdo si reputamos al amor como un abandono, como una entrega. Y Don Juan no se ha entregado nunca. Le gusta hojear mujeres. Es un precoz aficionado al "roman psychologique" de cada vida. Le suponemos ahora como un Stendhal curioso infinitamente. No dirá, como los vulgares amadores, que todas las mujeres son iguales. Sabrá discernir en cada cual gracia y modales sin duplicado. Y concebimos que pueda sentir, al envejecer, la melancolía del químico moribundo sin haber agotado las experiencias. Por este resquicio tiene cabida la mística. ¡Miseria! No podemos acaparar todos los éxitos. Mil

tres dicen que fueron los suyos; pero hay millones de enamoradas probables, y ante la melancolía de esta parquedad, excuso que un espíritu delicado vaya a la Iglesia para emplear su amor sobrante. Ya, por lo demás, el amor a Inés significa la fatiga de Don Juan. Dice que ama en ella la virtud y esto infiere vejez. Para los paladares estragados fue siempre condimento la pureza. Pero el buen apetito de Casanova acepta todo, monja u horizontal, sin preferencias.

Se ha enmohecido la veleta. Desde entonces ya no nos interesa o nos seduce de otro modo. Nietzsche hubiera seguido en este Juan amortiguado, la trepadora floración de la "mala conciencia". Considerado como la lucha del catolicismo en un alma fuerte, el drama se profundiza y se eterniza. Don Juan es el instinto joven. Tal vez prolonga la selvática independencia del bárbaro. Me lo figuro como a un mozo visigodo a quien de pronto unos hombres tristes le enseñan a llamar pecado su ardor pánico. Se va a reír algunos años, retando hasta a las sombras con desacato pueril y exagerado, pero el morbo está dentro y el morbo se llama remordimiento. No me digáis que es sólo el drama de un mozo calavera. Toda España está aquí debatiéndose con una tristeza importada de Samaria. ¡Y otra vez has vencido, Galileo!

Más, persiguiendo al amor, la Iglesia le ha dado vida nueva aunque enfermiza. Al habituar a escarbarse la conciencia en el examen penitente, abre el camino de la "delectación morosa" que tanto combatieron los teólogos. Se saborea dos veces el pecado: al cometerlo y al expiarlo. Además, el seductor cobra el prestigio diabólico de Fausto. Mientras más cándida sea Margarita, más fácilmente la misión evangélica de convertir al pecador, la entrega desarmada. Doña Inés vence al cabo, mas no olvidemos que su galeote de amor está ya un poco neurasténico.

Porque no podemos imaginar a Don Juan detenido en

una ventura. Aquí no hablamos sólo del personaje de la ficción, sino del "homme-à-femmes" que todos hemos visto alguna vez. Pone su genio en su vida como Wilde. ¿Concebimos a un novelista que no escribiera más novelas porque la postrera fue excelente? En el amor hay también una especie de producción constante, de genio creador. Tal vez ninguna gloria se equipara a la del viviente drama en tres actos, a la del sublime tríptico: la frescura matinal de la primera escaramuza, la gloriosa certidumbre de poseer y la crueldad del abandono. ¿Crueldad? Don Juan no puede mirar atrás. Su error es ayer y su obra de arte es mañana. Manón sería su amante ideal; pocas mujeres se llaman así; las más, Ofelia o Gretchen.

Gajes del oficio son las quejas de la mujer preterida, pero muy útiles para el seductor las jeremiadas. Por cada Ofelia muerta, se duplica el prestigio de Hamlet. Y está probado que cuando se quema una falena en la lámpara, acuden enjambres a quemarse. En el amor al peligro ha hallado un francés filósofo la mejor base de la moral. En el mismo fundamento reposa el amor de las mujeres. Cuando la señora de Bovary se va a la cita con Rodolfo, su mayor deliquio es pensar que el excelente Carlos podría despertarse y sorprenderla. Por lo demás, poco les importa llorar después. Para consolarlas siempre hay iglesias iluminadas, la fantasmagoría del enamorado místico. Tienen allí el asilo las inválidas de corazón que verán a Dios. Y es la más admirable contribución del catolicismo al amor, la de haber enseñado a las víctimas de Don Juan, que hay un sabor excelso en las lágrimas.

Madrid, noviembre de 1914.

NOCTURNO MADRILEÑO

Os echa afuera el calor del verano español. La luna se ha quitado su careta de nubes. Tal vez os llama un organillo, uno de esos organillos socialistas que dan a un aria de Beethoven compases dislocados de petenera.

¿Adónde ir sino al Retiro? Brilla su escándalo de lejos, ruidoso y claro en la noche azul. A este jardín van en tumulto falenas y gentes. ¿Por qué se ponen uniforme esos cabañeros para tocar la música de Chapi? Ya están girando madres obesas y los inevitables niños góticos pelan la pava en público. Tal vez se inclinarían a declararse, pero les estorban los pantalones blancos, casi tanto como la vigilancia militar de las madres. Estas centinelas del hogar parecen reñidas para siempre con el corsé de París. ¿Cómo no aterran a los novios? Allí está vivo el futuro del matrimonio.

Escapáis siguiendo a la clorótica luna que se remonta del calor terrenal a un cielo fresco. Una florista se os ha prendido del brazo como una amada. Tunantemente le pedís otra cosa que rosas y ella tarifa en una peseta el madrigal. Os acomete un menudo proyecto de mujer que sólo sabe decir “papá”, “mamá” y “una perra gorda”. El célibe errante va a parar necesariamente a una horchatería. Sirven rubias y morenas —*half and half*, para todos los gustos—, y al dejaros el vaso fresco se quedan lánguidamente en jarras, mirando al techo remoto en donde un Zuloaga aprendiz pintó españolas feas de mantilla. Tunantemente les pedís otra cosa que horchata y ellas sonrén, taimadas, para aumentar la propina.

¡Cochero, a *Parisiána*! Como el camino es largo tenemos tiempo, bajo esa luna linfática, de imaginar un soneto y un amor. Se llega al Parque del Oeste. Observáis que los grillos y las estrellas parecen estar de acuerdo para titilar al mismo tiempo. Rimán verlenianamente esta breve endecha

insistente y aquella luminosa intermitencia. Nos persigue el dúo sentimental hasta la puerta. *Parisiense* es un café-concierto al aire libre. Se cancanea a veces, pero lo clásico allí es la jota y el *cuplé* con sal y pimienta. Esta manera de agitar las caderas que Mauricio Barrés elogió irreverentemente en las mujeres y las mulas de España, nos arranca oles sonoros y vivas a las madres.

Las madres están cerca de nosotros. Tienen horribles sombreros, dientes postizos y un pronunciado bozo de bachiller. ¡Así serán las hijas! Si algún pintor católico estuviera aquí extraviado, podría repetir aquellos cuadros morales en donde se inspiraba el asco a la carne joven mostrando cerca la carne desvencijada. ¡Miremos sólo a las hijas! ¿Cuántos años fueron necesarios para aquella virtuosidad de castañuelas, desde el *pianísimo* hasta el tableteo estrepitoso? ¿Cuántos consejos de las madres para obtener esa ciencia de la sonrisa! En cuanto a la ondulación de cadera y vientre —*la bisagra*, como dicen los ententidos,— no se aprende. Para zanzarse así, es preciso haber nacido en la tierra de María Santísima.

¡Cohero, a la *Bombilla!* Es el recurso de las noches aburridas. Beberemos una caña de manzanilla, es decir, un dedal de vidrio con un Jerez aguado, trepador y sabroso. Veremos bailar a manolas legítimas con señoritos de *smoking*. Un organillo socialista toca a huelgas de amor y a meneos toreros. El clásico sirviente sordo os sube a la alcoba del palco un falsificado Jerez de Blázquez, más caro que el champaña en Montmartre. Como la noche refresca, la moza que comparte con vosotros los langostinos tose desesperadamente arrebujada en su fino mantón. El mantón tiene una flora cananea de rosas y cabezas de filipinos que son sin duda guerrilleros, Rizal tal vez. Os conmueve este recuerdo. Habéis bebido con exageración chatos y cañas; y la famélica manola os habla del mantón que es regalo de un novio. ¿Cuál de ellos? murmuráis. Ella os da un golpecito en los labios con un abanico

musical que tiene cosidos cascabeles. La palabra novio os parece abarcar en España significados singulares. La noche está sentimental. Esta manola va a contaros un querer hondo y bostezáis aparatosamente hacia la flotante luna. Allá en Seviya, chiquiyo, tuvo más novios que estreyitas en el cielo.

Para ayudarla a llorar, pedís una manzanilla. Llega el nauseabundo olor del veguero que fuma con delicia un *espada* flaco. Os sorprende que haya venido a este lugar pecaminoso aquella respetable dama de cabellos blancos y toca de viuda. El mozo del merendero os responde sonriendo: ¡Ah, no sabíais que así anda vestida Doña Celestina la entrometida!

Vuestra compañera la conoce, la debe tal vez favores. ¿No es natural invitarla, siguiendo la costumbre, a una botella de manzanilla? Ella, que es castiza, retornará al cuarto de hora. Empieza el tiroteo a vuestra salud. Si queréis pasar por madrileños es preciso continuar esta batalla de cortesías, esta guerra amable, hasta agotar el último duro y haber trasegado una barrica. Para abreviar, será mejor llamarla a vuestra mesa. No preparéis una sonrisa cínica: ya no emplea Celestina aquel lenguaje rudo y pintoresco de la antigua tragi-comedia. Es una dama distinguida, melindrosa, que come los langostinos con tenedor. Para hablar de la profesión dice “el trabajo” y al precio le llama “pretensiones”. Su lema es: “Señor, el pecado puesto que es inevitable, pero con la mayor elegancia.”

Estallan, como cohetes musicales, los organillos. De cada merendero llega distinta música. En el aire, impregnado de humedad campestre y de luna, se elevan, caen, insisten con alaridos de parturienta, voces que narran sin palabras una histórica melancolía, una pena arábica. En cercanas alquerías se despierta el gallo sonoro. Un tintineo vagaroso y dormido os anuncia la gracia eglógica de cabritillas que en la cercana choza duermen. Despertáis pesadamente cuando el camarero os prueba, cuenta en mano, que la dorada manzanilla es oro

líquido. Vuestra compañera se ensaña todavía con el cadáver de un cangrejo. Bajo la luna amparadora de celestinajes y parrandas, Doña Caestina os propone a su sobrina. No la ciega el parentesco, pero es, señor, un capullo de rosa. Un chulo alto, cadavérico, enroscada la inevitable flor en la oreja, está bailando el *agarrao* con una tétrica manola de pies menudos que da intermitentes pataditas. Frente a frente, en el sentido más aproximado de la frase, se están mirando en los ojos como los becquerianos que quieren ver su imagen en el fondo.

Mas no se ha inventado este baile para gentes que abusaron del jerez y la manzanilla, ni vamos a emprender el camino a pie. Mejor sería estar en uno de esos instrumentos de tortura que llaman coches; y el golfito providencial os va a buscar a un cochero amarillo que llega desabrido porque estaba jaleando. Para adularlo os interesáis por su jamelgo. ¡Que no se arranque en las cuestras! Vamos despacio, amigo mío ¡Linda noche!

Avanzamos prudentemente como expedicionarios en un país salvaje. Cuando él se fatiga de estar sentado, baja a arreglar una rienda floja, a dar una palmada paternal a este futuro rocín de picador. Ninguno de los viajeros tiene prisa. Siempre hemos de llegar, me dice este filósofo del pescante. Y un día nos hemos de morir, epílogo yo.

El jamelgo es sin duda Clavileño porque vamos recorriendo soñados países tenebrosos. Luego, la parada dura tanto, que empiezo a barruntar que hemos llegado. Me saluda cariñosamente un nocturno Diógenes. Amigo Sereno, buenas noches. Todavía charlamos de la luna, de las buenas mozas y de Don Antonio Maura, que Dios guarde. Con terrible fragor de llaves abre la puerta este San Pedro bondadoso y barbado. Me palmea familiarmente el hombro; después, viendo mis pies no muy seguros, efusivo y nostálgico murmura:

— ¡Qué buena estuvo la manzanilla!

RICARDO LEON EN LA ACADEMIA¹

Un nuevo semanario, "España", abre la encuesta: "¿Qué opina usted de la entrada de Ricardo León en la Academia?" Azorín "lee con gusto" sus libros, pero no está conforme con la idea que tiene León del clasicismo. Baroja se encoge de hombros y otros literatos clavan su sátira al responder. Con la entrada en la Academia ha obtenido pasajera actualidad este escritor mediocre.

Ricardo León no es un hombre sino un símbolo triste. En la bifurcación de dos Españas, la que surge y la que se derrumba, es el conservador de las viejas zamponas y los vulgares sistros, el Anticuario Mayor del Reino. La "religión de nuestros mayores", las "venerandas tradiciones", "nuestro gran siglo de oro", tienen en él a un vocero nato. Es el genio del "cliché" y el más hábil remendón que ha parido Málaga.

Hay en Madrid, en un rincón del Rastro, una perenne feria intitulada "Las Grandiosas Américas". Aquí van a parar los restos de un naufragio de siglos, lo desechado por la "peña", y es aquel un pintoresco mercado de antiguallas

(1) No por molestar al señor Ricardo León, que Dios guarde para consuelo de las almas piadosas y mayor gloria del Banco de España, reproduzco este artículo que provocó su hidalga cólera. Me parecía y me parece que puede ser útil su lectura para algunos jóvenes de América.

Un ropavejero del Ecuador —a quien Gonzalo Zaldumbide asesinó literariamente con un artículo tremendo— era por supuesto, amigo del señor León y le envió mi crónica. El académico español respondió en carta que reprodujeron algunos diarios de América. Confieso que esta breve refriega ha sido uno de los más divertidos episodios de mi vida. Me parecía estar riñendo con espectros. El decano de la zahurda salía de su necrópolis como la estatua del Comendador con grave compás de pies y la irrisoria espada al cinto. Nunca recuerdo esta batalla sin sentir en la garganta toda la risa donjuanesca!

al aire libre. El bargueño apolillado, el traje de luces, castañuelas incompletas, cacharros desportillados de Talavera, grasientas barajas y un paño de altar en trizas, todo se junta allí, se funde casi bajo el polvo miserable y la compasión del sol que presta al pudridero un falso esplendor y como una quimérica vida... ¡ Las Grandiosas Américas! Sería el título digno de las obras del señor León. Una frase deshilachada en Cervantes, tropos usados de Quevedo, un giro de Teresa, el anticuario lo aprovecha todo. Como el siglo es "de oro", algún brillo le queda entre los dedos, y el ágil contrabandista vende bien en nombre de un pasado tan famoso. "La del alba sería", comienza algún capítulo suyo. ¿No hemos leído ya esta frase en alguna parte? Cervantes, Quevedo, Argensola, Manrique... Grandes partes siempre, las mejores que vieron los siglos. Imitando así lo inimitable se llega derecho a la Academia.

Los académicos reconocieron en seguida con su instinto infalible de monederos falsos, al "hermano en Apolo". A los cuatro años de publicada su primera novela, le llamaban. Era un predestinado este escritor de prosa "legitimista", en donde nunca podría desentonar el desacato de un adjetivo enérgico, o la peligrosa rebeldía de un tropo original. Benavente, Valle Inclán o Azorin daban irisaciones nuevas a la vieja lengua sublime... Sólo Ricardo León brindaba enteramente la garantía de ser mediocre.

Y luego ¡qué justo premio a la modestia! Una modestia de capuchino que no ha pedido nada y acepta en nombre de quien alimenta a los puros de corazón y a las aves del cielo, una modestia que recibe el elogio como limosna y la censura como una prueba del Señor. A un periodista le confiaba sus estupores de académico. El no era digno de penetrar en la santa morada. Vive aterrado de los dones que le deparan la munificencia del Señor y de Maura. Por eso avanza en la vida con vuelo tardo y nocturno de mochuelo que va a su

olivo sabroso. Arrastra ya los pies por afición a los viejos, y desde que le vi comprendo que el Tartufo de Molière debería usar lentes gruesas.

Su estilo tiene la misma vejez artificial y la blandura sin nervio. León no puede negar su origen andaluz (Un día habrá que estudiar en la literatura española como en la pintura de la Península, el “murillismo”). Vino León de Málaga a Santander para imitar a Pereda; mas sólo pudo ser un Pereda apócrifo, adulzorado y sin estridencia. Luego llegaron los triunfos. España y nuestra pobre América, tan desorientada siempre en sus quereres, aplaudieron al autor de *Casta de hidalgos*. A favor de este triunfo se propaga un equívoco que algunos escritores sinceros quisiéramos disipar para siempre: el del taimado amor a los antiguos, destinado a aplastar a los modernos. ¿Significa amor el calco minucioso, o es intolerable ese *nec plus ultra* que ponen los académicos a toda nueva y espontánea literatura? ¿No se ha repetido ya que si Cervantes viviera escribiría un *Quijote* diferente?

Por fortuna mil urgencias de espíritu, mil inquietudes en sazón, han hecho estallar, como granada madura, la retórica antigua. Una juventud admirable —puesto, empero, el oído al “murmurar de las fuentes” cervantescas y al “son dulce, acordado” del fraile— empieza a escribir en España como siente y como ama, es decir, con magnífica intemperancia.

Esta juventud es precisamente la que aborrece a León. y se comprende. León quisiera regresar a los malos años del siglo XIX, prolongar esa literatura pomposa, desmayada y manida que aprendimos con vergüenza a llamar literatura española. ¡Arrojemos, pues, a este simulador de clasicismo, a latigazos! Ya en España los escritores no le hacemos caso. Vive sólo amparado en sacristías y propagado en la confesión como un pecado vitando. Error de clérigos que confunden catolicismo eterno y metáforas anticuadas, como si el

lórico revolucionario Verlaine no hubiera escrito las más dulces plegarias a su *Madre María*.

En los últimos años ha publicado poco León. Parece querer orientarse a más fresca y juvenil literatura. Pero la juventud no se recobra ni se inventa. Acabo de leer una página suya sobre la danza española. Penoso es verle hablar de gracias y contoneos. Cuando se arriesga a alabar la pierna entrevista y adivinada en un escorzo de sevillana, recordamos con ironía sus novelas morales, para damas provecas o para hidalgos que murmuran del siglo porque les mortifican la impiedad y la gota. ¡Pobre escritor mohoso! Nos inspira lástima —y una ligera repulsión— como los niños que no rompieron juguetes, como los jóvenes que no hicieron tonterías por alguna mujer.

EL MADRID DE REPIDE

Para conocer Madrid, nadie nos guiará mejor que Pedro de Répide. Son un Baedeker lírico su *Madrid de los abuelos* o su *Costumbres y devociones madrileñas*. Preciosos estos libros. No nos enseñan sólo descarnadamente una actualidad de viejas ruinas y rancias maravillas, sino el pasado sentimental que perdura. Bien mirado, son lo contrario de las guías. Aconsejan éstas el mejor hotel y el más clásico romanticismo de viaje de novios: la góndola sonora de serenatas y la excursión al Coliseo lunado. Pero en una página de *Las piedras de Venecia* de Ruskin, hallará más sustento el alma. Recuerdo haber acudido por su consejo a una iglesia veneciana del arrabal para admirar un San Jorge de Carpaccio. Y en la solitaria “laguna muerta”, sin intérpretes galoneados ni alemanes, todo me fue sensual delicia.

No se detiene Répide con el demorado pasmo de Ruskin ante los viejos cuadros; pero como el escritor inglés, sólo investiga en el pasado la ascendencia, la directa conti-

nuidad de la vida actual. En tal pintada virgen continuaba para el maestro la sonrisa y el garbo de la veneciana que está pasando, torcido en caracol el cabello sobre la nuca, casi Madona por el lánguido y azorado candor. Por calles y plazas patinadas, busca Répide a las abuelas de las majas y las manolas.

Naturalmente, su edad preferida es la de Goya. Otros tiempos fueron mejores tal vez, pero no más españoles, y sobre todo, no subsisten. Juan de Zabaleta o Liñán y Verdugo, en su delicioso *Guía y aviso de forasteros*, nos contaron otro Madrid encantador, cuyos rastros sólo perduran en la eterna floración de busconas y pícaros. En cambio el de Goya no se ha extinguido completamente. Vino Goya a pintar la agonía de lo castizo. Después llegaron el romanticismo, los ferrocarriles, todo exótica importación. Tornóse Madrid lo que hoy se llama una capital moderna.

Cuando paseaba aquí Gautier en 1840, ya no le fue muy fácil hallar a una maja auténtica. Los mantones de Manila son excepción de fiesta. No corre en las orillas del Manzanares un río de Valdepeñas, ni pasa la ronda de la gallina ciega, ni salta al aire el pelele en esas charras églogas que iluminan con escándalo la sala baja del Museo del Prado... ¿Se ha extinguido la alegría, se ha acabado la fiesta maja?

Vamos a las verbenas y a los merenderos los domingos. El público es más plebeyo que en los tiempos de Don Francisco. Se tiende la duquesa de Alba en un canapé, queda mirando picarescamente y aquí tenéis el más perfecto modelo de la majita. En los balcones que imaginan Goya o Velázquez Lucas, las sonrientes manolas de mantilla y peineta, son o pueden ser marquesas. La reina María Luisa en los retratos se parece a las mujeres que poco antes, en 1743, nos describe Don Diego de Torres Villarroel por la calle de Postas, con "guiñaduras suaves, regaladas risas", "arrullando las estrellas de sus ojos en el epiciclo de sus pestañas, impresionando

con cada vuelco una vida de la atención más difunta y una muerte al más firme propósito de nunca más pecar” Marquesitas, burguesitas llevan ahora sombreros de París. Estoy seguro de que juegan al *tennis* y de que se aburren como civilizadas. Las veo en la Castellana o en el Retiro, elegantes o cursis, pero iguales a todas las elegantes y las cursis del mundo. No creo que un pintor actual se atrevería a pintarlas con el mantón de Manila, ni ellas van, que yo sepa, a las verbenas.

En las verbenas hay sobre todo criadas de servir. Si hallamos a una mujer que sabe ponerse en jarras, terciar con garbo el mantón negro y cerrar de un golpe sabio el abanico, es seguramente horizontal, bailarina o cupletista. En la verberna de San Antonio bendito que procura maridos pintureros, quedé pasmado ante una mujer soberbia. Giraba, tumbada atrás de risa la cabeza, en un caballo de palo del “tío vivo”. La seguí después para admirar el peinado con la supina peineta, un inverosímil pie de madrileña, aquel zarandeado paso de gata en celo. Por una hora, con el orgullo de Gautier, creí haber descubierto a la manola desconocida y típica. ¡Había descubierto el Mediterráneo! Supe después, que siguiera a la conocida cupletista *la Fornarina*. Y esto era menos interesante.

Claro está que en un domingo de merendero o en barrios bajos, algunos ojos conservan dengue antiguo y hay siluetas de cuadro. Por la noche, peripatéticas de mantón, la aceitosa crin atada en lindos arabescos, tienen arteros chichisbeos con los pasantes e improperios de la más castiza gracia. Y bajo un mal farol, en “capricho” vivo, conversan a menudo comiendo churros, doña Celestina y el sereno.

Mas el pasado rancio se va acabando. Madrid se moderniza. Madrid cuenta con avenidas semejantes a todas las avenidas blancas y rectilíneas del mundo. Destruyen o quieren destruir los rincones de ensueño, como ese Jardín Botánico por el que aboga *Azorín* o ese viejo Retiro que lamenta

Répide. Hasta a los pobres pintorescos —esos pobres de Madrid, ladinos, cariñosos, testarudos que os felicitan por vuestra buena cara y os piden sólo en confidencia, un papel de fumar o una “perra gorda”— los ha querido recoger en asilos un alcalde terrible. Arena que sin sentir tan callada vas pasando... Un día los mantones de Manila, hoy detenidos en los museos del pobre que son las casas de préstamos, irán definitivamente a los museos grandes: mortajas de una alegría extinta, estandartes de la majeza abolida.

EN LA MUERTE DE CONSUELO LA FORNARINA

Ha muerto como debieran morir siempre las mujeres guapas: antes de que arrugas y canas vengan. Dos ojos claros, tunantes, un turgente peinado, sobre la sonrisa deslumbradora, la espalda ceñida en el mantón, así la vi, por última vez, girando en un caballo del “tío vivo”. Era en la feria clara y cálida: alegría sonora, chulos éticos y una gitana de pergamino que me ofrecía, ceceando, la ventura por una “perra gorda”.

¡La ventura! Hubiera sido, en esa noche, una sonrisa sostenida de aquellos labios. Ojos y labios, negro y rojo, los colores del amor y la muerte, volvían como una obsesión en cada giro. Se enarcaba, se esponjaba *la Fornarina* adivinando el deseo de los hombres. Para mí, para ese chulo, para aquel bandido pálido, repartía miradas y sonrisas en su tinglado vertiginoso. Se marchó en un carruaje y la seguimos. La seguimos ¿para qué? ¿Por qué se siguen en noches largas, cuando las penas de una canción nos han llenado de congojas obscuras, a estas mujeres tentadoras como novelas que nunca escribiremos? Nuestro cochero se volvía, familiar y truhán, para indicarnos un sorbete que refrescaba los ánimos; y le perdonábamos la insolencia porque era noche de luna. Una

de esas noches lánguidas en que tal vez escribía Bequer. Por la ruta a veces azul, a veces lívida, nos precedía en un coche la Fornarina cantando; y la canción se quebraba acerbamente rimada por los crujidos del simón y un cohete de feria deflagraba en el cielo profundo y todo aquello era ridículo y encantador como nuestra juventud...

Han pasado la mujer y la noche, no me atrevo a decir que mi juventud. Y como quien canta para ahuyentar su pena, quiero cantar ese destino sin excusarlo, sin tratar de buscarle moralejas a esta vida para el amor nacida, para el amor que tal vez dura el espacio de una semana. Ella tuvo un capricho largo y cariños breves. Tuvo locuras de Manón. Era Manón... Mujeres hay que se instalan en un hombre para la vida y acabamos por aborrecer su tiranía. Otras sólo buscan posada breve y su desgaire migratorio nos enamora. Son la estación que muda, el intento que no se confirmó, el anhelo que no llegó a cuajarse en acto, el amor mejor que todos porque es sin heces, sin rupturas y sin reproches. De cada país encantador supo Loti partir a tiempo para que la melancolía pudiera disiparse en alta mar. De los amores de este mundo debiéramos también huir así. Una voluptuosidad, una tonada, el recuerdo amoroso de una sonrisa. Y nada más.

Pero he aquí que un destino feliz se lleva a esta mujer cuando era guapa, sin esperar la afrenta de los años y la corrupción de los literatos. Los literatos son terribles. Quieren enseñar estética a quienes nacieron sólo para quebrar el lindo talle, entre las raucas interjecciones de la canalla.

Ellas simbolizan algo eterno, algo admirable, la raza obscura y tétrica que se queja cantando, triste como unas castañuelas. A Pastora Imperio le han enseñado últimamente ademanes de vaso griego, cuando ella sabe el rito brusco que encorajina los deseos humanos. Me dicen que también la *Fornarina* empezaba a aprender cosas inútiles. ¡Qué error y qué imprudencia! Ella lo sabía todo sin maestros puesto

que una mirada suya encendía a los hombres y su reclamo soliviantaba al público.

Los dioses generosos no han querido que una linda mujer estudie y encanezca. ¡Olé la Muerte que vino pronto a llevarte, oh majita adorable, en tu mortaja de Manila! Al cementerio llevaremos, modernizando las ofrendas de los poetas griegos en leves túmulos, ungüento de rimel para los ojos, un canuto encarnado para los labios y una guitarra con madroños en donde el viento al quejarse tenga sólo el rumor de una copla torera.

EL TORERO Y LA BAILARINA

El gran Theo viendo un día a todo el redondel en pie porque la suerte fué magnífica, exclamaba:

—Artistas, oradores, gentes todas que recibís aplausos no habéis visto aplaudir a Montes.

Era un público loco de atar que sacudía el pañuelo pidiendo la oreja. El poeta, alucinado también, pensó un instante que tal vez hubiera sido mejor abandonar la pluma por la espada. ¡Qué valía el éxito literario en comparación con esta locura unánime! Pero algo le hubiera sorprendido más: el prestigio del torero fuera del redondel. En la plaza toda locura se comparte fácilmente. El contagio de quince mil entusiasmos, el sol que embriaga tanto por lo menos como el aguardiente con agua y azucarillo, el ofuscador reflejo del traje de luces, la tragedia posible, el perverso olor de sangre ascendente hasta la barrera, ¡cómo no explicarán que un entusiasta abandone la cadena del reloj, se torne ronco y eche a rodar el sombrero con evidente riesgo de que regrese insertible!

¡Pero en las calles! En la del Príncipe he visto los ojos temerosamente extáticos de los golfos al contemplar el espada famoso, presencié el arrobado pasmo de los aficionados al sa-

car en hombros a Belmonte. Me faltaba lo mejor: ver la emoción profunda, aterrada, de Madrid cuando llegaron las primeras noticias de la cogida del *Gallo*.

El *Gallo* es aquí el torero simpático a pesar de faltarle el “físico del empleo”, aquella hermosura cordobesa de *Lagartijo* o la simpática sonrisa de *Bombita*. Es calvo, feo, canijo. Pero, sin las facultades juveniles de su hermano *Gallito* y de Belmonte “el fenómeno” que se dividen admiraciones y odios, tiene más ciencia y maña. Es el torero elegante que se arrodilla en la verónica, que se cruza de brazos frente a los cuernos y cuando va a matar está volviendo al público una sonrisa fanfarrona. El público le aplaude. Yo no sabía que le adoraba. Su cogida sacudió a España. Se publicaron ediciones extraordinarias en Madrid. En Sevilla se arrancaban los periódicos. En Algeciras, donde fué cogido, tuvo que disolver la policía a los entusiastas, porque asaltaban el hotel para ver al herido. Pasaron de 6.000 los telegramas que recibió. El Rey pedía noticias en telegrama directo y la Reina, por intermedio de un secretario. Un conde estaba a su cabecera. Las compañías de teléfonos y telégrafos recibieron orden de seguir en activo servicio toda la noche para que España supiera cada minuto si estaba partido el esternón y se podrían temer complicaciones. García Prieto decía sus inquietudes en un parte. El Conde de Romanones y Maura, los políticos más importantes del país, telegrafiaron al *Gallito* encomendándole cordiales saludos para su hermano. Los periódicos, en siete, en nueve columnas contaban los detalles del accidente, las frases pintorescas de Joselito que siguió toreando a maravilla mientras su hermano se desangraba en la enfermería. Pueden estar satisfechos los aficionados al “color local”. Los *Gallos* continúan el tipo clásico del torero. Son bravos, estoicos y devotos a la Macarena. El Viernes Santo salen —nos han contado los diarios— con su madre la “señá Gabriela” encapuchados y desnuda la pierna, para pedirle a la Virgen que no haya “corná” peligrosa

en todo el año. Mientras torea, la señá Gabriela está en el oratorio de la casa rezando rosarios ante un altar lleno de velas y claveles, hasta la llegada del chico de los teléfonos con el parte que anuncia la suerte de la corrida. Antes de que terminen las preces ya irrumpen en el oratorio los amigos de la familia y el último amén se mezcla al primer *olé*. Se santiguan celebrando el prodigio de la faena, le agradecen a la Madona apuñaleada toda la sangre vertida: por poco le colocarían una banderilla entre los cirios y la oreja de un toro muerto junto al ex voto. ¿Os place el cuadro? A mí también. Es tradicionalmente español, digno de satisfacer a los Merimée que vienen buscando color romántico. Tal vez no se equivocan. España es todavía la tierra natal del romanticismo. Lo que os voy a contar lo probará.

No se ha hablado casi del *Gallo* sin mentar a Pastora Imperio. Pastora es su mujer y la más famosa bailarina de España. Por bailarina no entendáis lá acróbata profesional que zarandea caderas opulentas jaleando acentos gitanos bajo el ladeado calañés. Ella es gitana de verdad —el tinte lo está probando— y baila sin artificios como quien no está pagada para divertir a los espectadores. Jacinto Benavente dijo un día que leyendo a Shakespeare y viendo bailar a Pastora Imperio, creía en Dios. En tiempos de Bécquer se creía en Dios cuando se había visto a la novia. La fe se está perdiendo como veis. . .

Esta apostólica bailadora se casó con el *Gallo* bajo la invocación de la Macarena. Pero la Macarena no fue feliz esta vez, ¿Se fatigaron? ¿Los indispuso la familia? “Tó ha sio mala gente que hay en esta vía” dice el mozo de estoques de Rafael. Se separaron y aquí comienza el extraño romanticismo del divorcio. En otras partes cada cual hubiera ocultado su pena, la hubiera explotado tal vez. Cuando Gaby Deslys se vio pospuesta por el rey de Portugal, decía entornando sus admirables ojos tunantes: “A mingún hombre querré

como he querido a Manuel.”. Así obtuvo contratas admirables. Todo el mundo quiso ver de cerca, en ropa ligera, a la favorita regia.

En Pastora Imperio nada de esto. Fueron sinceras las lágrimas con que salió a escena alguna vez. No le servían para obtener diamantes de protectores ricos. Era y es honrada. Naturalmente suponéis que la tristeza de esta esposa honesta no le interesaba al público —el público tirano que premia la desfachatez y sólo aplaude la ligereza de ropa. Pero los espectadores eran españoles. Cuando ella cantaba su pena mora, resonaba la platea como una guitarra templada a su quebranto.

Romántico era el espectador y el romanticismo de esta mujer lo sacudía. Del paraíso le gritaban vivas al *Gallo*, algún señorito de platea sacaba del bolsillo para enseñárselo el retrato del torero, cuando ella cantaba los abandonos de amor. “Una penita muy larga, muy honda”. Se creía estar en una representación del *Juan Tenorio*. Don Juan se llamaba Don Rafael, Pastora lloraba como Inés.

Y no penséis que el público provocaba este llanto por crueldad. Comprended bien su psicología sutil y encantadora. No cruel sino primitivo, era el público antiguo de las tragedias que quiere describir en coro una pena, asociarse tumultuosamente a un dolor para cantarlo. Entre la sala llena y la cantadora se iniciaba la sutil correspondencia de lector y poeta. ¿No hace lo mismo éste, cantar su pena que resume y refleja la de los hombres? En ese instante Pastora resumía la pasión de su pueblo. Otras razas, la francesa, la griega, tuvieron vergüenza del dolor. La española, la nuestra lo prolonga, lo arrulla. Un luto dura años, una pasión desgraciada dura toda la vida.

La de Pastora continúa. Cuando supo que su Rafael había sido cogido, rodó desmayada en el tren que la llevaba a Valencia. Iba a bailar y canceló la contrata en el acto. Los perio-

distas nos cuentan sus telegramas, sus temores de que el torero no la dejara venir a su alcoba. Estaba llorando y rezando a la Macarena. Sólo pedía que la permitieran curar a Rafael. Y los diarios, como el público de antaño que la hacía llorar, insistían en los detalles de la pena, describían cada síncope con ese prurito realista de la raza que exigía en cada Crucificado el livor de la llaga y la morada tumefacción de la sangre negra.

Notad que no me extraña — ¡Dios me libre! — el prolongado amor de esta amadora. En todas partes, y no sólo en la tierra de los trágicos amores morunos, se producen pasiones exageradas como claveles, sangrientas y mareantes como ellos. Pero en todas partes se disimulan. Aquí no choca sin embargo su exhibición a plena luz. Todo depende del ambiente, en realidad. En donde son casi obscenas las rosas por su perfume y morbidez, no debe extrañarnos que trascienda también al público, el perfume de una intimidad que allende esconderían. Un Taine pudiera hallar perfectas correspondencias entre ambas exuberancias. La planta humana que es Pastora Imperio le parecería uno de los más bellos productos españoles.

De esta prueba saldrá más engrandecida, más castiza, si cabe. Doña Inés se habrá reconciliado tal vez con su Don Juan. Y ya me veo en unión de otros románticos — destetados ¡ay! con Bécquer y Espronceda — aplaudiéndola a rabiar cuando vuelva a las tablas, ceñido el busto ubérrimo, en su vestido de caja de pasas — Pero mientras tanto señor Don Jacinto Benavente, ¡no nos será posible creer en Dios!

UNAMUNO

Perentoriamente, por un despótico *iradé*, fundándose en menudas irregularidades de matrícula, el Gobierno español revoca, después de tantos años de servicio y de gloria, al rector de la Universidad de Salamanca, don Miguel de Unamuno. En este Madrid ensordecido y alarmado por el bombardeo del mundo pasa casi inadvertida la noticia. Pero los periódicos, en la rezagada plana de provincias, nos cuentan que los vecinos de Salamanca, estudiantes, horteras, dueños de hotel y hasta agentes de ferrocarril, quieren organizar con vehemencia, motines de protesta y desagravio. Y es que don Miguel representa en Salamanca la gloria viva y el mejor reclamo del turismo.

No sé si está en los *Baedekers*. Pero en una buena guía que aconseje la manera de visitar completa y eficazmente la antigua ciudad universitaria, no debe faltar este consejo: "Después de pasear los claustros, un cuarto de hora con don Miguel". Porque don Miguel, acostumbrado a estas servidumbres de la gloria, no sólo se deja admirar con placidez, sino que habla. Y su ayuda es preciosa. A todo turista vacilante entre diversos hospedajes de pensamiento, desgano de ciencia positiva, le indicará la posada inglesa con su paisaje lakista, su cura de aire emersoniana y hasta una buena terraza con armonio para los salmos del domingo. . . Si el viajero no le halla encharcando cuartillas en su despacho, puede buscarle en las calles con la seguridad de que cualquier transeúnte le indicará su rumbo.

"Por allá arriba sube", dicen con orgullo. Saben estos excelente vecinos de Salamanca, el número de cuartillas que ha escrito don Miguel cada mañana, los nombres de sus obras y los títulos de sus hijos, hijos y escritos numerosos como

(1) El maestro me ha perdonado, ya el tono impertinente de esta crónica.

cumple a un patriarca del Señor.

Le vigilan maternalmente, agradecidos porque retiene sobre la ciudad amortiguada, la atención de España y del mundo. Se fué la antigua Salamanca de las disputas escolásticas, los obesos togados y los estudiantes matasietes que tan bien formulaban un sorites como blandían la espada y trasegaban la bota. Su prestigio inmenso gravitaba sobre la España guerrera. “Que lo vaya a estudiar a Salamanca”, se decía: “Lo que natura no da, Salamanca no presta”. Y la ciudad crecía, inquieta y vocinglera, llevando a cabo como un apoderado del pensamiento, la generosa tarea de meditar por todos, de silogizar por quienes no podían hacerlo, muy ocupados en conquistar mundos, catar mujeres y matar moros. Todo acabó, se disipó: los mundos conquistados y la fama doctoral. Pero le quedaba a España la gloria y a Salamanca su Rector.

Y si el Rector empieza a sufrir el obscurecimiento de la ciudad, por lo menos ha iluminado durante años a la España que lee y que medita —Renán confesaba un “defecto singular”: “Si hubiera sido jefe de escuela —decía— sólo hubiera amado a los discípulos que se hubieran separado de mí”. Era un pensamiento de Emerson que don Miguel debe haber gloriado muchas veces en sus “soñaciones de paseante solitario” cuando va por los campos como un Rousseau, ya no calvinista sino cuáquero —llevando en un bolsillo el *Quijote* y en el otro la *Biblia*. De sus discípulos, que fueron doce por lo menos, si no todos le niegan como Pedro, le están besando como Judas. Para escritores como Ramiro de Maeztu, es una obsesión la de combatir a Unamuno.

¿Y cuál es el reproche común? La perpetua mudanza. Este enemigo de la frivolidad, porque muda como los árboles, las aves y los modistos, sufría también ese diletantismo nada alegre, esas alternativas huracanadas que desde Santa Teresa hasta Obermann, van haciendo el camino de perfección tan lleno de lágrimas. Creo que fue Heine quien comparó burlescamente el cerebro de Dumas a una posada en donde a veces

las mejores ideas se detenían sólo una noche y generalmente pasaban de largo. En la posada de Unamuno, entraron todas, pero se detuvieron el espacio de una mañana.

Ha sido una biblioteca circulante de paradojas. Como todo místico, se fatigaba de pensamientos o de libros y cuando llegaba a la sequedad espiritual, torcía el rumbo, con una brusca bordada, a otro mar, otro témpano, otro polo mental. En su prosa misma, se descubre como en la de Santa Teresa —creo que no le ofenderá el paralelo— junto a un vertiginoso pensamiento de altura o un grito de calvario, la molesta y desabrida sucesión de vulgaridades doctorales. Les ha contado a los lectores de *La Nación* de Buenos Aires, cada semana, cómo se desayuna y cómo reza, las gracias de sus hijos pequeños y la filosofía de Platón, mezclado esto con digresiones de Sterne y de Carlyle, al azar de la pluma, allá va eso, como salga y saldrá todo, sin reticencias de buen gusto ni limaduras de estilo, porque cuidar la dicción es frivolidad y todo tiene idéntica importancia para quien vive con un pie en el cielo de Lutero. . .

Un pie en el cielo, otro en la tierra. Me lo figuro siempre como el alma de su compatriota, el vasco Garibay que se quedó suspenso en los aires. Es un místico subersivo, un gruñón trascendente. *En el siglo* le molestan lo mismo las ideas, con quienes riñe cada semana, que la indumentaria, reducida en su persona a la mínima expresión indispensable para cubrir “las vergüenzas”. Los cronistas han descrito su facha de Quijote prudente, de aldeano vasco que leyó libros de andanza mística. Desembarcaba a veces de la luna en Madrid con garrote y sin corbata,

. . . pobre hombre en sueños,
siempre buscando a Dios entre la niebla.

Se le reconocía, como a los profetas de Jerusalén, en su rencor a París, sucursal de Tiros y Babilonias. Era un odio cándido, ignorante, porque veía como Ezequiel o Daniel las corrupciones engrandecidas de lejos; y no leía los infames libros rotulados “vient de paraitre”. Alguna vez, en un café exclamaba: “Estoy leyendo a Stendhal, está bien”; “el tal Flaubert no escribe mal, pero es un poco frío”. Entonces con simpatía sonriente, los jóvenes se volvían a este provinciano genial, para mirarle el sombrero anticuado y el ouello de pastor inglés.

Los jóvenes le querían bien. Había escrito páginas como *Paisajes*, de poesía hondísima, que no consistía, sin embargo en la armoniosa rotación de las sílabas, sino en el roce de ideas, musical como el bordoneo de celestes abejas que escuchaban los antiguos en las noches claras. Aún no había cometido el error de los *Rosarios de sonetos*. Se leía con amor y provecho *En torno al casticismo*, los *Tres ensayos*, sus curiosísimas novelas. Para las juventudes sin rumbo, era el filósofo y el maestro. . . Verdad es que su Salamanca, más que voluntario Yuste, parecía un Guernesey a aceptado con ira. . . Verdad es que a veces, en una dedicatoria, solicitaba un elogio. . . Más nadie está libre de flaquezas en este valle; sutiles escritores nos han mostrado en los místicos la miserable necesidad de que siquiera de tarde en tarde, el Crucificado libertara las manos para aplaudir la disciplina cruenta, y hasta en el Paraíso se necesitará una buena *claque*.

Sin malicia, diríamos que administraba bien su gloria. Cada escritor joven de España y sus Indias, puede jactarse de haber recibido cartas de Unamuno. No la vulgar y cortés epístola de gratitud por el libro remitido o el artículo deferente, sino folletos de *omni re*. Escribía a todo el mundo hispánico, para que la América —no digo latina porque le enfada esta palabra— aceptara su férula y para que Madrid, el Ateneo mediante, no le olvidara por completo. Seamos justos, sin embargo. En su incontinencia epistolar, hay también la expansiva santidad de propaganda de esos enjutos hombres de luto que os detienen en la calle para

obsequiaros, en un cuadernito primoroso, la santa Biblia expurgada. Es innegable, en Unamuno la efusiva calidad de su exportación. Ha sido un pastor inglés de la filosofía, mas nunca fue semejante a aquellos que son capaces —decía Ruskin— de reparar la Biblia, pero no panes y peces. Unamuno es capaz de todo...

Y su mismo evangelismo le ha perdido. Cuentan que en vez de enseñar griego en su cátedra, defendía una mañana a los católicos, después a los herejes, mezclando en su anarquismo sentimental, a Santa Teresa con Kropotkine, ante la desorientada atención de los universitarios. Ahora bien, si éstos quieren pasión en las ideas, necesitan por lo menos, en su camino a Belén, una sola estrella por gufa. No concordaba esa especie de eclecticismo apasionado y sucesivo, con la necesidad de certidumbre que acongoja a toda pubertad. Además, el Gobierno vio alarmado que “se soliviantaban las bases de la religión y de la moral”. Y buscó el primer pretexto.

¿Era culpable Unamuno? No lo creo. Su actitud fue interna lógica. “El espíritu construye su habitación y en seguida la habitación encierra al espíritu”, dijo Emerson. Bien claro vemos en Unamuno el temor de aprisionarse, su crispación de perpetuo evadido. Ahora prepara, según cuentan, un libro católico, un largo poema en prosa sobre el Cristo de Velázquez. Ya escapará después. Ahasverus cantará más lejos su perenne glosa de salmista y aplaudiremos de nuevo al judío errante.

Lo aplaudiremos precisamente por eso, por su fuga. Cuando se escriba la historia del pensamiento español en el siglo, se le atribuirá, como a Gavinet, a quien tanto ha seguido, el mérito de inquietar a una literatura que fue hasta ayer, con pocas excepciones, aburguesada y soporosa. Buscó siempre el reino de Dios como Pascal, a tientas y gimiendo. Mucho le será perdonado porque se ha angustiado mucho...

Madrid, Septiembre de 1914

FERRER

Se vuelve a mentar a Ferrer. Se mentará a Ferrer por mucho tiempo. En acaloradas frases se le llama bandido, o se le compara con Miguel Servet. Es el mejor argumento contra Maura en la contienda política. ¿Merecía la muerte ese anarquista? Algunos hablan de “procedimiento inquisitorial” y “baldón de España”. Otros censuran por distinta causa. Porque han creado un mártir, menos honesto y decente que los Ferrer del calendario.

El gran periódico *ABC* —sospechoso de maurismo— propuso hace algunos días una excursión de protesta a Bruselas para solicitar del municipio la destrucción de un monumento a Ferrer que ofende a España. El periódico de Soriano, *España Nueva*, respondía con una airada página bajo el inmenso rótulo “Europa entera rechazará al verdugo”. Otros periódicos se ensañaron con el “verdugo” Maura. A la excursión de protesta se opuso una “romería democrática” Y no será raro que uno de estos días divaguen por Bruselas, estaca en mano, dos grupos conducidos por cualquier agencia Cook y ante los belgas pacíficos se hagan cisco para mayor gloria de España y regocijo de los empresarios de cinema.

A esto conduce la pasión. Simpática porque es pasión, pero triste porque el “mártir del pensamiento” no merece tanto honor ni tanta indignidad. Fue un anarquista y un mal hombre. Entendedme bien, esa palabra no significa censura para mí. Son encantadores los anarquistas por ser los últimos románticos. Sin sutileza alguna podríamos hallar en un Victor Hugo el individualismo frenético y las teorías de un fabricante de bombas. Los mejores anarquistas, los rusos, los produce el país sentimental por excelencia. Cuando dieron *La gran tarde*, en París, todos llorábamos. Era una exacta reconstrucción del medio terrorista. Aquellos hombres de barba color tabaco, melena redonda como un halo de santo y ojos iluminadamente cán-

did, nos seducían como personajes de novela de folletín y de *Quo Vadis?* Vivían peligrosamente en catacumbas de misterio. Sus esposas eran vírgenes que no morirían en el circo, sino en Siberia. Tenían también su escalafón de santidad. Sólo que para subir de grado era preciso por lo menos haber hecho saltar a un gobernador.

Nada de este misticismo hubo en Ferrer. Era lo menos "iluminado" que puede ser un catalán. Tuvo la mentalidad de un escapado de Cayena a quien le hubiera caído el premio gordo. Quiso una vez —nadie se atreve a negarlo— prostituir a sus hijas. Todos hemos conocido a aquella pobrecilla Paz Ferrer, artista de París abandonada por un padre inicuo, que murió como una dama de los claveles, una majita *chic*, de tristeza y de tisis.

¿Será romanticismo también? Pero al apóstol le exigimos una conducta inmaculada. Al menos católico de los hombres le desagrada el cura que, sin abandonar la viña del señor, se convierte en un buen catador de mujeres y mostos. Nos arrodillaríamos ante el íntegro Pi y Margall. Aquella pira solitaria que era el alma santa y combustible de Nietzsche puede iluminar con justicia la futura ruta del mundo. Es bueno que Renán no conociera, en el sentido bíblico, a otra mujer que a su señora. Al hacer el programa de la sociedad venidera, Wells —admirablemente— la imagina dirigida por un colegio de estoicos o *samurayes* que para dominar se dominaran.

Difícil nos parece aceptar el anarquismo encharcado de Ferrer. . . o lo admitimos sin iluminaciones de apostolado. Admitimos todo, el incendio final, la bomba obligatoria y cosmopolita, el salto mortal de los tiranos. El cinematógrafo ha desarrollado en nosotros esa aptitud para la catástrofe. Vemos deliciosamente, incendios, naufragios, descalabros. Podemos desear en un día de esplín que el mundo estalle como la traca final de un fuego de artificio. Sólo que no debemos llamar a esta diversión amor a la ciencia, culto al progreso, aversión a la tiranía.

Y este fue el pecado, el ilogismo de Ferrer. Quiso pasar por pedagogo. Llamó protenciosamente “escuela moderna” a su colegio de bandoleros. Sus mismos partidarios confiesan que su mentalidad era mediocre y tal vez su anhelo el de Eróstrato. Ni siquiera puede explicarse su “caso” por una de esas tenebrosas y rencorosas melancolías que hacen culpable al mundo, como Leopardi, de un estómago alterado y una joroba. Era un buen vividor y un buen viviente. Le gustaban los vinos viejos y las mujeres jóvenes. Jóvenes y buenas mozas de carne mora, si recordamos a esa abogada de Ferrer que fue su “esposa de la mano izquierda” y que tenía para la causa —el mejor argumento— dos ojos de piadoso mirar alabados.

Yo conocí y alabé en París a Soledad Villafranca, cuando Gómez Carrillo iba diciendo a todo el mundo que nadie, ni las más doctas musmés, ni las más cimbrantes Fátimas podían compararse a esta Sulamita. Lo creí sin dificultad al verla. Mejor dicho, lo creíamos, porque éramos un fervoroso grupo de admiradores. Cada cual quiso formar parte inmediatamente de la “escuela moderna”. Sentíamos al estar a su lado en los banquetes el calor comunicativo de los altos ideales y la inflamación sentimental del champaña bebido. Eran más de las doce de la noche cuando evocamos juntos, una vez, al apóstol del evangelio rojo. Creo que brindamos por el “mártir”, por la “gloriosa víctima”; maldecimos, si no recuerdo mal, a aquella España proterva que así llevaba al patíbulo a los centinelas avanzados del pensamiento libre. . . Soledad Villafranca sonreía. ¡Dios me libre de interpretar sonrisas de mujeres! Pero me pareció notar que cuando hablábamos de la “honrada víctima”, del “gran pensador catalán”, ella nos miraba profundamente con ironía infinita.

Madrid, julio de 1914.

TARDE DE TOROS

Naturalmente he estado “en toros”. Venir a España y no ver corrida es como pasar por París sin ver a Sarah Bernhardt, o no asistir en Venecia a una serenata. Tuve suerte. Las dos corridas que presencié fueron sensacionales. En una, lindas madrileñas —de la condesita a la manola, de la azafata a la maja— llevaban sobre el peinado en cresta, nevando sus arabescos en torno de la peineta de carey, la tradicional mantilla blanca de las verbenas. Y, fácil pero terrible ironía, se daba esta fiesta de sangre y muerte en beneficio de la Cruz Roja. En la otra corrida vi sencillamente a un torero que recorría la plaza llorando porque había matado bien.

Lo que sorprende desde luego es el público. En cualquier día de trabajo hay quince mil haraganes. Si los intelectuales desdeñan y combaten la fiesta nacional, en cambio el gran público parece más entusiasta que nunca. En todos los rostros estoy estudiando esa alegría. Mas no necesito leerla allí, pues los entusiasmos estallan como chispazos, se cambian felices augurios desde lejos. Y mientras el vendedor pasa ofreciendo “naranjas, ¿quién las quiere gordas?” o “almendras, que las hay de Alicante”, algún ferviente vocifera en el tendido: “Ya verá usted a mi niño”, mientras un “aficionado” gordo de barrera, vuelve atrás una extasiada sonrisa murmurando: “¡Canela fina!”.

El “niño”, el “gachó”, el “único hombre del mundo” no siempre es Belmonte. Para algunos sólo *Gallito* sabe quedar “como las propias rosas”. Y ya tenéis motivo de tormentas que sacuden la plaza —silbidos y palmas a la vez. A mi lado está un aficionado viejo a quien provocan y escuchan cincuenta espectadores a la redonda. Es un belmontista naturalmente. Tiene ojitos guiñones, rostro centrino de *cantaor*

y lleva un catalejo de marino para apreciar las estocadas. Los vecinos de tendido que le llaman con respeto "Don Carlos", se vuelven a él a cada suerte feliz de un espada famoso, con un travieso: "¿qué dice usted? El chico se las trae". Displícite, Don Carlos sacude la cabeza y el catalejo cuando un gallista murmura:

—Ya veréis al Papa.

Mientras le llega el turno al Sumo Pontífice del taurismo, observo, con mi catalejo también, a las mujeres. Quiero saber si tienen o no razón los libros románticos que he leído. Sé que no llevan navaja en la liga, pero tal vez sí crueldad en el corazón. Ignoro quién ha asegurado que si no hubiera corridas de toros en España, restablecerían los quemaderos, porque la fiesta nacional es sólo un derivativo. Para los hombres tal vez. . . ¿Para las mujeres? Yo estudiaba el gesto de sus semblantes. Cronista verídico, debo confesar que algunas seguían con atención de inquisidores las convulsiones de los caballos en agonías. Vi rostros semejantes — ¡oh divino marqués! — a los que transfigura el paroxismo. La nariz hinchada, los labios entreabiertos para besar o morder, el ojo fulgurante, todo inspiraba miedo como el amor. Las otras, las más volvían la cabeza. Y lo comprendo, porque el trance es terrible.

Es, en la fiesta, lo inexcusable, lo inicuo. Desde que salen los caballos al redondel con paso tardo, ensordecidos por la estopa que rellena la oreja, los seguimos con angustiada melancolía. No necesitamos para conmovernos ser miembros de Sociedad Protectora de Animales o lectores de novela rusa. ¿De qué atormentada vida son el epílogo trágico? Se les pueden contar los huesos. Canijos, desvencijados por el obeso picador, no ven el asta que les desgarrá el vientre, ni las más veces tienen fuerza para huir, para sublevarse. Con el paquete rojo de la entraña colgante, tembloroso el ijar,

las piernas torpes, siguen andando como si adivinaran que así abreviarán siquiera con una cornada nueva, esta vida que fué seguramente una larga expiación de espuela y látigo.

Quien no ha visto ese grupo, no puede decir que conoce la iniquidad humana. Acaba de caer, le ha teñido la sangre las cuatro patas, penden los labios de la herida y la boca tiene una vaga titilación: mastica o tiembla. Parece que no puede levantarse ya, pero el mono sabio —sabio en anatomía seguramente— da el azote que yergue en vilo a la bestia temblorosa. Como el toro está lejos y el caballo no quiere o no puede andar, restalla en sus ancas un pasodoble de látigos. Otro hombre lo conduce de la rienda. Así va en el silencio del redondel desierto, todo rojo, cojeando, tiritando. Y otra vez el desgarrón que no siempre mata y el aguijón de un verdugo junto a la oreja. Os lo aconsejo, nunca miréis ese ojo único de moribundo. No se le puede olvidar en toda la corrida. Aun después os persigue esa mirada que no suplica, que no acusa, esa mirada musulmana en donde se refleja la crueldad de quince mil hombres.

— ¡Belmonte! ¡Juanito! ¡Mi nene!

Hay en la plaza una conmoción. El “fenómeno” va a torear. Hasta sus adversarios callan. Es el hombre trágico. Ningún torero dió tan agudamente hasta hoy la impresión de que va a morir. Y aquí está el secreto y el oprobio de su éxito inmenso: venimos todos a ver una cogida probable. Sólo su valor temerario nos seduce. No es elegante; el *Gallo* torea mejor que él. Sus mismos apasionados confiesan que no sabe tirarse a matar. Feo, desgarbado, avanza en uno de esos silencios de music-hall cuando la prueba es peligrosa. Pero en “el sol” algún espectador murmura religiosamente: “¡Qué grande eres!”. Observo a Don Carlos, el aficionado viejo, que está contiguo a mi delantera de tendido. No escucha bromas de los amigos; apenas murmura para sí mis-

mo: “No te apures. . . tienes tiempo. . . cuidado. . . ahora, ahora. . . no le dejes que se vaya. . . maldita sea. . . por lo bajo, aguantando. . . perfilate. . . va a ser cosa rica. . . de frente. . . así, hasta el puño!”

Se yergue triunfalmente. Otro belmontista cae en sus brazos:

—Sólo hay un hombre. ¡Qué decía yo! ¡El terremoto!

Como el toro va a morir, cae la gente al redondel a llevarse en hombros al triunfador. ¿Quién es esa mujer que tiró el abanico? ¿Quién es aquella que se queda mirando con los ojos llenos de lágrimas?

La salida es quizás lo mejor del espectáculo. En la tarde, dorada que se diluye sobre las frondas del Retiro, avanzan primero los picadores llevando en la grupa del caballo a un mono sabio. Después las carretelas de los toreros seguidas por golfitos a la carrera. En coches tirados por jamelgos que muy pronto irán a parar al redondel, un pueblo de guapos con sombrero calañés y de manolas con mantillas de madoños, sobre las altas peinetas. En la Castellana está la crema de Madrid. Majitas pálidas de sonrisa peligrosa, manolas de rompe y rasga que llevan sobre las faldas el mantón en agudo y pintoresco contraste con sus sombreros de París, señoronas de tantos años como títulos, madamiselas tan refinadas en el arte de prender la mantilla que les suponemos con malicia un abuelo torero. Escuchamos —revelados por algún amigo complaciente— títulos que evocan juergas bravías y Lepantos, lances y jácaras de hidalgos que guerreaban por la fe pero perdían el cielo con barraganas de lujo. Sin gran esfuerzo de imaginación, podemos resucitar aquí toda la historia. Por estos lindos ojos se perdieron y se ganaron reinos; ellos vieron quemar y ven matar, sombríamente ávidos como los de la reina donjuanesca María Luisa en un retrato de Goya...

¿No son acaso conquistadores en decadencia estos to-

beros, restos de un tercio-de Flandes que lleva todavía el oro de América en la ropa, pero está reducido a un valor inútil en un país valiente y majo? Hasta los chiquillos que me piden... “porque no puedo ganarlo”, me recuerdan esa miseria heroica que canta su hambre y lo burla en la odisea picaresca.

En la polvareda gris de la noche inminente los faroles de los carruajes multiplican mil estrellas errantes. Bajo las blancas mantillas, que está agitando la brisa nocturna, los ojos negros de Currita Albornoz y Pepita Jiménez tienen extraña languidez. La madre Celestina va en coche de dos caballos y la Gitanilla nos quiere vender claveles sucios. Es la hora fatal, cuando sentimos palabras suaves en los labios y en cada árbol traidor de la Castellana está emboscada una golondrina de Bécquer. Es la hora en que hacemos fustigar el jamelgo tísico para que siga nuestro coche a otro lejano y nos inclinamos a mirar si la mujer notó, si el marido no ha visto...

Una luna irónica asoma sus dos cuernos borrosos por encima de la fuente de la Cibeles.

A Z O R I N

Para describirle, se quisiera trazar precisamente, a la manera de sus admirables retratos, una fina y precisa “*point sèche*”. Decir “cómo era Azorín intelectualmente en una mañana de otoño de 1914”, será difícil, pues hallé a un hombre hermético.

Vive en una casa vieja de la calle de los Madrazo. Su “interior” se parece al de cualquier mansión burguesa. Se ha desterrado de los muros —como del alma del inquilino— toda nota personal, todo bohemianismo. Apenas diviso una cabeza del Greco. En suma, no es el despacho de Azorín, sino del diputado a Cortes por Puenteáreas.

Tampoco le hallo “el físico del empleo” que esperaba. Es grueso, pequeño, con un semblante inexpresivo y placentero de flamenco de cuadro místico.

Aparta del interlocutor los ojos grises y enclavija los dedos sobre el vientre como un abad. Os mira al sesgo, anglosajonamente. Habla entre dientes, mascando y devorando sílabas, como un inglés educado, como Sarah Bernhardt después del viaje a Londres. Muestra luego su timidez. Aseguran que en el Congreso no se ha levantado sino una vez a hablar y se sentó en seguida, todo rojo. Es singular en esto su parecido con Don Benito. Galdós en público sólo ha dicho “gracias”. Azorín ha sido ligeramente más locuaz. “¿Qué valen —escribió alguna vez hablando de un literato de ayer— al lado de estos puros espíritus— los que han llenado el Parlamento con sus voces?”. Azorín desprecia un tanto a los que llenan de voces los parlamentos.

Encogido en la silla frente a mí, parece un reo plácido, inconfeso. Estamos seguros de que va a resistirse, de que le importunamos y esto nos da una menuda emoción de cetrería. Por lo mismo no llevamos a cabo una entrevista, sino una caza de respuestas al vuelo. Se trasluce en él una fatiga benévola, un “mal de pueblo —ese mal que ha descrito como nadie. Al levantar los hombros ligeramente parece que fuera a decirme: *Que sais-je?* o más castizamente ¿Qué se me da a mí? Todo, por supuesto, con exquisita amabilidad de hombre de mundo.

El mejor indicio de esta fatiga es que no prepara, según confiesa él mismo, libro alguno como los de la serie comenzada en *La Voluntad*, su obra maestra, o las aguas fuertes de *España* y de *Castilla*. Sólo estas desganasadas misceláneas en donde reúne las notas de lectura que da al *ABC* o a *La Vanguardia*. Le hablo de América. Es el ingenuo *clou* de mi casi *interview*. ¿Sabe que allí le admiran? Sí, sí allí admiran —y entonces su rostro se ilumina con sutil y sardónica sonri-

sa— a muchos que en España no consideramos literatos. ¿Pero ha escrito siquiera para esas tierras? Escribir, sí. Dos fracasos. Uno en el *Diario de la Marina*, de La Habana; otro en *La Nación*, de Buenos Aires. Su amigo Grandmontagne le pidió un artículo. Sin duda no gustó, pues no llegaron a publicarlo... Abur.

Acabo de indicarle con impertinencia de periodista, que muchos preferimos el Azorín de los ensayos y las novelas al crítico semanal de *ABC*. Esta simplicidad actual es el despojo y el cartujismo de que hablo luego. Me responde parabólicamente que en el Tiziano hay dos maneras, la dorada y la gris. Podemos preferir la dorada, podemos elegir la gris. De gustos y colores... Me parece que tuvimos entonces una ligera escaramuza sobre clásicos y románticos. Lo fue en su juventud, romántico descabellado según dice, y en un banquete a Baroja lo afirmó. Después vinieron los años cuerdos y las transacciones con la vida.

Azorín no me habrá dicho en qué consiste el romanticismo, el suyo por lo menos. Su respuesta es insegura. La misma vaguedad para informarme sobre las nuevas generaciones literarias, sobre el renacimiento español. Se le adivina desorbitado, más que nunca solitario. En la literatura, como en las calles, no quiere estar acompañado. El caso es singularísimo si se piensa en que el Azorín de las novelas es cordial, y una efusiva ironía a lo Dickens, una emotividad en descargas breves se diluyen en sus páginas magistrales.

Casi aceptaría la opinión de un amigo mío que le supone una forma de *bovarysimo*. Tal vez, sí, tal vez ha creado el tipo del "hombre que quisiera ser", este isleño sin salida al continente. Su Antonio Azorín significaría un segundo *yo*, un *horla* interior y profundo, desesperadamente engendrado, precisamente viable porque no pudo aflorar a la vida civil el creador. Así se explicaría la necesidad de confesión en este literato que no fué, sin embargo, lírico. No es el caso de Flau-

bert o de Vigny —como Azorín pareció indicármelo—, de aquellos grandes moruecos que se van dando de cabezadas contra la vida, sin poder extirparse el romanticismo. La fatiga de Azorín no proviene seguramente del “vano escalamiento de algún cielo”. Puso siempre sordina a su guitarra. Y es precisamente la consecuencia de su antiromanticismo, la predilección por ese polvo de hechos que deja perder la historia en su tamiz. Fueron las del romántico, individualidades de excepción, congojas orgullosamente únicas. Azorín elegiría las “vidas de hombres oscuros” y cuando tiene que contar almas famosas o su alma íntima, no prefiere los momentos culminantes, sino cualquier minuto suave y sin memoria en la continuidad de las horas vulgares. Su arte señala el extremo límite del realismo, lo que podríamos llamar la bancarrota del héroe. Contra Carlyle parece ensalzar mesiánicamente, para instalarlos de preferencia en su exclusiva simpatía, a esos desconocidos que tuvieron con levaduras de ideal como los otros, un sino simpático y mediocre. Mas no sólo se extiende su afición a los mansos de espíritu y a los pobres de gloria, sino a cuanto es precario, relativo y atómico. Nadie como él podría escribir una Elegía de lo menudo. Siguiendo en historia y literatura el procedimiento favorito de los Goncourt —recordad *El alma castellana, España* o *Los pueblos*—, desmenuza el pasado lejano o próximo para darnos en reducción una imagen plausible y decorativa, como raspaba el monje el oro deslustrado de un halo santo para dorar el rasgo sutil de una mayúscula.

En esto es moderno, modernísimo. El propaga en España lo que Maeterlinck y Papini allende: el sentido de la tragedia cotidiana, de la excelsa y ridícula tragedia que son nuestras vidas sin prestigio ni trascendencia. Ha dicho con intención de su personaje, que “no le pasa nada”, porque es natural en un realista microscópico, en un entomólogo familiar, la aversión a cuanto sea aventura famosa de novela, es

decir, excepción elegante. Ya veremos cómo concuerda esta simplicidad *voulue* con su estilo mondado.

A nadie le sorprenderían los artículos que en las columnas del germánico *ABC*, lanzaba, con un ferviente aleteo de anhelos, hacia el palomar de París. En Azorín se realiza la más fina ensambladura de dos genios latinos. Es francés y muy español. El se ha buscado genealogía espiritual en Montaigne, pero podemos extenderla a toda la literatura sobria de *l'île de France*, racionalista y ecuánime que escribe *Los caracteres o El discurso del método* y cuyo último representante genial ha sido Jules Renard. Aquí predomina la actitud de historiador, de espectador, el cuidado de "mirar bien". El pregonado subjetivismo de Azorín no lo parece. Habla —o mejor dicho, hablaba— en perpetuo nominativo, pero mirad cómo pronto el paisaje descrito, la narrada escena adquieren una impersonalidad "desde Sirio". Sus ideas predilectas son de poeta lírico, la "vuelta eterna" de Nietzsche, la muerte evocada siempre en cada otoño, en cada ruina, pero nunca con *saudades* de Manrique, sino aceptada con el determinismo de los escritores impersonales del 80. Sus paisajes, admirables siempre, son lo menos *Obermann*, lo menos Rousseau posible. Este acompaña siempre al curso del tiempo los adjetivos "fatal", "inexorable". Su romántico preferido será Larra que sonrió y se mató con rara parsimonia. Ni exagerar ni lamentar, sonreír a veces. Nadie ha tenido a mayor ludibrio el elogio de "escritor brillante", es decir, la pompa vistosa y el "penacho". Ha suprimido cuanto pueda parecer hojarasca, hasta llegar —opinan algunos y yo con ellos— a la exagerada frugalidad de un monólogo insistente y fatigado. En esto sí, en el *procedimiento*, le ocurre algo semejante al Flaubert de *Bouvard y Pecuchet*, en donde hallamos la madurez del maestro, pero también su temor inhibitorio al desarrollo lírico. En tan severa Cartuja se requieren humildad, simplicidad, casi silencio. Están proscritos para el

Hermano Azorín el adjetivo patricio y el giro suntuoso de la frase que equivale a la pomposa púrpura de los mantos en la paleta veneciana. La spenceriana fórmula del “maximun de ideas con el mínimum de palabras” parece ser el ideal de este gran tacaño de la metáfora.

Escollo es este de grandes —y muy legítimo temor en un país de oradores, donde la sencillez no fue virtud común. Don Juan Valera repetía en veinte libros diferentes una voluta de Churriguera. Nuestro admirado Castelar el Organista sólo consentía en rematar una metáfora a falta de resuello, para acabarla; y nadie, ni Víctor Hugo, ni los músicos italianos, han sido capaces de diluir una idea musical en tan prolijos andantes y tan variados adagios. ¡Cómo no habrían de aterrar al literato joven! Pero imagino que sobre todo inquietaba a Azorín el ejemplo clásico, esa progresión de los maestros que va siempre de la simplicidad al conceptismo. Del *Quijote* al *Persiles*, observad el sinuoso tránsito. Quevedo o Góngora, que inauguran una sencillez explícita y realista, abandonan o pierden en la mitad del camino la “diritta via”, para penetrar a una selva lóbrega, toda resonante a himnos órficos y a alocadas alondras, pero en donde vamos a tientas con inquietud del insano delirio.

Azorín no quiere seguirles. Porque es francés, busca ante todo la claridad y el equilibrio. Como para entrar en religión se despoja cruelmente. *España y Castilla* son votos de pobreza. *Incipit vita nova!* A mi ver y entender queda atrás al ápice de su curva mental: *La Voluntad*, como obra literaria y el más acerbo contacto del literato con la tierra natal, si hemos de juzgar al escritor con el acierto de la crítica tainiana, según las raíces que enredó en la tierra profunda.

Difícil y peligroso es ser profeta. No se si *La Voluntad* tendrá el destino de la biblia manchega; pero, sin aquilatar su mérito, podemos augurar que por lo menos ha de perdurar como “documento”. *Don Quijote* y *La Voluntad* son dos

instantes de la conciencia española, los bastidores entre cuyo escenario España fué grande y miserable. Cualquiera que sea el futuro destino ibérico —y ya lo adivinamos admirable por el actual resurgimiento—, no se olvidarán estas dos fechas: 1605 y 1902. Señalan la aparición de dos libros que son “estados de alma”. El uno, sonriendo, solemniza la gloria; el otro confirma la derrota; allí resuena sobre las naves enclavijadas de Lepanto un “victor” ebrio y dura la fiebre en quien lo cuenta; aquí no se habla de luchas, pero en la calma pacata de la aldea, en las meditaciones del protagonista se adivina el reciente luto: un desencanto grávido, España sin colonias, Cavite...

En el *Quijote* está todavía aquella locura de querer, aquella hidrópica voluntad que asombra al mundo. Es una idea de Nietzsche desarrollada o repensada por Ganivet que el ímpetu guerrero se transforma al desviarse o civilizarse una raza, en acometividad personal: ríscosa ascensión de moradas o ramalazos hasta rajarse la espalda para mayor gloria de Dios. Don Quijote conoce las arideces del desgarramiento místico y casi fundaría una milicia de Dios como Loyola (Las primeras lecturas de Ignacio y de la santa de Avila son también libros de caballerías). Queda la voluntad haciendo estragos en el místico. Notad que su actitud contemplativa nunca podría compararse con el abandono budista de los románticos. Y aunque el anhelado término sea, en un completo desasimiento del mundo, la “voluntad cativa”, se conquista el cielo como un castillo. “Daremos mate a ese rey divino”, dice Teresa.

La voluntad de Azorín está ya “cativa” enteramente. Decía Ganivet que si le consultaran como a médico espiritual sobre la enfermedad de los españoles sus contemporáneos, la designaría con el nombre de “no querer” o *abulia*. De no querer sufre este simbólico Azorín de la novela. Al dinamismo interior que no permitía a los místicos la estancia larga

en ninguna morada, ha sucedido para siempre una sonámbula soñación. Persiste a cada momento —deliberadamente sin duda— el recuerdo del portentoso libro: Azorín —Quijote, Sarrió— Sancho. Don Alonso, que ya no es pastor de Arcadia sino aldeano, lee, en vez del *Amadís*, *El Mundo como Voluntad* y *Así hablaba Zarathustra*.

Siendo distinta la temperatura moral de ambos libros, tenía que serlo la ironía. Poseerá tal vez en *La Voluntad*, porque allí pasaron Sterne y Anatole France, una intención más sutil y disimulada, pero le falta la salud espiritual de Cervantes. Un escritor inglés contemporáneo ha atribuido el humorismo de Carlyle y los profetas hebreos a su sólida creencia en Dios. Despunta una verdad en tal paradoja. Para las grandes risas se requieren muy firmes almas. Rabelais y Swift —dos clérigos— extremaron una jovialidad inocente o rencorosa. El católico Cervantes se reía. Azorín sonrío solamente.

Sonríe, un poco triste, porque refiere las aventuras de un pueblo desganado que salió a desfacer la geografía, a un turismo heroico que no olvidaba la cruz en su equipaje, perdiendo luego todo hasta dudar si fué verdad y no hubo malos encantadores de por medio ¿Qué es la vida? se pregunta Segismundo. “Una sombra, una ficción.” Después del descabro, la raza está como Don Quijote, sentada en medio del camino, desconcertada, desorbitada. Le amputaron Cuba. Concluyó la “lotería de América”. La guerra con el moro que fué tradicional, y una razón de existir cuando la unidad hispánica amagaba, está desprestigiándose en guerrillas sin gloria ni eficacia. No sabe por cuál empleo decidirse esta cesante de mundos. Y es la hora del balance sentimental, la que hubiera sido espléndida para el cielo, si no hubieran dejado de construirse campanarios. Perdió la fe, que fue el más duro perder. Metafísico está quien no come bien. Y unas filosofías tristes —muy propias a tales desencantos— nos enseñan, San-

cho hermano, que la voluntad es dolor, el deseo acicate de todo mal y tal vez la vida, según razona el teutón, una “vuelta eterna”. De donde infiero que sería sandez y vanidad esforzarse en este valle cuando todo ha de tornarse a su misma original miseria por obra de un mal encantador... Decidme si *La Voluntad* no traduce exactamente este estado sentimental de 1900.

Muy fácil es ir de aquí a adoptar, como en un sanatorio moral, la postura de Goethe, esa serenidad que mira al mundo con anteojo de larga vista. Es natural que a la generación de la derrota “le seduzca el *olimpismo* del maestro de Weimar”. Tuvo ésta varios caminos: dispersarse en escepticismos como Baroja, atacar desesperadamente a la realidad (como los que epilgaron la derrota) o negarla, neutralizarla y *libertarse* en una visión distante, meditada, impersonal. Comprendemos lo que indica ese “¡paso a los jóvenes!” que murmuraba este año Azorín en un artículo nostálgicamente resignado. Las últimas páginas de su libro capital habrán sido proféticas.

¡Qué cautiverio y qué derrota! ¡Arrinconarse, buscar una cesantía disimulada cuándo se tiene un soberbio talento y, sólo cuarenta años, es decir, la edad del acierto definitivo; dedicarse exclusivamente al pan cotidiano del periodismo cuando cincuenta juventudes le imitan probando su influencia, descoyuntando a su manera la vieja frase oratoria! Lamentaremos siempre esta actitud del escritor admirado, los que amamos la vida a borbotones como los hombres solares. ¡Ni siquiera es el “ideólogo apasionado” de Barrés! Azorín no ha podido o no ha querido serlo. *La Voluntad* lo anunciaba; los últimos libros lo desmienten. Mas bien indican su retirada a las alturas para ver el mundo imparcialmente con Micromegas. Lástima que sólo ascendiendo —se dio el caso en artistas y filósofos— se pierda pronto esa “leche de la humana ternura”, sin la cual toda obra de *literato* nos parece fría y vana.

Y son muchos —tal vez yo entre ellos— quienes prefieren que el escritor ande en mangas de camisa por Nueva York, apasionado y plebeyo como Whitman, a verle retirarse con un desdén santificado pero triste, a la colina en donde brilla, bajo un sol polar, el antipático laboratorio de Goethe.

Madrid, 1914.

ORTEGA Y GASSET Y SUS
"JOVENES ESPAÑOLES"

Le faltaba a España un filósofo. En esta tierra cálida, exuberante, africana a medias, nada invitaba a meditar y en realidad el pensamiento ha sido un lujo raro. Se pensaba poco y se sentía mucho. Grandes amadores, candentes líricos, poetas de Dios, pintores ebrios, todo ha tenido —y es casi una vulgaridad el repetirlo— menos severos cogitabundos. Séneca es un retórico elegante y un moralista de termas; Lulio es una cigarra tostada por el amor divino; y nuestro don Miguel de Unamuno, la "tombola" europea del pensamiento.

Ortega y Gasset pudiera ser el filósofo español exclusivamente; mas en este instante de reconstrucción, cuando una nueva España es inminente, pensar no basta. Porque siente la responsabilidad de ser español, Ortega hace política. Su conferencia de 1914 en el Teatro de la Comedia, su semanario *España*, sus *Meditaciones del Quijote*, quieren ser pautas del futuro ritmo nacional. "Es preciso —dijo— hacer una llamada enérgica a nuestra generación, y si no la llama quien tenga positivos títulos para llamarla, es forzoso que la llame cualquiera, por ejemplo, yo."

Por una linda paradoja, el que convoca a la acción es el profesor de metafísica en la Universidad Central. Convoca

en frases sobrias y armoniosas. Aquí donde filosofar, desde los tiempos del aciago krausismo, ha sido sinónimo de lenguaje pedante y rechinante, aquí donde Unamuno... —¿por qué hemos de censurar siempre a Unamuno?...— nos sorprende esta prosa en relieve donde se busca y se encuentra la línea cursiva, elegante y elíptica.

Escribe bien, pero a despecho. Cuando fui a verle, me reveló, como un poeta vergonzante, como un lírico arrepentido, su desdén por la literatura. Sólo consentía en adoptar, según me dijo, la forma mitigada y parabólica del ensayo “a la inglesa”, porque en España no se podían publicar los tomos áridos de metafísica que sus profesores de Berlín o de Heidelberg dejaban caer, como un obús, sobre los discípulos aterrados.

Sonrisa aparte, su admiración a la Alemania pensadora se justifica. Esta ha sido en verdad la tutora del pensamiento occidental. “De 1780 a 1830 —confesaba Taine— Alemania ha producido todas las ideas de nuestra edad histórica y durante medio siglo aún, un siglo entero tal vez, nuestra tarea tendrá que ser la de volver a pensarlas.” Allí ha adquirido Ortega la pasión de lo absoluto; y es alemán ese punto de vista metafísico, panorámico, su necesidad de grandes síntesis. Libróse en cambio del esoterismo fuliginoso. Aplicando su clara mentalidad a España, en sus *Meditaciones del Quijote*, halla con admirable sutileza las flaquezas nacionales por combatir... Y en primer lugar la aspereza castellana: “Los españoles ofrecemos a la vida un corazón blindado de rencor y las cosas rebotando en él son despedidas cruelmente”. Le preocupa, pues, la “mutación de la sensibilidad española”, amor en vez de odio, y eclecticismo sentimental en vez de intransigencia.

Con una profunda humildad —y aquí no le seguimos— manifiesta que la mentalidad de su raza es inferior a la de los pueblos nórdicos. No quiere deslindar “nieblas germáni-

cas y claridad latina”. No hay tales nieblas. Se diría que acusa al pensamiento latino —“mediterráneo”, prefiere él— de insubstancial, de superficial. ¡Si no fuera por Grecia!... Se adivina que ha leído esos tratados de pangermanismo retrospectivo en donde queda probado con subnotas que todos los grandes hombres, desde Jesús hasta Napoleón, fueron germanos.

¡Cuán ardientemente se duele de que España represente, como todos los pueblos mediterráneos, la sensualidad artística, la impresión, lo pasajero —cuando él quisiera dar cita solamente a las cosas eternas! Son muy hermosas estas vertiginosas páginas y son también... ¿cómo diré? la Elegía del Político. Precisamente en esta realidad mudable, transitoria, de la plaza pública, es en donde quiere poner su cátedra. Y porque la vida tiene ironías encantadoras, este adorador de los tratados sistemáticos, de las ideologías firmes, padece de inquietud incurable.

No solamente no fabrica un sistema propio, sino que en las doscientas páginas de su libro halla manera de discurrir sobre todas las cosas humanas y divinas. Reprochen otros. Yo admiro apasionadamente a estos poetas de la idea, a estos pensadores de alta opresión que no pueden meditar sino cantando... A semejante mentalidad debemos uno de los mejores libros de la España contemporánea, la premisa de un escritor intenso.

Por él florece de nuevo ese platonismo que desde León Hebreo y Lulio hasta las imitaciones de *El cortesano*, de Castellón, provocó en tierra ibérica tan lindos raptos de pensamiento. Es comunicativo el entusiasmo con que Ortega analiza a Platón. El sótano retumbante, que es su sala de clase, está muy lejos de compararse con la alameda de plátanos, pero el maestro sabe también llevar el pensamiento a las alturas vertiginosas sin que la ascensión sea penosa ni le abandone la atención apasionada. Tiene, como Bergson —no

le hará gracia el paralelo—, el don de explicar lo abstracto por lo concreto. Se le adivina ferviente por las ideas y habituado a manipularlas. Cuando acaba de engarzar deducciones ágilmente, sonrío como el guía alpino que triunfalmente nos mira después de haber pasado con nosotros el arduo riesgo de nieve. En Francia dirían que se “gobe”, Pero es sólo placer intelectual y no vanidad, estoy seguro, lo que se ilumina en la esotérica sonrisa del profesor.

De la cátedra a la plaza hay distancia, y no siempre las repúblicas de este mundo, a no ser la isla de Próspero, estuvieron gobernadas por filósofos. No puede saberse, pues, si Ortega acertará. Le siguen muchos en todo caso, intelectuales a quienes llamaré “jóvenes españoles” para recordar el afán nacionalista de los “jóvenes turcos” y a la vez el rebuscamiento literario de los “jeunes France” de Gautier. Cuando digo jóvenes, cometo probablemente la figura de retórica llamada sinécdoque: no lo son todos los que están ni están todos los que son. Algunos tienen cabello gris o estilo cano. A otros, admirables de fervor, verdaderos “pioneers” de la España ideal, no se les ha llamado. Su órgano reciente es *España* y su línea de conducta está dibujada en *Vieja y nueva política*, la conferencia de Ortega, que es hermosísimo prospecto de una nueva Iberia “vertebrada y en pie”. Por todas sus páginas circula lo que llamaba Shelley armoniosamente:

the passionate tumult of a clinging hope.

¡El tumulto apasionado de una esperanza que se obstina! Y es que ha llegado la hora de obstinarse. Urgente es erigir la España que será... lo menos Manrique posible. Ya Costa quería echar doble llave al sepulcro del Cid. Ortega siente como el otro patéticamente el destino probable y admirable de esta tierra mediterránea y atlántica, encrucijada de razas, alquitara de sangres, que pudiera dar al mundo un sentido

nuevo porque junta a calenturas africanas la mística melancolía del Norte.

Después de Costa y de Ganivet, Ortega piensa que España puede "curarse". Esta idea de enfermedad obsesiona desde hace un siglo a sus pensadores. Don José Cadalso hablaba ya en sus *Cartas marruecas* de "curar a un enfermo". Costa pedía un cirujano. Y nadie atina con el mal definitivamente. La despoblación es lo que ha enfermado a España, piensa el padre Feijóo; la brusca introducción de ideas democráticas en un país "altamente monárquico", dice Balmes; la detestable política de la casa de Austria, opina Picavea; el dominio venal de los peores, "oligarquía y caciquismo", dice Costa. Todo matiz tuvo este examen: sarcasmo en Jovellanos y burla leve en Larra; un descontento, un desencanto cundieron a la postre en las mejores almas de la tierra bravía donde Séneca enseñaba a ser viril y Don Quijote se levantaba de la caída, más ardiente. Bartrina tuvo razón: hablar mal de España fué una manera de ser español.

Vino a acrecentar el pesimismo, el desastre de las colonias. Su misma literatura, la obstinación de soterrarse en el más rancio ayer, era como un clasicismo desesperado: odiar al presente lánguido porque el pasado fué mejor. Reacción comparable, aunque diversa, al naturalismo que sucede en Francia a la guerra. Protesta fué también. El pesimista francés necesitaba desprestigiar al mundo, enlodarlo. En la bancarrota de su entusiasmo se levantan esas calumnias patéticas que se llaman *La Debácle* y *La Terre*...

Para España, la España desollada que pierde en Cuba sus últimas carabelas, soñar fué recordar. Don Juan Valera, Pereda... Hasta el liberal demolidor Pérez Galdós necesita volver la vista atrás y escribe, para su nostálgico pueblo, la historia en compendios líricos, la historia que es leyenda... Todo impelía, sin embargo, a esperar tiempos mejores. En la misma comedia humana de Galdós, en el cesante, en el

mendigo, en el místico *Nazarin*, en todo ese mundo ridículo y adorable, estaban patentes las cualidades de la más briosa raza que vieron los siglos. Allí la resignación, allí la lucha diaria con la suerte, el estoicismo que sonrío. Su epopeya sin prestigio es hermana de aquellas Iliadas exorbitantes que nos contaron los cronistas de la aventura de América. Todo ha mejorado desde aquellos tiempos grises. Vivir en España ahora por unos meses, es admirar las posibilidades de nuestra raza, y una juventud modernísima en tendencias anuncia allí el estío cierto.

Comprendo, pues, el optimismo que se mezcla en Ortega a las más disolventes críticas. El conoce, como todo buen psicólogo, el factor moral de la afirmación. Y así como James pretendía que querer sentir una emoción es estar a medio camino de sentirla podemos galvanizar a un pueblo repitiéndole que el ritmo de su voluntad se ha acelerado y tratando de crear con una sola chispa el gran incendio.

Esto ha querido hacer Ortega. Sólo reprocho a su "España" la escasez de incendiarios. Enumeremos a algunos... que no lo son. Veo allí extraviado al admirable Baroja, el doctrinario del "¡que se me da a mí!", un hombre polar que se encoge de hombros ante el mejor Canaán (recordad unas frases tuyas de la *Revista Nueva*, sólo comparables en pesimismo a ciertas páginas de Schopenhauer o del *Libro de la total extinción del Buda*). Fuera de Ortega y Gasset y de Juan Guixé, más joven éste, admirables ambos, y fervorosamente atentos al ritmo de la tierra materna; fuera de un perfecto lírico, que transforma como un poeta del Lacio sus soledades ardientes, en tenues y fluidas melancolías —Enrique Diez Canedo,— no veo allí (tal vez olvido a algunos) sino pacatos mandarines. Y para la recia obra de transformar a España, quisiéramos juventudes temerarias, las de ayer: el ermitaño puntual de su Tebaida sin Dios, el poeta del imperativo y del silogismo que fue Pi y Margall, o Salmerón el enérgico, o ese Nicolás Estévez

a quien yo vi en París, heroico y pobre, fatigando en traducciones “leoninas” su colérica pertinacia de viejo rencoroso que no se rinde...

En fin, siquiera dirige el movimiento un “ideólogo apasionado” como Ortega que ojalá pueda preservar de bizantinismos! “El espíritu sopla donde quiere”, dice la vieja frase optimista.

París, mayo, 1915.

JACINTO BENAVENTE

Apenas llegué a Madrid, quise conocer a los dos “fenómenos”: Benavente y Belmonte; el literato y el torero. A nadie le chocará ver estos nombres juntos. Lo están con frecuencia en los periódicos. Benavente, como el otro, es desgarbado, trivial de rostro, sin ninguno de los signos exteriores que permitan adivinar “sus riñones”.

Era natural comenzar por el literato. Quienes supieron mi arriesgada tentativa me disuadían: “No vaya a verle. Es un hombrecito que no os mira a la cara, que os dispara imper tinencias desde el lecho en donde come, escribe y duerme. Esta posición horizontal, generalmente favorable a las confi dencias, no le inspira; y saldrá usted echando chispas.”

Pero, ¡la manera de disuadirse cuando se tiene ingenua simpatía! Es el pecado de juventud. Se admira, se quiere ver de cerca al admirado. Y a pesar del proverbio que aconseja no ver en bata a los grandes hombres, me fuí a ver a éste que estaría seguramente... en camisa. Ya le conocía. Me le habían presentado en el estreno de una obra de Hervieu que él tradujo. Concedióme una mano distraída, murmuró den gosamente una frasecita aguda como un hipo y se perdió con un trotecillo ratonil entre bastidores. Le perseguían muchachos flacos, en cuyos bolsillos adiviné dramas de cinco actos. Creo haberle mirado bien, entonces y después. Se pa-

rece notablemente a un cesante de Galdós; tal vez al Vulcano de Velázquez, pero en reducción, en "biscuit", para chimenea.

Cuando entré a su dormitorio, comía. Incorporado en el lecho, dirigió desde entonces sus palabras a la galantina que tenía delante, a las rodajas de melocotón flotantes en un melado piélagó. Yo traía un caudal de admiraciones, tenía casi entrecortado el hablar ante el grande hombre. Más generoso que los jóvenes del teatro, no artillé los bolsillos con drama ni comedia. Con un cuadernito, sí, para apuntar las palabras inquietantes, las soberbias paradojas que me diría. Era menester abrir bien los ojos, ser todo oídos. Tal era mi devoción que no me sorprendió su exclusiva atención a la comida. Podía ver siquiera un ojo, media nariz y media barba. ¿No es bastante para un entusiasta joven? Mientras él masticaba, observé el cuarto. Rembranesco, digno de Shylock el avaro. ¿Qué contraste con los facistoles y las colgaduras de d'Annunzio! Esto era celda o buharda.

Ensayé algunas preguntas timidas. ¿Iba Hervieu a traducirle *La Malquerida*? ¿Consentiría en que un amigo mío tradujera para un teatro de París *Los intereses creados*? El se negó rotundamente. Muchos le pidieron sin objeto permisos que no tuvieron efecto. Además, no se puede traducir bien. "Traduttore, tradittore." Un alma nacional no es comprendida por el alma extranjera. Cada raza tiene su genio peculiar. El espíritu español es distinto del espíritu francés...

Me parecía haber oído ya todo esto. Eran sentencias que están quizás en el *Bertoldo* y pertenecen a lo que llaman en Francia "la sabiduría de las naciones". Pero las decía el maestro y cobraban a mis ojos un prestigio nuevo.

—Racine —observaba él— nos parece un *camelo*, y los franceses no comprenden a Calderón. En general los franceses no comprenden a nadie. Además, es imposible leer a un autor después de tres o cuatro siglos. Shakespeare, por

ejemplo, ¿puede soportarse la lectura de Shakespeare?

Yo le miré aterrado. Cantó un gallo tres veces en el silencio súbito. El maestro continuaba tranquilamente. Una redondela de melocotón se empeñaba en huir sobre el golfo de almíbar. La ensartó al fin, la engulló, limpió la barba y me dijo:

—Yo no había leído a Shakespeare hasta hace poco por temor de dejarme influenciar. Es un autor interesante pero aburrido. ¡Qué quiere usted, el defecto de los genios!

Yo callaba, distraído, creyendo hallarme en la botica donde la señora de Bovary compró su pócima fatal... ¿Paradojas? Prefiero las de Wilde. Recordé una. Sostenía Wilde que los grandes hombres no son interesantes pues todo lo pusieron en sus libros. En cambio, los artistas menores — ¡hasta los fracasados! — prodigaron arte en su vida, fueron simpáticos siempre.

¿Este habrá puesto —me preguntaba yo— todo su talento en *Los intereses creados*, *La Malquerida* o *La noche del sábado*? Algunos amigos me aseguran que no. Rige su vida una travesura imprevista, pero es preciso para sorprenderla y apreciarla, incorporarse a su Academia nocturna del “Gato Negro”. Van allí pocos literatos —los cobijados por el grande hombre—, pero en cambio los más simpáticos barbianses de Madrid. Benavente los divierte con facecias encantadoras. Una noche imita admirablemente el canto del gallo o el ladrido del perro. Otras, salta rugiendo de mesa a mesa. Algunas veces, en las solitarias calles nocturnas, seguido por su alegre tropa que engrosan cortesanas errantes, va, como un filósofo cínico, lanzando máximas o cantando con su vocecilla rajada las últimas canciones a la moda. Los chicos del Ateneo, aquellos jóvenes todavía melenudos y “Pálidos de sentirse tan divinos” le vieron pasmados ir saltando de butaca en butaca dulcemente, metódicamente, como un payaso triste, como un loco manso.

Pero lo mejor de todo ha sido una representación del *Juan Tenorio*, organizada por cómicos literarios —o viceversa— en un teatro de Madrid. Ya era linda la ironía de este don Jacinto convertido en don Juan, enganchando corazones en su bigote rizado, él que sólo quiso embarcarse para Citeres con la tropical y efervescente Rosario Pino. Llevaba, para tapar los claros de la cabeza, una peluca romántica. Sin respeto por el gran Zorrilla, hizo el más perfecto “sabotage” de los versos, se arrancaba el postizo para fingir una desesperación de amor y al final ¡ah! lo que ocurrió al final no podéis imaginarlo, ni yo describirlo bien. El don Juan concluye un verso célebre con una rima propia anunciando que le resta solamente, para calmar su congoja, bailar el garrotín. ¡El garrotín, el garrotán! Una zapateta, el meneo gitano, un gentil compás de dedos. En el público pasa un calofrío de compasión, de asco tal vez. Allí está zarandéandose el primer literato de España. Fué el silencio peor que todo.

Pasan estas anécdotas en mi mente mientras prosigue la desganada frase del hombrecito en camisa. Aburrido, empiezo a imaginar facecias dignas del maestro. Yo no esperaba esta seriedad. Tal vez quiere que yo comience para ponerse al diapasón de mi travesura. ¿Me decidiré?... Morder las pan-torrillas de esta ilustre fregona arisca que está sirviéndole café, tirarle de la nariz para que mire de frente, darle un papirotazo en esa calva redonda y pulida como un duro, coronarle con el objeto blanco que alcanzo a ver bajo el lecho, leerle una comedia de Linares Rivas, encender un buscapiés, ponerle con el cubierto un par al quiebro...

No me decido, sino empiezo a madurar un clownesco discurso: “Caballero genial, hombrecito fabricado, como dicen en Francia, con cuentagotas. Los melocotones, exquisitos seguramente, justificaban vuestra atención exclusiva, pero hubiera sido mejor volver el rostro. Tornad los ojos, barbián, que no os van a leer en ellos secretos hábitos y perversiones

de gitón. Algunos creemos compatible tener genio y camisa limpia. No estabais obligado a ofrecer el café, los cigarrillos o el *vermut* que la rutina concede a los colegas. Pero hay unos aparatos de curvado pico y ampollita de caucho que pueden perfumar los dormitorios cuando las Tres Gracias no han dormido en ellos. Por el correo próximo os enviaré un manual pequeñito, firmado por Carreño, en donde aprendí a rehusar tres veces las golosinas de las tías y a no poner los codos en la mesa. También os enviaré un libro de Emerson. Puesto que traducis con tanto acierto del inglés, podréis leer allí que un hombre equivale a otro hombre, ¡Olé, Tonino jefe y colega ilustre! Tenéis uno de los cerebros más interesantes de Madrid y el cuerpo más ridículo de Madrid. No sabría escribir seguramente vuestro admirable drama *La Malquerida*; mas cuando viene la primavera, el ruiseñor me ha visto perseguir a las mozas con los labios urgentes por el reciente mosto”.

¿Voy a decirle tales tonterías y consentiré en molestar-me de veras? Benavente coloca una mano sesgada, fofa, “lilial”, entre mi puño fuerte que tal vez va a hacerle crujir los huesos... ¡Qué candidez! ¡Adiós! Debo estar echando chispas, porque la ilustre fregona me mira despavorida.

Encuentro en la escalera a algunos jóvenes favoritos discípulos sin duda, que están hablando irrespetuosamente de “Jacinto”. Tienen mejillas pintadas, dengue majo y el mismo talante sospechoso del admirado maestro.

LA PARDO BAZAN EN LA ACADEMIA

Cada año, casi en la misma fecha, se habla aquí de la entrada de la Pardo Bazán a la Academia. Esta vez se ha formado un comité para obtenerlo. Lo componen sobre todo profesoras de escuela. Tiene, en las fotografías, una vaga

apariencia de sociedad sufragista; y es lástima que más encumbradas y lindas damas no lo hayan presidido, pues parece una reivindicación de los derechos de la mujer, lo que es sólo justicia a un gran literato con faldas.

Será menester apresurarse. No porque esté muy anciana esta académica *in partibus* —nombrada ya en la opinión por las autorizadas voces de Azorín, Valle-Inclán o Baroja— sino porque lleva esperando muchos años, tantos que blanquea su cabeza como si ya se trocara la envoltura mortal en el mármol del futuro monumento.

Fueron mi asombro estas canas. Alucinando por la juventud de los libros primaverales y otoñales *La Sirena Negra* o *Dulce Dueño*, me parecía que el tiempo la habría respetado como a Ninón. ¡Paradójica historia literaria la suya! Sus últimas obras tienen una frescura que no alcanzaron los libros del comienzo. Exceptuamos su tierno *San Francisco de Asís* y todo el champaña de sus crónicas. Mas las novelas de su ciclo naturalista eran pesadas. Recordad. Esta mujer burbujeante, tornátil, sufrió largos años la molesta tiranía de Zola. Era la moda. ¿Quién no la sigue, siendo mujer sobre todo? Porque era preciso documentarse y documentar, nos dió *La Madre Naturaleza*. Porque era bueno arrancar todas las hojas de viña, desnudar a la verdad, esta escritora desleyó cantárida en su sidra galaica. Tiene cuentos capaces de ruborizar a un gendarme o a un académico de la lengua —que son, según parece, los extremos de la desfachatez humana—; pero en donde nunca pierde cierta malicia italiana o francesa que recuerda *Les Moyens de Parvenir* o el *Heptamerón*, de su ilustre colega Margarita de Navarra. Recuerdo alguno todavía. Narraba los retozos de una pareja, sobre un caballo, en un camino solitario y lluvioso. Hoy nos parecería inocente tal vez. Entonces lo leíamos con el rostro abochornado, y cambiaba en delirio de anacoreta nuestro blanco sueño de colegiales. Ah ¡Doña Emilia, de cuánto malos pensamientos tuvo usted la culpa!

Otro literato hubiera continuado el género que le dió gloria y dinero. Pero entre las excelencias femeninas de este espíritu está la de transformarse, la de inquietarse. La naturalista dejó de serlo. Quedaban ciertas prolijidades en la descripción, pero las novelas de la "segunda manera" son otra cosa. Ya no el ambiente grávido, la tristeza carnal que ensombrece el paisaje zolesco. Se inaugura en obras como *La Quimera* y *Dulce Dueño* una melancolía idealista. Con los años viene la sonrisa entumecida de pensamiento, reticente y cordial, que es el encanto de los viejos. Ciertas crisis de alma comienzan a parecer más intensas que la conjunción de cuerpos ebrios. Cada tarde es una enseñanza y un anuncio. Todo es símbolo porque viene el crepúsculo de la muerte. Las palomas que regresan cenicientas de tarde, parecen traer ramos de olivo y se mira las primeras estrellas con el vago resquemor de que detrás esté el Dios de Kempis.

¿No parece natural que regrese al Buen Pastor quien escribió la historia de San Francisco y Donna Povertá? Ya había en *La Quimera* un ansia vaga —una *morriña* de cielo, diría Doña Emilia. Esto se acentúa en *Dulce Dueño*. La heroína va errando a través de los amores humanos con aburrida fatiga, con hastiada cólera. ¿Nada más le ofrece el hombre? "No ates tu corazón a las cosas que pasan", parece pensar a cada instante como Kempis. Los hombres a quienes ata su corazón son, sin embargo, novios simpáticos que se confiesan por pascua, propagan la fe católica y cuentan con las mejores referencias del confesor. Pero esta mujer es una mística, una intelectual diríamos hoy. Como su compatriota Santa Teresa, va desgarrándose en una ríscosa ascensión de moradas. No la mueve el cielo prometido ni tampoco el infierno tan temido. Es la suya una fiebre espiritual, ansia de cima que conocen algunos alpinistas cuando han bajado al negro valle, ese áspero vértigo que llamamos en Nietzsche anhelo del superhombre y en los místicos sed de Dios —espejismo de altura

en cuya cima irrespirable el buril de Rops grabaría, los dos símbolos de la tortura humana: el buitre antiguo y un Crucifijo negro. . .

Si es cierto que no puede describirse maravillosamente sino estados de alma compartidos, podemos pues asegurar que Doña Emilia regresa a "la religión de sus mayores". Con esto tendría ya méritos hechos para ingresar en la tradicionalista Academia. Verdad es que la estorba no escribir en rancio. Su estilo admirable, matizado, suculento, nunca sigue los viejos cauces. Jamás podrá esta escritora genial falsificar penosamente a Cervantes como el ilustre señor Ricardo León. Y la Academia no transige en este punto. Acogió a los treinta años a aquel zurcidor de giros clásicos, cuando Valle Inclán y Azorín habían ya escrito obras maestras.

El obstáculo principal, sin embargo, es que, como sabéis sea mujer. ¡Se cuentan los inmortales tan verdes cuentos! Cada sesión tiene, si no mienten las malas lenguas, una postdata que es un decamerón. Y delante de una señora, aun cuando ésta sea una antigua naturalista, los Boccacios que limpian, fijan y dan esplendor, temen, "no poder discutir con libertad" como acaba de decir uno de ellos.

Pero hay otras razones más graves y verídicas "No se trata —me dice un amigo literato— de Doña Emilia en particular. La admiramos todos. Después de Galdós ¿a quién podemos señalar como cumbre? Ella nos ha libertado de la prosa maciza y barroca. Puso inquietudes de mujer, levedades de mujer en ese tremendo estilo español de fines del siglo XIX. Pero. . . su entrada significaría la puerta abierta a las mujeres y esto es lo arduo. Ninguna iguala ni igualará quizás en muchos años a aquel cerebro elegido. La Naturaleza no se repite tan prodigamente. Y tras del genio incontestable, ingresarían los menudos talentos, las pintoras de acuarela sentimental. ¡Mire usted qué competencia ! Sólo habría sitio para ellas. Porque entre un pobre literato que lleve libros y una escritora

que lleve además sonrisas, ningún académico dudará, si suponemos maliciosamente que las sonrisas prometen y que el académico no se ha retirado todavía al gremio de los cesantes de amor. Usted mismo me ha contado que Catulle Mendès, director literario de un gran periódico, exigía la contribución del señor feudal a toda lírica aspirante. No quiero calumniar a mis compatriotas de la Academia suponiéndoles una virtud inquebrantable. Y ya vería usted las consecuencias. El Diccionario detenido en el verbo amar. Y después, lo peor, cuando ellas envejecieran: la candidatura de niños góticos como estos cancioneros del *Heraldo*. Quien tuviera el arisco pergeño y la talmúdica barba de Don Ramón, no ingresaría nunca . . .

En cambio —le respondo yo— la barba de moro romántico de Don Juan Ramón Jiménez habría hallado pronto admiradoras. Y váyase lo uno por lo otro.

No creo sin embargo en los tremendos pronósticos de mi amigo. Confío en el buen gusto literario de las mujeres y estoy seguro de que serían las primeras enemigas de la nueva aspiranta. Dejad entrar a dos o tres y veréis como se oponen luego a que la serie continúe.

¡Dejadlas entrar! Serían la novedad y el encanto de una Academia rancia. ¿Quién podría definir mejor lo que es un collar, un madrigal, un *repente* y un amorío? Cuando llegara el turno de las palabras sentimentales, ellas tendrían voz y voto preferente; cuando llegaran las palabras gordas, las interjecciones de arrabal, se les podría servir té en un saloncito discreto. Ved cuánta amable frivolidad para aligerar la lengua heroica de romanceros y gestas. El que comenzara una larga disertación sobre el origen arábigo de una voz, temería los bostezos de las oyentes. Y luego el gran Don Marcelino —por buena educación, por coquetería— no hubiera venido nunca a estas sesiones con la levita raída y las manos puercas.

EL PROFETA COSTA

Desmentida oficialmente, comentada en los diarios portugueses, la noticia alborota en Madrid. Como premio a su intervención en la guerra, Portugal pedirá Galicia. Pedir es y en otro tiempo parecería una fanfarronada más. La ponderada y sobria Castilla sonrió siempre de ese hidalgo lusitano en quien se adunan, con el encrespamiento del legítimo inglés “isleño” las exageraciones de Andalucía y Tarascón.

Esta vez se ha crispado la sonrisa porque la “pérfida Albión” está detrás. Todo es quizás una quimera de periodistas, pero me obsesiona, porque amo a España, la profecía de Costa en 1902: “Si la guerra europea estalla no será para que se respete a España, v. gr., la posesión de Ceuta, sino para decidir si Ceuta ha de ser para Inglaterra o si debe ser para Rusia, y caso de que deba ser para Rusia, con qué porción de la península y de los archipiélagos ha de compensarse a Francia y con qué porción a Inglaterra y a su *protegido y pupilo Portugal*”.

Salgo precisamente de charlar de estos temas con un hermano de Costa, Don Tomás. Un admirable hermano que consagra —este es el verbo justo, pues hay una santidad de afecto en él— su energía y su dinero, a editar los libros olvidados o inéditos, los capítulos de ese Nuevo Testamento ibérico en donde están, como en el otro, el rencor a los mercaderes, una ternura evangélica por su Samaria natal y su congoja de posibles apocalipsis.

De mis lecturas y de esta charla encantadora, surge inmensa, taumatúrgica, la figura del gran polígrafo. Todo lo vio y lo previó. Como esos finos instrumentos que anuncian las convulsiones terrestres, sintió en sus nervios los desgarramientos de la España próxima. En 1883 anunciaba el desastre de las colonias. Fue profeta, pero no en su tierra. En vez

de llorar y desgarrarse las vestiduras y cubrir de ceniza la cabeza —lo que en Madrid significa la inútil lamentación en el café o en las Cámaras— quiso formar febrilmente una “España europea”, como él decía, gastar en escuelas el dinero dilapidado en armamentos, irrigar, sembrar, vencer para siempre al señor feudal disfrazado con los nombres de gobernador civil, alcalde, senador o ministro; defender al aldeano y al obrero contra el despotismo del juez; jubilar a los oradores de cámara disputando mientras España se derrumba; enviar como el Japón a todo centro cultural o fabril a los maestros y capataces de mañana; suplir con una “política agraria” un acertado plan de riesgos, esa agricultura de buena fe que pide al cielo con procesión y rogativa la lluvia del Señor para su tierra chamuscada; plantar árboles en vez de encender cirios o, por lo menos, hacer las dos cosas a la vez; importar ideas y buenos carneros, entusiasmo y arados de vapor; ejecutar, en fin, en medio siglo, lo que hizo Europa en quinientos años. El sabía la terrible obra. Nadie ha tenido manos más impacientes y un destino más tiránico. Pedía un “cirujano de hierro”. Pudo serlo y no le dejaron ser. Tuvo todas las cualidades intelectuales y morales del “escultor de pueblos”, del redentor. Y el redentor murió con la congoja de no haber podido redimir.

Su historia es la tragedia antigua, conmovedora siempre, del Colón, sin naves, del maestro sin discípulos. Estaba solo, como Juan Gabriel Borkman. ¿Recordáis con quién se comparaba este personaje de Ibsen? Con un Napoleón vencido en la primera batalla. Muchas batallas dió Costa. Como aragonés, era obstinado. Hasta morir combatió a su mortal enemiga: la apatía determinista de España que favorece, como el cielo católico, a los cobardes. Y no puede decirse que Costa fué vencido. Creo en el poder explosivo de las ideas. Las suyas estallarán un día, pero él no habrá visto el buen derrumbamiento y ésta fue la melancolía de su vida.

Era uno de esos hombres urgentes —él mismo, lo ha con-

fesado— que quieren ver cómo revienta en espigas la tierra fecundada por ellos con la simbólica semilla de Hugo. Organizar el futuro para los nietos puede ser muy hermoso idealismo, pero las mejores obras del hombre son siempre aquellas cuyo término verá. Este idealista práctico pudo ser en España el gobernante admirable. La gobernaron pícaros o románticos. Ha sido el feudo empobrecido y exprimido por filibusteros con patente, por abogados que sólo estudiaban leyes para obtener con el diploma un billete en el sorteo del Presupuesto.

Por otra parte, la República, tan hermosa cuando soñada, cuando servía de platónica alameda para filósofos, sólo fue al nacer una Icaria simpática, una Ciudad del Sol nada viable que presidían un filósofo y un poeta, Pi y Margall y el órfico Emilio Castelar. Costa hubiera sido el republicano que no canta. En el principio de su génesis española era la acción inmediata. Han dicho de él que no fué un pensador, sino un sentidor, y éste es el mejor elogio de un político. Tuvo la pasión que arrastra masas. A ideas no siempre inventadas por él, como el análisis de los males del “caciquismo”, les dio la forma circulante, la posibilidad de la buena epidemia. Y a este arquitecto que pensaba levantar un mundo o por lo menos una península, le faltó el punto de apoyo: un puñado de duros, un periódico expansivo y explosivo, algunos discípulos de mucha fe.

De esto murió, me dice su hermano Don Tomás. De tristeza, de ira. El divisaba también, en su alto clima espiritual, la tierra firme. Y pudo decir con la melancolía del Almirante: “No sé si hubo otro con más martirios”.

Su muerte ha retardado considerablemente la propaganda. Les faltará siempre a sus discursos, violentos como las epístolas de Pablo, aquel calor, la “llama de amor vivo”, pues es plausible esta frase mística para expresar su devoción a la España eterna.

Cuantos se le acercaron cuentan su combustión interior de donde salían las ideas líricas y los proyectos de ley, todo bruñido. Para los jóvenes —fué un excitador. Más que cura de almas tenía la misión de inquietar almas. De los viejos no esperaba nada. Se fueron a toros el mismo día del desastre naval. Pero la juventud era capaz de indignación, de vergüenza. Los viejos le echarían en cara que denunciara la miseria de España con esa falsa vergüenza de hidalgos que prefieren no comer a revelar su hambre. Sólo los jóvenes comprenderían que la curación requiere diagnóstico.

Y nadie ha analizado mejor el mal de que España podía morir. Fragmentos de este examen se habían hecho ya, con misantropía exasperada como Jovellanos, con una sonrisa traviesa como Larra. No había hiel en Costa. Su investigación era de filósofo, una especie de “composición de lugar” como en Loyola. Es oportuno este nombre, pues Costa representa en la política ese “examen de conciencia” diario que el otro ensayó con fruto en la mística. Era indispensable aquí. No se detuvo siempre España a meditar en su destino. Raza de conquistadores, su misión fue de voluntad y no son siempre los hombres de acción los que meditan. Por desgracia coinciden algunas veces esta morosa encuesta con la derrota. Es comprensible y singular que libros como el *Idearium Español*, *En torno al casticismo*, *La Psicología del pueblo español*, sean posteriores a Cavite. Ganivet comparó admirablemente este estado de alma con el despertar de Segismundo soterrado y cautivo, después de esplendores regios. Podemos compararlo también a la trayectoria espiritual de Loyola. La misma ardentía bélica, la herida grave y la convalecencia meditativa del soldado. Los libros de Costa, de Picavea, de Ganivet, de Altamira, de Unamuno, eran como un *Manrese* lúcido. Los intelectuales españoles de treinta años están acordes en que el desastre ha sido un camino de perfección. Semejante convulsión era indispensable para acabar con el pasado muerto, para iniciar una égida fuerte.

Lo cual no pudo hacerse en un día, y Costa lo aprendió trágicamente. El León de Graus, como le llamaban por su elocuencia agresiva y su hermosa cabeza ferina, se confinó a rugir, hosco de luchas, en su selva natal. También los profetas de Israel sacudían el polvo de las sandalias sobre el grosero positivismo de un pueblo de esclavos y usureros, pero quedaban la admonición o la maldición acerba y tónica, ganando pechos para la nueva y santa lid. Costa ganará batallas póstumas como ese Cid Campeador a cuya tumba quiso poner simbólicamente doble llave “para que no volviera a cabalgar” cuando se inaugure la España agraria y escolar con que él soñaba, rica en doradas vegas ubérrimas, fértil en insignes cerebros.

No la veremos tal vez, pero vendrá estoy seguro. “Ya suenan los claros clarines” Y el mejor indicio de la ciertísima redención, son precisamente estos hombres representativos como Costa, anarquistas de Dios que llegan de repente anunciando una Tierra Prometida— estos hombres urgentes, testarudos y trágicos, con una considerable porción de divinidad como Renán la entendía, con una energía acumulada en reposo de siglos— que vienen para demoler, pero edificar también, para gritar “¡Jerusalén!” sobre collados tristes, para contagiar a pueblos cesantes su activa angustia, para atestiguar, en fin, como en síntesis de hombres, como en un nuevo, “precipitado” anímico, la terrible vitalidad de una raza.

EL GRECO Y SU PAISAJE ESPIRITUAL

Acabamos de ver el “Entierro del Conde de Orgaz” al fondo de la capilla menuda y fresca, en cuya estera el chiquillo que nos guía hace ensayos de patinaje, bajo la mirada tolerante de la sacristana morena. Bajamos la calle madiciendo esas guijas colocadas, según Gautier, del lado más agudo, con

el objeto de mortificar al transeúnte. ¿Para qué muerto serán esas cruces de piedra tosca? A la futura lápida está trepando un niño rosa como en cualquier dibujo simbólico del Amor y la Muerte. Cerca, una vieja que lleva la cabeza cubierta con una bayeta agresiva —verde amarilla—, enciende penosamente un haz de leña. Bajemos todavía este calvario. Horaciana, rústica y sosegada, aparece entonces la casa del Greco.

Ni la celda de San Marcos, donde se maceraba Savonarola; ni la casa de Balzac en la rue Raynouard, donde miramos conmovidos la cafetera indispensable para las heroicas veladas, ni el cuarto de Sils-María, en donde padeciera Nietzsche sus pensamientos vertiginosos; ningún lugar humano que conserve la huella de un febril espíritu, nos puede conmover tanto como esta casita donde el pintor buscó frescura y paz. Los guías y algún admirable erudito como el señor Cossio, nos dirán que, reconstruida en parte, no es tal vez con exactitud la morada del Greco. Pero si hacemos una “composición de lugar”, como quería Loyola, no hallamos en Toledo paisaje alguno más digno de reposar el alma de ese místico del pincel, febril y torturado según lo poco que de él sabemos y lo mucho que nuestra romántica simpatía adivina.

La ciudad, crispada en sus rocas altas, aquí parece más suave y meridional. Es casi un verjel este jardín. Si nos sentamos en las gradas de la casa, veremos el manso declive de la campiña. Y es dulce también el paisaje doméstico. Azulejos alternados con ladrillos en el patio claro. Frente a la entrada el oratorio. En un rincón del patio la tinaja. A la derecha la cocina extensa, casi un salón, como era en tiempos del regalado yantar y de los finos sibaritas de iglesia. Los obesos y simpáticos cacharros de Talavera ocupan toda una cavidad del muro. Cerca, un libro de repostería nos documenta sobre los secretos del “mazapán doble o forrado”. No puede chocarnos tal recuerdo goloso en esta casa. Sabemos que era regalón el inquilino. Tal vez en esta ventana no ha pintado

nunca. ¿No irían a decirle una vez más que copiaba esplendores tizianescos?

Cuando hemos subido la escalera, cuando hemos visto esos aposentos enjalbegados y su claro taller estamos seguros de que en este ambiente debió venir a reposarse después de sus andanzas por Toledo. Le inquietaba esta ciudad que es su reflejo, la más extraña concordancia de un hombre y un paisaje. La difusa espiritualidad de estas calles severas y laberínticas, se hace conciencia, se concreta, en esa alma laberíntica y severa. A su imagen y semejanza, fueron siempre los caminos empinados y estrechos en las ingenuas alegorías de los pintores.

Cuando llegamos al Puente de Alcántara, comprendemos mejor el *Camino de Perfección*, de Santa Teresa. El expresa lo mismo. Abajo el río torrencial; arriba el castillo crispado en la roca, pardo y próximo al cielo, como en esas almas orgullosas que se despojaron de la abundancia y de los colores terrenos. Todo es arista de pena, zigzag de rayo, una agitación petrificada. Y sobre esta aspereza inmóvil, las nubes en humareda, como acabo de ver las nubes del Greco, en perpetua amenaza de tempestad, que nunca van a deshacerse en las tibias y calmantes gotas de un sensual verano.

Tan bien como en la casa, comprendemos en las calles y en el museo el alma de ese pintor que ya no llamamos "extravagante". Más que Rivera y Zurbarán nos interesa. Estos sólo son católicos abnegados, sin rebeldías ni conflictos. Pero el Greco nos ofrece la imagen angustiosa del cruel y constante despojo místico. Este griego educado en Venecia cuando toda la pompa italiana ha estallado allí; este discípulo del Tiziano que tenía, según cuentan, "músicos asalariados para, cuando comía, gozar de toda delicia", será el pintor del sombrero "apostolado". ¡Con qué simpatía dolorosa vamos siguiendo en el exaltado meridional los estragos del ascetismo castellano! Cinéreos son los fondos, crepusculares los cielos.

más su obscuridad no se parece al claroscuro rembranesco, tan luminoso aún ¡Y, sin embargo! Ved cómo el “hombre viejo” de la Biblia, el sensual veneciano, resucita en esos mantos de los apóstoles, verde alguno, ardiente aquél hasta parecerme de lejos en el museo, sólo un reflejo del sol poniente sobre la carne melada; ¡tan violento es su matiz anaranjado! Únicamente veréis divinos tísicos con los ojos apuntados a la nube tras de la cual el cielo será un Toledo sin flores, y quizá sin mujeres. ¡Y he aquí, de pronto, a este crucificado con piernas musculosas, a lo Rubens! El pintor está luchando por expresar el alma al través de este divino cuerpo humano... que es sólo barro y podre.

Recordad cuán difícilmente el catolicismo primitivo aceptaba la pintura, arte pagano. ¡Eterno conflicto del místico! Veo al Greco indeciso. Sabe muy bien este discípulo del Tiziano cómo se pinta la carne suntuosamente. ¿Imaginará esas Madonas de Bellini, que son sólo graciosas *contadinas*? ¿Pintará cual Murillo, Cristos guapos o sevillanas bonitas que disimulan mal el deseo de bajar pronto hacia su patio con claveles, los lindos ojos paganos? El Greco no puede hacerlo. Pintar es para él una forma de orar; pero, al mismo tiempo, sentirá como nadie el contrasentido de su vocación, que es copiar las formas, y de su misticismo, que es negarlas. Así comprendo el brusco descuido en sus pinceladas, ese constante boceto, ese deseo de acabar, esa inquietud que en cada cuadro nos seduce y conmueve.

¿Era así este hombre singular? La historia nos cuenta poco; los cuadros algo más. Por éstos supondríamos que era un ermitaño tétrico; por las anécdotas y documentos de eruditos, sabemos que era amigo de regalado lujo. Si era un asceta, pues, lo fué según la tradición española de Séneca, sin atarse a los bienes terrenales, pero saboreándolos mientras duran y se viene la muerte tan callando.

Por esto os dije que ningún paisaje de Toledo me pare-

ce más digno de servir como fondo ideal a las meditaciones de este huracán. Le vemos bajar las escaleras con su ferreruelo de paño negro —como en su retrato del “Entierro” o en el que posee la Catedral,— sumida la cabeza en la gorguera blanca. Se santigua al pasar junto al oratorio; quizá va a hacer una breve oración. Aquí en la puerta, por donde la campiña declinante se melancoliza, vese tal vez como ahora, a unas mujeres que están lavando, cubierta la cabeza con paños de vivísimos colores. En el aire sutil transmítense los más lejanos sonidos: el de unos chiquillos que retozan en la plaza de San Juan de Dios de los Reyes, el de unas mulas que tintinean con dos pardos cántaros en el lomo. Pero sobre esta fácil vida, sobre este desmadejar agreste y plácido de las horas iguales, está como una amenaza suspendida, el escorzo terrible de las nubes plomizas...

Y entonces vemos que el pintor, como transido, sube otra vez las escaleras, traspasa el corredor de tallada baranda, y, en el taller que es su oratorio, va dibujando con negro de humo, con ocre terroso y gris cinéreo, a imagen de su rostro y del de algunos hidalgos sus amigos, estos caballeros de la triste figura que eterniza el “Entierro”, estos apóstoles demacrados, estos penitentes, estos Cristos, rápidamente, sin precisiones terrenas, como si hiciera un acto de contrición por el pagano interior que no ha podido morir...

Toledo, 1914.

EL INEVITABLE TORERO

Los aficionados pueden estar contentos: nunca se ha hablado más de toros en España. Acaban de morir dos periódicos adversos a la fiesta, *El Flamenco* y *El Chispero*, que redactaba un joven apostólico y melenudo, Eugenio Noel. En

esta lucha simbólica de melena y coletas, las coletas han triunfado. Eugenio Noel conserva —a pesar de la rapada con que tantas veces lo amenazaron— sus cabellos largos y sus ideas agresivas. Pero no tiene, por el momento, donde exponerlas. Y como si no fuera bastante esta derrota del literato, algunos periodistas novilleros preparan una corrida de la prensa y otro se arranca por el más desafortado elogio a un torero.

El escándalo —porque lo ha sido en realidad— lo ocasionaron García Sánchiz y *Joselito*. Lllaman *Joselito* al menor de los hermanos Gómez —o hermanos *Gallos* si queréis—, un torerito de corte clásico, que habla en gitano, tiene *vergüenza* y *facultades* y sale una vez al año vestido de penitente con su madre la señora Gabriela, exbailarina y devota, a pedirle a la Macarena que no haya *corná* grave en todo el año. Con tal protección celeste, *Joselito* mató admirablemente siete toros en la plaza de Madrid. Los revisteros, líricamente desbocados, le llamaron *Papa* y *rey* a un tiempo, el amo del *cotarro* y la *maravilla*. Parecía natural. Era el lenguaje tauarino de las tardes épicas. Pero al día siguiente en *A B C* apareció firmada por el joven periodista García Sánchiz esta confesión:

“—Afirmamos que *Joselito* constituye hoy día la única maravilla de la juventud española. Nadie, en literatura, pintura, periodismo, escultura, en la política ni en la ciencia, nadie que sea menor de treinta años, puede alardear de excepción. Gentes que acarició Dios en la frente cuando nacieron, mas no el semidiós. *Joselito* es algo concedido de gracia al país.” Naturalmente, como diría un revistero, *crecieron al castigo* los escritores. Tomás Borrás ironizaba en *La Tribuna*: “Ninguno de los jóvenes de hoy merecemos desceñir la correa de su sandalía. ¿Qué significa una inteligencia aguda, transparente, creadora, un corazón sencillo, un alma serenada en la contemplación de la belleza, la fuerte ingenuidad de

los que buscan adornar o facilitar los caminos de la vida? Superior es la hazaña de despenar al Minotauro, de una *en los rubios*, a escribir la *Iliada*. Y además no importa que carezcamos de cultura ni que nos preocupemos de hacer por la educación y, por el estímulo, los hombres que nos faltan. Teniendo al Monstruo, ya basta.”

Otros periodistas satirizaban también. Era justo. Se puede comprender —y compartir— el entusiasmo en la plaza. ¿Quién dirá la mala saña que sube de aquella sangre tan caliente como el suelo dorado, la ansiedad romana, la deliciosa iniquidad de ver a un hombre que va a morir tal vez para darnos gusto? Comprendemos menos la bobería de los transeúntes —menstruales, horteras o golfos,— que en la calle de Sevilla están admirando, lo acabo de ver, cómo sonrío *Bombita*. ¡Pero aquellas frases de un escritor! ¿Paradoja? No tiene gracia. ¿Convicción? Melancolía de fracasado. Y una calumnia también. Jamás España tuvo una juventud más inspirada. Me ha ocurrido en talleres de pintores o escultores, admirar algún desnudo sin gloria, algún ignorado torso de mármol cuya luminosa morbidez me deslumbrara y preguntar después quién era el autor. No le conocía casi nadie. Algunos jóvenes tienen ya ungida la frente, pero hay —y esto me interesa más— un hondo rumor anónimo. Se siente al jaezar de una premura divina. El mejor síntoma de renovación, es que esta juventud no lee ya a Schopenhauer. ¿En dónde están las amarguras, el *que más da* de quienes comentaban la derrota con desabrida ironía? Si regresara Bartrina reconocería tal vez a muchos españoles en que hablan mal de España. Pero tendrían éstos, cabellos canos o cenicientos.

¡Cómo puede, pues, decirse que simboliza las fuerzas vivas de la juventud, un matador de toros! En labios vulgares, menos mal, significaría un homenaje a la bravura. En boca de un escritor, es intolerable. Induciría a creer que así piensan los otros y nada más falso en realidad. Quizás por reacción

exageran los literatos y artistas su desdén a la castiza fiesta. “Está embruteciendo a España”, me dicen José Francés o Ramírez Angel. El admirable dibujante Echevarría me probaba ayer, que no tienen “color” artístico las corridas, puesto que nunca inspiraron a los pintores, con excepción de Goya y de Marín. Pude objetarle con el entusiasmo del colorista Gautier. Pero tal vez estábamos de acuerdo. La corrida no significa para mí el caballo destripado, el zarandearse de los gitanos carnalescos, sino la osadía charra y soberbia de los colores rojo y gualda que cintilan en la bandera como en la plaza, la palpitación de esta pandereta viva, el romanticismo de la mujer que tira el abanico, aquella virgencita de Murillo que con mantilla de novia, entre cenceños españoles de Zurbarán, parece escapar de un *fondo* místico, la grave Madona con profana mantilla y un estrepitoso paganismo en claveles, pero con ojos que conservan la melancolía de los siete puñales...

Se va más lejos aún y casi lo admito. “Puede uno extasiarse con la fiesta de toros y abominar de los toreros —dice en un reciente artículo mi amigo González Blanco, el insigne crítico—; puede gozarse en el espectáculo y repugnarse la idolátrica actitud de los espectadores.” He aquí la general censura: las consecuencias de la fiesta. Con argumentos de Eugenio Noel os señalaré largamente, alguna vez, la nefasta influencia del torero. Discípulos suyos son esos señoritos que leen *Sol y Sombra*, pero nunca un libro de pensamiento; que estropean el lenguaje y zarandean las caderas por elegancia; que sin haber toreado nunca, llevan orgullosamente el chato y reluciente calañés; que al ver pasar a una mujer sola y bonita, pónense en jarras, la miran como para plantarle banderillas y —en la tierra de Dulcinea Santísima y del “beso a usted los pies”— la disparan, ceceando, un piropo obsceno.

Julio de 1914.

LOS HUMORISTAS DE MADRID

Organizada por José Francés, es decir, con celo y admirable competencia, esta exposición que acaba de clausurarse es un acto de fe y una enseñanza. Se le quiere mostrar al público cuánto significa la caricatura en el moderno arte. Ella fué en España la Cenicienta. El "mono" quedaba relegado al periódico popular o se le aceptaba para llenar un hueco en la plana de anuncios. ¡Qué mucho si compartían esta opinión algunos críticos! Me cuentan que uno de ellos, cuando fué invitado a una exposición semejante, hace pocos años, murmuró:

— ¿De caricaturas? Entonces no tengo por qué ir.

Sólo merecía la atención de este Zoilo el metro de tela barnizada. Pero a despecho de tan desdeñosa incompreensión, surgían nuevos dibujantes. Borrábanse, además, los antiguos linderos de caricatura y dibujo artístico. ¿Qué había sido Goya, el maestro indiscutido, en la mitad de su obra por lo menos, sino un caricaturista genial? A los antiguos payasos de la línea, como Xaudaró, como Cilla, sucedían dibujantes que era necesario llamar humoristas. Fracasan varias tentativas de semanario satírico, pero muestran la activa fermentación. Dura poco *Alegría*, en donde "quedan" soberbias planas en color de Sancha y Robledano. Vida breve tiene *El Gran Bufón*, que dirigían Francés y Ricardo Marín. El público retiene algunos nombres, algunas planas definitivas. ¿Se atrevería el Zoilo a decir que no son altísimo arte?

En esta exposición de humoristas no están todos los que son, mas sí son todos los que están. "Humoristas" no quiere decir que rían siempre. Algunos no tienen gana de reír y otros ocultan esta vez la mueca amarga.

Fresno es el satírico de los rostros, el desfigurador de las figuras conocidas. Como Sem en Francia, busca el rasgo esencial y acusa brevemente, en pocas líneas. Hojean-

do colecciones del *A B C* he visto su aguda serie de ajusticiados. Todas las celebridades del arte, las letras y la política están allí analizadas con una sinceridad que no puede ser galante. Hay una doña Emilia abotargada y un *Azorín*-bobo de Coria.

La misma acusación a sus contemporáneos la vemos reproducida aquí, en el hombre a medias, el alfeñicado homúnculo que es don Jacinto Benavente— ¡admirable bufón para Velázquez!

A la derecha está el Galdós de *Fresno*, vestido como un cesante —cesante también a su manera—, el último “episodio nacional” que nadie querrá escribir porque es la amarga mendicidad de literato independiente en un país de rutina y catolicismo.

Echea. . . El admirable Echevarría exhibe una desconcertante Salomé. Ha querido precisamente, este excéntrico, no ofrecernos la consabida Salomé inspirada en Wilde y calcada en Beardsley. Su bailarina podrá ser una española de café flamenco. Son admirables su “Divo” gordo y presuntuoso como cualquier Caruso y la caricatura del pintor Nieto.

Tito —seudónimo que esconde a un hijo de Salmerón— ha heredado la independencia y el talento. Es el sagitario que ríe, como el Fígaro francés, “para no verse obligado a llorar”, es el misántropo Alcestes pero también el burlón Gil Blas. Su dama es la República. Ilustraría admirablemente algunas sátiras de Larra, un poco torvas. En esta exposición, que no quiere por supuesto asustar al burgués, sólo presenta flechas sin veneno. “He cogido la maciza”, y es el atleta de feria que tomó por error la más pesada, sudando ante el público expectante. “Beatus ille”, y es el tendero panglosista en su casa de campo. Lo más definitivo de sus envíos es sin disputa esté azul y gris “Rendez-vous”. Aquí el artista depuso las cóleras habituales para sorprender la dulzura de una mujer. Y bien la sienta el título francés a la gentilísima que

va a la cita en el parque azul. Se llama acaso Elvira como en Rubén, tal vez Florinda o Lindamira. Adivinamos cerca un laberinto, la lira de boj en donde el viento sólo se queja con elegancia flotando sobre las Ceres, las Pomonas, los sátiros verdes, esa perdida frivolidad del amor pasajero y sin mañana...

Robledano... ¡Cuántas sonrisas y cuántas horas festivas evoca este nombre popular! Cuando ladea el sombrero y se emboza en la capa de vueltas rojas, le quisiéramos dar a la Tirana por pareja. Es innegablemente de Madrid, este hombre enjuto y azogado con ojos de abalorio. Ojos gitanos, labios en forma de arco para disparar malicias con una gracia impertinente. Os desconcierta hablando de arte en "caló" y de una golfa que pasa, con las más finas y sentidas palabras. En una brusca seriedad adivináis que ha podido tener penas hondas; en una sonrisa de chiquillo comprendéis que está armado para vencerlas, para olvidarlas, con esa efervescencia de fantasía que viene de Estebanillo a renacer en la donosa travesura de Larra.

Lo que él pudiera escribir, lo dicen algunas chispeantes leyendas de sus dibujos. Su afición casi exclusiva de madrileño serán, naturalmente, esas mujeres empolvadas que en las calles os detienen del brazo para ofreceros con una ronquera urgente y fatigada, la ventura más barata. Ruinas de mujeres que fueron guapas anteayer, acentúan patéticamente los rasgos esenciales de la española. Ajadas por el vicio, adquieren pronto las oquedades, la consunción febril que vemos en retratos de santos y anacoretas. Y he aquí cómo hallamos aspectos de Ribera en una manola de Robledano...

Yo no conozco pintor actual que retrate como este caricaturista, la faz acerba del vicio. De un gran pintor son estos negros de humo, el rostro oliváceo de las mujeres y esa brusca y admirable pincelada chillona que España parece haber descubierto porque es el grito de su sensualidad exasperada en el ascetismo de un cuadro negro.

Lo que más hace Robledano es el “mono” para periódicos volanderos, la “escoria”, como él diría con su desprecio bohemio al dibujo sobre medida. Por eso sorprendió a muchos últimamente el premio que le otorgara el Círculo de Bellas Artes. ¡Un admirable paisajista este pintor de “monos”, un sentimental este reidor! El me decía una vez:

—A los hombres los veo en caricatura y al paisaje no puedo verlo así.

¿Comprendéis el anverso y el reverso de su espíritu pródigo? En la ciudad es el burlón que conocemos; en el campo, el sentimental que adivinamos. Contraste de artista fuerte y sobre todo actitud frecuente en la España excelsa. Este deseo de descomponer la realidad en sus líneas esenciales para estudiarla, lo hallamos hasta en Velázquez cuando es el pintor de bufones y bobos. La consunción de los Greco, los Zurbarán, los Ribera, ¿no será el ansia española de estudiar en cada rostro su posible caricatura, de adivinar sombríamente el esqueleto? Franco, violento ofrece Goya el contraste. Para dibujar esa carne rosa, esa suavidad de contornos, era preciso tal vez iniciarse antes en el estudio de una realidad deformada y lívida. ¡Pintor de brujas, pintor de majas! ¿No habrá que descender al infierno humano para apreciar mejor la dulzura de la mujer?

Por esto creo que Robledano podrá ser un admirable paisajista. Verá la fisonomía esencial de la tierra divina quien supo adivinar en cada rostro las líneas por donde se denuncian la fatiga, la vejez y la muerte. Quien dió a las mejillas este preciso bermellón, sabrá dar a los campos en ese “minuto” favorable que los impresionistas perseguían, su tono primaveral u otoñal. Y el mismo juego de luz y sombra se requiere para un mentidero de manolas que para una vega parda en Castilla la Vieja...

De sus envíos prefiero, entre las siluetas tituladas “1614-1914”, la muñequita a la moda, felicísima síntesis de tres co-

lores planos: verde, negro y la breve pincelada de los labios gulosos. Después, el quebrado escorzo de una pareja madrileña que baila con solemnes lentitudes, seria y casi ritual como el amor plebeyo.

A Marín, todo honor. Es el formidable dibujante impresionista. Su parquedad voluntaria de líneas no sólo tiene por objeto indicarnos los rasgos esenciales de su modelo, sino dar al dibujo una cintilación de ambiente. Tiemblan estas líneas rotas. La página blanca se llena de intenciones, de precisiones rápidas, como esas aristas de sombra que nos indican los relieves y crispaciones en la llanura nevada. Parece extremar el pensamiento de Goya: que en la naturaleza no existe el color como no existe la línea. “Dadme un pedazo de carbón —decía el gran pintor— y os haré un cuadro”. Cuadros son también, de un colorido vibrante, los dibujos de este maestro de los escorzos y las dislocaciones. Hay una intensísima y misteriosa vida en ellos. Dibuja toros y toreros de preferencia. Su “Gallo y Bombita paseando”, aquí exhibido, parece destinado a probarle a Eugenio Noel —si ya no lo estuviera probado por Goya— que la “fiesta nacional” puede inspirar a los artistas.

Señalándome la silueta de una “procesión” que ha enviado, me decía Marín cómo intentara allí la perspectiva aérea, como luminosa síntesis. Porque continuamente busca y tantea, obtiene siempre un acierto nuevo.

Esta silueta de mujer en tono sepia, revela a uno de esos artistas de chispazos geniales que en cualquier país y tiempo están en primera línea. Admirables también sus “Zánganos” que recuerdan algunas andanzas quijotescas de Vierge; las mujeres sentadas al sol, el viejo picador abrumado, enfermos todos de “mal del pueblo”, de murria, en la aldehuela inerte.

Manchón es, dibujando, lo que charlando. Parece huracán; se dirían a primera vista, un poco ásperas de línea sus siluetas... Pero está abajo la abundancia de corazón. Diríase

que teme confesarse, que vigila sus palabras como sus líneas y no concluye pródigamente este rasgo como interrumpiría la confidencia. Cuando se abandona y deja surgir al hombre íntimo, produce páginas magistrales. Ha abocetado chiquillos como nadie. En un lindísimo libro que publicara hace poco Fernando Llorca. *Lo que cantan los niños*, ilustrado enteramente por Manchón, hay páginas de una gracia y una ternura sorprendentes. Para esta exposición nos tenía reservado el más rotundo acierto. Paso por alto una sinfonía en verde mayor, dos rostros de mujeres solitarias, para admirar a esta pareja de enamorados. El hombre y la mujer tienen cincuenta años, probablemente, pero “no hay edad para el romanticismo”, como asegura el gracioso rótulo. La luna los nimba acerbamente y ellos se dan la mano con una expresión de ternura inenarrable. Exitos como esta “bucólica” de burgueses, consagran a un dibujante. ¡Ah, cuando Manchón no tengan miedo de confiarse!

La sorpresa de esta exposición son dos artistas ignorados: Alcalá del Olmo y Bujados. “El aquelarre”, el “Paraíso”, todas las “márgenes de Espinel”, de Alcalá del Olmo, tienen una saludísima intención y una gracia de líneas desconcertante. Su rótulo en la puerta del infierno sobre un cepillo eclesiástico “Limosna para carbón”, su sacerdote extraviado entre los animales nocivos del paraíso, permiten admirar a un espíritu pródigo y retozón. En su arca de Noé los animales —como los de Benjamín Rabier— nos miran con una guasa épica.

Bujados es un artista de misal. Sus dibujos miniados parecen proyectos de vidriera moderna y gótica. Casi todo lo que exhibe está dibujado sobre fondo negro y alguna vez para apagar reflejos, el marco es de terciopelo mate. El prerrafaelismo en lienzos y dibujos, ha pasado por allí y más de una vez reconocemos a la “damisela herida” de Rossetti o a la Salomé de Beardsley. Es una hermana de las frágiles “ladies”

que miran su lánguido rostro oval en fuentes quietas, esta mujer oriental de "frivolidad". Pero al artista tiene ya su nota propia. Será un pintor sutil de Scherazadas que hacen respirar sueños arcanos e improbables bajo la ojiva luminosa del surtidor...

Quisiera tener espacio para elogiar a Pellicer, cuyo *Domingo en la Glorieta* es una deliciosa página; a Pellicer que presenta con las más finas y agudas líneas, la silueta de la señora de Francés —uno de los mejores dibujos de este certamen humorista—; a Márquez, popularísimo dibujante; a Galván, que exhibe una excelente *Pastora Imperio*; a los escultores sonrientes, que exhiben estatuas menudas y encantadoras. De Asorey conocía *Lo Jondo*. ¡Qué vigorosa y personal audacia! El *cantaor* está sentado rígido acezando los últimos ayes de la guitarra y en sus piernas, casi rodada al suelo, en curva de arco y de histeria, la mujer. Pero no la vulgar manola que tantos han falsificado, sino la madrileña tal como la vimos y la adoramos, finísima, ojerosa, distinguida aunque no tenga título, que por algo una duquesa pudo servir de modelo para maja...

—¿Cree usted que una exposición como esta gustaría en grandes capitales, en París? —me pregunta al salir, Manchón, con esa absurda y encogida modestia del español actual.

¡En París y en todas partes, amigo mío!

Madrid, 1914.

E C H E A

Con sus cabellos bermejos, sus vivaces ojos menudos y la astucia alegre esparcida en su rostro, se le tomaría por un flamenco de Rubens. Sus obras como su semblante, no parecen producto de esta tierra. No le hallo aquí genealogía ni maestros.

Grande, formidable es el acervo pictórico de España. “Tierra de pintores”, se ha dicho. Toda la gama en luz y sombra: serenidad extática en Velázquez, tristeza inquieta en el Greco y su confluencia en el frenesí jocundo y triste, visto y soñado, rutilante y sabático de Goya. Pero no halláis fácilmente dibujantes en su larga historia de arte. ¿Quién puede afrontar a Durero? ¿Acaso Goya? Recuerdo por supuesto los escalofriantes *Proverbios*. Mas en aguatinas, sanguinas o aguafuertes, nos dejó sólo indicaciones de su aquelarre interior. Estos dibujos sin terminar con iluminaciones en la sombra, aspectos de su pesadilla. En su mente hoffmanesca parece morir convulsivamente la Edad Media de brujas ecuestres y Mefistófeles cabríos, para iniciarse en fin esa triunfal resurrección de la carne que es —rosa y leche— *La Maja*. Pero ni Goya —ni Vierge— parecen influir en los actuales dibujantes de España.

Busquemos, pues, a Echevarría más lejanas, exóticas influencias. No es vana tal encuesta. Nos indicará cuál es su nota en esa modernidad decorativa, tan prodigiosamente interesante. Dos movimientos complementarios la explican: el prerrafaelismo y Hokusay. El prerrafaelista pintará, según el precepto ruskiniano, hasta la última hoja, en el paisaje, con un asombro minucioso y pietista de primitivo y de místico; Hokusay, admirador exasperado de la vida, “loco de dibujo” como él quería llamarse, nos dejará en sus cuadernos de animales, de montañas o de hombres, esas líneas esenciales que diferencian, para quien mira bien, dos hojas de una primavera y dos golondrinas de un verano...

Por caminos distintos se va a una misma belleza. Como en la vidriera gótica, la gravitación de la línea de plomo exige al cuerpo de los santos actitudes de inesperada gracia, así por realizar un armonioso conjunto, el prerrafaelista crea una realidad ideal, muchas veces superior a la otra.

Pero se pueden disecar todavía aquí ciertas abundancias, buscar acerbamente el sintético rasgo del japonés, sin olvidar

el valor total, el punto de vista panorámico, la equivalencia, por ejemplo, de blancos y negros en la plana. Este milagro decorativo, este consorcio de elegancia en las líneas y acabada verdad en los semblantes —casi caricaturesco a cada rato— lo obtiene el genio ubérrimo, el maestro del dibujo moderno que es Aubrey Beardsley.

Largo preámbulo que nos servirá para explicar cómo deslinda Echevarría de la caricatura y al mismo tiempo cómo el mejor *carácter* de sus siluetas le exige una artística deformación muy moderna en tendencias. Creo que pocas veces ha dibujado “monos”, exclusivamente “monos”. Algunas plumadas cómicas para los semanarios satíricos, algún espléndido retrato como el del pintor Néstor, la cubierta de *Mercurio*: una iglesia y su *clown* simiesco en donde llega a la franca risa. Mas todo su arte, el otro, el de las finas líneas y las gráciles “manchas”, está impregnado de caricatura como el de todos los maestros modernos. Nuestra época sufre la obsesión de verdad que llevó a Leonardo a pintar monstruos. Su realismo exige el estudio de las que podríamos llamar líneas vitales. Acentuadlas un poco y tendréis quizás “el mono”. Por caracterizar, se caricaturiza; se llega a amar lo feo cuando esta fealdad es expresiva. Conozco a muchos pintores que no vacilarían en preferir una “prima” de Zuloaga a una madona de Murillo.

Lo que llamábamos antes, casi despectivamente, caricatura, ha llegado a ser, pues, el más admirable recurso de nuestro naturalismo. Ved el Schopenhauer de Echevarría. No conozco retrato alguno del filósofo. ¿Tenía estos mechones blancos? ¿Tenía esta nariz ancha y sensual, este tono lívido? No me importa. Pero me parece que el dibujante ha interpretado aquí maravillosamente al Schopenhauer pensador, acentuando los rasgos ciertos o imaginados hasta la deformación ideal. No es sólo un hallazgo la “mancha” de esta prenda talar —tan difícil en escultura y pintura— sino

el rostro acervo y cogitabundo. Debía mirar así la vida, con esos ojos verdes, debía estar amarillo de veladas amargas. Es el abuelo de los bosques, nuestro padre gorila que medita en la inanidad de la obra hecha mientras la vieja serpiente de la sabiduría va a enlazar la planta fresca. ¿No es un acierto sutil haber pintado junto al negador de la vida, el tallo rojo —el tallo que puede retoñar? Diríamos algo parecido de *La Vida y Muerte*. Es ella en realidad la que viera a horcajadas sobre un caballo amarillo, el visionario. Soberbios son el matiz lívido, azufrado del manto y la morena lejanía de rocas. ¡Qué valiente fanfarria de púrpuras! Este hombre, como los grandes venecianos, tiene el admirable descaro del rojo sangriento.

En el color —y aquí también es modernísimo— sigue sólo una rebelde y fantástica autonomía. No pintará como ciertos impresionistas, un árbol azul o una mujer morada, pero el papagayo de Schopenhauer que tendría en un “Jardín de Plantas”, en un *Zoo*, el color chillón, se le torna moreno; y si la mano de esta dama del *Palacio Muerto* no “compone bien”, se la descoyunta arbitrariamente. No imaginéis que esto pueda significar censura, sino el más entusiasta elogio. Lo que más admiro en Aubrey, son estas libertades con la verdad, estas suplantaciones de la naturaleza. Dicen que los antiguos cartógrafos, cuando un continente no tenía hermosas líneas, lo modificaban decorativamente en el mapa. Si es cierto habrá que considerarles precursores del arte moderno... Estos labios prerrafaelistas de Echevarría en amplias y sutiles curvas de corazón, no son los labios reales pero contribuyen a un efecto encantador. Y mientras más audazmente se aleja de la verdad —de la trivial *verdad* de los otros— más definitivo es el acierto. Le he visto en una cubierta de revista pintar soldados, vulgares, porque eran copia de la vida. Pero en la “composición” decorativa no le hallo aquí rival. Ofrece el más actual consorcio: el amor a la realidad y la necesidad de calumniarla.

Véis que no en vano evoqué la constante oscilación de Aubrey. Hay una *Venus de la abundancia* —quizá el mejor dibujo de Echevarría— en donde se ve al realista decidido; hay veinte dibujos en que se denuncia el idealista empecinado. Y nunca su *caricatura* quiere sólo hacer reír, sino obtener una armonía de color y línea.

Así cada dibujo suyo parece un problema decorativo resuelto. Este dibujante sabe adonde va, este artista es un hombre inteligente. A los treinta años despunta entre los primeros. Líbreme Dios de profetizar, anticipando halos de gloria. Si le dijéramos a *Echea* la buenaventura, sacudiría sin duda la cabeza con su habitual ademán y después de mirarnos incrédulamente, murmuraría tal vez —en voz sorda y brusca— que “no hay derecho...” Pero quienes le vemos ir creando ese mundo quimérico de mujeres grotescas o adorables, de personajes poeanos o acerbamente reales, todo anegado en luz torrencial, en tonos pródigos, nos decimos en voz baja que ese artista español tendrá mañana, pasadas las fronteras, un glorioso puesto en el arte decorativo moderno.

Madrid, 1915.

L U I S J O U

Pocos años le bastaron para el más rotundo triunfo. Un álbum goyesco de aguafuertes donde flagela a esa Alemania que Lutero mismo comparó a una marrana, *Las opiniones de Jerome Coignard*, de Anatole France ilustradas para la Colección de los Cien Bibliófilos, están probando su éxito en París. Llega este catalán en plena juventud adonde muchos no alcanzan viejos. Tiene treinta años apenas, pero su historia es ya larga en duelos y quebrantos.

No le habléis de su primera juventud. Quiere olvidarla.

Fué la historia habitual y amarga del artista misérrimo que se obstina. Si vende un cuadro por cinco francos, se cree rico. Los editores desdeñan algunos cartones admirables. Está solo en París, solo con sus malos pensamientos. En caso igual, algunos pusilánimes se dejan caer al Sena. Otros conservan como Jou los ojos despavoridos y en los labios un gesto de fiera acosada y agresiva. Es un hurraño intratable. Pero si os recita a Verdaguer se le llenan los ojos de lágrimas.

¡Extraños estos catalanes! Son rugosos, son bruscos, parecen duros de corazón y en todos se halla, como en su místico genial, la poesía a flor de alma. Los más incrédulos sólo buscan a Dios. Su lengua, menos trabajada que otras, más cercana todavía a sus orígenes, conserva frescos veneros de lirismo. Cuando hablan español, su acento es gutural, mas todos cantan en la lengua de Margall.

De un primitivo, de un místico, es la admirable inspiración de Jou. Sus dibujos no le deben nada al prerrafaelismo. Si se le quisiera encontrar maestros, sería menester buscarlos en los antiguos grabadores como Durero y en los ingenuos ilustradores de los primeros libros, los anónimos artistas del incunable. En éstos más que en Durero. Tienen alternativamente los cuerpos del maestro alemán abundancias de Holanda y consunciones de esqueleto. Preceden a las Gracias de Rubens o continúan a las brujas macabras. Su melancolía es terrena. Las alas no les sirven para nada.

Son, por el contrario, cuerpos espiritualizados los de Jou. Como los ilustradores medioevales, sólo admira las curvas de arco y de ala, de cuanto significa tensión y arranque. No quiere recordar la carne grávida. Sus mismas españolas no lo parecen. Pero el místico es pagano a ratos —ya Luis Menard nos ha probado que esto es posible,— y nada más renacentista, más italiano, cuando Italia descubre a Grecia, que su agobiada y leve “Leda”. Helénico es el asunto, y casi religiosa la inspiración. El cisne ha bajado del Santo Graal y Leda pudiera llamarse Elsa.

Necesariamente debía Jou ilustrar escenas del Evangelio. Su morada, que es su museo está llena de estampas místicas. Entendedme bien, no quiere hacer "bondieuseries" sentimentales y su religión no es la de Roma. En el Evangelio ve el poema de la más linda aventura humana, cuando acaba la gesta del terror y comienza el testamento de la bondad, cuando el paisaje y el poeta se fundieron en perfecta connivencia: la choza, el lago quieto, la colina por donde va un Hombre diciendo la dulzura del mundo. ¿Quién no ha sentido esta poesía agreste cuyo esquiliano epílogo desconcierta? El primer grabado en madera de Jou es una *Salomé*; los últimos son *Descendimientos de la Cruz*. Ascéticos pergeños, suaves mujeres de ojos inmensos como los de las Dolorosas apuñaleadas de las iglesias españolas. ¿Estaban así vestidas en Nazareth? A Jou le importa poco el color local. En esto sigue la tradición de los grandes pintores religiosos y de los dramaturgos simbolistas para quienes nunca el anacronismo fué censurable. Hallaban, por el contrario, en él una manera de actualizar el tema eterno. Jou también comenta el tema inextinguible del dolor y del amor. Sólo le preocupa la onculación del manto, el rostro emergente sin que su mancha blanca desentone en la proximidad de un negro pleno, el color total y la fusión de líneas en el problema decorativo de cada estampa.

Ama el color, comenzó por la pintura y continúa hallando en la página blanca y negra las embriagueces visuales del colorista. Por eso es tan exigente para consigo mismo. Le he visto rehacer un grabado hasta hallar el tono de cálido gris, el matiz de su pintura simplificada.

En un año asiduo ha ilustrado las *Opiniones de Jerome Coignard* acerbamente. La guerra detuvo esta obra impresa ya. Mañana los críticos ensalzarán la unidad de su inspiración y el relieve extraño que dió a las medidas ironías de France. No parecían concordar los temperamentos de escritor e ilustrador, de ironista y de místico. Mas no olvidemos que

allí, la burla de France contiene la indignación del próximo socialista. La viejas cóleras de Jou, el pesimismo de su juventud, desamparada, coinciden con el nihilismo del humorista. Y hasta la forma de expresión es parecida: lenguaje arcaico en el uno, ingenuidad de primitivo en el otro.

Así, pues, el admirable y rancio grabado en madera, casi extinguido, casi olvidado, recobra vida. Los adelantos gráficos relegaron esa encantadora expresión del arte que era antaño, con el aguafuerte, la única ilustración posible. Para resucitarlo era preciso un temperamento de obrero de catedral, un alma parecía a la de esos maestros impresores, con barba judaica y ojos santos, a quienes vemos ajustando una prensa en las viñetas de otra edad. Todo lo es Jou a la vez, tipógrafo y artista. Y mientras llega la hora de que universalmente se aplauda su arte grande, algunos cronistas comenzamos a enredar, con amistosa mano, las laurinas hojas de la corona.

Agosto, 1915.

CANTILENAS

En 1920, sellada la paz de Versalles, VGC publicó varios trabajos críticos sobre escritores latinoamericanos, principalmente el prólogo a **Pages Choisies** de Rubén Darío, (París, 1918); **Don Quijote de las trincheras**, también en francés y cosechaba los lauros del narrador manifestados en las novelas cortas, de **Dolorosa** y desnuda realidad, París, 1914, En el entretanto había escrito muchas veces sin publicar, poesías, estampas, comentarios, narraciones breves, con todo lo cual formó un volumen variado bajo el titulado de **Cantilenas** (París, 1921). Es un tomo primoroso desde la presentación hasta el contenido del cual me ocupé en un artículo de mi mocedad inserto en la revista **Mundial** (Lima, 1921). Conviene notar que VGC había escrito poesías desde joven y que algunas de ellas las incluyó en **Parnaso peruano** atribuyéndolas a un poeta desconocido que era él mismo, y usó para ello, el seudónimo de Jaime Landa, uno de sus apellidos familiares y tacneños.

Los versos incluidos en **Cantilenas** son del más puro corte modernista especialmente el soneto "Quand Mème" y "La carta que no escribí". Entre sus prosas la más significativa es "Elegía" relato autobiográfico, lírico, en que se refiere a sí mismo como un personaje fabuloso. El conjunto de

*este libro revela un temperamento sentimental y un estilista melodioso. persecutor de fomas como lo hubiera querido Rubén Darío. La amistad de éste con VGC tuvo por escenario París, cuando Rubén publicaba **Mundial** y VGC era redactor principal de **La Revista de América**; oí de labios de VGC una expresión definitiva, cuando le preguntaron si había tenido alguna vez la sensación de un genio, el respondió: "Sí, cuando conocí a Rubén Darío". **Cantilenas** es un libro fragmentario, y por eso mismo atrayente. En él reprodujo VGC un singular retrato suyo ejecutado por Foujita, el célebre dibujante y pintor japonés que hizo las delicias de los artistas de la Rive Gauche del Sena.*

Mi comentario de 1921 dice así:

"Me han quitado mi lámpara festiva", suspira armoniosamente Ventura García Calderón.

Me han quitado mi lámpara festiva;
mírame bien las sienes a la luz;
tengo en las manos una llaga viva
y en la frente la sombra de la cruz.

Pretensión ingenua de todos los románticos de todos los tiempos y de todo el mundo, y de la que Ventura se burlara donosísimamente alguna vez. A veces llegamos a creer que nuestra angustia no se compara a ninguna otra, y en nuestra inofensiva petulancia imaginamos que el dolor rudo, el dolor fuerte, el dolor cierto háse creado especialmente para nosotros, para quitarnos nuestra lámpara festiva, y ponernos, en las manos, una llaga viva y en la frente la sombra de una cruz.

Por eso, he leído con avidez *Cantilenas*, para ver cómo era de poeta este Ventura irónico y suspicaz y jaranero, que, alguna vez quiso comer, en París, tamales rociados con champán.

¿Igual a todos? A la hora de suspirar y evocar todos somos los mismos: idénticos guiñapos que hacemos feas morisquetas por contener el llanto incontenible. Pero, este Ventura, poeta, tiene algo de la reflexividad bodelariana. A cada paso se le sorprende el verso pensado más que sentido, el ritmo encontrado, más que hallado, la paradoja artificiosa, el giro elegante, el alambicado frasear. Parece que tuviera un loco afán de demostrar que la métrica no tiene para él secretos y que el ritmo es susceptible de ser descoyuntado como el cuerpecito frágil de los chicuelos de circo.

¿Recordáis el maligno decir de Fradique Méndez, acerca de Baudelaire? No sé por qué igual comentario me sugiere Ventura como poeta. Solo que a veces despunta, aquí o allá, una sutil melancolía...

Muchas penas contenidas, acaso. Quizá muchos desencantos tras de la sonrisa burlona. Tal vez una amargura sin límites, debajo de la ironía perenne.

Miro un retrato del maestro de *Les fleurs du mal*, y lo comparo con el que Tito Salas ha hecho de Ventura. La sonrisa burlona, la mirada penetrante, el gesto escéptico: un gesto volteriano. El pesimismo de algunos versos es semejante en ambos. La emoción disfrazada, sofrenada a duras penas, en los dos es muy parecida. No quisieran dar a conocer la torva angustia que los estremece. Pero ella salta y se revela.

Preludia el libro un soneto amargo, que termina con dos tercetos estupendos:

Desde el más alto palo de mesana
el alma está, como la hermana Ana,
oteando el vasto y funerario mar.

¡Ay! a despecho de la esfera vana
salen a naufragar cada mañana
nuevas palomas de mi palomar.

He quí al ironista quejándose igual que cualquier sentimental. No se puede conservar a toda hora la máscara sonriente. Cuando llega la cabalgata de recuerdos agujoneada por un desencanto reciente, huye la risa y se hincha el pecho de suspiros y los ojos se llenan de lágrimas.

En todos los versos, Ventura es así. Va diciendo emociones exquisitas, pero de pronto el dolor clava su garra, y en ese punto detiéndose el reir suave y el aristocrático discreteo en renglones medidos.

Se me viene a las mentes un ritmo de Chocano, nuestro vagabundo genial, al leer algunos versos de Ventura. "Tú no sabes lo triste que en el fondo tiene que ser un hombre que no jugó de niño". Aquí es todo lo contrario. Y da ganas de volver al revés el verso aquel: no sabemos lo triste que, en el fondo, tiene que ser el hombre que jugó toda la vida. Nos acostumbramos a ver en Ventura un elegante y discreto confesor de frivolidades profundas y filosofías leves, pero ingnorábamos que también, de cuando en cuando, la tristeza venía a hospedarse —¿breves hospedajes, acaso?— en su corazón.

En el fondo todos somos podridamente románticos. Nos asalta un recuerdo, una música repentina hiere nuestros oídos, alguna palabra olvidada resucita viejos recuerdos en nuestros cerebro, y allí perdemos nuestro escepticismo forjado en mil días amargos y en mil agobiadoras vicisitudes.

Eso no le importa a quien sabe gustar el zumo de la vida. Bien vale un siglo de angustia, si hubo un minuto de placer verdadero. Nada es una jornada aplastante, si al cabo ha de haber una hora de paz. Ventura lo dice galanamente:

un año triste paga la dicha de un minuto
y por esos minutos se viviera la vida

Como todos, como tú, como yo, como los que se burlan de los sentimentales, y como los que desprecian a los

hombres prácticos, este cronista sin par también tuvo su historia sentimental hacia los veinte. Oid cómo se queja este hombre que tanto ha reído y ha gozado tanto:

Con amores de tránsito y de viaje
colmé mal mi apetito de ilusión;
nadie me agradecía el hospedaje
y una posada fué mi corazón.

¿Amé? Tal vez, cuando apuntaba el bozo
¿Viví? Quizás, cuando cantar solía.
Iba curvado desde el tiempo mozo
por la fatiga de mi melodía.

No me preguntes por qué ciertos días
soy tan hurafío, no me pidas calma;
doctor en letras y melancolías
tengo erizada de dolor el alma.

En otros lugares añora una mano bendita, un amor ido prematuramente, de esos amores volanderos que vienen y se van dejando huella más honda, a veces, que los amores duraderos. ¿No lo ha dicho él mismo en una crónica de *En la verbena de Madrid*?

Y, ¿adivina qué le preocupa? No hace versos, no los publica, no los dice porque los postreros pueden reírse de ellos.

Sin duda esa es la razón por la que en su *Parnaso peruano*— no es una afirmación rotunda— al publicar sus versos los atribuyó a un imaginario Jaime Landa.

¿Jaime Landa? La verdad es que nadie oyó hablar de él. Solo Ventura estaba en el secreto de su vida y de sus versos. Solo él... ¿no es cierto?

Renovando a Manrique balbucea:

VENTURA GARCIA CALDERON

ayeres que son mejores
solo por que fueron antes.

Pero, levanta la voz, de pronto, y ensaya un canto en tono mayor. Odas libérrimas, cantos caprichosos, ritmos dislocados, piruetas de clowns. La clave no le guarda secretos. Sus dedos expertos recorren el teclado, ágiles. Arrancan dulces acordes, y clamores torrentosos. Pero, siempre, flota la eterna añoranza por la juventud claudicante ya. *¡Oh cosa bella mortal, possa e non dura*, ha dicho Leonardo. Tennyson ha suspirado: *Mort dans la vie les jours qui ne sont plus*.

Y este Ventura García Calderón ha repetido la vieja queja, ansia eterna, y ha experimentado la inextinguible sed. Por eso ha escrito versos.

No olvidéis que iba curvado, desde el tiempo mozo, por la fatiga de su melodía.

Luis Alberto SANCHEZ

A GONZALO ZALDUMBIDE

EN VEZ DE PROLOGO

. . . cuando el fuego de adentro es grande, por recio que sea el corazón, destila como hace una alquitara. . .

SANTA TERESA Las moradas

. . . cette forme si belle que les plus parfaits des véritables dandies ont frissonné jusqu'a la névrosthénie de l'amour des phrases. . .

MAURICE BARRES Sous l'oeil des barbares.

VENTURA GARCIA CALDERON

BLASON

(SOBRE UN TEMA DE SAMAIN)

Quand même !

Cada mañana parte mi Esperanza
del Arca incierta en que muriendo vivo.
Cada mañana parte mi Esperanza
buscando paz y la rama de olivo.

A la ribera azul de mi añoranza
lleva en el cuello un mensaje cautivo;
mas la viajera de su lontananza
nunca regresa al palomar nativo.

Desde el más alto palo de mesana
el alma está, como la hermana Ana,
oteando el vasto y funerario mar.

¡Ay! a despecho de la espera vana
salen a naufragar, cada mañana,
nuevas palomas de mi palomar.

ELEGIA

A Ernesto Renán, en el paraíso
y a una amiga en París

Yo vine al mundo, Amada mía, en tu ciudad deslumbradora, mas conocí una infancia triste bajo estrellas distintas, en un raro y lejano país. Se fundían allí todas las razas, como oscuros metales de una estatua, para el universal anhelo de algo nuevo. A mi cuna vinieron a arrullarme con sus cantos soñolientos mujeres de luto y eran los cantos guturales de las agrestes y cálidas noches en su nativo Senegal. Pálidas otras, temerosas como si esclavas fueran todavía, suspiraban la queja del oprimido, el yaraví. Pero mujeres blancas como tú, Bien Amada, me hablaron de las hadas que vinieron de lejos, a bendecirme, por el sendero del mar.

Después, cuando con ojos candorosos me formaba del mundo una visión espléndida y falaz, aquéllas me dijeron las historias de los bárbaros reyes que asesinaban a las siete mujeres. A cuentos arios mezclaban la tristeza de sus hogares despojados por mis abuelos implacables. Y en esa resignación aprendí a no resignarme y ese coro decrepito de vencidas en la tragedia peruana, me infudió el funesto y vano orgullo del mayorazgo.

Llegaron, bruñidos e invencibles, a mis riberas, en tiempos casi fabulosos, jinetes que cazaban a los hombres por deporte y violaban a las mujeres sin amor. El relincho de sus caballos estremecía como un áspero son de Olimpo griego; y eran dioses en realidad, dioses de hartazgo, de lujuria, de vino, que a su imagen y semejanza formaron mi alma bárbara.

“O encuentro camino o me le abro”, es la divisa del viejo blasón de mi solar. Mas de la hamaca en donde vivo preparando *montoneras* que sólo ocurren en mi sueño, nunca gobierno mi utopía con la magnífica dureza de mi lejano abuelo corregidor.

Porque es irónico el destino de toda victoria en este mundo, y en la apatía de mis horas peores resucita el lamento de alguna abuela inconsolable. Aquellos dioses libertinos aprendieron de la raza vencida, la piedad, el don de lágrimas, la desmayada dulzura del perdón. ¡Quién sabe cuántas gotas de sangre indígena en mi sangre! Todos tenemos “manos de marqués” como el poeta, sin confesarnos descendientes de mujeres cautivas que impusieron al amo la poesía de su vencimiento. Sólo por este hervor de sangre mixta, pudimos devolver a la recia lengua su dulzura perdida, volver a Manrique y su impar concierto, cuando solemnes castellanos querían conservarla sin mudanza como una capellanía de otros siglos. El enfático idioma resonante comenzó a reverberar dulcemente en la noche selvática y marina. Toda sombra nemorosa floreció de cocuyos, toda cima de turpial era canto. Y fué así, Bien Amada, como inventamos un calofrío nuevo...

Era después de haber venido por tan luengos caminos, a través del mar amargo. ¡Cuántos viajes, cuántos éxodos sentimentales representa la voz que acierta en Silva o en *Marría!* Por largos años nuestro acento despertaba sonrisas. Un hombre vino a España de mi Lima a convertir los yermos en jardines, y lo persiguieron porque era amigo de Voltaire. Algo más tarde, en la misma tierra del abuelo español, una nueva Inquisición nos condenaba. Toda voz joven y audaz parecía sacrílega. Una Santa Hermandad de hombres de luto vigilaba la lengua; severos alguaciles del buen decir iban en pos de los convictos con su irrisoria espada de gramáticos. Y como tantos empecinados circundaban el cadáver del diccionario, imaginamos que en muy cercana hora no llegaríamos a entender su acento rancio, como hoy ocurre cuando hablamos con esos extraños castellanos de Salónica o de Estambul, esos judíos que lamentan, en fabla heterodoxa, la dulzura de una España obsoleta...

Entonces vinimos a buscar, en la fiesta perenne de tu raza, un refrigerio para nuestra inquietud de aventureros. Y yo traje también mi incienso cándido, la aromática mirra de mi juventud, con el asombro de la romería. En tu ciudad deslumbradora he sido el mago moreno y tributario, el “peregrino pálido” del verso que cena langostinos mientras la compañera escribe en el espejo, con el diamante de la sortija, un nombre más. En horas cenicientas o tan alegres, cuando el champaña hierve y canta, París y tu imagen se confunden. No sé si fué la ciudad loca la que adoré en tus rasgos o si ella es sólo un ornamento de tu inmortal frivolidad. Todos sus barrios son jalones de mi itinerario sentimental y todos sus jardines me conocen. Bajo esa alameda del Luxemburgo me confesé a media voz; en el Jardín de Plantas, frente a las águilas desterradas de mi cielo, me abrió su corazón una mujer amada y olvidada; y aquellas altas galerías de Notre Dame — ¡Dios me perdone! — fueron fresca cita para un cálido amor. ¡Oh festines de besos, oh fiestas rubias, caudal intacto de una juventud que dilapida cada mañana su ventura! En la madurez entumecida una bandada de alegrías se levanta súbitamente palpitando con un rumor de golondrinas que se van juntas, y el disperso recuerdo me atormenta como el de la juventud que ya no vuelve.

Pero no, basta de lágrimas; te prometo enmendarme, Bien Amada. Olvidaré en mi flauta rústica todas las notas del yaraví. A ejemplo de tus parques civilizados que obedecen a una oculta geometría, quiero mondar cada mañana el alma bárbara. Me despojaré como un paisaje de Versalles en noviembre, abandonando la hojarasca de mi sensibilidad romántica. Merced a ti conozco ya las exquisitas mentiras y las *calinas* frases que son, en la comedia del sentimiento, más verdaderas que el amor. En tu gracia burlona y ponderada he aprendido el sutil arte de no entregarme nunca. Tú me apartaste para siempre del florido rito de Margarita

y el provincial arrullo de Julieta. Acaso un cielo de París delicadamente gris y rosa, acaso tu ironía, mitigaron mi natural hipérbole. Bajo estelares noches tristes junto al Sena o adivinando una sonrisa tuya en la penumbra, puse en olvido las pasiones "eternas", para sólo buscar la gracia efímera y venial de un amor que tiene reglas como el *bridge*. Te imitaré, te seguiré hasta adquirir lo que no tengo: la alegría invicta de los selectos genios de tu raza. Esas inquietudes que hacían delirar a Pascal y nos envejecen, se alejarán como falenas de mis sienes cuando tus manos amparen mi cabeza. Tú me enseñarás a coger la flor del mundo aljofarada, sin deshojarla nunca con mis polvorientos dedos de profesor. Ya sólo quiero como tú, leer novelas que no fatiguen los ojos ni el espíritu. Delicada artífice de labores exquisitamente inútiles —encaje, caricia o ramillete— tú ahuyentarás mi jansenismo que mide toda felicidad por lo que dura y la desecha gimiendo.

¡Ay! son propósitos tan fugaces como la primavera de París! Vanamente pretendí libertarme de aquella tiranía de la sangre; vanamente por tu Versalles, que parece cuando el otoño lo transfigura el Eldorado vivo de mis abuelos, yo también fui a sorprender la cita del silvano. Busca en los troncos mi inicial; en alguno de sus laberintos quedan huellas de un ramillete mío. Pero en los bordes de un jarrón de mármol aquellos adolescentes esculpidos que se inclinan para mirar en el fondo el polvo de hojas muertas, son el emblema intolerable de mi juventud que leyó a Bécquer.

Compadéceme, pues, Amada mía, si no puedo ser tuyo únicamente; perdóname ¡oh Jubilante! si se marchita en la vigilia mi corona. ¡Hay tantas cosas que me separan de ti, porque son enteramente americanas: paisaje, perfumes, melancolías! Toda la historia de mi infancia trasciende a la opulenta flor del chirimoyo que llevaban las limeñas en sus vestidos coloniales; no queremos probar la miel de Grecia porque

nos dio el camuatí su más suave delicia; y la calandria nos impide escuchar al ruiseñor. Pero hay sobre todo, Amada mía, tristezas que son únicas. Por los caminos de mis serranías he escuchado cantos quechuas con ninguna de tus óperas comparables. Su desolada cantilena me oprime el pecho hoy mismo; y a través de los siglos, los mejores ingenios de mi estirpe se quejan también con ese acento de alegría desesperada: "Gozad porque el bien se acaba", dice un indio genial, Rubén Darío y el rey Netzahualcoyotl.

Soy de la raza violenta y buena que todavía mata por cariño. No supe nunca desprenderme de esa túnica ensangrentada que es la pasión en la turbadora alegoría del mito. Oh, Amada mía, el amor es más dulce en mis comarcas y más arrebatada la cólera. Durante un siglo hemos escrito, como decía el Doctor Iluminado, "con pluma de amor, tinta de lágrimas y papel de pasión". Porque somos apasionados, somos jóvenes. En nuestras selvas —catedrales vivientes y más altas— un Dios o un Numen habitan que son pródigamente niños como nosotros. En mi país Beatrices y Julietas mantienen el dulce raptó, la suave humildad acongojada que yo vi en las anunciaciones de tus museos. No sabes qué dulzura tienen nuestras mujeres para los diálogos de las noches de luna, no sabes qué arte ingenuo de languidez para el diminutivo y el arrullo. La luna misma conserva allí su cándido prestigio. Cuando despunta delicadamente como una aurora para novias enfermas, un murmullo de suspiros se levanta de cada balcón de Salammbó. Sus poetas no son los funcionarios de tus ciudades cenicientas que ganan dinero con sus versos. Vagabundos, *condottieris* o mendigos, en su esclavina quedan reflejos de púrpura. Entre un ciprés y un mausoleo se les ha visto por la noche evocar en versos de letal delicia a la amiga perdida; y otras veces, más allá, gobernaron provincias arrebatadamente, como ese emperador que llevando en la mano rienda y lira sentía subir hasta las cuerdas el

VENTURA GARCIA CALDERON

desbocado afán de su cuadriga... Mis abuelos fundieron alguna vez tipos de imprenta para fabricar balas con ellos y de un cañón inválido salió el bronce de la campana del convento. Yo presencié la guerra vivíl cuando era niño: en mis sentidos ha quedado su olor de pólvora y de sangre. Pero también en mis noches solitarias se levanta la imagen de una ciudad remota, polvorienta y casi muerta, donde las horas caen con sonido ritual —sobre plazas lunáticas,y por las calles dormidas que atraviesan los gatos como trasgos de una edad medrosa, la sombra de las “ventanas de reja” está encendida de amor.

Y como esta noche de júbilo en Montmartre queda lejana de mis noches lunares, como en la amena fiesta adiviné la tiranía de mis atavismos, he sentido bruscamente, Amada mía —mientras es fácil la risa y dulce el vino,— la flaqueza imperiosa de murmurarte que siglos y páramos y mares dividen nuestras almas enlazadas con este abrazo triste, porque viví mi infancia bajo estrellas distintas, en un raro y lejano país...

París, 1912.

DIJE AL CENTAURO JOVEN

Hermano mío que transitas por el terreno
valle, bajo la fiesta de la aurora encendida:
quiero decir la triste dulzura del veneno
y la ansiedad errante que habrá sido mi vida.

No busques, llenos de blando aljófara matutino
para tu sed, racimos de la viña escondida.
Malos encantadores nos acedan el vino
y en el tirso está el dardo de la abeja dormida.

Por fugaces venturas los Hados vengativos
castigan toda incauta juventud de panida;
y en calendas amorosas sagitarios furtivos
acechan a la sombra del boscaje de Armida.

¡Ay de aquel que a la cumbre de un melífico Himeto
ascendió en su ferviente mocedad atrevida!
Los dioses han castrado la colmena en secreto
y los panales tienen la dulzura medida.

Las Parcas entretejen la alegría y el luto.
Nadie escapa al imperio de su mano homicida;
un año triste paga la dicha de un minuto
y por estos minutos se viviera la vida;

mas en la roja pompa del ubérrimo estío
cuando se encrespa al viento mi alegría entumida
—compañero de mi soledad, hermano mío—
asoma ya Caronte que al letargo convida.

DUO SENTIMENTAL

*(Los personajes, famosísimos, anduvieron en lenguas
y comentaron su vida y milagros las más encrespadas plumas
de Castilla. Llámase él Juan; ella Teresa. Mas no parecen los
mismos de la historia. Ella no tiene sayal como en la ardiente
biografía de Don Diego de Yepes; más se parece a una linda
Madona de Madrid que a una santa escuálida de Ribera, y a
este Juan sin melenas ni encarrujado mostacho, lo vería-
mos descender de un carruaje en la Castellana sin que nos
sorprendiera su atavío. Violento y decorativo como el mantón
de una maja, el paisaje los circunda de luz. Pero en la tarde
asoma ya la luna su antifaz de seda pálida.)*

- Buenas tardes, Don Juan.
— ¿Me conoce Vuesa Merced?
— Al diablo le conocemos siempre en los conventos.
— ¡Bendita sea la mala fama que a tan dulce nido llevó mi nombre! ¿Por malo me tenéis?
— ¿Malo? No sé... Bueno o perverso, según las estaciones y las víctimas.
— No las hubo, señora.
— Modesto sois. A fe mía que no esperaba encontrar humildad tal en Satanás. Pues ¿cuántas fueron?
— La curiosidad Teresa...
— ¡Toma! ¡Sabéis mi nombre!
— Mis predilectos sueños, los que no he contado a nadie, fueron para Vuesa Merced, y tantos tristes momentos de mi vida sin ventura diera, lo juro, señora, por la divina dulzura...
— ¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡Téneos! ¡Siempre Don Juan tan andaluz! La misma canción a todas...
— A todas, no. Las hay ingenuas o avispadas.
— ¿En cuál concepto me tenéis?
— Si he de juzgar por vuestros consejos a las monjas...
— Os quiero mejor así: despabilado y cínico y arrogante.
— Sentimental también, ¡ay de mí!
— ¡Y dale!
— ¿Por qué no? No sé decirlo bien porque me faltan vagares para aprender honduras en los papeles. Lo negro no me estorba pero prefiero verlo en ojos tan galanos.
— ¿De quién es el madrigal?
— Pudiera ser que mío. Bien veo que sólo chanzas admitirás de mí, sin mirar los quebrantos y congojas que padecí también. ¿Un monstruo? ¡Un pobre hombre! Excelente a ratos, curioso hasta la avidez de ajenas almas para buscar en ellas el rastro de una imagen sobre todas supina y adorada que no llamaré Madona porque mis labios no empañen el altar donde la mujer está en resumen y compendio. Morena o rubia, ingenua o con donaire..., a todas esta errante imagi-

nación que parece un castigo del cielo, las revistió de excel-situd durante el breve espacio de una mañana. Llamadme codicioso, no inconstante. En todas fui buscando a la amada única y esos labios besados tan de prisa eran acaso instantes de mi angustia porque aguardaba a la mujer soñada que vendría... que no vino... y esta fué mi tragedia, Teresa. En acecho, con el inmenso corazón doloroso, llamé, arrullando falsedades, adivinando en cada promesa su breve término y en cada eterno juramento el perjurio, mientras rasgaba la noche, para acusarme, el grito náufrago de alguna amada inconsolable.

—Basta, Don Juan, todo eso sería hermoso en verso.

— ¡Oh burladora! Dilo otra vez, que cuando ríes queda suspenso y hechizada el alma de quien te mira. ¿Mas por qué no será verdad lo que te cuento? Sí, tienes razón, lo dije a otras mujeres y al hablar esta noche me dejo engañar yo mismo por el arrullo. Pero te juro, Teresa, que soy el viudo trágico de una mujer que no ha existido nunca. Todos los hombres lo son. Pregúntales, pregunta. . . Los verás naufragados en un amor mientras sus almas palpitan como velas al viento de alta mar. “E il naufragar m’è dolce in questo mare.” Ya ves como recuerdo el lenguaje de los poetas. Lo fui también. ¡Versos que el viento se lleva y unos labios detienen! No los escribí jamás porque fué mi destino vivirlos, ser el galeote de la pena de amor.

—Don Juan, Don Juan, yo te imploro por tu ardiente compasión. . . ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡qué divertidos son los andaluces!

—Beso vuestros pies, señora. Adiós.

—¿Os enfadasteis?

—Perdón, fue el mal cuarto de hora. La luna, vuestros ojos. . . ¡Tonto de mí! ¡Pedazo de poeta!

—Caballero, me parece que estábamos en la sierra de Ubeda.

—Muy cerca, en un castillo de España, en la morada séptima que está vecina al séptimo cielo.

— ¡Tocan a burlas! En esa morada no entrareis.

— ¡Infelice! Siquiera lograra hacerlo en tan amable compañía; pero allí mora un judío con quien no guardo las mejores relaciones, pues tiene perdida y secuestrada a una tal Inés. . .

—¿No os bastan las del siglo que venías a buscar esposas del Señor?

—Rondé tras ellas, Teresa, porque ellas saben amar como ninguna. ¿Recuerdas con qué sutiles argumentos demostraban a sus cortejos en los locutorios que era su amor más alto y depurado que los profanos amoríos? Tienes razón. Las mujeres del siglo saben otras vanidades y consuelos. Más éstas que vinieron al claustro porque no hallaron ventura a su medida son las que yo busqué toda la vida. Sería inicua paradoja si no fuera verdad. Ignoras cuantas veces en una Iglesia, rencorosamente solitario, blasfemé de tu Dios que así me disputa enamoradas. Y tu nombre, Teresa, era el invocado allí precisamente.

— ¡Don Juan!

—Si es lícito mezclar lo sagrado con lo profano, como dicen los académicos. . . Ríe, Teresa; pero yo estoy seguro de que si te hubiera hallado en otros tiempos.

—Veinte años menos y algunas pesetas más.

—No tanto. Estoy seguro de que hubiéramos podido parecernos a los amantes de Verona.

—Pues comienza, Don Juan. Te escucho. ¿Se puede saber qué me dirías?

—Hubiera dicho. . . ¡tantas cosas! Esos anhelos de juventud, murmuraría, son revuelos del alma presa en jaula exigua. Muy grandes almas tuvimos, muy grandes sueños soñamos y tu ventura y la mía, pareciéndose, llegaron sin embargo a opuesto término. Al cielo tú; a no sé qué infierno hu-

mano, yo. Iluminado tu camino; el mío, lóbrego. Tú te entregaste para siempre y yo no supe hallar mujer como eras tú. ¿Debo acaso lamentarlo al mirar tu vida? Sólo hoy comprendo que fuimos sangrando en los mismos riscos y cayendo en parecidas emboscadas. ¡Ah! tu camino de perfección y mi ruta impenitente, si se comparan, son iguales. Idéntica es aquella incertidumbre del alma que desea algo más, que, hallándolo, no puede contentarse y se desbarranca y queda malherida con esa sed de fiebre que llaman aridez en tu mística. Arideces, sequías de alma africana que ningún Dios y ninguna mujer pueden colmar. Sólo que este llanto mío no seca lágrimas.

—Si no eres el Diablo, no sé quien puedes ser que logras conmoverme tanto. Ve, no me río ya. Acaso tus tormentos son sinceros. Por lo menos adivinas los míos, y si aciertan a ser iguales, congojas de agonía son. Yo también quise dar mi sangre porque ese cuerpo inerte de crucificado se animara.

—Confíesame, Teresa, que si no fueran tus votos, la mala ventura, mis engaños...

—¿Para qué hablar de lo que no puede ser? ¿Pero lloráis? Dios santo, os lo suplico, Don Juan, te lo suplico... Perdóname si te ofendí, pero, ya ves, yo también necesito consuelo... Ay, la vida es así...

— ¡Ja! ¡ja! ¡ja! Se acabó la comedia, apláudeme, Teresa. Sólo quise replicar a tus donaires urdiendo para ti las gentiles mentiras con que convierto a santas y pecadoras. No busco metafísicas, sino la primera mujer de carne y hueso que está al alcance de los ojos: marquesita, maja o vaquera.

—¿Verdad decís ahora?

—Verdad, Teresa. Beso los pies de Vuesa Merced.

—*Teresa (alejándose)*. Era un hombre como todos: ¡que lástima!

UN HOMBRE DE LUTO EN UN PAISAJE GRIS

Bajaba por las quebradas calles en cuyos muros desentonaban las albardas relumbrantes de los mulos de feria y fuimos juntos, sin hablar, porque él era taciturno y el fervor paralizaba mi acento, hasta los cauces ásperos por donde —color de fango— pasa el río furente.

Vestía de negro veludillo, tenía la piel reseca, ¿por cuál incendio interno chamuscada, por cuál incendio que anunciaban sus ojos de santo? (Era en Toledo: un río torvo y un castillo roquero, bajo el cielo tallado como cantera de mármol). Yo sólo he puesto en su palabra serenidad y concordancia, pues era brusca, flamígera, también nacida, como los cuadros de Museo, de un arrebato instantáneo y una sutil melancolía sin mudanza.

—Me fue dado el cielo y pinté sólo convulsiones de nubes, su amenaza; me fué dada la carne y pinté el remordimiento, pues únicamente la realidad patética me interesa— a mí que vine de una tierra solar a describir un paisaje gris. Mas no sólo hay ascetismo y la nostalgia del cielo en mis lóbregos lienzos. A veces, si recuerdo cuantos colores fui abandonando como carbones de mi incendio extinguido, me digo para serenarme que pretendí buscar un más allá en la tela como en la tierra. Dejemos las fáciles rutilancias a los servirles imitadores de la vida. Se comienza —cuando el arte no parece provecho de gloria sino prueba interior de fortaleza—, se comienza a buscar en las medias tintas, en las opacidades reticentes, en el contraste de un verde brusco con las llanuras pardas, un color superior al color y entonces, entonces, con una ceguera voluntaria que es un calvario se cierran los ojos a la terrena luz en busca de perenne claridad sin crepúsculo y no se sabe más si es arte la pintura, si en la profunda tela se está hurgando un problema de sombras o si la inquietud del pintor está guiada por otra más alta y trascendente, la de hallar en las tinieblas del destino un secreto que no alcanzan a descu-

brir los pinceles ni el alma. ¡Ah! ¡en dónde están los tiempos de las simplicidades santas y por qué fue preciso que yo viniera de la luz a la sombra! Con su ingenua sabiduría obtuvo el fraile que llaman el Angélico la sintética línea hasta llegar a la divina frontera en donde el cuerpo deja casi de serlo, retenido un instante, antes del cielo, por su gracia gentil y adolescente. Yo vi temprano esplendores tizianescos, mas los dibujos del Michelangelo me enseñaron a qué epilepsia puede llegar a la alto espíritu confinado en la forma. Ningún dolor y ninguna crisis de alma son comparables a estas alternativas del pintor cuando se tiene la vocación de fijar en la tela para siempre lo que está destinado a morir. Mas sin los cuerpos y su relieve sensual, ¿qué es la pintura sino una angustiada negativa de músculos, una tisis inicua hasta en mis ángeles? ¡Oh dolores que nadie ha cantado y pocos lloran! Tal vez —se dice la conciencia tremenda— eternizar lo pasajero a despecho del alma eterna, querer prestar ilusorio esplendor a lo que será gusano y podre, es sólo el misterioso pecado contra el Espíritu. Cuando estos hidalgos del *Entierro* mantengan todavía su apariencia viviente en siglos que ya adivino inquietos habrán vuelto el polvo al polvo y la carne a su destino pavoroso. ¿Mas por qué tan hermosa fábrica, Dios santo, si estaba condenada a derrumbamiento y no es acaso la hermosura tu mejor promesa de eternidad? ¡Fermento pagano que hincha a veces el pan ázimo de mis días sin certidumbre! Y las delicias del mundo acaparadas por mis cinco sentidos me surgen en un estupor que pudiera ser mi ruina. Amo entonces las músicas profanas, los hermosos brocados donde las manos se entumescen, las cabelleras de los chiquillos que son como terciopelo cálido y este olor de azahar que enajena el sentido en las noches morenas. ¡Oh tierra pétreo, guardas, sin embargo, las tentaciones a cuya sola imagen desfallezco! ¿Cuál es mi vocación en esta alternativa de luz y sombra? ¿Es tan sólo un problema de colores o esconde acaso

todos los destinos y el Destino? ¿Será la vida el juego trascendente de la nube que huye cuando el pincel iba a alcanzar su morbidez? Corremos en pos de una perfección sólo entrevista en la insomne vigilia, tan frágil y menguada por la mañana. Más lejos está siempre. Mucho prometió, escaso es lo cumplido y largo fué el engaño. Llegamos a entrever la forma pura, el arquetipo, cuando las manos perdieron la firmeza, y el alma su juventud estimulante. ¿Para qué sirve entonces adorarle! Flacas mujeres de mi arte, apóstoles que sólo pude esbozar con descontento del medio humano en que moraba, ángeles pardos con semblantes de hospital, oh todos mis queridos convalecientes de la enfermedad de Dios no fué, lo juro, rencor al mundo la macerada y espectral apariencia que os dibujara en el lienzo, sino la necesidad de una materia traslúcida y porosa que tamizara apenas el reflejo de la divina lámpara. Pero no supe que al sutilizar la carne iba perdiendo el calor humano, no sabía que esta luz, celeste hiel. Y en vísperas del cielo prometido, vengo aquí todos los días, a meditar en el cordial engaño de mi obra!

Calló, pero el paisaje parecía el trasunto vivo de su voz. La misma inquietud estaba hecha ciudad y cielo en las rocas violentas. Era Toledo una pasión crispada o la catástrofe terrestre de un alma por donde pasó el rayo divino. El Tajo y la muralla se quebraban con la misma violencia, dos tonos de ocre lívido. El plano de la ciudad que yo viera en un cuadro del museo era ciertamente la alegoría del espíritu: esa muralla erizada contra el mundo por cuyos vertiginosos escalones de abismo iba ascendiendo el alma crédula con ímpetus diversos, desde el verde violento de un tejado hasta la aguja mística de la catedral.

Imaginé entonces que debiera mudarse el nombre de torre de marfil por el de Toledo interior; imaginé que de esta larga inquietud tan diluida en nuestros corazones de indo-

lentes, nadie, ni los más arrebolados místicos padecieron como el extraño interlocutor vestido de negro; porque llevaban en su ardimiento la voluntad de asediar el cielo y colonizarlo; pero a este griego desterrado, Toledo lo tuesta y lo ruece como a un sarmiento —un sarmiento que ya no podrá engendrar su dulzura de uva.

Y parecióme, cuando el viandante se alejaba por el puente de Alcántara, que bien pudiera llamarse Domenico Teothocopulos, el Greco.

LA CARTA QUE NO ESCRIBI

Aparta tus vivaces primaveras
de mi destino solitario y vano.
No me quieras, mujer, si no quisieras
sólo querer a un pensativo hermano.

Mi historia es larga, mi ventura breve:
dilapidé mi juventud, mi vida.
Por eso crispo una sonrisa aleve
como los que respiran por la herida.

Con amores de tránsito y de viaje
colmé mal mi apetito de ilusión;
nadie me agradecía el hospedaje
y una posada fué mi corazón.

¿Amé? Tal vez, cuando apuntaba el bozo.
¿Viví? Quizás, cuando cantar solía.
Iba curvado desde el tiempo mozo
por la fatiga de mi melodía.

De amores idos y de mis quimeras
vivo forjando este delirio estulto;

VENTURA GARCIA CALDERON

me equivoqué al pensar que tú pudieras
apaciguar el interior tumulto.

No me preguntes por qué ciertos días
soy tan huraño, no me pidas calma;
doctor en letras y melancolías
tengo erizada de rencor el alma.

Y sin embargo las gaviotas solas
nunca vinieron sin hallar amparo;
un faro blanco elevo ante las olas;
cándido soy como guardián de faro.

¡En cuántas noches evité quebrantos!
ningún navío se arriesgó hasta aquí;
y en la alborada de mis desencantos
dije tal vez: ¿quién me consuela a mí?

Consolarme de estar en este mundo,
consolarme si lloran los demás,
penas inconsolables y el inmundo
pudridero para siempre jamás.

Me han quitado mi lámpara festiva;
mírame bien las sienas a la luz;
tengo en las manos una llaga viva
y en la frente la sombra de la cruz.

NADA MAS

Nada más que tu mano
olvidada en mi mano;
nada sino un minuto
de paz, entre dos horas de luto;

y la divina conjunción de dos silencios
 y la tregua de dos inquietudes;
 nada más que dos juventudes
 y un prometer alado, que no pudo cumplirse,
 y haberse amado un día entero sin herirse.
 Un día, una sonrisa y el olvido para siempre jamás.
 Nada, sino el futuro;
 nada más.

PROSA PARA OMAR KHEYAM

Omar Kheyám, toda existencia es parecida
 a las rosas de tu parque violento.
 Despojarse es vivir. Cada momento
 se lleva pétalos de vida.

Mas sería un sutil remordimiento
 morir como las flores,
 lleno de vida.

Por eso a todos los amores
 les doy mi carne vana
 hoy mismo, que será tarde mañana.
 Despojándome sigo.
 Y a la Muerte diré: "Perdone, Hermana,
 yo también soy mendigo."

Dulcemente, sin ruido
 el otoño ha venido.
 Con un crujir de nave misterioso y profundo
 la alameda y el mundo
 se han derrumbado en hojas amarillas
 como girones de velamen en la borrasca.
 El viento lento se lamenta en la hojarasca.

VENTURA GARCIA CALDERON

Dulcemente, sin ruido
las penas viejas vuelven del País del Olvido.

Revive todo lo vivido
en cada hoja,
como renueva cada congoja el nuevo enero
y el jardín huele a muerto. Pero
hay inauditos bronces
sobre la tierra.

Entonces
con mis dedos enfermos que este vértigo aterra
ha estrujado la arcilla de mi antigua ventura
para formar con ella otra escultura;
y con mi canto de alfarero empedernido,
dulcemente, sin ruido
todas mis penas se han desvanecido.

REVOLVER

Libertador de condenados, razón del fuerte, último
amigo en el calvario urbano, compañero de la novena hora,
me acompañas, solemne y frío como llave de tumba, en el
fondo del estuche, revólver.

En la noche llena de posibilidades infinitas y de melancolías que llegan, mariposas negras, — ¿de qué lejanos prados? — a mi lámpara, un rayo suave ilumina tu palidez metálica, tu pulida y suave palidez amena al tacto como una frente sin engaño. La consumida fiebre halló más de una vez solaz en el cañón helado y su frescura en altas horas era inmediata y redentora promesa que no supimos — ¡ay! apegados a este valle triste;— adivinar.

Todo sería sin embargo únicamente, adelantar algunos años la condena común. Fácil y sobrio con alguna carta final llena de excusas y perdones, ocurriría el último rito de la vi-

da. Sólo un disparo certero a la frente o al corazón por donde tantos pensamientos transitaron en las noches insomnes o tantas congojas en las horas de mi primavera desesperada.

Sobre la mesa humilde, junto a los libros de los poetas que engañaron los días tolerables, junto al bromuro de las noches, estás conmigo, revólver, más eficaz que libros y que pócimas, para obtener, recompensa tardía, el sueño durable. Cuando al volver a casa muy tarde en la noche callada, comienza junto a la lámpara el cotidiano examen de conciencia preconizado por Baudelaire, cuando el recuerdo hacina como una fronda muerta los actos inútiles del día; las frases halagüeñas para los compañeros indiferentes y tal vez las menudas traiciones para los amigos que más hemos querido, las horas pasadas en mentideros con la canalla letrada, el silencio reproche del mendigo para quien no hemos abierto la escarcela, los sueños que dejamos mariposear el vuelo sin prenderlos con una punta de alfiler en la página blanca, los besos sensuales y transitorios que fueron traiciones al amor, —cuando están en pira triste nuestras hojas muertas y dolorosamente arde en la noche el recuerdo de un día más, todas las tentaciones de la tiniebla te llaman, instrumento final, guillotina del hombre libre. Y tal vez por un minuto, ante el recelo del mañana que será pronto ayer y con nuevos quebrantos arrugará la frente del condenado a la vida, una cobarde cólera, un ansia infinita de dominio, una vil urgencia de goce, surgen de lo profundo en el abandono como aquella voz de promisión que sopló en la Cruz al oído del mártir.

Entonces de un golpe airado cierro el estuche oscuro que te encierra, libertador de condenados, último amigo insomne, compañero de mi vigilia, revólver.

LA PALABRA DE BOLIVAR

Este andaba entre leones y se
hizo león. *Ezequiel* XIX, 6.

Para Hugo D. Barbajelata

Esta su corazón grave de presentimientos y su alma triste hasta la muerte. Se divisa un jardín que pudiera ser de Olivos; se escucha un toro que pudiera ser de Oceánidas; y el héroe se ha quedado solo, pues no son compañía sino estorbo, estos desalentados subalternos en espera del sésamo que tarda. Cada victoria ha sido inútil. Allá, en el mar de Venezuela, está cercana una isla oscura que no se llama Santa Elena. Y cinco Sanchos miran al triste hidalgo de América, apoyado en un muro, inerme, con la quijada envuelta en paño ruin, ridículo si el héroe pudiera serlo. Y las potencias de la defección, del abandono, lo circundan. Y otra vez fuera justo murmurar como el Almirante, por esta América que tantas lágrimas cuesta: "No sé si hubo otro con más martirios."

Con tal martirio, sin esperanza de mejor gloria póstuma que la de ser un cabecilla ultramarino, ni mejor recompensa que el vil garrote en un camino de Goya. Se sostiene la quijada con la mano, está lívido y miserable y silencioso porque la fe ya no transporta montañas, ni hallará panes y peces para tantos llaneros ávidos, ni en cualquier vivaque, cerca de Camacho, se trocará el agua en vino. El cielo se llena de nubarrones oscuros como presagio y los altos buitres siniestros rondan ya la presa adivinada. Y si pasara Carlyle por allí, no volvería la cabeza para mirar esa ruina. Entonces un General de la escolta se ha acercado a murmurar con acento de indolencia:

—¿Qué hacer ahora?

(Y también todos hemos conocido este deseo de desermos mejores ideales y dormirnos una tarde con el farniente de Dios).

Pero el cuerpo desvencijado se pone en pie de un salto, todas las garras del felino han brotado milagrosamente y en su garganta resucita la voz de Lázaro alegre. ¿Qué hacer? ¡Oh santa ira de los fuertes! La respuesta es como una bofetada:

— ¡Vencer!

AGUJA DE MAREAR

Vibrante de los flancos al cordaje
se alejó mi goleta de la orilla;
gaviotas augurales de su viaje
palpitaban con la vela amarilla.

¿En cuál Venecia de oro, en cuál Antilla
no desdeñó la paz y el hospedaje,
sólo atenta a la doble maravilla
de un nuevo mar y el futuro celaje?

Alma loca de amor y travesía,
trise de antiguos puertos, todavía
zarpas hoy a Citeres o Estambul;

y el ancla llena de corales muertos,
no sabes carenar en nuevos puertos
las impurezas de la mar azul.

LA MISMA BARCA

En esta noche que arrulló mi pena
con rumbo al puerto que veré mañana,

VENTURA GARCIA CALDERON

se posan ya como aves en la antena
las tentaciones de la Antilla lejana.

Los perfumes de piña y de banana
harán tal vez que olvide su condena
el que amarrado al palo de mesana,
como Ulises resistió a la sirena.

¡Ay! mirando la mar fosforescente
olvido el ansia de llegar al puerto
para no ver sino mi rumbo incierto.

Suena la voz nefasta y elocuente,
y en el latino mar todas mis penas
cantan ya con dulzura de sirenas.

INVOCACION AL OTOÑO

Para Carlos Arana Santamaría
fraternalmente.

Con la celeridad de los ponientes y su matiz febril,
inauguras, Otoño, tu dorada basílica en escombros, suspirando
por la tubería de tu órgano vivo, la canción de la alegría
disipable y del amor que no dura.

En tus troncos sin pompa ni follaje, se va mondanando la
imagen de un alma desertada por las alondras pero sonora
de más viril rumor: el de las ramas que arañan el viento y lo
melodizan como descarnados dedos sobre una lira muda.

No por neurasténico amor de fatigados, no porque eres
nuncio de muerto y dorado exterminio te queremos. Pues no
es tu abandono lo que seduce en tus alamedas color de miel,
en tus cielos de humareda, en tus mares plúmbeos que se
destrozan con una constancia triste.

Bueno es haber conocido la Primavera, abrir como tus árboles doscientas bocas para besar la vida. Mas sólo tú nos enseñas fervorosa cordura, resignación sin lágrimas, la más amable filosofía, pues lo que dicen los maestros en trescientas páginas de la Biblioteca Alcan, tú me lo cuentas mejor y con elegancia cuando en una alameda de Versalles, a la que debo dos o tres tardes de fortificante melancolía, se desprenden las hojas color de arena; y ese exterminio lento con la más discreta música, responde exactamente al despojo interior de frívolos adornos para conservar una crispada simplicidad.

Otoño, indecisión poética entre las brutales afirmaciones de verano y de invierno, calofrío del año, agonía, melancolía tan cautivantes, que después los primaverales gozos parecen agrios como las primicias del emparrado cuando mordimos el succulento racimo lleno de abejas, como las muchachas de senos breves cuando nos han estrujado —sérias y con crujiir de dientes— mujeres martirizadas por el terror de no ser mañana amables.

En ti perdura la misma dolorosa intensidad de lo que va a acabarse; la crispación de tus ramas se parece al aferrarse de ciertos dedos de mujer cuando ellas piden consuelos para envejecer y para morir.

Pero si tus despojos y tu funeraria música disponen a investigar el misterio de la vida mudable, también el espectáculo de tus hojas que fueron verdes, inclina a hojear lo vivido como el pasado resbala del armario con una carta vieja.

Nuestra juventud, ilusa, petulante, manirrota, nos enternece y abochorna con sus horas perdidas frente a una ventana que una mujer no abrirá, con sus singultos porque la luna enloquecía a los perros y a los poetas, con sus errados entusiasmos, sus malos versos y sus noches errantes —acongojadas noches que terminaron en alcobas pagadas de donde huímos a ocultar en la almohada una vergüenza que tal vez no merecíamos.

Y los grandes rumbos preparados a nuestra vela, las mañanas triunfantes y las tardes vencidas, todo lo muerto con sonrisas, cuanto asesinaron dos manos encantadoras en un añinado corazón, tantos pequeños dolores de que no pudimos hacer grandes canciones, el recuerdo de las mujeres que fueron crueles con nosotros, el daño ajeno y la afrenta propia, ¡cómo regresan, Otoño, morosamente, en tus bosques que huelen a gruta y a cadáver!

Y los fervores de cruzado y de místico cuando no existen Jerusalenes ni Paraísos, la muerta fe que dejó en la cuba su fermento y acedará el vino nuevo y el recuerdo de los compañeros muertos jóvenes como si fuera esfuerzo inane y vil derrota la más colmada vida, todo este tiempo pasado ¡cómo regresa, Otoño, con el impar acento de la canción de Manrique, en tus bosques que huelen a gruta y a cadáver!

Ni desesperación ni vil abandono, sin embargo, dicta la voz con que Bécquer escuchó dialogar a las hojas secas. Melancolía tonificante, delirio, pero no estéril quebranto; ya no la terquedad de los veinte años que aguarda en cada esquina una ventura y la ventura es una lotería —sino la paz ardiente, el entusiasmo grave de los que perdonan a la vida porque hay auroras, mujeres y versos.

Para llegar a este valle de cordura, a esta “morada séptima” es preciso atravesar encrucijadas áridas. ¡Huertos de olivos en que dudamos de ser poetas! No todos merecimos, por supuesto, la afortunada hipérbole de una cruz y un calvario; pero también padecemos sed que el vinagre de la literatura no alivia y un demonio interior ironizó los espejismos de nuestro cruel anhelo.

Y fue, Otoño, en tus desafectadas catedrales, en tus panoramas de oro sobre la ternura violeta de un cielo que agoniza, en donde la fiesta de la juventud nos pareció engañoso azul y alcohol vulgar. Porque buscábamos la gloria que es vil querida y falsificábamos amor con los besos de cualquier

adúltera. Y ha llegado la edad en que enterramos nuestro antiguo ateísmo para volver a buscarte, ¡oh Dios sin templos ni Lourdes! en la escritura de la rosa y en el concertado delirio del bosque, en el mar terrible ante quien escribo mi ardiente Oda y hasta en el recinto inválido de mi carne mortal cuando la sacude el espasmo del verso e incendian las luciérnagas del ritmo y la metáfora, su espesura sin luz.

Otoño, basílica en escombros, indecisión del año, instante encantador porque no dura, belleza insuperable porque agoniza. Tiendes como una vasta sensualidad tu encrespada blondura, maceras la concavidad marina de tus alamedas con olores de orín, de ruina y de sexo. En los callados jardines en donde estatuas se escalonan como encarnando mis sueños claros y adolescentes, tus hojas me dan casi escalofríos al destrozarse con una blanda resignación de nieve. Una vida profunda y triste anima los desgarrones de tus ramajes cuando el sol declinante se descompone en luces de vidriera tras de las chamuscadas hojas candentes. Por un instante no más, irisado y en llamas, eres una catedral que arde con su sensual silencio, con su vapor de aromas, con su votiva luna oscilante. Pero ya algunas aves zurdas rayan de negro tu acuarela violeta y de las cimas removidas desciende el vago miedo crepuscular a nuestros corazones que confunden la noche con la muerte. Apenas la caridad de las estrellas vierte augurios confusos, irrisorias señales para guiar nuestro naufragio inquieto. La noche sin casinos, sin faroles eléctricos, sin urbanos recuerdos, sola y fúnebre, está enfrente de nosotros como un bloque de ébano donde tallar la imagen de nuestro destino trágico; nuestra pequeñez y su eternidad se confrontan y se interrogan.

Pero la luna viene a dar un sentido consolador a esta charada que es el mundo, y encendida en la punta de tus álamos, Otoño grave y moroso, no nos sugiere ya las antiguas premuras de una juventud con hambre y sed de amor

VENTURA GARCIA CALDERON

y conocimiento, no ya esperanzas locas sino deseos cuerdos, porque vimos trocarse tu guirnalda parlante en esta anónima palpitación de hojas vencidas sobre la tierra negra...

RIMA

En este inquieto navegar que cansa
no pretendas, poeta, echar el ancla,
que llegará vertiginosamente
un largo o caso para días breves.

Ni es bien siquiera eternizar instantes,
bruñir en rimas los pasados ayos:
nuestros cantos un día serán viejos
de cuyas quejas reirán los nietos.

Para quienes la gloria sobornaban
quedará sólo la esperanza vana
de despertar en juventudes ávidas
una improbable eternidad de lágrimas.

CANTAR DE LOS CANTARES

1. Por alamedas morenas, por parajes de mirtos te he visto venir, Esposa mía, morena como las alamedas. A deshora llegas, salterio y vihuela de mis noches, y desfallece mi corazón con el vaivén de tus caderas. Ven aquí, Esposa mía, para respirarte.
2. ¿Adónde irá mi desazón que no te llame? Lágrimas no verteré, quejas no daré al viento mientras quiera de mí la que adora mi alma. No pongas ojos rigurosos en la torpe condición de mi desapacible rostro, antes mira y considera mis labios tristes. Os conjuro, luceros; aco-

- red, vientos olorosos: luz y perfume para la primogénita de mi deleite.
3. Tu cabellera rizada como millares de ajorcas del mismo ébano que mandó fabricar un rey enamorado. Como flores nunca vistas tus orejas que brotaron inesperadamente en la noche de tus cabellos y el perfume de tu sexo como olíbano.
 4. Y dijo la Amada: cercádome han voces de amor y dos manos me dejaron desnuda. Tu cabeza es de león, Amado mío; pero tus ojos son torcaces. Es tu frente una muralla que cien huracanes no abatieron; tu voz fuerte como son de olifante cuando llama al abrigo nocturno a la majada; tus dos hombros como recio palanquín en donde podrías llevarme, inmune, a altanerías y combates.
 5. Y dijo el Amado: ¿qué linaje de gracia nueva me conturba? Cervatillas perseguidas tus pupilas en la espesura de las pestañas y tus ijares como los flancos del lebrél que va de caza. Pero ya rompe en el pecho la cólera de venterce; tus narices palpitan como al anuncio de perfumes lejanos y tu boca se entreabre como si hubiera llegado la primavera.
 6. Heme aquí, Rey querido, presa en tu cuerpo, maniata-da y sumisa porque desfallezco.
 7. Y la hora es venida, Esposa mía, de estrujar tus dos senos como los odres de vino nuevo y paladearte.
 8. Y heme aquí, Soberano y Bien mío, consentida y propicia a tu regalo como la oveja a la tónsura.
 9. Allégate mejor, tus ojos en los míos, morena mía en servidumbre. He cerrado tu horizonte con mis hombros y de tu frente como de un cielo huracanado se desbandan ya los pensamientos. Abrego y cierzo callaron, sólo la tortola está en vela y su querella es sabrosa como tu voz cuando desfallece. Por un minuto, más breve

- que su canto, nada existe para ti sino mi imperio y te adheriste a mi vida como el molusco.
10. Tu corazón, Amado mío, un atambor que celebra el recocijo de la fiesta, tu victoria y mi estrago.
 11. El tuyo, un nido con su igual y tímido piar.
 12. Quema mi flanco con el hierro encendido de tu sexo, como para señalar en el rebaño la marca y señorío del amo; cabalga en tu dócil montura y no temas clavar tus rodillas en mis ijares temblorosos.
 13. Pláceme ver tus manos de rafiña sobre mis senos indefensos y tus labios crispados donde ronca una exquisita cólera y tu desdén de jinete bárbaro que tiene prisa de llegar.
 14. Plácenme entonces, Amiga mía, Esposa, tus labios húmedos como las flores en la aurora, más suave que salterios y laudes tu voz alternada y tu saliva tan dulce.
 15. Tus cabellos como cuerdas infinitas de mi salterio y tus dos ojos acurrucados y temerosos bajo las alas de las cejas tan foscas y el áximo fruto de tu escondida viña negra.
 16. Hasta que el alba apunte y nos quebrante, os conjuro, luceros; acorred, vientos olorosos; suavidad y perfume sobre mi noche de amor.

CENIZA

(En un libro de Baudelaire)

Por comía la ceniza como pan y
mezclaba su bebida con el llanto.

(El Libro de los Salmos, CI.)

— . . . ¿Pero siquiera has amado la gloria?
— A los veinte años sí; fue mi querida.

—¿Y las mujeres?

—Pasaron como sombras adolescentes y son beguinas en el paisaje desolado de mi memoria. De una conservo unos cabellos, de otra la carta llena de reproches que fué el epílogo de una cita triste; de todas, parecida melancolía.

—Más te queda tu arte, tu arte difícil y embriagador como un combate.

—Sí, es una batalla de cada hora, la gigantesca desproporción de lo que soñamos y lo que hicimos. Las modas cambian y bendita sea su mudanza. De nuestra quejas reirán los nietos como nosotros sonreímos de los románticos.

—¿Nada esperas, hermano singular?

—Toda esperanza corrompe.

—Quizás la muerte. . .

—¡Ah! si tuviera brazos blancos, si no fuera esta cita de de lágrimas!

—¿Qué amas, pues, en el mundo, oh temerario?

—Amo las nubes viajeras como mi pena; el mar incomprendible como mi alma; la espina, la fabulosa espina en que pudiera desgarrarme.

ESTAMPA DE FRAGONARD

Era un paisaje claro y decadente
sobre el metal del varillaje fino:
dos amantes de antaño al esfumino
que se besaban descaradamente.

¿Qué abuela del gran siglo libertino
te legó ese abanico evanescente,
en donde asoman su esplendor naciente
los dos mellizos del cantar divino?

VENTURA GARCÍA CALDERÓN

Otra visión de lirios y de rosas,
una sabrosa y delicada pulpa
adiviné. De hinojos, te suplico: ...

¡Tu confesor que sabe tantas cosas
excusará la deliciosa culpa
por la complicidad de tu abanico!

GUITARRA

Lucero azul que cintilas
sobre mi pena dormida,
te diré las intranquilas
añoranzas de mi vida,

los años encantadores,
que vuelvo a vivir instantes;
ayeres que son mejores
sólo porque fueron antes;

cuando iba diciendo cuitas
bajo balcones en vela,
balcones de Margaritas
con Fausto por centinela;

y a todas para mi edén,
buscaba, noble o villana;
marquesita de Verlaine,
vaquera de Santillana.

Pasó el juvenil destello,
vinieron años de prisa,
con claros en el cabello
y arrugas en la sonrisa.

Perdí la triste costumbre
de consultar el espejo
por negar la certidumbre
de estar volviéndome viejo;

mientras el hado burlón
mezclaba para mi daño
con flores de una estación
los ramilletes de antaño.

Dejo de antiguas endechas,
sólo quedó la importuna
memoria de tantas fechas
con males de tanta luna;

sólo quedó en las pupilas
el cansancio de la vida,
lucero azul que cintilas
sobre mi pena dormida.

CAPRICHO

Bajo el incierto cariño
de tu mirar indolente
se extraviaba en tu corpiño
mi mano, furtivamente.
Surgió una breve contienda
porque un corderito enano
que ya extraviaba la senda
pudo ampararse en mi mano.

Tras de la ardiente pesquisa
de un *sí* que el labio sofoca

VENTURA GARCIA CALDERON

me concedió tu sonrisa
lo que negaba la boca.

Y al agravarse el acecho
de la morena mezquita,
cayó tu rostro en mi pecho
como una rosa marchita.

MELODIA IMPRECISA

Todo estoy lleno de recuerdos
como un jardín lunar.
Todo estoy lleno de mensajes y cantos
como una jaula al sol.

Constríña ¡oh vida! tu corona
mis sienes afanosas en que hiela
cada aurora el sudor de agonía. ¡No importa!
¡Si la noche es tan larga melancolía,
la mañana es tan corta!
La vida por ti desprestigiada ¡oh pensamiento!
por ti se exalta ¡oh corazón alerta!
Cada mañana tengo
más melancólicos los ojos
y los labios más rojos.

EN la torre del viento, Poeta,
a todas horas gira tu veleta.
Con flotantes gorriones
y al sol sus encarnados pabellones
se despierta tu mañana encendida;
y ya navegas a la vida
ignorando el misterio de la lluvia y del llanto.
No sabes de qué prados

lejanos, de qué cielo de espanto
 vendrán las aves negras y los nublados
 No sabes
 tras las alegres horas de alocados decires
 por qué súbitamente
 sabe del horizonte la congoja inmanente;
 y el paisaje de tu alma es rosa y gris
 alternativamente, como los cielos de París.

CARTA DE AMOR

“Ay del hombre que en los primeros
 momentos de una aventura de amor no
 cree que ésta durará eternamente!”

Benjamín Constant, *Adolfo*.

Perdóname, es la última vez, la última que cometo un perjurio y la primera que opongo en fin mi tardía razón a tu locura. Me marchó como un criminal, sin más adiós que esta esquila de lágrimas; abandono las mil felicidades adivinadas en tus ojos para preservar alguna vez un recuerdo de amor, del amor profanado tantas veces en desganos cobardes y en agresivas melancolías. Te rehusó desgarradoramente cuando tus labios balbuceaban ya mi nombre bárbaro y los míos, tan temblorosamente torpes, buscaban para el tuyo diminutivos guturales y desolados. No nos veremos más, no me busques. Todo ha acabado al comenzar. Porque te tengo miedo, Amada mía, cuando repites juramentos en que no puedo ni quiero tener fe.

¿Te acuerdas, —y cómo no acordarnos si era ayer! Era en Versalles, por esquivos caminos que nadie surca; pero el hito blanco del fauno, en el confín de mirtos, nos sonreía, eterno cómplice. En el lirismo de la alameda nuestros dos cuerpos enlazados fueron dos consonantes de la estrofa

divina y por tu mano enclavijada yo sentía tu corazón acorde. Todas las hojas desprendidas eran sílabas de una misma confesión: la que murmura el Otoño siempre viejo a las estatuas siempre jóvenes.

Pero se dice el alma precavida —y no sabes cuán dolorosa es esta reticencia—, llegará un día en que la ardiente aceptación de ayer nos pueda parecer una cadena, pues he padecido esos minutos en que se quisiera animar con sangre de las venas al desfalleciente amor, mientras en los labios del perjurio se esponja ya la triste madurez del engaño.

Sí, por unas horas aún, en el estío del entusiasmo, hubiera podido comenzar contigo nuevamente el delirante poema siempre inédito. En los nupciales jardines de Versalles o Bóboli, en donde las estatuas parecen tristes convidadas a eternas nupcias de los otros, te hubiera amado tal vez por un semestre. Allí, en islotes de amor o laberintos, pasados romeros fueron dejando, sobre los troncos o los mármoles, las iniciales de un amor más durable en el árbol que en la vida. Presentes e invisibles, mil entusiasmos de ayer prolongarían su suspiro perdido en el chorro que vierte un silvano verde sobre el agua muerta y los líquenes. Ya veo otra vez la sonriente complicidad de los paseantes apartándose del banco romano en donde escucho tu promesa encendida y juro nunca perderte. Avanzaría hacia nosotros con su negra máquina aquel Cupido venal de los jardines que va a eternizar en una postal nuestra pareja. Te miro soplar risueñamente la flor que ha suplantado a la margarita en los ritos de la luna de miel y voy en pos de la pluma extraviada para guardarla con la postal y tu guante en el relicario sentimental. Delicia de tus rizos en mis sienes al mirar juntos desde la popa de los navíos, la estela que nos liga a la luna, tu fragilidad vencida a mi rudeza como en el mito de una Galatea marina. Suavidad de tu contacto, calofrío de perderte si el gondolero nos designa Murano de donde avanzan los cipre-

ses y se extravían las tumbas hasta la orilla del mar.

Todo esto fue ayer —¿será mañana?— y sin que tu supieras he recorrido mi pasado contigo, te he instalado fácilmente en cada paisaje de mi memoria porque perdura la sensación, pero se han esfumado los rostros. Estabas a mi lado en las serenatas del Gran Canal, cuando en la barca tendido como en el fondo de una guitarra triste, sentía en los nervios obedientes la mano del celeste músico. En tropicales puertos fue tu sortija la que arrojada a mares fabulosos volví del fondo en los belfos de un buzo negro. Hemos pasado una noche entera sobre una barca de martirio en la inquietud del lago borromeo; y eras tú, Sulamita de América, la que adornada con pesados collares de las Antillas, trascendías a piña y mamey cuando probé tu labio adorante.

Leche y miel como en el cántico, dejó en el mío tu beso, primero y último recuerdo de una amistad gentil que no quisiera profanar, que he profanado sin querer al compararla con el encanto de otras viajeras de mi vida. Conmigo llevo —perdóname—, tu recuerdo más puro que tú misma, porque sólo se compone de los mejores minutos de tu entusiasmo, que preservo —historiador sentimental,— con flores y con cartas sepultadas en una caja de guantes.

¡RUBEN!

Un cielo azul, apenas rizado de pájaros, la fuente de Carpeaux con cuyo celeste ruido venías a ensayar tu cornamusa, todo el paisaje es tuyo, Rubén. Acabo de pasar por la rue Herschel en donde recibías a los poetas con una bata de seda parecida a un pañuelo de hierbas. En esta tarde de inquietudes y duelos busco en tus cantos tristes los consuelos morosos; y porque todo cuenta su miseria secreta sube a ti mi elegía romántica. ¿En dónde estás, en manos de Aqueron-

te o el Diablo? Te hospeda acaso el niño Jesús a cuyo establo tantas veces viniste con tus mágicas sienes llenas de cardos y de amarillo jaramago? Eras Gaspar acaso que naciera en Metapa, un San Francisco hermano del pájaro y del agua en la agreste y sentimental Nicaragua?

¡Oh nuestras tardes en el jardín del Luxemburgo, en los días de tregua lúcida, el dorado jardín que el Otoño despoja mientras todo era signo para tu alma confusa, eternamente atenta a la flauta pánica! En esos días caminabas penosamente al aire libre, como aturdido y asombrado. Yo te decía para alejar quebrantos.

— Don Rubén, vamos a ver flores y niños.

Se curvaban las ramas como candelabros para el dios venidero, el agreste Apolo tan diferente del Jehová de tus noches miedosas. A tus pies estrellaban los niños sus ruedas mal seguras como la Fortuna que nunca se detuvo en tu puerta. El chorro de agua de la fuente circundaba tu timidez como la ojiva a los santos encogidos de las vidrieras; las urnas, tus urnas, estaban llenas de hojas muertas; en los bordes del menudo astillero los infantes lanzaban su velero, y desde el banco del jardín, junto a la fuente, asistíamos a los naufragios menudos que conmovían tu alma llena de resonancias. Y más allá las chicas, adorablemente cónicas, que merendaban los besos del estudiante, fantasmas para tu corazón; y más allá, la fuente triste con su Galatea dormida, que a los sensuales raptos y al silencio convida, la estatua de tu caro Verlaine, el bullicioso carroussel de los niños, su canción sonora, su faena de galeotes que ignoran la futura cadena, la estatua de las reinas solemnes, el adusto pasado y el presente risueño. . .

¡Oh Chorotega “de la rica en naranjas, Chinandega”, de qué conjunción extraña eras el fruto, de cual capricho de Euménide besada por algún Sileno que estuviera beodo con la total embriaguez, música y vino! Ya no veremos en el

mundo otra alma tan naturalmente canora, tan gratuita y mundada de terrenas escorias, *intemporal* como decía el dulce Edgardo.

Otra vez he recorrido el jardín, iguales besos y pimpollos revientan en este marzo precoz, pero sin ti me parece desprestigiada la Primavera.

MONOTONIA DE VERSALLES

Envuelve un tul septentrional
al dios caprino y florestal
aterido en su pedestal
a la orilla del Gran Canal.

Es un paisaje de Pascal
agudo, sobrio y vertical
sin ninguna línea sensual
esta orilla del Gran Canal.

Un viento lento y musical
en cada lira vegetal
cuenta al silencio vespéral
la tristeza del Gran Canal.

En mi diario sentimental
tiene un recuerdo sin igual
esta melancolía invernal
a la orilla del Gran Canal.

RIMA

Aquella primavera nos amamos
como se quiere sólo a los veinte años.

VENTURA GARCIA CALDERON

Después se fue el amor y por el mundo
peregrinamos con diverso rumbo.

Extenuados en fin de aquel eterno
vagabundear, volvimos a querernos;
y en los últimos días del otoño
encadenamos el pasado roto.

Pero en la alcoba se tornaron graves
los que delirios parecían antes
y nos quedamos casi avergonzados
con nuestra muerta juventud en brazos.

VERSALLES, en tu amable y aliñado recinto
no exhalaré otra vez mis antiguas endechas
ni de nuevo, una tarde de amores, en el plinto
de un estatua, escribiré nombres y fechas.

Sólo quiero en la verde prisión del laberinto,
lejos de toda imagen que la vida recuerde,
ver desfilar las nubes de color de jacinto
riendo hacia el azul como un sátiro verde.

VELERO que en la sombra de este muelle desierto
tiendes tus jarcias viudas de velamen al viento
como si en esta triste somnolencia del puerto
adivinaras la tempestad a barlovento.

En la noche comparo tu desvelo y mi duelo,
que a lejanas mareas también sabes llevar
en las antenas altas oriflomas del cielo
y en los flancos sombríos amargura del mar.

HIDALGO DE TOLEDO

Con el puño en el alto gavián de la espada
de los buenos amparo, de villanos temida,

vivir en una parda mansión desmantelada,
vestir de negro como de luto por la vida.

Retirarse a una enhiesta soledad almenada,
mientras afuera, como este río en avenida,
pasa el torrente de la existencia y tan callada
ronda la Muerte, amiga de la noche dormida.

Desdeñar el terrestre desaliento sin causas,
en orgullosa Cruz estar saboreando a pausas
la avinagrada esponja de la vida mendaz.

Y que venga la muerte para el alma en espera
como la suma y triste dilección. . . ¡Quién tuviera
el alma huraña y fuerte de este conde de Orgaz!

Toledo, 1914

Cuando en mis noches largas, Bien Amada,
recuerdo aquel amor, no lo maldigo;
merced a ti fué suave y tolerada
la ruta incierta que temblando sigo.
Julieta, Laura, Ofelia y Cherazada
quise, sentimental, hallar contigo;
pero en mi soledad predestinada,
Mujer, tú fuiste sólo un buen amigo.

¡Oh la triste lujuria monocorde
el vano suspirar en un acorde
silencio que estrujaban nuestras manos!

Fuimos dos que soñar solos inquieta;
y asociados, Verónica y poeta
nos parecimos como dos hermanos.

VENTURA GARCIA CALDERON

Cuando Narciso fatuo, juvenil e imprudente,
miraba mi sonrisa reflejada en las ondas,
navegaban las aves y las nubes redondas
conmigo, como augurios de la vida clemente.

¿Quién dispersó las nubes, quién enturbió la fuente?
Nadie rompe el espejo con su vuelo dorado;
y cada vez que miro mi rostro duplicado
veo el retrato de una congoja diferente.

En el parque encendido de falenas y amantes,
Otoño que me ves pasar,
en las furtivas rutas, tan seductoras antes,
no vengo a amar sino a olvidar.

Adiós frivolidades de una cabeza rubia.
Otoño vencido, salud!
Se pudren en el banco que macera la lluvia
sus hojas y mi juventud.

FOTOGRAFIA

Solo fueron las sombras de una fotografía
vieja ya, de tono amarillo:
en un Egipto de melancolía
el viajero y su lazarillo;
una humareda gris entre las piernas
de la Esfinge que ampara caravanas eternas.
Esa habrá sido toda la vida,
ese habrá sido el tema prodigioso y sencillo:
junto a la Esfinge prometida
un viajero que fuma un cigarrillo.

2 DE NOVIEMBRE

El amor tan fuerte como la muerte
Salomón.

Gonzalo amigo, vamos juntos
a visitar días difuntos,
todo el pasado malherido
que vive en sótanos de olvido
y con nosotros va a morir,
Vamos con las manos llenas
de claveles y de azucenas
a llorar los días glotonos,
el alma en flor, las emociones
que no podemos revivir,
cuando sólo era mi intención
la de aquel germano burlón
que imprecaba a Dios en enero
“salud y un poco de dinero”.
¡Cuál Carabosa vengativa
vertió su ceniza votiva
en mi disfraz de carnaval!
Todo era canto y fue leticia
pero se acaba la delicia
con el doble del funeral,
vienen lutos, llegan espantos,
el mozo incauto aprende llantos,
lo que era ayer tan suave historia
será la atroz jaculatoria
porque la mano de Luzbel
plantó cizaña con laurel.
Y sin embargo el labio quiere
mientras no canta el miserere
y dice el último “así sea”

VENTURA GARCIA CALDERON

perseguir a su Melibea,
¡oh Salomón! porque es “tan fuerte
Sulamita como la muerte”.

RIMAS EN LIBERTAD

“Perecerás Jerusalén”
y el profeta murió también.
Todo es igual, todo es igual,
el entierro y el carnaval;
siempre estará un poeta loco
lamentando que dure tan poco
el beso en tránsito al recuerdo
Más sabe el loco que el cuerdo
si nadie nos explica la muerte.
Omar Khayám no se equivoca:
beso y vino para la boca
hasta que el Alfarero divino
rompa tu vaso y vierta el vino
Con nuevos cantos y con lloros
pasarán otros hombres bajo los mismos meteoros.

HOY HE COMPRADO EL RETRATO DE LA POMPADOUR

Decoran mi alcoba dos imágenes; dos estampas de mujer
resumen alternativamente mi juventud.

¿En cuál almacén de Londres adquirí tu imagen triste,
adorada cada mañana en el museo y evocada en mis noches,
inglesa cárdena, con quien enterró versos de amor el más
sensitivo de los poetas? Es la Beata Beatriz pintada por
Rossetti con el agobiado recuerdo de su esposa muerta. Y
el diligente amor trazó en la tela para envolverla en suavi-

dades de otoño una alameda color de miel por donde acuden el Ángel anunciador que trae de los cielos el mensaje de su esperanza y el Dante que regresa del Infierno para negarla. Así interpretaba mi juventud ese paisaje dubitativo: la Amada espera con los ojos cerrados y las manos abiertas mientras ya, con la flor en el pico, viene la paloma de las lejanas Arcas en que navega la Muerte. ¡Todo el turbio lirismo de los veinte años se cristalizaba en aquella alameda inglesa, en torno de aquella Amada inmóvil!

Pero Italia y sus ubérrimos cementerios junto a lagos de paz, bajo las nubes sin prisa como góndolas blancas de la infinita Venecia del cielo, Italia revelóme el secreto de la Gioconda de París. De los azules ventisqueros, de las indolentes aguas próximas viene tal vez a su oído de Sulamita meditabunda y de Madona alegre el viento inquieto que perturba; sonrío a los imperiosos pensamientos de dominio terrestre que transitan visiblemente por la alta frente, más la sonrisa cautelosa recela y adivina los vientos súbitos que entumecen los más pacíficos lagos despojando en una sola noche todo el otoño de las islas borromeas. A la orilla del cuadro con los turistas que madrugan para mirar auroras en los Alpes, yo he asistido también a la anunciación de esta sonrisa llena de peligros.

Mas no quiero ya muertas en vela, yo que llevo conmigo tantas cosas fúnebres; no tiene misterios para mí esa sonrisa temerosa que suele suceder como una incierta primavera a todos mis estragos interiores, ni me seducen las pálidas reticentes que junto a mares o alamedas me tomarían por testigo de sus complicaciones sentimentales.

De una gracia divina estoy cautivo, de una boca nacida para las frívolas mentiras con que a nadie se engaña porque los ojos desmienten la fe jurada en los labios. Sólo me hacía falta a los treinta años esta gracia mudable que no entumece el alma ni la embarca para el cielo infinito, sino lleva

de la mano como en Watteau a la sonante orilla en donde barcas de plata, con risas y cascabeles sobre el agua, cabecean ya bajo la brisa.

Adiós, inglesa lírica, florentina taimada. Hoy he comprado el retrato de la Pompadour.

LA TEOLOGIA DE LA ARAÑAS

Como los viejos poetas que no querían ya cantar hazñas resonantes, ven, Fabio amigo, cuando te hayas fatigado de los hombres, a admirar la teología de las arañas. El día es de verano y aquí cerca, junto a un rosal del huerto, asistiremos a su retozo y cacería. Son arañas panzudas, regalonas, que buscan flores de sangre o alfos ramos para tender su encaje efímero. El viento se lo lleva alguna vez o nuestra mano hostil de demiurgos terrenos, se divierte desbaratando estos velámenes diminutos que tejen las obreras pacientes. Pero, grumetes de azul, reparan sin tardanza su red elástica y sensible como el tejido de nuestros nervios miserables que también quieren captar el mundo. En su orilla ondulante como en su *yole* Mallarmé, con las extremidades delanteras en cruz como Francis Jammes en su casita de Orthez que el viento orea, esperan deglutiendo o soñando nuestras amigas las arañas.

“La gloria sin el poder, —nos ha prevenido Maurice Barrés, —es la humareda del asado que el prójimo se va a comer.” Y porque ellas son los poetas de lo posible, no quieren imitar a la mosca vocinglera y abúlica, a las libélulas diletanti, a toda la vana orquesta del mediodía. Miremos y admiremos, Fabio amigo, la infinita paciencia con que apostada a la orilla de la vida, la araña atenta y seria, sólo mueve su corona de ojos. Ya llegan girando en el vértigo del día, los insectos bohemios y al tropezar con la fina telaraña es ridícula ciertamente su obstinación de idealistas sempiternos. Porque de

malla en malla se transmite la convulsión a la araña que espera ardiente y lúcida. Y un estremecimiento humano, un espléndido erizamiento feudal, sacude el bochorno de nuestra amiga. Tiemblan sus ocho extremidades como las espuelas de los capitanes en las batallas. Avanza a toda prisa mientras resuena la música desesperada de la mosca que va a morir. Avanza a cogerla delicadamente entre sus dedos de encajera; ya la envuelve y tornasola; en un santiamén quedó la vencida prisionera. Mírala, Fabio, en su mortaja gris, color de polvo. Entonces, siempre joven como los fuertes, nuestra araña remienda los hilos rotos por las inútiles idealistas, infatigable en su tarea predestinada.

Mientras todo danza en el mediodía su zarabanda y acuden nuevas víctimas, a esta prisión de luz, meditemos, amigo Fabio, en la enérgica teología de las arañas.

EL ESPEJO DE WILDE

Hace tantos años que pudo haber flaqueado la memoria del narrador, mas yo estoy seguro de que sólo imaginaba los detalles de aquella confidencia murmurada en un tugurio de París por el más doloroso de los réprobos. Me la contó sin comprender todo su alcance amargo, un amigo de Wilde, el Señor G. de L, que vive estudiando por las manos y los rasgos de la fisionomía, el alma humana.

La Hipocresía Inglesa Contemporánea acababa de castigar en sus cárceles al imprudente silvano que anunciara en la neblina londinense la resurrección de la antigua alegría, y vagaba por las tabernas de París el destronado "Rey de la Vida" olvidando con alcoholes baratos su melancolía ya incurable. ¡Usaba prendas de tahir el dandy de las camisas luminosas!

Y el amigo que frecuentaba entonces a Oscar Wilde me contó que una vez, apurando a sorbos cualquier ajeno, co-

menzó a decir con aquella lentitud afectada y esa dulzura irresistiblemente socrática con que el maestro del pensar elegante solía despertar en las recónditas almas la connivencia de la atención y la secreta afinidad:

—Le advierto, *dear*, que voy a decirle la verdad y ya ve usted cuál debe ser mi decadencia cuando aspiro como esos escribas que llaman historiadores, a la veracidad de lo que cuento. ¿Sabe usted cuál fué lo más penoso en el *hard la bour*? ¿No lo adivina? En su sonrisa descubro que usted también va a hablarme de orquídeas raras o de literatura. Pudiera ser, mas no echaba de menos, se lo juro, los diarios de Londres, pues yo sabía urdir en mi prisión más gentiles mentiras; ni los libros, puesto que es más divertido escribirlos. Tampoco llega a ser indispensable, *dear*, el lienzo blanco ni la sonrisa lustral de los que nos han querido, ni la libertad de escribir a todas horas cartas de amor a las amadas muertas, ni los naipes tristes del aburrido, ni siquiera la lima de acero con que los prisioneros románticos consiguen evadirse en una noche de luna. Ah, *dear* lo que no pude tener, lo que no era lícito adquirir: un espejo, sencillamente. Para mirarme, para mirar como era mi rostro y las arrugas de mi dolor. ¿Si yo me hubiera visto llorar! Me hubiera corregido a cada instante como a los buenos actores, ese espejo en donde yo hubiera podido atestiguarme. No divago, *dear*, se lo prometo. Comprenda usted la calidad de mi tormento cuando tenía el alma obliterada y estaba terriblemente solo, lejos del cielo silencioso y de la humanidad litigante, en la jaula de cuatro paredes. Se adivina allí el sentido profundo del mito de Narciso, pues los griegos no pudieron inventar la trivial anécdota del fatuo de la fuente, sino la historia del hombre que necesita duplicarse, proyectarse para salir de esta tremenda modorra del alma sin reflejo. Crea usted que el espejo hubiera sido mi más caro espectáculo y yo mismo, mi experiencia de cada día. ¿No ha leído usted la historia del santo loco que medía el

desierto con los huesos de un esqueleto? Ninguna vara de medir es mejor que este compás humano, digno de la infinita longitud. Pues ¿cómo iba yo a medirme y vigilarme y sorprender en mi rostro la huella de cada día y la sombra de mi destino y el gesto necesario para perfeccionar mi sonrisa perpetuamente impávida? Por eso, sin poder ensayar el semblante de una alegría invencible, fui desbaratando el alma ecuánime como abandonaba el cuerpo subalterno a las ruines ocupaciones del condenado... Ah, *dear*, cuando reformen el régimen penitenciario de Inglaterra, prométame que van a conceder el espejo obligatorio para los réprobos.

LAMENTACION A LA NOVIA IMPOSIBLE

(A la manera de Ventura García Calderón)

*Il faut aussi que tu n'aïlles point
Choisir tes most sans quelque méprise
Verlaine, Art poétique*

De qué insomnios, con qué largas y olvidadas congojas, con qué inviernos despojados, por rutas que ya no voy a recorrer, con qué melancolía y qué esperanza renaciente en el brioso corazón, te he compuesto, Amada? Porque no existes ni supe yo que existieran tan blandas manos como el ensueño imagina, ni vi tan humanas lágrimas en este valle, oh tú la más suave esposa, que eres formada como en la Biblia de mi triste flanco y con mis manos esculpida, oh Psiquis misma! la que vienes y te vas siempre, mariposa, en los agrios anhelos de las crucificadas noches, Beatriz, Lenora, Gioconda a veces.

Durante la breve juventud que dilapidé por asco a todas las avaricias, te fui buscando y con dispersas venturas te imaginé y de todo abolido sueño he preservado alguna gracia para componerte. Así tienes el acento verleniano de las "ca-

ras voces que se callaron”, eres morena como la Sulamita “porque el sol te miró”, con labios en sazón, con fragilísimos hombros y todo el enigma del sonreír y todo el misterio de consolar. Pues me consuelas en las lentas vigili­as, en las extenuadas vigili­as de la soledad con libros y almas muertas, cuando se erizan los nervios si un mueble cruje y el alma atesada es un violín, un arpa, un divino instrumento —¿para qué sonata misteriosa?— y se anhela una dulce mano firme como de arpista en el corazón que arranque en fin el maravilloso pre­ludio.

Mas huyes y me dejas cuando iba ya a obtener­te, mi dulce herida, mi sombra luminosa; y con las manos llenas de ceniza quedo pensando en el misterio de las anunciaciones fracasadas mientras empiezo a componer con palabras rotas el canto de lo que fué tal vez únicamente un acorde de la esfera infinita y el recuerdo platónico de otra vida perfecta.

Y la meditación se agrava entonces como si el velo de la noche me constriñera el pecho acezante. ¿De qué marejadas mifenarias, de qué naufragios soy el pecio perdido en este lunático mundo? Mi corazón es como esas cazoletas de Oriente en donde un vago hedor recuerda incienso quemado y mirra desvanecida en humaredas. Perfumes de horas transcurridas, sabores de bocas tan amargas, acentos de mujeres que transitaron por mi vida y todavía en noches solitarias como esta noche escucho pasos distantes y adivino las manos impacientes de estrujar las mías férvidas. Mas he bebido ya el parco vino concedido a la vendimia de los veinte años y en los altos campaniles del silencio, frente a las estrellas pluviosas, tengo todas mis campanas insomnes que están llenas de dobles antiguos, mas no quisieran profanar la primavera del contorno con su amenaza de muerte. Pero es preciso, poetas, que en las sumidades urbanas alguien vele repitiendo como un telegrafista de lo invisible el llamado que no tiene respuesta para que siquiera dure en el mundo la dignidad huma-

na de la pregunta. Y a veces, en mi alta noche y mi encumbrada soledad, creo escuchar como Juan Gabriel Borkman, voces tramadas con la mía; y este calofrío en la espalda me parece la anunciación del beso prometido. Estoy aquí, moreno y rudo, como el Rey Cofetua a los pies de la inefable mendiga, imaginando para mí un alma revestida de arcilla excelsa. Nadie tuvo estas manos góticas ni estos labios rojos como el sello de ardiente cera en la carta mística; y este ingrátido pecho y este declive de las caderas.

¿Como serías, me pregunto, si de incorpóreo sueño vieras a ser crisálida en este mundo? Imagino el cabello de luto, los claros ojos cambiantes según las estaciones y las nubes como las estatuas sin pupilas que el musgo y el invierno completan en los parques famosos. Una gran paz miro en tu rostro y un ardor inextinguible adivino en tus venas con la inquietud del perpetuo abandono para que tu sonrisa cada mañana al obtenerme de nuevo fuera una resurrección y un recomienzo. Tendrías llena la memoria de mal curadas melancolías porque sólo las almas dolorosas impregnan su amor con esa languidez que ignora la saciedad y la evita. Desnuda te miraría en las horas nupciales cuando todo velo ofende; pero después, envuelta en densos mantos que realzan la perfección exigua y turbadora del rostro, ensayarías un vestuario cambiante de artista trágica para que fueras en mi alcoba Ofelia muerta, Desdémona o Perdita y Ninón con los cabellos espolvoreados, palidísima; y todas las gentiles enamoradas. Y alguna vez yo exaltaría tus dormidos dolores o tus odios para admirar en silencio la efervescencia de una cólera bella; y alguna vez cuando estuvieras rutilante de lágrimas, divinamente Madona de los Siete Puñales, probaría en tus labios el placer enfermizo de consolar que se confunde con el amor y lo supera siempre.

Lirio o Violeta sería tu dulce nombre que repetir en las noches lunáticas, en las tardes de sublime concordancia,

cuando se siente el alma leve y transitoria por este valle avaro. O ninguna voz terrestre y conocida porque te nombras Psiquis, Afinidad Electiva, Mitad Platónica, la que buscamos y nadie encuentra, la que está líricamente llamando el alma sola para el misterio de una Santísima Dualidad.

Pero en cada noche tremenda de mis insomnios predilectos, pasas rozando mi alto sueño como esas golondrinas que en primavera desflecan apenas con el ala el irisado chorro de agua; mientras letal espera y taimada erranza consumen los años que me restan hasta aceptar ¡oh Perfecta! las aminoradas venturas y las transacciones y las rebajas en el mercado de los días sin esperanza. Y ya preveo con temor, Esposa, Amada, el goce vil de repudiarte y por las veredas matinales no extraviarme jamás cuando en horas maduras, en la mitad del camino, la acidez de vivir estraga tanto que toda el alma es un paisaje de rocas ásperas donde no cabe tu égloga.

Y titubeando entre felicidades limitadas, deteniéndome todavía para besar de prisa a cien mujeres antes de volver al limo original, Oh Esposa imposible de un sueño que no puede ser, te dedico el lamento de mi inconsolable celibato.

NOCTURNO

Señor, he venido a encallar en tu noche.

Como los otros, tantos otros! piafaba ya Clavileño en la aurora, en la lenta y letifica aurora del conocimiento.

Resonaron los valles profundos con el eco de mi carcajada.

Y había senos como frutos de agosto, pero ninguno colmó la sed.

Grávido de presentimientos, he venido, Señor, a encallar en tu noche.

A los dispersos vientos, a las sensuales músicas, a mil siringas en la espesura acordes y tentadoras, presté el oído miserable. Y ninguna sonatina me consoló porque era más vasto el ritmo de mi angustia.

Mas todavía miraba al mundo entre las hojas de mi tirso decorativo y rosa. Y llevé el racimo de mi corazón a las universales vendimias y lo estrujaron manos ya perdidas en la tiniebla y yo también estrujé los días sin ver mis dedos rojos.

Triste de ventas y de lagares, he venido, Señor, a encallar en tu noche.

Fragantes galanías, aldea perdida en donde amé, fosforescente Venecia, cuán grávidas horas sobre mi corazón! Ya no estoy solo, sino el cortejo de Julietas y de Perditas me acompaña y no puedo ser joven otra vez.

Grávido de presentimientos, he venido, Señor, a encallar en tu noche.

Otros quisieran réditos infinitos el solar en propiedad y la celeste holganza de una pradera siempre verde: yo sólo vengo a pedirte lo que no te impreca nadie, la perfecta muerte sin recompensa ni límite.

Señor, héme aquí en tu noche breve, imaginando la más larga noche, la que no tiene luna y ruiseñor.

A QUOI BON?

Amar, odiar y padecer
hoy día y mañana y ayer
en la viña de la mujer.

Acaso haber dejado escrito
el justiciero y ronco grito
de insumisión al Infinito.

VENTURA GARCIA CALDERON

Adiós, Melibea y Camargo,
Breve delicia y beso amargo,
cuando aparece al viaje largo

la nave de la travesía.
Se acabará la luz del día
antes que tu melancolía.

De la historia de tu delirio
de tanto amor y tal martirio,
dijo Renán, se burla Sirio.

Arcilla vil que rompe el hado,
todo quedará cancelado
en el día menos pensado.

¿Morirá tu dolor también
cuando sepultura te den
para siempre jamás amén?

NAVIDAD SOCIALISTA

Para mi gato negro.

No lo refiere el Evangelio pero graves autores lo comentan y yo creo a pie juntillas en la Navidad distributiva. Porque la providencia del Señor no podía tolerar favoritismos en aquella fiesta de los humildes que verán a Dios.

Todos los animales tripulantes del arca asistieron, pues, al bautizo llevando escritos en el pecho los eternos números que les fijara en tiempos muy remotos el protocolo de Noé. Las bestias fieras y las mansas desfilaron por la puerta de aquel establo en ruinas. Claro está que no todas pudieron llegar hasta la cuna: los elefantes se limitaron a danzar en

la puerta como en los circos y las jirafas asomaban por el techo sus ojos de vírgenes. Pero muy cerca de la cuna un arcano zureo de palomas indicaba las horas como en los viejos relojes románticos, el buho oscilaba su péndulo gris y bruscamente la cauda fabulosa del pavón reverberó en la ventana como un crepúsculo bárbaro.

Mientras tanto por una oquedad de aquella choza de donde subían al sol los vahos tibios del establo, asomaba una cabeza negra de mostachos blancos. Era el gato de la vecindad acudido a la algazara y ya dispuesto a asistir con indulgencia, desde la más cómoda viga, a la fiesta ajena. Sin duda hubiera demorado allí su pereza de fatalista si un rayo de luz no encendiera el amuleto que ingenuamente, había colocado Baltasar en las manos del niño divino. De un brinco prodigioso saltó a la cuna de paja y su espléndida garra dejó en la palma de Jesús —profético estigma de los clavos—, cinco gotas de sangre.

Volvió la madre el rostro de Madona de Luini, exhaló un leve grito y ya iba a coger la vara de lirios del Esposo para azotar al monstruo diminuto, cuando San José que viera la sonrisa indulgente del niño, San José que todo lo comprendía y lo excusaba —pues por algo es el patrono de los maridos,— murmuró gentilmente.

—Bienaventurado seas, hermano gato, porque le has enseñado el dolor.

EL BARQUERO NEGRO

Murió aquella alma dulce y bien amada
a quien debo el don triste de la vida.
¡Después!. . . Tantas cambiaron de morada,
cuando yo era gentil y apolonida!

Una más cruel y más negra partida
marchitó ayer mi juventud dorada;

quedóse nocharniega y entumida
esta alma que era loca de alborada.

Mañana es siempre más amargo día,
mañana es siempre un día más amargo;
los remos, por el río del letargo

presienten ya la ribera sombría;
que voy llevando hacia el eterno puerto
como el Barquero, mi pasado muerto.

1916

LAS CUATRO Y MEDIA

Unos minutos más y llamará. Ya están las flores dispuestas en vasos largos como ibis; la resina del leño en el hogar propaga todo el bosque y alternativamente miro la nieve del arroyo y estos pétalos nevados sobre la chimenea; dos blancuras que servirán de marco pronto —apenas media hora— a esos ojos tan desgarradoramente negros.

¡Cómo puede ser la nieve tan alegre! Ya no sé verla, como otras veces desolada y ha suprimido mi egoísmo la visión habitual de un pueblo cárdeno que tiritaba bajo los puentes de París. Porque ella va a venir y el oportuno rubio se irisa ya en el bacará y los bombones para su gula de chiquilla golosa se derrumban artificiosamente mientras yo vaporizo una esencia rara que la impregne, la envuelva y la preserve, cuando al salir de mis brazos se vaya por las calles indiferentes mezclando el perfume y los recuerdos en consonancia.

En el insomnio de la noche he meditado las frases que le diré, tan ardientes en la vigilia deslumbradora, tan pálidas hoy al recordarlas. De las erranzas le hablaré, de mis erranzas por corazones de tránsito sin hallar ese refugio de

su amor inesperado que ahuyenta penas y recuerdos, mientras se diluye la hora quieta en la *garçonnière* oliendo a té.

¡Las cuatro ya! ¿No vendrá acaso? Un pétalo ha caído como el minuto de algún reloj floral. ¿Por qué acuden recuerdos importunos, en decorado bien distinto, con esperanza idéntica? El corazón latía como ahora, “un tambor velado” dijo el maestro, un tambor de marcha fúnebre. Susana o Margarita las llama la memoria encendida... El amor pasó, yo continué...

Yo continué desgarradoramente hacinando ramas nuevas y cenizas para la trivial hoguera. Cuando mis dedos crispadamente enganchen el encaje y los ojos estén celosos de las manos y se deslice el corsé — ¿rosa también? — y rebote en los muros el zapatito de charol como un taponazo de mi orgía, acaso vendrán a interponerse otras imágenes. La de una mujer abandonada, la de aquella que se marchó un día sin despedirse y la más añorada de todas — casta y desnuda como la Venus de Sandro, — desamparados los brazos en el fluvial abandono de los cabellos. Y mi demonio familiar implacablemente atento y memorioso burlará las frases nuevas de pasión y la ironía de los juramentos. Un año, tal vez una semana. No va más lejos la ventura. Ardiente y lacio espectador por la urgencia de canto y llanto demudado, solo podré saborear mi melancolía.

Las cuatro y media. ¡Que no venga Dios mío, que no venga! Cerraré mejor la puerta, permaneceré inmóvil si llama, me quedaré meditando entumecido, alegre, despiadadamente alegre hasta las lágrimas, porque esta ardiente imaginación me dió venturas que tú, Mujer, no puedes darme.

ROBINSON

Cuando en aquel pueblecito enorgullecido de su romano campanario, de su escuela modelo y de su prisión, vino

a alojarse el hombre extraño, los vecinos murmuraron que se trataba de un desterrado. Algunas almas románticas, pues nunca faltan sentimentales en los pueblos, suponían que a sepultar un amor vino a esta aldea. Y otros en fin por dos arrugas de esplín sobre los labios, le juzgaban el clásico y aburrido Lord inglés.

Había adquirido el castillo feudal predominante desde la calva colina sobre el pueblo arrimado como densa manada junto al río. Y en pocos días, obreros de otras tierras vinieron a reparar aquella ruina y arrojaron a todas las golondrinas y derribaron las madrigueras de las lechuzas que ahora, en la tarde, sin nido, arremolinaban sobre la vieja iglesia su vuelo tardo y augural.

En poco espacio el castillo fue habitable. Grandes cajas desaparecían, por aquella puerta herrada cuya sutil ojiva terminaba en flor de lis. Y después de varios días de agitación, de martillazos resonantes hasta las altas horas en el sosiego silvestre, vino un silencio de olvido como si los moradores se hubieran esculpido un sarcófago en aquella ruina hosca.

Eran dos por lo menos, los moradores. La silueta cenicienta del joven señor aparecía raras veces por el camino que baja hasta la aldea. Se le divisaba solo galopando en un potro oscuro, fusta al viento como un centauro que elevara el tirso breve. Y cada semana bajaba al pueblo a avituallarse su servidor, un negro tinto, que correspondía a todas las curiosidades con una blanca sonrisa. Pronto fue la vida del castellano el tema de todas las veladas, el enigma de las comadres que en la tarde, cántaro al hombro, murmuraban junto al estanque donde prolonga la aguda torre su reflejo quebrado. Quién, escuchara en la alta noche una música triste que despertaba a las ranas del estanque quién, viera una biblioteca fatigada de libros y contemplara posado en la ventana a un pavo real que insultaba a la tarde con su orgulloso grito mientras el sol moría en su plumaje.

La curiosidad subió de punto. El alcalde habló con el gobernador y el maestro de escuela fraternizó con el cura. Una mañana la autoridad civil subió al castillo. Salió a recibirlo aquel negro de la inmóvil sonrisa, que después de extraviarse en salones remotos vino a decir que su amo no recibía. El gobernador contó que viera en el salón pinturas de mujeres desnudas y una estatua sin brazos cuya inmoralidad era flagrante. Corrió la nueva por el pueblo bajo el escándalo de los abanicos azorados. Pero ni el maestro de escuela, ni el alcalde, ni siquiera el señor cura cuyo manteo fué nuevo para tan ardua visita, pudieron traspasar los lindes de aquel salón hermético. Y en el sermón de Pascua el pastor de almas censuró a aquellos ricos de quienes dice el Santo Libro que tan difícil será su entrada al Reino Celeste como la del camello por el ojo de una aguja. Todos los feligreses adivinaron a quien iba dirigido el reproche y como era domingo y el sol daba osadía a los mozos no faltó quien llegara hasta el castillo a destrozarse de una pedrada una vidriera cuyos añicos luminosos cayeron con un ruido mortal. Cuando en el pueblo se supo aquella hazaña, murmuraron algunos timoratos y los más pensaron con secreta esperanza que iban a saber el secreto del solitario. Mas no dió signo de vida el castellano y quienes transitaron días después junto al castillo vieron las ricas y luminosas vidrieras protegidas por una reja nueva.

La murmuración no tuvo límites y turbias historias circularon sobre el pasado de aquel hombre. pues todo podía temerse de su sospechosa reclusión inhumana. ¿No se escuchaban gritos en la noche, no había muerto con extraños dolores quienes bebieron el agua del estanque? La lucha abierta y enconada comenzó entonces. Cuando el negro servidor bajaba al pueblo, lo hostigaban las risas de los chiquillos y se persignaban las mujeres mirando aquella sonrisa inmóvil de ídolo. Ya todo el pueblo parecía hechizado. El inquieto perfil del castellano alucinaba los caminos y su potro

negro era sin duda la antigua cabalgadura del diablo. En pasadas noches, el señor cura que volvía en altas horas de administrar los santos oleos le vió, según decían, cruzar por el estanque de las brujas bajo una luna obesa de mayo.

Mientras conferenciaban el gobernador, el cura y el maestro, en las veladas se discutía ya el proyecto y el miedo común acercaba las almas. Cuántos recordaban la historia del famoso bandido y su retrato en el diario local, juraban la exactitud del parecido. Pero si hay en el mundo una justicia debía cesar aquella impunidad y en la primera mañana de junio organizaron los mozos un irónico albazo con todos los cencerros de la vacada y la campana del sacristán. Algunos, por precaución, llevaban armas. Y el gobernador, con una sonrisa, autorizaba el tumulto.

Erguíase más cerca de las nubes que de la tierra florida el negro castillo centenario. Como un brazo vindicativo, como una lanza contra el cielo, como una plegaria de piedra, delicada y violenta y agudísima la aguja de su torre patinada se afianzaba en la roca irguiéndose muy alta sobre las casas de los hombres.

Ante la puerta cerrada del castillo comenzó entonces la destemplada alharaca; su tranquilidad casi agresiva irritaba a los mozos que lanzaron piedras a todas las ventanas. Alguno más atrevido que los demás llamó a la aldaba de la puerta y en un alto balcón surgió de pronto un pálido perfil. Después, nuevamente aquel silencio premeditado y enemigo, mientras el pavo real exhalaba como una risa el grito convulsivo de su garganta. De un disparo cayó envuelto en su luminoso manto y el grupo exacerbado que pudo en fin derribar el portalón, atravesó los salones soberbios de milagrosos artesonados con un espanto de bárbaros que violan una rica sepultura milenaria.

Atravesó salones versallescos con sus helénicas desnudeces, sus pálidas flores de invernadero y sus vasos de China.

Pasó riendo junto a los escaparates que conservaban reliquias de un pasado de amor. Y en el último recinto donde el solitario acostumbraba a retirarse cuando el problema de la vida y de la muerte exasperaba su angustia, lo hallaron que amartillaba un revólver. Se había marchitado su sonrisa y una ira silenciosa arrugaba aquella frente solo nacida para las internas luchas y las dolorosas meditaciones. Con los ojos entrecerrados como para continuar su sueño frente a la brusca irrupción de la vida, disparó. En respuesta, una bala le alcanzó en pleno corazón.

Así murió en el tumulto, perseguido por las vengadoras risas y la plebeya cólera, el soñador suntuoso y triste que en este siglo demagógico, trató de ser un nuevo Róbinson.

Rosada y femenina si un reflejo la irisa
con la curva divina de una boca en sonrisa
reposa en alto sobre la vieja chimenea
la transparente concha que pulió la marea.

Cada frente es la curva de una inquieta bahía,
los ojos cuentan el dolor de la travesía;
y a estos versos que un ampo de alegría ilumina
los maceró igualmente la amargura marina.

LA CANCION DE LA TORRE ELECTRICA

Te sobrevivías ya como una ruina, porque fué tu mocedad esplendorosa la ironía republicana de París en el perfil celeste, más alta que las torres de la plegaria. Como a la piedra imán de los viajes fantásticos acudían las barcas de las nubes y tu pararrayos acaparaba la tempestad.

Después, vulgarizada, te hemos visto en cuadernos de escritura, en oleografías, entre dos pequeñas lunas de aumen-

to de un bastón por donde en tierras lejanas algunos viejos ya muy viejos te contemplan a menudo como un recuerdo de su juventud de locuras y devaneos.

Malos años vinieron en los que servías de asta recia para la inmensa bandera de tres colores que desflecaban los grandes vientos. Ya sólo fuiste la excursión de las niñeras o el lugar de cita de los enamorados. Y poco a poco los pintores te condenaron como al andamio inservible de una ciudad que ya no existe, perdida en el recuerdo con las viejas lunas y las Exposiciones Universales.

Tu desquite ha llegado con la guerra. Como en las noches del trópico se encendía con arcanas luces la espesura viviente y el aire pareció lleno de gérmenes luminosos que aventara hasta el cielo el sembrador de Hugo. Una belleza exacta y nueva armonizaba tu compás de hierro que mide la tierra heroica. Tu más alta luz del vértice era una estrella humana haciendo signos en la noche a todas las buhardillas de los poetas. Perdidas en la tiniebla, las torres de Notre-Dame parecían separadas de ti por un abismo de siglos. Si Juan Gabriel Borkman hablara el cielo otra vez, elegiría de seguro tu columna de hierro. Porque ya no queremos volver los ojos a esa torre circunfleja que impreca al cielo por temor a su infinita cólera. Más hermosa y más digna eras tú, la torre humana, la altura vertiginosa de nuestro orgullo, frente a las dos eminencias góticas de la noche, rivales tuyas y enemigas. Ellas prolongan con sus brazos abiertos el antiguo signo de rendición, la cobardía terrestre que pretende sobornar al cielo con dádivas, la inhumana generosidad del Crucificado que autoriza la lanza de Longino y aparta la espada justiciera de Pablo. Pero erguida en frente, como en Babel, está la torre humana sin el eterno herido de la ambulancia mística, con mozos fuertes para pelear la vida; sin erizadas gárgolas, con cañones; sin incienso, con pólvora. Y nos seduces como un índice fuerte, como una voluntad desnuda, como una lanza en ris-tre.

Sobre el horizonte de los tejados, en las fosforescentes noches de la guerra, divisaba de mi balcón tu estrella inmóvil. mientras los altos aviones rozaban la nerviosa oscuridad con su palpitación de falenas errantes.

¿En dónde están los que quisieron desarmarte como la urdimbre de un fuego de artificio consumido? Venciste y nadie puede olvidarte ya. Quedarás siendo en la memoria de las gentes la catedral metálica y la celeste brújula de la nave francesa, porque envías mensajes de luz a los cuatro vientos del espíritu que cantara el viejo Hugo; porque la noche estregada en tu red de hierro, murmura como una floresta; porque deslumbradoramente cruje cuando se despeña el rayo por tus cadenas; porque yo te he visto rasgar las nubes preñadas de tormenta y en la punta de tu negro pederual chisporroteaban estrellas.

ODA LIBERRIMA¹

Chi ha coraggio di ridere é padrone
del mondo.

Giacomo Leopardi – *Pensieri*,
LXXVIII

¡Qué orgullo, qué sed de peligro,
que deseo de medirse con el destino,
oh qué apetito de infinito!

Dostoyewski.

Los hermanos Karamazov

1 Fragmento de una "lamentación a un hermano fuerte" que con otras "lamentaciones" iba a formar parte de un volumen inédito, ilustrado por José García Calderón. De estas páginas anhelantes sólo ha querido conservar el autor esta oda libérrima como la muestra de un lirismo torrencial que la edad madura trata de encauzar entre dos riberas de mármol.

VENTURA GARCIA CALDERON

Y cantaré tu miseria y tu horror,
huraño y magro pastor salvaje,
y cantaré tu viaje por las rocas,
tu cuerpo dado a las mil bocas
ávidas de los buitres,
¡oh tú el impávido hermano de Prometeo!
¡Oh jubilante!
profesor de la tristeza estimulante,
despreciador violento
del Dolor y del Contentamiento!
Tú que sufriste como ningún alma viva
de la cautiva red del cuerpo.
mira a quienes van despacio por tu camino
con ansia de infinito,
con pesadumbre,
hacia la aguda cumbre
y la más ruda cresta nevada
en ascensión fatigada sin esperanza,
mientras tus ojos crueles de pastor iracundo
señalan otras nieves,
señalan otras nubes
más arduas en el futuro del mundo;
y el viento filudo nos quema el rostro
y el hosco hielo paraliza
y ven los ojos
con enojo y con amargura
una más alta cumbre y una más vasta lira.

Y cantaré tu horror inhumano
de estar solo con tu vasto
corazón lleno de afanes oscuros
mientras los signos de los Dioscuros
no dicen nada al alma interrogante
y hay un desesperante silencio

bajo el dombo patético;
y los minutos caen como las gotas
de una clepsidra corrosiva
sobre una llaga viva
y de sí propio se duda y se desespera
con la tendida alma fiera
que no quiere en el calvario de su deseo
ni Verónica ni Cirineo.

Oh silencioso mártir acribillado,
yo cantaré el extraño hado
de tu alma en luto y alegría,
tu fealdad de apolonida
que lleva la corona de la vida
sobre la sien sudada y agonizante
porque la vida es una conquista
de todo instante
y hay una cumbre más alta
tras de la cumbre dominada
y hay otra lumbre vasta
sobre el cielo futuro
y hay una nueva asta
por clavar allá lejos sobre el oscuro nevado.
Oh pálido y sonriente Crucificado
pero no en Galilea
sobre la fea calvicie de aquel monte gemebundo
y con el sitibundo labio
y bajo el tétrico viento de tempestad,
sino en la cumbre blanca
de donde arranca
la nube hacia el violento cielo
y sobre el hielo
más puro que una frente adolescente
y sin Satán ni buen ladrón,

VENTURA GARCIA CALDERON

entre el águila y la serpiente,
porque tu llevas en la frente
tu demonio y tu tentación.

Yo cantaré tu llanto sin gemido,
pues no pareces esculpido
en carne triste y fango cogitabundo.
Sólo pareces el vestigio
de más lejano siglo y otro mundo
como si un profeta rauco
saliera de aquel glauco pasado enorme de la Biblia,
y de las agudas rocas donde afilaba su quebranto
y de la angosta
caverna oliente a sepultura
donde comía nidos de langosta,
bajara a la familia humana,
a la inerme raza
de la concupiscencia y del llanto
a rugir la apocalíptica amenaza
con los ojos enjutos y calcinados,
por los soles y los nevados
con los dientes rechinantes,
con un furor divino
en la boca espumante,
para gritar a turba agraria,
a la gregaria
vileza de las ciudades hipnotizadas
por los ideales muertos y las glorias pasadas,
a cuantos van de bruces
siguiendo una ruta de cruces,
a los secuaces del Cristo
a los buscadores del oro,
a todos, Magdalenas y Pablos,
magos buscando en los establos

la ruta de la estrella perdida,
 descontentos, errantes y sedientos —
 diciendo: “En el camino de la vida
 “os abro yo la puerta prohibida;
 “los que queráis entrar perded toda vil esperanza
 “que una más alta alcanza el alma fuerte.
 “Entrad todos los hijos de Pandora;
 “nunca veréis, nunca veréis la aurora.
 “Entrad quienes no le teméis a la Muerte.
 “Que el rebaño extraviado por eriazos y riscos
 “busque la senda fácil del consuelo vulgar;
 “yo guardo mejores apriscos,
 “soy el pastor crepuscular,
 “soy el Moisés que no verá
 “los racimos de Canaán,
 “soy Jeremías y Ezequiel.
 “Os ofrezco amargas tonificantes,
 “os ofrezco vinagre y hiel.
 “Aquél verjel que ha prometido un Nazareno
 “yo no lo tengo y en mis fuentes
 “solo hay veneno.
 “Dejad pasar a las almas carcelarias,
 “dejad pasar a las almas sobornadas
 “por goces divinos y castigos.
 “Venid a danzar conmigo sobre el abismo
 “fétido y negro;
 “venid al nuevo Cristianismo
 “sin paraíso.
 “En la oscura cuerda tendida
 “iréis jugando la vida a cada instante
 “hacia adelante, hacia adelante,
 “sobre el silencio del valle,
 “bajo el silencio del cielo
 “desnudo, sin un velo,

VENTURA GARCIA CALDERON

“solo conmigo mismo
“solo con el abismo,
“con la salvaje bravura
“de quien no espera nada,
“bajo la cristiana mirada
“de los cuervos que ya olfatean sepultura.
“Sobre la cuerda tensa
“como el alma dolida,
“sobre la inmensa
“desolación del valle de la vida,
“cantaréis una altiva
“canción soberbia.
“Que vaya vuestra risa
“rebotando en los montes,
“que hasta los horizontes
“suene con un clamor de pitonisa,
“que su salvaje trino
“rete al destino,
“que si algún Dios esconde la carcelaria esfera
“llegue el rugir de fiera y se asombre
“de la victoria del hombre”

Porque fue grande la ambición esquiliana,
mejor, a la estirpe ilustra
tu inhumana victoria, Zarathustra.
Tú no dijiste penas a las hijas del mar,
tú supiste callar tus dolores y tus cadenas
y en la clemente vida
¿no eras tú el admirable homicida
de las estancadas resignaciones y los idilios,
tú, el menos Virgilio de los hombres?
porque la ley humana es superarse
y preparar el advenimiento
en la matriz oscura,

en el ovario indefinido,
 del Dios ya no encarnado ni vencido.
 ¿No eres tú quien dijiste:
 “el hombre es como un puente
 tendido del presente
 al porvenir sobre el abismo triste?”
 Y en la corriente
 de la vida que fluye hacia la Muerte
 como Pascal buscabas “algo de permanente”;
 pero no como él fuiste
 por la ruta de Dios, penitente,
 buscando con gemidos y espanto.
 Quien venció el servilismo del humano quebranto,
 quien despreció dolor, socorro, cielo, infierno, llanto,
 es el santo terrible y el Mesías mejor;
 “quien de reír tiene valor
 —ha dicho el misántropo furibundo—
 es rey del mundo.”

UNA JUVENTUD

En l'an trentiesme de mon aage

 Ne de tou fol, ne de tout sage.
 François Villon—*Grand Testament*.

Fue aquella una juventud como otras tantas, apasionada, vocinglera y pródiga. El había leído el *Cantar de los Cantares* y lo vivía en el bulevar donde la antigua Esfinge tiene tarifa. Se corrompía en los libros de Renán y era puro en la orgía cavilando cuando el champaña burbujea en las cabezas rubias. Más de una vez en ruin alcoba leyó capítulos de la *Imitación de Cristo*.

Los poetas, —él lo era acaso también—, fueron su corrupción predilecta presentándole como habitual un mundo exaltado que era falso. El mundo andaba más despacio que su corazón.

Conoció venturas descabaladas, imbéciles admirados, bandidos a quienes rodea aprecio unánime. Amó mucho a mujeres que consentían en beber con él de cinco a siete un vasito de oporto en la *garçonnière*, mas no toleraban sutilezas ni jurar en la eternidad de tal capricho. Sólo más tarde ha sabido apreciar tan fina dialéctica sentimental. Amó clásicamente a quien no le amaba y fué amado —¿tal vez?— por gentilísimas cuya abnegación le era importuna. Cada aventura renovaba su libro de sonetos. Amor y primavera, ¡ay de aquél que no ha sabido hallarles consonantes!

Quiso hacer de su cariño una obra de arte y no sabe decir cuánto dinero dilapidó en decorar alcobas clandestinas. El arte fué su prostíbulo; ésta era Beata Beatriz, aquella una Gioconda. Ya no va a los museos porque le recuerdan lujurias tristes.

Sonó su vida pintoresca con alborotos románticos, un inmortal amor por quien se muere y mil peligros en las encrucijadas con el puñal de Cellini en las manos. Era argonauta de esa Felicidad que se negó por tantos años a escribir con minúscula. Le hubieran ofendido proponiéndole la casa de campo de Bouvard y de Pécuchet con su perro guardián, sus hortalizas, la tranquilidad y algunos libros. Buscaba sólo el ejemplo de las más ilustres vidas; mas de nada le ha servido su colección completa de biografías. Allí está Miguel Angel esculpiendo en la nieve coléricamente para colmar el capricho de un tirano, allí Nietzsche delirando en una posada de Sils-María; y este sollozo que de siglo en siglo trasmite el verso de Baudelaire, le inspira lástima y asco. ¡Cómo ha de ser! ¡Siempre gemidos! Sobre el paisaje inmóvil y expectante, su tristeza cae como una bruma. ¿Qué será bueno elegir? ¿En

dónde está el Continente por libertar o siquiera el pecado nuevo? Y ya se ve, funcionario, en la trivialidad de su función o, enamorado sin amor, que remoja para la undécima musa el mismo madrigal hasta que sean los cabellos indiscutiblemente grises.

Así cuando todas sus felicidades fueron expiaciones, cuando no quiso limitar al corazón de la mujer el ritmo del mundo, miró en resumen la polvareda de las rutas por donde iba a extraviarse, la melancolía del amor convertido en un rito, las mil trivialidades necesarias para aceptar la vida de los otros. No supo entonces decidirse por el alcohol o el suicidio, los dos remedios de quienes no quieren resignarse. Se vió condescender a vivir, bajar del trono que su imaginación le deparaba y a donde todas las venturas del mundo debían llevar, como a Belén, la mirra del tributo. Iba a abdicar, a despojarse, a trocar su juventud de semidiós por una cuerda madurez de hombre; y en este fino crepúsculo de setiembre donde pasaban las aves — mensajeras de su noche, también por última vez iluminadas y tan patéticas, — empezó a llorar su decadencia, de espaldas definitivamente a la luna romántica.

INSTANTE

Oh mon âme, de queis rivages
Viendra ce souffle inattendu?
LAMARTINE, *l'Esprit de Dies*.

¿De dónde vino el repentino
pensamiento?
Mariposa de azares divinos
que iluminas mi sueño nocturno
con vuelo tardo y augural,
entusiasmo que alivias todo mal,
valeriana del taciturno.

VENTURA GARCIA CALDERON

¿Por qué te vas, Instante;
y en la mañana fatigada
de aquel insomnio rutilante
queda apenas, oh mariposa,
una gota de noche aljofarada
olvido, prosa,
nada?

APUNTE VENECIANO

Noche de luz, de luna y serenata.
El Gran Canal, la ondulante gabarra,
una antorcha en la pópa y la guitarra
que acompaña la canción del pirata.

Mi barca negra y la barca de plata
—góndola gris que a la nube se amarra—
y en el azul de color de pizarra
un cohete que estalla y nos delata.

Rozar de barcas que navegan juntas;
en el silencio las suaves preguntas
que el labio apenas a decir se atreve;

labios de fuego y la mano de nieve;
rumor nupcial en la noche lunada;
toda Venecia en tu boca salada.

1907

Terraza italiana a donde no venía nadie, sino las hojas en otoño, sino los gatos en verano.

En su silencio hecho de ruidos porque el lago y el camino la circundaban, cuántas veces, en un banco de piedra, junto a la estatua singularmente feminizada por el musgo, cuán-

tas veces estuve atento a la canción de amor. Parejas de los hoteles, amores de un verano, bajo la sombra electrizada, cuando la luna infundía tan universal levadura en el mundo que el lago mismo contaba el eterno insomnio de su ribera.

Y no olvidaré nunca mientras viva, terraza italiana adonde no venía nadie, la queja de una muchacha desflorada por un tenorio rubio de mi hotel, mientras en la noche extática, sobre el lago inocente, una luna de Lamartine difundía sólo purezas.

REFUGIOS

Te vi, Venecia, esperando el alba desde el Puente Viejo como un vagabundo sin abrigo; te he visto, línea clara del Rín, desde la gótica azotea roja; te vi, Toledo, erizando hacia la luna las vivientas gárgolas de tus gatos; os he apoyado, ciudades, sobre mi corazón como breves amores inolvidables.

Llegaban trenes en la noche y el viaje de cada día era sin rumbo como la vida. Nuestro corazón estaba nuevo. Mujeres, ¿cuál iba a ser la compañera? Y esperábamos el duplicado misterio de esta ciudad que se despereza y del emboscado amor que iba, en fin, a colmarnos. Nos desgarraba el pecho la punta de San Giorgio Maggiore en el alba color de perla y la llamada de una cortesana en un portal de San Marcos nos hacía desfallecer como un paisaje de intolerable belleza.

Ciudades, ciudades, que colman la sed de un minuto y la despiertan de nuevo, infatigable como el amor en Verlaine. Mujeres indispensables que de nada consuelan. Y sin embargo, tú sabías quemar los labios, veneciana encantadora bajo los rizos. ¡Ah cuántos cascabeles até en la punta de cada rizo negro para la noche de carnaval!

Pero los años pasan y los recuerdos quedan y aquellos minutos deslumbradores son refugios; porque si alguna mujer

se nos ha negado, lo que es tan triste, si se nos ha entregado, lo que es peor pues será trivial mañana el rito —en la extinción de la juventud y de la noche aquellas penas de memoria son refugios, porque deslumbran maravillosamente en la soledad del gabinete gris, aquella cadera melada y convulsiva que llenó la noche florentina o la ubérrima expoliación sobre las aguas de una isla borromea, pingüe y dorada como una Madona de Bellini bajo la santidad del día de mayo.

LA LEYENDA DE PIGMALION

I

EL ARTISTA

Cuando Pigmalión hubo terminado aquella estatua, sonrió. ¡La sonrisa maravillada de los niños que descubren el mundo! Verdaderamente era perfecta, insuperable. Como los antiguos escultores de ídolos veneraban la divinidad por ellos mismos creada, de buena gana hubiera caído de rodillas para adorar. En torno, sobre rudos pedestales o en tierra, cerca, lejos, sobre cornisas o sobre el poyo de las ventanas, un pueblo de mármol inmovilizaba actitudes de gracia y de abandono. Todos los sueños soñados en una juventud ya declinante estaban allí como una cantera viva. Por ésto, por un pudor materno, no toleraba el acceso de su taller. ¿Qué buscarían los otros en ese hospicio? Curiosidad o deseo de punzar, los llevarían. Y él había desnudado allí su alma.

Eran bloques confusos como crisálidas de pensamientos: en otros solamente el contorno indeciso de una cadera. Trazaba allí el martillo surcos bastos como si Pigmalión, cuando el demonio creador lo poseía, hubiera agrietado el mármol a martillazos, en su premura de comunicar a la materia inerte el gesto vivo. Y sucesivos esbozos de una obra, desde el

confuso embrión hasta la perfecta imagen, denotaban, con melancolía, el doloroso afán de concebir.

Pero entre todas esas imágenes hermanas, entre aquel blanco pueblo unido por el parentesco de una misma fiebre y de un dolor idéntico, ninguna igualaba en victorioso encanto a la virgen Galatea, inclinando sobre el espejo de la mano, la cabeza levísima para admirar su negligencia grácil. En ella puso Pígalión la evanescente y legendaria delicadeza de Psíquis.

La imaginación completaba la levedad de los pies con alas breves, la morbidez del vientre recordaba los vasos de la escuela de Atenas y eran los brazos tan gloriosa cadena que al juntarse para abrazar a un elegido, podían retenerlo hasta la muerte.

Pígalión se miraba las palmas blancas de polvo todavía, dudando de haber cumplido aquel prodigio con manos que bían de morir. Era, pues, posible al artífice humano arrancar a los dioses el secreto de la belleza. Sin engañarse, con aquella clarividencia de las horas de altísimo juicio, comprendía haber modelado, esta vez, milagrosamente, la perdurable obra. ¡Ah, recordaba sus quebrantos ante inconclusos mármoles, cuando la idea demoraba y enfrente de la truncada forma, sentía sus manos torpes y su cerebro lerdo! Era una agonía que no lleva siquiera a la muerte. Acerbas lágrimas, tremendas iras, casi una furia iconoclasta, ante la desproporción de la mezquina obra con el ideal mimado.

II

EL MILAGRO

Declinaba la tarde sobre aquellas puras formas. Pero la masa blanca resistía a la sombra, y cuando los muros se cubrían de luto, los cuerpos aún iluminaban. La misma sombra

les daba la gracia y la ilusión de estar desnudos. En esa hora Pigmalión los sentía latir con una vida diferente a la inmutable del mármol. El crepúsculo demoraba en los flancos su flama roja y sobre los senos el sol fingía una mano morosa.

Aquella tarde venían en la brisa secuencias de voluptuosidad. Del mar cercano en donde Venus floreció casta y desnuda, llegaba una molicie enervadora. Primero Pigmalión besó los pies desnudos, recostando la cabeza turbada sobre los muslos núbiles. En seguida, con gesto brusco, se irguió en el pedestal y selló los labios callados con el pacto humano de un beso. Era el primero de amor. Bajó los ojos con vergüenza; pero luego se agrandaron de pasmo y delicioso terror ante el milagro: la estatua vivía y se animaba. A las mejillas subió un rubor de sangre. Recorrió de la nuca a los rosados pies un calofrío de vida. Lenta, lentamente, con iguales pausas, se elevaron los senos. Y ante la luz batieron los párpados azorados.

Entonces ya no dudó. Sus manos tuvieron suavidades de jardinero. A su contacto perdía el mármol el peso y la dureza. Se obscurecieron los cabellos como si en ellos estuviera amasada la noche, pero los ojos cobraron claridades de mar.

Ella no hablaba; sonreía con una expresión de asombro en su semblante claro. Como los niños en la cuna, extendió una mano para tocar los cabellos de Pigmalión. Al desflecar la obscura mecha, rió. Era una clara risa. El dijo algunas palabras, y por primera vez la tersa frente se arrugó por el esfuerzo de comprender.

Un sopor delicado la adormecía; porque sin duda la vida fatiga más que la inmóvil eternidad. Delirante como si fuera a perder tras de infinitos afanes la obra suma, Pigmalión espía la vida. En su reposo Galatea con las manos cruzadas sobre el seno, la cadera súpina y tan adormido abandonado en el semblante, no evocaba la imagen altanera de una

diosa marmórea, sino de carne triste que busca amparo de amor. No de vulgar arcilla, sino de puro mármol, se encarnaba por un divino consentimiento. Y como en las horas de creación, el también se sentía divino.

Sin dormir la noche entera estuvo atento a aquella dulce vida. A la primera luz de aurora se repitió el asombro. Desaparecía en Galatea toda huella de la vida marmórea. Tal vez quedaba en la carne la pulida suavidad donde resbalan las caricias. Mas en los labios y en los brazos, en los cabellos derramados sobre los hombros, había una gracia y una flaqueza terrenas. Sólo en los ojos sin pupilas, flotaba la vaguedad de un recuerdo olímpico.

No hablaba porque había sido eterna. Sin duda con la luz entraban en su mente las percepciones confusas de las cosas terrestres. Era su alma como esos bloques índicos de marfil, en donde se puede esculpir lo mismo la caprina faz del sátiro que el rostro de Palas Atenea.

III

LA INICIACION

Fue Pigmalión el guía y el maestro. Una confusa embriaguez de ternura infundíale aquella manera de enseñanza semejante a la de quien va amasando en cera la imagen engreída. Y como en el impreciso bosquejo se completan los rasgos de la humana belleza, así en la niña alocada aparecieron —con gracia superior a la terrena— las primeras inquietudes de la mujer. Ya no rodaba por las losas del taller, ni se tendía sobre los bloques de mármol, rudos y llenos de posibilidades, donde su cuerpo parecía próximo a fundirse y volver de pronto a su elemento rudo. Tal vez un vago recuerdo la hacía preferir la proximidad de esa clara materia. De pie tenía siempre la actitud de una estatua. Y cuando quedaba pensativa,

era la suave forma que avanza en el cortejo de las Panateneas.

Así de blanco nimbada, pura y clara, repetía a todas horas, para el artista asombrado, el prodigio del sueño hecho verdad. De las profundidades de alma subían a los labios de Pigmalión agradecimientos sin objeto preciso, fervores para con ese ciego Destino tan favorable. El arte, su escultura, no le parecían, como en pasadas horas de tedio, una obra estéril de solitario engreído, sino la magna suplantación al Dios incógnito, porque también, como él, podía crear en carne viva. ¡Qué importaban mortales insomnios en espera de la inspiración que no llegaba, la locura incopiable de la noche y el desengaño frío de la mañana, lo que se muere cada día, la soledad dolorosa del que sueña porque toda elevación es un castigo! Crear, sentir las manos fuertes como zarpas para amasar todo el limo del mundo, ser un minuto Dios después de haber sido tantas veces inválido y miserable!

Una necesidad de lágrimas le crispaba el semblante. Comenzaba en sus venas la postración del que va a orar. De rodillas entonces, enlazaba sus brazos a aquellas fuertes piernas, casi viriles, como las del hermafrodita. Turbador como los perfumes de los bosques nocturnos, como los vinos que exasperan la sed, emanaba de aquella juventud un aroma felino. Era el aroma que hacía galopar a los centauros con las voraces narices abiertas.

Pensaba Pigmalión: “¿Por qué no basta el beso y de nuestra doble suerte de caballo y de hombre sube la aspereza de poseer? Lujuria, estás mezclada a las mejores purezas!”

Y en una lujuriosa tarde, Galatea, con las claras pupilas extraviadas sintió el pasmo y el terror de ser mujer. Mujer o todas las mujeres encarnadas en un cuerpo insuperable para aquel ávido. Fueron locuras de posesión, gritos, suspiros, perezosas ternuras hasta el alba, fatigas parecidas a la muerte, divinas muertes de que no se quiere resucitar.

Se repetían frente a aquel cambiante espectáculo del mar los baluceos pueriles, los entrecortados juramentos que los amantes de todos los tiempos inventaron para adormecer y engañar la brevedad del amor.

Las olas con su constante desazón, les mostraban el vaivén de la vida. Pero ellos no comprendieron su enseñanza.

IV

LASSITUDINE

Pensaba Pigmalión, no osando decirlo con palabras: —“Divina forma, a pesar de tu origen divino morirás. Gusano y podre, en vez de la eternidad con que he soñado. Por mostrarme a mi propio, mi divino poder, te sometí a la ley de la muerte. Más yo no podré tolerar que mueras. Perezca yo y mi carne se corrompa, pero tú te mantengas inalterable, inmune al tiempo. ¡Ah, por qué te hice conocer el amor!”.

Con una angustia sin nombre, espiaba en la perfecta compañera la oquedad y la arruga. — Comenzaron entonces días tristes de pavoroso recuerdo cuando el amor llegado a la sumidad, descende la colina con las alas plegadas sobre la espalda leve. Pero no, como en los terrenos fervores, prolongaba el cariño la ceguera, sino que en los ojos de Pigmalión había por desgracia la lucidez del artista habituado a notar en la epidermis del mármol como en la carne, el grano basto y la futura grieta. En los amaneceres desteñidos sus nervios de artista a veces se exasperaban. Sorprendía en el rostro de la dormida esa fatiga que altera toda belleza. Todavía la delicada gracia de su abandono provocaba los besos como un niño dormido; pero los senos perdían su elástica firmeza, sin apuntar como antes su deseo a los cielos.

En los rincones del taller Pigmalión meditaba, llorando: “¡Todo me has dado y sin embargo...! Me descubris-

te felicidades a cuya sola memoria desfallezco. Pero la ventura fatiga como el dolor. Porque no supe que se corrompen los sueños si se trasladan al mundo, quise darte una realidad inferior, la de la vida. ¡Ah las cosas bellas debieran ser eternas! Y heme aquí, doloroso y amante, vacilando entre el impuro crimen para no asistir a la miseria de una perfección mañana hollada por el anhelo más humano y más hondo, de dejarte vivir, con que se arruine mi sueño por no perder —oh cobardía,— estas diarias transacciones de su felicidad”.

Pigmalión, con las manos entrelazadas, lloraba.

Venían del mar esos acentos raucos que son arrullos para los grandes corazones. Otra vez se agitaban sus manos impacientes con delirios de nuevas formas.

Pero por unos días la aridez de una fatiga ilimitada sucedió a aquella plenitud. El arte le parecía una nueva mentira inventada para satisfacer la necesidad de adorar. Era un servilismo y una superstición digna de esclavos.

Volvía, convulsiva, la piedad si Galatea lloraba. Y aunque ella no comprendiera sus palabras, él le decía en voz baja como se cuentan los sueños y se narra a los niños: “¡Oh mi Galatea, no llores! Mi razón de vivir son estas criaturas de mármol. Tú, siquiera, has sentido la posibilidad de ser eterna. Pero yo, criatura terrena con estímulos divinos, no me resigno a la muerte. Al viento se irán mis sueños predilectos; mis mejores entusiasmos habrán sido un instante fugaz en la eternidad. Deja siquiera que los testimonios de mi locura no mueran. Un poco de nuestra miserable naturaleza queda viviente en las obras eternas. Amiga mía, esposa, ¿qué que comprendes mi dolor”.

Más la dulce ignorante, sólo sabía llorar. En breve espacio perdieron sus ojos la claridad de piedras raras y luminosas; los senos no fueron ya racimos en que despunta la uva rosa y estraga fué la línea de las caderas.

Caminaba a su ruina, pálida y grave como la estatua de

la Fatalidad. Ella recordaba, por la necesidad de atizar su agonía, las antiguas horas claras de los besos y de los juramentos, como si un rostro consumido pudiera provocar en el amado el mismo culto que la belleza intacta. Se agravaba cada día aquella separación de quien aspira al perfeccionamiento de sí y la compañera vencida y abandonada.

No la engañaría Pigmalión con creaturas de carne, sino con nuevos sueños.

Se comparaba Galatea a aquellas puras hermanas del taller, envidiando la inalterable virtud de la piedra que no conoce el dolor y la edad. Después de las humanas voluptuosidades comenzaba a sentir el deseo que los mismos dioses anhelaron: el de acabarse.

Pero, miserable creatura de carne, no acertaba a morir con oportunidad.

V

FIEBRE

Y porque una mañana cegadora acusaba la luz deformaciones, comprendió Pigmalión su inevitable destino. Sin despertarla, cuando llegó la noche dejó caer sobre la sien un martillazo. Llegaba el tumbo del mar, intermitente y seguro, como la Fatalidad. Y en la sombra favorable a los sueños de los poetas, decía Pigmalión: “¿Por qué eres tan cruel, Belleza? Más valiera cegarme. ¿Por qué me ofende tanto la fealdad humana y para qué soñar si cada sueño muerto puede ser un cadáver?”

Palpaban sus manos el cuerpo frío. Temblaba de adivinar el milagro nuevo: volvía Galatea al mármol originario. El cuerpo fué adquiriendo la firmeza y la suavidad inerte de la clara materia divina. Se fijaron los cabellos en líneas salientes como venas duras. Y hasta una lágrima sobre la mejilla petrificárase.

¡Oh sorpresa del alma creadora, emoción de la muerte o de la maravilla! Para enmendar las imperfecciones de aquella carne en ruina, volvía el antiguo frenesí. A tientas cogió el cincel y el martillo. Toda la noche cinceló. En el maravilloso silencio los martillazos parecían latidos de una sien inmensa. A esta humana materia vencida por el dolor, a este habitáculo de gusano y de podre, a esta mortaja con que venimos al mundo, sucedía una carne resistente a los siglos, firmísima, incorruptible y pura. En la sombra y en el silencio favorable a las creaciones perennes, sentía Pigmalión agitadas las manos con un temblor de alas. Por instantes subían cariciosamente hasta formar un escudo en cada seno; porque estaba demasiado cercana la imagen de la mujer ardiente; para no parecer la estatua dócil todavía a la esclavitud de la vida y del amor. Pero después del reposo amante resonaban de nuevo, violentos como voces de victoria, alocados como gritos de júbilo, atronadores y exactos, los martillazos que debían resucitar a la vida marmórea.

VI

LA MELODIA DEL DOLOR

Una aurora pálida amagaba. Con los primeros fuegos se despertaba el mar, desperezando sus escamas de oro. Sobre el cielo violáceo como una carne de mártir, pasaban negras saetas de aves. Y un rayo vino a circundar el cuello de Galatea como un collar.

Pigmalión, fatigado de aquella noche, dormía. Al despertar frotó los ojos cargados de visiones, porque era sin duda aquella una pesadilla. La estatua no era la suya, su Galatea Victrix. Los labios han perdido la curva de arco tendido. Con precisión humana de pupilas los ojos cuentan el dolor de la vida. Una leche maternal abrumba y vence los senos;

las caderas perdieron su morbidez; la frágil armadura se inclina a la tierra madre. En vez de la estatua de la Belleza fuerte, toda la noche ha esculpido el rostro mismo del dolor. Sus manos, antes exactas como pupilas, le han engañado, y también los ojos le engañarán. Ninguna pena es comparable a la del creador, ante cuya clarividencia se desenvuelve la estéril perspectiva de un futuro sin ímpetus.

La muerte es preferible, cuando la consoladora vanidad no viene a sugerir victoriosas mañanas. Ya no sería capaz de obras eternas, quien conoció la angustia de lo perecedero. Estaba castigado en su divinidad por haber adorado a las imperfectas creaturas del mundo.

Y era como un hombre llorando sobre una ruina.

1910

PEGASO

A la memoria de Mallarmé

Maravilloso fue el equino
furor de la bestia dilecta.
Era, en el lenguaje divino,
paraninfo de tu analecta.

Adversario de cuál molino,
desfacedor de cuál pandecta?
quedó el caballero mohino
y desplumada su ala crecta.

Severo otoño encendió luego
piras de expiatorio fuego
mientras el pedestre Manchego

VENTURA GARCIA CALDERON

abdicando nubes pomposas,
deshoja en fúnebres baldosas,
saudade! una historia de rosas.

PRIMER VUELO

Para Alberto Posse, afectuosamente

Mientras el aviador prueba la máquina y hace girar su hélice inquieta, el pasajero solitario se inclina sobre su corazón. ¿Está acaso resuelto a afrontarlo todo como la nave temblorosa? Dos o tres veces en la vida —únicamente— pidió al destino su respuesta inmediata y quiere saber si el cuerpo miserable seguirá al alma pronta, como el payaso de Banville, a dar un salto mortal hasta la luna.

Pero ya los latidos de la máquina cubren la voz y los pensamientos. ¡Adiós, mundo verde, tierra de sepulcros! La Ascensión pudo ser así, un rapto suave con el acerbo desgano del mundo que va perdiendo sus contornos, mientras relucen todavía las sumidades urbanas, mensaje de luz al que se va. Ningún rumor terreno sino este ruido del corazón celeste, ningún camino sino el cielo infinito. Todavía —y hubiera sido así la inquietud de los Cristos y los Elías— bajamos la cabeza para decir: “Este es Versalles; allí debe estar, tras de la bruma cenicienta y metálica, París”. Pero hemos traspasado ya las más altas rutas de golondrinas, la zona templada de los trinos, para subir al país de los grandes vientos a donde llegan las aves de presa. Y a su imagen, lejos del nido ruin, en el espacio sin límites, estamos navegando con la nube. Frente al sol desnudo, en la ribera del cielo, todo aquel viento que llega de los astros, yodado por los mares invisibles, se entra en el alma como por los cañones del ala y nuestro anhelo grita al piloto: “Más arriba!”.

Más arriba, a lustrarnos en la profundidad azul, a palpar la nube y seguirla hasta que vierta sobre los hombres su mensaje de lluvia, a donde expire la voz de las altas campanas y la soledad absoluta recompense a quien estuvo tanto tiempo en su roca terrestre divirtiéndose ignominiosamente con el irónico ruido de sus cadenas . . .

Mas el piloto prudente que no busca, como nosotros, la patria infinita, ha virado, deslizando el ala, torciendo el rumbo a las pálidas praderas conocidas. Se quedan atrás las nubes y comenzamos a ver las humaredas. El pequeño mundo acrecienta sus tejados lustrosos y colora de nuevo sus tierras verdes. De todas las torres de Babel nos llaman a la prudencia del alero común. Hermana golondrina, buenas tardes! Ya está a la vista el campo numerado, ya llegamos a pisar el suelo de la evasión, ya vienen los hombres que nos cogen del brazo para aprisionarnos otra vez en la tierra de todos.

VENTURA GARCIA CALDERON

ALA Y GARRA

Oh tú que con dedos sangrientos
desgarraste días pascuales,
negando en locos carnavales
la ceniza de los *mementos* !

Erizado a todos los vientos,
timón de cierzos y mистраles,
dime en qué rocas funerales
se estrellaron tus pensamientos.

Con la garra sanguinolenta
y el ala implume en la tormenta,
tu afán aquilino persiste:

porque, recompensa del triste,
batiendo en roca o elzevir,
el ala no podrá morir.

LA VENGANZA DEL CONDOR

La venganza del cóndor (Madrid, 1924), puso frente a la crítica más laudatoria y la más opuesta al narrador VGC, un pariente suyo y entonces perspicaz crítico literario, Jorge Basadre, comparó los temas de este libro con los de **Cuentos andinos** de Enrique López Albújar, para sentenciar la superioridad interpretativa de estos últimos.

Esa fue, en general, la actitud de la nueva generación del veinte, frente a los cuentos indigenistas o andinos de VGC. En realidad, los temas fueron casi todos coleccionados cuando VGC pasó casi un año en el Perú de 1911, año en que recorrió algunos parajes de la sierra: en un viaje de descubrimiento de la realidad vernacular peruana. Desde luego, los cuentos son cuentos y no historias, son literatura y no sociología; tal vez la confusión de estos términos haya sido el origen de errores críticos claramente visibles hoy.

Con **La venganza del cóndor** libro que tuvo gran boga en el París de 1925, se inicia la etapa de narrador vernacular y folklórico de VGC. A **La venganza del cóndor** siguió otro manojo de cuentos publicados primero en Francia como **La sang plus vite** y otros más. Con ellos quiso García Calderón compensar su voluntario exilio físico con un voluntario retorno sentimental a su patria. Su libro de crónicas, **La Périchole, Vale un Perú** y su colección de trece volúmenes sobre la cultura peruana reitera tal designio.

NOTA PRELIMINAR DE LA EDICION
SIMULTANEA DE PARIS

(Editorial Garnier Hermanos)

Publicado en Madrid por la "Editorial Mundo Latino", este libro fue traducido al francés en 1925 por Max Daireaux y Francis de Miomandre. El prestigio de ambos escritores, así como un prólogo generoso y ditirámico de Gérard d'Houville, la ilustre hija de José María de Heredia y la esposa del gran poeta Henri de Régnier, originaron el inmediato éxito del libro, que fue traducido a casi todas las lenguas europeas (inglés, alemán, sueco, polaco, italiano, ruso, yugoslavo, húngaro, etc.). Cuando no era recogido el volumen, los diarios, como ocurrió en Oslo (Noruega), publicaban cada mañana un cuento peruano. Antes de la última guerra, Ventura García Claderón parecía el favorito para el Premio Nobel: así lo pregonaba el eminente traductor de su obra al sueco, que era asimismo el informador oficial de la Academia Nobel. Y sólo a última hora, obedeciendo a motivos de política nortea, esa institución decidió apartar al escritor de América Latina para favorecer al finlandés Silanpaa.

Dos ediciones ilustradas, de lujo, en lengua francesa están ya agotadas, y se prepara una edición de gran formato, para la cual se ha solicitado la colaboración artística del genial pintor mexicano. Diego Rivera.

LA VENGANZA DEL CONDOR

Nunca he sabido despertar a un indio a puntapiés. Quiso enseñarme este arte triste en un puerto de Perú, el capitán González, que tenía tan lindo látigo con puño de oro y un jeme de plomo por contera.

—Pedazo de animal —vociferaba el capitán atusándose los bigotes donjuanescos—. Así son todos estos bellacos. Le ordené que ensillara a las cinco de la mañana y ya lo ve usted, durmiendo como un cochino a las siete. Yo, que tengo que llegar a Huaraz en dos días. . .

El indio dormía vestido a la intemperie con la cabeza sobre una vieja silla de montar. Al primer contacto del pie, se irguió en vilo, desperezándose. Nunca he sabido si nos miran bajo el castigo, con ira o con acatamiento. Mas como él tardara un tanto en despertar a este mundo de su dolor cotidiano, el militar le rasgó la frente de un latigazo. El indio y yo nos estremecimos; él, por la sangre que goteaba en su rostro como lágrimas; yo, porque llevaba todavía en el espíritu prejuicios sentimentales de bachiller. Detuve del brazo a este hombre enérgico y evité la segunda hemorragia.

— ¡Badajo! —repetía el verdugo, mirándome con ojos serenos—. Así hay que tratar a estos bárbaros. Usted no sabe, doctor.

El capitán González me había conferido el grado universitario al ver mis botas relucientes, mi poncho nuevo, que no

curtieron los vientos y estas piedades cándidas de limeño. Anoche mismo, después de ganarme, en la pobre fonda del puerto cinco libras peruanas al chaquete, me adoptaba ya con una sonrisa paternal, diciendo: "Pues, hacemos juntos el viaje hasta Huaraz, mi doctorcito. Ya verá usted cómo se divierte con mi palurdo, un indio bellaco que en todas las chozas tiene comadres. Estuvo el año pasado a mi servicio, y ahora el prefecto, amigo mío, acaba de mandármelo para que sea mi ordenanza. ¡Le tiene un miedo a este chicotillo!"

Tuve que admirar por largo rato el tejido habilísimo de aquel "chicotillo" de junco que iba estrechándose al terminar en un cono de bala. En los flancos de las bestias y de los indios aquello era sin duda irresistible.

Resonaba otra vez en el patio de la fonda la voz marcial:

—¿Y el pellón negro, so canalla? Si no te apuras vas a probar cosa rica.

—Ya trayendo, *taita* (padre o señor)

El indio se hundió en el pesebre en busca del pellón que no vino jamás. Diez, veinte, treinta minutos, que provocaron en un crescendo de orquesta, la más variada explosión de inyectivas: Dios y la Virgen se mezclan en los labios del capitán a interjecciones criollas como en los ritos de las brujas serranas. Pero el ordenanza y guía insuperable no pudo ser hallado en todo el puerto. Por lo cual el capitán González se marchó solo, anunciando futuros castigos y desastres.

"No se vaya con el capitán. Es un bárbaro", me había aconsejado el posadero; y dilaté mi partida pretextando compras. Dos horas después, al ensillar mi soberbia mula andariego, un pellejo de carnero vino a mi encuentro y de su pelambre polvoriento salió una cabeza despeinada que murmuró:

—Si quieres contigo, *taita*.

¡Vaya si quería! Era el indio perdido y castigado. Por una hora yo también había buscado guía que me indicara los

malos pasos de la Sierra y se apeara para restaurar el brevísimo camino entre el abismo y las rocas que una *galga* de piedras o las lluvias podían deshacer en segundos.

Asentí sin fijar precio. El indio me explicó en su media lengua que lo hallaría a las puertas del poblacho. Me detenía en una choza a pedir un mate de aquella horaciana *chicha de jora* que tanto alivia el ánimo, cuando le vi llegar caballero en una jaca derrengada, pero más animosa que mi mula de lujo. Y sin hablar, sin más tratos, aquel guía providencial comenzó a precederme por atajos y montes, trayéndome, cuando el sol quemaba las entrañas, el cuenco de chicha refrigerante o el maíz reventado al fuego, aquella tierna *cancha* algodogada. Confieso que no hubiera sabido nunca disponer en un *tambo* del camino con los ponchos, el pellón y la silla de montar tan blando lecho como el que disfruté aquella noche.

Pero al siguiente día el viaje fué más singular. Servicial y humilde, como siempre, mi compañero se detenía con demasiada frecuencia en la puerta de cada choza del camino, como pidiendo noticias en su dulce lengua quechua. Las indias, al alcanzarme el *porongo* de chicha, me miraban atentamente y parecióme advertir en sus ojos una simpatía inesperada. ¡Pero quién puede adivinar lo que ocurre en el alma de estas siervas adoloridas!. Dos o tres veces el guía salió de su mutismo para contarme, en lenguaje aniñado, esas historias que espeluznan al caminante. Cuentos ingenuos de viajeros que ruedan al abismo porque una piedra se desgaja súbitamente de la montaña andina. “Allí viendo, *taita*”, en la quebrada agudísima, las osamentas lavadas por la espuma del río.

Sin querer confesarlo, yo comenzaba a estar impresionado. Los Andes son en la tarde vastos tómulos grises y la bruma que asciende de las *punas* violetas a los picachos, nevados me estremecía como una melancolía visible. En el flanco de las gigantescas vértebras aquel camino rebañado en la piedra y tan vecino a la hondonada mortal parecía llevarnos, como en

las antiguas alegorías sagradas, a un paraje siniestro. Pero el mismo indio, que temblaba bajo el rebenque, tenía agilitades de acróbata para apearse suavemente por las orejas y llevar del cabestro a mi mula espantadiza que avizoraba el abismo y resbalaba en las piedras, temblorosa. Una hora de marcha así pone los nervios al desnudo, y el viento afilado en las rocas parece aconsejar el vértigo. Ya los cóndores familiares de los altos picachos pasaban tan cerca de mí, que el aire desplazado por las alas me quemaba el rostro y vi sus ojos iracundos.

Llegábamos a un estrecho desfiladero, de donde pude vislumbrar en la parda monotonía de la cadena de montañas la altiplanicie amarillenta con sus erguidos cactus fúnebres.

—Tú esperando, *taita*—murmuró de pronto el guía y se alejó en un santiamén.

Le aguardé en vano, con la carne erizada. Palpé el revólver en el cinto, estimulando con la voz a la mula indecisa, que, las orejas al viento, oscilantes como veletas, medía el peligro y escuchaba la muerte. Un ruido profundo retembló en la montaña: algo ródaba de la altura. De pronto, a quince metros de mí, pasó un vuelo oblicuo de cóndores, y entonces, distintamente, porque había llegado a un recodo del camino, vi rebotar con estruendo y polvo en la altura inmediata una masa oscura, un hombre, un caballo tal vez, que fué sangrando en las aristas de las peñas hasta teñir el río espumante, allá abajo. Estremecido de horror, esperé mientras las montañas se enviaron cuatro o cinco veces el eco de aquella catarata mortal. Un cono invertido de las alas pardas giraba como una tromba sobre los cadáveres.

Más agachado que nunca, desliziéndose con el paso furtivo de las *vizcachas*, hete aquí al bellaco de mi guía que coge a mi mula del cabestro y murmura con voz doliente, como si suspirara:

—Tú viendo, *taita*, al capitán.

¿El capitán? Abrí los ojos entontecidos. El indio me es-

piaba con su mirada indescifrable; y como yo quisiera saber muchas cosas a la vez, me explicó en su media lengua que a veces, *taita*, los insolentes cóndores rozan con el ala el hombro del viajero en un precipicio. Se pierde el equilibrio y se rueda al abismo. Así había ocurrido con el capitán González, “¡pobricitu ayayay!”. Se santiguó quitándose el ancho sombrero de fieltro, para probarme que sólo decía la verdad. Con ademanes de brujo me designaba las grandes aves concéntricas que estaban ya devorando presa.

Yo no inquirí más, porque éstos son secretos de mi tierra que los hombres de su raza no saben explicar al hombre blanco. Tal vez entre ellos y los cóndores existe un pacto obscuro para vengarse de los intrusos que somos nosotros. Pero de este guía incomparable que me dejó en la puerta de Huaraz, rehusando todo salario, después de haberme besado las manos, aprendí que es imprudente algunas veces afrentar con un lindo látigo la resignación de los vencidos.

LA MOMIA

Nadie supo exactamente por qué desengaños de política abandonó su diputación de Lima don Santiago Rosales y vino a su apartado feudo serrano a vivir definitivamente en la hacienda de *Tambo chico*, en compañía de su extraña hija, Luz Rosales, una belleza de postal que asombraba a los jóvenes de la sierra por el esplendor de la cabellera rubia. Para nuestras razas morenas el rubio ha sido siempre un atributo misterioso. Rubios son los Cristos y el primer rey mago que en los nacimientos infantiles de diciembre avanza hacia una cuna entre corderos. La comarca entera sintió simpatía temerosa por Luz Rosales; mas nadie quiso muy bien a su padre, aquel hidalgo trujillano y severo que blandía al caminar el chicotillo.

Tambo chico, denominado así con modestia orgullosa por algún español perdonavidas, es la más dilatada de las haciendas del valle y encierra en sus términos fertilísimos un río, dos montañas, una antigua fortaleza y necrópolis de indios que llaman *la huaca grande*. Está en el centro del valle, irguiéndose sobre la colina con sus nidos de lechuzas, siniestra por sus oscuros pasadizos, en donde ningún peón quiere extraviarse. Un camino secreto lleva acaso hasta el río; y es fama que por allí escaparon los emisarios de Atahualpa.

Llegaban según la tradición, con sus talegos de oro cuando supieron la ruina del Imperio. Allí quedaron las barras de metal a lo largo de los corredores subterráneos, dispuestas en aspas de molino como los rayos de sol en las vasijas indias. Sería posible tomarlo sin la vigilancia de las lechuzas que están previniendo el robo con sus silbidos. Las momias de los generales indios allí enterrados se despiertan si alguien quiere violar las tumbas; y más de una vez se ha escuchado en la alta noche el ruido de sus mandíbulas al *chacchar* la coca amarga con esa masticación interminable de los indios peruanos. Por eso el día que don Santiago Rosales, empedernido coleccionista, quiso completar su serie, ningún indio neto obedeció. Sólo empleando peones venidos de la costa pudo ir trayendo de *la huaca grande*, a lomo de mula, los utensilios de oro con que enterraban los nativos a sus muertos; vasijas negras con dibujos de lluvia, los dioses orejones que sonrían dilatadamente llevando en sus manos agarrotadas los rayos del Padre Sol o un vaso de *chicha*; y en fin, las momias admirablemente conservadas, las momias de actitud sumisa y adolorida, con sus cabellos lustrosos y los dedos enclavijados sobre el pecho, de rodillas ante Huiracocha.

Ningún indio del valle, se atrevió a oponerse al desacato. Cuatro siglos de espanto les han hecho aceptar la peor tragedia, suspirando. Pero en la noche acudían a la choza de la vieja Tomasa, que era bruja insigne, para pedirle am-

paro y venganza. Durante cuatro siglos —colonia española y república peruana— nadie fué osado a buscar momias en esa fortaleza arruinada. Quizá, en las huacas pobres de los contornos rebuscaban los avaros mercaderes, para venderlos en Lima a los extranjeros de tránsito, esos caracoles barnizados de negro, esas serpientes de barro cocido por cuya boca canta el agua, o los más raros modelos de colección porque la imagen obscena era vedada en el Imperio, los platos negros en cuyo fondo una pareja de indios está fornicando desfachatadamente. Todo ello es simple atributo del muerto para que al despertar a mejor vida pueda morder unos granos de maíz, beber *chicha* del cántaro y masticar la coca que le dé fuerzas para seguir su ruta hacia el Padre Sol, más allá del Lago Titicaca. Pero las momias, no; las momias son sagradas. Don Santiago Rosales iba a arrostrar el poder de Tomasa la hechicera.

Durante quince días con sus noches este poder pareció fallar. Con infinitas precauciones, comprándolos a precio de tambo, que es leonino, pudieron procurarse un pañuelo del hacendado y sus cabellos, imprudentemente arrojados por el peluquero. Todo ello, unido a extraños menjurjes, sirvió para componer un muñeco de regurales proporciones que llevaba en el pecho un corazón visible como en los “detentes” que regalan los misioneros. Y en el centro del corazón, después de haber investigado, por la amargura de la coca mascarada en común, si la suerte sería favorable, clavaron todos, llorando, uno de esos alfileres rematados en cuchara de oro con que cierran el manto las mujeres. Un sapo hinchado agonizaba allí, junto a los candiles, y el murciélago del muro, prendido por las alas, abría y cerraba un pico triste. Entonces, una lamentación sumisa, tétrica, a los poderes infernales comenzó por boca de la hechicera: “Mama coca, mamitay, te pido por el diablo de Huamachuco, por el diablo de Huancayo, por todos los diablos rabudos. . .”.

Hasta las altas horas las quenas del valle parecían alegres anunciando que la aurora vería la redención de la raza vencida.

Pero al día siguiente estaban don Santiago y su hija a caballo dirigiendo los trabajos de excavación en la fortaleza. De lejos la cabellera rubia de la "niña Luz" relucía deslumbradoramente. Los indios apartaron de ella la vista con temor visible.

Todo el santo día vieron pasar a lomo de llama las momias renegridas de larga cabellera colgante. Por la elegancia de los vasos y las telas que circundaban los despojos, por las llamas de oro (con el lomo horadado para la coca incinerable), se adivinaba que allí hubo gente principal, jefes militares o príncipes.

Pero don Santiago no estaba satisfecho con sus hallazgos. Era una momia de mujer lo que buscaba, una momia de princesa antigua que fuera la mejor pieza de su colección. ¡Si excavaran más lejos, en uno de esos subterráneos clausurados con arena endurecida! Entonces dos indios muy viejos salieron al encuentro del amo, llevando las monteras en las manos y persignándose la boca antes de hablar para purificarla. Con sollozos y ademanes sumisos pidieron al *taita* que dejara en paz a los muertos. ¿Quién mandaría llover sobre el maíz quién haría prosperar la coca si todos los antepasados se alejaban del valle y los espíritus rencorosos se quedaban flotando sobre las casas nocturnas? El cura no podía comprender estas cosas, pero tal vez el amo sí.

En el salón de la hacienda a donde le habían seguido, gimoteando, los delegados advirtieron sobre las mesas las momias desenterradas y no las quisieron mirar de frente. Prometían todo, como sus abuelos a los conquistadores; prometían sus cosechas y sus ganados si el *taita* ordenaba que se llevaran de nuevo al sepulcro de la fortaleza las momias de los protectores del valle. Por toda respuesta el

amo aludió al excelente chieotillo con que castigaba a los atrevidos.

No se supo si fue tal argumento o la belleza de Luz Rosales lo que operó el milagro, pues dos días después los mismos indios regresaron diciendo que prometían indicar el sitio de los talegos legendarios. De generación en generación había guardado el secreto aquella familia de curanderos cuyo más viejo representante vino arropado en un poncho violeta, ostentando en la oreja, como los antiguos militares, un arete de plata. Para el día siguiente, domingo, fué la cita y el domingo se bebió la mejor *chicha* de jora en *tambo chico*. A las cinco de la madrugada, sin despertar a nadie en la casa, para que la sorpresa fuera mayor, don Santiago se marchó a la fortaleza en compañía de los peones, que habían pasado, según dijeron la noche entera en el tambo de la hacienda.

Encendidas las lámparas de minero, bajaron todos con el *taita* por los intrincados corredores tallados alguna vez en el granito de la montaña. A la luz vacilante se vislumbraron todavía las rojizas pinturas borrosas que representaban, con la misma ingenuidad de los huacos, un fragmento de victoria o la fiesta del Sol. Fué preciso cavar donde indicaron hasta que el choque de la lampa reveló la barra de plata que cerraba el largo socavón. Dos horas trabajaron afanosamente para levantar una lápida que dejó abierto el forado, lleno de calaveras. Comenzaba allí un pasadizo de piedras embutidas unas en otras con tan perfecta ensambladura como las del templo del Sol que está en el Cuzco. A medida que caminaban por él iba ensanchándose, y en los rebozos de las piedras talladas como zócalos vieron dispuesta, para asombro del transeúnte, una portentosa colección de vasos antiguos. Don Santiago no cabía en sí de gozo delirante. Era un estupendo museo de huacos: ¡Ni en Berlín tenían cosa igual!

El piso de piedra desaparecía bajo los tapices de colores

que ostentaban con rigor geométrico e ingenuidad llena de gracia perfiles de pumas, llamas sentadas o esos ojos circundados de alas que indican, en pinturas y vasos, la rápida vigilancia del amo. De cuando en cuando, como para aterrar al audaz, un ídolo afianzaba en la mano su flecha, más alta que una lanza. Estaba pintarrajeado de azul y rojo, pero su faz serena reposaba con nobleza regia. Al torcer de un corredor una luz verdoza iluminó la gruta del fondo. ¡Allí debían hallar el tesoro del Inca; los indios lo habían predicho! Se divisaron las tinajas negras de barro cocido, atestadas seguramente de barras de oro y plata o de esas perlas de Sechura que buscaba la codicia del conquistador. Don Santiago corrió hacia la escasa luz del día y se detuvo alborozado. ¡Una momia, la momia de mujer que deseara tanto, estaba allí custodiando el tesoro milenario!

Un grito espeluznante, desfavorido, repercutió en la gruta, mientras los indios se contemplaban silenciosos e iban ya a jurar que ignoraban todo. Don Santiago arrancó la linterna de manos del peón. La carátula de lana morena que cubría el semblante era el retrato ingenuo y tal vez irónico de Luz Rosales, con los dos inmensos rectángulos azules que imitaban ojos en las momias. Destrozó entonces las cuerdas de esparto, las vendas de tejido blanco y negro, para mirar el rostro desesperadamente. Acurrucada en actitud orante, con las manos en cruz, la rubia cabellera desparramada sobre el pecho muerto, estaba allí su hija Luz Rosales, su hija, o por lo menos su imagen exacta y duplicada ya en los siglos. Estupefacto, enloquecido, salió al río por la abertura de la peña, desgarrándose los vestidos en los zarzales, y corrió, corrió por la orilla para buscar a Luz en la casa de la hacienda, llamándola a gritos por el camino. Pero Luz Rosales había desaparecido de *Tambo chico* y no pudo ser hallada nunca.

Algunos cholos liberales del "Club Progreso" explicaron más tarde al juez de primera instancia de la provincia

que, robada en la noche por los indios, la embalsamaron éstos, empleando los antiguos secretos del arte, que creemos hoy perdidos. Durante la noche habían macerado en grandes tinajas el cuerpo de la momia rubia. Pero toda la gente del valle sabe muy bien que fué venganza de los muertos de la fortaleza. La prueba está en que desaparecieron las momias de la casa cuando se llevaron a don Santiago al manicomio. y todavía, en las noches de luna, se las oye *chacchar* la coca nutritiva de los abuelos.

MURIO EN SU LEY

Desde las riberas del Mar Pacífico hasta el “Cerro de las Brujas”, que está en los Andes, nadie ha tenido reputación más siniestra que aquel don Jenaro Montalván llamado “Remington”, como sus parientes de la provincia, por el uso abusivo del rifle, pero más frecuentemente “el Mocho” por la oreja de menos que le rebañaron los chinos vindicativos en una antigua sublevación peruana. Con “el Mocho” atemorizaban las madres a los niños. “Ya viene el Mocho”, decían las gentes, y la provincia entera temblaba si en su erizado y espumante caballo de paso acudía a una pelea de gallos.

Llegaba, trayendo en su alforja a su *Ají seco*, tan temido por lo ménos como su dueño, un gallo desplumado y feroz, invencible en las *canchas* de los contornos. Un entusiasmo temeroso encendía a los gañanes cuando, arropado en su poncho negro, don Jenaro los hipnotizaba con aquella mirada magnífica bajo las cejas frondosas, exclamando:

— ¡Cincuenta soles de plata al que derrote a mi gallo!

Crispado en el menudo redondel, seguro de la victoria, como su dueño, el gallo medía a su rival con el ojo redondo, maliciosamente, y de un salto brusco tajaba la cabeza con la

navaja atada en el espolón Don Jenaro recompensaba entonces al propietario de la víctima, murmurando con respeto:

— ¡Murió en su ley!

Le enfadaban únicamente los gallos que eludían el combate y los perseguía fuera del redondel con su revólver. Así, decían las gentes del país, había perseguido a sus parientes. Porque una aversión misteriosa como las querellas de la clásica antigüedad iba acabando con la raza de los Montalván, raza hermosa y bravía de jinetes rencorosos, que se exterminaban impune y recíprocamente por querellas de agua de riego o de política, en la soledad de un cañaval. ¡Quién iba a condenarlos, si eran ellos los caciques del departamento, diputados o senadores que con la amenaza de revolución hacían temblar en Lima a los presidentes! Pero ninguno se había aborrecido tanto como Jenaro y su primo Jacinto, poderoso hacendado también. Desde veinte años atrás, la lucha abierta era el drama popular de la provincia. Se perseguían a balazos por una carretera; dos o tres veces, capitaneando la peonada a caballo, se invadieron mutuamente las haciendas; y con algún emisario secreto, se envenenaban periódicamente el agua de una tinaja. La provincia dividida en *jacintistas y jenaristas*, miraba con asombro aquel encono perdurable y sin causa aparente. Sólo los viejos peones de las haciendas, los negros “bien hablados” y casi brujos que saben dónde están escondidos los tesoros de los “gentiles” y por qué la viuda blanca salta al caballo del viajero nocturno para clavarle las uñas como agujones, sólo los viejos muy canosos podían contar que “hace tanto tiempo mi amito”, don Jenaro halló en una cabaña de pescadores, junto al mar, a su joven esposa en brazos del primo Jacinto. Casi desnudo, a golpes, pudo éste huir sin que lo persiguiera nadie; pero la esposa de don Jenaro Montalván la suave y pálida Clorinda que lloraba sin término fué atada como estuvo, sin más vestidos que sus cabellos, en el lomo de la cabalga-

dura y llevada así a la hacienda. Los peones del camino vieron pasar el cortejo lento con un asombro creciente, que iba a ser terror en toda la comarca. Don Jenaro llevó de la brida al caballo hasta llegar al edificio de la molienda, y en la inmensa paila en que hierve el moreno zumo de la caña de azúcar —a pesar de los llantos clamorosos y de las indias que se arrastraban de rodillas implorando la clemencia del amo— arrojó a su romántico amor. En la paila fue quemada viva doña Clorinda de Montalván, y durante dos años por lo menos nadie quiso probar azúcar que parecía tener sabor a sangre.

Aquel don Jenaro, tan buen mozo, que ostentaba en la feria los mejores caballos de paso, los ponchos de relumbrón y esos sombreros de Catacaos tan sutiles que sólo pueden tenerlos manos de mujer en una noche de luna, acabó por ser este viejo mugriento de cejas foscas y poncho negro, gallero insigne y amparador de bandidos.

—Estaba en su ley— observaban las gentes con ésa ruda justicia de mi tierra—. Jué culpa de la finadita, que le faltó pues, señor. El agarró y se desgració; quedaron parejas. El gallo tiene su espolón.

Así decían añadiendo, “¡Pobre don Jenaro!” los peones ancianos para explicar la ruina de aquella vida. Con los años parecía relajarse su crueldad antigua. Ya no ataba a los culpables del más simple delito con un cepo de clavos que los hacía ulular toda la noche. Y cuando circuló por las haciendas comarcanas la noticia de que estaba muriéndose, la compasión fué general. Pero noticias más extrañas acrecentaron la curiosidad y la simpatía. Se estaba arrepintiéndose al cabo el tremendo autor de tanta fechoría, el viejo hereje que instalara en la capilla de la hacienda una *cancha* de gallos. Había pedido confesión, y como el penitente era de fuste, el reverendo obispo del departamento no vaciló en cabalgar dos días para traer los santos óleos.

Tal extremaunción fué, por su puesto, una de las más ejemplares fiestas de la provincia. En los curatos lejanos se decían misas por don Jenaro y el alma romántica de las gentes se entusiasmaba con la santidad de aquel epílogo. Milagro fué de Santa Rosa, que en su capilla del Carmen Alto, circundada de cañaverales de azúcar, parecía mudar toda la dulzura ambiente en un irresistible don melífico. Por las noches, cuando pasaban las carretas, los gañanes detenían los bueyes para dejar en la capilla la flor que llamaban "la bandera". Junto a la casa de la hacienda se habían visto luces rojas en la noche. "Yo la vide, comadre, se lo juro por estas cruces", aseguraban los cortadores de caña, besándose el pulgar y el índice cruzados. Era Mandinga, era el diablo el que venía a llevarse el alma sometida pero en su lucha con la santa; ésta había vencido de tan celeste manera que don Jenaro manifestó el deseo de ver, antes de morir, a su primo Jacinto para perdonar los rencores pasados.

Al saberse el proyecto de reconciliación sublime, la provincia entera tuvo el entusiasmo de un espectador de quinto acto. El lunes, con el alba, en medio de repiques de campanas, salió el obispo a Tamborán, el fundo del primo Jacinto, y el martes por la tarde su regreso fué triunfal en el patio de la hacienda, decorado con arcos y guirnaldas. Vestidos de fiesta, los peones esperaban la bendición como en las romerías.

Sin descalzar espuelas ni quitarse el poncho, don Jacinto Montalván avanzó, precedido por el obispo, al cuarto en donde el primo Jenaro exhalaba a trechos un quejido anhelante con la mano crispada en el corazón.

—Jacinto —dijo el moribundo, desde el solemne lecho colonial, entreabriendo los ojos—, te he llamado para que me perdones.

Con voz asmática explicaba el pasado, se sinceraba mezclando a Dios y los santos, y concluyó diciendo:

— ¡Dame un abrazo, hermanito!

En el cuarto obscuro rezaban algunos servidores .“Jesús, María y José”, gimió una vieja, estremeciéndose y besando el suelo por humildad. Dos voces de mulatos sollozaron: “ ¡Mi amito!”. Conmovido también, Jacinto se inclinó sobre el lecho para dar el abrazo de paz; pero retrocedió bruscamente. El viejo se había erguido a medias; el revólver que ocultaba en las sábanas brilló un momento en sus manos inhábiles y cayó al suelo con un ruido fúnebre. La voz de don Jenaro, enronquecida por la agonía, silabeó entonces con desaliento:

—No puedo. . . ¡Hijo de . . . perra!

Estaba muerto ya, y tan pavorosa expresión reflejaban los ojos vidriosos, que el mayordomo de la hacienda le tendió sobre el rostro un pañuelo de colores. El obispo y sus familiares rodearon con estupor indignado a don Jacinto Montalván, excusándose de lo ocurrido, temiendo tal vez que los creyeran cómplices en la emboscada aviesa. Su Ilustrísima acompañó hasta el caballo a don Jacinto, silencioso y ceñudo. Pero cuando éste se hubo afianzado en los estribos de cajón, le oyeron que murmuraba con un asombro respetuoso ante aquel rencor magnífico:

— ¡Pobre don Jenaro! ¡Murió en su ley!

YACU-MAMA (*)

En su choza amazónica, a orillas del sonoro Ucayali, Jenaro Valdivián vió con sorpresa que las provisiones y las balas se acababan. Su fiel servidor, aquel indio *conivo* que tan bien flechaba los monos gordos para convertirlos en manjar exquisito, se marchó, como ellos dicen, a “pasear”. Dos o tres días de misteriosa excursión por la selva, de donde regresaba, con

(*) Madre del río

su bondadosa sonrisa doméstica, lleno de orquídeas sangrientas y de mariposas deslumbradoras para el chiquillo.

¡Cómo iba a dejar solo a este hijo de siete años, que, educado por indios de Loreto, tenía ya vivacidades de salvaje! Salió a la orilla del río y silbó largo rato en vano. En el centro del agua un remolino de burbujas pareció responderle; pero la empecinada boa no quiso moverse. Estaba allí seguramente durmiendo y digiriendo, en su soledad acuática. el pecarí cazado ayer. Resignado, en fin, Jenaro Valdivián cogió el machete y la carabina, encerró en la choza a Jenarito, a pesar de sus protestas de niño mimado, y lo amonestó severamente.

— ¡Cuidado con salir! Ya regreso.

Para consuelo y paz dióle al partir una vela y un cartucho de hormigas tostadas, que son golosina de los niños salvajes. Vladivián no las tenía todas consigo desde la víspera. Al zanzar un árbol de caucho le pareció advertir que el tigre le estaba espionando en la espesura. Bien conocía los hábitos de la maravillosa bestia de terciopelo, que sigue durante días enteros a su presa y ataca solamente, cuando ha observado los pasos y agilidad del adversario. En noches pasadas, fumando su cachimba bajo la luna, viera esas dos luces rojas, errantes y alucinantes sobre la ojiva de la tiniebla. Un disparo las dispersa por un momento; pero la ronda vuelve, y el cauchero, que sueña al aire libre, se dice lanzando bocanadas de humo, con un calofrío molesto: “Ya está aquí el tigre esperándome”.

En su canoa, río abajo, Jenaro pensó que era preferible no alejarse mucho. Recordaba que a dos vueltas del río hallaría en la “quebrada de las serpientes”, junto a la choza abandonada por los indios *witotos*, huidos al alto Putumayo, su admirable y misterioso telégrafo: el *manguaré* (es un recio tronco horadado con tan extraño arte que, al golpear sus nudos redondos, la selva toda resuena a cinco leguas con un rugido). Su servidor le había enseñado esa clave inalámbrica

y seguramente algún indio amigo escucharía su mensaje distante; o tal vez Gutiérrez, el cauchero más rico de los contornos, le despacharía un “propio” con pertrechos y víveres.

Llegó de la espesura a la canoa aquel perfume caliente que le embriagaba siempre como un efluvio de paraíso podrido. Avanzaba la selva en las riberas su fronda chillona y parlante, coronada en el sombrío vértice por monos y guacamayos tri colores. Un estruendo de menudos loros verdes pasó en el viento, hojas dispersas de un árbol roto en el huracán. La canoa crujía con un zumbido tropical de flecha o de abejorro. “Será penoso el regreso”, pensó Jenaro Valdivián, hundiendo apenas el remo en el agua espumante.

En la solitaria choza, el niño empezó por devorar la vela de esperma. En seguida, las hormigas tostadas con sabor de pimentado bombón inglés fueron la delicia de un cuarto de hora. La sed comenzaba a atormentarle y sacudió la puerta enérgicamente. Quería salir al río a bañarse en el remanso de la orilla como los niños del país; pero Jenaro Valdivián había asegurado la cancela de cañas con la caparazón de una inmensa tortuga muerta. El Hércules de siete años gritó en lenguaje *conivo*:

— ¡Yacu-Mama, Yacu-Mama!

En el río, unas fauces tremendas emergieron del agua con un bostezo lento. La obscura lengua en horqueta bebió todavía con molicie la frescura del agua torrencial. Poco a poco el cuerpo de la boa fue surgiendo en la orilla con un suave remolino de hojas. Tenía cinco metros, por lo menos, y el color de la hojarasca. El niño batió palmas y gritó alborozado cuando la espléndida bestia vino a su llamado retozando como un perro doméstico, pues es en realidad el

can y la criada de los niños salvajes. Sólo quienes no han vivido en el oriente del Perú ignoran qué generosa compañera puede ser si la domestican manos hábiles. A nadie obedecía como al minúsculo tirano, jinete de tortugas y boas, que le enterraba el puño en las fauces y le raspaba las escamas con una flecha. De un coletazo de bestia rampante disparó la concha de la puerta y entró meneándose con garbo de bailarina *campa*. Jenarito gritó riendo:

— ¡Upa!

La boa lo enroscó en la punta de la cola para elevarlo hasta el techo de la cabaña; pero de pronto volvió la cabeza airada hacia la selva. Se irguió en vilo como un árbol muerto. Por sus escamas pasaba un crujido eléctrico y la cola empezó entonces a latiguar el suelo de la choza con espanto del guacamayo azul y verde que estaba columpiándose en su cadena. Inmóvil, con los ojos sanguinolentos, parecía escuchar, en el profuso clamor de la arboleda, algún susurro conocido. Los monos en la distancia chillaron estrepitosamente. ¿En qué rincón cercano había muerto un árbol? Su turba de aves sin abrigo iba buscando otro alero en el hervidero de la selva poblada, sobre la rotunda fuga del río. Era preciso tener oídos de boa para percibir en tal estruendo el leve rasguño de unas garras.

El tigre de la selva entró en un saltó, se agazapó batiéndose rabiosamente los ijares con la cola nerviosa. Como una madre bárbara, la boa preservó primero al niño derribándole delicadamente en un rincón polvoriento de la cabaña. La lucha había comenzado, silenciosa y tenaz como un combate de indios. El felino saltó a las fauces del adversario, pero sus garras parecieron mellarse y por un minuto quedó envuelto en la red impalpable que hizo crujir las costillas. Una garra había destrozado la lengua serpentina y la boa adolorida des hizo el abrazo por un minuto para volver a enlazar otra vez. Un alarido resonó, acabando en un jadeo abrumado. La san-

gre salpicaba de un doble surtidor y ya sólo se divisó en el suelo un remolino rojo que fue aquietándose hasta quedar convertido en una charca inmóvil de sangre negra.

El niño lo había mirado todo, con un terror obscuro primero, con alegría de espectador después.

Cuando, seis horas más tarde, volvió Jenaro Valdivián y comprendió de una mirada lo pasado, abrazó al chiquillo alborozadamente pero en seguida, acariciando con la mano las fauces muertas de su boa familiar, de su criada bárbara, murmuraba y gemía con extraña ternura:

— ¡Yacu-Mama, pobre Yacu-Mama!

COCA

Apenas hubieron llegado a la *puna*, el guía indígena quiso volver atrás con un temor inexplicable. Fué en vano que Jacinto Vargas le ofreciera la más reluciente de sus libras de oro peruano. El indio designó el sol declinante sobre una montaña andina: en la nieve de la cumbre tenía color y chorreras de sangre. Como no le bastara al amo tan seguro indicio de muerte próxima, cogió en la alforja algunas hojas de coca y las masticó un momento hasta que su sabor amarguísimo le hubo indicado el peligro de seguir adelante. Sin mayores comentarios volvió grupas, espoleando con el talón desnudo su mula, que trotaba sin ruido por esa blanda grama de la *puna*.

Cuando Jacinto Vargas lo alcanzó a galope tuvo que levantar el látigo para que volviera el indio sumiso, gimoteando y mostrando la luna, pues entraba ya la noche. Se detuvieron a dormir en una arruinada cabaña de la cima.

Todo el paisaje desamparado y monótono de las laderas de los Andes se divisaba desde allí; su vegetación amarillenta y rala hasta las cumbres, que afianzaba su trinchera

de sombras contra los últimos fuegos de la tarde. Un frío súbito bajó de la nieve cuando el día se hubo apagado.

Envuelto en su *poncho* como en una frazada, Jacinto Vargas se tendió en el suelo a dormir, después de haber atrancado la puerta de la choza con las riendas de su cabalgadura. El indio se acurrucó contra el lomo de su mula para que la tibieza animal le preservara del frío nocturno. Ocho horas de jornada por las montañas andinas son el mejor remedio conocido para curar insomnios, sin contar con esa *chicha* excelente que ayuda, a bien dormir.

Pero a las dos de la mañana el frío le hizo tiritar y pensó desperezándose, que había cogido una *terciana*. Llamó al guía en vano. Despertar a un indio encogido como una momina es obra tan difícil, que se disponía a buscar en la sombra un frasco de quinina, cuando le pareció notar que de su mano chorreaban gotas tibias: la lluvia seguramente, el súbito chubasco. ¡Caramba! Su poncho estaba lleno de sangre. Saltó a la puerta para cortar las riendas con su cuchillo y la halló entreabierta. Una amplia luna remontaba como las cometas de los niños serranos, suavemente hinchada de viento. Entonces, mirando la choza y la extensión infinita, Jacinto Vargas, perfectamente despierto, se estremeció con un largo calofrío. El indio truhán se había fugado con las mulas; le abrió al partir con el cuchillo de monte una vena del brazo, y a la *chicha* vertida añadió seguramente un poco de *chamico* para que el sueño fuera invencible.

El terror súbito le anudó la garganta. Estaba solo en el fin del mundo, en la más tremenda soledad humana, la de esta serie de colinas que van llevando su vegetación de ruina por los antiguos andenes de los Incas hasta el blanco monumento de las nieves eternas. Jacinto Vargas se sintió perdido sin remisión. Pocas gentes transitan por allí y puede decirse que no hay camino, puesto que se cruza la puna por cualquier lado sin que el paso de las cabalgaduras deje rastro.

Entonces una idea súbita le hizo subir los colores al rostro. La alforja que el guía dejó al huir estaba llena de hojas de coca; puesto que los indios pueden vivir algunos días sólo *chacchando*, ¿por qué no iba a imitarlos? Más de una vez los viera preparar la mixtura de hojas con un poco de cal y masticarla horas enteras, sin probar otro alimento, a pesar de las rudas jornadas.

El sabor amarguísimo le hizo escupir dos o tres veces la masa triturada por los dientes. Ensayó de nuevo. El aguardiente con que se enjuagaba la boca le pareció menos fuerte que de costumbre y se tendió un instante con la cabeza en la montura. Afortunadamente el indio había dejado los aperos de montar, desdeñoso de estas complicaciones civilizadas, pues él cabalgaba *en pelo*.

Hasta las montañas el camino relucía como la plata nueva. Las tunas mismas, tan negruzcas, recibían un reflejo argentino en sus brazos velludos de candelabro. Masticando afanosamente, Jacinto Vargas comenzó a sentir una extraña dulzura en los nervios, y el silencio que le aterrorizaba poco antes parecióle calmante. Con alegre, lucidez empezó a pensar que las mulas del correo no pasarían lejos. Iba a esperar, por supuesto, dos o tres días; pero en fin, la coca podría alimentarlo, y la herida del brazo, cicatrizada con un coágulo negro, le dolía apenas.

Sin sorpresa alguna comprendió de pronto que estaba en la vecindad de una aldea de indios, pues sonaron las *quenás* en la obscura oquedad de las montañas. De las más lejanas sombras llegaba su latir tan armoniosamente difundido y nocturno que parecía el quejido mismo de la luna. Jacinto Vargas se arrastró hasta la puerta para escuchar mejor. Vio claramente el rebaño de llamas a cincuenta pasos, cuando más. Eran doscientas, eran trescientas, no se podían contar, todas blancas como el astro. Hubiera podido llamar al pastor, que seguramente no estaba lejos tañendo su flauta de

caña; ¡pero sentía tal pereza de hablar! Era mejor seguir aspirando en silencio la frescura que baja de las nieves. Hasta esa cumbre ascendían las llamas, ondulando, meneando apenas la barra de mineral atada en el lomo. Venían de las minas de la sierra probablemente. ¡Qué de ellas, caramba! Hasta el horizonte no se veían sino llamas en pie que miraban la luna y su lomo confundíase con la línea indecisa de los Andes. Iban a beberse toda la nieve. ¡Qué delicia! Nunca las vio danzar. Sí, danzaban al compás de las *queñas*, apoyando alternativamente en la blanda grama una y otra pata delantera, según el ritmo del *yaraví*. Jacinto Vargas sonreía de gozo arrastrándose poco a poco sobre la hierba húmeda. Se acercaría así, sin ruido alguno, hasta las llamas blancas para acariciarles el vellón esponjado en la noche. ¡Una necesidad de paz entrañable le suavizaba las venas y en el sudor de la frente era tan suave el viento helado! Sí, iba a quedarse dos noches más aquí, dos noches enteras antes de que cualquier caminante viniera a turbar su deliquio. Miró con recelo las primeras luces del alba, que ostentaban los colores de su propio poncho en el prisma de la alta nieve. Al sentir que un ave oscura le rozaba el rostro, levantó una mano titubeante para acariciarle el plumón de la cabeza murmurando una palabra tierna. Pero el ave desperezó las alas inmenzas reflejando la aurora cercana en el plumaje. Con la mano izquierda, ya muy torpe, Jacinto Vargas arrancó el coágulo del brazo para que respirara mejor la herida; ¡Qué bienestar aquél! Era como si tuviera dos bocas entreabiertas. ¡Iba a dormir tan bien, con el sabor de la coca en los labios, mientras resbalaba dulcemente la sangre tibia! Ya escuchaba con precisión un ruido de cascabeles: la reata de mulas del correo en la montaña. Pero él no quiso mostrarse. Inclínó la frente sobre la montura y sonrió al morir.

El cóndor, que aguardaba, se le trepó a la cabeza y picoteó largo rato los ojos abiertos.

AMOR INDIGENA

¡Día rudo aquél por ásperas montañas! En la hondonada, el río blanco estrellándose en algún bloque inmenso que siglos atrás rodara hasta allá abajo. Por instantes era preciso detener las cabalgaduras en el sendero de un metro, rozando con la pierna las aristas de la piedra roída por las lluvias, cerrados los ojos para no ver el barranco a donde rodaron tantos caminantes. Después de una montaña, otra montaña, interminablemente. A lo lejos, las colinas de la *puna* violeta con sus cactus erguidos en la peña: tres astas velludas como espejismos de verdura en el páramo. Era en la sierra del Perú a dos jornadas de la costa, un día azul de mayo.

Mis compañeros, un señor feudal de los contornos y un comerciante leguleyo, que iban también a la capital de aquella sierra distante, me repetían en lengua quechua canciones empapadas de tristeza sutil como la *puna*. Habíamos emprendido la marcha con el alba y no veíamos el poblado esperado. A todos los indios del camino que pasaban con un zurrón al hombro o pastoreando su rebaño de llamas les preguntábamos por el remoto caserío. Ellos se detenían lo más lejos posible, fieltro en la mano, siervos de una raza inerme:

—Aquicito no más, *taita*.

Y nuevas montañas y el río furente, y en la hondonada una osamenta como una extraña vegetación de abismo.

Súbitamente, al torcer una cuesta, los caballos se esponjaron briosos y su relincho alegre pareció una respuesta a la campanita de la aldehuela próxima, la campanita petulante que se columpiaba en el campanario como un volatinero del azul. El hacendado, don Rosendo Cabral, sacó el revólver, un lindo browning, y disparó por regocijo contra un águila que rondaba en altura vertiginosa. Y alegres y majos, espolcando los caballos nerviosos, hicimos una entrada sensacio-

nal en la plazoleta del caserío, que celebraba la fiesta de su patrono.

Hasta hoy no sé cuál era el patrono de la aldehuela.

¡Santa Rosa me valga! Estaba enamorado: desde la entrada cautivó mis sentidos una india primorosa como las que sedujeron a los conquistadores.

Venía con la menuda procesión, cantando yaravíes en suspirante lengua de brujerías. Le caían de la montera parda las trenzas lustrosas sobre los hombros. El admirable pecho de la chiquilla se abultaba bajo un extraño manto violeta retenido en la garganta por el clásico alfiler rematado en cuchara de oro. Y los delicados pies llenos de polvo en las sandalias burdas tenían una gracia bíblica.

Sofrenamos los caballos al paso del santo séquito para admirar la más peregrina procesión que darse cabe. Del coloniaje provenían sin duda aquel vestido del patrono —un manto de velludo carmesí empalidecido por años e intemperies—, las joyas bárbaras en las manos exangües y aquella aureola maciza sobre un semblante de Zurbarán. El párroco, tan viejo como el santo, presidía el cortejo, rutilante bajo el sol del otoño peruano.

Don Rosendo resumió nuestra opinión murmurando:

—Una mocita de quitarse el sombrero. ¿Para quién va ser? ¿Cara o sello?

Había sacado de la alforja un sol de plata, lo colocó sobre la uña del pulgar disparando al aire. Era una broma, por supuesto, nada más que una broma, pero nos inclinamos a tierra para ver si quedaba encima el escudo peruano o aquella Libertad sentada en la moneda como si estuviera ya fatigada de sus derrotas. . .

Tendimos las sillas de montar y los ponchos en la puerta del *tambo* para beber allí la *chicha* que encendía los ánimos. Cada cual ensalzaba gravemente las excelencias de su propio revólver, disparábamos a las nubes por alegría, éramos amos irresponsables del mundo, estaba lozana aquella tarde...

y me había tocado en suerte la mocita.

¡Ah, el *tambo* aquél y los extraños compañeros de ruta! Al recordarlos, sonrío y me estremezco. Don Rosendo, enjuto y acerado, con ojos campechanos en que retozaban brutalidades de centauro; su compañero, un mozo mohino que bebía siempre y me llamaba con prespeto “doctor”. No sé si estábamos ebrios, pero gritábamos seguramente, pues el patrón del *tambo*, un chino enfermo de opio nos miraba con ojos intimidados. ¡Lindo rancho! La mesa y las sillas eran cajones de petróleo con el nombre del industrial en letras negras; los platos, oscuros como “huacos”, un perro tuerto que torcía la cabeza para mirarnos, y, en el brasero amplísimo, un cabrito, Dios sea alabado, un cabrito oliendo a gloria.

A este perfume se mezclaba un aroma de Extremo Oriente, mirra y sándalo, porque allí estaba el santuario: una caja de papel encarnado con inscripciones negras en donde recibía el homenaje de dos carbones de olor un Buda negro. Don Rosendo mostró la imagen al chino acurrucado y murmuró en el lenguaje pueril que usamos para hablar con todo asiático en el Perú.:

— ¿Ese, tu Dios?

El “tambero” respondió, en voz adicta y halagüeña, que sí, ¡Paf! Un disparo. Fue el revólver de don Rosendo que hizo saltar el ídolo en pedazos. Resonaron nuestras grandes carcajadas al ver la desolación del hombre amarillento. Eramos ya los dueños de aquel poblado solitario y la vida tenía el color dorado de las mañanas de otoño en tierra bárbara.

Reposábamos del copioso almuerzo sobre los ponchos tendidos, cuando volvió dispersada la procesión. ¡Paf!. Un segundo disparo de don Rosendo. Era el carnerito que triscaba en la plazoleta. El mundo entero pertenece a los que tienen tan buen revólver. ¿Por qué nos iba inquietar la desolación indígena? Desmedidamente generoso anduvo don Rosendo al tirarle al propietario, un cholo enfermo de terciana

y que temblaba de frío, cubierto con cinco ponchos, el par de soles en que tasó el cabrito. Entonces tuvo una idea diabólica.

—¿Y la indiecita?

Estaba cerca de nosotros, en la puerta, hablando en voz baja, por respeto, con un grupo de indios; su familia tal vez, que vino acompañándola desde lejana aldea a la fiesta. ¿Desde cuántas leguas? No lo pudimos saber.

—Muy lejos, *taita*, detrás de todos esos montos —explicaban los indios.

Tenían rostros cetrinos, patinados como los troncos viejos, y las sílabas de su lenguaje gutural resonaban como un canto anhelante. Un anciano de barbas ralas ensayaba en su *quena* obscuras sonatas y quizá empezaba a entumecernos la melancolía tan peruana de la flauta que insiste, que tropieza en la misma nota, que ensaya siempre y no acierta nunca con la perfecta modulación de su melancolía. Pero el demonio del vino soliviantaba a don Rosendo y me llenaba la boca de besos.

“Era un deber, un simple deber“, observaba él riendo y se enfadaba ya con mis negativas. Recuerdo aún la temblorosa pasividad de aquellos siervos cuando don Rosendo los dispersó a latigazos y nos empujó, a la indiecita y a mí, dentro del tambo.

Aquello fue salvaje, como en las historias de la Conquista. Me encerré, despedí al chino aterrado, y la indiecita fue mía sollozando palabras que yo no acertaba a comprender. Estaba primorosa con su alucinado temor y su respeto al hombre blanco. Me alentaba por primera vez esa alegría de los abuelos españoles que derribaban a las mujeres en los caminos para solaz de una hora y se alejaban ufanos a caballo, sin remordimiento y sin amor. La linda niña me miraba sumisa como a su dueño. Era su carne prieta, de Sulamita, porque el sol le estragó el color; y en el desorden del manto violeta

como la tarde de las serranías, asomaban redondeces de plenilunio.

Y cuando harté mi deseo, salí. Ya ensillaban mis compañeros, pues era preciso ponerse en marcha si queríamos pasar la noche en el próximo caserío. Terciamos los ponchos, aseguramos en la montura la vaina de cuero del revólver, y partimos por la carretera a trote largo.

Dábamos la vuelta al cementerio, cuando sentí pasos apresurados por el sendero de cabras. Era mi chiquilla que llegaba corriendo. Se detuvo divinamente acongojada, sin pronunciar palabra, sin un reproche. Por lo demás, si ella hubiera hablado, yo no hubiera podido comprenderla. Pero me miró con tan desamparada súplica de esclava, que sentí un vuelco de orgullo en el corazón.

¿Quién iba a quererme así, pisando las huellas de mi caballo en busca del Amado por los caminos, como en el excelso cantar de Salomón? ¿Cuál otra me perseguiría también, desmelanada, olvidando a los suyos y entregándose para toda la vida? Resucitaban en mi sangre los abuelos magníficos y obedecí a su atavismo. Acerqué entonces mi caballo, levanté en vilo a mi serrana y hundiendo las espuelas nazarenas eché a galopar con un orgullo de otra edad. ¡El orgullo de aquellos semidioses de la conquista peruana que robaban mujeres des-pavoridas en la grupa de su corcel de guerra!

LA SELVA DE LOS VENENOS

Ni yo ni el capitán pudimos aceptar con entusiasmo que se interrumpiera la partida de *poker* cuando habíamos ganado cinco libras y el *stout* era tan sabroso en la monotonía del mar, a dos días de todo puerto. El juego y la cerveza negra pueden consolar de muchas soledades; pero el oficial no retiraba la mano de la gorra, excusándose:

—I am sorry, sir.

Abajo, cerca de la cala, en el recinto oliente a brea y bacalao, un marinero moribundo hablaba español y pedía gimiendo que buscaran un intérprete en el barco. Por eso el joven oficial se había atrevido a subir hasta el camarote del capitán en que jugábamos. Le seguí malhumorado, por escaleras de caracol, hediondas y pegajosas, atravesando corredores en que silbaban ingleses bajo los baldes de la ducha o zapateaba lúbricamente un negro tinto.

—Aquí es —murmuró el oficial cuando llegamos a la recámara en cuya puerta jugaban dos grumetes a los dados.

Era un camarote oscuro, con ese olor peculiar de las cámaras bajas, que puede dar el vértigo: olor de aceite, brea salada y tabaco inglés. En el camarote, apenas alumbrado por la portilla, reposaba un enfermo sobre el colgante lecho de lona. Cuando saludé en español se irguió en vilo un perfil amarillento; dos manos titubearon para coger la mía. Estaban sudorosas y temblaban.

—Señor. . . —balbució el enfermo en voz de lágrimas.

Pero cuando supo que yo era también peruano, su alegría pareció delirante. Y como no había podido hablar en quince días, como era necesario que contara antes de morir a un ser viviente la congoja de su vida marrada, me retuvo de la mano para que no escapara; y yo sé apenas traducir la fiebre de su monólogo:

—Sí, señor. . . soy del Callao. . . Que el señor no se vaya y me perdone. Me moriré y no le molestaré más; pero antes prométame que llevará esta sortija a mi madre, y este retrato del chiquillo, y este paquete cerrado. Le voy a cansar, señor, dispense. . . Muchas gracias. . . ¿Por qué me fuí a Iquitos? A hacer fortuna, como tantos. No vaya, señor, nunca, nunca. ¿El señor no conoce la selva virgen? ¡Ah sí, ya le han hablado de ese infierno! La primera vez, cuando las gentes llegaban allí de noche, se enloquecen y empiezan a echar espuma por la boca, gritando que los lleven río abajo. ¡Si se pudiera dormir siquiera en el campamento! Pero todo grita, todo

canta, todo se queja, señor. Las fieras no son lo más per-jú-dico ni los silbidos de la serpiente de cascabel, que espanta hasta a los indios cuando viene de pie como una persona dando chicotazos al tronco de los cauchos. Peor son los monos y los loros, que se ponen a ver pasar a la gente para rascarse y burlarse. Parece que taladra los oídos la carcajada de los papagayos y un tiro de fusil resulta inútil. Agarré y me levanté en la noche para gastarme algunos cartuchos, pero es malo mirar la selva bajo la luna. Nadie sabe todas las cosas que vuelan, todos los pasos que se pierden con el crujido de la muerte en los caminos. ¡Eso sí, qué olor delicioso, señor, un olor que no se olvida! Por respirarlo otra vez, volvería. . .

En la mañana quise ya salir a trabajar en el caucho cuando quién te dice que don Cristóbal el brasilero nos llama para decirnos: "Ya vienen las hormigas". Unas hormigas gordas como el dedo pulgar, millones de hormigas, un mar moreno que avanzaba por un claro de selva. Los peones cogieron algunas para tostarlas y comérselas. . . No crea, señor, son cosa rica. Pero antes de huir, una víbora aterrada mordió en la mano al patrón, al brasilero. ¡Qué atrocidad! Tuvimos que vaciar las balas de la escopeta para rociarle la mordedura de pólvora. Prendimos fuego y estalló el pedazo de carne. ¡Lo habíamos salvado. . .! Aquella excursión llevándolo en unas andas de ramas cubiertas con nuestros ponchos. . . ¡no le digo nada! Al pasar bajo la cima de los cedros, los monos nos tiraban ramas podridas y los papagayos parecían estar anunciando a la selva entera nuestro paso. Cuando volaban juntos no se les podía mirar, como al sol, porque nos cegaba la color. No se veía nada en la selva oscura, pero caían flechas como lluvia. Parece que vienen del cielo y se queda un cristiano atravesado de arriba abajo! ¡Paf! Sin confesión, lo mismo que si lo clavaran en el suelo para espantapájaros. El cauchero nos gritaba en portugués que disparáramos; pero, adónde, señor

si todo estaba lleno de ruidos? . . . ¡Y de silencio pero que el ruido, ¡mamita!, porque se espera temblando lo que va a pasar: un rugido, una flecha, qué sé yo! Un peón enfermo de *beri-beri* (es como terciana, que tiemblan las quijadas y se mueren los hombres como moscas), un peón, como lo estaba diciendo, empezó a dar grandes gritos y se metió de un salto a un charco de agua. No salió más. Tuvimos que amenazar con el revólver a los otros que se querían meter también a la charca llena de caimanes. Se nos había acabado la quinina; pero lo estoy cansando, señor; ¿no? perdone; y si a mano viene me quedo en una tribu *campa* porque no le dije que me enredé con una india de buena cara que me parió un indiecito. Mire, señor, en la fotografía cómo se parece el pobre niño. . . No estábamos juntos ese día, pero ella me ayudaba cada mañana a zanjar, con el machete, los árboles de caucho. Después, por la tarde, pasábamos a recoger los vasos en que ha goteado la resina todo el día. . . ¿El señor no oyó hablar jamás de la *chicharra machacui*? Una mariposa que es una víbora. Sí, ¿qué le parece? Una cosa linda, una florecita que vuela, cuando a la hora de la hora viene volando, se tropieza con uno y le clava el aguijón, que tiene ponzoña. No sale por las tardes porque le diré que es medio cegatona. Cuando empieza a refrescar sale de su covacha como los murciélagos. Donde ve luz, allá se va. Y como era casi de noche, mi indiecita estaba con el niño recogiendo los vasos de caucho y había encendido su linterna. Llegó como le decía la *chicharra machacui*, y el niño se puso a dar grandes alaridos; pero yo no comprendía nada. Sólo ella, conociendo estos bichos, vió el bracito mojado de sangre. La madre agarró y miró a todos lados como si buscara amparo de la Virgen Santísima. ¡Ah, señor, sólo una india es capaz de hacer cosa semejante! En dos por tres se arrodilló en tierra, como le estaba diciendo, afiló el machete y, ¡tras! le cortó el brazo hasta el codo. ¡Cómo si me lo hubieran cortado a mí señor!

Se oyó tan lejos el grito y los llantos que hasta el bosque pareció callarse, y yo estaba loco de atar. ¿Se figura? La madre amarraba el muñón con un pedazo de la camisa y corría, sin gemir, en dirección al campamento, donde el patrón, que era algo médico, podía quizás curar al niño, corría por la selva nocturna llena de luciérnagas y de rugidos y del sonido más terrible de la serpiente de cascabel. Durante una hora estuvo corriendo. Yo iba detrás con el fusil listo para los tigres. Cayó al fin muerta de mal de corazón; y el niño se me murió allí, gimiendo, en la selva endemoniada. . . Se quedó lelito bajo un árbol de caucho, blanco como el papel. Entonces, de un salto bajó de la sombra el tigre que había estado siguiéndonos y se llevó, señor, al muertecito, para comérselo. . . Yo no sé cómo pude escapar de Manaos; y allí me enganché de marinero para volver a la patria. . . Era una mariposa bonita, señor, una mariposa que tenía veneno. Dígame, si es justo, por la santa caridad, que así se me llevaran a mi angelito. Era una mariposa de todos los colores, una mariposa linda. . .

Estrujaron la mía sus manos sudorosas; y aquel hombre sencillo murió repitiendo el nombre de la *chicharra machacui*. Cuando pude separar de su dedos el saco impermeable hallé dentro, resecao y moreno, el brazo del hijo muerto.

LOS CERDOS FLACOS

Como la vieja se quejaba con un ronquido estridente en su jergón de paja, sobre el lecho de tierra endurecida, Asunción Quispe quiso probar el remedio heroico. Tomó a dos manos, en un rincón, la inmensa vasija de barro cocido, rebosante de aguardiente de caña, y empezó a verterlo con abundancia en los labios de la moribunda, que se agitaron relamiéndose. El cañazo lo cura todo en la sierra del Perú. Pero esta vez sólo sirvió para suavizar una agonía.

Asunción Quispe no lloró. Lloraría más tarde, en unión de sus parientes, lloraría a compás de queñas y danzas, sollozando con el porongo en las manos, en el curso de la larga ceremonia del funeral como sus padres y abuelos desde los tiempos sin memoria. Por el momento era preciso buscar al cura, al *taita* cura, que dispusiera el entierro católico, pues sin hisopo y latines la india se iba al infierno derechamente. El infierno es un país de nieve, desprovisto de alcohol y de *llamas* familiares, en donde se trabaja todo el santo día bajo el látigo de un alcalde negro.

Al *taita* cura era preciso hablarle con buenas razones; en el fondo del muñeco tejido con lana de colores que sirve de alcancía a los indios le quedaban a Asunción Quispe algunos soles de plata de diferentes cuños, empañados ya por la humedad de la sierra, casi negros. Calculó contando con los dedos. Entonces se decidió a atar con un ronzal a sus dos cerdos rosas que estaban hozando la tierra junto a la cama de la muerta. Eran el único bien que les quedaba.

¿En dónde estaría el señor cura? Los vecinos dijeron que se marchara temprano a caballo para festejar un nacimiento en la cima de los Andes, junto a la cruz de hierro del Santo Cristo. Un nacimiento puede durar dos días, tres, una semana, según la cantidad de alcohol y el lujo de los vecinos. Bien pensado, era mejor salir al encuentro del *taita* cura llevando en hombros a la muerta. Dos compadres de la vecindad se prestaron a disponer con troncos enlazados la litera en que transportar a la finada. Iba detrás Asunción Quispe tirando del ronzal de los cerdos. El camino tallado en la montaña suavizábase a ratos a causa de la nieve de la alta cima, que se descuajaba mullendo a su paso las piedras de cuarzo puntiagudo. Nadie, sinó algún rebaño de llamas, interceptaba la ruta. Todas las cumbres blancas tenían una aureola de alas negras: los cóndores, atentos a la presa posible en el fondo del valle desamparado. Cuando arreciaba el viento helado, los tres

amigos se detenían a cobrar ánimos con aquel porongo de aguardiente instalado en los brazos de la muerta.

Diez horas de marcha a pie por senderos de serranía no son jornada extrema para los indios. A medio camino, en la *pascana* del Santo Cristo, hallaron al cura, que montaba a caballo, y comprendió sin palabras, acostumbrado ya a estos lañces. Asunción Quispe se despojó del sombrero de fieltro; desdobló prolijamente una tela de colores en cuyo centro estaban arropadas las monedas de plata y esperó la sentencia de don Felipe Muñoz, el cura del valle. Era un hombre recio, buen jinete, hinchada la nariz de barros violetas, brutal en su ademán, breve en palabras. Con agilidad insospechable se apeó para examinar de cerca los cerdos rosa. La mano gruesa palpó el vientre y el lomo, entreabrió los hocicos lodosos. Encogiéndose de hombros con sardónico sonreír, volvió a montar. ¡Dos cerdos flacos! El entierro valía mucho más. Un entierro decente de misa baja, sacristán con sobrepelliz y todos los latines del libro mayor. ¡No podía ser! Asunción Quispe corrió tras el caballo del cura gimiendo que, por esta vez, se redujeran las tarifas. Pero el cura Muñoz conocía muy bien a estos indios avaros. Proponían hoy dos cerdos; mañana vendrían con la vaca.

Asunción y sus compadres se miraban con espanto de esclavos que no saben decidirse. ¿Qué hacer ahora? Era muy pesada la carga para volver con ella al pueblo. La dejarían bajo el alero de esta choza en ruinas, y regresarían mañana con más dinero que podrían prestarle, quizás otros compadres. La muerta se quedó allí, arropada en su poncho de tono violeta.

Puesto que festejaban bautizo en el villorio cercano, pasarían en él la noche. Para los indios, la alegría y el luto se parecen. Beberían, bailarían llorando ante la cuna como ante una tumba. Dos horas después llegaban a la *pascana* en fiesta. Junto al fuego de estiércol de llama, la madre be-

bía con cada concurrente. Llevaba a cuestras en el poncho atado a los hombros al chiquillo por bautizar y le daba a probar algunas gotas de aguardiente para enseñarle pronto a ser hombre. De las guitarras bien templadas se elevó un acorde brusco. Las palmadas intermitentes acompañaron una danza rápida y contoneada, tradicional en el país, que el cura mismo seguía con un meneo de la cabeza. ¡Era quizá la danza de las vírgenes en los antiguos templos del sol! Sentada en la puerta con dos sombreros sobrepuestos y las trenzas colgantes sobre el pecho, una vieja antiquísima, tal vez abuela de todos, estaba adivinando la ascensión de la luna con los ojos empañados por la gota serena. De tarde en tarde sus manos vacilantes tanteaban en las trenzas el piojo que romper en los dientes con un estallido exacto y suave. . .

Infatigables, los tres compadres danzaron y bebieron la noche entera. Estaban ya consolados, casi felices; y como el dinero se acabó, dejaron en prenda del aguardiente adquirido los cerdos flacos. Cuando a las cinco de la mañana un sol moroso arrastraba por las punas bajas su lomo de vicuña herida, el cura mandó ensillar. Siguieron su caballo Asunción y sus amigos cantando en quechua las milenarias canciones al padre Sol, al padre benévolo que regresa cada mañana para visitar a sus hijos terrestres. Duraba la marcha algunas horas cuando un grito de espanto de Asunción Quispe les erizó la carne a todos. ¿Quién se había llevado a la muerta? Estaban allí, bajo el rústico alero, la litera de troncos, el poncho en jirones, un topo de oro. Sólo faltaba el cadáver. Entonces mirando al cielo lleno de alas, comprendieron que los cóndores lo habían devorado en la noche.

Pocas veces el cura había visto en sus indios incertidumbre y terror semejantes. Jamás en el poblacho los cóndores devoraban otra cosa que las bestias de carga. ¡Artimañas del diablo debían ser!. . . El cura mismo se inmutó. Uno de los indios, furiosos, se puso a perseguir a pedradas a un cóndor

perezoso que no quería volar, sino se alejaba a grandes bríncos sobre las peñas del abismo. El cura Muñoz sonrió entonces ferozmente porque una idea genial le afloró las sienés.

En quechua, dulcemente, como en los sermones de cuaresma, explicó a los indios lo ocurrido: era venganza de los demonios encarnados en aves de rapiña, porque nadie quiso pagar este año un diezmo conveniente a su *taita* y señor; y para aplacar las sagradas iras vendrían aquí mañana, vestidos de fiesta, a exorcizar a los cóndores, rociando con agua bendita las agudas piedras, la cabaña, todo el paisaje embrujado. Sólo así tendría descanso eterno el alma de la india muerta; pero cada vecino del pueblo debería llevar al curato sus mejores rebaños.

Resonaron quenás en la altura; otra quena respondió más lejos. Los indios inclinaron la frente morena y sumisa. Todas las flautas del valle parecían cantar la endecha de la raza que nunca supo sublevarse.

HISTORIAS DE CANIBALES

—Cuando yo refería eso en Europa —nos dijo Víctor Landa—, las gentes se reían en mis barbas con una perfecta incredulidad. ¡Sin embargo, ello es tan simple!... Y es que se tienen ideas preconcebidas acerca de la civilización y la barbarie, como si en un tugurio de Londres no pudiésemos hallar salvajes auténticos... He frecuentado mucho a Lucien Vignon! Vignon —¿no le conocen?—, el explorador que ha publicado tantos libros excelentes y de quien no se ha vuelto a hablar más después de la guerra. Pues bien; yo puedo contarles su aventura entre los indios *witotos* de mi tierra. Le conocí en la Legación del Perú en París. Era un francés nervioso, muy simpático, de perilla afilada, con ojos azules, límpidos; un “colonial” que había recorrido todas las selvas del mundo.

¡Cuándo al francés, tan casero, le da por dar la vuelta al Atlas!... Amigo de Gauguin, Vignon fue el primero que exploró algunas islas oceánicas y el misterioso reino del Tibet. Un día se marchó al Perú, pero no quiso quedarse en Lima, por supuesto, sino se encaminó a la floresta virgen. El viaje a Iquitos, el vasto puerto del Amazonas, no era a la sazón una sinecure; por lo menos un mes, utilizando todos los medios de locomoción, en primer lugar el tren, que rampando montañas atraviesa infinitos picos nevados y está suspendido sobre abismos de torrentes. Después, a lomos de mula, a pie o en litera de hojas, entre la vegetación monstruosa de un Canaán venenoso, donde comienza la gran región de las lluvias torrenciales...

De allí los vertiginosos afluentes —los rápidos como dicen en mi tierra— parten a alimentar el más amplio río del universo. Entonces es necesario dejarse atar en una como plataforma de madera, la *balsa* del país, que se desliza a ras del agua, con evidente peligro de no poder contar después la aventura si el río está revuelto. Tan a prisa como una buena flecha india, medio empapado por los remolinos que hacen virar la balsa, podéis enviar un adiós cordial a vuestros parientes, cerrando bien los ojos, pues esa caída a través de las estrellas os puede dar el vértigo. Sin duda al explorador Lucien Vignon no le pareció demasiado rudo tal deporte; apenas había llegado a Iquitos, cuando quiso partir a la selva incógnita, muy lejos, más lejos que la “Montaña de Sal”, en donde todas las tribus del Amazonas acuden a matarse buscando el precioso condimento.

Ya es suficiente Iquitos para el aficionado a exotismos: las boas, que os acarician las manos como gatos domésticos; las víboras pequeñas, que a veces halláis en vuestro lecho — ¡y no hablo en sentido figurado!—; los *outlaws* de veinte pueblos, escapados acaso de la Cayena, los *outlaws*, que el domingo, por simple diversión, porque el cielo está azul, se per-

siguen riendo a través de las lianas de la floresta. Sólo que han bebido y llevan encima los mejores revólveres de Europa...

Al prefecto de Loreto le fué muy simpático en seguida este francés enérgico y burlón, que no hallaba el país tan salvaje como podía suponerse ¡Diantre! ¡Si venía en busca de sensaciones fuertes, que fuera a tierra de caníbales! No le chocaba esta afición de explorador; él había sentido, como tantos otros, la atracción funesta de la selva. Pocos días antes se había visto a míster Roberts, el inglés más correcto del mundo, el director de la "Iquitos Rubber Company", perderse en el Alto Paraná, vestido de salvaje *campa*, con plumas en la cabeza y el cuerpo desnudo embadurnado de colores chillones. "¡Lo que me molesta un poco —confesaba a sus amigos antes de abandonar la vida civilizada— es la fama de la Gran Bretaña!" Acaso pudiera decirse que este inglés era un excéntrico; pero ¿y el sobrino de Garibaldi, Juan Cancio Garibaldi, que ha llegado a ser jefe de tribu y el coronel de Lima, y sus dos hijas casadas con salvajes?... En fin, éstas son historias íntimas que la discreción nos veda comentar.

Puesto que Lucien Vignon era tan intrépido, podía partir al encuentro de los antropófagos, los más feroces indios de Loreto. El gobernador le prestó algunos indios civilizados y un *lenguaraz* (hablador o intérprete), que conocía una veintena de lenguas locales, por lo menos. Y helos allí durante un mes extraviados en el infierno magnífico, devorando monos y tortugas gigantes, resguardándose de los tigres y de los naturales, peores que los tigres; sus flechas, largas como lanzas caen rectas del cielo y clavan a un hombre para siempre. Un día que los exploradores habían descubierto en un calvero una tribu pequeña, a la que persiguieron a tiros, los salvajes lograron escaparse, salvo una pobre vieja y su acompañante, una hermosa muchacha que mordió en el brazo a sus raptos. Fue necesario atarla como a una bes-

tía, y Lucien Vignon, la llevó en una hamaca peruana que la rodeaba como una malla. “Una sirenita”, decía Vignon más tarde, riendo. De regreso a Iquitos, la vieja, mal repuesta de sus emociones, sentíase moribunda y parecía rogar a su nieta que le otorgase un servicio, un gran servicio. El lenguaraz se había enterado de que era una hechicera temible, la hechicera de la tribu, como bien lo indicaban los ojos disecados que llevaba en forma de collar. Murió al día siguiente, maldiciendo con magnificencia, profiriendo alaridos, con los brazos en alto y la boca espumante.

Cuando la vieja supo por el intérprete que la enterrarían después de su muerte, se echó a llorar desgarradoramente, invocando a todos sus dioses. No, no, ella quería que después de muerta se la comiera su nieta. Esta es la parte de mi relato más difícil de explicar en Europa, en donde se atribuye siempre a los caníbales hábitos de vil glotonería. Los hay que son materialistas y sólo piensan en el “trozo selecto”; pero os aseguro que los indios de mi tierra son espiritualistas a menudo. Aquella vieja hechicera procedía, en suma, como una dama católica que desea morir según sus ritos. Ella estaba segura de que la energía de la raza se conserva comiéndose los muertos y sólo así se transmiten las virtudes a través de los siglos. Pongamos que era una reaccionaria; pero admitamos, por Dios, que la idea de ser enterrada le parecía repugnante... Lucien Vignon no quiso permitir a la nieta que cumpliera con el deber filial de los *witotos*. La pequeña se mantuvo inconsolable durante ocho días, y sólo se calmó al convencerle de que la prohibición no había sido castigo.

Extraordinariamente vivaz era la indiecita. Orgullosa, como todas las de su raza, estaba decidida a no extrañarse de nada. Ante el primer espejo que hubo visto en su vida, se volvió con prudencia para contemplar la persona colocada detrás de la luna, y permaneció turbada un instante. Pero en

el cinematógrafo —en Iquitos lo hay también— ni siquiera vaciló, como si no fuera aquello novedad. Muy de prisa aprendió algunas palabras en español, tres sobre todo que pronunciaba bien: *sucios, embusteros y ladrones*, las cuales resumían para ella la civilización. En realidad había pasado su juventud bañándose desnuda durante el santo día en las riberas; decía siempre la verdad, y el robo no existe en las costumbres de los salvajes de mi tierra. Lucien Vignon se divertía con la moza como con un animalito familiar. De tal modo se divirtió, que seis meses después, ataviándola con un vestido blanco y un ramo de azahar, se casaba con ella en la iglesia de Iquitos. La ciudad había acudido a verles en son de burla; pero a fe mía que tenía una soberbia presencia esta pequeña endiablada, que había aprendido perfectamente —merced a las lecciones de un fraile misionero de Ocopa— a arrodillarse, a juntar las manos y a rogar al Dios exótico.

En fin, el explorador regresó a Europa, con su singular madama Vignon, y yo los vi en París sin asombro. Ante los extraños, ella permanecía silenciosa y crispada; pero en familia, y en su torpe lenguaje, alternando el francés con el español, decía cosas perfectamente cuerdas. La menuda antropófaga leía ya novelas y relatos de viaje. Un día me indicó sobre un mapa el lugar exacto de la selva donde la había hallado su marido...

* * *

Lucien Vignon quiso regresar al Perú a completar sus trabajos, enfermo acaso del mal de la floresta, que nadie puede curar y que da accesos, como el paludismo. Por prudencia dejó a su mujer en Francia. Meses más tarde nuestra Legación recibía un telegrama de Lima: “Lucien Vignon desaparecido en los alrededores de Iquitos.” En seguida supusimos que se había convertido en jefe de tribu, como el director de la Compañía inglesa de caucho, o el sobrino de Garibaldi...

Pero no, era algo más grave aún: se lo había comido la tribu de su mujer.

Evidentemente, cuando yo explicaba esto en París, las mujeres hermosas me interrumpían siempre: “Sí, comido por su suegra.” Y era una carcajada general. ¡Estos franceses son incorregibles! Os aseguro que hablo en serio y refiero el epílogo tal como me lo contaron amigos de Loreto:

Los salvajes se visitan fácilmente en la floresta, y la historia de la menuda civilizada los había enfurecido. Apenas Lucien Vignon estuvo de regreso en Iquitos, meditaron matarle; qué digo, en cuanto pasó por Manaos, en el Brasil, la “Montaña” entera sabía por el telégrafo de los indios —un tronco vacío capaz de lanzar a muchas leguas a la redonda, con sonoridades de cañón, sonidos telegráficos— que el explorador llegaba al país. Bien pronto supieron atraerle. ¡Cuán simpáticos y lisonjeros son los indios cuando quieren serlo! El explorador no desconfiaba, porque le prometieron las mariposas de fuego más hermosas. Un día entero en la floresta, su guía, comprado con algunas libras de pólvora, se avino a extravíarle para que pudieran cogerle vivo en las trampas altas de los tigres: una especie de nido de hojarascas podridas, sólidamente rodeado de bejucos.

El jefe fue quien lo comió primero, en el transcurso de una fiesta suntuosa, una extraña y sin duda irónica ceremonia en una calva de la floresta. Se encontraron allí después los Evangelios abiertos y dos ciros regados de sangre, bajo las flechas en cruz. Antiguos alumnos de los Padres, escapados un día de Ocopa, habían dispuesto la fiesta para probar a estos civilizados que conocen bien sus libros de hechicerías y sus dioses ridículos. Descartad, os lo ruego, toda idea de glotonería, pues mis indios, lo repito, son idealistas. Comiéndose al francés que había devorado el cadáver de la vieja hechicera —de ello estaban persuadidos— la tribu recuperaba sus perdidas fuerzas espirituales y sus amados secretos de magia, ad-

quiriendo además las potencias diabólicas de estos hombres de cabellos dorados y de ojos azules que manejan tan bien las armas de fuego. Todo quedaba en paz y la tribu de los conservadores no cabía en sí de gozo.

Pero ¿mandama Vignon?, se me preguntará. También volvió poco después, con sus vestidos de París, que lleva todavía en el fondo de la floresta virgen, no pudiendo habituarse a permanecer desnuda. Los indios de su tribu la desdeñan porque es una civilizada ya; es decir, que ha aprendido a mentir, que roba los maridos a las demás mujeres y que se niega a bañarse de la mañana a la noche, como sus compañeras, en los sagrados ríos de mi tierra...

SACRILEGIO

Fue en esa aldea peruana, en el “Bar del Progreso y del Correo”, donde, bebiendo un magnífico aguardiente con sabor de uva moscatel, Pancho Rayón aseguró que mañana mismo llevaría a cabo su desquite. ¿Por qué le robaba el cura a su Feliciano? El era novio oficial y había entregado el anillo de compromiso. ¿Entonces? Se vengaría. ¡Palabra! Pero diez copas bebidas aminoraban la importancia del juramento. Según la costumbre serrana, cada cual invitó por turno, y, como éramos diez los contertulios, se encandilaban ya los ojos.

—Por estas cruces —dijo Pancho Bayón, besando ceremoniosamente sus dedos índice y pulgar.

Yo invité entusiasmado, con el fin de vigorizar los ánimos, a un aperitivo abrasador, y cuidaba ya del mozo furibundo como un *lad* de su caballo.

El “Bar del Progreso y del Correo” pasa por el centro liberal de aquel poblacho, y claro está que nos regocijamos todos del proyecto; pero el director postal, hombre cuerdo y limeño, opinó que el cura aquel tenía “muchas agallas”. Su siniestra fama cundía por toda la comarca. Era uno de esos curas forajidos que se enriquecen despojando a los in-

dios. Al pariente del muerto le exigen siempre "tu vaquita", "tu carnerito", para la católica ceremonia indispensable, pues sin preces ni el hisopo de agua bendita los indios continuarán siendo perseguidos en la otra vida. El cura lo había dicho; pintaba bien, en el púlpito, hablando en quechua, los tormentos del infierno peruano, mucho peores que esta vida miserable. Con poncho y espuelas predicaba el cura, interrumpiendo la oración para murmurar al ayudante que no olvidara el pienso de la yegua. Era un hombre fornido, cincuentón, de alegres ímpetus y pasiones sanguinarias, que vivía con su *comadre* y sus hijos, según las costumbres de la sierra, que no ofenden a nadie. Cuando el reciente obispo, un ingenuo sacerdote de Lima, le prohibió decir misa si no se separaba de la concubina, el cura obedeció. Un mes después, saliendo de comer en el curato, su eminencia comenzó a padecer de un mal extraño que le sacaba al rostro manchas violetas y acabó con él en un semestre. "Le dio chamico", decían las gentes del país; pero los avezados a estos lances murmuraban que el chamico entontece y no mata. El obispo falleció, la comadre volvió a su hogar y todo fué silencio bajo las nieves eternas.

Estos chismes locales con algunas inquietudes más objetaba yo, paladeando el undécimo vaso de aguardiente. Pero Pancho Rayón se reía, escupiendo al suelo con elegancia.

—A mí no me vienen con chamico, doctor. San Fregar se no trajo vigilia y yo sé que la Feliciano se jué a casa del cura porque la han embrujao; pero cuando me vea, cuando yo le diga "mi palomita", ya verá, doctor. Empriésteme su yegua, que la mía es un poco pajarera.

No puedo decir que fui magnánimo al regalar mi yegua negra, pues la escena del día siguiente valía todo sacrificio.

* * *

Era fiesta de la Virgen en la ermita que corona con una cruz de hierro aquella cresta de los Andes. Según costumbre inmemorial, seis indios descalzos debían traerla en las pesadas andas de cedro, sangrando en las piedras del camino hasta la iglesia de la aldehuela en que morábamos. Al llegar a la plazuela de la iglesia, con todas las campanas al vuelo, *nuestra* Virgen saldría también en andas. Por obra y gracia de los portadores, ambas imágenes se inclinarían, saludándose. Era la visita ceremoniosa y cortés, la clásica visita que se deben las gentes y las madonas.

A las diez de la mañana el sol reverberaba en las cumbres nevadas y los cactus del valle. El cura llegó de su lejana vicaría a caballo, con poncho multicolor sobre la casulla recamada de oro viejo. Cinco indias familiares sacudían al cabo de largas cadenas los pesados incensarios de plata, labor del coloniaje. La comitiva se puso en marcha cuando salieron de la capilla las andas en que oscilaba una Virgen anticuada, de cabellos verdaderos, palidísima. Su vestido triangular estaba orillado en el ruedo con perlas de Sechura y bárbaros exvotos de oro local. Tras de las andas, cadenciosamente soportadas por seis devotos de poncho oscuro y jipijapa en la mano, el cura, su familia y todos los feligreses del poblacho. Olvido a un negro pintoresco que ayudaba la misa con guitarra, pues en esas soledades las iglesias no pueden pagar el lujo de un organista. Pero os aseguro que el latín del negro y su rasgueo travieso no chocaban a nadie. Los vasos sagrados iban en la alforja de una llama adornada como una novia: una de esas llamas de alto garbo, albarda multicolor y cascabeles de plata, que tienen ritmo de procesión. Con ella, tan elegante y vistosa como la linda bestia de las alturas, venía una chiquilla de veinte años que hubiera sido irresistible si hubiera querido ostentar la montera parda de las indias, la saya de color y las *ojotas* en los pies casi desnudos. Infortunadamente, lucía vestido de percal, zapatos de charol y un peinado eminente-

te y provinciano que yo estaba examinando cuando ocurrió la catástrofe. Todo fué brusco e inesperado, como la fatalidad.

Bajaba de la montaña un vendaval de polvo que nos cegó por un momento, y la andanada de metralla estalló a la vera de las andas, que los indios dejaron caer en el acto. Aquello chisporroteaba y crepitaba con tan irritante olor de pólvora que sonreí: ¡eran los cohetes chinoscos de la fiesta criolla! Un instante de confusión y estruendo aturdió, sin embargo, a todos. La mula que llevaba en el lomo la carga de cohetes parecía reventar como un muñeco de fuego de arteificio, mientras Pancho Bayón —era él, lo adiviné a pesar del rostro manchado de fognazos— disparó un par de tiros en la oreja de la bestia para que no escapara. Algunos indios se acurrucaban ya gritando *taita* ante el peligro oscuro; pero el cura dominó el tumulto levantando la imagen de la Virgen y sofrenando a la llama, que coceaba como una cabra entre la humareda. Cuando los ojos despavoridos del cura buscaron su mejor prenda, la chiquilla, vestida de percal, pudo ver que se fugaba en una yegua negra con su enemigo conocido, Pancho Rayón, por una ladera de los Andes.

En mi vida presencié furor semejante y más justificado, pues aquel hombre prudente olvidó el revólver y no tenía al alcance de la vista un caballo en que perseguir a los fugitivos. Las mujeres lloraban, adivinando o comprendiendo la tragedia, espantadas de aquel cholo liberal que turbaba la fiesta. Impuso el cura silencio. Le vi, iracundo, todo rojo, sudando, castigar a los indios, sin perder de vista, con ojos desorbitados, la yegua, que se disipaba como una bruma en la altura.

Ya trasponía la cima, muy cerca de la nieve cegadora.

Entonces, súbitamente, el cura cayó de rodillas apoyado en las andas floridas y comenzó a sollozar sonoramente, como los hombres sanguíneos, entre el espanto de sus feligreses, que no le habían visto nunca llorar.

LA LLAMA BLANCA

Espoleando el caballo con el extremo de la rienda en la mano, el hacendado se lanzó furioso contra el indio para castigarlo ejemplarmente delante de todos los peones. Inclinado el cuerpo sobre el estribo derecho, azotaba al servidor encogido, que por tierra, hecho un ovillo, pedía al *taita* perdón a gritos. Pero don Vicente Cabral no quería ya tolerar estos amores escandalosos. ¿No había acaso mujeres en la hacienda? Si otra vez lo pescaba entre las llamas, doscientos azotes a calzón quitado y una noche entera al cepo...

El rebaño de llamas miraba el suplicio con atención humana: cincuenta bestias de suaves ojos y delicada gracia de mujer. Más alta que las demás, enjaezada como una mula de feria, albísima, sin tacha, ésta llevaba por gala y fantasía la lana del pescuezo entrelazada con cintas rojas y borlones que azotaban, al oscilar, la esquila de plata. Los indios la llamaban la *Killa* porque era blanca y tal vez sagrada como la luna llena.

Por entre las pezuñas hendidas se arrastró el indio castigado para escaparse. Entonces los mismos peones detuvieron con respeto suplicante el caballo del hacendado para que éste no fuera a azotar también a la llama.

—*Mama Killa* —prorrumpió un indio designando la luna ya rosada en la tarde de abril.

Un hacendado del Perú siempre lleva revólver, y las llamas no cuestan caras. Además era preciso enseñar a los indios que las llamas no son mujeres ni pueden ser amadas como tales. De un certero disparo en la oreja cayó al suelo *la Killa*, tiritando; sus ojos muy abiertos miraron con dulzura tan femenina que el hacendado mismo se arrepintió inmediatamente de su brutalidad. La sangre manchaba ya el vellón, la esquila y los cascabeles: con el temblor de la ago-

nía resonaba apenas su música. Entonces los indios, arrodillados, empezaron a sollozar lastimeramente, y el más audaz de todos volvió a designar la luna, que se esponjaba en la noche, toda roja de presagios de sangre:

Sin hacer caso de las supersticiones de “estos indios bárbaros”, don Vicente Cabral desmontó en el patio de la

— *¡Mama Killa, taita!*

hacienda y subió a acostarse malhumorado. No toleraría nunca que las lindas bestias estuvieran adornadas como prostitutas.

Cuatro indios se llevaron el cuerpo de *la Killa* hacia la *huaca*, en donde están enterrados los cadáveres de los grandes abuelos, de todos aquellos, generales o príncipes, que hicieron la majestad del imperio peruano antes de que vinieran a contrarrestar los designios de Huiracocha unos hombres circundados de metal, invulnerables. La *huaca* está vecina al río, al pie de una montaña de los Andes. Una música lejana y lúgubre repercutió de cerro a cerro hasta los valles, vencida a trechos por el estruendo del agua en las piedras rodadas de la montaña. Como al conjuro de estas *quenás* invisibles, la luna se había tornado blanca y llena de perdones. Silenciosamente fueron apareciendo formas morenas en la noche, avanzando apenas con ese monótono paso de los indios que pisotean el suelo como en una danza. De la envoltura de los ponchos salieron mujeres pálidas que llevaban las trenzas sobre los pechos y gimoteaban a compás como en los entierros. Cuando los indios se irguieron ante la llama agonizante, la invocación al *taíta* Huiracocha que está en los cielos resonó agudamente y los puños cerrados amenazaron la casa del hombre blanco, situada allá abajo, en los extremos de la hacienda. El dueño de la llama, el indio castigado, se arrodilló a besar la herida, que seguía manando sobre el vellón, blanquísimo en la noche. Entonces *la Killa* se estremeció en el suelo,

muerta, y le arrancaron el corazón para regarlo sobre la *huaca* de los abuelos, mientras las *queñas* lejanas seguían lamentando la injusta ruina de la raza. En el cielo, la sagrada luna, *Mama Killa*, desfalleciente como esta hermana suya, no mostraba sus estrías de sangre amenazante; pero los indios comprendieron cuál era su deber. Azotaron a los perros para que aullaran siniestramente hacia la madre del cielo y le contaran la pena de sus hijos terrestres. En voz baja lamentaban las virtudes de la bestia muerta, su blancura sin tacha, sus ojos de mujer, su vellón esponjado como la flor del algodón. Ninguna supo bajar de la mina tan grávidos lingotes de oro, ninguna tan hábil para guiar por la *puna*, deteniéndose apenas a ramonear la hierba pálida, un rebaño caprichoso y lento.

* * *

Bajo una piedra de la orilla del río quedó enterrada; no cabe duda alguna del hecho. Mas sólo el amo de la hacienda quedó atónito al día siguiente cuando llegó el rebaño conducido por una llama blanca. Era la misma, era *la Killa*, con idéntico atavío y esa mirada... Don Vicente Cabral se estremeció. En los alrededores de la hacienda no había llamas tan blancas y él estaba seguro de haber disparado con mano firme en la oreja derecha. Salió al patio sin decir palabra. Los indios servidores bajaban la mirada como siempre, para no dejarse leer los pensamientos.

Con alegría de cabras retozaban las llamas en el patio, cuando no se agazapaban indolentemente frente a las nieves de la altura o, de un salto brusco, rehusaban la carga: el lingote de oro y la paca de algodón. Inmóvil y erguida en la puerta del corral estaba *la Killa*, Sí, la misma, enjaezada como ayer, mirando al amo. Don Vicente Cabral conocía por dolorosa experiencia las extrañas artes de los indios, sus iras silenciosas, sus venganzas plañideras, su risa inmóvil; y le pareció preferible no interrogar a nadie. Le hubieran res-

pondido como otras veces, ¡tantas!, modulando su quejido sempiterno: “Manan, *taita*”. No sabían, no vieron nada... De todo eran capaces. Quizá podían resucitar con sus brujerías a las bestias, o tal vez, corriendo una noche entera por los caminos, hallaron y trajeron otra llama blanca. No daría a estos hombres taimados el espectáculo de la sorpresa o de la cólera.

Montó a caballo y se acercó al rebaño contándolo en voz alta: una..., dos..., quince..., cincuenta. Estaban cabales. Entonces le temblaron las piernas y probablemente los indios lo advirtieron, porque tintineaban las espuelas. Para calmarse permaneció inmóvil; pero divisaba perfectamente junto a la oreja derecha de *la Killa* una mancha roja y redonda, como traza de bala. Estaba tan cerca de la llama que no pudo resistirse a mirarla de frente. ¡Esos dos ojos altaneros tenían rencor humano! De súbito la bestia le escupió al rostro y se alejó ondulante. Uno de esos escupitajos que recelan los indios porque manchan la ropa para siempre. Don Vicente Cabral no supo con exactitud por qué no la emprendía a latigazos con los peones y las bestias. Despacio, enjugó con el pañuelo la baba oscura y espumante que le chorreaba en la mejilla. Ya los indios se arrodillaban esperando el castigo y gimiendo anticipadamente porque conocían al amo cruel. Pero el amo cruel había perdido la cabeza; por primera vez no tenía ganas de afrentar a nadie, o en su alma de civilizado entró quizá siniestramente el amor de los indios por las llamas. Cuando el rebaño se alejaba por la montaña, *la Killa* volvió la cabeza repetidas veces para mirar al hacendado, que estaba inmóvil a caballo, frente al cielo y la luna y las águilas que suben a los nidos altos, y todo ese misterio de la noche serrana que hace tiritar a los hombres blancos. Del caballo no paró sino en cama. La mancha del escupitajo no podía borrarse y fué creciendo en la mejilla como esa extraña enfermedad que los indios llaman *uta*. El

VENTURA GARCIA CALDERON

rostro overo y cárdeno se cae a pedazos, roído por un mal incurable.

Mientras el amo se moría repitiendo en voz baja el nombre de la llama blanca, sus servidores le miraban el semblante lleno de manchas rojas y chamuscadas, como las heridas de un revólver de buen calibre.

FUE EN EL PERU

“Aquí nació, niño”, murmuraba la anciana masti-
cando un cigarro apagado. Ella me hizo jurar discreción eter-
na; mas, ¿cómo ocultar al mundo la alta y sublime verdad
que todos los historiadores falsifican? “Se aconchavaron para
que no lo supiera náidenes porque es tierra pobre”, me expli-
caba la vieja. Extendió la mano, resquebrajada como el no-
gal, para indicarme de qué manera se llevaron al niño lejos, y
nadie supo si nació en tierra peruana. Pero día ha de venir
en que todo se cuente. Su tatarabuela, que Dios haya en su
santa gloria, vio y palpó los piecitos helados por el frío
de la puna; y fue una llama de lindo porte la primera que se
arrodilló, como ellas saben hacerlo, con elegancia lenta, fro-
tando la cabeza inteligente en los pies manchados de la prime-
ra sangre. Después vinieron las autoridades.

La explicación comenzaba a ser confusa; pedí nuevos in-
formes y minuciosamente lo supe todo: la huida, la llegada
nocturna, el brusco nacimiento, la escandalosa denegación
de justicia, en fin, que es el más torpe crimen de la Historia.
“Le contaré —decía la vieja chupando el pucho como un bi-
berón—. Perdóneme, niño; pero fue cosa de los blancos”.

No podía sorprenderme esta nueva culpa de mi raza. Los
blancos somos en el Perú, para la gente de color, responsa-
bles de tres siglos injustos. Vinimos de la tierra española ha-
ce mucho tiempo y el indio cayó aterrado bajo el relámpago
de nuestras espingardas. Después trajimos en naos de tres

puentes, del Senegal o de allende, con cadena en los pies y mordaza en la boca, las “piezas de ébano”, como se dijo entonces, que bajo el látigo del mayoral gimieron y murieron los caminos.

También debía de ser aquella atrocidad cosa de blancos, pues la pobre india doncella —aseguraba la vieja— tuvo que fugar a lomo de mula muy lejos, del lado de Bolivia, con su esposo, que era carpintero. “¡Si supiera, niñito, las lindas maderas que trujo de por allí mi compadre Feliciano!”

El relato de la negra Simona comienza a ser tan prolijo que es menester resumirlo pero conservando sus propias palabras: “Gobernaba entonces el departamento un canalla judío como los hay tantos hoy día, niñito; uno de aquellos que hacen trabajar a los hijos del país pagando coca y aguardiente no más. Si se niegan se les recluta para el ejército. Es la leva, que llaman. Fue así como obtuvieron aquellos indios que le horadaron el pecho al Santo Cristo; pero esto fue más tarde y todavía no había nacido aquí. Agarró y mandó el prefecto que los indios no salieran de cada departamento, mientras en la tierra vecina otro que tal, hereje y perdido como él, no quería que tuvieran hijos porque se estaba acabando el maíz en la comarca. Entonces se huyeron a lomo de mula, la Virgen, que era indiecita, y San José, que era mulato. Fue en este tambo, mi amito, en que pasaron la divina noche. Las gentes que no saben no tienen más que ver cómo está vestida la Virgen: con el mismito manto de las serranas clavado en el pecho con el *topo* de oro y las sandalias, *ojotas* que llaman, en los pies polvorientos, sangrados en las piedras de los Andes. San José vino hasta el *tambo* al pie de la mula, y en quechua pidió al tambero que les permitiera dormir en el pesebre. Todita la noche las quenas de los ángeles estuvieron tocando para calmar los dolores de Nuestra Señora, que no quería llamar a náidenes. Cuando salió el sol sobre la puna, ya estaba llorando de gozo porque en la paja sonreía su pre-

ciosura, su corazoncito, su palomita. Era una guagua linda, caray, que la Virgen, como todas las indias, quería colgar ya del poncho en la espalda. Entonces lo que pasó nadie podría creerlo, niñoito. Le juro por estas santas cruces que las llamas del camino se pusieron de rodillas y bajó la nieve de las cimas como si se hubieran derretido con el calor los hielos del mundo. Hasta el prefecto comprendió lo que pasaba y vino volando. Cuando quien te dice que a la hora del hora llega aquí derechito seguido por un indio cacique y el rey de los mandingas, que era esclavo del mismo amo que mi tatarabuela. Esos son los reyes magos que llaman. El blanco, el indio y el negro venían por el camino, entre las llamas arrodilladas, que bajaban de las minas con su barrote de oro en el lomo. Hasta los cóndores de las altas peñas no atacaban ya a los corderos. Entonces, como iba diciendo, llegaron los tres hombres al tambo y nunca más se ha visto que un prefecto blanco se ponga de rodillas junto a la cuna de un hijo del país. Nunca enjamás los indios han vuelto a estar tan alegres como lo estuvieron en la puerta del tambo, bailando el cacharpari y mascando jora para la chicha que había de beber el santo niño. Ya los mozos de los alrededores llegaban trayendo los pañales de lana roja y los ponchitos de colores y esos cascabeles con que adornan a las llamas en las ferias. Y cuando llegó el prefecto con el cacique y el rey de los mandingas, todos callaron, temerosos. Y cuando el blanco dejó en brazos del niño santo la barra de oro puro, nuestro amito sonrió con desprecio. Y cuando los otros avanzaron gimoteando que no tenían para su amito y señor sino collares de guayruros y esos mates de colores en que sirven la chicha de jora y las mazorcas de maíz más doradas que el oro, Su Majestad, como le estaba diciendo, abrió los bracitos y jabló... La mala gente dirán que no podía jablar entuavía; pero el niño Dios lo puede todo y el rey de los mandingas le oyó clarito estas razones: "El color no te ofende, herma-

no.” Entonces un grito de contento resonó hasta los Andes y todos comprendieron que ya no habría amos ni esclavos, ni tuyo ni mío, sino que todos iban a ser hijos parejos del amo divino como habían prometido los curas en los sermones. La vara de San José estaba abierta lo mismo que los floripondios, y los arrieros que llegaban dijeron que los blancos gritaban en la casa del cura, con el látigo en la mano. Sin que nadie supiera cómo ni qué manera, en menos tiempo que dura una salve, se llevaron al niño en unos serones, poniendo al otro lado chirimoyas para que hicieran contrapeso. La Virgen y su santo Esposo iban detrás cojeando con el cepo en los pies.

“Y desde aquel tiempo, niñito, nadie puede hablar del estropicio en la provincia sin que lo manden mudar a chirona. Pero todos sabemos que Su Majestad murió y resucitó después y se vendrá un día por acá para que la mala gente vean que es de color capulí como los hijos del país. Y entonces mandará afusilar a los blancos y los negros serán los amos, y no habrá tuyo ni mío, ni levas, ni prefetos, ni tendrá que trabajar el pobre para que engorde el rico...”

La negra Simona tiró el pucho, se limpió una lágrima con el dorso de la mano, cruzó los dedos índice y pulgar para decirme:

“Un padrenuestro por las almas del purgatorio y júreme, niño, por estas cruces, que no le diré a náidenes cómo nació en este tambo el divino hijo de Su Majestad que está en el cielo, amén.”

EN LOS CAÑAVERALES

Don Vidal Samanés se detuvo en el alféizar de la ventana solariega para contemplar ansiosamente el campo mojado de plenilunio. Una de esas lunas americanas que vierten un día más benigno sobre el pobre mundo dilatada su silencio en

la hacienda hasta la comba de la montaña luciente como el bisel de un espejo... Tardaba mucho el viejo servidor. ¡Siempre tan informal el pobre negro! En alguna cabaña del camino estaba seguramente bebiendo pisco.

—Buena noche tenga su mercé.

Vidal se estremeció:

— ¡Rosendo! ¿Por dónde has venido?

—Como lo ladrone, miámo.

Echó a reír con esa risa estúpida y pueril que es tan simpática en los negros del Perú. Nadie era más fiel criado. Había visto nacer al “patroncito” y desde entonces le servía con familiaridades de ayo viejo que conocía la hacienda y sus linderos como nadie, pues su familia fué esclava en tiempos coloniales, “cuando los gentiles eran amos”, como decían las gentes del país al evocar un pasado remoto.

Vidal atajó con impaciencia las prolijidades de su criado preguntando:

— ¿Y...? ¿Los perseguiste?

El viejo se rascó las virutas de la cabeza, volvió a reír con estrépito, y mezclando extrañas voces explicó su fracaso inesperado. “Son muy flegáu, miámo”. A qué hora vinieron a la “toma” de agua, no sabía decirlo. Con la puesta del sol llegaba él y se estuvo “aguaitando” después de haber dejado su cabalgadura en un cañaverál. De pronto divisa a un hombre curvado cuyo poncho flotaba en el viento. Con la carabina, ¡paf!, un disparo al sombrero de jipijapa. ¡Ni se movió! Al cabo del quinto disparo él avanza sin soltar el cuchillo de monte y se queda “mueto de risa”. Era un muñeco de bagazo que allí colocaron los dueños de la hacienda vecina, los Frisancho, históricos adversarios de todos los Samanés de la provincia...

Vidal soltó una interjección tremenda, enrojeciendo bajo la afrenta. Otra vez en seis meses se mofaban de su benevolencia juvenil tratándolo como a chiquillo inofensivo,

a pesar de sus treinta años bien barbados. No se hubieran atrevido a tanto con su padre, aquel inmenso don Crisanto Samanés que se paseaba a caballo por toda la provincia con sus dos pistolas al cinto, respetado y querido como un Cid criollo. ¡Cuántas veces había resuelto la querrela tan peruana de la acequia de regadío, velando la noche entera junto a la compuerta del potrero lejano, vigilando el agua, *su agua*, como una veta de fertilidad sobre el campo agareno donde crecían más altas las cañas de azúcar que eran su orgullo y su pan.

“¡Ah, si papá no se hubiera muerto!” pensó Vidal con ira. Heredó la hacienda inmensa, mas no la reputación siniestra de aquel cacique provincial que elegía a su antojo diputados y vengaba por su propia mano las afrentas, en la soledad de una tarde peruana.

Esta vez toda la comarca iba a reír de aquella escena: el negro que avanza disparando a un muñeco, mientras el enemigo, don Pepe Frisancho, actual diputado a Congreso, estaba en la sombra de algún cañaveral celebrando la farsa. ¡Maldita sea!... Despidió al servidor, aspiró inútilmente la paz nocturna, y a las dos de la mañana, sigilosamente, para que las espuelas nazarenas no estridaran en los peldaños de la casa dormida, salió al corral llevando en hombros los aperos de montar. En el establo, con olor a vacada y a heno fresco, llamó en voz baja.

— *¡Fortuna!*

La yegua se estremeció con un ligero relincho y vino a frotar la hermosa cabeza crinada en las manos del amo, “*Fortuna, Fortuna* —decía Vidal hablando a su bestia como siempre—, tienes que portarte bien esta noche.” ¡Dos horas de galope para llegar a la frontera de la hacienda antes del alba cuando la luna se opacara! La montaña cubría ya el camino con la sombra redonda de una espalda humana. “¡Caramba, ya verán quien es el hijo de su padre!”, exclamó Vidal cla-

vando el acicate en los ijares temblorosos.

Al llegar a la "pampa del diablo" se persignó y puso al trote la yegua. Era loca imprudencia caminar allí a descubierto cuando hay en este mundo tantos cristianos que llevan revólver bajo el poncho. Junto al campo vecino esa carreta llena de caña hasta el tope era magnífica trinchera para *Fortuna*. Avanzó arrastrándose con el revólver en la diestra. Su instinto de campesino le decía que alguno de los Frisancho estaría allí festejando la broma y abriendo la compuerta para acaparar toda el agua del río. En el regato que orillaba el camino hundió el semblante febril.

Tras la tapia de un potrero de pasto aguardó entonces con la paciencia con que antaño en su juventud de cazador espía las vizcachas y los venados. Le latía el corazón como a un amante, pero sintió con orgullo feroz que no temblaba el revólver en la mano. El irrisorio muñeco estaba enfrente, a quince metros, con las manos abiertas como un espantapájaros. Alguien se ocultaba tras él, pues la luna reveló dos sombras largas. Entonces Vidal saltó por encima de la tapia gritando:

— ¡Canalla!

El bulto se irguió también, y una brusca luz chisporroteó en su mano. De los cinco disparos seguidos uno sólo atravesó el poncho de Vidal, que no quería tirar sino a quemarropa. El hombre que había disparado tenía de seguro confianza absoluta en su puntería, pues quedó un momento aturdido. Sin tener tiempo de cargar de nuevo el arma, echó a correr seguido por Vidal, hasta llegar a un recodo del camino, donde pastaba un caballo. Una alegría bárbara henchía el pecho del perseguidor, que prolongaba su placer temerario. ¡Iba a cogerlo vivo! Con un disparo certero a la cabeza de la cabalgadura la hizo caer de bruces, muerta. El hombre perseguido se deslizó, a riesgo de romperse la crisma, por la ladera pedregosa del camino, y pudo hundirse en el cañaveral.

¡Estaba salvado!

Vidal lloraba de ira. En aquella selva menuda, que es un potrero de caña de azúcar, no se puede perseguir a nadie. De lejos vinieron una carcajada y una injuria soez. El enemigo se burlaba ya, seguro de su impunidad.

Entonces Vidal empezó a reír, como enloquecido. Había destrozado una caña y mordió la pulpa para no equivocarse. Estaba henchida de jugo almibarado, madurísima. Se despojó del poncho, lo empapó con aguardiente que llevaba en un frasco del cinto, lo tendió con cuidado entre las cañas y, raspando un fósforo, prendió fuego. Aquello empezó a arder y el viento frío de la montaña encrespó las llamas. Chisporroteaban las cañas; un olor de *chancaca* reciente flotaba en la humareda; todo el cañaveral se quemaba ya con una algarabía de cohetes, disparando cañas al cielo como en un fuego de artificio.

Un lamento desgarrador atravesó el tumulto. La voz suplicó, estridó como un canto fúnebre. Poco después llegaba de la remota casa de la hacienda el tañido de campana con que se advierte a los peones que un sector de caña está ardiendo.

Vidal bebió el resto de aguardiente para evitar el frío de la madrugada; fue a palmear el cuello sudoroso de su yegua, y sentado en una tapia le hallaron sus empleados fumando uno de esos largos puros de tabaco peruano que le enviaba un pariente de la sierra. En el grupo venía el mayor-domo con los peones armados; y el primero que se avanzó fue el negro Rosendo, que murmuró estupefacto:

—¿Quetá haciendo, miámo? Lo etábamo bucando po tuita la hacienda.

Vidal Samanés puso el dedo en los labios y, seguido por su gente, fue recorriendo el potrero calcinado hasta dar con el cadáver de Pepe Frisancho, ardiente aún, acurrucado y negro como una momia incaica. Todos rodeaban al amo,

estremecidos. Bajo un montón de piedras enterraron los restos humeantes, y con dos cañas chamuscadas quedó allí la cruz torcida que en las vecindades de la "pampa del diablo" iba a difundir por la comarca nuevas leyendas y terrores.

Montaron los peones, después de haber atajado el incendio con algunos certeros cortes de caña. Nadie decía palabra; se miraban unos a otros con asombro y seguían a distancia respetuosa la yegua del amo con un amor oscuro, súbito, ferviente, por este "niño Vidal", en quien había resucitado al cabo el alma tremenda y admirable de don Crisanto Samanés.

CHAMICO

En un paseo de Lima la vi pasar tantas veces conduciendo sus dos alazanes, enjaezados con cascabeles de plata, que no puedo olvidar aquel busto magnífico erguido en el pescante. Los dos brazos desnudos retenían las riendas, cubiertos hasta el codo por guantes negros; y bajo el sombrero, de escandaloso rojo, la sonrisa era altanera y descocada. A su lado, de chistera gris y levita negra, fumando un puro triste, estaba un marido borroso que nadie podía tomar en cuenta. Y las seducciones de la mujer guapísima se juntaban en la imaginación con su leyenda pecadora. En los locutorios y en los salones bien pensantes ¡se contaban tantas cosas de la linda Eva Montiel! Millonaria y libérrima, vivía la mitad del año en su vasta hacienda, a tres jornadas de Lima; y allí, rodeada de chinos obedientes o de negros que la vieron nacer, se paseaba a caballo, con revólver al cinto, en compañía del amante de turno. Un tenor italiano, un torero famoso, fueron sus últimos caprichos. Se los llevaba a "veranear", como decían las gentes sonriendo, y desaparecían por seis meses. Yo estoy seguro de que sólo su belleza perversa era el secreto de sus conquistas; pero las viejas devotas las atribuyen al

chamico, la hierba opiada y venenosa que explica en mi país los amores extraños.

Cuando lo supimos en la tertulia del club, nos indignamos todos. Era una locura de Federico Lemos, nuestro fornido compañero de *tennis*, la de ostentar así sus amores escandalosos en nuestra ciudad eclesiástica y rancia, que sólo perdona el vicio discreto. Habían visto a Federico en la hacienda de Eva Montiel, y desde el mes pasado no regresaba a la ciudad ni escribía a nadie. Al visitar a su madre la hallamos gimoteando. Nos tendió un papel estrujado, en donde una mano temblorosa había escrito con lápiz: "Vengan, vengan, por Dios, por lo que más quieran. Me van a matar." Era la escritura de Federico. La carta fue traída misteriosamente por un arriero.

Con el alba, cumplí lo prometido. Me acompañaba a caballo Bernardino Leal, íntimo amigo de Federico Lemos, que conocía mejor que yo las pampas vecinas y los curatos en que podríamos pernoctar dos noches seguidas. Al cabo del tercer día, siguiendo la orilla del mar, frente a dos islas guaneras de cristalizada blancura sobre el mar añil, empezamos a divisar las pálidas lagunas que orillan *Tambo Grande*, la hacienda de Eva Montiel. Una amarillenta vegetación de matorrales circundaba los lagos martítimos bajo el vuelo de los patos silvestres. El olor de podredumbre nos llegó de las islas mezclado al efluvio sano del mar. Bernardino, gran cazador, me precedía, y yo alcanzaba apenas a vislumbrar su ancho sombrero entre los matorrales, cuando escuché un grito de angustia. Acudí a galope. Al llegar a su lado lo comprendí todo con espanto; y espoleé, a pesar de todo, mi caballo, que tiritaba resoplando. Estábamos en los famosos matorrales donde gentes y bestias se van hundiendo sin remisión bajo el límpido cielo del Pacífico. Los caballos relinchaban con un ronco estertor, luchando todavía con el barro, que los devoraba lentamente. Bernardino y yo gritamos: "¡Socorro!"

Mas sólo un alcatraz levantó su vuelo oblicuo. Entonces disparamos los cinco tiros del revólver, pidiendo auxilio. De los matorrales salió una voz:

— ¡No se asuste, patrón!

Eran dos chinos sonrientes que venían a nosotros por un camino firme, invisible bajo las altas hierbas. Se acercaron con prudencia para que nuestra desesperación no fuera peligrosa; nos echaron de lejos un lazo corredizo a la cintura, y así, enlodados y estremecidos, nos pudieron sacar al camino llano, donde esperaban cuatro cabalgaduras. Recuerdo que nos volvimos horrorizados para mirar nuestras bestias, que sólo emergían del lodo la cabeza y nos llamaban con un relincho agudo antes de hundirse para siempre.

Nos dirigimos a los chinos en el lenguaje aniñado que con ellos usamos en el Perú; pero nos respondieron en perfecto castellano que habían visto desde la torre de la hacienda “a los señores”, y, suponiendo el percance, vinieron a escape. Un sarcasmo agudo se traducía en su sonrisa impenetrable y su respeto ceremonioso. Encharcados como estábamos, cabalgamos en los magníficos *pellones*, y media hora después llegábamos a la casa de la hacienda. Era un suntuoso edificio del coloniaje, con ventrundos ventanales de cedro y una escalera monumental que retorció caprichosamente sus peldaños de mármol sangriento. En la fachada de la capilla contigua a la casa, un discípulo americano de Churriguera era responsable de los angelotes descarados y los frutos griegos en el follaje de estuco; pero, mejor inspirado a ratos había esculpido las mazorcas de maíz y las cañas de azúcar, que circundaban la hacienda como una verja de oro.

Tan turbados estábamos que no supimos preguntar en seguida por la señora de la casa. Nos dejamos cambiar de vestido por los chinos silenciosos, que trajeron ponchos nuevos.

Entonces Bernardino exclamó lustrando el revólver, en-

charcado en el pantano:

—Quisiéramos ver al señor Federico Lemos.

Con la sonrisa de siempre, adicta y tal vez burlona, los chinos respondieron en coro:

—El niño Federico los está esperando.

Bernardino y yo nos miramos sin comprender. Dócilmente seguimos por los intrincados corredores de aquella inmensa casa colonial hasta un salón oscuro, oliente a incienso como las antiguas “cuadras” limeñas. Por un momento sólo tuvimos ojos de asombro para los “enconchados” intactos, para las filigranas de plata de la vitrina y aquel abanico de calado varillaje de oro, en donde la melindrosa pastora de las églogas descubría sin prisa un seno de rosa.

Federico nos palmeaba ya la espalda:

—¿Qué tal? ¿Cómo han venido?

Le dimos el clásico abrazo; pero sin efusión, al ver su aspecto cohibido. En el amplio sofá de brocado amarillo nos sentamos los tres, y la conversación languideció. Federico estaba pálido, con los cabellos en desorden y una sonrisa cortés que alejaba toda explicación. Nunca fué muy exuberante, pero aquella acogida glacial nos desconcertaba.

—Nos manda tu madre.

—¡Ah! ¿Sí? Pobre mamá, tan exagerada siempre. Díganle que estoy bien.

Súbitamente se acercó a nosotros y sentimos sus manos febriles en las nuestras.

—¿Me van a llevar ustedes? —preguntó con una angustia que nos erizó los nervios.

—Federico, ¿qué te pasa? Federico, aquí estamos para lo que tu quieras.

Se acercó a la mesa, tomó un pliego de papel y empezó a escribir, como si sólo así pudiera decirnos su secreto. Pero se había erguido bruscamente para mirar, por la ventana abierta, la llegada de una cabalgadura. Entonces se acercó a

suplicarnos con voz de congoja mortal:

— ¡No le digan nada!... ¡Jesús!... ¡No le digan nada!...

Temblaba aún cuando la puerta se abrió con violencia. Era Eva Montiel, magnífica en su vestido corto de amazona, que dejaba al descubierto las altas botas de montar, ceñidas por espuelas de plata. Bajo el sombrero de jipijapa, adornado con una pluma de pato silvestre, su ceño parecía amenazador. Sin decirnos palabra se acercó a Federico y, llevándole al centro del salón, tomó de la alta mesa negra, con opalinas incrustaciones de conchaperla, una pesada tetera de plata para servir un líquido rubio.

— ¿Por qué no has tomado tu remedio, como te dije?

— preguntó con voz tan suave que estuvimos en ese instante seguros de habernos equivocado al juzgarla.

Federico bebió de un trago, como se bebe una pócima.

Sólo entonces Eva Montiel, consintió en darse cuenta de que estábamos nosotros en su salón.

— Ya sabía su venida —exclamó con una sonrisa arrogante—. Me dicen que tomaron un baño de lodo esta mañana. ¡Qué costeo! Ya ven que la hacienda está bien guardada... Pero ¡qué buenos amigos! Venir de tan lejos, por entre pantanos... Tres días de viaje. ¡Qué amistad tan simpática!

Se burlaba, nos provocaba tal vez. Como advirtiera en el puño de Federico el papel estrujado, le entreabrió la mano con violencia y leyó. Después, con la más obsequiosa sonrisa mundana, murmuró sin sorpresa:

— ¡Ah! ¿Querías irte? Pues, hijito, te vas en seguida con tus amigos. Voy a hacer que te ensillen mi yegua. Te vas y san se acabó. Aquí no se ruega a nadie.

Pero ya Federico le besaba las manos con mi mo doloroso.

— ¡No, amorcito, vida mía, corazón; soy tuyo para siempre... Perdóname. ¡Tuyo, tuyo para toda la vida!

Sollozaba tan desgarradoramente que, sin poder evitar

una explosión de ira, intervinimos:

—Es un abuso indigno... Le ha dado usted chamico; lo tiene embrujado con sus hierbas malditas. ¡Va usted a matarlo, sinvergüenza!

Eva Montiel había palidecido apenas. Sus espléndidos ojos soportaban nuestra mirada; sonreía para turbarnos, y, con el chicotillo de la diestra latigueó nerviosamente sus botas de charol. Como si esto fuera una señal convenida, los dos chinos adictos estaban ya amparándola con un revólver en cada mano.

—Tionleng —dijo ella dirigiéndose al más fornido de sus criados—, vas a acompañar a estos señores hasta más allá de los pantanos. ¡Que no vayan a hundirse como esta mañana!...

Ceremoniosamente nos siguió hasta la vasta escalera y bajó las gradas ondulando con una coquetería insolente de mujer que se sabe irresistible. Sí, lo era, en la funda estrecha de la falda de montar, erguida sobre la corbata de amazona la cabeza tizianesca de pesados cabellos de cobre. Desde la escalera nos dijo adiós con el pañuelo, riendo deslumbradoramente. A sus pies, Federico, sentado en la última grada, le besaba las manos, tiritando y gimiendo como un chiquillo que ha obtenido perdón.

LUNA DE MIEL

¡Para atravesar apaciblemente los ríos nada hay tan famoso como el *huaro* de mi país! Se requieren vagares, tener un corazón muy en su sitio y saber cerrar los ojos ante el abismo que brama. Estáis embutidos en una especie de barquilla o de jaula de ganado, en la que dos personas apenas si pueden mantenerse enlazadas y sin dejar de mano los barrotes, porque el *huaro* se balancea a capricho del viento. El extraño artefacto se desliza sobre un cable de acero, suspendido entre

dos postes de orilla a orilla, y en virtud de un juego de poleas, muy ingenioso en verdad, dos bueyes, que tiran de la cuerda atada a la barquilla, la conducen dulcemente a la ribera opuesta. Hay un momento delicado, cuando el arco del cable descende muy bajo, a dos metros del río, y el agua destrozada en las piedras os chapuza el rostro de espuma. ¡Deliciosa lluvia a la edad de veinte años!

El ingeniero de la hacienda, que ya no los tenía, se negaba a compartir semejante placer, a pesar de haber sido él mismo el constructor del *huaro*. Un *huaro* progresista, con erguidas torres de hierro en vez de sencillos troncos de roble, y un motor eléctrico para hacer funcionar las cuerdas de la barquilla en unos quinientos metros de recorrido aéreo. De la cúspide de cada torre pendía el cable sobre el abismo, que se quedaba en seco varios meses y se colmaba en verano. Entonces uno de los más horrisonos conciertos que puedan escucharse en mi país —tan rico, no obstante, en ríos furibundos— ascendía del torrente enrojecido por la arcilla de los arceñes. Durante el día no se transbordaba en la barquilla nada más que azúcar de caña: una lingada; pero, al oscurecer, los muchachos traviosos de la vecindad se divertían como en una montaña rusa: el mismo resbalón, y una congoja brusca al ascender. Desde lo alto de su torre, el ingeniero, maniobrando con sus manivelas, se prestaba complaciente a los caprichos moceriles, excepto al de comprobar por sí mismo la solidez de su obra.

—Eso debe servir únicamente para el azúcar —decía—. Los hombres pueden pasar el río a caballo.

Pero ello es otro problema complicadísimo. Sobre el animal, que tiembla y husmea en el agua espumante, el jinete, inmóvil, crispadas las manos en la crin, escucha los gritos, inarticulados por las ráfagas, de los negros *chimbadores*, los prácticos del río, que a caballo y vociferando os anuncian que un árbol viene derecho hacia vosotros o que no debéis

ceder al vértigo. ¡Si esta marea torrencial os hace perder la cabeza, nadie podrá salvaros! ¡Culpa vuestra será, puesto que ya os advirtieron que basta con cerrar los ojos y dejar todo su albedrío al animal inteligente!...

Así, cuando aquella noche los propietarios de la hacienda, el señor Linares y su esposa, quienes venían a pasar allí su luna de miel, llegaron del puerto próximo, el ingeniero les había preparado los caballos más hábiles en el arte de pasar los ríos a nado. Este que habían de cruzar no había alcanzado aún su crecida temible. Algunas cañas de azúcar arrancadas de cuajo pasaban apenas bajo el cable del *huaro*, oscilando sin prisa en la corriente. La señora Linares, limeña encantadora, ya asustada por el pasaje, sintió como un vuelco del corazón. ¡Nunca se atrevería a pasar a caballo! En primer lugar, no era cosa de mojarse el vestido, y después..., vamos..., ¡atravesar un río de tan siniestra fama!... En vano los dos negros *chimbadores*, con sus anchos sombreros de jipijapa en la mano sonreían benignamente:

—No se asute, mi amita: la amarramo a la montura y cierra loz ojo su merec pa no mirar.

La señora Linares, muy pálida, se volvió hacia el ingeniero, quien deseaba conducir a los amos hasta el *huaro*, pero pedía permiso para atravesar él después a caballo.

* * *

Dos jóvenes recién casados, en la alta torre de hierro, que miran la puesta del sol, saludándole con sus pañuelos: lindo cuadro sobre los campos de caña de azúcar que trascienden a miel y a tierra mojada. Cuando la barquilla de hierro comenzó a deslizarse sobre el cable gritaban todos abajo, saludando. El artefacto navegaba de prisa, y no como en los *huaros* de las aldeas pobres, donde es necesario aguijonear a la pareja de bueyes. En el centro del río, a dos metros sobre el agua, la jaula se detuvo de pronto y vióse al

ingeniero gesticular en el vacío. Sin duda, un entorpecimiento del motor.

Inclinados sobre el agua, los esposos Linares escuchaban el torrente con sorpresa agradable. El sol ausente anegaba el firmamento en esas enormes fusiones candentes de los crepúsculos peruanos, tan dramáticos cuando cielo y río se convierten en un doble poniente, inmóvil en lo alto, roto abajo en las nubes flotantes que la irisada espuma deforma. Sobre el agua rojiza por la arcilla aquel derrame del cielo era cegador...

En la escalera espiral del *huaro* se vio descender al ingeniero. Llamaba a un *chimbador* para enviarle a buscar muy a prisa, en la lejana casa de la hacienda, una pieza de recambio. El negro espoleaba a su caballo, menudo pecio flotante que iba luchando con brío contra la corriente, ya furiosa. Segaba el río, que se había ensanchado de súbito hasta bañar los pies de las torres del *huaro*.

Grandes pájaros enrojecidos rozaban tan de cerca la espuma que sus gritos parecían más bien el rechinar de una garra en un espejo deslumbrador.

En su barquilla, la señora Linares temblaba de frío o de miedo, y su marido tuvo que quitarse su poncho para abrirla. La consolaba riendo nerviosamente de este accidente sin importancia, seguro de su *huaro*, cuyas máquinas modernas le tranquilizaban por entero. ¡Ojalá el negro pudiese regresar en seguida, porque caía la noche solemne, cubriendo el estuario de vastas manchas violeta, en donde el oro nadaba a flor de agua y zozobraba lentamente! La barquilla comenzó a oscilar como un péndulo sobre las aguas renegridas, un tanto oleosas, como las de los pantanos en la noche. El río silbaba, bramaba, tronaba a cada minuto, y desde la barquilla se escuchaba mejor aquel terrible canto llano. Los señores Linares ya no podían oír las voces de los criados ni del ingeniero, que gritaban para alentarlos

desde la lejana ribera. Algo cayó en la barquilla del *huaro* que los esposos recogieron. Era una paloma extenuada, como si viniera de lejos, de los campos de maíz sin duda, del otro lado de los montes, porque traía en el pico un pedacito del grano picoteado. La paloma agonizó en las manos de la señora Linares, que se echó a llorar como si presintiera para ella la misma suerte. El rechinar de la jaula, balanceándose en el abismo sonoro, iba siendo verdaderamente insoportable.

Los esposos ya sólo hablaban a gritos para vencer el ruido atronador. Cuando la sombra llegó a predominar, la espuma se destacaba, visible como las aristas de nieve en las montañas. Árboles gigantescos, arrancados por el río impetuoso, pasaban dando tumbos tan cerca de ellos que el agua salpicaba como un chubasco. Acurrucados y enlazados, miraban con angustia silenciosa la lucecita encendida en la torre del *huaro*, de donde pronto llegaría la salvación. ¡Cuánto tardaba el *chimbador*!

De pronto la señora Linares comenzó a gritar de modo salvaje al sentir que el agua, glacial, la llegaba a los pies. Sin dejar de chillar, quiso encaramarse y volvió a caer. La barquilla no se movía ya, impelida de costado por la corriente. Se creyeron ambos perdidos, toda vez que el anillo de la jaula pendía de un gancho de hierro, e, inclinado de un lado, podía aflojarse en un instante. Ante la idea de irse a pique, les asaltó como un delirio e intentaron en vano alcanzar el gancho para preservarlo con sus manos ensangrentadas, y se lanzaban mutuamente reproches injustos y desesperados, cuyas sílabas se perdían en el viento. Contra la barquilla, como contra una roca, se deslizaba el río con un rumor formidable. La espuma helada les bañó el rostro.

Entonces el señor Linares, para no oír los gritos de su mujer, aquel maullido más agudo que la corriente y que el rechinar del péndulo siniestro sobre el escándalo del abismo,

VENTURA GARCIA CALDERON

la desenclavijó la mano, que no quería soltarle, y se encaramó hacia lo alto de la barquilla, hacia las cuatro cadenas ensambladas, y después hacia el cable de acero. Lentamente, durante una hora, acaso durante, dos horas, fué deslizandose por el cable, extendido a todo lo largo, como un acróbata sobre el abismo, hacia la torrecilla, en donde se consideraría salvado.

* * *

En el centro de la ribera, prendida a los barrotes de la barquilla y rodeada de agua hasta el pecho, la mujer chilló hasta el amanecer. Cuando, llegada el alba, se pudo ver claro, un negrito se deslizó como jugando por el cable para arreglar la polea descompuesta. Entonces pudo conducirse a la señora Linares hacia la orilla de su partida. Y huyó, medio loca, para no ver más al hombre que la había elegido para la vida, pero se negó a acompañarla, a media noche, en el sonoro río de la muerte...

A LA CRIOLLITA

“A la criollita, no más”, aseguraba sonriendo aquel poeta limeño desterrado voluntariamente en un rincón de la sierra cuando llegamos al despacho de *El Alba Roja*. *El Alba Roja* era su diario: una hoja mal impresa en papel de estraza, que fué, con todo, el mejor periódico y el órgano de los liberales de la comarca. Manuel Junqueira explicaba que se podían contar éstos con los dedos: el boticario, el jefe del Correo, el dueño del único bazar, que lo era también de un bar contiguo. El mismo día de mi llegada a Huaraz bebí doce aperitivos con los doce liberales notorios.

En contra suya estaban los poderes constituidos: el gobernador, el juez de paz y el cura sobre todo: un soberbio

cura serrano que tenía tantos hijos como haciendas y gobernaba por el doble terror del infierno, en la otra vida, y de una cuchillada de sus acólitos, en ésta.

“A la criollita, no más”, explicaba el poeta. Todo había sido criollo: su periodismo y su matrimonio con esta lánguida morena de ojos inmensos que no decía palabra. Primero Manuel la vió los domingos, cuando, vestida con anchas y sonoras faldas de percal, venía a misa y a feria: ambas cosas ocurren a las once del día. Era una de esas mozas sentimentales y candorosas que en el fondo de una *hacienda* peruana viven en espera del novio venido de lejos. Su infancia había sido monótona y gris, como la sierra. Una trasquila de carneros o una doma de potros fueron sus únicas fiestas. Trepaba el chalán al lomo nuevo que no había recibido montura, clavaba sus espuelas nazarenas y por una hora divertía a los hacendados con la prueba tremenda: el potro rezumante que no puede correr porque lleva atada una pata, que camina a saltos bajo el implacable rebenque, rodando al suelo, sudoroso y rendido, hasta aceptar, en fin, con la boca blanca de espuma, el pacto humano del bozal y las riendas. Durante un mes se comentaba el lance.

En tal vida agreste, la llegada de un poeta limeño de melenas rubias, que ostentaba por las calles una corbata roja y fundaba un diario impío, debía inquietar exquisitamente a todas las mozas de los contornos. Junqueira vio a Inés de lejos; se cruzaron apenas las miradas, como en todos los idilios de mi pueblo romántico; pero estaba ya seguro de ser querido y fué a pedirla sin ambages en un lindo caballo de paso. Aquello fué también netamente criollo. Al salón colonial, lleno de filigranas de plata y abanicos dorados, fueron saliendo gentes de luto: los padres, los hermanos de Inés, en vanguardia silenciosa y taimada, sin mirar de frente ni responder sino con evasivas serranas: “Más tarde, señor: podía ser, señor; ya verían, señor.” Pero la moza no volvió

a misa y Junqueira comprendió por los chismes locales la imposibilidad del matrimonio con un hereje de Lima que leía los libros de González Prada.

Cuando yo llegué a Huaraz, la lucha había sido ya larga: la lucha de la juventud liberal con la vejez conservadora. Junqueira, a fuer de poeta, agravó las cosas y nunca fueron más furibundos sus artículos. La novia, entretanto, lloraba en un cuarto de la hacienda, jurando que iba a meterse monja. En aquellos días, por obra y gracia de un misionero descalzo, advirtieron las gentes, y fué milagro patente, que dos lágrimas resbalaban de los ojos del santo Cristo de la iglesia mayor. Entonces Junqueira publicó el relato de un viajero inglés que viera en Lima, en tiempos coloniales, un Cristo de la Inquisición que abría y cerraba los ojos frente al reo para turbarlo. Un familiar, oculto tras de la efigie, hacía girar los santos párpados como los de una muñeca.

Esto era sólo verdad histórica, pero durante una mañana entera la procesión de desagravio circuló por las calles de Huaraz. Comenzaba el poeta a ser una gloria local. Su prestigio romántico favorecía sus andanzas.

Una tarde, disfrazado de pastor de llamas, pintado el rostro de ocre, fue conduciendo su rebaño hasta la casa de la hacienda, en donde nadie sino la novia sospechó el ardid. El idilio comenzaba así, románticamente. El iba cada semana a tocar la *quema* en las cercanías de la hacienda, e Inés acudía como una Sulamita criolla, desfalleciente de amor, resignada a aceptar la suerte de todas las novias de la comarca que tienen padres severos. Una noche él vino a caballo, un caballo que tenía amarrados a los cascos jirones de poncho para que su paso fuera silencioso. Se la robó llevándola en las ancas, sólo vestida con su camisa de dormir.

Aquello fue un escándalo, habitual si puede decirse, el rapto de cada día que no ofende la moral ni el honor de las

mujeres si ello acaba después, como tantas veces, en un matrimonio fastuoso, con el perdón de lo pasado. Sólo que Junqueira no aceptaba las leyes de la Iglesia y habló de un matrimonio civil, que es una ofensa pública al Señor. El domingo, después de misa, el cura hizo quemar los números de *El Alba Roja*, que estaban pervirtiendo a la provincia con sus doctrinas ateas y diabólicas.

El poeta de Lima comenzó a ser entonces el enemigo del pueblo. Yo estaba allí cuando le quemaron en efígie: un muñeco de estopa vestido de levita, que vimos arder desde los balcones de *El Alba Roja*, mientras Junqueira se reía, ufano de su revólver, azotándose las botas con el chicotillo de junco. En el salón su pobre compañera suplicaba:

— ¡Que no te vean, Manuel! Son capaces de una atrocidad. Tú no los conoces.

— No tengas miedo, hijita. ¡Vénganme a mí con muñecos de estopa!

Al día siguiente vimos desfilar por la plaza a la familia de Inés, a caballo, vestida de negro. Iban a casa del cura. Se pesignaron al cruzar por la plaza como delante del cementerio nocturno donde hay almas en pena que salen suspirando. El poeta publicó un artículo vengador sobre aquel desfile, y cuando me marché del pueblo para seguir buscando minas de plata, Junqueira me acompañó hasta las afueras.

— A la criollita, no más, compañero. Ya verá cómo los voy a domar con este látigo.

* * *

Pocos días después, a las dos de la mañana, un grupo de enmascarados destrozó las puertas de *El Alba Roja*, que era la casa del poeta, y con doce tiros en la cabeza le dejaron por muerto, mientras amarraban en la silla de amazona a su esposa, que gemía desgarradoramente. “A la criollita, no más.” No puedo recordar la frase sin estremecerme.

El liberalismo de la provincia quedó muerto con la cabeza acribillada, e Inés ha de ser ahora una de esas mujeres prematuramente viejas, vestidas de luto riguroso, que vienen en las tardes de trisagio y novena a gimotear a los pies de aquel Cristo que tiene llagas moradas en las palmas y llora de verdad como los hombres.

EL AHOGADO

— ¿Pasamos?

— Está un poco chúcaro, patrón.

Quitóse el negro el ancho sombrero de jipijapa para rasarse el pelo crespo que blanqueaba en las puntas. Los potros relincharon dulcemente con las orejas apuntadas al Norte.

A sus pies, hasta el brumoso horizonte, se extendía el río en avenida, chúcaro, como decía el *chimbador*. En la madrugada, a las cinco fué posible vadearlo. Después, en pocas horas desbordado por campos de maíz y de caña de azúcar, ensanchábase majestuosamente como una marea de tempestad. Una voz ronca, de órgano, que hendía a veces los chillidos del viento y de las aves en fuga, salía del agua espumosa y negruzca sangrada ya por el poniente. Oscilando y chapaleando como náufragos pasaban árboles arrancados de cuajo, con sus raíces lodosas y los nidos mojados. De pronto el clamoroso rodar de piedras en el fondo abría remolinos para exhibir aves muertas o cañas de azúcar. Pero en la tremenda serenidad del más alto cauce pasó flotando, con las cuatro patas en alto, una vaca hinchada y cárdena.

El negro parecía decidirse. Aseguró la única espuela que llevaba amarrada en la pierna desnuda, y con un ronco “¡jallo!” estimuló a su cabalgadura. Se vieron flotar las ancas mojadas y la cabeza arrogante. El *chimbador* iba curvado sobre la silla, exhalando un intermitente grito rauco. Su poncho anaranjado y verde palpité como una vela rota.

Desde la orilla don José Quirós, el joven hacendado, le miraba con recelo. ¡Qué imprudencia! Si hubiera pensado que el río podía crecer tanto no fuera a vigilar el nuevo corte de caña. Y era menester ahora pasar a todo trance, pues su esposa debía estar inquieta. Volvió a mirar el reloj. Cuanto más tardara era peor, pues el sol quedaba ya sumergido a medias en el grávido horizonte de agua.

El *chimbador* había vuelto grupas. Se adelantó el hacendado para hablarle con la esperanza de que hubiera vado; pero el negro, que volvía jadeante, echó un taco redondo. Explicó que estuvo a punto de caer, pues un madero flotante iba a cogerlo de flanco. “Un poquito má y me dezgracio.” El estaba seguro de que el madero era una viga del puente de San Jacinto.

Don José respondió sobresaltado:

—¿El puente? ¿Tú crees que ha saltado el puente? Pero sí lo reforzamos en febrero.

El negro extendió en silencio la palma rosa de la mano para designar todo el paisaje familiar. El conocía los maderos de todos los puentes y las cañas de todas las orillas y las cóleras de este río, incontenible, cuando “le da capricho”. Hablaba del río con un amor obscuro, como de un amo cruel, observado y temido en veinte años. De niño lo vadeaba ya saltando de piedra en piedra como un diablillo turbulento, y ahora, a los cincuenta años, le venían a consultar en las crecidas. El mojaba la mano en la corriente, abría sus ojos afelpados de negro como si divisara el fondo del antro, y poniendo una mano en la oreja para escuchar el viento, aconsejaba al imprudente que antes de pasar se persignara... Cortó su elocuencia la llegada de un indiecito que venía trotando en una mula por la carretera. Don José le gritó cuando estaba lejos:

—¿Dónde has dejado al *Orejón*?

El indiecito respondió jadeando que su compañero,

denominado así por la amplitud de las orejas, se quedó en un tambo del camino para comprar un poncho nuevo. Don José Quirós replicó furioso:

—¿Un poncho, no? Estará tragando aguardiente. Pues te vas a decirle que si no pasa el río esta noche lo meto mañana al cepo.

Renuncio a describir el cepo de las haciendas del Perú. Pero esta palabra pareció tan contundente que el indiecito volvió grupas y puso la mula a galope para cumplir la orden, mientras el negro festejaba la gracia. ¡Pasar el río y de noche, cuando podía gritarle don Juan Miguel! El hacendado se contentó con espolear el caballo en silencio, mientras el negro receloso murmuraba, inquieto ya:

—Mire, patroncito...

Por toda respuesta don José amarró a la silla los estribos y puso las piernas cruzadas sobre el lomo de su caballo, murmurando:

—¿Tienes miedo?

¡Miedo él! En el valle de Vilca y en toda la hacienda del "Catay" nadie jamás, sino algún bribón borracho y jactancioso, pudo decir que Florencio Motiles el *chimbador* tenía miedo. Echó a reír como si esta idea de temor en un miembro de la familia Motiles fuera irresistiblemente cómica. Y canturreando una tonada de zamacueca, espoleó al caballo río adentro.

Espeluznadas, con las orejas oscilantes a todo ruido, las bestias nadaban penosamente de costado, resistiendo con cabezadas de esfuerzo y resoplidos de naufrago a la corriente impetuosa que quería llevarlos a los pantanos de la muerte y al mar. Crujían las monturas como jarcias, el viento echaba al rostro una polvareda de agua y del centro del río subía la obertura de la orquesta salvaje. A pesar de llevar las piernas suspendidas sobre el pescuezo de su caballo, don José Quirós sintió el agua a la cintura y cerró los

ojos mareado por los remolinos. El *chimbador* iba delante volviéndose para gritarle un consejo en la bocina de la mano curvada porque se desgarraban las palabras en la ráfaga:

—Cuidado, miámo.

Detuvo el caballo en escorzo para designar un árbol que venía girando como el eje de una rueda invisible, enorme y negro en la noche incipiente. Pasó en un santiamén, levantando una tromba de agua que los mojó como un chubasco. El negro rugió:

— ¡Ezpuela, miámo!

Sin este grito, el hacendado, que había perdido la cabeza, cede al vértigo; pero clavó espuelas, y como ya menguaba la corriente en el meandro del río, pudo llegar a la orilla en un cuarto de hora seguido por el *chimbador*. Desmontaron un instante para dejar reposar a las bestias que temblaban con las patas abiertas regando orines humeantes. Se acercó don José a palpar la herida de la espuela. Era profunda y ya manchaba de rojo el anca húmeda.

El *chimbador*, que no se atrevía a murmurar de esta “locura del niño”, dijo sólo que era preciso alejarse pronto para que no fuera a gritarlos don Juan Miguel. Después de una hora de marcha llegaron a la hacienda, en cuya puerta la señora abrazaba al hacendado y el negro exclamaba misteriosamente:

—Ha sido un milagro, niña.

En el salón de la hacienda, alumbrado por quinqués, se levantaron a saludar al amo dos formas pálidas. Era la primera una chola vieja con dos sombreros embutidos uno en otro. Contó suspirando apenas que el río se llevara esta tarde a su hijo, la vaca, la choza, el jarro de chicha. Enumeraba detalles sin gemir, resignada, como su raza, a la tragedia. Con ella había venido la mujer del *Orejón*. Como nadie le conocía por otro nombre, ella misma preguntó en dónde habían dejado al *Orejón*. Cuando supo que iba a pasar el río

por la noche, la india gimió, aterrada:

—Ayayay patrón, que lo va a gritar don Juan Miguel.

—¿Don Juan Miguel?

—Sí, mi amito, su alma

—¿Quién es ese señor?

Las indias y el negro se miraron con asombro. ¡Bien se conocía que el “niño Pepe” acababa de llegar a la hacienda! Don José Quirós bostezó con fatiga y se fué a dormir.

Al día siguiente con el alba estaba ya a caballo vigilando el nuevo corte de caña. En la cima verduzca de los altos carros retozaban chiquillos desnudos mordiendo con labio goloso las cañas, chorreando el jugo almibarado. De lejos parecían tañer su flauta rústica, hinchados los carrillos de suculencia.

—¿Eres tú, *Orejón*?—dijo el amo dirigiéndose a un cortador—. Ya ves que no te pasó nada. ¿Ese es el poncho nuevo?

Pero el cholo se acercó, amarillento como el paisaje de caña. Tiritaba a causa de la terciana bajo los dos ponchos sobrepuestos.

—Anda a pedirle quinina a don Cristóbal —dijo el amo.

Era don Cristóbal, el médico de la hacienda, un viejo campechano más avezado a beber el fino aguardiente destilado que a remediar males graves. Con grandes palmadas en la espalda recetó un poco de ron “para matar el gusano”, a no ser que fuera miedo, y en ese caso...

Cuando llegaba el amo por la tarde a la casa de la hacienda una india sollozante lo detuvo en la puerta .

—*El Orejón* se me va a morir, patroncito.

—¿Qué quieres que haga yo? Lo curarán en el hospital.

—En el hospital se va a morir... Que lo suelten, niño, yo lo curo. Anderemos a gritar a don Juan Miguel.

—Bueno, has lo que quieras.

Desmontó, riéndose de las supersticiones de “estos cholos brutos”. Le habían picado, sin embargo, la curiosidad tantas alusiones y por la noche llamó al negro *chimbador*. Le habló al oído largo rato, como si fuera muy difícil decidirlo.

El río, a donde llegaron a caballo a las diez, menguaba ya su corriente, iluminada por la rojiza luna de la prima noche. Un canto lúgubre los detuvo, uno de esos cantos serranos que erizan la carne cuando las plañideras viejas y las quenás sumergidas en el *huaco* de barro parecen tener el mismo ulular de perro melódico. Temblaron los estribos de los caballos, que relincharon apenas, como en secreto. De nuevo una voz triste y sin eco, una voz de muerto, ululó tres veces, terminando en un largo suspiro de vendaval: “Don Juan Miguel, don Juan Mi. . .guel, don Juan Miiii. . .guel”. A pesar del tumulto del río, se escuchó un silbido largo y estridente que hizo encabritarse a las cabalgaduras. Era una lechuza acaso la que había rozado el rostro de don José Quirós con sus alas de seda, o tal vez un poncho flotante que batió en el viento y le llevó el sombrero. En la tiniebla más espesa por que la luna se escondía, la voz aterrada del negro gimió:

—E el diablo, miámo.

Sin esperar, enloquecido ya, el *chimbador* galopaba hacia la hacienda, seguido por el amo, que no podía retener al caballo.

* * *

A las seis de la mañana estaban el *Orejón* y su mujer en la casa de la hacienda a besarle las manos al “niño Pepe”. Contaron oscuramente que habían gritado tres veces a don Juan Miguel y que el *chimbador* muerto salió del río a responder con un silbido, según su costumbre inmemorial. Así se había curado el *Orejón*, y el médico tuvo que certificar que en realidad cesó el extraño paludismo. Pero don José Quirós y el negro no quisieron hablar más de aquella noche en el río y lo pasaban durante el día santiguándose.

EL DESPENADOR

Lo habían ensayado todo sin éxito: el sebo de jaguar; la lana de llama blanca que alivia el dolor si se ha friccionado con ella el pecho enfermo; las hierbas serranas que el brujo del pueblo vecino propinaba en un mate de *chicha* después de haber escupido, como las llamas, hacia los malos poderes del aire. La Serafina, hechicera insigne, se untó el sábado por la noche el cuerpo entero de polvos amarillos y salió volando a Huamachuco a besar tres veces el trasero del macho cabrío. Pero ni el diablo ni los santos pudieron aliviar al viejo cacique de indios que agonizaba en su cabaña.

No moría el viejo como los demás, resignado a lo inevitable, en silencio, apenas quejoso, bebiendo *chicha* y aguardiente para acelerar el tránsito a mejor vida. Se retorció, espumaba, maldiciendo. Nadie podía pegar los ojos en la cabaña: ni los cerdos rosa, ni las alpacas, ni el perro pastor, ni los hijos del moribundo, que se acostaban todos juntos. ¿Hasta cuándo iba a gemir el *taita* viejo? Los malos espíritus se habían cernido allí como las lechuzas en las tumbas; y junto al fogón lleno de *taquía*, el estiércol de llama, que tornaba sofocante la atmósfera, discutieron todos sin prisa. Tal vez el *taita* escuchó algún comentario, pues se irguió en el lecho de paja con tan siniestra mirada que el hijo mayor se puso a temblar y persignarse.

Estaban de acuerdo: era necesario llamar al despenador, último recurso antes de pagar al cura el entierro. Cuando el caso es desesperado, el *despenador* viene a abreviar la agonía.

Es un verdugo de buena voluntad, respetado y pagado. Sólo pudo llegar dos horas después, porque había “trabajado” toda la tarde en un pueblo de los contornos. Era un indio hercúleo, de barbas ralas y solapado mirar estrábico.

Vestía poncho oscuro con pantalón de paño militar y llevaba los desnudos pies roídos por la nigua mal curada. Colgaban de su cuello esas piedras que las gentes del país aseguraban ser “ojos de gentiles”, es decir, disecados ojos de muerto. Para darse bríos pidió el *despenador* un mate de *chicha* y se estuvo *chacchando* la coca en la puerta, sin hablar, sonriendo torpemente al cielo, en que viraban los cóndores. De vez en cuando cogía un piojo de los cabellos y lo hacía estallar en los dientes.

Adentro, el indio viejo siguió chirlando y fue preciso entrar a calmarlo. El *despenador* apartó los cerdos, pudo amarrar al perro hambrón que aullaba siniestramente, y en cucillas avanzó hacia el agonizante; le sujetó ambos brazos con un ronzal. Bruscamente le apoyó en el cuello el peso de su flaca rodilla. Era la manera habitual de despenar. La aguda rótula penetró en las carnes y el moribundo empezó a acezar con ese estertor apresurado que era siempre el preámbulo de la fácil agonía. Sudaba el *despenador* en la cabaña; sudada envuelto en el poncho, sin terminar. Sentía sobre sí la mirada fría del cacique y perdía los bríos para estrangularlo.

—Pumañahui, cuntursoncco (ojos de puma, corazón de cóndor) —regañó entre dientes con un gemido gutural.

El moribundo pudo deshacerse, en fin, de aquellos garfios de los dedos; se irguió como un hombre sano y la lucha comenzó en silencio. Por primera vez el *despenador* veía con espanto la resurrección de un cliente sin acertar a defenderse. ¡El cacique había recobrado aquella fuerza famosa que le permitía matar indios de un solo abrazo!

* * *

La familia aguardaba en la puerta a que el *despenador* saliera a llorar con ella al cacique muerto. Para esperar con calma, para alejar a los malos espíritus que circundaban la

cabaña, trajeron *chicha* y aguardiente en los inmensos porongos que ostentan en relieve chorreras de lluvia y mazorcas de maíz, todos los signos de abundancia del Padre Sol, fecundo y dadivoso cuando quiere. Junto al coro de bebedores un chiquillo se dejaba conducir, como un ciego de lazarillo, por una rata monstruosa que llevaba atada al rabo una cuerda de lana roja. Sobre un nido salvaje se removían dos aguiluchos recién nacidos que alguien robara, para obsequiarlos, en la más alta roca de los Andes.

Entonces, como se escucharan ruidos violentos en la choza, y nunca jamás la acción de despenar a un moribundo había tardado tanto, se decidieron los hijos a derribar la puerta. Un alarido común los retuvo. El moribundo había llevado hasta el fogón de *taquia* al *despenador*, que agonizaba allí, carbonizado ya, con el rostro adolorido y anguloso de las antiguas momias. En cuclillas, el cacique estaba quemando, para calmar a los poderes infernales, unas hojas de coca en la vasija negra.

Al sentir entrar a sus parientes no se quejó ni volvió el rostro para mirar con severidad a nadie. Matar a los moribundos era la costumbre inmemorial, y él la acataba como todos. Pero él estaba vivo, fuerte, lozano. Para probarlo levantó a un cerdo en brazos y salió entonces al aire libre, masti-cando la coca amarga, a beber y bailar con toda la parentela serrana que preparaba el funeral.

EL HOMBRE DE LOS 48 HIJOS

Desde el recodo del camino vi la bandera roja que indica *chicha* en las cabañas del Perú. Me detuve, até mi yegua magnífica a la tranquera de la puerta y caí, casi abrumado por el calor, en el banco de madera de la choza oscurísima.

—Más abajo está el suelo, señor.

Sin duda había pisado a mi vecino, a quien no advertí al entrar, deslumbrado por el sol meridiano. Me disculpé, volviendo el rostro. En la fresca penumbra dos ojos enrojecidos me miraban, y la misma voz grosera prosiguió jovialmente:

—Le juro que tiene un piececito de mula. ¡Caray! De reventar callos.

Yo respondí malhumorado:

—No tengo el gusto de conocerle. ¿Con quién hablo?

De nuevo resonó la risa a borbotones: una risa que sacudía la enorme papada del personaje sobre la corbata chilona, blanca y roja, los colores de la bandera nacional. Se enjugaba los mechones del cabello ceniciento con un inmenso pañuelo de hierbas. De la chaqueta blanca de dril, sólo abotonada a la altura del pecho, emergía un enorme chaleco, partido en dos por la cadena de plata con dijes y amuletos.

—¿Limeñito es el señor?

Yo asentí con la cabeza, dudando entre enfadarme o sonreír.

—Pues se conoce volando.

—¿En qué?

—En lo bien hablado.

Con voz de falsete, francamente graciosa, repitió mis primeras palabras, añadiendo:

—¡Hágame usted patria con estos hombrecitos de güereque!

Eché un taco tremendo, se limpió la garganta disparando al pañuelo estirado en ambas manos un certero escupitajo, y pidió en voz de mando:

—Dos mates de *chicha* para mí y para el doctor.

Era yo el “doctor”. Pero el chiquillo interpelado siguió revolcándose en el piso de tierra de la cabaña con un cerdito rosa y gentil como un juguete. Me levanté a tirar de las

orejas a aquel pilluelo, cuando el hombre inmenso me detuvo del brazo:

— ¡Cuidado! Es quizá mi hijo.

— Me parece que se burla usted de mí —dije ya un tanto amoscado.

— ¡Burlarme? No gasto pólvora en gallinazos. Además, ¿por qué no ha de ser mi hijo? Es feo como yo y no parece bruto. Ella me lo jura cada vez que vengo por aquí. Con tantas mujeres he pasado la noche, que. . . ¡vaya usted a saber!

“Ella” era una india terrosa y friolenta, acurrucada en un extremo de la cabaña sobre un pellón de carnero. Tejía un paño moreno junto a su cántaro de barro. Sin decir palabra nos alcanzó dos *mates* llenos de licor. ¡Quién cantará la *chicha* fresca y perfumada! Era ligera como el agua, morena y astringente, con acideces de vino rústico. Bebí de un sorbo, y fué tan grande el deleite que, ya sin enfados ni fatigas, volví a mi compañero un rostro maravillado:

— ¡Estupenda!

El se enjuagaba la boca con los carrillos hinchados. Tragó sonoramente, escupiendo un resto de *chicha* por elegancia, y me cogió familiarmente del brazo:

— Así me gustan los hombres, doctor: sin candideces. Está buena la *chicha*. ¿Otro poquito?

Cuando nos llenaron de nuevo los *mates* me pasó el suyo después de haber limpiado los bordes con la manga. Bebí, limpié también con elegancia serrana. Cambiamos un cigarro. Eramos amigos.

Se llamaba Serapio Abril. Decía ser hijo de un antiguo alcalde del poblacho vecino y había peleado en “la guerra”. Para no dejar lugar a dudas, enterró mi mano en su chaleco hasta hacerla palpar la cicatriz, hendidá como un labio. “¡Viva el Perú, doctorcito!”. Pidió y bebimos un aguardiente patriótico que desataba las lenguas. Y ya en la puerta del rancho, nuestro diálogo era familiar.

— ¡Qué buena yegua, doctor! Tiene unos pisos de señorita. ¿La vende?... Ya estoy viejo, ¡caray!, pero cuando tenía veinte años era también un mozo bien plantado que andaba en yeguas de lujo por los caminos. ¡Si hubiera visto su mercé mis estribos incrustados de plata! No es por alabarme, pero todas las muchachas querían revolcarse con Serapio Abril. Decían que les daba chamico para embrojarlas. ¡Mentira, doctor! Y así se lo dije al cura cuando quiso amarme.

Rió sonoramente, agregando:

— ¿De cuántos hijos me cree usted capaz?

La cuestión era difícil de resolver, y me callé.

— Cuarentiocho por lo menos, doctor. El cura de puro ladino, se aconchavó con el nuevo alcalde para que los reconociera a tuititos. Y vinieron de veinte pueblos, bonitos, doctor, con ojos de ñorbo y unas boquitas que decían “papá”. Yo firmé no más. ¡Cuarentiocho firmas, caray! Agarré y pregunté a cada mujer: “¿Estás segura, comadre, de que el ñaño es hijo mío?” Ahora, cuando llego a las aldeas, pregunto a los muchachos: “¿Cómo te llamas?” Siempre hay un Abril, doctor. Hay Juanes, Pedros, Tomases, sin contar con todos los angelitos que se jueron pal cielo. . .

Como empecé a reír, él me acompañó en tono bajo, con grandes convulsiones de aquella papada obesa. Se irguió inmenso y vacilante sobre sus botas negras, subió pesadamente a su cabalgadura, mientras yo afianzaba a la mía los estribos de cajón.

— ¡Qué buena yegua! —volvió a decir mirándola con ojos golosos de chalán—. ¡Me juera así hasta Rusia!

Rusia era para este paisano mío el confín del mundo. Entreabrió los belfos de mi cabalgadura con su mano llena de anillos, acarició la sedosa grupa y resumió su admiración murmurando sin ironía alguna:

— ¡Para el obispo!

El camino estrecho nos acercaba y el aguardiente bebido también. Apoyando su mano gruesa en mi rodilla me habló de su “casita”, situada a una legua de aquí; su casita, en que vivía con sus hijas, “dos mocitas de rechupete”.

—¡Gorditas. . . , unos ojos de ñorbo! . . . ¡No le digo nada!

Junto las yemas de los dedos a la boca, imitando el chasquido de un beso. Y como llegábamos al cruce del camino, me habló al oído, instándome otra vez. ¿Por qué no venía a pasar allí la noche en vez de dormir tan mal en cualquier tambo del camino? ¿Fue la *chicha*, o los halagos de aquel hombre taimado? No supe resistir y torcimos rumbo a la casita, que vimos pronto blanquear en un bosque de platanares.

—Mía y de usted— me dijo mi compañero cuando llegamos a la puerta.

Al ruido de las cabalgaduras salieron dos señoritas con larga bata azul, espolvoreado el rostro primoroso. Quedé encantado y maravillado. ¡Hijas de tal Calibán estas chiquillas un tanto provincianas, pero adorables, que volvían a mí sus ojos, indiscutiblemente espléndidos! Cuando supieron que era limeño me miraron con redoblada simpatía. En la comida, que nos sirvió la cocinera india, hablamos de noches románticas, de viajes lejanos, de poesía. Yo miraba al viejo marrullero, que se había burlado de mí al describir a sus hijas como a dos perdidas. Después de comer, una hora de piano — ¡un piano en aquellas soledades!— y el vals a cuatro manos de las niñas pobres. Me fui a dormir, pretextando el cansancio de la jornada, vagamente furioso de tanta música.

Pero no en vano se ha bebido una *chicha* espumante y el mejor “puro de Ica”. Sin poder dormir, pensaba en los lindos talles de las mozas. Escuché ladridos en el patio, el piafar insomne de las cabalgaduras, un trote lejano en los pla-

tanares. Por mi ventana se filtraba la luna y ella me dió tal vez su funesto delirio. Me vestí rápidamente; vi la hora: eran las doce en punto. Caminé de puntillas en el corredor, y, ¡paf!, entreabrí la puerta del cuarto vecino, en donde dormía la más rubia de las hermanas, “Clorinda por mal nombre”, como decía su padre riendo. ¡Qué grito aquél! Con su largo camisón de colegiala estaba espléndida en el plenilunio.

—¿Qué se ha figurado usted, caballero? —exclamó con voz muy digna cuando me acerqué con manos urgentísimas.

Clorinda me rechazaba casi furibunda, y yo comencé a retirarme, perplejo; pero resonó tras de mí la voz burlesca del gigante:

— ¡Dotor, así me gustan los buenos mozos!

¿Era todo una comedia preparada? Nunca lo sabré, ni me importaba saberlo entonces. Autorizada por un padre tan liberal que se retiró a su cuarto riendo a carcajadas, la señorita me concedió, con púdica lentitud, los labios y todo lo demás.

Fue una noche gloriosa y suave en el recuerdo. Por la mañana, las manos delicadas de Clorinda me sirvieron, en una jícara florida, un chocolate de arzobispo. Estaba tan contento que casi me quedo allí por una segunda noche; pero me urgía el viaje y salí a ensillar, cuando vino a mí el anfitrión apenadísimo:

—Se la robaron, dotor.

— ¿Qué han robado?

¡Qué había de ser, inocente de mí! Mi yegua parda con “pisos de señorita”, mi yegua “que podía caminar hasta Rusia”. Aquel gigante maldecía desesperado a los miserables —enemigos suyos, sin duda— que vinieron, como otras veces, por la noche, a robar la mejor prenda.

— ¡Una yegua tan hermosa, dotor!. . . ¡Qué barbaridad! Ya no respetan nada.

Yo murmuré aterrado:

—Y ahora, ¿cómo puedoirme?

Pero él fue generoso. ¿Y su yegua? Me prestaba su yegua “pajarera” y provecta, que yo acepté mohino, sin hablar. Monté, clave espuelas y me alejé, mientras el hombre de los cuarenta y ocho hijos me saludaba con el pañuelo de hierbas, afligido por la fatalidad.

Troté largo rato entre campos de algodón, maldiciendo mi mala suerte. De súbito, desde un zigzag del camino, divisé en la lejanía al hombre gordo... En pie, rodeado de sus hijas, se reía estrepitosamente de aquel doctor limeño que perdió por una noche de amor la más elegante de las yeguas pardas.

VIERNES SANTO CRIOLLO

Que nadie se jacte en alta voz de haber visto más florido festejo de santidad; que nadie quiera superar, citando regocijos solares, aquella Semana Santa poblana, ni sea osado a parangonar con los homenajes de la piedad famosa ésta, humilde y triste, pero tan pintoresca que no sabe de geografías, de historia sagrada ni latines, pero llora con verdadero quebranto —como si no hubieran pasado siglos, como si la Judea fuera apenas una provincia del Perú— el suplicio y entierro del “más divino de los hombres”...

* * *

No hablaré sino al pasar de aquella procesión lírica de guitarras y cohetes, con sus vírgenes flacas y sus *cholas* gordas de redondo sombrero de Catacaos, las *cholas* favoritas del cura, que ostentan por la mañana, en los serones, las meladas chirimoyas, los mangos que se esconden en los viejos roperos para perfume de las sábanas, y esas paltas, por tan

sabrosas conservadas para el prefecto y el obispo. No podría decir sino en latín —y entonces perdería su gracia— aquel lamento de los cholos que comienza con un “buena laya de jijo de p...erra”; y no es desacato ni blasfemia tan plañidero canto, pues sólo expresa rudamente la admiración inmovible del jayán habituado a escucharlo como un elogio de virilidad. Ni hablaré de los tributos santos que son collares de guayruros, o los exvotos humildes e indecentes, o los *huacos* paganos que están llenos de agua bendita, y los mantos de las Vírgenes que fueron brocados de alguna Magdalena arrepentida del coloniaje; ni vamos a censurar la guitarra de las jaranas, rasgueada por el mismo negro humorista que después de la noche obscena está aquí, con el alba santa, tras del palio del cura, canturreando un extraño latín que tiene garbo de copla. Tampoco podemos enfadarnos si el cura de tres parroquias, que debe trotar cincuenta leguas, lleva en la alforja la *chicha*, que no quebranta el ayuno y es más refrigerante que el vinillo de misas. Todo sea por Dios, que mira las conciencias y será indulgente con el pueblo amparado bajo la caridad de Santa Rosa.

* * *

Pero dos escenas inolvidables e incomparables muestran bien nuestra devoción inteligente. No diré el nombre de la aldea para que no me maten si allí voy en romería de novelista; sólo contaré la escena que es tan explícita de nuestra devoción condicional. Habéis de saber que una calle empinada separa la iglesia del camposanto, y por ambas partes debe pasar la procesión si se quiere que la lluvia del Señor caiga durante el año sobre el algodón y la caña de azúcar, bendiciendo el mineral en el lomo de la alta llama y la más crespalana de los carneros. Mas nadie podría llevar el Santo Cristo en andas sin grave peligro de rodar en las piedras de la calzada, que son de río y pulidas por los torrentes. Entonces, en

ambos extremos de la calleja en pie o de hinojos, las gentes del pueblo están mirando lo que va a ocurrir, angustiados todos bajo los anchos sombreros de jipijapa y los ponchos de fiesta. Ya viene, ya lo bajan de las andas, ya le acomodan el cabello, casi rojo.

Nadie tiene un cabello así en el pueblo. Sólo Jesús es tan rubio, y por eso le llaman *el Bermejo*. ¿Cuál cura letrado de tiempos muy antiguos habló alguna vez de la entrada triunfal en una pollina? Las más hermosas pollinas del pueblo están aquí, enjaezadas con lindas cintas y arreos de colores. Los piadosos *cholos* acaban de atar al lomo de la borrica la santa imagen. Sigue un silencio conmovido que sólo turba el retintín de las espuelas impacientes. El mismo cura autoriza la prueba, y si ésta es feliz, si Dios lo quiere, los rojos cohetes chinescos van a estallar dentro de poco rato, festejando el año de gloria y abundancia. Con el ramal de cinco puntas que está en la iglesia —el ramal que sirviera para azotar al Salvador del mundo— han arreado a la borrica, que se resiste a bajar tan pina calle. Un inmenso grito estalla:

— ¡Agárrate, *Bermejo*!

El *Bermejo* es el Santo Cristo. Le llaman así familiarmente, con anticuada palabra, que es casi expresión devota. ¡Ah, si fuera a caer de la borrica o si ésta rodara por la calle con su preciosa carga! Es un calvario a horcajadas que presencian los feligreses con espanto. Pero ha llegado al término de la cuenta, donde comienza el sueño de los muertos, y estalla el júbilo común. Serán jugosas este año las chirimoyas y las lluvias del cielo nos darán maíz dorado...

Sin embargo, tan buena alegría no puede durar mucho, porque Jesucristo se muere en carne mortal el Viernes Santo a manos de los perros judíos. Ya lo presumían todos. Más de una vez se le vieron lágrimas de cera bajo la corona de espinas de oro, en el altar que está en el coro, celado por barrotes de ébano. Se ha muerto y es decente consolar a la familia.

La familia está en otros altares. San José, sobre todo, padre adoptivo, que tiene tan bondadoso rostro de abuelo español y barbas de viruta; San José, a quien vienen los carpinteros de la comarca a referir la carestía de la madera y sus penas íntimas. Tiene famoso manto, pero también muy buena levita que un sastre piadoso le cortó hace muchos años. Ya no se llevan aquellas levitas tan abiertas, con solapas de raso; ni tampoco es de uso, sino en provincias muy lejanas, esa chistera de pelo: el *tarro*, como decimos los peruanos, que simboliza las cosas más serias de este mundo: el prefecto o los presidentes en las visitas solemnes. En días corrientes San José está bien así, disfrazado de santo; pero en horas trágicas de la pasión y muerte es preciso que esté vestido de luto riguroso y presida el entierro. Los mismos *cholos* que ataron al Salvador en la borrica ciñen la levita a la estatua de San José, atándole el *tarro* en los dedos. No sería humano que cuando se está lamentando la horrenda muerte, él se quedara allí, más alto que los demás, lejano y judaico. Es preciso ponerle aquí, junto a la puerta, de levita. Entonces comienzan a desfilar las *cholas* líricas, que saben gemir tan bien en los funerales; el señor hacendado que lleva espuelas de plata; los *cholos* recios, cuadrados, que en su "caballito de totora", como en el lomo de un fabuloso hipocampo, cabalgan sobre el mar Pacífico: toda la gente humilde de mi tierra buena y prolfica. Y cuando van a salir del templo, después del sermón que los enciende en ira contra la infame canalla judía, cuando han compadecido con sollozos los dolores de San José y las ansias de la madre inocente, toda aquella plebe simple y generosa de mi crédula tierra se inclina al pasar y dice en voz baja al santo vestido de levita:

— ¡Sintiendo mucho la muerte de Don Jesús!...

Después de lo cual, cumplidos los santos deberes, la *chicha* es tan suave en las alquerías...

UN SOÑADOR

Al pie de los Andes, en ese *tambo* perdido entre las punas, la almohada me pareció lujo excesivo, cuando es tan fácil suplirla con el poncho plegado sobre la silla de montar. Además, me la trajo, arrastrándola por carreteras y pesebres, un indiecito desharrapado que ostentaba en el rostro dos cejas de buen tamaño. Al acariciarle una mejilla con la mano, advertí que eran brotes recientes de la tremenda *verruqa* del país.

Mediaba la noche de junio; un cuajarón de estrellas sanguinolentas alucinaba la soledad del trajinante, y era tarde, ¡caramba!, para observar las precauciones que me aconsejaron las almas caritativas en el puerto:

— ¡No vaya a beber el agua ni a tocar a un enfermo! Le dará verruga, y nadie sino los indios sabrá curarlo.

Pero las almas caritativas no habían trotado como yo ocho horas seguidas por desfiladeros ardientes bajo la amenaza de los altos cóndores, que buscan presa en las cimas. Acepté la almohada, bebí el agua turbia y me tendí a dormir en el poyo de tierra que las espaldas de otros caminantes había socavado como una tumba. El tambero, hombre discreto y bondadoso, vino tirando mi mula del ronزال para advertirme:

—Cuidado, que se la van a robar.

Por consejo suyo até las riendas a mi mano izquierda (la derecha sirve para el revólver), y así empezamos a dormir la mula y yo, fraternalmente unidos por este lazo corredizo que nos despertaba a entrambos según los vaivenes del sueño. Entonces la luna llena, colándose por las rendijas del techo de paja brava, iluminó en el rincón de la pesebrera una figura mística. El hombre no parecía dormir, sino miraba en alto, con las manos cruzadas como un santo de iglesia. Su barba inculta había crecido en libertad por el ros-

tro, amarillo como la puna, y trepaba hasta el confín de los ojos soberbios, que relucían en el matorral nocturno de las cejas. Como si no hablara conmigo, dijo sin mirarme:

—Lo está desvelando la luna. Así pasa, señor. Mire que la luna está gorda: ya la van a trasquilar. ¿Si caváramos siguiendo su luz hacia el Norte, hallaríamos una veta de plata que llaman bonanza. También debe de haber oro. ¿Se fijó al pasar en esos montes rojos? Son todo cobre... y esos otros verdosos son plata en barras. ¿Se figura, señor... esta injusticia? Yo conozco todo el mineral y las gentes no quieren hacerme caso. Usted viene buscando minas, por supuesto.

Nimbado en el plenilunio, que le mojaba media barba, me miró desconfiadamente, y, como yo hiciera un signo negativo, agregó:

—Bueno, no quiere confesar. Nadie confiesa. Bueno, así se comienza. Todos tienen miedo de que yo les arruine la ganancia, ¡badajo! Míreme esta pepita.

La mano mugrienta rebuscó en el hatillo que colgaba del poncho hasta dar con un magnífico pedazo de oro bruto. Yo palpé el revólver bajo mi poncho. Pero el hombre de las barbas —“Sebastián Cabral para servir a usted”— tenía de cerca la más inofensiva catadura que darse cabe. Sin preámbulos, empezó a contar su vida, divagando bajo la luna aquella, que daba al pesebre no sé qué exaltación de Navidad.

—Así será, pues, señor —murmuraba Sebastián Cabral, acariciando la frente de mi mula con una simpatía irresistible que no dejaba de inquietarme—. ¡Si no quiere confesarlo, paciencia! Pero ¿quién viene a la provincia para otra cosa? De aquí sacaron los gentiles, doctor, el oro y la plata del mundo. La corona de los Cristos y las sortijas de mi patrona Santa Rosa y todas las talegas que se juegan para los ricos, todo es oro peruano. Pero, mejorando lo presente, yo conozco el país de Loreto, donde los ríos arrastran pepitas más grandes que un maní. Oro puro, doctor, figúrese. Y

allá nos fuimos con varios compadres por caminos de infierno, anda y anda y anda. Atraviese usted ríos en balsa y camine por tierras de café y cómase usted monos gordos, que no son mala carne cuando saben guisarlos. Quince días, treinta días, cincuenta días. Las latas de conserva del suelo querían decir que otros p... roseros habían pasado ya. Los cocodrilos salían a mirarnos de los pantanos, llenos de risa; nos bebíamos dos obleas de quinina cada mañana y los mosquitos nos trompeteaban en los oídos el himno nacional, y estábamos tan nerviosos, ¡badajo!, que por la noche dábamos el alerta a cada rato si crujían las ramas o si los pericos pasaban sobre las cimas chillando. Hasta que quién te dice que por dos latas de jamón y una carabina, un indio *conivo* se ofreció a llevarnos a la tierra del oro. Era cerca, doctor, pero teníamos que atravesar el gran río donde está la serpiente dormida. Esos cholos le rezan a la serpiente, que se pasa las horas en el fondo del agua mirando las balsas que se atreven a pasar el *rápido*. No dice nada, pero, eso sí, le da capricho cuando las gentes de la balsa conversan y el indio nos había recomendado que no chistáramos. Todo mojado, daba grandes palotadas con un remo de chonta, cuando a lo mejor alguien tuvo miedo de irse a pique y se puso a gritar y la serpiente movió la cola en el fondo. Así naufragamos, doctor, cuando estábamos como quien dice en la puerta de la tierra del oro. En la orilla corrimos a unas hamacas colgadas de los árboles de caucho. "Amigos, amigos", gritábamos con una alegría sófera. Y cuando llegamos, mamita mía, ¡qué horror! En cada hamaca estaba un esqueleto. Se murieron de *beri-beri* por supuesto; y uno de los muertos como que estaba a medio caer, porque el hombre quiso bajarse y no tuvo fuerza para huirse de ese infierno...

Mi interlocutor se había erguido bruscamente y por la *quincha* agujereada del *tambo* miró afuera con inquietud. Mi mula dejaba escapar un extraño grito, que era relincho y rebuzno. Una bala rebotó a mis pies; otra fué a atravesar la cabeza del buscador de oro, que cayó de bruces. Avanzaba yo a la defensiva, guareciéndome el rostro con el poncho, cuando escuché la voz del tambero:

--No se desgracie, doctor. Es la polecía.

La "polecía" del lugar estaba dignamente representada por dos mulatos fornidos, uno con quepis y espadón, otro casi en cueros, pero llevando consigo un fusil muy respetable. Todo había ocurrido tan de prisa que yo sólo acerté a decir, con la severidad del limeño rebelde a las someras ejecuciones capitales de mi tierra:

--¿Por qué han matado a ese inocente?

El mulato del quepis soltó una serie de interjecciones tan lujosas que iban más lejos que mi humilde persona, hacia los astros. Sin mirarme, lió en las manos blanquecinas un cigarrillo, lanzó certeramente a la barba del cadáver un horrendo escupitajo de bruja, y después, ya más desahogado, dijo en voz de falsete:

--¿Pobrecito, no? ¡Mamita mía, el muy pen...denciero!

Sólo cuando la policía hubo sacado de los andrajos del muerto mi reloj de oro, que él me robara con arte y discreción incomparables, pude creer que había pasado la noche con *Taita viejo*, el más ilustre bandido de la provincia.

EL "ENTIERRO"

-- ¡Enjamás, miamita, enjamás! Por las ánimas del santo purgatorio, por la Virgen del Perpetuo Socorro.

La negra se persignó, horrorizada, tres veces. La frente, para evitar los malos pensamientos; los labios, para conjurar

las nefandas palabras; el pecho, a la izquierda, para santificar los latidos del corazón.

Pero su amita, la "niña Rosa", se reía deslumbradoramente. Estaban en el patio de la hacienda, junto a la tinaja que mide las horas con su minuto de agua. A sus pies retozaba una llama recién nacida, de largas piernas y ojos de felpa húmeda. Cerraba el horizonte la montaña rojiza y verduzca de donde vino en tiempos remotísimos, cuando fue el Perú virreinato de España, la legendaria fortuna del último duque de Somorrostro. Un siglo entero los duques habían acrecentado el caudal; pero al acercarse la cruzada libertadora, aquel famoso "godo" se escapó de la tierra para morir en lejano destierro. Cien años después, su bisnieto Lorenzo Somorrostro regentaba la hacienda, único bien restante de aquella inexplicable ruina.

—¿No sabe, niña? Jesús, María y José, si hasta los sapos de la hacienda le pueden contar a la niña Rosa cómo se desgració su mercé el señor duque. Y a la hora del hora, cuando llegaban los fieles de Bolívar, agarró y metió a los esclavos en el sótano. Allí se estuvieron llenando de onzas de oro los grandes cántaros. Nunca enjamás se les volvió a ver. Pero los que buscan el entierro se mueren dentro del año. No es abusión, miamita. Mire el tío abuelo del niño Lorenzo (Dios lo tenga en su santa gloria), que se murió mordido por perro negro, que era, dicen, el mismísimo diablo Mandinga.

* * *

Rosa Landívar de Somorrostro y su marido se burlaban cariñosamente, desde su llegada a la hacienda, meses antes, de aquella gente humilde, asustada y crédula que vivía forjándose leyendas. En los caminos del monte, una vindicativa viuda blanca asaltaba al caminante para clavarle sus garras de esfinge criolla; los buhos sibilantes, en la cruz de la iglesia, anunciaban los malos agüeros; pero inquietaba, sobre todo,

aquella fortuna escondida en los subterráneos y protegida por fantasmas. De noche, las viejas onzas de oro resonaban a veces bajo tierra, como si las estuviesen contando todavía.

Rosa y Lorenzo escucharon primero curiosamente, con ironía después, los relatos dispersos por el valle. Pero eran tan general la certidumbre de que las viejas monedas estaban enterradas allí, que acabaron por pedirle al mayordomo su concurso para hacer excavaciones. Este suplicó a los amos que se trabajara de noche en secreto, cuando nadie podía verlos. ¡Las gentes eran tan supersticiosas! Para todo el valle, el alma en pena del último duque de Somorrostro sigue vigilando sus famosas tinajas y nadie en mi tierra quiere ponerse en lucha abierta con los poderes de otra vida.

Después de cinco noches de inútiles investigaciones en la caballeriza, que fué antaño sótano y despensa, pudieron dar con un escudo del bisabuelo trazado en piedra sobre el muro: el águila caudal desgarrada por un león rampante. Aquello significaba, en campo de gules, una antigua victoria de la casa o la invicta arrogancia de los Somorrostros. Para los nietos republicanos significó, sobre todo, que por allí estaba el camino de las onzas de oro. Dando y cavando, pudieron remover una lápida que dejó al descubierto una escalera en caracol. El relente de gruta o de tumba los detuvo un momento, y la "niña Rosa", a pesar de las precauciones del mayordomo, estuvo a punto de desmayarse porque una enorme araña velluda, de ojos iracundos, trepó con insolencia.

Pudo más la codicia, sin embargo. Al pie de la última grada hallaron una puerta murada toscamente dispuesta. Las piedras, sin argamasa, parecían hacinadas por albañiles ignorantes o apresurados que habían trabajado de adentro a fuera para escaparse por otro lado, por algún subterráneo que llevaba seguramente a la orilla del río o a la montaña de las minas. Iban ya a picar en el muro cuando la vieja

Domitila llegó enloquecida:

—No, miamita, no

Se arrastraba por la escalera, despeinada, maldiciendo a los malos espíritus con voz agorera de bruja. No debían violar esa tumba en que sepultara el duque a su Blancaflor, tan blanca como los algodones; a la pobre niña que le faltó, velay, y éste juró entonces que la haría comer el corazón con su perro de caza...

—Ayayay, miamita, que se me va morir.

Para darle gusto, los Somorrostros interrumpieron el trabajo, y durante quince días se despertaban sobresaltados en la noche cuando los perros de la hacienda se ponían a ulular juntos, sin que se escuchara ruido humano. Pero aquel tosco muro era la prueba evidente de la fortuna del bisabuelo.

Una noche volvieron a la obra. Cuando las primeras piedras cayeron bajo la azada divisaron las tinajas a lo largo del estrecho corredor de piedra. Sin terminar, saltando por encima del forado a medio abrir, avanzaron en la penumbra. Con manos temblorosas palpaban ya las tinajas hasta el fondo, y sólo sacaron puñados de arena dorada.

Cuando sus ojos se hubieron acostumbrado a la escasa luz, la mano de Lorenzo levantó del suelo una calavera. ¡Caramba, era verdad lo que contaba la tradición! El último duque de Somorrostro encerró allí el oro de la casa ayudado por sus negros esclavos, que degolló uno por uno, al pie de las tinajas, por desdén de señor linajudo o para que no contaran un día a los patriotas dónde estaba el “entierro”.

¡El “entierro” no estaba allí, quizá otros lo habían buscado antes! Una ira silenciosa detuvo en el subterráneo a Lorenzo y Rosa, tan seguros de la fortuna que seguían excavando más lejos, donde un fulgor azulado pareció indicar una salida al aire libre. Una hora entera jadearon, ampliando aquel orificio del muro, y de repente, entre los terrones

húmedos brilló un cáliz de oro. Lorenzo lo empuñó, triunfante, pero un grito de muerte atronó el subterráneo: la mano había sido seccionada por un hachazo.

—Se lo dije a mi niña —sollozaba horas después la vieja Domitila.

Ella nunca quiso creer la versión trivial del accidente que costó la vida al “patroncito”. El subterráneo comunicaba con la capilla de la hacienda; el cura, que no sabía nada de estas excavaciones, sintió ruidos extraños y se apostó en la sacristía con algunos servidores. Por eso, cuando una mano cogió el cáliz de oro, la cercenaron de un golpe.

Las gentes del valle siguen diciendo que por las noches, las lechuzas de la torre, después de beber el aceite de la santa lámpara, están silbando para advertir a todos que es imprudente buscar las onzas de oro del finado señor de Somorrostro.

CUENTO DE MI VIEJA LIMA

Enfadaban sobremanera a don Diego Escobar, arcabuceero del visorrey, las asiduidades de aquel fraile de San Francisco. Nunca sorprendió entre éste y doña Ana sino pláticas de santos y milagros; mas había corrido mucho mundo hasta saber que en las altas y floridas razones se esconde la sierpe de la concupiscencia.

Era doña Ana, su mujer, gentil limeña de ojos tan tristes y labios tan donairosos que los *chapetones*, después de compararla con María Santísima, la hallaban semejanza con las Venus y otras brujas de la antigüedad cuando los gentiles eran amos. Más alegre que su propio canario, sabía pulsar la vihuela con alma; y en el arte de cantar como Dios manda las canciones criollas, tan sólo podrían igualarla los más reputa-

dos negros de las jaranas. Llegó a tal extremo esta música fama, que los frailes de los conventos venían a buscarla para que acompañara a sor Teresa la organista, y después de "jaranear" una noche entera con la guitarra, se despertaba con el alba para elogiar en el coro a nuestra Madre.

Le llegaban de regalo todo el santo día las pastas de la Encarnación, las nueces del Prado, de color infernal y sabor a gloria; o la *chanfaina* destinada a los pobres, pero exquisito manjar de ricos y poderoso. Extremaba estos agasajos el ya nombrado fraile descalzo, que hablaba como predicaba. Era su voz tan persuasiva que más de una vez, llamado a curar a los poseídos, disuadió al demonio con argumentos de la Suma Teológica. Sabía tan bien alternar donaires con jaculatorias, que se le llenaban los serones cuando recorría con el asno franciscano las calles de Lima pidiendo limosna para el convento.

En premio de tales agasajos el fraile daba a las buenas gentes potecitos de agua del Carmelo para detener el mal de madre y letanías impresas que curan las llagas más corruptas. Las malas lenguas murmuraban que obsequiaba también, a trueque de limosna, con menjurjes y pócimas de profano amor.

Púsole más de una vez don Diego el ceño adusto, y, no embargante Fray Martín atribuyó tal despego a los humores que, espesando la sangre de los hombres los traen a acedia y melancolía. Hasta que el hidalgo, echándolo todo a trece, atreviéndose a decirle que fuera en busca de otras puertas, entendiéndose que la suya le estaría cerrada en adelante. Salió el fraile sumisa y dolientemente, pues nuestro padre San Francisco nos enseña a agradecer los denuestos como trabajos y pruebas del Señor. Pero con lágrimas y soponcios, doña Ana echóse en cama manifestado a don Diego su intención de pasar a mejor vida. Poco valieron los juramentos y protestas del marido, que citaba en su descargo los

deberes del buen casado, hasta que doña Ana, que a fuer de limeña era taimada y mujer lista, consintió en perdonar las infames sospechas si le mercaba don Diego sayas nuevas.

Con la más vieja saya, los chapines rajados y un ojo apenas visible en la clausura del manto, fuese doña Ana al siguiente día hasta el convento de los Descalzos. Era su paso menudo, semejante al de las beatas que nuestro Juan de Caviedes ha alabado en tan donairoso metro. Dijo al negro portero que buscaba a Fray Martín una penitente, y pronto en la sombra de un confesionario pudieron hablarse sin reparos. Mucho rieron juntos largo rato, y después de la plática regresaba doña Ana con cara de pascua.

Aquella noche llegó el marido de mal talante echando votos a Dios y los santos por las fechorías de esos herejes y piratas que lo obligarían a embarcar para el Norte, con lo cual pareció quedar muy afligida la perfecta casada; y después de cantar un padrenuestro por las almas que están en el purgatorio, se dispusieron a dormir en santa paz.

No había transcurrido una hora cuando levantóse gran rumor de cadenas y alaridos. Como si acabara de despertar despavorida, cogióse doña Ana del brazo de don Diego, exclamando:

— ¡Temblor, temblor!

Mas comenzaron a agitarse en la ventana del patio las luces menudas que despiden las almas en pena; temblaron los cristales rotos con estrépito, y una cabeza espantable, como la máscara que en las procesiones del Corpus Christi llevan los negros para evocar el rostro del Maligno, empezó a decir con cavernosa voz que helaba la sangre:

—Diego Escobar, vengo a llevarte a las cárceles oscuras del infierno, porque fuiste calumniador y mal amigo.

De buena gana hubiera cogido don Diego la espada dispuesta en la panoplia de la cabecera si no pensara cuerdamente que nada valen contra infernal poder las más templadas

armas de este mundo. Y recordando que se humilla a los demonios con plegarias y santos hombres, comenzó a gemir mientras golpeaba el pecho recio.

—Virgen del Socorro, madre mía de Copacabana, ampara-me y defiéndeme.

Pero se obstinaba el Maligno en su funesta algarabía, hasta ser preciso que doña Ana, descolgando la pila de plata, lanzara a la ventana su agua bendita. Se alejó el enemigo con triste ruido de cadenas, y ya repuesto del pánico, don Diego empezó a decir:

—No es la primera vez, doña Ana, que se ensañan conmigo los poderes del otro mundo. Paréceme que no deben ser ánimas del purgatorio, pues habéis sentido sin duda olor a azufre. Ya me burlaron otras veces; cuando fuí con cien lanzas al río de las Amazonas, me chupó la sangre uno de esos volátiles que llaman vampiros y en quien se encarna el espíritu del mal. Pero nunca había escuchado su voz, que es capaz de poner espanto en un don Gonzalo de Córdoba. Vos sabéis si con espada en mano tengo yo miedo a alma viva; mas no conviene medirse con el que fue angel de Dios.

Esfuerzo y grande costaba a doña Ana reprimir la risa que le retozaba en la garganta; pero acabó por hundir la cabeza en la almohada para disimular con sollozos las carcajadas. Consolábala como podía el buen hidalgo, muy afligido por el trance; y cuando pudo recobrar la serenidad, ella replicó a su vez con este sensato discurso:

—He leído en libros de piedad que los diablos vienen sólo a amonestar a los pecadores. Si alguna vez tentaron a los santos fue con permiso especial del Dios de todo lo creado, que conserva poderío sobre sus antiguos ángeles rebeldes. Esta no es proposición herética, sino está sustentada por doctores. Tengo para mí que los cargos injustos que hicisteis a Fray Martín, dejándoos arrebatar por cóleras y malos juicios, nos han valido la espantable visita.

Meditaba don Diego tan discretas razones mesándose lentamente las barbas;; y cuando el alba fue venida vistióse a prisa y echó a andar al convento, donde pidió visitar a Fray Martín. No las tenía todas consigo el fraile, que llegó al cabo en compañía de un gigantesco lego descalzo; mas vió con sorpresa y regocijo que don Diego le pedía perdón a gritos besándole las manos por extremo de rendimiento. Entonces Fray Martín golpeóse el pecho con el puño cerrado y empezó a dar grandes voces:

—No me pida perdón, don Diego, que soy también vil pecador. Razón fue humillarme y vejarme, pues flagelaron los judíos al Salvador del mundo y yo apenas sé azotar esta carne flaca. Déme con la espada cintarazos y yo le besaré entrambas manos, que más castigo merecen mis afrentas al que todo lo ve y lo juzga.

De hinojos volvía las espaldas esperando que fuese don Diego como el ángel del Señor que flagela en la puerta del Jardín Celeste. Visto lo cual, se conmovió el hidalgo hasta las lágrimas, gimoteando:

—Que tan bueno había sido, padre mío. Fue el demonio quien me hiciera mal pensado.

En seguida contó el caso de aquella noche. Escuchaba Fray Martín sin asomo de sorpresa; antes bien llevando a don Diego a la biblioteca del convento le hizo leer en pergaminos de gótica escritura las asechanzas y diversos modos de perseguirnos que tiene el demonio, pues fue siempre argucioso como un doctor y sutil como un judío. Allí se narraban sus mil maneras corporales de encarnarse, desde las ninfas y sirenas de la antigüedad hasta los súcubos que sorben el tuétano de los mancebos no precavidos, y las doncellas que se aparecen en las cuevas de los santos ermitaños, desnudas y con propósito de lujuria. Por consejo de Fray Martín, el hidalgo iba a permanecer un día por semana en el convento pidiendo a Dios que lo librara de tan malos encuentros.

VENTURA GARCIA CALDERON

Rió mucho doña Ana cuando supo por Fray Martín aquel epílogo. Y con tales pláticas celebraron el viernes de cada semana las asechanzas del Maligno, que al cabo de nueve meses ella daba a luz un lindo niño acogido por don Diego como perdón del cielo y paz en esta vida y en la otra. Amén.

LOS MALES DEL SEÑOR OBISPO

Esto es historia antigua, pero juraría que puede repetirse en mi cándida ciudad de "limeños mazamorreros". . .

* * *

Para curar al señor obispo, que seguía gimiendo en su palacio, habían ensayado, sin éxito, los remedios del cielo y de la tierra. De los conventos ricos llegaban los finos regalos que pudieran confortar a la Amada de Salomón: los caldos gordos con "posturas de gallina", como decía la discreción de sor Filomena, que velaba al enfermo; las chirimoyas, que no hacen daño, pues son perfume del Señor (que sea alabado), y la *chanfaina*, manjar de pobres, y los lindos tamales en sus hojas de plátano, trabados con tan fino hojaldre de maíz que nunca pueden agravar la calentura.

Beatas morenas traían, benditas ya por manos consagradas y olorosas a santo sahumerio, las pastas blancas y doradas en forma de corazón, de corona de espinas, de corde-ro pascual, de paloma evangélica; fina delicia cuando la madre abadesa supo batir la yema con azúcar y amasarla, durante cinco rosarios por lo menos, con las almendras cabezonas. De todo ello probaba, "para que no se le reventara la hiel", el señor obispo. Sobre toda golosina opinaba doctamente, a pesar de estar un poco aromadizado y por ende menos apto a discernir sabor y olor.

Más a pesar del trisagio rezado cumplidamente para recordar los afanes del santo sepulcro, no hallaba alivio el

señor obispo; y fué menester llamar a los mejores físicos de la ciudad: don Panchito, el barbero sangrador y un hereje luterano venido de Flandes.

Llegaron todos en sus mulas ostentosas, recubiertas con gualdrapa morada, llevando dos relojes al cinto, muy galanes. Pero aquí fué confusión y desorden, como en la Torre de la Escritura. El hereje recetaba sospechosa medicina; el barbero pretendió que era aquello el vicio de la sangre apostemada *per modum putredinis*, la cual había tabifactado el calor nativo. E irguiendo su lanceta, quería ya sangrar el brazo de su eminencia para sacarle ocho onzas de sangre corrupta. Tan sólo don Panchito se inclinaba a recetar el chocolate como es infalible medicina, a saber: con canela, pimienta negra, agua exprimida de las flores del limón, toronja y almendras dulces.

El barbero, que era medio astrólogo, replicó citando los signos y planetas que influyen en la natural condición humana, para terminar aconsejando la sangría, que esclarece los tuétanos. Por cristiana humildad recomendó además los evangelios colocados sobre el vientre desnudo, las fricciones con agua del Carmelo, las hilas secas en forma de cruz y un pegado de unguento basilicón que conservara la natural humedad de la parte. En persistiendo el daño, el paciente podría beber, diluida en una onza de vino, la flor en donde se retrata la pasión de Cristo. Para caso más grave reservaba el aceite de alacranes, el bálsamo de calabazas y la enjundia de cóndor.

Mas don Panchito, que miraba a unos y otros con mal reprimida sonrisa; don Panchito, que era un tanto descreído, como lo son muchos del gremio, empezó a menear la cabeza. Y cuando sor Filomena le afianzaba con la mano el estribo para que pudiera montar con todo reposo, murmuró en voz baja, que le oyeron todos:

— ¡Dieta y mangueta y siete ñudos a la braguetta!

EL ALFILER (*)

La bestia cayó de bruces, agonizante, rezumando sudor y sangre, mientras el jinete, en un santiamén, saltaba a tierra al pie de la escalera monumental de la hacienda de Ticabamba. Por el obeso balcón de cedro asomó la cabeza fosca del hacendado, don Timoteo Mondaraz, interpelando al recién venido, que temblaba.

Era burlona la voz de sochantre del viejo tremendo:

—¿Qué te pasa, *Borradito*? Te están repiqueteando las choquezuelas. . . ¡Si no nos comemos aquí a la gente! Habla, no más. . .

El *Borradito*, llamado así en el valle por el rostro picado de viruelas, así con desesperada mano el sombrero de jipijapa, y quiso explicar tantas cosas a la vez —la desgracia súbita, su galope nocturno de veinte leguas, la orden de llegar en pocas horas, aunque reventara la bestia en el camino—, que enmudeció por un minuto. De repente, sin respirar, exhaló su ingenua retahíla:

—Pues le diré a mi amito que me dijo el niño Conrado que le dijera que anoche mismito agarró y se murió la niña Grimanesa.

Si don Timoteo no sacó el revólver, como siempre que se hallaba conmovido, fue, sin duda, por mandato especial de la Providencia; pero estrujó el brazo del criado, queriéndole extirpar mil detalles.

—¿Anoche? . . . ¿Está muerta?... ¿Grimanesa?...

Algo advirtió quizá en las oscuras explicaciones del

(*) Si bien *El alfiler* no pertenece al libro *La venganza del cóndor*, lo incluimos porque es uno de los cuentos más populares y difundidos de V.G.C., como también su narración más representativa ya que se le incluye en todas las antologías que se han hecho de su obra. (N.E.)

Borradito, pues sin decir palabra, regando que no despertaran a su hija, “la niña Ana María”, bajó él mismo a ensillar su mejor “caballo de paso”. Momentos después galopaba a la hacienda de su yerno, Conrado Basadre, que el año último casara con Grimanesa, la linda y pálida amazona, el mejor partido de todo el valle. Fueron aquellos desposorios una fiesta sin par, con sus fuegos de bengala, sus indias danzantes de camisión morado, sus indias, que todavía lloran la muerte de los Incas, ocurrida en siglos remotos, pero reviviscente en la endecha de la raza humillada, como los cantos de Sión en la terquedad sublime de la Biblia. Luego, por los mejores caminos de sementeras, había divagado la procesión de santos antiquísimos que ostentaban en el ruedo de velludo carmesí cabezas disecadas de salvajes. Y el matrimonio tan feliz de una linda moza con el simpático y arrogante Conrado Basadre terminaba así. . . ¡Badajo! . . .

¡Incando las espuelas nazarenas, don Timoteo pensaba, aterrado, en aquel festejo trágico. Quería llegar en cuatro horas a Sincavilca, el antiguo feudo de los Basadre.

En la tarde, ya vencida, se escuchó otro galope resonante, premioso, sobre los cantos rodados de la montaña. Por prudencia, el anciano disparó al aire, gritando:

—¿Quién vive?

Refrenó su carrera el jinete próximo y, con voz que disimulaba mal su angustia, gritó a su vez:

—¡Amigo, soy yo! ¿No me conoce? El administrador de Sincavilca. Voy a buscar al cura para el entierro.

Estaba tan turbado el hacendado, que no preguntó por qué corría tanta prisa el llamar al cura si Grimanesa estaba muerta, y por qué razón no se hallaba en la hacienda el capellán. Dijo adiós con la mano y estimuló a su cabalgadura, que arrancó a galopar con el flanco lleno de sangre.

Desde el inmenso portalón que clausuraba el patio de la hacienda, aquel silencio acongojaba. Hasta los perros,

enmudecidos, olfateaban la muerte. En la casa colonial, las grandes puertas claveteadas de plata ostentaban ya crespones en forma de cruz. Don Timoteo atravesó los grandes salones desiertos, sin quitarse las espuelas nazarenas, hasta llegar a la alcoba de la muerta, en donde sollozaba Conrado Basadre. Con voz empañada por el llanto, rogó el viejo a su yerno que lo dejara solo un momento. Y cuando hubo cerrado la puerta con sus manos, rugió su dolor durante horas, insultando a los santos, llamando a Grimanesa por su nombre, besando la mano inanimada, que volvía a caer sobre las sábanas, entre jazmines del Cabo y alhélfs. Seria y ceñuda por primera vez, reposaba Grimanesa como una santa, con las trenzas ocultas en la corneta, de las carmelitas y el lindo talle prisionero en el hábito, según la costumbre religiosa en el valle, para santificar a las lindas muertas. Sobre su pecho colocaron un bárbaro crucifijo de plata que había servido a un abuelo suyo para trucidar rebeldes en una antigua sublevación de indios.

Al besar don Timoteo la santa imagen quedó entrea-bierto el hábito de la muerta, y algo advirtió, aterrado, pues se le secaron las lágrimas de repente y se alejó del cadáver como enloquecido, con repulsión extraña. Entonces miró a todos los lados, escondió un objeto en el poncho y, sin despedirse de nadie, volvió a montar, regresando a Ticabamba en la noche cerrada.

* * *

Durante siete meses, nadie fue de una hacienda a otra ni pudo explicarse este silencio. ¡Ni siquiera habían asistido al entierro! Don Timoteo vivía enclaustrado en su alcoba, olorosa a estoraque, sin hablar días enteros, sordo a las súplicas de Ana María, tan hermosa como su hermana Grimanesa, que vivía adorando y temiendo al padre terco. Nun-

ca pudo saber la causa del extraño desvío ni por qué no venía Conrado Basadre.

Pero un domingo claro de junio se levantó don Timoteo de buen humor, y propuso a Ana María que fueran juntos a Sincavilca después de misa. Era tan inesperada aquella resolución, que la chiquilla transitó por la casa durante la mañana entera como enajenada, probándose al espejo las largas faldas de amazona y el sombrero de jipijapa, que fue preciso fijar en las oleosas crenchas con un largo estilete de oro. Cuando el padre la vió así, dijo, turbado, mirando el alfiler:

—Vas a quitarte ese adefesio. . .

Ana María obedeció suspirando, resuelta, como siempre, a no adivinar el misterio de aquel padre violento.

Cuando llegaron a Sincavilca, Conrado estaba domando un potro nuevo, con la cabeza descubierta a todo sol, hermoso y arrogante en la silla negra con clavos y remaches de plata. Desmontó de un salto, y al ver a Ana María, tan parecida a su hermana en gracia zalamera, la estuvo mirando largo rato, embebecido.

Nadie habló de la desgracia ocurrida ni mentó a Grimanesa; pero Conrado cortó sus espléndidos y carnales jazmines del Cabo para obsequiarlos a Ana María. Ni siquiera fueron a visitar la tumba de la muerta, y hubo un silencio enojoso cuando la nodriza vieja vino a abrazar a “la niña” llorando.

— ¡Jesús, María y José! ¡Tan linda como mi amita!
¡Un capulí!

Desde entonces, cada domingo se repetía la visita a Sincavilca. Conrado y Ana María pasaban el día mirándose en los ojos y oprimiéndose dulcemente las manos cuando el viejo volvía el rostro para contemplar un nuevo corte de caña madura. Y un lunes de fiesta, después del domingo encendido en que se besaron por la primera vez, llegó Conrado a

Ticabamba, ostentando la elegancia vistosa de los días de feria, terciado el poncho violeta sobre el pellón de carnero, bien peinada y luciendo la crin de su caballo, que “braceaba” con escorzo elegante y clavaba el espumante bello en el pecho, como los palafrenes de los libertadores.

Con la solemnidad de las grandes horas, preguntó por el hacendado, y no le llamó, con el respeto de siempre, “don Timoteo”, sino murmuró, como en el tiempo antiguo, cuando era novio de Grimanesa:

—Quiero hablarle, mi padre.

Se encerraron en el salón colonial, donde estaba todavía el retrato de la hija muerta. El viejo, silencioso, esperó que Conrado, turbadísimo, le fuera explicando, con indecisa y vergonzante voz, su deseo de casarse con Ana María. Medió una pausa tan larga, que don Timoteo, con los ojos entrecerrados, parecía dormir. De súbito, ágilmente, como si los años no pesaran en aquella férrea constitución de hacendado peruano, fue a abrir una caja de hierro de antiguo estilo y complicada llavería, que era menester solicitar con mil ardides y un “santo y seña” escrito en un candado. Entonces, siempre silencioso, cogió allí un alfiler de oro. Era uno de esos *topos* que cierran el manto de las indias y terminan en hoja de coca, pero más largo, agudísimo y manchado de sangre negra.

Al verlo, Conrado cayó de rodillas, gimoteando como un reo confesó:

— ¡Grimanesa, mi pobre Grimanesa!

Más el viejo advirtió, con un violento ademán, que no era el momento de llorar. Disimulando con un esfuerzo sobrehumano su turbación, murmuró en voz tan sorda que se le comprendía apenas:

—Sí, se lo saqué yo del pecho cuando estaba muerta. . . Tú le había clavado este alfiler en el corazón. . . ¿no es cierto? Ella te faltó quizá. . .

—Sí, mi padre.

—¿Se arrepintió al morir?

—Sí, mi padre.

—¿Nadie lo sabe?

—No, mi padre.

—¿Por qué no lo mataste también?

—¡Huyó como un cobarde!

—¿Juras matarlo si regresa?

—¡Sí, mi padre!

El viejo carraspeó sonoramente, estrujó la mano de Conrado, y dijo, ya sin aliento:

—¡Si ésta también te engaña, haz lo mismo!... ¡Toma!...

Entregó el alfiler de oro solemnemente, como otorgaban los abuelos la espada al nuevo caballero, y con brutal repulsa, apretándose el corazón desfalleciente, indicó al yerno que se marchara en seguida, porque no era bueno que alguien viera sollozar al tremendo y justiciero don Timoteo Mondaraz.

NOSOTROS

VGC fue un polemista irónico, airado y un tanto idólatrico. Su extenso alejamiento del Perú junto con su indudable amor por él, lo hacían extremadamente sensible a todo lo que se dijera de él en su patria. Solía guardar con exceso las cenizas de aquellas hogueras eventuales, o sea, eso que se llama rencor. Una de sus pasiones negativas fue el Presidente Leguía y su cortejo de gobierno quizá porque en 1920, a raíz de desagradables sucesos populacheros en Lima, algunos de los partidarios de VGC se apartaron ostensiblemente de todo trato con el Gobierno imperante. Como consecuencia de ello VGC y su hermano Francisco fueron excluidos del cuerpo diplomático, exclusión que duró hasta 1930 en que con el Golpe de Estado de Sánchez Cerro fueron incorporados al servicio. De otro lado con los rápidos cambios culturales y sociales operados en torno de la gran crisis de 1914, la generación del veinte o generación del Centenario, se divorció tajantemente de la generación anterior, es decir, de la de VGC: de ello habría un testimonio bastante claro en mi libro *Balance y liquidación del novecientos* que sólo se publicó en 1941.

En 1933 fue asesinado el general Sánchez Cerro y ocupó el Gobierno el general Oscar R. Benavides quien guarda-

ba una conocida amistad con VGC tratada durante la permanencia en Francia del aludido militar. En ese tiempo la primera generación aprista, que rodeábamos a Haya de la Torre creyó que una de sus tareas era delimitar los cambios entre la generación de 1900 y la nuestra, la de 1921. Continuó una polémica ya iniciada oralmente en el Congreso Constituyente del Perú en 1931, en el que fueron continuos los debates entre Víctor Andrés Belaunde, su conspicuo defensor perteneciente de la generación de VGC, con Manuel Seoane y conmigo, pertenecientes a la de Víctor Raúl. A fines de 1933 ocupó la presidencia del Consejo de Ministros José de la Riva-Agüero y Osma, otro representante de la generación de VGC y emprendió persecución contra el aprismo y muy especialmente contra Seoane y contra mí.

ADVERTENCIA PRELIMINAR DE 1946

Un día que en Río de Janeiro hablaba yo con Alfonso Reyes de nuestra vida azarosa y por ende de los libros nonatos o muertos que llevamos en el equipaje, volvió Alfonso a su estantería el rostro malicioso con la sonrisa picaresca de siempre para decirme:

—Pues allí tiene usted también un cementerio.

¿Por qué voy a sacar del camposanto de papel un libro muerto? Fue pergeñado éste hacia 1934 cuando Luis Alberto Sánchez descubría que “los García Calderón con quienes ha comenzado su divorcio la opinión de vanguardia” no merecían sino ofensas; cuando una serie de periódicos efímeros y urticantes nos decían “vela verde”, según la graciosa expresión colonial al evocar a los enjuiciados del Santo Oficio que llevaban un cirio de ese color en la mano y padecían, entre los gritos de la multitud, zurriagazos en la espalda desnuda.

“Los García Calderón con quienes ha iniciado su divorcio la opinión de vanguardia”. ¿Por qué? Culpa nuestra no era. Con injusta e injustificada animosidad se amplió este divorcio a tal punto que tuvo carácter de manifiesto, firmado éste por los cinco dirigentes del partido vanguardista. ¿Qué

causó tal incomprensión? Hasta hoy no he podido explicármelo. En plano muy inferior, un periodista de claro talento y malas entrañas, comenzó una campaña de seis meses en diarios de la calle que lefa la malevolencia del público. Se ufana- ba aquél de ser adversario mío y había publicado ya por entregas un libro soez intitulado *La hora undécima del señor don Ventura García Calderón*.

Siendo yo mismo aficionado a la vena satírica peruana, no podía enfadarme ni ofuscarme si se ensañaba conmigo. Mi alejamiento del Perú favorecía la impunidad de la invectiva y mi silencio parecía temor. Pronto se mezclaron a la sátira amena y a la muy legítima crítica de mi labor literaria, la calumnia y la insidia.

Entonces de lejos, pero con certera mano acallé tales atropellos con un solo garrotazo verbal. Bien molidas quedaron las espaldas del imprudente.

Todo ello se esfuma en un ayer casi olvidado y perdonado. Si se apuntan aquí tales estridencias, es para dejar constancia de que el origen de este libro no fue alegato sino réplica.

Para ventura y gratitud vitalicia nuestra, contamos en el Perú, Francisco y yo, con las más puras y generosas amistades. En vísperas del regresar a Lima, su calor de afecto me alienta y tantas cosas que parecían desteñidas reviven en mi espíritu.

Y puesto que ningún otro de los hombres de mi generación que han cumplido o van a cumplir sesenta años, quiso evocar ese pasado, salga al mundo así como fue escrito este libro inconcluso, mal esbozado, lleno de sombras como un espejo que ha perdido el azogue.

V.G.C.

EPIGRAFE

... Je me suis, autant que possible, cité moi-même, par cette seule raison qu'en fait de raisonnement et de procédés intellectuels, je serai bien plus sûr de ce que j'avancerai en racontant ce qui m'est arrivé qu'en interprétant ce qui a pu se passer dans l'esprit des autres.

Claude BERNARD

*Introduction à l'étude
de la médecine expérimentale*

Le véritable patriotisme n'est pas l'amour du sol, c'est l'amour du passé, c'est le respect pour les générations qui nous ont précédés.

Fustel de COULANGES

Questions contemporaines

PROLOGO (de 1936)

Cuando en 1935, con más azoramiento que indignación, respondí en los diarios de Lima a ciertas invectivas criollas, hable de mi generación citando nombres, los que me vinieron en seguida a los puntos de la pluma. Salió entonces a mordermme los calcañares un escritor anónimo pero insolente (probablemente, uno de los mejores críticos de la nueva generación, Luis Alberto Sánchez).

Luis Alberto desahogaba en esas páginas una inquina injusta¹ que comenzó diez años antes por las más ferviente admiración a mi obra. A vuelta de muchas insanidades, el eximio escritor decía muchas verdades esenciales como por ejemplo que diez años bastan para que los hombres enfoquen el mundo de muy diferente manera. La palabra "generación" empleada por mí en aquella réplica harto violenta era un arti-

(1) Nos reconciliamos más tarde cuando Luis Alberto estaba desterrado en Chile y nos dimos cuenta, él y yo, de que trabajábamos con parecido entusiasmo en la misma cantera del pasado nacional. Luis Alberto publicaba entonces el mejor ensayo peruano sobre la Perricholi. Y parece travesura póstuma de la insigne criolla que quien me acusaba tanto de *perricholismo* - como él decía donosamente - incurriera en el mismo fanatismo de lo pretérito. . .

Escrita esta nota y corrigiendo las pruebas de este libro (enero de 1946), me llega de Lima por avión un artículo de Sánchez publicado en *La Tribuna* sobre mi libro *Instantes del Perú* y en el cual nuestro veleidoso vuelve a las andadas. A vuelta de algunos elogios a mi pasado, quiere denigrar mi presente. Conocido y mañoso artificio del mundo literario que nadie puede tomar en serio, pero esta vez exagera de tal manera que los lectores mismos de su clan han debido encogerse de hombros ante las insidiosas deformaciones de la verdad. Dudar, por ejemplo, de mi francofilia, es negar la claridad de la luz. El escritor expulsado por el Reich alemán en 1941, el autor de *Cette France que nous aimons* que ya provoca en los medios literarios de Francia y Suiza las más calidas y fervientes expresiones de gratitud intelectual, pue-

ficio de retórica como parece pensarlo Jorge Basadre en la carta que incluyo en un apéndice. En realidad, los hombres que comenzamos a tener cincuenta años divergimos profundamente de Zutano y Mengano que todavía no peinan canas. A los cincuenta, a las cinco de la mañana, se daba a sí mismo cita el admirable Charles Péguy para escribir sus memorias que eludieran la apología de su juventud y la defensa de su pasado. “¿Necesito yo acaso defenderme?”, decía el autor de *Juana de Arco*. No estoy de acuerdo con este. Siempre hay almas ingenuas que llevan su ramito oloroso a la hoguera destinada a quemarnos y para ellas tenemos el deber de explicar cada mañana nuestras intenciones, nuestros fracasos, nuestros revuelos sin alas en aquella zona de nuestras almas a donde no llega el sol.

Existe efectivamente una generación de 1905 a la cual ciertos sicarios que ya comienzan a no ser jóvenes, quisieron pedirle demasiado. Siempre estuvieron hablando de “enjuiciarnos” sin saber decir a punto fijo quién les dio autoridad de magistrados, quién les confirió el papel de Cerberos o Radamantos.

de no hacer caso de las insinuaciones del crítico peruano, mejor inspirado otras veces. Y en cuanto a las lecciones que pretende darme sobre la literatura pretérita del Perú, séame permitido responder con esa sonrisa semi-burlona, semi-compassiva que inventara Leonardo para traducir ciertas hondas reticencias del alma. Quien, como Luis Alberto, ha aprovechado alguna vez de mis hallazgos y de mis indagaciones sobre el pasado literario nacional, no debiera nunca olvidar el enorme acervo biográfico y bibliográfico que constituyen los trece volúmenes de mi *Biblioteca de Cultura Peruana*. Sin contar con la obra cultural de cuarenta años: *Del Romanticismo al Modernismo. La literatura peruana. Vale un Perú. Instantes del Perú* y las antologías líricas publicadas en Barcelona o en París y las ediciones del *Ollantay* y del *Apologético* de Espinosa Medrano etc., etc. No, Luis Alberto, no busque usted las pulgas del león, como dicen en Francia. Está usted por encima de esas pequeñeces.

Dispersamente, expongo en este libro cómo una generación venida a la vida después del desastre nacional restauró su porfiado optimismo, se europeizó como toda la América del Sur, pero consagrando sus más íntimas fruiciones y tareas a escudriñar el sentido del pasado peruano, las vicisitudes de su presente y el fundamento de su porvenir. Los que hoy tallan en la misma cantera son, a sabiendas, sin confesarlo ni quererlo, continuadores y discípulos nuestros.

Evidentemente, ninguno de nosotros pudo erigir el vasto edificio que prefiguró en su amanecer. Todo hombre es un fracaso y el sudamericano un hombre-orquesta que no tiene tiempo ni ocasiones para especializarse en un instrumento. En la incoherencia peruana donde el mero escritor carece de categoría y de "estatuto los más derivaron naturalmente hacia la política con todo lo que ella entraña de incertidumbres. Otros se acomodaron al destierro en los once años más bochornosos que ha conocido la historia patria. Otros hundían en el suelo de Europa raíces adventicias manteniendo su raigambre profunda asida al suelo ancestral —y esta divergencia de jugos nutricios se tradujo tal vez en contrastes de clima íntimo. No es el caso de repetir aquí las razones de un admirable opúsculo de Gonzalo Zaldumbide sobre las *Vicisitudes del descastamiento*, en el cual el magistral escritor ecuatoriano ha expresado la contradicción vital del hombre nuestro, su antagonismo interior que suele asumir la grandeza de Pascal, porque en él subsiste la patética divergencia de cada hijo de mujer entre el cerebro y el corazón. Europeo mental, es criollo sentimentalmente. De ejemplo ha de servirnos siempre Rubén Darío. En Nicaragua y en Buenos Aires tiene patrias carnales; París es empero su trampolín y la Grecia antigua su ribera de mármol. ¿Hubiera acaso completado el ciclo de su genio ascendente sin esas dos evasiones? ¡Y quién va a decirnos que aquel indio genial no era un americano típico! Testigo soy. . .

Pero sin querer referir aquí el secreto de cada aventura

espiritual, sin querer explorar el alma de cada uno de mis coetáneos pues cada cual mantiene su distrito de sombra, cábeme repetir aquí las graciosas palabras del poeta persa Firdáusi. “Feridún –dice de un personaje suyo el autor del *Libro de los Reyes*– no era un ángel, no estaba compuesto de almizcle y de ámbar.” No sé decir cuantas porciones de estoraque y de bálsamo peruano entraron en la composición de mis amigos que hoy tienen cincuenta años pero estoy seguro de que no pretendieron ser ángeles sino hombres muy hombres.

Cuando los juzgue la historia, hallará en todos ellos un parecido, un aire de familia. Al analizarlos aquí separadamente nunca olvido lo que trajeron en común y si alguna vez parezco estar hablando de mí mismo con desusada intimidad, es porque veo retratado en mi espíritu, como en el mágico espejo donde se miran otras almas, todo lo que debe la mía a su perfil consecuente y fraternal.

*COMO ERA UN ADOLESCENTE PERUANO
AL COMENZAR EL SIGLO XX. . .*

Si no fuera anacrónico rehacer un libro de Musset, se pudiera escribir con su pálida tinta y a la sombra del sauce llorón, la confesión de un hijo del siglo. De un hijo del siglo XX. cada generación debiera repetir tan melodiosa y explicita queja para dejar a su manera la constancia de su juventud:

*Aquella vasta adolescencia verde
¿sabrá decirla el corazón tardío
cuando en la noche lírica recuerde
para cantar todo el despojo mío?*

No; cerremos resueltamente el peligroso libro de versos. Olvidemos el cuaderno secreto en que toda mocedad consigna

pristinos asombros y esa manera sudamericana de concebir el mundo cuando corren parejas el romanticismo y el candor. El punto de partida, el fervor inicial es análogo. Impetuosa elegía de los veinte años bajo noches sofocantes de jazmín. En la pampa, la puna o la manigua iba a cundir, nadie sabe como ni por qué, un paludismo sentimental, una malaria: el romanticismo del cual nadie supo curarnos. Paul Groussac se burló de nuestros habituales tópicos literarios hacia 1890 cuando América o su literatura estaban en mantillas. Asomaban entonces con deplorable frecuencia la golondrina de Bécquer y el floripondio. Pudo añadir Groussac, para extremar su pícaro sonrisa y completar los lugares comunes de nuestra poética, la calandria del atardecer en un alto gajo del ombú, el sabiá que canta en brasileño y aquel inconsolable urutaú que llora lágrimas patrióticas en una canción uruguaya.

Groussac venía de una Francia curada del morbo romántico a ser arriero y literato, dos profesiones que sólo pueden acumularse en América del Sur. Y aquí comienza la linda venganza de nuestra tierra contra el imprudente explorador. Después de haber escrito su breviario de burlas *Del Plata al Niágara*, el exsecretario de Alfonso Daudet se pone a suspirar cosas líricas y celestes. Ya Francia no podría reconocer a un hijo suyo en ese Sancho ingenioso que se va tras del "loco" Sarmiento y dice cosas lunáticas para elogiar a su Quijote de la pampa.

Cuando quise editar en Europa aquel libro de Groussac, escribí a su autor y recibí de él una respuesta vergonzosa en la cual me expresaba que no quería contentarse con mis rasgueos de guitarra sino pedía muy buena plata sellada. Recuerdo que mi apasionada juventud le echo en cara entonces a Groussac su condición de francés cicatero y oportunista. Si se jactaba de ser gruñón, qué bien sabía transformarse en el más zalamero de los cortesanos para implorar el valimiento de los poderosos! Vamos, me había dirigido yo al maestro

de una generación argentina, al ático escritor en quién el mismo Ruben aprende las finas curvas de una sintaxis más enjuta y esbelta que la nuestra; me había dirigido al literato y el arriero me respondía... Mi indignación tan fulminante como injusta era perfectamente hispano-americana y se ha evaporado en el recuerdo con dejos de conmiseración admirativa. ¡Pobre Paul Groussac! Víctima fue también, víctima expresiva de nuestra América. Vino como un San Pablo furibundo trayendo a tan lejanas tierras su evangelio tricolor. Su literatura se encandila como un pirilampo del Brasil, se melodiza con ritmos de calandria para acabar perfumándose con los consabidos floripondios. Si el francés racionalista, adulto y ya formado espiritualmente, no supo libertarse del paludismo sentimental, ¿cómo haremos, como hubiéramos podido hacer los que allá nacimos, para dar a nuestra frase cargada de adjetivos y de jónicas magias, la necesaria esbeltez ateniense!

*

* *

¿Cómo era un adolescente peruano y podríamos decir hispanoamericano en los comienzos del siglo XX? Su alma y los libros que lee en secreto, sus primeros fervores intelectuales divergen escandalosamente. Nadie ha llevado más contradicciones adentro. Describirlo es compadecerlo.

Además de largas tiradas de Calderón de la Barca que le enseñan en casa, aprende en el colegio discursos floridos de Donoso Cortés, tal o cual párrafo altisonante de Castelar. Todo lo que sabe del corazón humano está en Gustavo Adolfo Bécquer (cuando los niños de Francia han sido destetados con la sabiduría marrullera de La Fontaine). Le expurgan el Quijote que pudo tal vez enseñarle cordura. Su aguja de marear son las *Rimas* y la leyenda asombrosa del mismo autor en que la cervatilla herida de encantamientos se pone a hablar plañidamente. Más tarde sabrá por libros peruanos, como los *Mil y veintidós ejemplos de María* que las llamas y las alpacas de

su tierra suelen hablar también con interlocutores piadosos pero Renán y Voltaire que lee a espaldas de sus maestros le enseñan a menoscabar la autoridad de tan sagrados textos.

¿Qué sabe del mundo exterior sino los cuentos de la mulata vieja? Esta le refiere en las noches, antes de dormirse con el credo en la boca, historias de aparecidos, de almas en pena o la desventura de Blancaflor que vino probablemente en un galeón de España para asombrar a un niño del Perú con el ejemplo de la magnífica crueldad feudal. Blancaflor es una infanta desobediente, una hija de aquel rey que tanto se parece al lejano corregidor, al abuelo cejijunto del retrato. Si ella arroja el peine, si escupe al viento, todo se ensancha prodigiosamente hasta cambiarse en espesura de matorral o en agua de torrente para cerrarle el paso al padre vengador que la persigue.

En fin de cuentas, la infeliz acosada murmura —y la voz de la mulata que refiere el hechizo acaba en hipo de sollozos—: “¡Antes me llamaba Siete Lindas y ahora me llamo Desgracia!”.

Pobre niño elegíaco a quien le enseñan, con ejemplos espeluznantes, la moral del rigor español en la blandura americana. Desde esa fecha toda una cima de su alma friolenta está brumosa de leyendas.

Entonces, cuando acaba de tener uso de razón, no la ejercita para discernir y pesar las cosas de este pícaro mundo sino para arrojarse con una avidez de conquistador sobre los libros de versos. Los que sabe de memoria son el perpetuo anhelo frustrado de las *Rimas* o el testamento poético de un mexicano poco antes de suicidarse por una mujer o el *Canto a Teresa* de Espronceda. Todos son nocturnos, desesperanza, negaciones de la vida, lamentos. En el patio de su mansión, la noche católica llena de trasgos le infunde miedo como una dispersa angustia a la cual debe sus primeros insomnios. Todas las estrellas del astrólogo tiemblan sobre el patio de mármol y

con ellas concuerda esa flor extraña que llaman “galán de noche” porque sólo florece cuando se pone el sol. A esa hora sube el romántico precoz a la azotea de casa para mirar el ademán de aquél capullo insensiblemente abierto como una mano de niño en su pueril afán de coger estrellas.

Mas ya gritan las viejas: “¡Santo, santo, santo, Santo Dios, santo fuerte, santo inmortal!” golpeando el pecho sonoro con una algarabía de tambor. La madre que ha visto el terremoto de Arica con su ola negra donde fenecieron en un santiamén su casa familiar y su ventura, acude temblando. Tal vez el Padre Eterno creó, en el sexto día, el “galán de noche” y el temblor para que la confianza de los niños del Perú no fuera ilimitada sino estuviera corregida por el santo temor de Dios. Como por un subterráneo de Segismundo pasa, con un crujir de vértebras, el desperezo de los Andes que sacuden sus bases de granito. En la iglesia contigua una campana espontánea se pone a bisbisar su oración milagrera para conjurar amenazas celestes.

No creo estar exagerando los presagios y admoniciones que gravitan, hacia 1895, sobre la cabeza de un niño limeño, predestinado sin embargo a la sonrisa...

A los nueve años el precoz lector de versos recibe más oportuna y menos ñoña lección: la guerra civil. Ni el perfume de los jazmines del Cabo o de la flor del chirimoyo puede cubrir este relente de pólvora que se viene entrando por las rendijas de la “ventana de reja” y por el postigo de la puerta de calle. En el cielo fuliginoso, una granada sale con estruendo de una torre de iglesia para bombardear otra iglesia distante abriendo a su paso un forado en la baranda del mirador. Junto a ella agazapado, este niño que vio salir de la ojiva católica el estallido de la muerte no quiere moverse porque ha de contemplar espectáculos apasionantes e imprevistos: un fogonazo de cañón, el chasquido luminoso de las balas, el incendio nocturno del puente. Cuando baje a su ventana de reja, será

para admirar cómo se va hinchando y cubriendo de moscas necrófilas, delante de la puerta de calle, el caballo verdoso del soldado que cayó bajo una descarga cerrada.

¿Qué ocurre? Las tropas de Piérola y de Cáceres se baten en la ciudad de Lima ocupando militarmente los templos.

Los templos son espléndidos cuarteles y fortalezas improvisadas donde los soldados y las lechuzas comparten el campanario.

¿Hay mejor reducto, decidme, que la vecina iglesia de la Recoleta, mejor cureña que una torre de San Agustín? En todo caso, ninguna escuela primaria supera la enseñanza de una revolución peruana. ¡Infortunado francesito de la anteguerra que sólo supo tragedias retóricas! Aquí la tragedia está en la calle, al alcance de los ojos, sin coturnos ni tiradas líricas, perentoria y formidable. Traquidos de obuses, rumor de patrullas, alaridos de agonizantes suben juntos en la noche lúgubre donde los gatos cimarrones le están contando a la luna los tumultos de su primavera.

Este niño no irá al colegio en ocho días pero ha aprendido en una semana mucho más que en varios años de "humanidades". Sabe ya esquivar el proyectil que atraviesa la blanda "quincha" de las paredes; su tío Domingo Basadre le enseña a reventar al fuego cascos de bala; ha visto de su ventana de reja el rostro del odio, del dolor y de la agonía. Intensamente ha mirado con qué arrojo natural saben arrostrar la muerte sus paisanos. Pero cuando le digan más tarde en la Universidad que la fraternidad comienza mañana y que los hombres dejarán de ser lobos, mantiene sus dudas al respecto. Toda una literatura sudamericana de arbitraje y abrazo final en la Arcadia latina, le estorba un poco desde entonces. No puede olvidar que sus lindos lapiceros del colegio se fabricaban con el cobre y el plomo de una bala vacía.

Avancemos algunos años hasta llegar a los dieciseis, a los dieciocho años cuando siente todos los ímpetus del potro

nuevo. En el circo de montañas que es su residencia veraniega (Chosica), no es cosa de elevar al cielo un tirso como *el Centauro* de Guérin que ya lee en la primorosa edición del *Mercurie de France* ni sabe, como el fauno de Mallarmé cuyo canto tiene en el bolsillo, mirar a través del ollejo vacío para medir a la luz la calidad juvenil de su embriaguez. Aquí nada predispone a la sonrisa, nada se parece a la tierra olímpica donde quisiera anidar su fervor. Ni siquiera a esta Grecia rediviva que tres siglos de claros pensamientos y armonioso vivir instauran, para festejo del mundo, en los términos de la Isla de Francia.

Está el adolescente en la vencidad de los Andes, en el itinerario de las cumbres: la severidad del paisaje no concuerda con sus *Fiestas galantes*. Disparate y discordancia magnífica son estas evocaciones verlenianas de arrayanes y fuentes y cisnes en el sendero abrupto de la Sierra por donde asoma la india de rojas polleras con su llama insumisa que mal soporta el serón de paltas y chirimoyas. Un poco más lejos, hasta donde alcanza la mirada, montañas de cuarzo, riscos y quebradas en que una piedra detenida desde el Diluvio, amenaza al valle católico y a la iglesita de calamina. En las altas cimas se divisan torrentes. De "aquicito no más", del vecino pueblo abandonado de San Pedro Mama, llegan vientos de maleficio porque fue en tiempo de los Incas tierra de brujos. Arriba, en el cielo purísimo, sin pecado concebido, hay cóndores paganos que, testa pelada y gorguera al viento, otean las llamas de los desfiladeros o la gracil vizcacha cuando retorna a su madriquera de peñascos.

Tal vez el recuerdo acentúa las tristes aristas del paisaje. El adolescente que entonces capta con sus cinco sentidos esta dispersa melancolía de los Andes, no la destila aún. El sarampión de las primeras lecturas y la fiebre de totales curiosidades exorcizan por el momento a estos diablos alados que los Incas dejaron sueltos en su tierra.

¿Qué lee este adolescente, cómo se prepara a interpretar la tragicomedia del mundo? Bajo una higuera coposa de la hacienda de Moyobamba, en el camino de la sierra, hay una piedra grande en forma de lecho donde puede recostarse para saborear en paz exóticos licores. ¿Hubo jamás tan extraña “composición de lugar” –como decía San Ignacio– para un lector de los *Poemas saturnianos* de Verlaine y *Las flores del mal*?

Si es cierto que los versos confusos del simbolismo concuerdan bien con la turbia pubertad –y así lo sugería alguna vez Anatole France– ningún bebedizo parece más idóneo para embrujar a este sudamericano: Verlaine, Mallarmé, Rognier, Samain, Rodenbach, todos los santos de la escuela simbolista. Las lágrimas sin saber por qué, la fruición del verso vaporoso donde se quiebra la estrella sobre el chorro de agua y rebota la luna como un juguete, las equívocas frases de suspirada languidez al oído, la confesión de amor que deflagra y se evapora en el firmamento del alma nueva, lo no expresado y lo inefable se posan, como el ave del Paráclito, sobre el niño inexperto –y desde entonces los versos sonoros o redundantes que le enseñaron en el colegio empiezan a sonarle a algarabía de moros.

La generación de este joven peruano le torció el cuello a la elocuencia. Asesinato criollo que merecería por sí solo un veredicto favorable de las generaciones subsiguientes, asesinato oportunísimo cuando toda la lengua española estaba enferma de pomposidad. Campoamor el prosaico y Núñez de Arce el campanudo no satisfacen ya instintivamente al juvenil lector de Verlaine.

Su ideario también es extranjero porque no le llenan la medida del alma el *Criterio* de Balmes ni los admirables inventarios mentales de Menéndez y Pelayo en cuya prosa un tanto rancia suele triunfar el erudito a costa del prosador. De Alemania le llega, traducido al francés, un cajón de explosi-

vos *La genealogía de la moral, Así hablaba Zarathustra, Humano, demasiado humano*. Sólo más tarde sabrá por Renán que las ideas suelen ser peligrosas como dinamita. Bajo la higuera sombría que es el Arbol del Bien y del Mal, comienza a dudar de los "fundamentos de la fe" aprendidos en el colegio. Por ingénita predisposición, está de acuerdo con Nietzsche este niño que ha llevado sobrepelliz y un cirio en la mano, este pobre muchacho estremecido todo el santo día bajo las campanas tremebundas que convocan a trisagio, a novena y a misa. Por mero instinto ha concebido una religión del placer, un culto heleno de la sonrisa. Estos que pregonan la belleza del sufrimiento ¿no estarán haciendo acaso una equivocada transmutación de valores, catecúmenos de una "religión de epidemia" como decía el burlón Enrique Heine? Adivina, presente, columbra que la Grecia antigua y tal vez la España de sus abuelos conquistadores propendieron a más noble y certera evaluación del universo. En puridad de verdad, los antepasados de este joven inquieto pertenecían a la fuerte raza que trucidaba indios o machucaba moros violando mujeres en los caminos. Fueron nietzscheanos sin saberlo esos Pizarros, esos Carvajales, esos crueles encomenderos en cuyas almas insubordinadas de criollos maduraba la insurrección que iba irrumpir tempranamente en el ala de Gonzalo Pizarro, el primer revolucionario del Perú. Nietzsche exaltaba esta raza de amos. Nuestro mozo católico está leyendo en sus libros que los esclavos cristianos de las catacumbas tienen "miedo a la felicidad y a la belleza". ¿Quién dice la verdad, esos libros extranjeros o sus maestros? Más tarde, por supuesto, todo será corregido y puntualizado, pero aquí sólo pretendo anotar los primeros fermentos.

Precisamente, tal recelo a toda cosa bella lo ha comprobado desde el colegio. ¿En dónde está ahora ese santosacerdote de finas maneras que se pasaba las vacaciones cubriendo con tinta negra en nuestros textos de historia griega y romana

las estatuas de Venus? Claro está que los niños traviesos miraban al trasluz hasta descubrir o imaginar las formas divinas.

(Así llegaste a mis ojos, manchada por sectarios, ¡ oh Grecia de mi culto vitalicio !)

Vano y jansenista fue el empeño de dejarme ignorar, bajo un velo protestante, las formas incomparables que Fidias y Praxíteles sometieron a la admiración perenne en el más ínclito siglo de la humanidad. La sangre heredada y las lecturas de la juventud frustraban la educación rigorista: el pagano futuro erigía ya en una colina secreta de su espíritu el Partenón donde el dolor no tenga altar ni la Maternidad siete saetas, sino las diosas terrestres continúen ostentando en su cabellera rizada por sublime artificio la misma curva que deja el viento en la arena y la onda.

No fue tan fácil la victoria como aquí se cuenta. ¿Cuál familia peruana puede jurar que en el misterio de los siglos no se operó una transfusión de sangres ? Cuando en mis viajes a la Sierra la flauta quechua apuntaba su estridor en la oquedad de las montañas, sentí que por todas mis fibras, tan dolorosas como la túnica sangrienta en la mitología clásica, estaba amarrado al paisaje. Aquella jactancia tan sudamericana de ser de sangre azul me hará sonreír más tarde al anotar el libro de Gobineau sobre la desigualdad de las razas humanas. Cuando escribí un estudio sobre Lugones, no olvido la actitud del gran poeta después del ruidoso abrazo de la acogida. Estábamos juntos en París en un hotel de los Campos Elíseos. Antes de que vinieran las gentes a darle la bienvenida, quiso don Leopoldo hacerme un reparo secreto. ¿Por qué había dicho yo en mi ensayo que su actitud familiar se me antojaba semejante a la del gaucho cuando parece estar buscando el respaldo del caballo? “Yo soy de los Lugones de España, de ejecutoria probada y limpieza de sangre”. Ah genial poeta, reconozco tu calidad eximia y tu stirpe mestiza en las contradicciones mismas de tu anhelo. Aborreces a España y solo quieres ser español. Muy sudamericano todo esto...

Puesto que la divina Grecia no existe, vamos a Francia que heredó sus prestigios, a Italia rica en prodigios. Versalles y Venecia obseden a esta juventud. Como Enrique Heine que confesaba su primer amor por una estatua de jardín, podría yo repetir su coloquio con tal o cual Venus de Versalles, tan blanca junto a los arrayanes tan negros. Toda la América española de entonces compartía con nuestro maestro Rubén Darío aquel amor a la Ciudad de las Fuentes. Quiso el destino que, como él, yo las viera de más cerca que los demás pero nuestra fatalidad de enamorados de Europa es parecida. Toda nuestra literatura —y nuestra vida— lleva la huella de aquella dispersión explicable por el deslumbramiento del americano sediento de cultura en una América inicial que era apenas una “factoría”. Hoy que todo ha cambiado, ¡cómo envidio a estas nuevas juventudes! No necesitan venir a Europa resumida en cincuenta películas pueden oír en una cabaña de la pampa, una lección de la Sorbona la poesía del mundo esta en una sala de cinematógrafo. ¡Y no poder ser joven otra vez!...

*
* * *

Cuando estoy triste, cuando el peso de la carne mortal y el fermento del pasado me agobian, suelo evadirme en la lectura de esos libros de Oriente donde nada parece regido por el severo Fatum de Grecia, sino las almas y las vidas se evaporan con la misma levedad de los sueños. Todo escapa ahí a las leyes de la gravitación, a las categorías humanas de la lógica. Cuentos de Arabia, de Samarcanda o de Bagdad, en todos ellos los personajes atraviesan un mundo sin fronteras. El rey adopta un día el harapo amarillo de los santos mendigos y se pierde por las rutas del mundo llevando en la diestra su copa de limosnas, en la siniestra el abanico de plumas para ahuyentar insectos. Una linda princesa vestida de rosa nos ata al pie una cinta después de habernos cambiado en aves para llevarnos en su manto perfumada de almizcle y ámbar. Si ponemos

al fuego un cabello perdido, vendrá a salvarnos el Genio del aire, un Genio relegado a las montañas del Cáucaso, que son, como todo el Oriente lo atestigua, clavos destinados a remachar la tierra.

Entre aquel vasto acervo de historias semisoñadas, semiciertas, donde quedó consignada la experiencia de los milenios, prefiero las Aventuras de Kamrup, precursor literario de Simbad el Marino, cuyas dos sílabas significan, en lengua indostani, figura de amor. Allí, como un niño estupefacto, acudo siempre al mismo cuento.

Y sucedió que Rasrang, un Kalavant, es decir un cantor, naufragó cuando hacía rumbo a extrañas islas "de donde nadie vino y a donde nadie abordó jamás". No hay árboles ni pájaros en ese archipiélago mineral y desnudo, batido por los vientos de alta mar donde viven escasos habitantes pescando perlas y corales. Cada año viene de muy lejos a avituallarlos un barco lleno hasta el tope, llevándose en cambio todo el tesoro acumulado. Esta vez, cuando el barco llega a la isla del fin del mundo, el naufragado insta el capitán y a los marineros a que lo saquen de ahí, más ellos se niegan profiadamente. Acceden en fin a la desesperada súplica con la mera condición de que ha de guardar silencio sobre todo lo que vea, por extraño que el caso le parezca.

Levan el ancla con el alba. Cuando el barco rebosante de perlas, fabulosamente, está ya en muy lejano paraje del mar, los navegantes tiran al agua su tesoro y prosiguen alegres, como aligerados y satisfechos de haber cumplido una misión. El pasajero no acierta a comprender ni puede interrogar puesto que ha jurado guardar silencio. Un día, a riesgo de su vida, no se resigna y pregunta y le responden antes de echarlo al mar, puesto que debe ser castigado el perjuero.

Le explican entonces que como Dios no ha concedido a esos isleños los bienes terrestres del ave, del árbol y del canto, ellos, los marineros del confín, tienen misión de cambiar toda

suerte de cosas fértiles por estas perlas que no necesitan para nada. Así los marineros las tiran al fondo del mar, cuando los habitantes de las islas no pueden verlos.

Nunca, en sus más crueles sueños, Renán concibió tan cabal e irónico símbolo. Cada uno de nosotros se parece a esos pescadores de una isla muerta a barlovento. Ufanos estamos de arrancar con tesón y fatiga el coral encendido, la perla que tenga color de amanecer. ¡Cuántos afanes, qué de inmersiones dolorosas! Y día llega en que unos hombres de ultramar vienen a recoger el tesoro que ensangrentó nuestras manos. Mas cuando se va la nave embanderada con sus escritorios de corales y perlas hasta los altos mástiles, esos navegantes venidos de muy lejos, del invisible horizonte donde los gajos están verdes, sepultan en las aguas “ el prodigio del año ” como decía Rubén. Después inclinan su proa alegre a las fabulosas playas de la aurora.

¿Conocéis mejor historia del hombre y de todas las generaciones de hombres? Por eso es justo que vaya al fondo del mar el náufrago triste y sabidor que miró el trueque inútil y la vanidad de la humana faena.

*
* *

Pero en el cuaderno juvenil hallo este final de un poema mío “El árbol ” que podría rubricar con mi sangre :

*Vida, que me has despojado
de mis verdores y cánticos
¡ No vencerás mi constancia
triste, para hacerte nidos!*

Y así se corrige un “ sursum corda ” mi yaraví de indio peruano.

GENERACION SIN MAESTROS

Como la santa española que llegó a compadecer al diablo “porque no pudo amar”, cabe tal vez condolerse de tal o cual angélica juventud limeña, que apenas aclimatada al terrestre clima buscaba un punto de convergencia luminosa donde cristalizar su fervor. Maurice Barrés, el Barrés casi adolescente pedía en Francia un axioma, una religión, o un príncipe a quien seguir, es decir una brújula mental, porque los hombres mozos necesitan en el infierno de la vida y al comenzarla, una verdad, un amigo, una certeza, un dulce guía como Virgilio en los parajes del Dante. No fue nuestro sino encontrar a Virgilio ni a Sócrates.

Empero, tres escritores de muy diversa inspiración pudieron ejercer una influencia consoladora y eficaz. No fue así por motivos que conviene explicar y deslindar. Cuando orientábamos nuestras primeras lecturas de niños, Ricardo Palma era un anciano; González Prada tenía 56 años y José Santos Chocano 25.

Tantas veces y con tal insistencia he explicado mi admiración por el autor de las *Tradiciones peruanas* que puedo consignar aquí, como el abogado del diablo en las beatificaciones romanas, el beneficio que aquel no pudo ni supo darnos. No era popular don Ricardo, entre los hombres mozos de mi tiempo, y para decir la estricta verdad, no leíamos sus Tradiciones Peruanas cuando comenzaron mis catorce años impacientes a devorar un libro por día. A esa edad, tenemos más fácilmente el don de lágrimas que el don de risas y a mis coetáneos que hojeaban sus relatos de chilindrina constante e irreverencia extremada les chocaba el afán volteriano. Nos importunaba además aquel hibridismo de historia y de novela que continúa siendo el más fundado reparo al género inventado por el maestro. Más tarde cambia radicalmente nuestro punto de vista y mi generación es la primera en cantar sus glorias.

Pasados los veinte años, le hemos agradecido a Ricardo Palma esa manera suya de no desesperar en el desastre nacional. Quiso quedarse en su Lima vieja desempolvando para una América española que lo imitaba el prestigio secular de la ciudad señera donde no zozobraron la gracia santificante o muy terrestre de Santa Rosa y de Miquita Villegas. Puesto de hinojos ante esa Lima de sus amores como ante una hornacina predilecta y el retablo adornado con floripondios, se parecía —este incrédulo— a las mulatas que yo vi en mi infancia cuando llevaban en la procesión un cigarro en la diestra y el complicado sahumero de estoraque.

Habían de transcurrir muchos años antes de que le rindiéramos tan afectuosa pleitesía. Hacia 1900 y tantos algunos jóvenes inquietos comenzábamos a percatarnos de que Lima no es el Perú, y a veces es lo contrario del Perú. Mis compañeros de la Universidad venidos de la Sierra y melancólicos como ella, traían el acento de otro Perú muy diferente al de los alegres infanzones de mi ciudad que fue tan española. A la sazón, Don Ricardo era apenas para nosotros un monumento público: algó así como el Paseo de Aguas o la Vieja Alameda, donde hubo calesas amarillas con sus galanes al estribo y murmuraciones de tapadas si acudía, llena de gracia entre todas las mujeres de rompe y rasga, la barragana del virrey. . .

Cuando nuestras primeras andanzas de peruanista nos llevaban a consultar en la Biblioteca Nacional la famosa crónica del Padre Calancha, tan insólita curiosidad causaba ahí un revuelo de empleados. Rezongando salía de la sala contigua un viejo de bragas mal abotonadas y cejas bigotudas: al verme exclamaba con su vozarrón de coronel criollo: “Muchacho, dile a tu padre que Ricardo Palma lo saluda”. Entonces cincuenta rostros estupefactos interrumpían la lectura de las novelas de Julio Verne que estaban devorando en la tarde de asueto voluntario.

Me asustaban un poco aquel Voltaire criollo. Antes de que González Prada hubiera denunciado sus delitos de lesa bibliografía, me había enterado yo de las extravagancias de Don Ricardo. Me disgustaba leer en las márgenes del libro rarísimo una burla suya de mal gusto sobre las bolitas fabricadas con leche de la Virgen María que el ingenuo cronista de antaño creyó plausibles.

Después vine a París, vi de lejos la obra magna, y el patriarca de nuestra literatura colmó de gentilezas epistolares mis nostalgias de limeño emigrado; mas apuntaba siempre en el alma no sé que decepción primera, inolvidable. Cuando nuestra generación buscaba a un Maestro de la vida, sólo había encontrado a un bibliotecario.

Sentimentalmente, estábamos a la sazón más cerca de Manuel González Prada, su enemigo y su antípoda. Fue nuestro pecado inconfeso la lectura de aquellas admirables *Páginas libres* que los frailes combatían en el púlpito a puñetazos y que las santas mujeres de nuestra Lima querían quemar en las plazas como un evangelio del diablo. Efectivamente, se parecía Prada a Luzbel, cuando pasaba, hermoso como un réprobo, por la calle de la Amargura, a su paseo cotidiano. No olvidé el ánimo temblorosa el día en que fui a una tienda de "los portales" a comprar en casa de su cuñado, joyero judío, un ejemplar de aquellas *Minúsculas* impresas en una máquina de juguete por su hijo Alfredo para cien lectores. Mi ejemplar de la segunda edición lleva hoy esta dedicatoria "A Ventura G. Calderón, sin frases" y me fue obsequiado por el gran escritor a mi regreso a Lima en 1911, con un fervor de gratitud que tampoco puedo olvidar. Al querer agradecerme mis elogios y toda una campaña literaria en honor suyo, la voz se le alteró, los ojos se le nublaron, y su emoción quedó cabalmente expresada en un doble apretón de manos.

En toda juventud, según el sentir de Anatole France, pueden coincidir perfectamente arrebatos oscuros y diversos.

contradicciones vitales. Confesaré sin embargo que a los aguiluchos de entonces nos alejaban ya los antagonismos vitalicios de Prada, su desorden mental. ¿Cómo era posible que el gran escritor nos desconcertara tan escandalosamente a cada paso? Desmentía en verso todo lo que había afirmado en prosa. Sus fervores patrióticos de peruano que ha presenciado la derrota, su apostolado violento como el de San Pablo, su evangelio rojo, su voz airada de profeta de Israel que pretendía quemar el cáncer del Perú con su tizón encendido, todo iba a acabar en un vago humanitarismo combinado con la deliciosa y épica-indolencia del poeta persa. El que había enhestado el alma nacional con las frases magnéticas de su famoso discurso del Politeama, era sin embargo el que llamaba a la Patria "feroz y sanguinario mito". Una juventud ferviente no comprenderá jamás que los profetas concluyan en hedonistas, ni que Isaías o Ezequiel quieran cantar el treno cobarde de Omar Kheyám.

Y ya asomaban en nuestra mente mil preguntas que todavía quedan sin respuesta. ¿Qué secreta afición de anarquía estaba en él, qué desengaño total le sobrevino a González Prada cuando otoñaba? Por qué esta perpetua exasperación de todas las potencias del alma ¿Le faltó aliento o ambiente? En su convulsión interior donde la frase se enciende y chisporrotea como el metal para la estatua definitiva que nunca vimos ¿por qué todo acaba en lluvia de cenizas? Su modelo poético y sentimental que es el poeta persa (y no deja de ser singular esta fatiga de Oriente en el enérgico descendiente de españoles) le enseñó a condensar pensares y sentires en los cuatro versos de una copla. Exquisita y cínicamente, el cantor de Ispahán sólo quiere consagrar los días de su existencia a los goces de la mujer y la copa de vino de Chiraz donde navegan los deshojados pétalos de la rosa. Ni lo pretérito ni lo futuro le importan: "Dos días me tienen sin cuidado, el que no ha venido y el que ha pasado". González Prada imita inesperada-

mente esta deserción de la entereza.

¡Cómo iba a concertar tan opuestas actitudes la juventud que pide hombría y consecuencia a sus maestros! Me objetaréis tal vez que sólo se trata de motivos literarios, de libertinajes de la fantasía. Y sería admisible tal reserva si no fuera tan lejos el nihilismo práctico del Maestro: con sus rasgueos de guitarra coincide una destrucción sistemática de todos los valores peruanos. Siquiera el persa se decía resignadamente al despertar de una embriaguez de amor y dulcedumbre: "El ave de alegría que se llama juventud, ay, no sé cuando vino ni cuando se fue volando". Aspera, furibunda, frenética, sin compostura y a veces sin nobleza, comienza la campaña de gran escritor contra hombres y cosas del Perú. Nadie ha aborrecido más a su propia gente. Con páginas de González Prada puede escribirse el peor libelo contra su patria y cuando la guerra civil se le enciende en el pecho, su literatura suele ser deplorable. Sus *Presbiterianas*, por ejemplo, pudieran estar firmadas por el boticario Homais.

¿Queréis que revisemos juntos el proceso González Prada puesto que nos hemos jurado decir verdades íntimas? Nadie puede recusarme, amigos míos, en esta excursión por el alma del admirable escritor. Fui yo el preforjador de su gloria en América. El ejemplar de *Páginas libres* que le sirvió a Rufino Blanco Fombona para editar y difundir su gloria, es el ejemplar de Francisco y mío, publicado en Madrid por insistencia de ambos. La ignorancia ecuménica de Rufino —gran escritor y hombre extraordinario a pesar de tantas fallas— se extendía también a la literatura peruana. Su aprendizaje de última hora le sirvió esta vez, como siempre, de punto de partida para forjar una historia absurda y venenosa sobre la ascendencia de Don Ricardo Palma. La edición de *Minúsculas* que las mujeres de América leen, la edité yo en París.

Estupendo forjador de una nueva frase española, enjuta, breve, anticastelariana, sin festones ni alamares, González Pra-

da es lo menos Ricardo Palma que puede ser un escritor. ¿De qué jefe de mesnada heredó la pugnacidad, el rencor vitalicio, la urgencia de derrocarlo todo? Candor sería reprocharle sus desmanes y su irrevocable cólera, pero los que hemos defendido su gloria terrestre lamentaremos siempre lo que el Maestro pudo realizar a no haber nacido bajo el influjo saturniano. Le faltó amor, sin que por ello entendamos la capacidad de entusiasmo ni el secreto arrebato ante la belleza sino esa dulzura íntima (*the milk of human kindness*) tan necesaria al hombre que medita como al hombre a secas para no frustrar su vida. Juventud educada por él, juventud hosca y díscola que pretende hacer tabla rasa del pasado sin saber a carta cabal como fundar una patria nueva sobre las ruinas de la antigua.

En González Prada nuestra risa igualitaria asume un rigor colérico y una crispación que fatiga a la larga. Careció acaso del pascaliano “espíritu de fineza”. En todo caso le faltó la caridad. San Pablo el Violento afirmaba que de las tres virtudes teologales la mejor es aquella. Ni fe ni mucha esperanza en los destinos del Perú tuvo el gran polemista peruano pero careció evidentemente del exquisito don de la caridad que excusa, al fin y al cabo, la flaquezas del pobre mundo por temor de parecerse al publicano. Con el carbón ardiente del hebreo escribe páginas deshonorosas para el Perú que mi querido y malogrado amigo Alfredo González Prada cometió el error de publicar (La piedad filial fue esta vez demasiado lejos).

La indulgencia suele venirnos con los años y es la más simpática virtud de los viejos. Envejeciendo, comprendemos que nadie tiene razón en absoluto, que nadie se parece a su propia estatua, que todas nuestras inspiraciones, buenas o malas, padecen al cabo el mismo castigo puesto que todos somos condenados a muerte. . .

Ahora y siempre, Pascal tiene razón cuando afirma en el “Arte de persuadir” que sólo entramos en la verdad por la ca-

ridad, puesto que amar es una manera de conocer. Mal conoció el Perú, las posibilidades infinitas del Perú quién sólo supo denigrarlo. Por lo menos, fue deplorable método el suyo. Si la frase enhiesta y bravía sigue siendo modelo de retórica, el espumarajo de la ira ha envejecido. Y mirad, amigos míos, con qué lógica torcida se eslabonan las cosas del pícaro mundo: la gloria de Palma asciende cuando la de González Prada trasmonta.

Enemigos íntimos fueron ambos sin decírselo, desde sus primeras armas hasta que por un motivo fútil Don Manuel Prendió la santabárbara. Representaban en verdad dos escuelas, dos retóricas, dos ideologías. Don Ricardo vive, decidor y jovial, entre polillas y papeles amarillentos, donde lo maravilloso del pasado colonial o reciente suele rebrillar un instante bajo los ojos vivaces del cronista, como la rúbrica del virrey bajo el oro pegajoso de la arenilla. No cala muy hondo ni muy lejos. No sabe dar puntadas sino en esa "ropa apolillada" como él llamó ingeniosamente a algunas de sus tradiciones. En su retórica anticuada que suele ser harto frondosa se ven calcos del andaluz Estébanez Calderón, y de los novelistas picarescos, no los mejores, por cierto, ni los enjutos y magistrates como los autores de la *Celestina* y del *Lazarillo*. ¡Qué importa! Todo lo salva y lo redime el amor de cada día a lo nuestro, la afición a todo lo que ha sido castizamente peruano en los siglos. Para siempre jamás ha levantado un magnífico censo de los peruanos que en el tiempo han sido, sin omitir al diablo que perdió su poncho en la sierra del Perú, ni al apóstol que dejó allí estampada la planta del pie en las rocas. Virreyes, encomenderos, indios rebeldes, frailes amenos con su jícara de espumante chocolate, familiares del Santo Oficio, Santa Rosa, Miquita Villegas, Manolita Sáenz; he aquí mezclados en su inmenso fresco los personajes de lo que podría llamarse, usurpando un título de Balzac, la comedia peruana.

¿Por qué nos interesa tanto esta procesión de sombras?

Porque no han muerto tales peruanos ni era posible que se extinguieran así nomás, ni el pasado es otra cosa que la clave del presente. Nos codeamos en las calles de Lima con todos estos vestigios, qué digo, todos nosotros somos los descendientes, los parientes, y por ende, la repetición en carne y hueso de ese conquistador, de ese indio ladino, de aquella Santa sin par, o de aquella pecadora famosa. Cuando los hemos negado tres veces, unos por jactancia, otros por vergüenza, el gallo se pone a cantar "muerto de risa", como en el poema disparatado de Samaniego. Solo nuestro tunante Concolorcorvo se atreve a decir que descende de españoles por línea "tan recta como la del arco iris" y nuestra Mercedes Cabello de Carbonera apunta con su habitual pertinencia impertinente: "Si confiesan (los peruanos) llevar sangre indígena es porque pueden probar que fue la mismísima que circuló por las venas del gran Huaina Cápac". Aquí extendemos tal observación en el capítulo "Gaspar, Melchor y Baltasar".

Contemplad en cambio el destino paradójico de González Prada y cómo se extingue su influencia porque volvió las espaldas a la realidad de su propia tierra. Su prosa tallada en piedra —que fue antes lava como los sillares de Arequipa— busca la palabra esencial, el giro redondo, donde estampar como en una medalla la efigie de una idea sobresaliente. Nunca es esto cháchara de convento ni conseja de la tía Catita, sino una lección magistral de artista forjador. El amor a la frase lleva el martirio de la frase, cuyos santos patronos fueron Flaubert y Heine. Cree, como ellos, en la existencia casi preestablecida de una forma para cada concepto, y cuando yo era mozo los periódicos satíricos lo describían a Prada esperando que un adjetivo se le posara en la punta de la nariz. No cabe duda que le costaba mucho esfuerzo escribir. Fué un estreñido. Mas fué también un artista del Quattrocento incrustando vocablos como piedras preciosas en una custodia de oro.

En nuestra tierra de literatura fácil y verbosa conviene recordar el sublime ejemplo de un artista que nunca estuvo satisfecho. Antes que Verlaine en París nos aconsejara retorcer el cuello a la elocuencia, él había estrangulado en Lima a ese gallinazo local que tiene siete vidas.

Y cuando hemos saludado así, con respeto y fervor, su sombra irritada, nos viene al espíritu una melancolía, un pesar mental: el pensamiento de que el Arquitecto del universo hubiera cuajado en el Perú un escritor genial si hubiera fundido en uno solo, con sus complementarios dones, los espíritus de Palma y González Prada.

Miradós de lejos, bajo la gran amnistía de la muerte, ambos maestros tan opuestos como el espíritu de finura y el espíritu de geometría en el antagonismo famoso de Pascal, parecen completarse y sumarse. Asoma a veces entre ellos mismos una furtiva semejanza. Tal vez fueron ambos necesarios.

Vienen Palma y Prada del romanticismo: son poetas que desmontan el Pegaso para continuar su camino en la prosa y asumir en ella dos aspectos de la sátira peruana. A su modo y manera, encarnan también esa vena de crítica burlona, de oposición a todos los valores admitidos que veo correr en la historia del Perú bajo tantas máscaras radicalmente distintas. La "fronda", la satírica rebeldía, la oposición a los poderes constituidos y a la verdad oficial que para muchos caracterizan al genio francés, peruanas son también. Revolucionarios somos en literatura y en política. Nuestra literatura parece una forma de guerra civil. Hay un extraño parecido, creedme, entre el burlón Gonzalo Pizarro y el poeta Caviedes, entre tal o cual chuscada de Concolorcorvo y una anécdota del General Castilla, entre una cuarteta de Juan de Arona o un "aletazo" del *Murciélago* y una risa estrepitosa del General Sánchez Cerro.

Estos peruanos que se burlan de otros peruanos no tienen siempre razón ni han de buscarse en su burla los mismos

quilates de elegancia y lirismo. Les importunan, al fin y al cabo, los hombres demasiado serios y doctorales como los médicos de Caviedes, como los políticos embusteros que vio “el Murciélagos”. Del hombre muy finchado decimos siempre que proviene del lugar en donde está enterrada la costilla de Don Quijote (todo el mundo sabe que es en Trujillo del Perú) y para los jactanciosos hemos inventado el peruanismo de “palangana”. Los amados caudillos de nuestra historia fueron hombres zumbones que no tomaban muy en serio la comedia del mundo. Nuestros escritores triunfan por la risa —amarga o liviana. Prada y Palma han sido y son populares; nunca lo fue Chocano.

Recordáis, por supuesto, uno de los lindos cuentos de Palma *El alacrán de Fray Gómez*, la historia del venerable fraile que, para salvar de la ruina a un buhonero, coge un alacrán de su celda el cual se convierte incontinenti en joya de subido precio, “verdadera alhaja de reina morisca”. Gruesa esmeralda, un brillante engarzado con dos rubíes: los ojos de la sabandija. Empeñando la joya en quinientos duros, recobra el infeliz su prosperidad antigua y cuando logra desempeñarla regresa a la celda del Padre Gómez. Este coloca el alacrán de piedras preciosas en el alféizar de la ventana diciendo: “Animalito de Dios, sigue tu camino”. Y el alacrán echa a andar libremente.

¿Por qué siempre he leído este cuento como una confesión inédita hecha por Don Ricardo inconscientemente? A veces, muchas veces, la prosa del maestro es una joya bárbara, morisca, un pesado mosaico de cosas de ayer, brillantes y muertas, que juntó sin mucha habilidad y con sobrada negligencia el orfebre. Pero sobre todo aquello recae la bendición de la gracia. El viejo fraile sabe a menudo la palabra esencial que insufla el espíritu y la carne. El ingenio y la gracia —del cielo o de la tierra— logran estos milagros.

*

* *

En otro extremo del Perú, más cerca de la barbarie que de la gracia limeña, estaba un mozo que iba a andar en lenguas de las gentes. Tiene este mozo arreboladas corbatas y la consabida melena de oficio. Cuando se pasea por las calles, la malicia limeña esgrime en él sus uñas. A veces un viejecillo de nariz abochornada se acercaba a decirnos, a mis hermanos y a mí, con la pesada melosidad de los borrachos: "Mal que te pese, eres mi primo" y nosotros no sabíamos por qué motivos clandestinos era inconfesable ese parentesco con el coronel Chocano, un aficionado a la "divina botella" que era el padre de José Santos. Santos Chocano, como dicen erradamente en América, creyendo que es un doble apellido, era autor ya famoso de sonetos bien cuajados donde el paisaje selvático asomaba su ojiva de asombros y era también el tumultuoso poeta del *Derrumbamiento* que se titulaba entonces *el Derrumbe*.

Nada de esto parecía limeño ni siquiera peruano. De su constante tampolín, el gimnasta verbal saltaba a la región de lo estrafalario para asombrarnos, pero después del pasajero vértigo nos acogíamos a descansar en la Grecia plausible de Rubén Darío. Y recuerdo aún la frase del poeta viejo Don Ricardo Rossel que me decía paternalmente, aludiendo a ciertas metáforas de Chocano: "Ay, muchacho, esos corazones clavados de punta en los abismos (a saber, montañas o volcanes) esas locomotoras que son agujas para coser montes, qué quieres, hijo, no puedo ya comprender eso". Con la mano al pecho para contener el corazón, parecía respirar mal como los cardíacos que se van de viaje a nuestro Puente del Infiernillo.

Después Chocano puso mayor cordura en la obra y toda locura en la vida. *The rest is silence*, querríamos decir como Shakespeare, para excusar una existencia desprestigiada.

Una anécdota juvenil asoma ya a los puntos de la pluma y no la retengo porque pinta exactamente al hombre. Para festejar la llegada de Menéndez Pidal a Lima, ante la ciudad congregateada en el Palacio de la Exposición, pronuncia mi her-

mano Francisco su famoso discurso de bienvenida y recita Chocano su *Canto a España*. La arrogancia y la elegancia del recitador corren parejas. Su éxito fué inmenso y al concluir la fiesta un grupo de jóvenes fuimos con él a los diarios. En la mesa de redacción de *El Comercio*, Chocano toma las pruebas del artículo que reseñaba anticipadamente la fiesta. Nos veo a todos sentados en torno de él que lee en alta voz el comentario del espectáculo. Cuando llega a su nombre, que no lleva en esos papeles el adjetivo altisonante que Chocano cree siempre merecer, nos mira, como asombrado, y murmura: “¿El poeta Chocano, simplemente? El genial poeta, no es cierto? El cantor de América”.

Nos contempla a todos encogiéndose de hombros como ante un desacato. Ya nos percatamos de que al limeño extravagante le falta el sentido del ridículo que fué siempre cualidad nacional. Cada vez que en las pruebas de imprenta vuelve a ver escrito su nombre se repiten la escena, el asombro y la corrección —de mano propia de Chocano. Acabamos, claro está, por sonreír. No sabíamos que todo Chocano estaba en ese impudor y que toda una escuela de cachorruelos, sin la excusa del genio verbal, iba a salir de aquella desfachatez infatuada y de aquel narcisismo delirante.

* * *

Un anciano que cuenta historias de la abuelita; un Luzbel criollo, furibundo y desafortunado a quien, por su misma exageración, nadie tomaba en cuenta sino nosotros, lectores mozos, lectores desconcertados que no pudimos aceptar ni resolver las contradicciones de su obra caótica y rutilante, en fin, Chocano, gran poeta relleno de hojarasca, hombre espléndido y vil. Esto vimos, esto padecimos: nada nos enseñaron los hermanos mayores.

Pobre generación sin maestros, generación solitaria y fervente a quién le dieron a porfía los malos ejemplos de una retórica apolillada, un desdén iracundo a todo lo propio y una ampulosidad vecina del mal gusto.

Como esos aviadores que restablecen el equilibrio en pleno volatín del cielo, mis coetáneos se caracterizan por un patriotismo lúcido y una retórica honesta

IDEARIO, SENTIMENTARIO

Suele ocurrir que después de un desastre nacional y anemiado por la insólita hemorragia, un pueblo se detenta a razonar su melancolía plegando, como el ángel de Durero, las alas en que aun duele y se obstina la ufanía de cumbres. Sedán y Cavite engendran en Francia y en España toda una literatura del desánimo, del acto de contrición y del golpe de pecho. Esta literatura va de la “notomía de sí” como dijo el padre Rivadeneyra, a las postrimerías del orgullo ofendido capaz de transformarse, por esa extraña química de la ofensa que Dostoyewski sabía, en una humildad ganosa de afrentas nuevas. Escríbese entonces en España una verdadera antología del desaliento; publíquese en París ese infame libro titulado: “En qué consiste la superioridad de los anglosajones” para aceptar con penosa ingenuidad una teoría inapelable de Gobineau sobre la desigualdad de las razas —y la inferioridad de la nuestra.

Concepción candorosa que puede ensamblarse con el arcaico y fatalista criterio de la historia según el cual un jurado celeste gravita —como en un cuadro del Greco— sobre el pícaro mundo para conceder galardones o purgatorios al alma que allí remonta y “acieliza”. Socarronamente, dos frases de latinos geniales suben juntas al recuerdo para precavernos contra esa peligrosa humildad. “Dios apoya siempre, decía Ernesto Renán, al pueblo que tiene mejor artillería”. Y anotaba con linda sorna el español Ganivet: “En general, una nación sim-

pática es una nación que marcha mal”.

En suma, el Dios de Israel apoya a los pueblos fuertes y las grandes potencias simpatizan con los pueblos débiles porque estos no pueden rivalizar con ellas. Que ambas sentencias nos sirvan de constante moraleja. No pretendamos que el supremo arquitecto del universo bendiga nuestras batallas si no nos concertamos de antemano con los fabricantes de cañones ni sigamos al Conde de Orgaz cuando sube el ampireo sin espada ni cota de malla —“solita su alma” según la expresión de nuestras limeñas— a presentar aquella sospechosa candidatura de la simpatía. . .

En todo caso, nuestra generación no fué ponente de la teoría española de la gracia santificante ni somos responsables de semejante candor. Nuestra generación aprendió entre ruinas y pobreza que sólo debemos contar con nosotros mismos. Puede ésta definirse por un nacionalismo doloroso que hace el recuento de los desastres y trata de reparar mentalmente lo que destruyeron otros.

Llega a la vida en dolorosas condiciones. ¿Cuál nació en el Perú bajo más triste sino? Cuando tenemos uso de razón, cuando empezamos a saber, como el Rey Sabio, que “dulce es la luz y deleitable a los ojos ver el sol”, nos cuentan historias espeluznantes del desastre. Nos cuentan el grito del invasor en la batalla de Miraflores “¡no hay cuartel!” y su manera recreativa de ultimar heridos. La batalla que se ha perdido por la insensata vanidad del dictador, la batalla que todavía puede ganarse si el ejército casi indemne se va a Chorrillos a hacer una simple vendimia de enemigos ebrios, apoderados de todas las botellas de las bodegas, no la quiere librar Nicolás de Piérola porque su rival pudiera ganarla. Después viene la ocupación de Lima: las noches lúgubres, los agentes de policía del invasor que interpelan a las mujeres retardadas para exigirles sus sortijas y, cuando tarda el don forzado, la melosa voz dice luciendo el *corvo* convincente: “con el dedito sale, pó”.

Muy ajeno al propósito de reabrir heridas viejas¹, recuerdo aquí incidentalmente las fechorías del pueblo con quién hemos pactado una reconciliación leal, porque perdonar no es olvidar. En el corro íntimo donde el jefe victorioso en Huamachuco, el General Recabarren, entabla el diálogo sublime con una de las mayores víctimas de la guerra, mi padre, se nos refieren historias que ponen los pelos de punta. Si vamos a caballo a galopar alegremente por las orillas infinitas del Océano Pacífico, en las vecindades de la hacienda de Villa, desmontamos ya en los arenales de Lurín a recoger cananas vacías y cráneos de soldados muertos. Ahí, en ese cementerio sin muros cayó más de un pariente nuestro y con una calavera en la mano parece que vamos a repetir el viejo monólogo de Hamlet. Todo esto es preciso recordarlo para juzgar a una generación de luto que no desesperó del Perú sino quiso fundar su amor entrañable en esa desventura de la patria.

Y como tuvimos que fundar nuestro futuro optimista en nuestro más lejano pasado, puesto que el muy reciente era tan triste, nos vino a todos una urgente vocación de historiadores que no era disciplina corriente en el Perú, país de poetas y de oradores. Si habernos puesto de acuerdo, nos aparejamos todos a escribir capítulos diferentes pero concordantes de un elogio a la nación peruana, no sin examinar precavidamente las tareas congénitas que la llevaron al desastre.

Este examen de conciencia despunta en *Le Pérou contemporain* de Francisco García Calderón. En las páginas capi-

(1) Mi vieja y leal amistad con ilustres chilenos puede servir de testimonio *bona fide*. Evoco los nombres de amigos muy queridos como Augusto d'Halmar, Eduardo Barrios. ¿Añadiré a Gabriela Mistral que tiene nombre de ángel? Sí, añadiré de Gabriela, a pesar de que a veces el Enemigo malo la desbarata y vemos surgir en el cielo de Milton a una araucana indómita que prueba su lanza en el costado — un poquito no más, sólo para saber si Cristo ha muerto. . .

tales de ese libro, el más preclaro documento para juzgar la psicología nacional, el corifeo de esa generación, mi hermano Francisco, hace el recuento de nuestros males históricos con imparcialidad tan ecuánime que le ha sido reprochada alguna vez por lectores incomprensivos: militarismo excesivo cuando el militar no era todavía en el Perú, sino con raras excepciones, un hombre culto y ecuánime que se sabe depositario del honor nacional; imprevisión, despilfarro de pueblo acostumbrado por la “orgía del guano y del salitre” a tirar la casa por la ventana.

Ya no puede tirarla en 1890 y tantos porque Chile, famélico y rapaz, se llevó hasta los bancos de mármol de las plazuelas y saqueó la Biblioteca Nacional para exportarla o venderla. Entonces, cuando sólo nos queda la Dolorosa en su hornacina y el retrato del abuelo cejijunto, despeinado por un huracán de Libertadores, nuestro pueblo de hidalgos ricos se resigna mal a su estrechez. Cae entonces fácilmente en el pesimismo rabioso —el pesimismo de España. Recuerdo a este propósito a los grandes personajes políticos que venían a mi casa a decir con agobiados ademanes de profeta hebreo: “Esto se lo lleva la trampa”. La inquietud de Bolívar que nos quería y nos detestaba alternativamente pues jamás pudo olvidar en Lima su condición de advenedizo, la clarividente inquietud de Bolívar sobre estos pueblos que fundaba en arena, la comparte el historiador novel en su libro primigenio. Pero el joven ferviente no se pregunta como el general envejecido si estos pueblos podrán salvarse. Está seguro de que sí harán, cotejando los vicios antiguos con las posibilidades de un resurgimiento.

Obstáculos son: el caudillismo casi endémico, la psicosis del guano y del salitre cuando ya otros se llevaron el salitre y el guano. Con certera mirada juzgó Francisco los peligros de la libertad cuando el mundo entero cantaba sus loores desordenados y quiso para su patria la estabilidad de un

gobierno fuerte, de un poder ejecutivo consolidado, aunque padecieran los dogmas de la Revolución Francesa que, con los fastos de la historia romana, fueron retórica predilecta de entonces.

Era el momento en que vivía América entonando el disperso himno a la Libertad en muy buenos y muy malos libros. Los peores son de Vargas Vila. El industrioso y pícaro escritor de Colombia vivió denostando a los tiranos que no le daban de comer. Ha sido el último polemista continental y el d'Annunzio cursi para adolescentes ojerosos. En su literatura de motín, no siempre desdeñable, se anulan las distancias y las épocas: Sila y César convertidos en tema de actualidad con el ecuatoriano García Moreno pasan entre los improperios suntuosos del frenético simulador que parece haber firmado pacto con el eclipse, el aquilón y el terremoto; pero que sólo desea vivir burguesamente de esa magnífica explotación de la tontería. En la intimidad, Vargas Vila era hombre ameno y despreocupado, excelente referidor de anécdotas. Pocos sabían entonces que el machucador de tiranos recibió en Barcelona hasta su muerte los estipendios que le enviaba cada mes de México D.F. un "infame caudillo" y ninguna de sus ingenuas lectoras pudo suponer que el cantor de las delicias de la mujer era un gitón empedernido.

Si todo esto se puntualiza aquí, es para "realizar" el ambiente en que un joven pensador reaccionaba contra los prejuicios en curso y contra una rutina de admiraciones detestables. Era audacia muy grande escribir esas cosas en 1908. *El Perú contemporáneo* es un libro de fe y a veces un acto de contricción en común. Si su autor hace en público paladina confesión de los defectos nacionales, es porque sabe a punto fijo que suelen ser el reverso de muy altas virtudes. La generosidad ingénita del peruano fue boato de gran señor acostumbrado a suntuosidades de la antigua metrópoli. Si la política exterior de nuestros abuelos era blanda hasta la temeri-

dad, si soñamos con el arbitraje entre los hombres y la edad profetizada en la Biblia cuando el león y el cordero coman juntos en el mismo pesebre, si regalamos pedazos del mapa sin saber a carta cabal por qué lo hacíamos, si salimos a guerra, a la más cruenta guerra, con el candoroso objeto de defender al vecino, esto fué obra de nuestra hidalguía funesta. Por algo nuestra ciudad señorial llevó una estrella en su escudo y en nuestra actual bandera flota al viento, desparramada, una cornucopia de pródigo.

A la juvenil palestra sale José de la Riva-Agüero, aficionado vitalicio a la historia patria y el más ilustre historiador que ha producido América. Sabe, como Taine, que el alma de un pueblo se trasunta en su literatura y para conocer nuestras fatalidades escribe su primer ensayo, el *Carácter de la literatura del Perú independiente*. Esos que se mofaban imprudentemente de su devoción casi maniática al pasado ignoraban entonces que para las bases de su templo buscaba el cuarzo vivo pero tenía ya en la mente el dibujo de su metopa. Transitaba por Lima como si fuera a dictar un bando para fundarla con su palacio, su catedral y su cadalso. Sublime agrimensor de cosas muertas, conoce la dimensión, el origen, las vicisitudes de cada piedra y como en esas alegorías antiguas donde el pintor figura a una mujer que ostenta en la frente coronada las almenas de una ciudad, él también lleva a Lima en la cabeza. Nunca se aleja de la realidad actual este hombre que parece vivir en el ayer. Cuando escribe su ensayo sobre Garcilaso está averigüando en realidad cómo era la mentalidad de un revolucionario del Perú. Y después de organizar el catastro sentimental de su Lima, se va a recorrer nuestros paisajes andinos para fundamentar y fortalecer su patriotismo. Toda su obra de máxima peruanidad es un cotejo perpetuo de lo pasado y lo presente, de lo que conviene conservar para que el Perú no parezca siempre un pueblo gimiente y alocado que sobrevive a los terremotos¹.

Belaunde, y no digo todavía los Belaunde porque Rafael comienza más tarde que nosotros sus primeras armas, trae entonces de Arequipa el fervor estimulante y casi diría esa electricidad de su clima volcánico donde la melancolía misma tonifica. Semillero de hombres insignes, meridiano de la energía nacional, Arequipa es necesaria al Perú como la química secreta de sus glóbulos rojos y como el punto geométrico donde la sierra y la costa convergen. Esas piedras de sus viviendas que son lava enfriada del Misti pueden simbolizar perfectamente la exuberancia costeña que la puna redujo a cosa firme y grávida. Arequipa es la mejor meseta para erigir un monumento a dos hombres extraordinarios que fueron enemigos mortales durante años pero se reconciliaron antes de morir en el mismo culto incólume a la patria: Nicolás de Piérola y Francisco García Calderón.

(1) Ahora que ese gran espíritu ha desaparecido prematuramente será bueno comenzar a preguntarse por qué fue en el Perú -políticamente hablando- una magnífica esperanza frustrada. Nadie ha salido a la palestra de la notoriedad en más favorables circunstancias. Era en 1911. El tirano Leguía acababa de encarcelar a Riva-Agüero por una noble carta de protesta publicada en un diario de la mañana. A las doce de la noche, en el Club Nacional, mi entrañable amigo Carlos Zavala Loaiza me aconseja la única actitud digna y peligrosa: renunciar el cargo que ejerzo en Europa. Mañana iré con los estudiantes a la vieja Universidad de San Marcos de Lima a presenciar el mitin de protesta. A mi lado, en un escaño, José María de la Jara sigue esa académica disertación con su incomparable sonrisa. Ocurre lo de siempre: nobles palabras sin eficiencia alguna. Alguien ha gritado "¿Qué hable La Jara!". Veo a José María enrojecer, le oigo decirme en voz baja: "¿Qué disparete!". El tumulto crece, la voz juvenil lo obliga a subir al estrado, lo urge ya con un maravilloso silencio del auditorio. El admirable improvisador parece titubear con los colores de la emoción en el rostro, serena pronto el ánimo, se encrespa como un ruiseñor en el canto y pronuncia allí una de esas oraciones líricas suyas cuando su cálida voz armoniosa modulaba como un violoncelo las palabras que él se arrancaba

En los claustros de la Universidad de San Marcos de Lima, la voz del arequipeño Belaunde sonaba más alta que la nuestra y si alguna vez sus estridencias nos chocaban como una superfiebre en la temperatura elevada de nuestra juventud, todo el mundo admiraba ya su don repentista, su simpatía efervescente, su arte de escoger con insuperable elegancia y propiedad el vocablo creado y embutido en la frase limpiamente española por ese neologista ingenioso que iba a ser pronto uno de los mejores oradores de nuestro idioma.

Después probó el pan amargo de los que tienen que ganarlo en tierra extranjera. En los Estados Unidos se impuso el desterrado como profesor de Universidad y conferenciante

del hondón del alma. La magia del canto ha transformado a los oyentes. Entonces grito yo: "¡A Palacio!" y la juventud nos sigue hasta la Plaza de Armas donde la guardia montada persigue a los manifestantes con el sable en el aire. Suenan algunos disparos. Nos matan a un estudiante, desbaratando al grupo que me sigue. Un mozo de veintiséis años se ha quedado solo y vociferando. Sin armas, con un bastón en la mano, cogiendo la brida de los caballos para increpar a los jinetes, consigue llegar a una puerta lateral del Palacio en donde la guardia poniéndole las bayonetas al pecho quiere en vano detener al energúmeno. Ya sube por un corredor solitario del Ministerio de Relaciones Exteriores convocando a gritos e injurias al ministro que llega todo lívido y balbucea: "Cálmese usted, doctor". Sacudiéndole por las solapas con las mejores injurias de su repertorio limeño, el energúmeno exige la libertad de Riva-Agüero si no se quiere que la ciudad amotinada termine en revolución lo que tan bien ha comenzado. El desventurado Salazar y Oyarzábal se ausenta durante algunos minutos para "consultar el caso con el Presidente". Ya regresa, más suave y adamado que nunca, para jurar que el Presidente se compromete a dejar libre a Riva-Agüero y que, dentro de pocos momentos, lo conducirán al Club Nacional. ¿Puedo agregar que este joven quijotesco y vociferante se llamaba Ventura García Calderón?

Cuando en plena juventud se ha tocado así el cielo con las manos, nada parece imposible. Y así fue, durante una semana. Dispuse que el entierro del estudiante asesinado se hiciera poniendo yo el hombro al ataúd hasta la puerta misma de Palacio para que el culpable viera su

de extraordinario relieve. Maduró el infortunio su clarísimo talento que ya parece cuajado en su mejor libro *La realidad nacional* pero en su *Cristo* ha puesto Víctor Andrés, su más secreto arrullo y la limpidez de su fe. Los que la hemos perdido, esta fe, envidiamos sinceramente tal puerto de refugio para las horas tristes. Jesucristo sigue pareciéndome como a Renán la más sublime porción de divinidad que puede caber en un hombre y yo quisiera ver su imagen en cada escuela de mi patria, su evangelio en cada hogar. Lo que no es obstáculo para que aprendamos el otro Testamento, el viejo, con su ley

crimen. Organicé un extraordinario banquete de quinientas personas con sus cincuenta "chalcos" bien armados, prontos a todo y que esperaban el momento de responder a cualquiera intervención policíaca. Mañana Felipe Barrera Laos y yo, con el revólver metido entre el pecho y la camisa para que a la puerta de la Cámara, no nos lo quiten los guardias al registrar ellos al público de "la barra", empezamos a gobernar a nuestro antojo. Cuando el presidente de la asamblea quiere desalojar a esa juventud estrepitosa con una irrupción de bayonetas, mi revólver apuntado al imprudente muy cerca, muy cerca, le inspira cordura. Recuerdo todavía sus ojos parpadeantes ante la amenaza. Y se votó aquel día lo que inspiraba la juventud.

Evoco tales hechos lejanos para dolerme que ese gran espíritu que así salía a la vida pública, no hubiera podido libertarse de algunos prejuicios heredados ni de su falta de entereza. Valiente hasta la temeridad cuando se trataba de defender su honor y lo probó en un duelo famoso se acobardaba ante cualquier fracaso eventual como si la política no fuera precisamente un juego de ajedrez, un riesgo también. Nunca olvidaré nuestra "noche triste" cuando en un cuarto de estudiante hasta la seis de la mañana Víctor Andrés Belaunde, Riva-Agüero y yo discutíamos mi proyecto ya lanzado de banquete sonoro y provocador que confirmara tantos motines. Había yo cosechado en la tarde las primeras negativas de prudentes hombres públicos pero estaba seguro de que mi pertinacia vencería. En cambio Víctor Andrés y José, desanimados, desencajados, habían elaborado en común una carta que Riva-Agüero quería enviar a *El Comercio* para desistirse del homenaje. Hasta el alba, hasta convencerlos, me di cuenta tristemente de que el más sutil o poderoso talento puede no estar unido a la voluntad. . .

del talión que parece pertinente en nuestros pueblos. Como esos curas de armas tomar que yo vi en la sierra del Perú, también yo consiento en arrodillarme ante el sublime Perdonador de Agravios siempre y cuando no me quiten el revólver del cinto, por lo que pueda suceder.

Del mismo elenco de desterrados por el régimen de Leguía, forma parte uno de los más exquisitos y completos espíritus que ha producido mi extraño país manirroto que gasta sus dineros como sus hombres. Hijo de poeta coronado, sobrino de un eximio orador, Luis Fernán Cisneros, es de gran estirpe. Casta admirable de los Cisneros a quienes las hadas madrinas les trajeron a la cuna como a los La Jara todas las seducciones del espíritu pero con tanta diversidad que a menudo no supieron optar en la vida y se quedaron como José María de la Jara fumando el cigarrillo de la amistad con la sonrisa inmóvil del San Juan de Vinci, indolente ante todas las vanidades de su tierra. El delicioso poeta de la limeña que es Luis Fernán fue también el más ingenioso y efervescente periodista que ha tenido el Perú sin omitir a Alberto Ulloa ni a Andrés Avelino Aramburú que no le fueron superiores. Luis Fernán puede escribirse un diario íntegro desde el sesudo editorial y la aguda página de polémica hasta la crónica rimada, el chisme diario, la gacetilla local y la revista de toros. Un ingenio en constante chisporroteo, una mano leve que puede arañar a veces descuidadamente como los gatos favoritos, una gracia desperdiciada de limeña que nunca se olvida de su origen celeste y eleva la gracia hasta el lirismo, todo ello con una hombría moral que pudiera servir de ejemplo a muchos, componen el perfil extraordinario de Luis Fernán. Cuando en 1921 él se preparaba a publicar un día nuestras renuncias (la de Francisco y la mía) que tirábamos a la cabeza del dictador en la primera página del diario *La Prensa* para amotinar a toda sana juventud, los sicarios de Leguía expropiaron el diario a viva fuerza entre gallos y media noche embarcando a Luis

Fernán para el extranjero. A padecer miserias se ha dicho. Lo acoge *La Nación* de Buenos Aires y en esos años oscuros todos, cual más, cual menos, movemos el remo del bogavante en las galeras de la Miseria. El actual Ministro del Perú¹ en el Uruguay iba a ser, y tenía que serlo, el diplomático favorito de aquella Montevideo donde siempre han de prevalecer los valores del espíritu.

Brioso, elocuente, magnánimo, capaz, como lo ha probado ya de tomar el Palacio de Pizarro con el revólver al puño y de arremolinar multitudes para exaltarlas, Jorge Prado es además de un gran orador parlamentario, uno de nuestros mejores escritores políticos que continúa por su liberalismo vigilante la tradición venerable de Vigil. Leed sus libros de discursos a fin de advertir que sólo toma la palabra para defender una causa hermosa, una libertad que no debe ser conculcada, un progreso que es preciso fundar y estimular. No se le conocen enemigos declarados y como el cantor del *Lago* a cuya alcurnia sentimental puede aspirar — no querría elegir un sitio en los escaños del parlamento donde la pasión partidarista se ensaña, sino más arriba, en el cielo raso, en el *plafond* de Lamartine adonde sólo llega atenuado el eco de las disputas de los hombres.

Todo lo ha sido con brillo: diputado de claros timbres, presidente del consejo de ministros, embajador en el Brasil. Su labor pública siempre estuvo inspirada en puros anhelos de amor patrio y en ese amor a la libertad que no me atrevo a reprocharle. “Los hombres que amamos la libertad” exclamaba ya en un discurso el diputado por la provincia de Dos de Mayo. Pero estoy de acuerdo con sus palabras de lirismo y ternura cuando prorrumpe en plena cámara: “La cálida emanación de mi alma enamorada con el presentimiento

(1) Es hoy embajador en el Brasil (1946).

de las futuras grandezas de la patria". En nuestra generación, unida toda por esa fe y esta esperanza, Jorge representa la extrema izquierda de la caridad. Su amor a la libertad es tan ancho que les teme a todos los gobiernos porque todos los gobiernos de un pueblo en mantillas se ven obligados a "dar vacaciones a la legalidad" según la expresiva fórmula de Francia. "En nuestro país —dice Jorge con ingeniosa fórmula— el primer mandatario sale de la proclamación parlamentaria transformado en un omnisciente, ubicuo, ilimitado. La Comisión de cómputo no sólo le unge como Jefe sino que le convierte en algo así como la sangre circulatoria del organismo nacional: él ha de correr por todas las arterias de la patria".

¿Es esto un bien, es un mal? Toda la tragedia de América está suspensa entre estas dos preguntas que no tienen cabal respuesta. La libertad tan fuera de moda¹ pero a que todos aspiramos como al beneficio de la luz, suele ser difícil conquista porque para adquirirla es preciso merecerla. Y el mismo Jorge nos traza la pauta de toda una preparación a serlo, cuando apunta: "No existieron fuertes gobiernos en pueblos débiles, gobiernos sabios en pueblos ignorantes, libertades políticas en pueblos sin energía para evitar el despotismo". Cautela, prudencia, merced a la cual Jorge Prado se acerca espiritualmente a toda nuestra generación de gatos escaldados.

A Felipe Barreda y Laos, que se había señalado a la pública atención con un enjundioso estudio sobre la *Vida intelectual durante el Coloniaje*, le tocó el papel infausto de acusador nacional y enemigo público N° 1 cuando padeció el Perú, bajo el régimen de Augusto B. Leguía, los más bochornosos años de su historia. En su periódico eventual *La República* redactado por el solo —yo sé a costa de cuantos sacrificios íntimos— Felipe le presentaba al dictador el espejo del día-

(1) Escrito en 1935.

blo donde se pueden contar las arrugas y las máculas. Con sellos de correo de diferentes países, inocente como un prospecto, tremendo como una página sañuda de la Biblia, nos llegaba a todos ese retrato por entregas del hombre infernal que padeció el Perú por dos lustros. Era fácil que aquello nos llegara a París pero Felipe se daba maña para que, a despecho de las aduanas y las cámaras secretas del Dictador, aquella hoja fuera a Lima a hacer reír ya a hacer pensar. Porfiado y hermoso como el Luzbel de Milton, Felipe en su desamparo y su destierro Felipe sin apoyo ni valimento, Felipe irreducible aprobó de manera irrefutable qué heridas eficientes puede hacer una pluma honrada.

Nunca fue más clarividente la indignación y más fundamentada la cólera. El amo del Perú desdeñaba al Perú, qué digo, lo aborrecía íntimamente con incoercible sed de infamarlo cuando no vendía pedazos diferentes del territorio pagados en cheques que endosaban sus banqueros de Londres. Su humorismo vindicativo no estuvo satisfecho sino al encontrar manera de vejar a su patria. Sus favoritos parecen salidos de un aquelarre de Goya o de un patio de Velázquez cuando éste último pintaba monstruos ¡Qué vergüenza familiar, qué derrota íntima, qué secreto espantoso llevaba adentro aquel hombre de cautivante sonrisa y alma puerca que tanto nos odiaba a los peruanos! Su afán de ridiculizar al Perú ante propios y extraños lo prueban de sobra sus emisarios: Caco, el grotesco, para ministro en París, un tartamudo para embajador, un enemigo del Perú para confidente, un traidor ambulante para sus gestiones diplomáticas, un marido infamado para su parlamento, Cacaseno para canciller y un jorobado con dos jorabas de dromedario para que llevara la palabra del Perú en un congreso de América.

Muy largo sería el inventario de esa colección de monstruos que cantaban los loores del amo en un ambiente de pe-sebrera y de prostíbulo donde el director del circo, con una fusta en la mano, elegante como el consabido amansador de

potros, se reía en la intimidad de sus propios payasos. Once años vivimos en honrada miseria con el rojo de la vergüenza en el rostro. En nuestros pueblos sin memoria conviene recordar quien fué el delator infatigable: Felipe Barrera y Laos.

Pero la lista va haciéndose larga y no hemos hecho sino comenzar. Vienen a la memoria en dispersa fila compañeros parejamente admirados y queridos. A mi generación pertenecen ilustres juristas como Carlos Arana Santamaría cuyos alegatos forman jurisprudencia y que continúa la tradición de los grandes abogados peruanos Ureta, Arenas, Forero, García Calderón; Ernesto de la Jara que no le va en zaga, digno *cadet* de una estirpe ininterrumpida de juristas, y político ilustre en quien se mantiene vivo el calor humano, el don oratorio y oracular de su hermano, nuestro querido y malogrado José María; José Gálvez el compañero de nuestros días ardientes y nuestras noches lunáticas, que era ya por antonomasia el poeta de nuestra generación. Carlos Arenas Loayza, abogado y político, ejemplo típico de equilibrio y elegancia verbal, Daniel Olaechea, político y abogado, Carlos Zavala Loayza, eximio magistrado y mundano, vocal de la Corte Suprema y Presidente de nuestra más alta institución mundana el Club Nacional, hombre de clarísimos timbres en quien se adunan el generoso arranque vital y la hidalguía del limeño. Pedro Irigoyen, político, diplomático, historiador, para quien no guarda secretos la historia de la diplomacia peruana; Luis Miró Quesada en quien convendría deslindar la obra del político sagaz y la del polemista apasionado hasta la injusticia; Oscar Miró Quesada, cuya cultura enciclopédica ha aportado tantas cosas a la juventud; Guillermo Salinas Cossío, sabio en cosas de arte, músico por todas sus fibras, futuro e irremplazable historiador del arte parauano desde una cabeza de huaco hasta el matiz de un yaraví.

Olvido a alguno, seguramente, pero solo será por falencia de la memoria o porque no le cabría el calificativo de coe-

táneo en las páginas de este libro¹.

Cuando se juzgue de lejos serenamente el aporte de esta generación, nadie le podrá negar la restauración del optimismo. Si, a pesar de tan meditadas razones de amargura, el optimismo persiste, es porque se funda en una fiebre que surge aquí del suelo mismo como un paludismo de la acción.

Nuestro romanticismo inmanente puede jactarse otra vez de que somos predestinados. Presdestinados al dolor o por lo menos al afán oscuro y pertinaz pues todo el clima mismo, se opuso en América a la constancia del esfuerzo humano. Vista a vuelo de pájaro nuestra patria sudamericana parece un anfiteatro de drama esquiliano o un paisaje inicial de la Biblia. En la repartición de continentes, nos corresponde el Caos fangoso en la aurora caliente del Génesis cuando el dios Milton no ha concluido su labor creadora.

Todos los apetitos del mundo se ciernen sobre estos pueblos que no están cuajados todavía.

Los Estados Unidos han acabado por comprendernos y estimarnos —la reacción ha sido magnífica— pero recordad que nosotros vimos a los veinte años los desmanes de una colonización injusta y soez en Panamá (¡Oh aquel soldado que

(1) *Alberto Ureta el exquisito poeta de la intimidad y la ternura y limpidez virgiliana se inició más tarde que nosotros y no pertenecía a nuestro grupo pero es coetáneo nuestro. No tengo a la mano el prólogo que escribí para él y en donde dije mi admiración por el escritor, mi afecto por el hombre. Pero entre mis papeles hallo esta nota redactada por él cuando en 1919 yo proyectaba escribir en varios volúmenes una historia crítica de la literatura peruana. La malquerencia de algunos de mis paisanos, la incomprensión de otros me desanimaron y frustraron mi intento. Me es muy grato insertar aquí la respuesta de Alberto a mi cuestionario en el cual pedía yo a los escritores peruanos de la época que me indicaran con toda prolijidad su fecha de nacimiento, sus obras publicadas o en preparación así como los artículos consagrados hasta entonces a su labor literaria.*

bañó en sangre la frente del negro panameño porque éste no comprendía el inglés! Y el instrumento de atropello no era, os lo aseguro, un simple *big stick*).

Oro, caucho, petróleo nos crean adivedes peligrosas. Para defender esta heredad que merodean tantos lobos hubiera sido lógico que un favorable Destino fomentara una raza compacta, avvezada como la sajona al exterminio o capaz de erigir un pátibulo en cada soledad del Far West, a fin de establecer las castas según el pigmento de la epidermis. ¿No fué en siglos pasados la política de las razas dominadoras? ¿No invocaron siempre como en la India la pureza de sangre relegando al primer ocupante al rango de "intocable"? Recordemos que la palabra casta es portuguesa y quiere de-

Fecha y lugar de nacimiento: En Lima, el 7 de abril de 1885.

Principales datos biográficos: Hizo sus primeros estudios en el Colegio Nacional de San Luis Gonzaga de Ica, de donde pasó a la Universidad de Lima. Cursó las facultades de Letras y Jurisprudencia. En 1911 publicó *Rumor de almas*, poemas. En 1912 fue elegido por la Universidad miembro de la Delegación Peruana al III Congreso Internacional de Estudiantes Americanos. En 1914 se graduó de bachiller en Letras con una tesis sobre *El simbolismo*, insertada en la *Revista Universitaria*. En 1915 fue nombrado Secretario Privado del Presidente de la República. En 1916 se le nombró profesor de Literatura en el Colegio Nacional de Guadalupe. En 1917 publicó *El dolor pensativo*, poemas. En 1918 *Carlos Augusto Salaverry, estudio, crítico* con el cual se graduó de doctor en la Facultad de Letras. En 1919 fue nombrado Catedrático de Literatura Moderna en la Facultad de Letras de la U. de Lima. En 1919 fundó en compañía de un grupo de intelectuales peruanos la *Revista Mercurio Peruano*, de la que es redactor, habiendo desempeñado la dirección en varias ocasiones por ausencia del Dr. Víctor Andrés Belaunde. Actualmente dicta el curso de Filosofía en el "Deutsche Schule", curso que ha dictado también en el "Instituto Lima" y en la "Escuela Militar". Actualmente es miembro del Ateneo de Lima y Secretario de la Sociedad Ibero-Americana.

Libros que ha publicado: *Rumor de almas*, poemas (1911), *El dolor pensativo*, poemas (1917), *Carlos Augusto Salaverry* (1918), crítica.

cir pureza.

Pero en nuestra América de la Santa Caridad el duro español se ablanda, sus hijos leen el Quijote, sus nietos el evangelio según Juan Jacobo. Sus biznietos rehacemos sentimentalmente el pacto de fraternidad —ya insertado en nuestra sangre mestiza— y entonces la paloma del Espíritu Santo se posa sobre nuestro auténtico genio tricolor Rubén Darío, en quien confluyen tres razas que un extraño destino mandó aquí vivir juntas. Así de la confusión de lenguas y de gentes surge paradójicamente nuestra mejor esperanza.

Cuando el oro es español, se lo arrebatada de las manos el filibustero inglés o el pirata de Holanda dando al traste con la seguridad del comercio en las Indias. Cuando el caucho justifica el nombre de oro negro. Inglaterra delega a un pérfido Irlandés para que, a su regreso de Iquitos, refiera en Londres

Libros que prepara: "Nuevos poemas" y "Poemas en prosas".

Artículos que han sido publicados acerca de su obra: Clemente Palma "La Ilustración Peruana", 1912, José de la Riva-Agüero "El Comercio", 1917. Felipe Barreda y Laos "El Comercio", 1911. Leonidas Yerovi "La Prensa", 1917. Alberto Ulloa y Sotomayor "La Prensa", 1911. Raymundo Morales de la Torre, prólogo, 1911. Víctor Andrés Belaunde, prólogo, 1917. Luis Alayza y Paz-Soldán "El Comercio", 1917. Luis Varela y Orbegoso (Clovis) "El Comercio", 1917. Mariano Iberico Rodríguez "Excelsior", 1917. Alberto Ulloa y Sotomayor (Gabriel Amador) "La Prensa", 1917. Edwin Elmore "Excelsior", 1917. Clemente Palma "Variedades", 1917. J.L. Madueño "El Tiempo", 1917. "El Figaro de la Paz" (Gustavo Adolfo Otero), 1917. Medardo Angel Silva, Ecuador, 1917. Luis Góngora, "La Crónica", 1917. José Gabriel Cossio "El Comercio" del Cuzco, 1917. Luis Varela y Orbegoso (Clovis) "El Comercio", 1918. "Letras" de Quito, 1918. Gastón Roger "La Prensa", 1918, etc.

Principales Revistas y Periódicos en que ha colaborado: Revistas: "Ilustración Peruana", "Variedades", "Mercurio Peruano". Periódicos: "El Comercio", "La Prensa", "Excelsior", "El Tiempo".

(Firmado) Alberto Ureta.
Lima, Padre Jerónimo, 430.

a las misses sentimentales unas historias de Indios marcados en el Perú con hierro ardiente. Así logra estremecer de horror a las nietas de aquellas otras que no querían comprar artículos de América hasta que hubiéramos otorgado la libertad a los negros. Pero el pueblo sagaz y precavido se lleva a otro lugar del planeta los mejores brotes de caucho peruano, arruinando así nuestra floreciente industria. No bastarían las páginas de este libro para contar la historia secreta del petróleo. Y a pesar de todo, irreductible, empecinada, clarinea nuestra esperanza.

¿Pueden decir las generaciones subsiguientes que han hecho tanto en tan duras condiciones, para no desesperar de la patria? (*)

GASPAR, MELCHOR Y BALTASAR

Aceptamos la herencia como la verdadera Fatalidad, más ardua que la antigua. Impetus venidos de muy adentro nos convencen de que sólo somos la continuación de nuestros abuelos, es decir, en este caso peruano, una mezcla de sangre que engendra choques de atavismos y toda una sociología tricolor.

En otro capítulo de este libro se acrisola el aluvión de sangres que constituye el Perú actual y el arcano del Perú venidero. Para excusar o explicar la demora en el crisol, las dificultades de la amalgama que nuestra generación sintió patéticamente, bueno será identificar las disparidades de los tres reyes magos que acudieron a esta nueva natividad del Trópico, el blanco, el indio y el negro, Gaspar, Melchor y Baltasar.

¿Cómo era ese Gaspar español? Hoy por hoy, quiero buscar su reflejo tembloroso en dramas viejos, aplaudidos en cualquier corral de la Pacheca por abuelos de jubón y gorgue-

(*) Nota.— En una futura edición de este libro trazaré prolijamente la biografía de mis coetáneos, tratando de aquilatar el aporte de cada cual a la cultura peruana.

ra. Cuántas veces aplaudieron estos, sin darse cuenta de que no estaban ahí por mera holganza y esparcimiento, la tragedia misma del hombre español, la teología del español que Calderón de la Barca y Tirso de Molina expresaron cabalmente, mejor que el propio Cervantes. Releed *La vida es sueño* o *El condenado por desconfiado*. Escudriñad en los personajes de ambas obras maestras. En esta última hay uno que ha perdido toda la fe en la vida, un precito que se condena porque no cree en los repentes del destino (o la Providencia) sin querer darse cuenta de que en las peores postraciones de la historia el hombre español resurge súbitamente.

Este decaimiento, esta desgana, esta "poca fe" como decía Cristo, es, para todo español de verdad, el único pecado contra el espíritu. Ambos dramaturgos, con muy justa comprensión del alma de su pueblo, pospusieron a los desfallecimientos de la voluntad, castigándolos en el cielo y en la tierra. La moraleja de ambas tragedias es que los desconfiados se van al infierno del mismo modo que los Segismundos se ven reducidos a prisión porque, unos y otros, dudaron de la realidad perfectible del mundo, de la bondad de la Providencia o —da lo mismo— de la voluntad genuinamente española de superarse. Tanto peor para los apocados, para los tímidos, para los demasiados mansos de corazón que serán bienaventurados en el Evangelio pero no en la España clásica. La virtud teologal del español fue y debe ser un optimismo estoico. Esperancilla, le dicen a la Virgen andaluza con diminutivo de amor.

Pero junto a estos animosos que pasan de la Reconquista del moro a la conquista de América, existe asimismo en almas de españoles o por lo menos de una minoría de españoles, un secreto declive para el desánimo. Le llamaban acedia y sequedad los místicos. Se infiltra de repente en el alma voluntariosa una nocturnidad, un derrotismo, un indolente confundir lo vivido con lo soñado, un desdén de orientales a este gozo

inexacto de la vida puesto que la vida pasa, "como las naves, como las nubes, como las sombras" según la frase escrita en el libro judío del desaliento. Manrique está ahí para decirlo en forma sublime. Entonces resuenan el "que más da " y el " no importa " y la dimisión peligrosa del querer que lleva a la derrota de Cavite, a ser mendigo de iglesia, hidalguelo vergonzante y covachuelista. Si este mundo es la agitada sombra del diablo en la pared, tanto monta ser actor como espectador. "Qué inventen otros", grita Unamuno, alejándose de una Europa dinámica. Que vivan otros

*si todo el que vive sueña
lo que es hasta despertar.*

Los mejores acentos de la raza son así, con sobrada frecuencia, memorias del bien perdido, endechas que dan "lo no venido por pasado" y tal vez lo pasado por no venido. Por eso somos maestros de la elegía, de Manrique a Rubén Darío. Nuestro libro genial, nuestra Vulgata, nuestro penoso Evangelio es la caricatura de la acción, la sombra chinesca de un escuálido jinete y de un villano escandecido. Si me dáis a escoger lectura y moral vivida para los niños, prefiero el Robinson Crusoe y el Pulgarcito, ejemplos de energía. O las fábulas de La Fontaine, las lecciones de cordura precoz y de sagacidad precavida.

Daremos lo no venido por pasado, dice Manrique, lo que significa exactamente nuestra holgazana manera de ahorrarnos la acción para mirar la existencia de lejos, en la frontera de lo soñado y lo vivido. Con un libro sublime y atroz quisimos borrar varios siglos de energía española. Vamos, si yo fuera en España ministro de Instrucción pública decretaría que el Quijote no pudiera ser leído sino después de los cuarenta años.

Afortunadamente, la energía española sabe de extrañas resurrecciones del tercero día en el sepulcro. De golpe y po-

rrazo nos vienen deseos de acometer hazañas de fábula tan desprovistas de cordura como las del Quijote y afirmo aquí que nuestros revolucionarios de América suelen ser hijos espirituales de aquel peligroso caballero. Con un sincero yelmo de restauradores del país, llevando en la mano una constitución reformada como quien posee el bálsamo de Fierabrás que cura toda herida, sale a campo raso nuestros Quijotes. Mucho les dará perdonado porque confundieron la libertad con Dulcinea.

Enrico el Maleante, personaje favorito de Tirso de Molina, se salva por no haber perdido la confianza en la divina gracia. El simpático bandido se va al cielo como Don Juan en un acto de contrición final. El autor, español genuino, lo prefiere al santurrón que no tuvo confianza en la vida, en el premio gordo de la lotería, en el favoritismo de la Virgen.

Ahora bien, todo esto sustancialmente lo hemos heredado nosotros. Entre Calderón y Tirso de Molina esta situado el drama de España y por extensión el del Perú. A este complejo espiritual, a tan difícil alternativa del alma española, quiso el destino añadir nuevas complicaciones. América resuelve cada día la cuadratura del círculo. Nuestro natural desánimo de españoles se acrecienta merced al cruzamiento con las más apática raza del mundo. La suma energía y la suma desgana iban a contraer extrañas nupcias en las soledades del Perú. Cual más, cual menos todos somos la efímera síntesis corpórea de aquellas almas situadas en las antípodas del mundo moral. Si le supusiéramos al Demiurgo, como Omar Kheyám, una ironía trascendente, confesaríamos que aquí extremó su fácil humorismo.

Pero esta oposición de tonos en su alma propia no la sabe el niño peruano sino muy tarde o tal vez nunca; la advierte cuando sale de sí mismo, de su medio familiar, de su patria, de sus prejuicios heredados para mirar claramente las vicisitudes de su tragedia racial.

Como tantos otros limeños, yo descubrí la sierra tarde, pasados los veinte años. Fui a buscar minas de plata en el departamento de Ancash, en plena puna bravía y me di de bruces con la realidad dolorosa de mi patria. Recuerda el alma transida todos los instantes de su primer asombro. Un rebaño inobediente de llamas negras, morenas, trisca a su antojo en las orillas vertiginosas de este sendero de conquistadores, tallado en el cuarzo vivo de los Andes por donde sólo puede avanzar a tientas una mula astuta y avezada al abismo. Montañas, montañas, montañas. El sol glacial reverbera en un picacho nevado, en la barra de plata que cada bestia lleva a cuestras, en la osamenta hermosa, sí, hermosa y abierta flor albísima que el torrente está lavando en su cauce violento. Es el camino de Casma a Huaraz, en las vecindades de Ticapampa, en plena sierra del Perú. El alma juvenil le busca su sentido al paisaje crispado cuyo vértice natural es el cóndor. Pero embutido en una oquedad del sendero montañoso, con la montera en la mano y la zozobra en el rostro, como en una gruta de misterio y de brujería, aguarda inmóvil el pastor miserando de este rebaño detenido en su ruta para escrutar mis aviesos designios. Siendo hombre blanco debo ser enemigo suyo: adivino su desconfianza natural, tan dolorosa para el hombre joven. ¿Tiene el pastor veinte años o sesenta años? Acaba acaso de animarse en el huaco de una necrópolis con sus ojos sin luz y su boca desdentada que ensaya desde hace siglos una sonrisa extinguida para siempre. “Buenos días, taita”, murmura el infeliz. “Taita, señor”, cuando yo me considero y me siento hermano suyo. Así entraron sentimentalmente en el alma de un adolescente limeño para no salir jamás, las aristas de la sierra peruana y el problema del indio, el más urgente, el que no llevamos camino de resolver.

No esperó nuestra generación que los consejeros de la undécima hora la incitaran a abrir los ojos acerca del pro-

blema nacional por excelencia. De los seis millones de habitantes con que cuenta el Perú, según los cómputos recientes, una tercera parte es de indios netos, intraducibles, inadaptados, huraños, henchidos de atávicos reproches que sólo sabe expresar su flauta nocharniega. ¿Cómo tender un puente, aun cuando fuera frágil a la manera de nuestros puentes colgantes, entre dos razas sin orillas? No contemos con el mestizo a quien yo vi en la sierra desdeñoso cuando no desatento a esa canción suspirada y monótona que el indio exhala entre dos silencios. “¿Qué están cantando?”, preguntaba mi juventud extasiada al compañero de ruta, “Tontería de estos bárbaros”, me respondía el abogadillo cholo o el gamonal cobrizo que aprendió leyes y la manera de eludirlas en la vieja Universidad de San Marcos de Lima. Si ninguna capital es representativa del país que gobierna, Lima lo es mucho menos que otras. Fundada erróneamente por el conquistador a la orilla del mar, carece de tradición y de raigambre indiano y “un Perú sin indios pierde su significado histórico” dice el sociólogo mexicano Moisés Sanz en su pertinente libro *Sobre el indio peruano*. Casi en los mismos términos había expresado alguno de nosotros la sorpresa de que Lima no fuera el Perú y sea algunas veces lo contrario del Perú.

Otro mexicano, el obispo de la Puebla de Los Angeles, redondea su perfecto retrato del indio en un libro precursor *Virtudes del indio*. Sobriedad, paciencia, pereza de contemplativo, propensión a la melancolía que es rasgo suyo inconfundible. “Rarísimas veces chancean ni se burlan unos con otros y el reírse señaladamente entre españoles, es tarde o nunca”.

Ayer y hoy, los observadores del indio neto concuerdan en su pesimismo porque aquella inmensa cantidad de inercia que es nuestro quechua parece indestructible como las piedras de su paisaje. Las leyendas tan frecuentes en la sierra peruana de montañas que son príncipes convertidos en rocas

por obra y desgracia de un antiguo castigo, cobran ahí una realidad concreta, actualísima. De granito parecen estos hombres acurrucados, silenciosos, taimados, resistentes al dolor y a la fatiga pero también rebeldes al esfuerzo. En los testigos de nuestro pasado sobran testimonios acerca de los inmutables rasgos del indio y se afirma su parecido de Norte a Sur. “Visto un Indio de cualquier región —decía Don Antonio de Ulloa en sus *Noticias americanas* (1792)— se puede decir que se han visto todos.” A lo que forman un eco exacto las palabras de nuestro *Lazarillo de ciegos caminantes*: “El que vio a un Indio puede hacer juicio de que los vio a todos.”

Esa terquedad inmortal del Indio de los Andes que dibuja en sus ensayos magistrales Uriel García, ya la sabíamos leyendo entre líneas lo que el español de ayer tomaba por escepticismo de la raza: “Por ejemplo, se les dice que el diablo es malo, responden que no les ha hecho mal alguno pero que así será. Se les dice del mismo modo de uno de los santos que es bueno y responden igualmente que así sera.” A tal apunte de Ulloa conviene añadir una historieta del *Lazarillo*: “Se pregunta a un indio instruido en la fe: Si Jesucristo está real verdaderamente en la hostia consagrada, responde: Así será”. ...Uno de los aciertos de Chocano “Quién sabe, señor” expresa bien este irritante y doloroso diálogo del hermano mestizo con el hermano indio.

Como fue en los siglos, continúa siendo. Su inmovilidad roquera es la misma de ayer y toda la tragedia peruana consiste en transformarlo con transfusión de sangre. A los testimonios recusables de Antonio de Ulloa y Concolorcorvo que fueron empero testigos desprevenidos y benévolo, debe sumarse tal libro reciente del mexicano Moisés Sanz sobre el indio peruano. Allí un extranjero simpatizante a toda prueba con el indio atestigua que la psicosis indígena persiste. Los rasgos espirituales son los mismos: resignación taimada, inercia de piedra, conformismo a todo evento, temor a todo cam-

bio. Tal vez esa terquedad inmortal de que habla Sanz siguiendo a Uriel García, ya habíamos interpretado así los hombres de mi generación reconociendo estos testimonios concordantes del pasado.

Fundemos, sin embargo, una prudente esperanza en esa misma terquedad. Sin ella habría desaparecido el indio en el curso de tres siglos dolorosos. Las razas mejor adaptadas a la corteza terrestre fueron siempre las que, activa o pasivamente, con el dinamismo del japonés o la resignación del indostán primitivo, dueño del suelo, se defendieron limitando sus aspiraciones terrestres a un puñado de arroz, de maíz o de chuño. Ese mutismo, ese encogimiento, ese mirar al suelo, esa frugalidad estóica, tienen sin embargo su voz explícita para quien pone el oído a la flauta peruana. Quien ha escuchado, con asombro y erizamiento de la piel, esa estridencia que sube de los Andes lunados y forma hasta el astro una cúpula de dolor terebrante, sabe que la nostalgia de la noche peruana puede traducirse al papel exactamente. Hablan los indios por la flauta, y su quena en la noche, expresa todo lo que callan en el día.

Empero no faltan documentos ingenuos para probarnos que todo no fué resignación y alelamiento en esa raza tan mal interpretada por españoles y mestizos. No olvidemos que el *Ollantay* —así sea drama quechua original o arreglo español de temas indígenas— es la epopeya de la sublevación y un pre-nuncio de nuestras guerras civiles. Extraordinario sería que la raza más sumisa del mundo hubiese conservado la memoria de ese documento revolucionario, si ella no hubiera encontrado en el caudillo desorejado y sigiloso que aspira a vengarse, alguna parcela de su mentalidad insurgente.

Para medir antiguas suspicacias entre ambas razas, su compenetración lenta y desconfiada, ningún documento del pasado ni siquiera nuestro *Lazarillo de ciegos caminantes* me parece más deliciosamente pintoresco que el caso referido por

el limeño Juan de Alloza en un centón de milagros intitulado *Cielo estrellado de mil y veintidós ejemplos de María* (1691). Sirvióme ya de asunto para un cuento *El escultor de la Virgen*; sólo quiero referir hoy tan deliciosa aventura como está narrada, con las mismas palabras del Padre Juan de Alloza y las del personaje de la aventura cuya carta inserta el buen padre “para alivio del lector” entendiendo la palabra alivio en su sentido clásico de distracción amena.

Ocurrió el caso en un santuario famoso de Copacabana. “Es Copacabana un pueblo de indios cercano a la gran laguna de Chucuito”. Convergen en esta historia sabrosísima cierto desdén injustificado del español para con la raza aborigen y esa su tenacidad de topo en que fundamos ya nuestra esperanza. Vivía en los aledaños de Chucuito un indio llamado don Francisco Tito Yupangue (leamos Yupanqui) muy devoto de la Virgen y tan aficionado a la pintura que concibió el proyecto de retratarla en barro cocido como los abuelos escultores de huacos. Cuando hubo llevado su imagen a la Iglesia, mandó el cura quitarla de ahí porque “más causaba risa que devoción”.

Corrido pero no escarmentado nuestro Indio se marcha a Potosí a aprender el arte de esculpir en casa de un maestro español, Don Diego Ortiz. Era así fiel al antiguo voto hecho en presencia de sus paisanos cuando juró esculpir una estatua de la Madre de las Misericordias para que ésta “les alcanzase buenos temporales porque habían padecido hambre los años antecedentes”. En compañía de su hermano Don Alonso Viracocha Inca recorren entonces las iglesias de Potosí a fin de escoger el mejor modelo de Virgen. La que más les satisfizo fue una de la Iglesia de Santo Domingo de la Candelaria que llevaba al niño en brazos.

Ayunando y orando, después de mandar decir una misa a la Santísima Trinidad, puso manos a la obra el ingenuo artista. Primero esbozó el molde en barro, pintó luego una ima-

gen de María en un lienzo y acabó por esculpirla en madera. Parece que toscamente. Entonces se fué a Chuquisaca a solicitar del Obispo autorización para fundar en Copacabana una cofradía, recabando también el permiso para pintar y esculpir santas imágenes. A fin de que el Prelado pueda medir sus capacidades artísticas, lleva consigo el rostro de la Virgen trazado en una tabla. Pero el prelado le prohíbe que pinte en adelante so pena de riguroso castigo. Las palabras mismas de Su Señoría Ilustrísima están consignadas en la carta de nuestro paisano —toda aromada de ingenuidad— que el Padre Alloza inserta en su libro: “E me lo respondió (el Obispo) que no lo quiero dar licencia para que lo seáis pentor ni que lo hagáis los hechoras del Vergen ni boltos e se lo queréis ser pentor, pentadlo la mona con el mico...”.

“Jesús, Santa María”, exclama el ofendido al salir de la audiencia pero no da su brazo a torcer. No importa que “cada un Español” como él dice, lo zahiera también afirmándole que “los natorales no se pueden hacer il Imágenes del Vergen”. Porfiado y tenaz como Indio neto, toma entonces Yupanqui su imagen de bulto de la Virgen para llevarla en angarillas a Chuquiavó en unión de otros indios amigos suyos a fin de hacerla colorear y dorar, dejándola en fin de cuentas en la celda de un santo varón, el Padre Navarrete. Cuando éste se recogía a dormir, vió salir rayos de luz del rostro de la Virgen “y la milagrosa imagen se iba cada día poniendo más devota y más hermosa”.

¿Advertís la linda transición cuando la tenacidad indígena va así dorando la realidad hasta transfigurarla en ajenos ojos? Hubo una vez una llama de mi tierra —el mismo Padre Alloza lo refiere— que se detuvo en los Andes, meneó la linda cabeza sonora de cascabeles y se puso a hablar para echarle en cara al indio llamero sus muchos pecados. Pero éste es ya otro milagro. Sigamos con la peregrinación de nuestro artista cuyas penas y andanzas no han concluido.

Lo acosa y abrumba por doquiera la incomprensión de sus coetáneos. Cuando pasa con su escultura por el pueblo de Hayo, acude el corregidor Don Gregorio Marañón y tomando por cuerpo de difunto la imagen, quiere echar al indio. Ahora bien, inesperada y súbitamente se entusiasma hasta mudarse en protector de nuestro Yupanqui. Y lo más triste es entonces que sus propios paisanos no pueden creer que el humilde artista sea capaz de obras maestras “y decían que no habían de admitir hechura de mano de Don Francisco, anunciando que encargarían a Lima o a España una (estatua) de mano de algún escultor de fama”. Aquí comienza, después de la existencia militante, la vida triunfante de Don Francisco. Manda el corregidor que lleven a hombros de diez indios la estatua al santuario de Copacabana para la fiesta de la Candelaria, “De la aldea de Tiquena”, explica Yupanqui, “salieron en cantando los gallos e tomaron a costa el Vergen e lo llevaron a este pueblo así como el Sol quería saliendo”. Entonces acuden a recibirlos en triunfo con tambores y trompetas los Indios, los mismos que no creyeron en el talento de su paisano. “Viéndola tan devota, agraciada y hermosa cual nunca se persuadieran pudiera salir de manos de Yupanqui, quedaron sobremetida admirados”, comenta el Padre Alloza. Es el comienzo de las mil maravillas. En la procesión del día siguiente cae de muy alto la pesada cruz de bronce sobre la cabeza del corregidor sin inferirle daño “pagándole la Virgen con este favor el afecto con que había venido a celebrar esta fiesta”.

El resto es mera hagiografía. Pero decirme si en esa deliciosa estampa no están inclusas, para quien sabe leer bien, los altibajos de nuestra historia, decidme si no podemos hallar en ella una lección de psicología peruana. Esa desconfianza preliminar, prejuugada, por todo lo que no sale de Lima (o de Madrid), nuestra ingénita burla capaz de frustrar todo esfuerzo, frente a la seriedad testaruda del Indio. Y la envidia también. La “envidia subterránea” que le niega al paisano lo que con-

cede al extranjero. Pues ¿no parece éste un capítulo de algún *Quijote* nuestro? Por las serranías del Perú colonial ha salido ese hidalgo loco de Bellas Artes, pedestre pero andante caballero que esculpe una Virgen de la triste figura y está pronto a padecer toda afrenta por su Dulcinea divina. De pintarnos los motejan la incomprensión o la envidia de los yangüeses de este mundo y Su Ilustrísima va a castigarlo con rigor. Por fin, del humilde tambo donde pernocta van a echarlo tal vez con "su difunto" hasta que de todos triunfa la obstinación del caballero a lo divino. Todo el indio está en esa manera de no conformarse. Y con su consabida terquedad coincide la resistencia en la propia locura que nos refiere tan donosamente el Padre Alloza.

Excelente perfil del segundo rey mago puede ser ese autoretrato de Don Francisco Tito Yupanqui, tan olvidado por la historia patria y a quién propongo que elevemos un monumento en una plaza de Lima.

*

* *

Baltasar acude a caballo con el poncho a todo viento y la boca reidora. Lleva calzada la espuela nazarena en los pies descalzos. Se parece más a nosotros los mestizos que nuestro hermano indio, es alegre como nosotros, tiene el alma abierta a la risa, a la franca sensualidad, a los colores del mundo, al exceso, a la música. Acompañó a nuestros libertadores a conquistar una libertad que no iba a aprovecharle. Fue nuestro aliado espontáneo en las soledades de América este pobre cautivo que vino en barcos horrendos de su tierra caliente a hallar una patria definitiva en el Perú.

Mejor adaptado al Perú que a su Senegal o su Guinea. ¡Con qué simpatía lo miró mi infancia, compañero de juegos o *chimbador* que os ayuda a pasar el vado y sabe todos los caprichos de un caballo chúcaro y de un río en avenida ¡ Era una negra mulata la que me contaba, jurando "por estas cru-

ces, mi amito” toda la genealogía sentimental del Perú que no me enseñaban en el colegio. Me contaba las abusiones, la historia mínima, los fastos del pasado peruano cuando “los gentiles eran amos”. De la multitudinaria noche africana trajo su ciencia oscura de los presagios, su interpretación del canto agorero, su delirante y contagiosa alegría. Bienvenido y bienhallado este mago que vino a nuestra Belén desnudo y con un tambor. Uno de ellos, el primero, estuvo en la toma de Cajamarca. Después vinieron a la esclavitud de la mina y fué paradójicamente el “apóstol” Las Casas quien inventó la trata de negros. En la composición química de nuestra peruanidad ha puesto su fermento de uva negra, no sé qué sabor de mosto espeso y qué aptitud al ciego optimismo. Poderosos correctivos son estos de tantas melancolías predestinadas.

No en son de escarnio como González Prada, sino con la ufanía de que nuestra amalgama sea coherente, repito aquí la vieja frase criolla: “En el Perú, quien no tiene de inga, tiene de mandinga”.

MATERIALES PARA UN DISCURSO A LA NACION PERUANA

Quisiéramos hoy un auditorio de almas jóvenes para este ideal convivio; quisiera conversar exclusivamente con hombres de veinte años para decirles mi verdad más íntima con las sencillas y castas palabras al alcance de todos que buscaba Fichte en sus *Discursos a la nación alemana* donde se prefigura, como el fruto en la simiente, la Alemania unificada de 1914.

Los maduros, por no decir los viejos, los que comenzamos a encanecer no podemos forcer de rumbo ni cambiar de mula andariega en estos Andes de la cuarentena que soplan ya su viento helado sobre las primeras canas. Sólo de vez en tarde volvemos como ahora la mirada atrás para hacer el exa-

men de conciencia que preconiza, sin medir el alcance de su pregunta, el personaje de Calderón: "Noche ¿qué has hecho del alba?". Porque también en nuestro firmamento había muchas albas que no pudimos desarrollar, clisés frustrados en la cámara oscura y tal vez en algunas almas jóvenes de ahora apuntan albas que salieron de nuestra noche. Lo que no pudimos hacer políticamente por razones que no le importan a nadie, podremos quizás tentarlo con la pluma.

Procedamos, pues, como Fichte en esta investigación de peruanidad, más difícil de llevar a cabo que en otros pueblos de menor enredo histórico. Nos preguntamos: "¿Qué significa el Perú a través de cuatro siglos de historia verificable o presumible; qué es un peruano específicamente y cuáles rasgos esenciales hemos de fomentar o mantener?" No es ingenuidad, como podría presumirse, querer influir en el destino de un pueblo con meras palabras pues el pensamiento y la acción son cosas de la misma índole; pero sólo las almas tibias ignoran la eficacia de una investigación apasionada.

En su admirable y ya clásico libro *Introducción al estudio de la medicina experimental*, nos ha dejado Claude Bernard referencias sublimes sobre el investigador que a pesar de ignorar la esencia misma de la vida, nunca vacila en su pesquisa heroica. Experimentaba Claude Bernard *in anima vili*, en el perro, la rana o el conejo de Indias, para buscar el íntimo secreto de la existencia. Siempre su temperamento de ideólogo encontraba la certeza de que una "idea vital" inexplicable, irreductible y evidente conserva al ser humano desde el embrión hasta una serie compleja de evoluciones. Hay algo oscuro que quiere continuar viviendo, hay un oculto y formidable potencial de energía en la oruga y en la brizna de hierba. ¿Cuál es esta idea vital cuando se trata de un hombre, de un pueblo, de una raza, de la acumulación de razas que puede llegar a ser una Nación? Pensaba Claude Bernard que el investigador debe ser un poco poeta puesto que la hipóte-

sis necesaria para cada experimento es propiamente un hallazgo y una improvisación. Ahora bien, el escritor parece más eficiente que los demás hombres para expresar el alma colectiva. Cuando quiso averiguar la psicología del pueblo inglés, Taine escribió la historia de su literatura.

¿Qué es el Perú? Un laberinto y una síntesis, un ser *in fieri* como dirían los teólogos, un crisol de razas de oro, plata y cobre, donde nadie colige todavía el pergeño de la estatua final. Nos corresponde a todos nosotros la obra urgente de prefigurar el rostro futuro.

¿Cómo se presenta el Perú físicamente? Con semejanza de cornucopia y de ubre cortada a cercén por históricos desastres (no, no fue culpa *nuestra*) eleva al Setentrión su floresta continúa donde un furor de vida renaciente puede servirnos de ejemplo escolar. El más vasto río del universo sale de su entraña andina, a la derecha, conforme se va a Europa, rompiendo tierras que la corriente lleva lejos hasta una playa de los Estados Unidos. Pero la columna vertebral de los Andes pone paz y sosiego de nieve sobre ambas turbulencias. Así podría ser espiritualmente el Perú de mañana.

Su cuarta dimensión, su más vasta y peligrosa frontera es ese país de la Utopía donde los antiguos cartógrafos solían diseñar las provincias de la Prodigalidad y las tierras incógnitas. Ningún pueblo, ninguna historia colindaron más estrechamente que la nuestra en el espacio y en el tiempo con el exceso, el milagro y la fábula. Con estos ojos que se ha de comer la tierra, como decían mis ayas viejas, he visto en la sierra peruana las piedras que conservan la huella del pie derecho de Santo Tomás cuando aterrizó en mis serranías el apostol del dedo experimental en las llagas de Cristo. Por estos caminos de vicuñas, por estos ríos nacidos a borbollones y entre las piedras "fatigadas" que son príncipes incas víctimas de algún conjuro (todo el mundo lo sabe en la localidad) transitaron los hombres de mi sangre con espuela de oro. Todo es ahí

leyenda, romancero de sangre y yaraví, pero también todo es recuento de insignes hechos y despilfarros de energía. La única santa de América se coronó de espinas en tal barrio de mi ciudad. En Tacna, en casa de mi abuela, firmó Bolívar en un ejemplar del Quijote la orden burlesca y tan necesaria de fusilar al Caballero de la Triste Figura para que ningún peruano lo imitara jamás. Antes de que existieran vamps y flappers, la Perricholi obsede la imaginación del mundo. El Eldorado es tierra peruana y la amazona de pecho cercenado para mejor apoyar el arco es paisana nuestra y el árbol de la coca que extiende sus raíces hasta el mismo infierno, según el libro primoroso de un fraile, ha difundido en el mundo su suavidad lenitiva o funesta. Pero ¿a qué seguir? Nos llevaría muy lejos una simple enumeración de prestigios peruanos.

Todo lo cual lo hemos recibido en herencia conjuntamente y la patria es esto: un caudal de gloria administrada en común. La define Fichte como un conjunto de hombres que viven en sociedad y se crean a sí mismos, por sí mismos, espiritual y naturalmente; y obedece este conjunto a una ley de desarrollo especial y cierta de la Divinidad. Pero su más profunda y conmovedora explicación de la patria es cuando la pinta como una manera de continuarnos, como una inmortalidad para los que vamos a morir, como una manera de colocar el cielo en la tierra. Todo espíritu que haya sentido patéticamente la brevedad de la vida y el ansia oscura de sobrevivir, aspira a esa inmortalidad que sólo puede dar la patria, la patria que continúa cuando nosotros vamos a morirnos. Así explica Fichte el entusiasmo de los romanos por su Roma. Su firme creencia en la inmortalidad de la urbe magna les daba la sensación personal de perpetuarse asimismo en los siglos. Comprender la patria como sostén y garantía de la eternidad aquí abajo y como todo lo que puede ser eterno aquí abajo ¿hay más religiosa y profunda manera de peruanizarse, amigos míos?

Infeliz del que al envejecer no ha sentido, fuera ya de todo culto explícito, de toda confesión, esa religiosidad de la patria donde duermen los padres y los abuelos y todo lo que explica nuestro efímero ser. "Patria nueva", dijeron aquellos infatuados que le ponen al universo la fecha de su propio nacimiento; patria vieja, dijimos otros, orgullosos de su vejez ancha y con sombra para muchos, como esos árboles de la Libertad que los revolucionarios de Francia plantaban en cada plaza de villorrio.

También a Fichte, maestro de clarividente patriotismo, acudiremos para deslindar lo que debe ser un pueblo y lo que debe evitar un pueblo. "El destino verdadero de la raza humana en la tierra es desarrollar en toda libertad lo que ella es original y personalmente". Hace falta, pues, "aislar" los caracteres específicos de un pueblo para saber cuáles son éstos antes de tratar de mantenerlos. Con otras palabras, es menester investigar los rasgos espirituales de un país a través de las fatalidades de la historia y la sangre atendiendo siempre a sus Andes y a sus vértebras, es decir a los hombres que fueron sus amautas, sus Arieles y sus Quijotes, desconfiando a ratos de lo que el gran alemán llamaba "la nación vulgar que se contenta con comer y dormir". Es necesaria esta nación vulgar como la tierra crasa y emporcada donde medran las rosas pero el espíritu siempre ha de modelar la grosera materia.

Tal anuencia a nuestra fatalidad de peruanos, tal desarrollo de nuestras facultades peculiares de peruanos debiera comenzar urgentemente por la aceptación mera y simple de que somos un pueblo mestizo donde el blanco, el indio y el negro han entrado históricamente en proporción desigual pero constante. ¿Dónde el blanco puro si no es hijo de europeo recién llegado? ¿Dónde el insensato para jurarnos que en ese aluvión de sangres de nuestra historia no quedó interrumpida la consabida y ridícula "pureza de sangre" con el injerto clandestino de algún yanacona indígena o del esclavo negro y favorito?

Amigos míos, que el tener sangre india en las venas no sea objeto de esnobismos de última hora pero que también la tez cobriza no sea motivo de vergüenza y encogimiento. Destruyamos para siempre este complejo de inferioridad *que todavía existe* y fomenta odios y es el secreto de nuestras querellas políticas.

Aceptar una fatalidad es una forma de patriotismo inteligente pero burlarse de ella puede ser también escupir al cielo: González Prada escribía una vez que quién entraba en un salón de Lima saludaba a todas las razas. ¿No le dolió la mano al trazar con el corazón ligero esta frase impía? ¿No advirtió el insensato que el secreto íntimo del Perú estaba ahí, como visible y sangrando en esa obscura y difícil conjunción de atavismos? ¿No se estremeció de congoja al pensar en ese flujo contradictorio de encontradas vendimias donde fermenta nuestro vino futuro?

Porque la sangre —Gobineau lo sabía— cambia radicalmente la estructura mental de un pueblo y en su admirable libro sobre los Estados Unidos, André Siegfried nos refiere cómo bajo la bandera estrellada, y merced a tan diverso concurso de emigrantes latinos (italianos, españoles, portugueses) la gran república sajona se transforma químicamente a tal punto que su mentalidad coincidirá quizás un día con la nuestra. . .Pues ¿no propone un negro yanqui, con sesudas razones, organizar metódicamente el cruzamiento hasta llegar a un yanqui de más oscuro pigmento, hombre sintético de dos razas tan dueñas, una como otra, del mismo predio? (Siquiera entre nosotros el indio puede recabar derechos de antigüedad).

¿Seremos un día, de Norte a Sur, los Estados Unidos de la Latinidad? Para meditarlo, hemos afrontado ya en otro capítulo de este libro la conjunción peruana de los tres reyes magos, Gaspar, Melchor y Baltazar.

Sonriendo pues o maldiciendo de las consabidas purezas

de sangre “por los cuatro costados”, acabando en fin con prejuicios heredados, aceptemos, amigos míos, la evidencia de una patria de tres colores que se fundirán en uno solo. Tres almas luchan entre sí con todo lo que trajeron de allende el mar o de allende los siglos. Es y será Perú viable el que armonice tales estridencias antiguas cuya música resuena a veces en nuestra sangre, es natural que resuene, amigos míos, como una sorprendente algarabía de guitarra española, flauta indígena y fúnebre tambor. Tenemos que poner de acuerdo a tantos dioses emigrados o aquí nacidos: Nuestro Señor Jesucristo, Pachacámac y el ídolo negro de horrenda máscara. Pues si haremos y ya hemos visto cómo la vida ensambla lo que no parecía poder juntarse nunca. Patria es ésta y admirable puede ser por lo mismo que despeja tres incógnitas.

En suma, cabría aconsejar lo que parece ocioso pedir a los jóvenes: una confianza infrangible en el propio destino si no los aguardaran como una tentación de la pubertad los libros que han hecho tanto daño. Obras admirables y funestas de Manuel González Prada cuyo proceso sentimental inicio en otro capítulo de este libro.

El contenido espiritual de ese conglomerado de razas dispares y tal vez antagónicas nos servirá siquiera para saber lo que será el Perú venidero (Indio sedentario y apático, español andariego y voluntarioso; indio triste que se va a su montaña a modular yaravfes, negro petulante y reidor que está buscando un cajón para redoblar su alegría frenética). Recorramos juntos ese pasado extravagante.

¿Cómo se forjó históricamente todo esto, es decir desde cuando la idea de patria que fué tardía en Europa misma, comenzó a despertarse entre nosotros? Recordemos con Fustel de Coulanges, que el verdadero patriotismo no consiste en el amor al suelo sino en “el amor del pasado, en el respeto por las generaciones que nos han precedido”.

Sentimentalmente, el concepto de patria se fué formando en el Perú por oposición oscura y progresiva a la Madre Patria. La historia profunda de la Colonia durante el Virreynato, la historia que no está escrita en documentos oficiales ni aflora a la superficie de la vida social es el lento desapego a la España que nos fundó. Digamos clara y terminantemente que el peruanismo comienza por ser antiespañolismo. Eso sí, antipatía disimulada y vergonzante. Razón por la cual es tan difícil huronear desde cuándo el criollo, vale decir el español del Perú, mestizo o no, comenzó a sentirse peruano.

Para mí, empieza este desapego muy temprano cuando España se muestra injusta y muy ingrata con esos hijos suyos que partieron quijotesicamente a la conquista de la ínsula de América. Leed en nuestro Concolorcorvo, la melancolía decepcionada del Conquistador cuando regresaba a su tierra vieja que no lo comprendía y retornaba entonces al Nuevo Mundo, decepcionando, a morirse. En otro ensayo he expresado, valiéndome sobre todo del testimonio de Vargas Machuca, la melancolía del Conquistador que se sentía extranjero en su patria. Si llega a España opulento, le salen a porrillo parientes y amigos dispuestos a merendarle la hacienda; si no es manirroto o si vuelve con escaso caudal, todo el mundo se burla del "pobre caudillo". Eso sí, indigente o millonario, sus paisanos le miran pasar con sorna envidiosa. Es ya el *indiano*, el hombre excesivo, tal vez maniático, que se fué a las Indias, tan lejos, Virgen santa. Parece un personaje descabalado como esos esgrimistas y quirománticos de quien se burla donosamente el buscón don Pablos. Entonces la brusca fatiga española, esa pausa en su antigua y desmesurada voluntad de poderío, le dan razón al pícaro contra el héroe, al sacerdote Las Casas contra el soldado Vargas Machuca. Una vasta y taimada conjuración de clérigos que encabeza don Baltazar escribe a España "con plumas ensangrentadas" como dice nuestro Concolorcorvo, para echarle un baldón definitivo al héroe de

América. Ahora bien, los manuales de historia universal y las naciones enemigas de España, Inglaterra y Francia que fueron sus sañudas rivales, transmiten a los siglos venideros una caricatura del hombre animoso y espléndido que conquistó América sin que sirviera para nada su despilfarro de energía...

Claro está que en la desavenencia de España y América, todos tenemos la culpa. La desconfianza suele ser recíproca. Durante el coloniaje, mis paisanos se burlan del chapetón como se llamó muy pronto a los españoles recién llegados al Perú; en España, aun cuando haya sido héroe en las Indias, el *indiano* y sobre todo el perulero eran objeto de la malicia pública. Epigramas y comedias lo atestiguan. Quevedo nos dice no haber hallado un criollo liberal, es decir generoso. Más tarde conviene recordar la pasión y muerte de nuestro paisano Olavide, favorito del Conde de Aranda, motejado con el nombre burlesco de don Guindo Cerezo (Poseo varias copias de esta biografía satírica de Don Guindo a quien quisieron tan mal en la España vieja por afrancesado y por indiano).

No parece, en todo caso, sino la continuación de la antigua malquerencia a descubridores y conquistadores que origina el primer resentimiento. Caló muy hondo Don Miguel de Unamuno cuando afirmó que los Quijotes partían y los Sanchos solían quedarse. Después, como en toda empresa colonial, los réditos del heroísmo primero los reciben otros. El éxito, los honores, los dineros se los granjearon los funcionarios a costa de los héroes un poco ingenuos que habían vivido peligrosamente en el arenal, la puna bravía, la ciénaga palúdica. No hablamos aquí de los conquistadores famosos, sino del conquistador mediano, del sinnúmero de hombres admirables y oscuros que por razones mil y a veces por la prodigalidad misma de la raza no llegaron a prosperar. Empobrecido y viejo como nuestro Francisco Jerez, el conquistador pide permiso al Rey para volver a las Indias trayendo aquí la levadura del futuro fermento. En el mismo Gonzalo Pizarro observo

esta oposición sentimental a la corte de Madrid.

Puede asegurarse que en el Perú colonial cada generación iba alejándose de España a despecho de todas las reverencias y pleitesías de Lima al virrey que llega o que se va. Concolorcorvo nos refiere, a mediados del siglo XVIII, la anécdota de ese anciano de noventa años, muy chapado a la antigua, que vitupera contra todas las cosas del país exaltando las de la Península de tal suerte que su biznieto le observa que no le falta otra cosa sino decir: "la hostia de España es mejor que la consagrada aquí". Y respondió el longevo sin titubear: "Sí, biznieto, porque aquellas hostias son de mejor harina".

Por esos tiempos, Ulloa y Jorge Juan se asombran de tal desamor que los Reyes no comprendían. Y cuando se produce la explosión de savia y de canto que es la Independencia, fácil es advertir las raíces podridas que los observadores superficiales no supieron escudriñar. Cuando en el siglo XIX un complejo de rencor, como decimos hoy, se extrema en algunos grandes escritores peruanos, un Vigil, un González Prada, enemigos rabiosos de todo lo español, fácil es querer atribuir a simples causas económicas y a pretericiones de empleos públicos ese resentimiento congénital que así perdura en América hasta hacernos injustos. Nadie escapa a ese estado de alma porque el blanco y el indio, por lo menos el mestizo, sufrieron juntos del desdén español a todo lo ultramarino.

Nuestra generación me parece adoptar una actitud ecuanime y justa con España. Ni pretende ser, como el mestizo Ricardo Palma, un clásico español en América ni afirma como el blanco y rubio González Prada que España es sinónimo de intolerancia y decrepitud. Nuestra generación comienza por interpretar la guerra de la Independencia como una guerra civil. A la versión de una conquista feroz de soldadotes ebrios y codiciosos que extrema su injusticia fulgurante en algunas páginas del genial cubano José Martí (*Madre América*), opone más justa interpretación de la realidad histórica reviviendo

mentalmente las condiciones de tiempo y de lugar en que padeció el conquistador. Y no sólo nos parece falsa y antojadiza la visión del pasado propalada por tantos años, no sólo discutimos que ese veredicto interesado lo impusieron otros pueblos rivales, sino que nos parece desdoloroso maldecir a esos abuelos magníficos de quienes debemos, por el contrario, ufarnos. Españoles o indios o las dos cosas a la vez —que es lo más corriente— no nos corresponde a nosotros denigrar una historia magnífica sino aceptar la convergencia en nuestras venas de dos pasados extraordinarios: el Perú es esa transfusión de sangre que será bueno extender a un país donde existen dos millones de indios puros. Contra todas las ideas reinantes sobre el mestizaje fundamos una terca esperanza en el cholo, es decir el mestizo cuando no se avergüence de serlo ni crea íntimamente que el blanco es de “raza superior”.

Así pues, nuestro nacionalismo podado, escamondado, acepta la patria como una herencia, sin beneficio de inventario. De ninguna gloria extinta renegamos, ni del fraile español que trucidaba indios con su crucifijo de bronce ni del indio José Gabriel Túpac Amaru que quiso extirpar a todos los españoles ahuyentando, como él decía, “a tanto ladrón que nos roba la miel de nuestros panales”. Alguno de nosotros proponía ya hace veinte años una cátedra obligatoria de lengua quechua en la Universidad de San Marcos para entendernos con nuestro indio.

Tampoco pretendimos escamotear el doloroso problema étnico de este crisol de razas en una soledad tropical. Porque no creemos en milagros psicológicos ni en la mirífica virtud de una nueva constitución y un pronunciamiento para enmendar taras congénitas, quisimos preparar, cada cual a su manera, con actos o con libros, esa patria futura, previsible como una isla del océano que ha de levantar un día al sol naciente su nocturna acumulación de madréporas. ¿Cabe acaso modificar en nuestras venas la sangre de los tres reyes magos

que hicieron converger aquí su estrella zozobrante? Nietos somos —a mucha honra— del español encomendero, del indio sojuzgado y del africano cimarrón. ¿Cómo armonizar tan dispares atavismos, cómo rezar juntos el rosario de la concordia en el más singular pesebre de las natividades? No creemos en razas inferiores ni dudamos un punto de su amalgama coherente. Y va más lejos la temeridad de nuestro amor. En ese conjunto de maneras de sentir y de enfocar la vida, que constituye una civilización, ninguna divergencia nos estorba y nos sobra. Como los fundadores de la nacionalidad fabricaban la iglesia católica sobre los sillares del Templo del Sol, también confundimos deliberadamente sagrarios y coricanchas. En el escaparate de nuestro Museo queremos el huaco silbador junto al chapín de raso de la antigua limeña.

“Los hombres sienten en su corazón que son un mismo pueblo cuando tienen una comunidad de ideas, de intereses, de afectos, de recuerdos y de esperanzas. He aquí lo que hace la patria y la patria es lo que amamos”. Nada puede añadirse a esta perfecta definición de Fustel de Coulanges que corrige y humaniza el misticismo patriótico de Fichte.

*

* *

Nos refieren Tschudi y Rivero un hallazgo del general francés Paroissien a comienzos del siglo XIX. En un cementerio de indios sobre el pecho de una de esas momias lamentables que nunca pude mirar sin zozobra íntima, vió aquél posada una flauta de piedra. Era una huayrapuhura de ocho carrizos, uno más que la siringa de Pan. Allí sabían tocar nuestros indios —dicen con rara pertinencia los autores citados— “cantos que llenan el corazón de deseos inciertos e inefables”. Es inusual empero que a los muertos del viejo Perú los acompañe en la tumba un instrumento de melodía. Por lo general

están rodeadas las momias de granos de maíz, de agujas para reparar el manto en la ruta, tal vez de ingenuos juguetes destinados a consolar a los niños para que no estorben en su viaje al lago natal, hacia aquel paraje a donde nadie puede encaminarse como decía el Dante, con la intención de regresar (*per intendimento di ritornare*).

¿Por qué esta momia flautista me conmueve más que todas las otras admiradas en mis largas peregrinaciones a los museos, por qué me siento solidario con ese poeta de los milenios que quería, apenas recobrada la luz del sol, llevarse a los labios el canuto sonoro?

Probablemente este indio nunca supo bien otra cosa que expresar ahí su alma llena de deseos inciertos e inefables. En el gran imperio monocorde donde los incas mismos se reservaban la coca para evadirse, fue aquél un humilde poeta, un cantor con su melodía. Han pasado siglos y otra vez pelagra, como en el Perú de los Incas, el individuo. Un universal determinismo, una convergencia de apetitos huraños parece cernirse sobre este pobre mundo donde ya no caben la libertad, la gracia, la indolencia del soñador, todas las cosas antiguas que dieron tanto precio a la vida e hicieron tan ingrata la muerte¹. Por eso, como aquél indio flautista con las manos enclavijadas para la postrera súplica, yo quisiera hacer posar un día sobre el pecho inerme, mi porfiada flauta que atestigüe más tarde a un poeta futuro del Perú, la protesta de mi alma insu-misa y la continuidad de la melodía.

PLEGARIA ANTE UN HUACO PERUANO
(Fragmento)

Deidad que estás soñando con los ojos abiertos y las orejas tan anchas en la curva de barro negro, para escuchar

(1) Escrito en 1935.

mejor. Tu pasado y el mío, con sus expoliaciones sangrientas y todos los altibajos de mi raza mestiza, quiero evocar contigo esta mañana para acendrar mi pena y mi castigo, Idolo de barro negro que estás soñando con los ojos abiertos.

Te has vengado, en fin, Pachacámac, la victoria definitiva es tuya, Huiracocha. Aquél fanático fraile tan ufano de extirpar tus imágenes en los confines de mi tierra, nos parecería hoy un enemigo público. Aquellos españoles cejijuntos de los retratos no reconocerían a sus nietos y sus hazañas refrendadas en las historias, se nos antojan cosas de Merlines y encantamientos.

Porque no sabes tú en cuantos siglos fue forjándose aquel orgullo nuestro, el más ancho bajo el más vasto sol. No imaginas cómo fueron esos abuelos. Ninguna estirpe ahíta de victorias y estragos, ni el hoplita que venciera a Alejandro ni la falange triangular bajo el ala aquilina de Roma ni los reyes asirios de las barbas en punta que iban en carros tirados por leones, nadie lanzó, por siglos y por mundos, por tierra nunca hollada y mar invicta, tal grito de júbilo inhumano. Una estirpe de dioses nacía otra vez en diversa orilla del Mediterráneo. ¿De cuál conjunción de almoravides con la cepa madurada en peñascos fué surgiendo, a través de la pelea vitalicia, el milagro de esa energía sin piedad? ¿en donde no hemos peleado y sucumbido? La Historia, nuestra historia, parecía una mitología plausible y más cercana, un combate de centauros y lapitas en la metopa de los milenios.

Nadie fue más grande que España y más jactancioso que España. Todos éramos "tan hidalgos como el Rey, *díneros menos*". Cualquier plebeyo, si consideramos que los hubo en esa raza de capitanes, cercenaba en la cola del caballo agareno el irrisorio letrado de "Ave María" y con la sangre aún caliente del vencido pintaba el Rey un blasón. Todos trajimos el nuestro a la extratante aventura de América.

¿Qué oscura zozobra, qué embrujada fatiga, que maldición local nos abruma repentinamente en la tierra del oro?

Allí cerca están, meciéndose, las carabelas de nuestro orgullo con sus antenas siniestras como cadalsos que tantas veces lo fueron. Por aquí pasa en las andas del cacique, con sus botas de potro y carcajeando, el abuelo borracho que jugó en Flandes la espada y la camisa.

Ay, algún sortilegio opera ya en nuestras venas. Cansancio, melancolía, cosas del diablo Supay y de sus brujos, filtros bebidos en la chicha que amañaron mujeres de media sonrisa. Ya aceptamos esas indias blandas y ariscas como vicuñas que se disputaban la gloria de ser nuestras barraganas. Ya llevamos el jubón negro de los hidalgos que están de luto por la vida, como el Conde de Orgaz. Una religión de miedos y tinieblas nos mella el ánimo. Como en la Tierra Prometida, queremos descansar de la furia de los amalecitas. Los cruzados de ayer, los matamoros, los reyes de espada y basto, los favoritos de la victoria implacable en las más altas ocasiones de los siglos, se transforman en encomenderos tristes que encontraron el cuerno de la abundancia.

*Y el valor español que antes veías
hoy reducido se halla a monerías*

(Caviedes)

A nuestras compañeras de color les hallamos ya la gracia de las gitanas y en su regazo humillado nos consolamos de que España esté lejos. Todo nos pasma aquí, todo nos embarga las potencias del alma. En las tardes friolentas, cuando las llamas pasan ondulando en las punas y erigen los cactus sus candelabros, ya no somos los mismos. Una suavidad penosa y nueva está en la quena nocturna, en el vuelo hediondo de los buitres sobre los geométricos terraplenes andinos y en esa misa de luna sobre el altar de los Andes nevados.

Somos hijos del sol y de la luna, pero ya predomina en nuestras almas el influjo de Madre Killa. Solo quien no ha visto la noche americana con su velludo de Virgen milagrera so-

bre quién arrojó diamantes a puñados la gratitud del feligrés —solo quien no ha visto en la sierra la noche peruana puede sorprenderse de que estemos atentos a ese drama celeste donde nacen y mueren mundos, surgen y caen luces desvaídas, se cruzan mensajes súbitos. De una raza de matamoros sale y prospera una progenie de poetas románticos— y a tu sangre debemos esa alquimia triste. Idolo de barro negro que estás soñando con los ojos abiertos. Tu nieto es un poeta abandonado, en la ribera terrestre que ya no sabe si la noche está arriba o en sí mismo, si son angustia o consuelo aquellas teas vagabundas.

*

* *

Te has vengado, en fin, Pachacámac; la victoria definitiva es tuya, Huiracocha. Si la canción de Manrique se parecía al yaraví, la nuestra es más quejumbrosa todavía. Después de Bolívar, que parece español por la voluntad, nuestro más preclaro genio es el indio Rubén Darío.

Te pareces a mi maestro Rubén, ¡oh! Vengador! que también fuiste víctima. Antes de conocer a mis abuelos gozabas de la paz, visible en el estrabismo de tus ojos oblicuos. Mirando tu retrato en los huacos, nos conmueven tu alegría redonda y pacífica, tu vientre lleno de maíz, tus dos manos concertadas para elevar al cielo o a los labios —ofrenda y sedativo— la suave copa de chicha. Tus orejas son de elefante, por tu manto gotea la lluvia de Pachacámac. Sólo querías seguir soñando con la mirada fija en tus nieves eternas, cuando bruscamente vinimos a la plaza de Cajamarca, la centella en la mano, para acabar en tres siglos de rapiña con el macizo imperio de oro.

Ahora todo ha pasado con el chisporroteo de las estrellas errantes sobre los Andes. Y en el paraíso caliente o en la

puna glacial, tus nietos despavoridos estamos tratando de forjar en la tierra y en nuestras almas una alegría nueva, un orgullo menos inhumano que el de España, una reconciliación alegre y tan difícil en nuestras almas mismas. Un Perú en fin que sea también tuyo, ¡oh Idolo de barro negro que estás soñando con los ojos abiertos!

APENDICE

Cuando esbozaba este libro, pedí a todos mis coetáneos que ensancharan mi proyecto volviendo atrás la mirada como yo, para decir nuestra juventud. Probablemente muchas cartas —mías o ajenas— se perdieron. Publico a continuación todas las que entonces me llegaron.

V.G.C.

Montevideo, 4 de agosto de 1934.

Mi querido Ventura:

Contesto muy cordialmente su carta. Los datos que a mi se refieran constituirán apenas una información de cuentagotas. No he sido sino periodista y versificador en mis país, y periodista, versificador y catedrático de ocasión en la Argentina. He dirigido, en Lima, "Actualidades", "El País" (con José María)¹, "El Perú" y "La Prensa". Unica virtud que me reconozco en el periodismo: mi independencia de los partidos y el olvido de mí mismo para luchar contra los malos. En la Argentina, redactor de "La Nación" por once años consecutivos, los cuatro primeros como editorialista y los últimos co-

(1) José María de La Jara y Ureta

VENTURA GARCIA CALDERON

mo redactor al centímetro y jefe de servicios internos del diario.

Versificador, autor de un libro "Todo es amor", con tres ediciones argentinas.

Mi actividad más fecunda en la Argentina, y más ignorada fuera del medio mismo en que se desarrollara, fué la de catedrático. Llegué a tener cuatro cátedras, máximo permitido por la ley. Gané dos de ellas en concurso. Y eran una de Castellano, dos de Elocución y una de Historia de la Literatura Americana. Tomé parte durante esos once años de docencia en innumerables actuaciones literarias en Buenos Aires y en todo el norte argentino. En los últimos cuatro años dormía exactamente cinco horas diarias por falta absoluta de tiempo.

He ahí todo.

Lo abraza efusivamente,

(firmado) Luis Fernán (Cisneros)

Sr. Ventura García Calderón,
3, rue Nicolas-Charlet, Paris.

EMBAJADA DEL PERU

Buenos Aires, Noviembre 20 - 1935.

Sr. D. Ventura García Calderón, Bruselas,

Mi querido Ventura:

Sus muy atentas las recibí cuando me encontraba en Lima, durante el verano último. Las agitaciones de esos días superaron a cuanto pueda imaginar. Después de quince años de

ausencia, cuatro meses en tierra nativa y hogareña, dejan en el espíritu la sensación deslumbradora de un instantáneo lampo de luz en la negrura sin fin de una noche en la pampa.

Sé que ello no excusa mi prolongado silencio; pero es, querido amigo, que para quienes vivimos diariamente un torbellino vertiginoso de impresiones, recuerdos, inquietudes, angustias, incurables nostalgias de las cosas de los tiempos apacibles y casi patriarcales de nuestra Lima del novecientos, agregado al entrevero de múltiples emociones inherentes a esta representación diplomática, derivadas del apasionante empeño de poner en paz a dos naciones que se desangran en el Chaco, o de la necesidad de ajustar acuerdos, en conferencias internacionales, para fomentar prosperidad comercial en las relaciones de 21 países americanos; más las mil actividades dispersas, incoherentes, y hasta contradictorias de la vida en Buenos Aires, el tiempo no transcurre; se pierde la noción de los días. Parece ayer, y ha pasado un año; parece un año, y se ha vivido la vida entera; o mejor dicho, la vida nos ha vivido, sin darnos cuenta; nos ha comido todo entero, reemplazándonos el alma por un enorme manojo de decepciones, encerrado en un carcaj forrado en cuero viejo, arrugado y enjuto. Eso somos.

No es que se pasa la vida “amarrando el macho” lo que me ha impedido escribirle; es que el macho del tiempo nos amarra, nos patear, nos abrumba. Se vive demasiado de prisa, añorando reposo, y ática ociosidad, que nunca llega.

No sé en que habrán quedado sus felices proyectos de redactar y publicar lo que en tiempos de Góngora se denominaría “*alegato apologético de nuestra generación*” como réplica a los desmanes y truhanerías de los que vinieron después, renegando de todo, estropeando al Perú con la brutalidad arrolladora con que un rebaño de bisontes, o de vacunos cornudos, transforma la bella pradera en fangal revuelto por el piafar de las pezuñas.

Nuestra generación estuvo muy bien orientada, desde sus primeros pasos. Nacimos en la ruina de la guerra del Pacífico; vivimos nuestra infancia en la miseria; nuestra juventud, asimilando la experiencia recogida en la amargura del desastre nacional; fuimos severos, discretos y parcios por indigencia, y por reacción educadora; y de tanta nobleza espiritual que, a pesar del resentimiento que pudimos guardar hacia aquellas generaciones de cuyas manos recibíamos, como patrimonio nacional, grandezas perdidas y palacios en escombros, tuvimos muy alto y justo sentido de comprensión; supimos penetrar en la gestación histórica de nuestro infortunio, y ver con plena claridad que la Patria es una totalidad de fuerzas integradas por los siglos, en cuya corriente tumultuosa se diluye la responsabilidad individual de una generación. Si nosotros, surgidos como parias de una nacionalidad en ruinas, tuvimos tanta comprensión bondadosa, subleva ciertamente el espíritu la inaudita mezquindad de la generación que nos siguió; nacida en plena holgura nacional feliz, en la alegría de la prosperidad pública y privada; y no debiéndonos pretexto alguno de rencor, ya que no cometimos ninguna imprudencia, ni vivimos disipaciones culpables. Más todavía, asombra la petulancia injustificada de esa gente que nada hizo por el país; porque si algo se conoce del Perú en el mundo, capaz de redimirlo de la oscuridad y de la barbarie en la opinión de otros pueblos, es debido al meritorio esfuerzo de nuestra generación. Porque ¿qué han hecho ellos sino desprestigiar al país, procurando demoler en el extranjero toda reputación y todo prestigio de personalidades peruanas? Yo también, querido amigo, me encolerizo cuando pienso en estas cosas. Pero, calma; el odio en que viven es, contra ellos mismos, el mejor veneno que los corroe y destruye.

Me pide Usted datos biográficos. ¿Qué puedo decirle, mi querido Ventura, que Usted no sepa?

He luchado mucho; he sufrido el deshojar constante de

todas las ilusiones acariciadas en nuestra vida universitaria; algo así como doloroso y continuo arrancar de pétalos que han transformado lo que antes fuera bella corola, en caliz amargo, escueto, marchito, que a duras penas se columbra sobre el tallo que declina.

En la atropellada corriente de los años, barranca abajo, he bregado por remontar la vida, procurando, sin éxito, tirar el lazo de los domadores de potros desde lo hondo de la quebrada hacia arriba, con intento de lacear algún árbol clavado en la ribera que detuviese mi caída en el torrente.

Magullado, golpeado, arrastrado, casi náufrago, he llegado al remanso de los 50; edad de cavilosa placidez, del despertar de madrugada, todos los días, pensando que lo mejor de la vida ya se fué; que alguna mañana no despertaremos más, sin que ello signifique para el mundo indiferente, la alteración siquiera de un segundo en la palpitación imperturbable de las 24 horas de aquel día, iguales a las de todos los días.

Tengo en mano el recorte que le incluyo, de un libro publicado por el profesor de la Universidad de Stanford, Percy Martin, en donde hay algunos datos referentes a mi labor. He publicado, en diversas ocasiones, muchos artículos sobre aquello que cautivó mi atención. Estudios sobre temas históricos, literarios, económicos, jurídicos, políticos.

He hecho escuchar mi voz en todo país sobre el cual he peregrinado.

Las universidades americanas de Columbia, New York, George Washington, Buenos Aires, Montevideo, Lima, se interesaron en mis conferencias y lecciones públicas de Historia de América. Los congresos Panamericanos de Montevideo y Buenos Aires aprobaron, por unanimidad, iniciativas mías concernientes a la Organización Internacional del Comercio Americano y la creación del Instituto Interamericano Económico Financiero.

Procuró, actualmente, poner orden en mi producción in-

VENTURA GARCIA CALDERON

telectual, desordenada y dispersa. Tengo en preparación tres libros que espero publicar el año entrante.

Va por adelantado, al correr de la pluma, una relación de mis trabajos:

“Reforma de la Instrucción Pública en el Perú” - 1919;

“Vida Intelectual de la Colonia”;

“La Doctrina de Monroe”;

“Crítica del Panamericanismo”;

“América Latina ante la Crisis Mundial”;

“Organización Internacional del Comercio en América Latina”;

“Estudio sobre Ricardo Palma”;

“Estudio sobre Manuel Pardo”;

“La Argentinidad en la Literatura Hispanoamericana”;

“Crítica de la Enseñanza de Historia de América”;

“El Espíritu del Perú Virreinal”;

“Lima de los Reyes”;

“El Perú de Hoy”;

“En la Brecha” – (Colección del periódico “La República”).

No sé si llegarán muy tarde estos datos; si así fuese; ¡qué le hemos de hacer! Tiempo habrá de subsanar la omisión. Espero vivir todavía muchos años más. No morir sin haber tenido siquiera ocasión de escapar a la eterna tortura de la zanja común del olvido, donde son arrojados los que mueren en estado de mediocridad.

Con un abrazo, mi querido Ventura.

Su muy affmo amigo

(firmado) Felipe Barreda Laos.

LEGACION DEL PERU

México, 20 de julio de 1934.

Sr. Dr. Dn. Ventura García Calderón, Paris,

Mi querido Ventura:

Muy grata sorpresa me ha dado la recepción de su afectuosa carta del 28 de junio último.

Lo felicito por su propósito de publicar un libro sobre nuestra generación y espero que los innegables merecimientos de ella sean justa y bellamente realizados por su magnífica pluma.

Son exactos, según mi recuerdo, los datos biográficos míos que contiene la edición de 1921 del Diccionario de Paz Soldán; pero hay que ponerlos al día. Es, pues, cierto que nací trece días antes que Ud. —en algo había de precederlo— y también que soy tataranieta del General don Manuel de Belaunde y Obaldía, vasco de Alava, Corregidor de Arica, de quien es Ud. *chozno*, como bien lo sabe. Las hojas que van adjuntas completan la información que desea Ud. respecto de mí.

Lamento no tener aquí datos completos respecto a “la vida y milagros” de mi hermano. Ha hecho Ud. bien en pedirselos directamente. Entiendo que llegará a Bogotá antes del 29 del actual.

El libro de Lozano y Torrijos sobre el funesto tratado que suscribió con el hebreo Salomón, se imprimió acá efectivamente en la editorial “Cultura”; pero no ha circulado en México un solo ejemplar. Con gran esfuerzo pude conseguir el único que conservaba el impresor en su archivo para mandarlo a la Cancillería. Si hacerle formal ofrecimiento, trataré de conseguir alguno para Ud., aprovechando de la prime-

VENTURA GARCIA CALDERON

ra ocasión que se presente.

Creo Ud. que me serán siempre muy gratas sus buenas noticias y muy satisfactorio cumplir sus órdenes en ésta. Lo abraza estrechamente su amigo afectísimo.

(firmado) Rafael Belaunde.

P.D. Tengo el gusto de enviarle un recorte del artículo que a iniciativa mía escribió Rafael Heliodoro Valle en "Excelsior" el día del Centenario de su ilustre padre, cuya memoria, venerada por todos, lo es especialmente por mí y los míos. También le mando copia de mi discurso, al incorporarme a la Academia de Legislación y Jurisprudencia, en el que tuve la honda satisfacción de tributarle mi cálido homenaje.

Egotá, 9 de junio de 1936.

Señor don Ventura García Calderón.
Bruselas,

Mi querido Ventura:

Me pide Ud. gentilmente le envíe algo sobre mí mismo y, como ya lo acabo de decir a un periódico bogotano, ésta es de esas incomodidades gratas que no pueden evadirse, sino a riesgo de pecar de vanidad. Una especie de autobiografía sin chismes y sin estridencia es difícil que resulte interesante, pero Ud. me la pide y al correr de la máquina se la envío, sin pretensión y sin modestia a la vez.

Me inicié en la vida intelectual desde muy niño, haciendo muy malos versos a los once años, lo que he recordado en una de mis composiciones. Malos y todo, esos versos hicieron llorar a mi madre, amargo primer premio de literatura que re-

cibí en la vida. Lector desordenado y voraz de cuanto caía en mis manos, tuve una cultura tan vital como arbitraria, tan anárquica como pintoresca. A los catorce años fui uno de los fundadores de un periódico llamado "La Voz Guadalupana" en el que con Carlos Enrique Paz-Soldán, Bernardino León y León, Carlos Monge, Roberto S. Badham, José E. Lora y Lora (nuestro malogrado Lora, tan audaz y tan inteligente) reincidí en lo de los malos versos. Ya desde entonces por una tendencia curiosa de mi espíritu fui más escritor y poeta de patio, de calleja, de esquina y hasta de *pampa*, porque hacía versos en los potreros, donde compañeros míos buscaban campo para jugar al fútbol, que de escritorio o de mesa de imprenta, y así cobré mejor fama ante mis compañeros que ante mis maestros. Me asistió siempre la manía de pensar un poco en voz alta y gustábame echar al viento mi lirismo en interminables silbos que escarapelaban a mis parientes y vecinos, y en retumbantes declamaciones de fin de siglo que yo soltaba campante, entonando mi figurilla desmedrada y casi albina entonces, en la que la única nota decorativa era una melena rebelde de broquel de pintor de fachadas. Pobrísimo, aunque lleno de luminosos y pomposos recuerdos familiares, mi contacto con los libros se hizo de prestado, pero hablantín y agrandado, frecuenté la bohemia modernista de comienzos del siglo XX y aprendí muchísimo en mi relación con escritores ya formados. Trasnochador y callejero desde mi adolescencia, fui conferencista, muy prematuro por cierto, de puertas de calles y recitador impenitente en cualquier parte, de toda clase de versos, buenos y malos, ajenos y míos. Cobré fama entre camaradas de colegio y gentes de mi barrio, ya que mis travesuras y mi instinto universalista y democrático de verdad, sin baraterías ni algaradas, y que siempre me ha acompañado, me llevaron a frecuentar las clases populares, a las que, francamente, debo mucho de lo que después me ha servido como profundo motivo estético en mis crónicas y en

mis poesías. Añada Ud, mi querido Ventura, una suave y cordial enseñanza de vejeces limeñas que una mujer encantadora y adorada, me ofrecía graciosamente en todas la veladas, y tendremos el fondo del cuadro donde mi espíritu ensayó sus alas.

Cuando ingresé a la Universidad, allá por el 1902, cuando ya Francisco García Calderón apuntaba una sorprendente madurez, mis aficiones eran definidas, aunque algo vago y débil mi bagaje; y a riesgo de sufrir algunas dulcísimas reprimendas supe unir la vocación intelectual al vitalísimo empeño de volar cometas en los techos, trompearme en los zaguanes de las casas, escaparme en las madrugadas para ayudar a poner cadenas y quitar sueños para el paso de las procesiones de mi barrio, y componérmelas para atisbar jaranas de mediopelo, con pianito, vihuela y cajón y hasta para concurrir a esos bulliciosos y coloreados bautizos de cometas con rociadas de pisco y exhalación de cohetes. Y, más allá todavía, tuve huérfano de padre desde los ocho años, una madre dulcísima, marfileña de rostro y blanquísima de alma que sabía contar leyendas y tradiciones, ostentosas y heroicas, con las que venían cosas viejas de las que contara también la abuela...

Viví una vida paradójica, plena de hogar espiritual y de callejera influencia; y cuando fui a la Universidad yo sabía de la vida, a la que había cobrado más de un adelanto y de la que había sufrido más de un rasguño, mucho más seguramente que la mayoría de mis compañeros. Fué en 1905 cuando, ya de modo formal, cabe contar mi iniciación literaria. Frequentaba entonces aquella plazuelita de la Recoleta que Ud. ha descrito admirablemente y en la que Ud. y Francisco y otros camaradas, tan alegres entonces, acicateaban terriblemente mi curiosidad. Creo que fue Francisco el que le llevó a Luis Fernán Cisneros, gran poeta y periodista, unos sonetos que publicó la Revista "Actualidades"; y "El Comercio", tan

parco entonces en primicias poéticas, publicó en un domingo, en que madrugué para sentir la emoción de la publicidad, mi Elegía a Recavarren. Poco antes de salir en la prensa, ya recitaba yo en cualquiera esquina, y hasta recuerdo un almuerzo ofrecido a Chocano por Francisco García Calderón en el que yo, adelantándome a mis aficiones helénicas, declamé unos versos en honor al bardo en los que aludía a los aedas. Vino después *PRISMA*, la Revista de don Manuel Moral y don Julio Hernández donde se lanzó Ud, ya sin rebozo alguno, y aun recuerdo aquellos trágicos versos míos que ilustró José García Calderón y que Ud acompañó con una prosa repujada en homenaje al día de los muertos... Y mi gran estreno público cuando los funerales de Amézaga y siempre esa tendencia, no buscaba, que encontró consonancia en los demás, que me hizo cada día más popular, no obstante la lírica vena de mi Reino Interior.

Ud. que prologó mi segundo libro, como José de la Riva Agüero había prologado el primero enfilándome noble y generosamente con Ud. y Francisco, dijo algo muy hondo sobre mí, que siempre he recordado: "lleno de un vasto ideal y urgido por cuidados menudos". Y Sassone, a la vez, cuando el triunfo de mi Canción a la Juventud, aquello de que había trabajado como un loco para comer y soñado como un alucinado para vivir. Fue en 1908, acrecido enormemente mi auditorio, cuando la Canción a la Juventud me dio la emoción intensísima de una calurosa compenetración con una masa juvenil ingenua, desinteresada y altiva en cuyo elogio y en cuyo aplauso, la esperanza de la política no ponía su sombra. Aprendí, como ya lo han dicho y lo he dicho, que sabía a gloria la incomodidad un poco toreril de ir en hombros de muchachos exaltados y generosos. En 1909, cuando en los primeros Juegos Florales que ha habido en el Perú, obtuve no sólo la flor natural, sino el primer premio, sentí que se quebraba un cristal muy fino dentro de mí, al no ver en su leve

estampa corpórea a la mujer de rostro marfileño y de alma blanquísima, aunque estaba, sí, con su peluquín de niña y su semblante dorado la Castellana de mi Reino. En aquel mismo año, “Ideales de Primavera”, atrajeron los pañuelos de la muchachada febril, alba visión de palomar en fiesta que me hadado blancor bastante para todas las sombras de mi vida. y un año después tuve la fresca audacia de echar a volar mis versos en las calles y en el Congreso estudiantil de Buenos Aires. En 1911 y 1912, Garnier publicó mis primeros libros y aun recuerdo la llegada de Ud. al Callao con el primer ejemplar que tuvo Ud. la fineza de tener a mano para con él darme el abrazo del reencuentro. Con todo esto no éramos vanidosos, por lo menos a la manera como lo suelen ser otros. Teníamos una ingenuidad netamente estética y no creíamos que los demás deberían abrir las bocas ante nosotros. Eramos a la vez entusiastas y tímidos, y hasta yo mismo que era *poeta de la juventud* —y creo que lo sigo siendo— no me llené de humos, y hasta me volví descontento un poco de mí mismo y me seguí buscando. Ante los rasguños y las inevitables rivalidades, ya que no faltaban quienes me soltaban un gallo en cada año, ni me despeché ni me crecí. ¿Qué más, Ventura? Yo sabía que mi canto, aquél que comienza: “Juventud, juventud, torbellino...”, porque eso es y debe ser la juventud, torbellino ante todo, paseaba las calles de América y se cantaba con aire de reivindicación en Buenos Aires y en Santiago, y en Montevideo, y en Bogotá, y en Quito, y en Asunción, y en Panamá, y hasta creo que en México, como si fuera una clarinada de esperanza. Usted me aconsejó en alguna ocasión que no me metiera a componer el Continente y entre su consejo y una grave enfermedad que estoy seguro de que me robó mucho de ese arranque formidable con que yo vine al mundo, me llevaron a ponerle la vieja sordina a la voz que tanto y tan alto había cantado siempre; y con las añoranzas hogareñas volvieron los temas vernáculos y se me impuso la vieja vida calleje-

ra, de barrio y de esquina y comencé a ver en torno mío. Don Ricardo Palma, como un abuelo enternecido, me regaló su pluma —honor insigne— y yo fui haciendo, sin pretensión y casi sin pulimento alguno, aquella *Lima que se va...* que tuvo tanta suerte. Convencido de la maravillosa vena de lo genuino y propio, hasta en tesis universitaria rompí lanzas por una literatura nacional y, predicador con el ejemplo, canté los temas criollos, y nacieron *El Caballo de paso* y *la Jazminera* y *la Marinera* y *el Pianito ambulante* y *la Cometa* y qué sé yo cuantas cosas más.

En la Universidad inicié el curso de Literatura Americana y del Perú y después me lance por campos arduos en que mi afición lejana y dormida por la literatura griega despertó vigorosamente. Para desgracia mía, la política me ganó un poco. Caí en ella, pero nada tengo de qué arrepentirme ni de qué avergonzarme. Fui limpiamente y limpiamente salí de ella. Pertenezco a una Junta de Gobierno que fue democrática de verdad y franciscana por su pobreza y por su tolerancia. El tiempo dirá, estoy seguro, mejores cosas todavía.

Y aquí me tiene Ud, mi querido Ventura, ya en la cincuentena, con una labor desperdigada tal vez pero efectiva, sin odios y sin temores. No he tenido suerte para poder escoger siempre los sitios ni las oportunidades. Yo hubiera hecho mucho, creo, a no haberme desmigajado tanto por la vida; pero ese ha sido mi Destino y no me quejo. He tenido muchas compensaciones, muchas, y hasta los que a veces han querido hacerme daño —que no ha faltado ni podía faltar ese género en mi vida— me dieron ocasiones maravillosas para que el contraste de los buenos fuera aún más generoso y rico. Y eso ha sido todo. Pero si la vida no me hubiera sitiado con cuidados menudos, Ventura amigo...

Le estrecha cordialmente la mano,
(firmado) José Galvez.

Con su ingénita magnanimidad y la justicia de su alma ecuánime, Jorge Basadre escribía a mi hermano Francisco esta carta fechada en Barcelona (a 3 de mayo de 1934) y que, como dicen los madrileños, "no tiene desperdicio".

Querido Francisco:

Sólo hoy he leído en *El Comercio* las respuestas tuya y de Ventura a los innobles ataques de que han sido ustedes víctimas. Mi alejamiento del Perú es tal que no sé donde han sido publicados esos ataques, ni quienes los firman; y en cuanto a las cartas de ustedes, tal vez las hubiera ignorado también si no hubiese estado circunstancialmente en Barcelona Federico Mould.

Cumplo un deber al escribirte ahora. Como es de justicia, esta carta expresa mi solidaridad con ustedes. Mi voto tan sólo vale por ser yo de la misma promoción de quienes les atacan y por implicar un acto de contrición frente a juveniles necedades.

La ocupación violenta y sorpresiva de Leticia dio a la causa peruana, pese a su caudal de justicia, una posición difícil en Ginebra, más difícil aún por ignorar los diplomáticos de allí la realidad americana y por inspirarse en egoísmos nacionales con vistas a la política europea. Nadie hubiera podido hacer entonces más de lo que tú hiciste. ¿Un orador? Aquél no era un auditorio de conferencia. ¿Un político a la criolla? No se trataba de dar un cuartelazo. En una carta que te escribí en esa época creo haber empleado ya para aludir a tu misión las palabras sacrificio y abnegación¹.

(1) En cuanto a mi labor secreta de esa época como ministro del Perú en el Brasil (1932-1933) fue apreciada por el malogrado Mariscal Benavides que en telegrama honrosísimo, fechado en junio 28 de 1933, me proponía ser su ministro de Relaciones Exteriores con las si-

La cuestión de las generaciones me parece pueril en la forma en que ha sido planteada. Más tarde englobarán dentro de la misma generación a los que vivimos esta época. Hay por cierto diferencias entre los hombres de treinta y los de cuarenta años; pero en este caso concreto, más que de generaciones habrá que hablar de grupos, círculos o partidos. Nosotros hemos recibido de ustedes grandes enseñanzas. En quienes empezaron conmigo la vida intelectual, la influencia de Riva-Agüero y la tuya son innegables. Somos en cierto modo los epígonos de ustedes aunque entre nosotros algunos trajeron también un mensaje, dicho ya o simplemente anunciado. Cuando hayamos muerto todos, vendrá la otra generación —esa sí que será otra— y se verá la escoria atesorada y el oro de cada aporte y muchos iremos al olvido que siempre he comparado con un infierno pero helado.

Con la circunstancial ceguera política, la envidia ha fomentado sin duda esta emboscada contra tí y los tuyos. . . Envidia intelectual y envidia social.

Pero tal vez en nuestra tierra donde hay tanto arrebato frustrado, tanta creencia desaforada, tanta pasioncilla provincial, es piadoso pedir perdón por haber tenido éxito. Tal vez en el caso tuyo y el de Ventura, hubiera sido más estratégico recoger de la agresión solamente las alusiones al padre y a la labor diplomática de ustedes. Para lo demás. . . Que hagan con brillo y decoro veintitantos años de vida intelectual en París y que escriban libros como “Las democracias latinas de América”, “Cantilenas”, “La historia en el Perú” y entonces ya podrán discutir ustedes con ellos sin desventaja. La desventaja, entre tanto, es para ustedes.

güientes palabras. “Deseoso hacer más eficientes aún sus sobresalientes servicios a la patria y contando con su amistad para que coopere con mi Gobierno, ofrézcole la cartera de Relaciones Exteriores, seguro de ser atendido por el patriota y por el amigo. Urge respuesta. Abrazos. Presidente General Benavides”. (Nota de V.G.C.)

VENTURA GARCIA CALDERON

Respecto a los ataques a tu padre, no se me ocurre qué pueden haber dicho contra él. Si esos ataques partieran de chilenos belicosos y peruanóforos, me los explicaría.

Que Ventura me sienta también al lado suyo. Haz de esta carta lo que quieras y recibe el abrazo de

(Firmado) Jorge Basadre.

En fin los documentos que publico a continuación enseñarán muchas cosas a los que saben leer entre líneas. El primero es un artículo del Dr. Rafael Belaunde rectificando falsedades y contestando a denuestos. El segundo es un extenso artículo anónimo de La Tribuna de Lima, de martes 10 de abril de 1934.

V.G.C.

Sobre el Editorial de La Tribuna del 8 novbre de 1933.

Refutación del Dr. Rafael Belaunde
El Comercio, noviembre de 1933

Necesidad propia de cuantos se sienten incapaces de subir, es el inextinguible empeño de poner tan bajo como pueden a los demás.

N. de Piérola.

He ahí la explicación de los denuestos que me lanza *La Tribuna* por la rectificación que hice de conceptos desagradables para el patriotismo, expresados aquí en un artículo encomiástico del partido aprista peruano.

La deslealtad "de reglamento" le ha impedido insertar en sus columnas la carta que con esa finalidad publiqué en *El Nacional* de México del 11 de octubre último. Era esencial a sus propósitos ocultarla a sus lectores, para estampar sólo en el editorial conceptos aislados que, comentados artatamente, acreditarían la justicia de su crítica malévola.

Creo un deber restablecer los fueros de la verdad y por eso publico dicho artículo y su rectificación, precedidos de esta explicación, que evidencia la exactitud de mis juicios, y de la defensa personal, que no puedo omitir frente a los cargos que antojadamente se me hacen.

El texto de esos documentos hará ver por sí mismos a sus lectores si estuve o no obligado a rectificar, y si lo que me propuse y logré fué cumplir ese deber o, simplemente, cantarle loas al Gobierno. Verán también si la forma que empleé justifica los improperios de que he sido víctima.

Sin duda, todos habrán encontrado explicable el encono de ese periódico ante una rectificación hecha con los mejores honores de la hospitalidad, en un medio cuyas simpatías se creyó haber conquistado para siempre. Igualmente, todos se explicarán la inquietud que causa la presencia en ese medio de quien tiene que contribuir a un mejor conocimiento de la actualidad política peruana; pero por más natural que todo esto parezca, debo recoger cuanto se me ha dicho para no incurrir en silencio alentador de las bravatas de los que sustentan su valor y sus bríos en la cobardía o en la tolerancia de los demás, y para poner al público sobre aviso, una vez por todas, de la malquerencia que me tiene *La Tribuna*.

Dos son las afirmaciones mías que se me enrostran: la de la alternabilidad de los partidos o grupos en el poder, y la de que ningún aprista está actualmente privado de la libertad. La verdad de la primera se acredita elocuentemente con la simple respuesta a esta pregunta ¿Dónde se hallaban hace cuatro años los hombres que hoy gobiernan el Perú?... ¡En el des-

tierra!... Volvamos los ojos sólo hasta el comienzo de este siglo y constataremos cómo en el tercio de su trascurso, se han sucedido en el gobierno los demócratas, los civilistas, los civilistas pardistas, los civilistas disidentes o leguistas, los demócratas disidentes o billinguristas, la alianza civil liberal, el leguismo, la revolución que lo derrocó, el cerrismo y el régimen apolítico de hoy. Aún en el largo período de la dominación leguista, pueden reconocerse dos épocas de diferente cooperación partidarista. Que todos esos grupos formen una sola y misma oligarquía, lo crearán en la China, pero no más cerca del Perú.

En cuanto al segundo aserto, lo hice con íntima relación y referencia expresa a la ley de amnistía, dictada en agosto último. Mal podía atribuirme el derecho, que nadie tiene, de extender sus efectos, precisados claramente en su breve texto, hasta las esferas propias de la ley de *indulto*, que es lo que se requiere jurídicamente en los casos que se enumeran para contradecirme.

Aquello de que me "solidarizo con los actos de la tiranía" resulta sarcástico dirigido a quien trabajó empeñosamente por evitar los graves males que acaba de sufrir el Perú y a quien, vencido por los intereses partidaristas y por la indolencia cívica, se condenó a un nuevo y voluntario destierro, que sólo el cambio de régimen ha podido terminar.

Yo no he tratado de excusar la expulsión de los representantes apristas. Esa afirmación es tan innoble como las otras o aun más. No he dado, ni debido dar, opinión alguna sobre ella en mi artículo, como puede comprobarse con su simple lectura. En cuanto a que con criterio burocrático-civilista digo que nada que no sea sus dietas o emolumentos pierden *prácticamente* los diputados apristas, no reincorporados al Congreso, el adverbio que subrayo precisa mi punto de vista. La discreción más elemental me aconsejaba no hacer alusión a ninguna cuestión de principios, porque aunque acepte

la sinceridad de todos, o de casi todos, los que se proclamen. sólo puedo garantizar la de los que yo profeso.

Vese, pues, lo inmotivada que ha sido la inectiva que me ha lanzado *La Tribuna*, “premunida del salvoconducto de la distancia”.

Ahora paso a ocuparme de sus juicios sobre mi persona, que estoy en el caso de rectificar, por ingrato que me sea ocuparme de mí mismo y aparecer como inmodesto.

Como cuestión previa, afirmo que es ridículo el empeño de constituirse de propia autoridad en Jurado inapelable para fallar sobre la capacidad de los demás, y estar esgrimiendo [*sic*] contra todas las armas de un petulante saber enciclopédico de ciencia infusa. El tener auditorio de credulidad infantil para esas grotescas actitudes magistrales, puede explicar su empleo como sistema estratégico, eficaz frente a la ignorancia supina; pero nunca le dará a nadie título saneado de superioridad sobre los que no se hallan sumidos en ella.

Si quien es diplomado en Ciencias Políticas y en Derecho, ha sido diez años Secretario de la Comisión Diplomática del Congreso y cerca de 30 funcionario público de alta categoría; si quien habla dos lenguas extranjeras, ha vivido y estudiado en los principales países del mundo y ha merecido el honor de enseñar, entre otras materias, Historia Diplomática de América en una Universidad de los Estados Unidos, no es un “técnico” de la diplomacia, sino un funcionario improvisado, habrá que convenir en que la única manera de capacitarse para arte tan difícil, es apelar a la Pitonisa aprista y pedirle la omnisciencia infusa que con tanta generosidad viene prodigando a los suyos.

Decir que se me ha conferido una sinecura por favoritismo personal, es hacer una afirmación insincera y absurda. Yo no he solicitado el cargo que invisto; me fue ofrecido con absoluta espontaneidad, y lo acepté sólo porque creía que mi patriotismo me obligaba a ello. Organizado inesperadamente

un gobierno de tendencias nacionales, no partidarista, era deber imperioso contribuir, aunque fuera en proporción mínima, a fijar su verdadera fisonomía, para quien en cierto modo simbolizaba el desinterés personal y el espíritu de concordia.

El salario que percibo no es mucho mayor que la pensión de cesantía de que disfrutaba, según la ley general, por mis numerosos años de esmerados servicios públicos. La diferencia libre del subsidio suplementario, apenas se iguala a la remuneración que percibía por mi trabajo docente en los Estados Unidos. Afortunadamente conservo la posición que allí tuve y a ella volveré en cuanto me parezca que debo hacerlo.

Mi notorio entusiasmo pierolista, hace innecesario que me defienda del epíteto de "civilista" que se me lanza sin sinceridad, pero con la rotundidad del cinismo; mas si hoy se emplea ese epíteto para designar a quienes cuidan de su aseo personal, moral y físico, y para los que no sienten la tortura de la envidia por la posición social, ni tienen enconados odios de clase, no sólo lo acepto, sino que lo agradezco y lo ostento orgulloso y ufano.

Conservador, ultraconservador como se me llama, sí soy, efectivamente, pero sólo en religión. Profeso la inmutable fé católica, apostólica y romana y acepto su disciplina y sus dogmas. En cuestiones sociales, profeso el principio cristiano de la fraternidad humana al que he tratado de ajustar siempre mi conducta.

Pero no soy conservador ni en cuestiones políticas ni en cuestiones económicas, sino todo lo contrario, pues simpatizo abiertamente con todo esfuerzo cuerdo que tienda a destruir las grandes desigualdades y a mejorar efectivamente la condición de los trabajadores intelectuales y manuales. Abomino sí de la charlatanería o "media ciencia" económica de aquellos "cundas" que ofrecen restablecer el paraíso terrenal, con el propósito de comer ellos solos del fruto prohibido, aunque

establezcan una nueva era de dolor para sus parciales o secua-
ces.

Lo dicho basta y sobra para poner en evidencia la teme-
ridad de los ataques de "La Tribuna". Denuncio ante el públi-
co honrado su saña contra mí, para que no le sorprendan sus
asertos y para ahorrarme la molestia de nuevas rectificacio-
nes. Que afirme de mí lo que quiera. ¡No me importa! Ya es-
tá acreditada su parcialidad para juzgarme. En cuanto a sus
injurias, tampoco las contestaré. Desde ahora les digo a sus
Redactores: No os empeñéis en provocar mis denuestos: no
los usaré para corresponder el supremo elogio de vuestro in-
sulto.

México, a 17 de noviembre de 1933.

(Firmado) Rafael Belaunde.

FILTRANDO A LOS GARCIA CALDERON
(De La Tribuna, Lima, 1935)

DIFERENCIAS ENTRE LAS GENERACIONES
DE 1905 Y 1920

Los hermanos García Calderón, acogidos a las hospitala-
rias e imparciales columnas del arriesgado y audaz periódico
rifeño, han enviado sendas epístolas para responder a la famo-
sa carta abierta que los líderes apristas dirigieron al premier
Riva-Agüero.

Manuel Seoane y Luis Alberto Sánchez nos anuncian
un enjundioso folleto en que tratarán profundamente el te-
ma. Entre tanto, desde un plano periodístico y amable, que-
remos glosar esas cartas y marginar algunos comentarios sobre
el divorcio de los grupos dirigentes surgidos a la palestra na-
cional en 1905 y 1920.

Debemos dividir este comentario en dos partes. La pri-
mera dedicada a la polémica de lo pequeño, del incidente de

Serajevo en esta guerra de generaciones. Y la segunda, a algunos esbozos o trazos sobre las características y obras de ambos grupos humanos.

El caso de don Francisco

Párrafo aparte merece don Francisco. La relativa mesura formal de su defensa, y el contenido de su obra intelectual, así lo obligan. Veamos la acusación. Los líderes apristas afirmaron que don Francisco hizo, en el alto escenario de la Liga de las Naciones, una declaración sobre nuestras relaciones con Chile, que tuvo que rectificarse. Don Francisco niega el hecho y lo atribuye a la mala fe de las agencias noticiosas. ¡Exactamente lo mismo que el Ministro Herriot! ¡Qué mala suerte tienen estos políticos civilistas, usualmente tan parcos en el hablar; Seguramente los apristas, endiablados y traviesos, han influido nada menos que a la United Press y a la Associated Press, agencias mundiales que cuidan por propia conveniencia la exactitud prestigiosa de sus informaciones, para que endosen a don Francisco declaraciones que le salpicaron con gotas de desprestigio universal. Porque es lo cierto que todos los periódicos del mundo registraron las imprudentes palabras de don Francisco. Porque es exacto que la Delegación Chilena en Ginebra y la Cancillería del Mapocho, que seguramente revisaron la versión taquigráfica del discurso de don Francisco, plantearon una reclamación diplomática. Porque es verdad que, en la sesión siguiente, el propio don Francisco alzó su doctoral voz para aclarar sus frases y pasar una esponja de olvido sobre los encendidos dictérios lanzados la tarde anterior. Y como esto no lo puede negar nadie, preguntamos nosotros si está probado o no que don Francisco cometió una “gaffe” diplomática, que obligó al Perú a una reverencia innecesaria, es decir que fracasó como diplomático.

El caso de don Ventura

Si la ictericia provoca animosidad, según la tesis médica de don Ventura, es evidente que nuestro ex-ministro en el Brasil padece grave afección. Su carta carece de gracia en la forma y en cambio está atiborrada de maligna agresividad. Menciona el “coro de la chingana”, “los envidiosos”, “los bandoleros de la pluma” y hasta lamenta no haber fusilado al “eximio chantagista” y “traidor a la patria” Federico More. Con nobleza y generosidad sin límites, que pintan su estatura moral, reprocha a dos líderes apristas, “si la memoria no es infiel”, deberle numerosas atenciones en París. Sólo dos de los firmantes, Luis Heysen y el coronel César Enrique Pardo, han visitado la capital de Francia. Y ambos son bastantes grandecitos para precisar la ciceronía de don Ventura. Pero aún suponiendo ciertas las amabilidades de don Ventura, ¿acaso basta una invitación a tomar té o a dar una vuelta en colectivo parisién, para que el ciudadano atendido, puesto en el dilema histórico de enjuiciarlo sobre la escala de los intereses del país, se encuentre impedido para hacerlo?

Añade don Ventura, con amargo tono, que tiene en su poder cartas de arrobadora admiración suscritas por algunos que hoy lo atacan. ¡Qué noble gesto el suyo aludiendo con misterio a esas misivas y dando a entender que contienen más de lo que cabe suponer! ¿Por qué no las publica don Ventura? ¡Lo invitamos y lo desafiamos a que lo haga! Porque si esas cartas existieran, la “salubre risa pública” que provocaría su lectura, no sería a costa de quienes las redactaron en cinco minutos de ingenua credulidad, sino que caería como un latigazo sobre quien parecía esconder el genio de la gracia y el mérito de la rectitud hasta que el yunque dé la realidad probó que era un valor de artificio.

Los líderes apristas censuraron el abandono que hizo

don Ventura de la Legación en Río de Janeiro cuando en plena discusión con los delegados colombianos. Don Ventura se disculpa con una enfermedad. ¿Será acaso su ictericia? No hemos podido averiguarlo, pero es lo cierto que don Ventura abandonó la capital carioca rumbo a París donde, al parecer, mágicamente se curan todas sus dolencias con excepción del mal humor. La fuga, en pleno conflicto, debilitó la ofensiva de nuestra Misión y hubo necesidad de enviar a don Jorge Prado sobre las alas de un avión para recuperar así el tiempo perdido¹.

(1) Ignora el autor de este artículo tantas cosas que no sé por donde comenzar. Ignora mi obra profunda y casi desesperada para salvar el decoro nacional: ignora tal o cual telegrama "escalofriante" del Ministro de Relaciones Exteriores en el cual se me confiaba el honor del Perú y la aventura que no puede referirse de un golpe de audacia mío que arregló las cosas; ignora (*cinco líneas suprimidas*) ignora todo lo que llevé a cabo, de acuerdo con el General Benavides para preparar facilidades y éxitos a nuestro ejército en el Oriente peruano. Por eso se comprende y puede aquilatarse el telegrama del General que copio en la nota de la página 120 para rogarme que fuera su ministro de Relaciones Exteriores.

Continúan las ignorancias del autor de este malhadado artículo. Mis divergencias con Maurtua en primer lugar. Maurtua fue nombrado jefe de la delegación peruana por insistencia y debilidad lamentable y confesada de Víctor Andrés Belaunde. Con ese desventurado Maúrtua yo trataba de entenderme a todo trance para conformarme a las instrucciones del Gobierno hasta que supe que (*dos líneas suprimidas*). Hubo después un viaje rápido a Lima para puntualizar las cosas y mil incidentes penosísimos que no puedo contar. "Este hombre es capaz de todo, hasta de" (*una palabra suprimida*), les había dicho yo a Alberto Ulloa, Víctor Andrés Belaunde y Raúl Porras Barrenechea, almorzando con ellos a su llegada a Río de Janeiro. Cuando salí del Brasil, me confesaron: "Ventura, ahora podemos decirle que tenía usted razón". Si todas estas cosas tristes y amargas las ignoraba el autor de este artículo ¿por qué lo escribió? No puedo creer que lo redactara a sabiendas para engañar a sus lectores porque en tal caso el calumniador quedaría infamado para siempre.

Tampoco sabe el articulista otras cosas que le convendría averiguar, por lo que puede suceder. Durante los años ominosos del terror

El incidente de Serajevo

Pero hemos dicho que las misivas de los hermanos García Calderón son como el incidente de Serajevo que abre oportunidad para iniciar el debate principista sobre el valor intrínseco de la obra cultural y la obra humana de las dos generaciones en discordia. Tarde o temprano, por consecuencia de la siembra ideológica realizada por el aprismo en el Perú y el subsiguiente despertar nacional, había de producirse esta polémica. Liquidado el grupo que acompañó al señor Leguía, y desaparecido el clan que rodeó al bárbaro caudillo de los 16 meses, el debate peruano ha ganado en precisión y profundidad. Poco a poco han asomado sus perfiles, a las primeras líneas del combate, los personeros de la generación de 1905, ocultos o emboscados hasta ayer. La intensidad de la lucha,

leguista, no me contenté, como Zutano y Mengano, con mirar los toros de lejos. Agente revolucionario en Europa del General Benavides, preparamos algunos golpes de mano y el detalle de mis gestiones queda para ser explayado en mis memorias. Más tarde intentamos un movimiento revolucionario con el doctor Manuel Vicente Villarán y con un general peruano de cuyo nombre no quiero acordarme pues regresó éste al Perú, vendió su alma al diablo —o a Leguía— y delató nuestro plan. Durante un año intervine en la preparación de una revolución venezolana, no solo por afición a aquella admirable tierra en donde tantas simpatías cuento, sino porque mi querido amigo, el general Delgado Chalbaud, había prometido ayudarme. Una vez logrado su intento, me entregaría el buque lleno de armas que el *savoir faire* de mis amigos consiguió hacer pasar hasta Venezuela. Ay, en la primera refriega, después del desembarco, nos mataron a aquel hombre magnífico. Quedó así frustrada una revolución venezolana —y peruana. Y cuando un jefe desconocido entonces para mí, valiente y certero como nuestro puma nacional, se insurgió en Arequipa y acabó con el régimen, una decena de peruanos notorios estábamos a la una de la mañana en París en una oficina del cable exigiendo en un telegrama conjunto al jefe victorioso, en nombre del decoro nacional, que no dejara partir al fugitivo sino diestra órdenes terminantes al capitán del barco que lo conducía a la libertad y a la impunidad. Así fue. . .

y la responsabilidad de los intereses en juego, les han obligado a despojarse de su manto de aparente neutralidad y, lo que es más triste para ellos, hasta de sus ropajes de respeto, a la ley, a la vida humana y a las buenas maneras.

El impromptu de los hermanos García Calderón contiene algo así como un llamado al redoble del tambor. Es cierto que el aislamiento de la generación de 1905 lo había operado antes, con pasmosa velocidad, el renglón diplomático del presupuesto fiscal. Apenas lograron influencia en el poder, sus elementos más representativos arribaron a legaciones y embajadas. Don Francisco, en París; don Ventura, en Río de Janeiro; don Luis Miró-Quesada, en Relaciones Exteriores y, ahora, en Ginebra; don Felipe Barreda y Laos, en Buenos Aires; don Rafael Belaunde, en México; don Pedro Irigoyen, en Santiago de Chile. Y es que en esta repartición —ajustándonos al elenco que los hermanos García Calderón especifican— hay la certidumbre de una predestinación. Los miembros de la generación de 1910 fueron niños prodigios, asombros domésticos, engraidos familiares. En el Perú de ayer, para un jovencito decente, culto experto en el arte de bailar mazurca y manejar sin azoro cubiertos de plata, no había otro porvenir que el de un puesto diplomático. Lejos del país, al que podrían ser útiles, las preciosas figuras de biscuit no sufrirían daño y en cambio lucirían con brillo en los escaparates de la admiración universal.

Los nombres que se omiten

Digamos antes de seguir adelante, que los hermanos García Calderón silencian muchos nombres. El esfuerzo nemónico de recordar cartas y favores seguramente impidió que surgieran nombres de sus contemporáneos. Así por ejemplo ese valor modesto e integral que es José Gálvez cuyo pecado mortal consiste en que reemplazó a un Miró-Quesada en la facultad

de Letras. Así también al honesto Luis Fernán Cisneros, que luego de once años de pobre destierro, tuvo el equívoco imperdonable de no ser un turiferario del sanhecerrismo. Así al probo José María de la Jara y Ureta que enrostró a la tiranía todo lo que los demás diplomáticos aplaudieron y loaron. Así al formidable José María Eguren, a quien ellos no comprendieron, al estupendo y honestísimo Hermilio Valdizán y a Alberto Ureta y en general al sector pobre de esa generación que, sin duda por serlo, conservó intactas sus antenas de sensibilidad y fue permeable, en mayor o menor grado, a la evolución de los tiempos y no dejó envilecer su alma con el odio por la preterición y la desesperación de la espera. A regañadientes, uno de los García Calderón nombra a Víctor Andrés Belaunde. Quizás por que Víctor Andrés Belaunde está más enamorado de sí mismo que de su generación, carece de espíritu de grupo y es hombre a quien, aunque discrepemos de su ideología, debemos reconocerle una considerable sinceridad.

Estas omisiones y estas salvedades nos impiden considerar a la generación de 1905 con un simplista sentido cronológico. Sin duda toda ella vivió sobre los mismos ejes en las horas del inicio. Pero ha ido desgranándose en el camino. Unos quedaron rezagados, contemplando el paisaje lila del romanticismo poético. Otros apuraron el paso y han logrado comprender el movimiento nuevo. Y es que el núcleo central de la generación de 1905, el meollo cuyos voceros son los hermanos García Calderón y José de la Riva-Agüero, tiene un ritmo reverencioso y solemne de pavos reales, de procesión cortesana, de señorones en cortejo, y es natural que todos no puedan llevar veinte años el mismo compás. Habremos de referirnos pues al grupo de sobrevivientes que, grado más o menos, tienen igual desarrollo de vida, igual actitud mental, igual posición burocrática, iguales ambiciones e igual intemperancia.

Desarrollo de la generación de 1905

No vamos a incurrir en el apasionamiento de negarles inteligencia. Para nosotros, esta cualidad es un cargo que tienen en su contra. Tampoco vamos a llamarlos bandoleros de la pluma, aunque Felipe Barreda y Ventura García Calderón y Rafael Belaunde y José Riva-Agüero, por ejemplo, tiene un ácido estilo cuando polemizan. Nos interesa examinarlos con un criterio más humano y más realista. Creemos que su ideología, su actitud vital, su destino burocrático incluso, han sido determinados por las condiciones económicas en que nacieron y se desarrollaron. Todos ellos ostentan apellidos con pedigríe y se vanaglorian de los méritos de su pur sang. Nacieron en hogares ricos, sin el dolor estimulante de la pobreza. Aprendieron a ser orgullosos de sí mismos desde las fuentes primarias del conocimiento. Orgullo genealógico, orgullo de riqueza, orgullo de comodidad. Todos gozaron esa superioridad precoz característica de los "hijos de papá". Por eso también nos parece muy natural que no rompieran los cristales caseros para otear el panorama humano de nuestras clases productoras. Las familias aristocráticas peruanas, de las que procedían, eran feudos cerrados donde el orgullo alzaba sempiterno puente levadizo cubriendo con murallas de egoísmo e insensibilidad el espectáculo doliente del Perú. Así, vanidosos, engreídos, sin tropiezos, en un ambiente que satisfacía todos sus deseos y halagaba todas sus expectativas, los personeros de la generación de 1905 crecieron sin emocionarse con la zozobra colectiva, sin inquietud vital, sin sensibilidad para el dolor ajeno. Los pocos que en su infancia supieron del llamado realista de los zapatos remendados, guardaron en los estratos del alma algún rincón sensible por donde, años más tarde, habría de filtrarse la luz de una nueva inquietud. Pero estas parejas de hermanos, estos adolescentes ricos y satisfechos, tuvieron que cerrar los ojos a todos lo que no

fuera cumplir su destino de niños predestinados y maravillosos.

Colegio, Universidad, París

Medalla de oro, contenta, viaje a París. Tales fueron las tres metas parciales de una sola pista de desarrollo. Las precoces lumbreras estudiaron en los mejores colegios de la época, asistidos por la ayuda de maestros a domicilio. Y como es natural, al amparo de su capacidad, de la ausencia de preocupaciones personales, y de la influencia sugestiva del dinero y el poder familiar, cosecharon avaramente todos los primeros premios escolares decorando sus pechos con áureas hileras de medallas. No vieron defectos pedagógicos, no sintieron un impulso creador de rebeldía, no gozaron la heterodoxia de una palomillada que acusa el biológico instinto de rebeldía juvenil. Avanzaron sobre rieles, vaselinados, untuosos, perfectos modelos de urbanidad y aprovechamiento.

Así llegaron a la Universidad. A la Universidad momificada y paralítica, nostálgica del coloniaje, en cuyos claustros vagaban aún las sombras reencarnadas de los escolásticos, los positivistas, y también las grasas realidades de los politicones civilistas dueños de cátedras por influencia gubernamental. Las paredes de San Marcos estaban avejentadas, derruidas, musgosas. Más allá de sus muros la vida moderna iba plasmando nuevas formas sociales. Pero, ¿a qué pensar en todo esto si papá premia espléndidamente cada veinte de clasificación? Los niños prodigios no tenían por qué sentirse descontentos. Amoldados, sumisos, domesticados, dedicaron todos sus empeños a alcanzar honores y contentas.

Y, llegados a la vida adulta, viajaron a París. París, la meta de ensueños de un peruano de la época, París, capital del mundo, sede de la cultura universal. Y así, oxigenados en Europa, ensanchado el diámetro de su capacidad mental, enri-

quecidos por nuevos bagajes de cultura, los niños brillantes comenzaron a producir, libres ya de las andaderas de la Universidad.

Falta de aliento vital

¿Se vincularon acaso a la acción creadora, al esfuerzo personal de contacto humano, al diario trabajo pesado y absorbente? Un intento esporádico de Partido futurista – mesa directiva con muchos sellos, muchos dirigentes, muchos formulismos, pero horra de afiliados– nació entre ímpetus oratorios y académicos y murió entre risas y cuchufletas. Herida en su vanidad, sintióse incomprendida, la generación de 1905 se refugió en el polvo de las Bibliotecas. Repudió la tarea de la construcción con propias manos. Se inhibió de la acción. Renunció a sí misma. Le faltó aliento vital.

¿Incomprendidos? No. Es que esa generación, que no se había amasado en el dolor del país, que se nutrió de cultura extranjera, no podía tener personalidad nacional. Influida por el pensamiento europeo, abstraída por problemas de alta cultura, olvidó la realidad nacional como tema y como ambiente, y carente de vértebras firmes, doblóse como el talle juncal de una orquídea, dejándose azotar suavemente, ledamente, por el aura del pensamiento parisién. Adoptó el meridiano de Montmartre. Novelas. poesías, divulgaciones de pensadores europeos, páginas en francés. Más allá del océano Atlántico, lejos muy lejos, la visión de la patria distante, borrosa ya, no lograba cobrar perfiles reclamantes. La nostalgia del Perú, del cholo Perú, “tierra de envidia” al decir de Unamuno, con refrendación de don Ventura, podía colmarse con la evocación culinaria del tamal y el anticucho resurrexos en París. Pero el afán creador, el ímpetu intelectual, no lograba atravesar el océano para injertarse en el país. Murió, mitad de un raid de comprensión, en el intento oteador de *Le Pérou*

contemporaine de don Francisco o *La vengeance du condor* de don Ventura, por ejemplo. Tema nacional en idioma francés: estampa viva de hibridismo en la actitud¹.

Es que esa generación sin impulso, sin brío, empollada en bibliotecas y no forjada por la vida, anestesiada con riqueza y honores prematuros y no estimulada por el dolor² ni el garfio de un ideal, flor de invernadero y no arbusto de bosque, esa generación que se escabulló de la acción y se dejó dominar por el pensamiento extranjero, careció de tibia consustanciación con la tierra viviente y no alcanzó a poseer, no podía poseer el divino don interpretativo —síntesis de talento y amor— que sólo puede alcanzarse a base de sufrimientos y esperanzas comunes. Generación de doctorcitos triunfadores, aislados de la vida por pergaminos nobiliarios y erudición desproporcionada, adoptó una posición prescindente y calculada que el propio Víctor Andres Belaunde precisó con el vocablo “balconear”.

Desmayos en el primer tropiezo del Partido futurista, espantados a Europa con la primera morisqueta de Leguía, “balconearon” el drama de los once años. El país no sintió su aliento ni su presencia en la lucha por la libertad³. Don José de la Riva-Agüero, al contrario, luego de tentar al “tirano del

(1) Publicado primero en Madrid y en castellano! (V.G.C.)

(2) Véase la nota de la página 548 sobre mi reacción contra un abuso dictatorial de Leguía en el primer periodo de su gobierno. La renuncia que hice entonces del cargo que desempeñaba en Londres iba a significar para mi algunos años (1911 a 1916) de vida miserable en Europa... (V.G.C.)

(3) En 1921, cuando consideramos que las demasías del dictador comprometían el buen renombre del Perú, renunciamos Francisco y yo —él en forma severa, yo en forma insolente. Ambas renunciaciones transmitidas telegráficamente en claro (y en cifra a mis amigos de Lima) iban a ser publicadas en un número especial que preparaba nuestro admirable

oncenio”, obtuvo su personería en el Congreso Histórico de Barcelona. “Balconeo” en París, esperaron muellemente que otras manos les pusieran las brevas al alcance de las suyas.

Contenido de su obra cultural

Podríamos publicar íntegramente la bibliografía de esa generación, que tanto escribió en francés, que tantas páginas dió a la filosofía, a la historia, a la literatura: novela y poesía. Habría que podar mucho malo: pésimos trabajos de Luis Miró-Quesada sobre Felipe Pardo, o de Felipe Barreda sobre la vida intelectual de la Colonia, por ejemplo. Quedarían algunas obras en pie: los trabajos históricos y literarios de Riva-Agüero, *La literatura peruana* de don Ventura, y *Les démocraties latines*, de don Francisco, por ejemplo. Sobre ellas aún hay mucho que decir y este no es el momento de un paciente análisis revisor.

Lo que debemos destacar, en primer término, es que esa obra cultural, salvo dos libros de Francisco García Calderón

amigo Luis Fernán Cisneros —y que estaba destinado a soliviantar juventudes. A las doce de la noche, el tirano “empastela” la imprenta de *La Prensa* que dirigía Luis Fernán, lo destierra como a Víctor Andrés Belaunde. Ellos, como Francisco y yo, comenzamos a ser los perseguidos del régimen. Imposibilidad de recibir de amigos de Lima cualquier auxilio financiero. Existencia de miseria que llevé yo once años consecutivos (de 1921 a 1932) ganándome la vida de cualquier forma (empleado de la Liga de la Cruz Roja, director de casas editoriales, autor de millares de artículos (a veces tres por día ¡ay de mí!) que enviaba a todos los diarios de América: Argentina, Venezuela, México, Cuba. Si esta nota llega al autor del artículo anónimo y si le queda un poco de dignidad, estoy seguro de que va a rectificar en seguida pues se trata de hechos públicos y notorios.

(V.G.C.)

(Nota de 1946)

y el recientísimo *La realidad nacional* de Víctor Andrés Belaunde no tuvo sentido presente de problema peruano, no se plantó ante la realidad viva del Perú con la misma pasión sincera con que lo hizo después la generación de 1920.

Aparte de los temas literarios, preferimos la historia o la filosofía. Imitando a Europa volcaron su esfuerzo en las cornisas de la cultura. Pero no se percataron ni preocuparon del imperioso problema del hoy humano del país. Tomada en conjunto, esa obra intelectual no surgió del dolor del Perú y por ende no podía tener la vibración inquisidora que da la angustia social en su desesperada búsqueda de metas. Abroquelada en su estilo, esa obra enfocó el Perú hacia atrás en sus trabajos de historia; creó un Perú de fantasía en sus ensayos literarios; eludió un Perú de verdad en sus arrobos románticos, y finalmente, desparramó su esfuerzo en la divulgación estéril de textos rudimentarios sobre espiritismo o grafología, o en la factura de catálogos de pensadores europeos.

El contenido de su obra cultural acusa, sintéticamente, falta de sincronización. Esa generación vivió a destiempo. E indica falta de ambientación. Esa generación estuvo ausente demasiados años. Vivió mucho en Europa de verdad, o en esa Europita que la aristocracia peruana remeda en el país, y que vive distanciada del pueblo por un océano atlántico de orgullo, incomprensión e indiferencia.

No vamos a regatear las citas elogiosas que han merecido de la prensa universal, incluso los tres diarios suizos que pulcramente menciona don Francisco. No haríamos una balanza de recortes con los juicios periodísticos sobre los méritos intelectuales de la generación de 1905 o el valor heroico de la generación de 1920. Únicamente queremos decir que esas glorias de los niños prodigios son glorias de estricta asignación individual. Y cuando la gloria no se vincula al desenvolvimiento total de un pueblo, cuando no se torna fecunda y germinadora, carece de significación colectiva aunque con-

serve su importancia personal. Así por ejemplo, también Daniel Carpio, con la maravillosa velocidad de su crawl en bicicleta ha llevado el nombre del país a los titulares de todos los periódicos del mundo. Si Daniel Carpio viene, y enseña su estilo, y forma generación de nadadores, habrá vinculado su gloria personal al porvenir del país. ¿Pero qué pensaríamos si se va al extranjero y oculta su estilo y se despreocupa del progreso físico de la colectividad? Exactamente lo mismo que el lector desprevenido que acude a una librería para justificar la admiración innata a don Francisco y le dicen que es un pensador peruano que escribe en francés sobre temas del Perú, seguramente con el equívoco ingenuo de que en las escuelas fiscales, donde aprende a leer la base de la nacionalidad, se enseña a perfección el lenguaje de Voltaire.

El fracaso de la generación de 1905

El Perú de hoy reclama un sentido integral en los valores del individuo. No basta el mérito de una obra escrita, aunque esa obra sea buena, lo que no es frecuente. Exige del autor que haga vida de su obra y obras de su vida. Largo tiempo hubo de esperarse antes de poner a prueba, sobre la realidad, el contenido de la generación de 1905. Con el golpe audaz de un militar semibárbaro, encontró abiertas las puertas del poder. Y entonces salió de sus invernaderos y, saltando jerarquías, entró a los cargos máximos de la diplomacia. Había llegado la hora de la acción. El Perú y el mundo, especialmente los tres periódicos suizos que don Francisco cita, especularon angustiosos la exteriorización en hechos de la formidable capacidad intelectual de los rezagados portentos del Perú. Y ocurrió lo inverosímil. El tirano semi-bárbaro rompió toda frontera de cultura, cometió toda clase de despotismos, persiguió, deportó, apresó, fusiló y masacró. ¡Y los finísimos doctorcitos de la generación de 1905, que se horrizaron de los

destierros de Leguía, no sólo hicieron la vista gorda a los crímenes, sino que los justificaron y elogiaron en la mayor parte de los casos;¹ Francisco negaba a Ana Graves que Haya de la Torre fuera tratado mal. Felipe Barreda alababa las medidas de fuerza ante el asombro de la opinión argentina. Luis Miró-Quesada excitaba al tirano desde las columnas editoriales de *El Comercio*. Y José de la Riva-Agüero, ocultó en las tinieblas aún, se santiguaba con la mano derecha mientras la izquierda azuzaba todos los horrores.

Pero esto no fué todo. Podía suponerse falta de valor moral, lo cual es mucho handicap en contra, mas no incapacidad personal. Empero, ocurrió lo que todos sabemos. Fracasó don Francisco en Ginebra, se hundió don Ventura en Río de Janeiro, Felipe Barreda se cubrió de ridículo en Montevideo y Buenos Aires, Luis Miró-Quesada salió a tumbos del Ministerio de Relaciones Exteriores, Pedro Irigoyen vegetó incoloro, inodoro e insípido en Santiago de Chile, Oscar Miró-Quesada se convirtió en teorizador fascista y José Riva-Agüero, el floripondio del jardín, perdió sus bellas plumas de pavoreal con los primeros colerones ministeriales y se exhibió como un energúmeno sin control, capaz de todos los excesos, y empeñado en perpetuarse por la fuerza o por el fraude en el poder.

La generación de 1920

Este comentario periodístico-bastante extenso ya no puede analizar el desarrollo de la generación que nació a la lucha en 1920 detrás de los barrotes de la cárcel. Apenas cabe decir que columbró el panorama del mundo cuando los remezones de la guerra europea y los cambios gubernativos abrían horizontes nuevos a la especie. Asistió al despertar de la con-

(1) Véase la nota de la página 617 (V.G.C.)

ciencia obrera en el país. Sus hombres representativos bebieron rebeldía en el ambiente. Merecieron honrosos castigos por su altivez escolar. No galardonearon contentas y, por el contrario, en 1919, barrieron a escobazos las momias petrificadas de la vieja Universidad, purificándola primero y abriéndola después hacia nuevas ideas y nuevos sentimientos. Lucharon contra Leguía y cayeron combatiendo sin cesar un minuto en su fogueo, desde las cárceles o desde el destierro. Ninguno de ellos se dobló a cambio de prebenda alguna. Su exilio fué pobre y por eso resultó creador y fecundo. Su signo zodiacal fue el sentido colectivo del esfuerzo. Su preocupación permanente la superación del Perú de hoy. Apenas llegó el momento de la acción libre, ese grupo se lanzó al combate, sin medir al adversario, sin juzgar ni la propia capacidad de resistencia. Se lanzó pobre, solo, sin padrinzgos ni concomitancias, confiado en su energía y en su fe, con el ímpetu certero que debe vivir la flecha cuando siente la imantación del blanco. Comprendió que era un magnavoz de la nacionalidad. Y por eso ha hecho obra. No sólo la que queda impresa en las páginas de cincuenta libros y folletos todos palpitantes de realismo y actualidad. No sólo en la construcción del partido político mejor organizado y más voluminoso del país. No sólo en la ejecución inmediata de la obra asistencial de los comedores apristas, los dispensarios apristas, las cooperativas apristas. Sino en algo más hondo e imperecedero, que ha filtrado sus raíces en los destinos permanentes del pueblo. Esa generación, con su gallardía, con su fuego, con el ejemplo de su estoicismo ante el sacrificio, ha despertado las energías morales de la Nación. En el Perú ha resucitado la fe en los ideales, fe mística y apasionada, luego de lustros de escepticismo justificado por el continuo tráfico de mercaderes e iscaríotes. En el Perú ha sepultado la indiferencia política, movilizandó a amigos y adversarios hacia la curiosidad por los problemas del Estado. En el Perú ha detenido, en lo posible,

la ola decadente y corruptora, enseñando un sentido heroico de la dignidad, la honradez, la consecuencia, la rectitud, pese a los peligros de la prisión, la pobreza y aún de la muerte. El Perú de hoy no es la clientela butifarrera que antes manejaran capataces de hacienda y rúbulas de pueblo. Es una peruandad inquieta, majestuosa en su drama, serena de su fuerza, resuelta a construir su porvenir. Y esa es obra de la generación de 1920, que no fue generación de niños ricos ni educados en París.

Paralelo sumario entre ambas generaciones

Si buscáramos la diferencia sustantiva entre la generación de 1905 y la de 1920 habríamos de afirmar que consiste en el sentido individual de la primera y el sentido social de la segunda. De ahí se derivan todas las demás. Por eso la primera constituyó una colección de figuritas de biscuit, exhibidas como modelos incopiables. La segunda se empeñó, desde sus comienzos, en refundir los esfuerzos individuales en una sola personalidad común. La primera mantuvo la nomenclatura individual: don Ventura, don Francisco, don José. La segunda halló su denominador común: apristas. El grupo de 1905 se dió totalmente a sí mismo. El grupo de 1920 se volcó íntegramente por el Perú. El primero no acepta sino los puestos de comando. Todos son genios mientras no se pruebe lo contrario. El segundo acepta cargar desde los primeros ladrillos, sin desdeñar la humilde y decisiva profesión del albañil. Todos son soldados de trabajo. La generación de 1905 amó el adjetivo y la frase. La generación de 1920 cultiva la estadística. La primera tiene una predilección filosófica y literaria. La segunda alardea su vocación económica, política y social. La primera enfoca los problemas abstractos del país. La segunda enfoca la realidad humana del Perú. El núcleo de 1905 ama la lucha cuando la lucha es sin riesgo. El núcleo de 1920

se juega entera al peligro y actúa siempre con viento en contra. La generación de 1905 pasó sobre las playas las mismas horas que la generación de 1920 vivió entre rejas. La primera abdicó sus prestigios arrojándose a los pies del tirano más sangriento que ha padecido el país, a cambio de la fruición galante de continuar la posición de legaciones y embajadas. La segunda no arrió sus banderas, combatió la tiranía, y corrió los riesgos del destierro, la persecución y la muerte.

Ahora, los representantes de la generación de 1905 reviven regímenes despóticos, y pretenden hallarles filosofía justificadora. Parece que toda su esperanza de gloria, almacenada en veinte años de espera, hubiese estallado en iracunda y enconada indignación. Furiosos contra el pueblo porque el pueblo no los quiere y toman el prudente camino de hacer mutis por el foro. Enarbolan garrotes, y con ellos ofrecen hacer añicos la democracia en el Perú. Les falta sentido de la medida, comprensión de la oportunidad histórica y hasta filosófica resignación.

La generación de 1920, más realista, más templada, con mejor visión del futuro, no se excita sino fortalece. Sabe que su obra ya encajó el perfil de sus ruedas dentadas en el engranaje de la historia. Sabe que esa conexión dinámica garantiza la perennidad de su esfuerzo. Sabe que le pertenece el porvenir.

Nota final de V.G.C. Cuando el eximio novelista peruano, mi amigo Vegas Seminario leyó mi libro *Vale un Perú* (Paris, 1939) me hizo notar una página mía que yo había olvidado y que parece responder de antemano a muchas majaderías criollas. Dice así:

“Olavide es nuestro primer hombre universal y nuestro primer restacuero, el hermano mayor de una familia inquieta y prófuga, aclinatada al cielo y al infierno, que lleva en su equipaje triste los rótulos de todos los hoteles del mundo. Yo sé lo que hay adentro de estas maletas traídas y llevadas del destierro. Si los aduaneros llegan a abrirlas, le preguntan estupefactos al viajero por qué lleva, cubriendo los paños

menores, una suntuosa bandera del Perú... Era Augusto Durand quien llevaba así los colores nacionales. Otros esconden mejor el contrabando sentimental y la necesidad vitalicia de evocar cada mañana a la patria ausente. Sino que el día menos pensado, en cualquier jardín zoológico de Europa, se ponen a delirar porque una alpaca los ha reconocido y porque viene a arrodillarse ante el viajero para dejarle cargar en el lomo su arroba de nostalgias. . .”

INDICE

<i>Prólogo</i>	VII
LA LITERATURA PERUANA	I
BAJO EL CLAMOR DE LAS SIRENAS	
<i>Ventura García Calderón, cronista, por</i>	
Enrique Gómez Carrillo	103
Augurios para pasado mañana	109
Un libro de Anatole France	112
España, casino y almacén	115
El pueblo elegido	119
España católica y Alemania	124
La literatura de pasado mañana	128
La ciudad cosmopolita	132
Las vaticinadoras	135
Dos Alemanias	137
Verhaeren y Barbusse	141
Francia futura	146
Carne doliente	149
Joffre en la Academia	153
Al margen de la guerra	156
La paradoja de Barrés	159
El odio necesario	162
“La Marsellesa” viva	165
Verlaine y la guerra	167
La parisiense de la guerra	170
La amistad española	173
El “flirt” en la guerra	176

El Bélgica libre	179
Una tarde en Brujas	182
Nazaret	185
París de ayer y de mañana	186
El Emperador se va. . .	190
Le Jour de gloire est arrive	195

EN LA VERBENA DE MADRID

Dedicatoria	207
Consideraciones sobre "Don Juan"	209
Nocturno madrileño	215
Ricardo León en la Academia	219
El Madrid de Répide	222
En la muerte de Consuelo la Fornarina	225
El torero y la bailarina	227
Unamuno	232
Ferrer	237
Tarde de toros	240
Azorín	244
Ortega y Gasset y sus "jóvenes españoles"	253
Jacinto Benavente	259
La Pardo Bazán en la Academia	263
El profeta Costa	268
El Greco y su paisaje espiritual	272
El inevitable torero	276
Los humoristas de Madrid	280
Echea	286
Luis Jou	290

CANTILENAS

Dedicatoria	303
En vez de prólogo	305

Blasón	306
Elegía	307
Dije al Centauro joven	312
Dúo sentimental	313
Un hombre de luto en un paisaje gris	318
La carta que no escribí	321
Nada más	322
Prosa para Omar Kheyám	323
<i>Dulcemente, sin ruido. . .</i>	323
Revólver	324
La palabra de Bolívar	326
Aguja de marear	327
La misma barca	327
Invocación el otoño	328
Rima	332
Cantar de los cantares	332
Ceniza	334
Estampa de Fragonard	335
Guitarra	336
Capricho	337
Melodía imprecisa	338
<i>En la torre del viento, Poeta. . .</i>	338
Carta de amor	339
¡Rubén!	341
Monotonía de Versalles	343
Rima	343
<i>Versalles, en tu amable y aliñado recinto. . .</i>	344
<i>Velero que en la sombra de este muelle desierto. . .</i>	344
Hidalgo de Toledo	344
<i>Cuando en mis noches largas, Bien amada. . .</i>	345
<i>Cuando, Marciso fatuo, juvenil e imprudente. . .</i>	346
<i>En el parque encendido de falenas y amantes. . .</i>	346
Fotografía	346
2 de noviembre	347

Coca	416
Amor indígena	420
La selva de los venenos	424
Los cerdos flacos	428
Historias de caníbales	432
Sacrilegio	438
La llama blanca	442
Fue en el Perú	446
En los cañavéales	449
Chamico	454
Luna de miel	459
A la criollita	464
El ahogado	468
El despenador	474
El hombre de los 48 hijos	476
Viernes Santo criollo	482
Un soñador	486
El "entierro"	489
Cuento de mi vieja Lima	493
Los males del señor Obispo	498
El alfiler	500

NOSOTROS

Advertencia preliminar de 1946	511
Epígrafe	513
Prólogo (de 1936)	514
Cómo era un adolescente peruano al comenzar el siglo XX	517
Generación sin maestros	530
Ideario, sentimentario	542
Gaspar, Melchor y Baltasar	559
Materiales para un discurso a la nación peruana	571
Plegaria ante un huaco peruano (Fragmento)	583

Apéndice

Carta de Luis Fernán Cisneros	587
Carta de Felipe Barreda Laos	588
Carta de Rafael Belaunde	593
Carta de José Gálvez	594
Carta de Jorge Basadre	600
Carta de Rafael Belaunde intitulada “Refutación del Dr. Belaunde” y publicada en <i>El Comercio</i> de Lima de noviembre de 1933	602
Artículo anónimo publicado por <i>La Tribuna</i> , 1935, e intitulado “Filtrando a los García Calderón”	607



Estas *Obras escogidas* de Ventura García Calderón, se terminó de imprimir el 28 de noviembre de 1986 en los talleres de Editorial e Imprenta Desa, General Varela 1577, Lima 5, Perú. La edición estuvo al cuidado de *Marlene Polo Miranda* y *Miguel Angel Rodríguez Rea*. Dirección de la edición: *Ismael Pinto*.



edubanco

FUNDACION DEL BANCO CONTINENTAL PARA EL
FOMENTO DE LA EDUCACION Y LA CULTURA